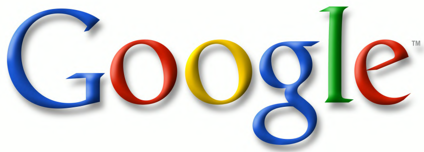
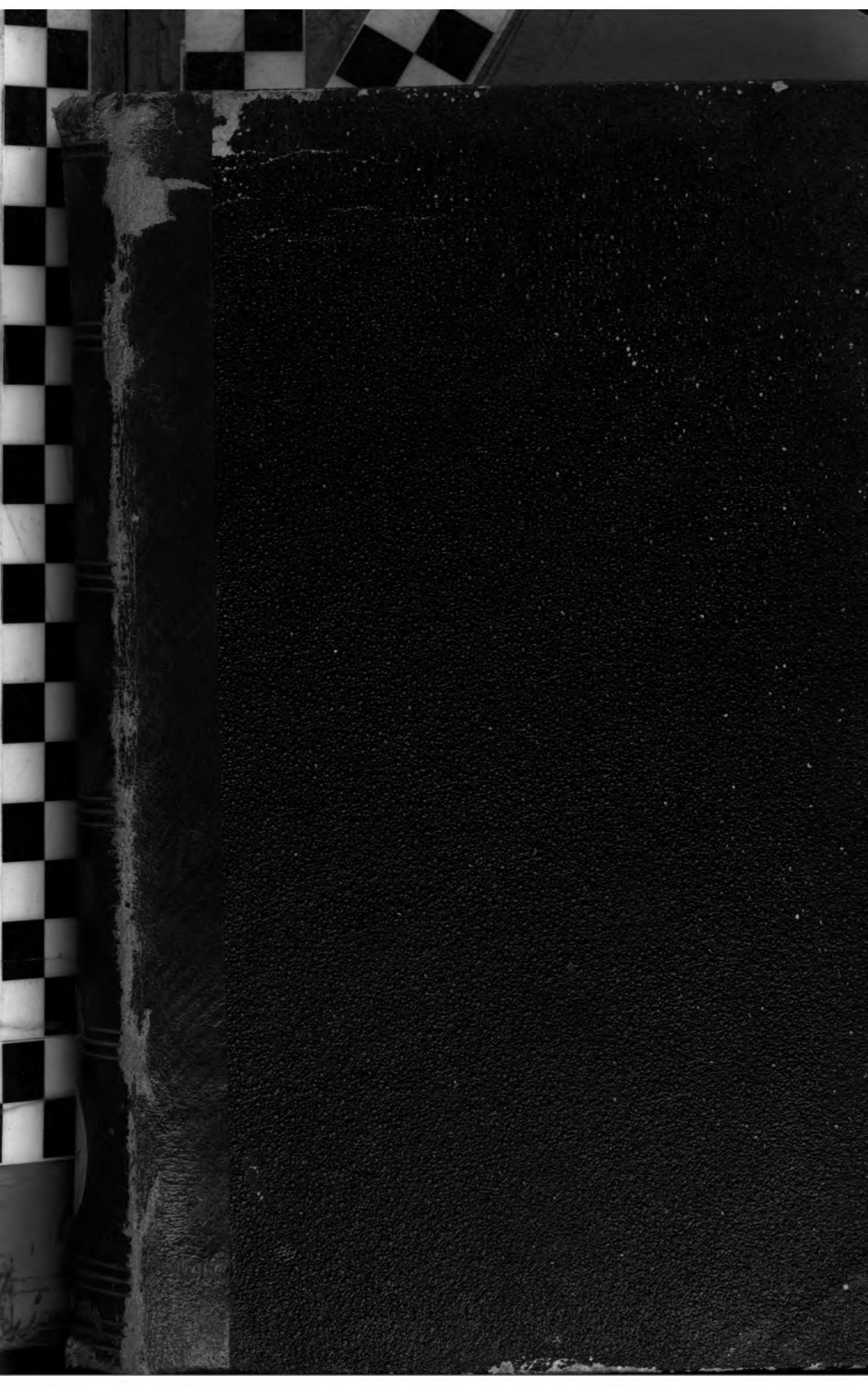




HISTORIA

GENERAL

DE LA IGLESIA.

TOMO TERCERO.

BESANZON. — IMPRENTA DE J. ROBLOT.

HISTORIA
GENERAL
DE LA IGLESIA

DESDE EL PRINCIPIO DE LA ERA CRISTIANA
HASTA NUESTROS DIAS,

POR

EL Sr. D. J. E. DARRAS,

PRESBÍTERO, CANÓNIGO HONORARIO DE AJACCIO, DEL INSTITUTO HISTÓRICO DE FRANCIA.

TRADUCIDA
CON ADICIONES Y NOTAS SOBRE LA IGLESIA HISPANO AMERICANA,

POR EL Dr. FREY DON PEDRO MARIA DE TORRECILLA,
Presbitero, de la Órden de caballeros de Montesa, antiguo capellan de honor de S. M. C., etc.

De la quinta edicion, revista y corregida por el Autor.

TOMO TERCERO.



PARIS
LIBRERIA DE LUIS VIVES, EDITOR
Calle Delambre, 5.

1868

HISTORIA

GENERAL

DE LA IGLESIA.

ÉPOCA QUINTA

DESDE SILVESTRE II (19 DE FEBRERO 999) HASTA LA MUERTE DE BONIFACIO VIII (11 DE OCTUBRE DE 1303).

CAPITULO PRIMERO.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SILVESTRE II (19 de febrero de 999-12 de mayo de 1003).

1. Carácter de la época quinta de la Historia de la Iglesia. — 2. Hombres grandes y santos de este tiempo. — 3. Carácter de Gerberto. — 4. Magnanimidad de Silvestre II con Arnulfo, su antiguo competidor en la silla de Reims. — 5. El año 1000. Arquitectura gótica. — 6. Primera idea de las Cruzadas, é institucion del Jubileo. — 7. Ereccion del reino de Hungría. — 8. san Enrique II, rey de la Germania. — 9. Muerte de Silvestre II.

§ II. PONTIFICADO DE JUAN XVIII (6 de junio de 1003-31 de octubre de 1003).

10. Eleccion y muerte prematura de Juan XVIII.

§ III. PONTIFICADO DE JUAN XIX (19 de marzo de 1004-18 de julio de 1009).

11. Muerte de san Nilo en la ermita de *Grotta-Ferrata*. — 12. Martirio de san Abbon de Fleury. — 13. San Adalberon, obispo de Metz. — 14. San Fulcrano, obispo de Lodeva. San Fulberto, obispo de Chartres. — 15. Fulco-Nerra, conde de Anjou. — 16. Guillerno V, duque de Aquitania. — 17. Coleccion de cánones de Burchardo, obispo de Wormes. — 18. Coleccion de decretales de Isidoro Mer-

§ I. PONTIFICADO DE SILVESTRE II (19 de febrero de 999-12 de mayo de 1003).

1. La quinta época de la Historia de la Iglesia contiene el período mas brillante de la edad media. Es el tiempo de las obras grandes de nuestras catedrales góticas, de la caballería y de las cruzadas. El pontificado rompe, en san Gregorio VII, las cadenas que le habia impuesto el despotismo imperial. La gran querella de las investiduras se concluye á favor del derecho, de la civilizacion, de la Iglesia. Los soberanos pontífices son tutores de los reyes, sosten de los imperios, defensores de los pueblos. Hacen admirables progresos todas las instituciones cristianas : las órdenes religiosas se esparcen por toda la cristiandad como ejércitos innumerables. Multiplícanse las escuelas ; doctores ilustres y santos de una fama universal iluminan al siglo y le rodean de inmortal brillo, legando á la posteridad la admiracion de su ingenio, estudio y edificacion de sus virtudes. Reflorece en Occidente la disciplina, reciben las ciencias y letras maravilloso desarrollo. Y aunque es cierto que el gran cisma de Oriente contrista y hiere en lo mas vivo á la Iglesia, y hace como un funesto contrapeso á triunfo tan glorioso, mas las cruzadas por otra parte producen un entusiasmo religioso de los pueblos hácia el sepulcro de Cristo, fundan un reino en la Palestina y un imperio latino en Constantinopla.

2. En los principios del siglo XI consuelan á la Iglesia en su prolongada esterilidad precedente grandes hombres y grandes santos. El trono imperial de Alemania ve suceder al grande Oton III, san Enrique II y santa Cunegundis : san Estéban, rey de Hungría, se hace el apóstol de su pueblo; san Vladimiro, gran duque de Rusia, imita estos gloriosos reales ejemplos; Roberto Pio ilustra la Francia con su virtud, y en su santa ancianidad hace olvidar los extravíos y escándalos de su juventud. Sancho III el Magno lleva con dignidad el cetro heróico de Navarra [y san Rosendo en Lugo, y san Froilan en Leon admiran al mundo por su saber, piedad y valor en medio de las críticas circunstancias de la heróica y católica España. En esta noble nacion se unen tres soberanos, el de Castilla, Aragon y Navarra, con santa amistad, y logran que el Sarraceno se encierre dentro de sus estrechos límites, y son como los anuncios del Cid Campeador, de la inmortal batalla de las Navas y del santo rey Don Fernando]. En el episcopado, la Francia admira á san Gerardo de Toul, al beato Adalberon de Metz, á san Fulcran de Lodeva, á san Gilberto de Meaux, á san Thierry de Orleans, á san Burcardo de Viena y san Fulberto de Chartres. La Alemania en nada cede á la Francia : tiene á san Volfango en Ratisbona, á san Guebhardo en Constanza, á san Adalberto en Praga, á san Villigiso en Maguncia, á san Libencio en Hamburgo, á san Bernardo y Godardo en Hildesheim, á san Vulpodo en Lieja, á san Heriberto en Colonia, á san Hartwico en Salzburgo, á san Menverco en Paderborn. La Suecia se gloría de san Sigfrido, su obispo y apóstol; san Wilfrido, obispo y mártir. La Noruega posee á san Olao, rey y mártir. En el órden monástico san Abbon de Fleury; san Romualdo, fundador de los Camaldulenses, y san Odilon, sucesor de san Mayol en Cluny.

3. Sobre todos estos personajes grandes y piadosos se eleva la magnífica presencia histórica del papa Silvestre II, el primer Francés que ha tenido la gloria de subir al trono de san Pedro. Gerberto, natural de Aurillac, de oscura familia que le hizo educar por caridad en el monasterio de San Gerodio, debió su

elevacion á su solo mérito. La Providencia preparaba por vias trabajosas y ocultas el destino del pontífice que habia de volver á levantar la Silla apostólica á la altura á que llegó bajo san Gregorio Magno y Nicolás I. El primer papa fué escogido entre los pescadores de Galilea : tendremos ocasion de ver á esta eminente dignidad ilustrada por hombres salidos de humildes condiciones. La Iglesia, en la larga carrera de su desarrollo, permanece fiel al orígen de su divina institucion : y se repara en la flaqueza para confundir las grandezas del mundo. Gerberto, príncipe de la ciencia, filósofo, matemático, músico, arzobispo de Reims y de Ravena, y en fin papa, bajo el nombre de Silvestre II, resumió en sí por su ingenio y desarrollo, aplicándolos en la vida práctica, todos los elementos de progreso que poseia el siglo XI; y fué, como todos los grandes hombres, la personificacion de su época. Es muy grato á un historiador francés inscribir el nombre de un hijo de nuestra Francia, de un hijo de nuestra piadosa Auvernia, como el de un restaurador religioso y social del siglo XI. Maestro del jóven emperador Oton III, Gerberto habia adquirido prodigiosa erudicion para su tiempo. La extension de sus conocimientos le habia hecho el mayor sabio de su tiempo y el mas afamado, aun antes que le hubiese puesto á la cabeza del mundo la dignidad pontifical. El primero trajo á la Europa occidental el uso de números árabes, que habia aprendido de los Moros en un viaje que hizo á España. Construyó para la iglesia de Magdeburgo el primer reloj de báscula (1) : sistema que se usó hasta 1650, en que Huyghens sustituyó el de relojes de péndula ó balanza. Nombrado antes arzobispo de Reims, Gerberto luchó, con animosidad tan viva que la historia no ha podido menos de reprendérsela, contra el papa mismo por mantenerse en su silla. Los hombres mas grandes han tenido en su carrera flacos por donde han pagado su tributo á la humanidad. Su competidor,

(1) Complacian sobre todo á Gerberto las ciencias exactas : las habia ido á estudiar á la universidad de Córdoba. Allí, durante muchos años, adquirió en la química, mecánica y diversos ramos de matemáticas, conocimientos profundos. Se dice que inventó un órgano cuyas teclas movia el vapor.

Arnulfo, de la alcurnia de Carlomagno, fué definitivamente puesto en posesion de la silla de Reims por Hugo Capeto, que queria probar la fuerza y popularidad de su dinastía, apoyando las pretensiones de un miembro de la línea real de Carlomagno, decaida. Oton III, para indemnizarle, le hizo nombrar arzobispo de Ravena. Gregorio V aprobó esta traslacion: Gerberto iba subiendo así los escalones de su soberana potencia. En fin, á la muerte de Gregorio V, el emperador fijó sus miradas en el monje de Aurillac para poner en sus manos el gobierno de la Iglesia, y Silvestre II fué elegido papa el 19 de febrero de 999.

4. El primer acto del nuevo papa fué confirmar en la silla metropolitana de Reims á Arnulfo, su antiguo competidor, y lo hizo en términos que prueban la elevacion de ideas y sentimientos que llevaba al trono pontifical. « A la Silla apostólica » pertenece, dice el papa, restablecer en sus dignidades á los » desposeidos, para guardar á san Pedro el libre poder de atar » y desatar que le otorgó Jesucristo. Por tanto vos, Arnulfo, » arzobispo de Reims, que en otro tiempo fuísteis depuesto, » creemos deber usar con vos de misericordia: porque como » vuestra deposicion se ha hecho sin consentimiento de Roma, » es menester hacer ver que Roma tiene poder de reparar lo » hecho injustamente. Porque tal es la suprema autoridad » otorgada á Pedro y sus sucesores, que no puede equiparársele ninguna grandeza humana. » Nuevo impulso es dado á la Iglesia: Silvestre II escribe á los obispos del mundo católico una encíclica llena de energía, habilidad, prudencia, uncion y humildad, señalando con rara sagacidad los vicios del tiempo y solicitando su reforma. Así anunciaba ya los esfuerzos de un Gregorio VII.

5. Era llegado el año 1000, época terrible y misteriosa en que, por una falsa interpretacion del Apocalipsis, toda la cristiandad creia llegado el fin del mundo. Silvestre II tuvo que combatir estos errores populares; pero la supersticion pudo mas que todos los raciocinios y exhortaciones. En el último año del siglo x yacian abandonados intereses y negocios materiales, y

aun hasta las labores del campo. Se legaban las propias tierras y heredades á las iglesias, á los monasterios, con cuyos despojos se habian enriquecido tantos barones y avarientos. Cuando llegó el dia fatal, las poblaciones se agolparon en masa á las iglesias, basílicas, oratorios y capillas, esperando con ansia el desenlace de la última hora del mundo. Pero tocó la hora fatal y pasó como las anteriores, y el fin del mundo, cuya época solo Dios conoce, no retiñó todavía (1). El movimiento religioso, impelido por el terror en la conciencia de los pueblos, se manifestó y desarrolló entonces por un nuevo ardor general en reconstruir iglesias y edificios sagrados. Despues de la invasion de los Bárbaros, habia desaparecido la arquitectura cristiana como las demás bellas artes en el torbellino de revoluciones que lo arrollaba todo en la sociedad europea. Monumentos de un estilo nuevo, y apellidado *gótico* porque habia sido tomado de los Godos de España, se levantaron á la vez en todas las ciudades principales del mundo. « El rey Ro- » berto, dice un cronista, tomó con el mayor celo parte en » este gran movimiento religioso : hizo comenzar la iglesia de » Nuestra Señora de París sobre los escombros de un templo » pagano : » los progresos del arte monumental de la edad media datan de esta época. La corriente que arrastraba á los ánimos hácia la interpretacion de las profecías dió nacimiento á dos herejías diametralmente opuestas. Un fanático llamado Leotardo, del obispado de Chalons, fundándose en que el mundo sobrevivia al tiempo que se creia prefijado por el Apocalipsis, quiso probar que no habia de creerse sino una parte de lo que habian escrito los profetas. En la misma época una cabeza acalorada, Vilgar de Ravena, enseñaba, al contrario, que era necesario creer cuanto habian dicho los poetas; y que su inspiracion era profética. Estas ilusiones, lanzadas por el mundo en el momento en que todos los ánimos estaban preocupados sobre el porvenir, fueron acogidas ciegamente por las

(1) En nuestras historias y anales no se trasluce que en España estuviesen los espíritus preocupados de esta suerte; pues que precisamente en los años 998 y 999 se dió á la guerra y á la política un inmenso impulso. (El Traductor.)

turbas. Hubo entonces como un aluvion de errores que hizo creer á muchos que se cumplia la sentencia del Apocalipsis: « Satanás quedará suelto despues de mil años. » Calamidades públicas, pestes, hambres, destemplanzas de estaciones, inundaciones de rios, hicieron en efecto notable el fin del silo x, y parecian denotar una era de carácter fatídico.

6. Las desventuras de Jerusalen y de toda la Palestina, presa del mahometismo soez y feroz, llamaron entonces la atencion de la Europa cristiana. Silvestre II fué el primer papa que comprendió la necesidad de armar á la cristiandad para rechazar á sus mas encarnizados y mortales enemigos. La fe, reanimada en todos los corazones, se sentia hondamente herida de dolor á la noticia de los desastres de la Tierra Santa, y de la humillacion vergonzosa que pesaba sobre los santos lugares testigos de nuestra Redencion. A mas de la religion, tan íntimamente interesada en este negocio, habia tambien la cuestion de humanidad y civilizacion que debia decidirse entre los soldados de Cristo y los seidas del Profeta. Silvestre II, en una muy celebrada carta dirigida á toda la catolicidad, marca el programa político que las cruzadas realizaron mas tarde. « El suelo fecundo de Jerusalen, decia, es patria de los » profetas y encierra los monumentos de los patriarcas. Desde » allí partieron los Apóstoles, cual luminosos fanales del mun- » do : allí promulgó Cristo sus oráculos. *Su sepulcro*, dijeron » los profetas, *será glorioso*. Y sin embargo, los infieles asuelan » los Santos Lugares y hacen de ellos teatro de ignominia. ¡ Le- » vantaos pues, soldados de Cristo! enarbolad el estandarte con » espada en mano, y lo que no pudierais hacer con las armas, ha- » cedlo con vuestros consejos y con vuestros bienes. » Solo los Pisanos correspondieron á este elocuente llamamiento del Pastor supremo, pero su eco resonó de siglo en siglo en Europa. Parecia ser destinado Silvestre II á inaugurar en la carrera de su pontificado todas las ideas que mas tarde habian de irse desarrollando en el seno de la Iglesia. Se le atribuye el primer pensamiento del Jubileo, este gran convite dirigido á los cristianos de hacer una etapa en la vida para restaurarse en el banquete

de la fe y de la caridad y poder continuar su viaje á la eternidad [1]. Desplegó en el sosten de la supremacía del pontificado la energía que en uno de sus sucesores, Gregorio VII, habia de rayar en heroismo. Conon, obispo de Perusa, alegó pretensiones á la abadía de San Pedro, que hasta entonces formaba parte integrante de los Estados de la Silla apostólica. El abad habia querido defender los derechos del papa, pero fué arrojado á mano armada de su iglesia y se habian saqueado sus bienes. Silvestre II prosiguió este negocio con vigor, y para juzgarlo juntó un concilio en el palacio de Letran, donde se condenó la pretension de Conon, y la Santa Sede volvió á gozar de su jurisdiccion.

7. El hecho mas ilustre de su pontificado fué la conversion de la Hungría. El jóven duque Estéban, á quien venera como santo la Iglesia, habia sucedido en el gobierno de aquel país, en 997, á su padre Geisa. Inauguró su poder declarando su formal voluntad de ver á todo su pueblo abrazar la fe de Cristo. Los que persistieron en la idolatría se rebelaron acaudillados por algunos magnates. Estéban marchó contra ellos y logró completa victoria, y en accion de gracias fundó una abadía á honra de san Martin, el cual era natural de Hungría. Desde entonces el cuerpo de la nacion se alistó bajo las banderas de Cristo. Predicadores evangélicos derramaron por todo el pueblo la palabra de Dios, y para dar mas consistencia y fuerza á esta naciente Iglesia, Estéban dividió las tierras de su nueva dominacion en diez obispados, cuya metrópoli fué Estrigonia, hoy Gram, sobre el Danubio. Verificados estos plausibles acontecimientos, Estéban envió á Roma Astric, obispo de Colocza, para pedir al papa Silvestre la confirmacion de estos obispados, y el título de rey para el duque Estéban (año 1000). Al saber noticias tan placenteras, el soberano pontífice no pudo contener su júbilo, y como el enviado húngaro le saludaba con el título de *apostólico*, título que entonces se daba oficialmente á los papas: « Si yo soy el *apostólico*,

(1) *Vida de Silvestre II*, por Hock; traducida por el abate Axinger (Prefacio).

» dijo Silvestre, Estéban es el apóstol, pues que ha sometido » á la fe un tan gran·pueblo. » De aquí ha provenido el uso de llamar á los reyes de Hungría: *Majestad apostólica*. Silvestre otorgó á Estéban el título que le pedia, y le envió para la ceremonia de la consagracion una diadema enriquecida con pedrería, y una cruz que le permitió llevase delante como distintivo de su apostolado. Le dió al mismo tiempo poder para disponer y arreglar los negocios eclesiásticos de su reino. Este privilegio equivalia al título de legado perpetuo de la Santa Sede. Mas tarde fué confirmado por el concilio de Constanza á peticion del emperador Sigismundo, como rey de Hungría. San Estéban llevó dignamente el cetro que se honraba deber á la Silla apostólica. Sometió enteramente á los Esclavones y Búlgaros, y la Hungría le debió la mayor parte de sus instituciones sociales. Era tanta en aquella época la preeminencia política del pontificado supremo, que hasta distribuia coronas; y este hecho prueba evidentemente que no habia perdido su influencia en el mundo en medio de lo aciago del siglo x.

8. En tanto que san Estéban I ilustraba el trono que acababa de fundar en Hungría, la corona de Alemania pasaba á manos de un príncipe no menos grato á la Iglesia, y cuyo nombre juntó dos auréolas: la de la santidad y la de la gloria histórica. Acababa de morir el emperador Oton III á la flor de su edad en Paterno, pueblo de la Campania; y le fué dado por sucesor san Enrique II, duque de Baviera. Su reinado fué una continua lucha y casi siempre feliz, ora con los grandes vasallos alemanes é italianos que intentaban hacerse independientes, ora con los Esclavones á quienes queria someter y convertir. Su piedad y celo por la propagacion de la fe cristiana, su sumision á la autoridad de la Iglesia, eran edificacion de sus contemporáneos. Reunia á la vez en su persona la santidad y el heroismo, y sus brillantes cualidades le equiparaban á Carlomagno, de quien descendia. La emperatriz santa Cunegundis, su esposa, se mostró digna, por su virtud, modestia é inagotable caridad, de un santo coronado. Ambos de comun

consentimiento vivieron en perfecta continencia, y fueron uno de los mas ilustres ejemplares de los matrimonios vírgenes, fuentes de gracias y bendiciones.

9. Silvestre II no sobrevivió largo tiempo al advenimiento de san Enrique II al trono de Germania, acaecido en 1002: y este gran papa murió el 12 de mayo de 1003, con el renombre de un pontífice grande y santo, y con la gloria de haber honrado las letras y ciencias, eclipsadas por las tinieblas del siglo X. Cuarenta y nueve cartas nos quedan de este papa, algunas obras de matemáticas y la Vida de san Adalberto, arzobispo de Praga. La Santa Sede va á decaer despues de su muerte de la altura á que la habia levantado, y será juguete de las facciones, hasta que Gregorio VII venga á continuar la obra de Silvestre II.

§ II. PONTIFICADO DE JUAN XVIII (1) (6 de junio-31 de octubre de 1003).

10. Juan XVIII, elevado por su solo mérito á la Santa Silla apostólica, dió las mas fundadas esperanzas de ser digno sucesor de Silvestre II; pero su prematura muerte, acontecida á los tres meses de su pontificado, impidió realizarlas. Falleció el 31 de octubre de 1003.

§ III. PONTIFICADO DE JUAN XIX (19 de marzo de 1004-18 de julio de 1009).

11. El 19 de marzo de 1004 fué elevado á la Silla apostólica Juan XIX. Esta época era ilustre en santos personajes. San Nilo, ilustre ermitaño del siglo XI, acabó su carrera de humildad, soledad y penitencia en Túsculo. Cuando vino á doce millas de Roma, al lugar desierto donde queria morir, fué á verle el conde Gregorio de Túsculo, señor del territorio en que se hallaba. Este señor, movido de ambiciosas miras, no habia sido siempre justo; se le acusaba, y no sin razon, de

(1) Se titula á este papa el décimonono de este nombre, porque se ha introducido el uso de conservar en el catálogo de los pontífices al antipapa Filagathe (Juan XVII), de quien hemos hablado en el pontificado de Gregorio V.

que influia en las elecciones de los soberanos pontífices, y su tiranía habia promovido mas de una vez disturbios en Italia, y aun hecho derramar sangre. Presentándose al santo ermitaño Nilo, se arrojó á sus piés diciéndole: « Padre mio, mis peca- » dos me hacen indigno de recibir en mi casa á un tal siervo » de Dios. Sin embargo, pues que os dignais honrar mis domi- » nios con vuestra presencia, hé aquí mi casa, mi ciudad y » todos estos campos á vuestra disposicion. Ordenad en todo » como gusteis. » El modesto religioso le pidió poder orar con paz y pasar el resto de sus dias en la *Grotta Ferrata,* ermitorio pequeño levantado sobre las ruinas de la antigua patria de Ciceron. Así acabó su santa vida el 26 de setiembre de 1005, dejando recuerdos de soledad cristiana en este retiro ilustrado por la elocuencia y filosofía pagana del príncipe de los oradores latinos.

12. En el año anterior, 1004, san Abbon, abad de Fleury, otra gloria de la vida monástica, murió en Francia, mártir de su celo por la disciplina. Habia emprendido la reforma del monasterio de la *Reola* en la Gascuña; y ya hemos notado que es cosa muy difícil detener la licencia que con menosprecio de las reglas canónicas llega á introducirse en ciertas comunidades religiosas. San Abbon trató desde luego de detener el relajamiento y desórden, que habian llegado á su colmo en el monasterio de la Reola: con este objeto hizo varios reglamentos dictados por su celo: mandó venir de su abadía de Fleury algunos religiosos para mejorar insensiblemente el espíritu general con los buenos ejemplos de virtud y de regularidad. Pero los monjes, picados por estas medidas, se cegaron hasta lo sumo, y se trabaron de manos entre sí. El santo abad quiso ponerse entre medias para hacer cesar una lucha tan sacrílega, y uno de aquellos obcecados le atravesó con un lanzazo. El santo Abbon quiso disimular su herida y quiso subir á su celda, y al entrar en ella espiró en los brazos de Aimon, su fiel discípulo, escritor de su vida.

13. Suministraba la tierra en esta época abundante cosecha para el cielo. San Adalberon, obispo de Metz, murió el 14 de

diciembre de 1005. Era hijo de Federico, duque de la baja Lorena, y de Beatriz, hermana de Hugo Capeto. Le abria su nacimiento entrada á todas las honras del mundo; mas su piedad le dirigió hácia la Iglesia, y si obtuvo altas dignidades, fueron debidas á su mérito. Elegido obispo de Metz en 994, puso en práctica su favorita máxima: « Para hacer bien un » buen Pastor ha de principiar por hacerse amar. » Y en efecto tenia para esto dones de gracia y de naturaleza: modales finos y afables, inclinaciones benéficas, y el arte de prestar un favor como si estuviera obligado. Tuvo el celo de todos los grandes santos de su siglo para la reforma monástica, y propagó en su diócesis el órden de san Benito, que llamaba á los religiosos á su primitivo fervor. Quiso poner su obispado bajo los auspicios de la Silla apostólica de un modo especial; y con este designio emprendió una peregrinacion *ad limina Apostolorum.* Su casa era asilo de pobres y desventurados; los recibia con bondad, les lavaba los piés por sí mismo, segun las tradiciones de la cristiandad y hospitalidad antigua, y se creia muy honrado con servir por su mano propia á los representantes de Cristo. Una enfermedad contagiosa, llamada el *fuego sagrado,* le suministró ocasion de desplegar el heroismo de su caridad. Habia entonces muchas familias afligidas por este azote. Los tocados de esta peste acudian al sepulcro de san Goerico en Metz para hallar pronto remedio á su mal. Adalberon recibia en su palacio á los enfermos ó tocados del mal, les lavaba las úlceras infectas y les daba de comer. Adalberon, que amaba tan tiernamente á Cristo en la persona de sus pobres, tenia una tierna y respetuosa devocion á los misterios de este Dios Salvador. Nunca celebraba misa sin revestirse antes de un cilicio, y no podia tener en sus manos el cuerpo y sangre de Cristo sin bañarlos de lágrimas. Pasaba las vigilias principales de las fiestas sin tomar alimento alguno; y para mas santificar el ayuno de cuaresma con la oracion y recogimiento, se retiraba á un monasterio de su diócesis. San Adalberon murió el 14 de diciembre de 1005.

14. Murió en 1006 san Fulcrano, obispo de Lodeva,

Oriundo de una de las mas nobles familias del Languedoc, Fulcrano sobresalió tanto en piedad y caridad como en celo y vigilancia pastoral. En una hambre que afligia á todo el mediodía de la Francia, fué verdadera providencia de todos los desgraciados. A pesar de sus liberalidades aun halló medios para reedificar desde sus fundamentos su iglesia catedral bájo la invocacion de san Ginés de Arles, y añadirle un monasterio dedicado á san Salvador. Despues de cincuenta y ocho años de episcopado, recibió el premio de sus virtudes el 13 de febrero de 1006. Cuando estaba para espirar, se mandó elevarle los brazos para dar la última bendicion á su amado rebaño, reunido á la sazon en la catedral, á donde se hizo transportar para dar allí su último aliento.

Otra gloria de la Francia comenzaba á brillar entonces con el doble resplandor de la virtud episcopal y del mérito literario : y fué san Fulberto, obispo de Chartres. Salido de oscura familia, decia de sí mismo : « que se le habia sacado » del polvo para hacerle asentar entre los príncipes de la » Iglesia. » Habia seguido sus estudios en Reims bajo la direccion de Gerberto, mas tarde Silvestre II. Su fama de elocuente le hizo ser llamado á presidir la escuela claustral de Chartres, y dió pruebas de tanta erudicion como modestia. A mas de las humanidades y sagradas letras cultivó las ciencias naturales, especialmente la medicina. Por su *Tratado contra los Judíos* se ve que sabia el hebreo. No le impidieron seguir con las lecciones públicas las funciones del episcopado, y su voluminosa correspondencia con todos los mayores ingenios en política, en religion y en literatura, atestigua que era mirado como oráculo de la Francia. Ha dado su nombre á la fundacion de la catedral de Chartres, maravilloso monumento del ingenio cristiano de nuestros antepasados. En medio de los trabajos y honores de su dignidad, san Fulberto consideraba con grande espanto la responsabilidad de su dignidad. « Criador mio, » decia, sola esperanza mia, mi vida y mi salvacion, dadme » fuerza y valor. Temo haber entrado temerariamente en el » episcopado y ser para los demás piedra de escándalo : y sin

» embargo, al considerar que sin apoyo de nacimiento ni de » riquezas, *como el pobre levantado de su estercolero* (1), yo he » subido á esta cátedra, me es imposible no ver en ello la obra » de vuestra Providencia. » San Odilon, abad de Cluny, se vió obligado á calmar sus escrúpulos, y á sus instancias Fulberto consintió en ejercer un ministerio que de tantos bienes colmaba el Señor. Merecia por su doctrina ser contado entre los santos Padres. Sus cartas están escritas con mucha gracia y sutileza, con estilo fácil y delicado. Su *Tratado contra los Judíos* se distingue por la solidez del raciocinio y profundidad de pensamientos. A estos dones de superior entendimiento, añadia san Fulberto celo y prudencia, para el sosten de la disciplina eclesiástica, y dió pruebas de ello durante su episcopado desde 1007 á 1029.

15. Estos ejemplos de santidad y virtud refluian por todas las clases de la sociedad. Las costumbres aun agrestes de las nuevas naciones de Europa iban impregnándose poco á poco de la savia religiosa, y se vió un ejemplar ilustre de esto en la persona de Fulco Nerra, conde de Anjou, uno de los mayores potentados de Francia, á la vez que el mas guerrero y pendenciero. Sobrado violento de carácter, hácia el año 993 habia entrado á mano armada en el claustro de San Martin de Tours, violando el sacro asilo. Los religiosos, para protestar contra este sacrilegio, sacaron todas las urnas de santos y la imágen de Cristo crucificado y las rodearon de espinas. Cerraron las puertas de la iglesia con órden de nó abrirlas sino á los peregrinos. Fulco Nerra, sobrecogido de este aparato lúgubre, quiso expiar su falta con pública y solemne penitencia. Vino pues á pié descalzo, acompañado de los grandes personajes de su comitiva, á desagraviar el sepulcro de san Martin : se postró ante las urnas de los santos y ante el crucifijo, y prometió respetar en adelante á la Iglesia y á sus propiedades. Este acontecimiento fué principio de una revolucion favorable de los espíritus en el conde de Anjou. Atemorizado de los

(1) *Et de stercore erigens pauperem.* (P. 112, v. 6.)

desórdenes de su vida y para apaciguar los remordimientos de su conciencia, tan lastimada por sus acciones sangrientas, fué en peregrinacion á Jerusalen, y á su regreso fundó el monasterio de Beaulieu, cerca de Loches. Un legado del papa consagró el nuevo convento, y por bula pontificia quedó exento de la jurisdiccion del arzobispo de Tours. Otras dos peregrinaciones hizo Fulco Nerra, que le merecieron el renombre de *Palmero* por las palmas que los peregrinos traen de la Tierra Santa.

16. El duque de Aquitania, Guillermo V, llamado el Grande, era príncipe mas poderoso á la vez, religioso y pacífico que Fulco de Anjou. Era Guillermo defensor de los pobres, padre de los monjes, protector de las iglesias. Tomó en su juventud la costumbre de ir todos los años en peregrinacion á los Santos Lugares, ó á Santiago de Compostela, y de este modo se iba introduciendo en la cristiandad el hábito de renovar los sentimientos de fé y devocion yendo á visitar los lugares consagrados con algun recuerdo glorioso. Sin duda que mas tarde se introdujeron desórdenes en este uso piadoso, porque en todas cosas puede haber abusos; pero en este siglo en que tan viva era la fe, y en que toda la vida estaba dominada por el sentimiento religioso, las peregrinaciones eran además una ocasion de penitencia, conversion y edificacion. Guillermo de Aquitania mantenia relaciones amistosas con el rey de Francia Roberto Pio; Alonso, rey de Leon; Sancho el Grande, rey de Navarra; Canuto, rey de Inglaterra y Dinamarca, y con el emperador san Enrique. Sólidamente instruido y educado en su juventud, retuvo el gusto á los estudios. Creó en su palacio una biblioteca considerable para su época; y á imitacion de Carlomagno, reunió cerca de su persona sabios cuya presencia amaba, y pasaba en su compañía las veladas del invierno. Atrajo la atencion pública del mundo católico sobre la Aquitania el descubrimiento de la cabeza del Bautista. Alduino, abad del monasterio de San Juan de Angeli, en la Santonja, halló en el muro de su iglesia un cofrecito de piedra que contenia un relicario de plata con esta inscripcion : « Aquí yace

» la cabeza del Precursor de Cristo. » Tal vez era mas que dudosa la autenticidad de esta reliquia; sin embargo nadie en la Aquitania soñó en ponerla en duda; y no solamente de toda Francia sino de los países extranjeros acudian á venerarla masas de gente. El rey Roberto vino con la reina Constanza y ofreció una concha de oro de treinta libras, con otros muchos ornamentos ricos. Vinieron tambien Sancho, rey de Navarra, el duque de la Gascuña, el conde de Champaña y casi todas las personas ilustres, regalando ricas ofrendas. Referimos este hecho como prueba característica de las costumbres del tiempo: muchos otros se presentan del mismo género. Los escritores enemigos de la religion toman de ello ocasion para atacar la sencillez crédula de los tiempos de fe: y aun dicen que los sacerdotes y monjes explotaban en provecho suyo la supersticion popular. Para ser justos y veraces, era necesario dijeran que si hubo error en el grado de veneracion tributada á ciertas reliquias, no existia en ninguna parte supercheria. Los sacerdotes y monjes participaban sínceramente de las creencias de su época; y si habia engañados, ellos lo eran primero. Respecto de los inconvenientes que podian resultar de la devocion de los pueblos á reliquias cuya autenticidad no nos parece harto probada, para nosotros que podemos juzgar y juzgamos segun los extensos y seguros medios de una ilustrada crítica, hé aquí la prudente observacion del protestante Leibnitz: « Probando que se puede honrar á los santos con justicia, y » encerrándose en los límites que hemos señalado, hemos de» mostrado que se pueden igualmente venerar sus reliquias, y » en su presencia, así como ante las imágenes, tributar home» najes á los santos á quienes pertenecen. Ahora bien, como » no se trata aquí sino de pios afectos, poco importa, aun » cuando por casualidad las reliquias que se creen verdaderas, » sean supuestas. »

17. El prelado que en esta época dió pruebas de profundo saber teológico, fué Burchardo, obispo de Wormes, en 1006. Nació en el Hesse, de padres acomodados que le enviaron á estudiar desde luego á Comblenza, y despues al monasterio de

Loches y á Lieja. Promovido aun muy jóven al obispado, conservó su inclinacion á los estudios. No habiendo cerca ninguno que le ayudase, rogó á Baldrico, obispo de Lieja, con quien cultivaba síncera amistad, le enviase un hombre versado en la sagrada Escritura para ponerse bajo su direccion. Baldrico le dió el monje Olberto, despues abad de Gemblours. Burchardo tenia un proyecto gigantesco : trabajaba en la formacion de una teología canónica con el fin de restablecer en su diócesis la observancia de la disciplina. Fué ayudado en esta voluminosa compilacion por Walthero, obispo de Espira; por Brunichon, dean de Wormes, á quien dedicó su obra; y sobre todo por Olberto, su maestro. Para reflexionar con madurez sobre el conjunto y los detalles de su obra, se retiró á un ermitorio que se hizo construir á dos leguas de Wormes. Las autoridades en que se apoya en esta larga obra, son las Escrituras, los santos Padres, Basilio, Jerónimo, Agustin, Ambrosio, Isidoro de Sevilla, y san Benito; las decretales de los papas, los cánones de los Apóstoles y concilios; los penitenciales de Roma, de san Teodoro de Cantorbery y del venerable Beda. La obra está dividida en veinte libros, que abrazan el conjunto de todos los deberes sociales en sus relaciones con las diversas condiciones. Todo está enlazado en la Teología moral y judiciaria de Burchardo : la regla suya, es la palabra de Dios interpretada y aplicada por su Iglesia. Toda la jerarquía espiritual y civil cabe en dicho plan, desde el papa hasta el último clérigo, desde el emperador hasta el último padre de familias. Los modernos críticos han notado algunos descuidos en el inmenso trabajo del santo y sabio obispo de Wormes : como por ejemplo, citas que no están sacadas de las piezas originales, sino de otras colecciones erróneas ó defectuosas. Una palabra basta para excusarle. En el siglo IX, no se tenian á mano, como hoy, las magníficas ediciones de santos Padres y concilios que debemos á la erudicion de los Benedictinos y Jesuitas, de los Mabillones, Labbes, Mansis y Ballerinos. Era necesario recurrir á manuscritos difíciles de hallar y aun mas de leer; y si algo ha de extrañarnos, es el prodigioso saber de Bur-

chardo en un siglo llamado tan injustamente de *ignorancia.*

18. Respecto de la famosa coleccion de las decretales de Isidoro Mercator, de la cual sacó muchas el obispo de Wormes, los escritores hostiles al supremo pontificado le echan en cara haber sido compilada con espíritu parcial á favor de los papas y por órden de estos. Alegan que no tiene otro apoyo que esta compilacion la costumbre de reservar al sumo pontífice *las causas eclesiásticas mayores* y el derecho de *apelacion á la corte romana.* El Ilmo. Palma responde á estas tres quejas victoriosamente. « Consta, dice, que muy lejos de » haber mandado los papas redactar la coleccion de Isidoro » Mercator, se han negado siempre á reconocer la autentici- » dad de todas las decretales que contiene. Se ha querido sos- » tener que las habia aprobado Nicolás I, lo cual es entera- » mente falso. La historia de la Iglesia nos suministra desde » los primeros siglos muchos monumentos de la tradicion » apostólica, que reservaba á la Santa Sede el conocimiento » de las causas mayores. Inocencio I escribia en 404 á Vic- » tricio, arzobispo de Rouen : *Si aconteciere formarse causas » mayores, es necesario, segun los decretos del concilio y anti- » gua costumbre de la Iglesia, deferirlas á la Sede apostólica » despues que hayan sido juzgadas por los obispos* (1). El con- » cilio á que alude el papa Inocencio, es, segun todos, el de » Sárdica. El papa san Zósimo escribia en el mismo sentido á » los obispos de las Galias; Sixto III á Anastasio, obispo de » Tesalónica; Leon Magno á los obispos de la Iliria. Luego la » costumbre de reservar las causas mayores al juicio de la » Sede apostólica no es innovacion de Isidoro Mercator, sino » una tradicion apostólica. Lo mismo hay que decir respecto » de las apelaciones á la corte romana, de que hallamos fre- » cuentes ejemplares en la historia de san Cipriano, de san Ata- » nasio, de Marcelo de Ancira. Es claro que á nada de esto ha » podido contribuir la compilacion de Isidoro Mercator (2). »

(1) « Si majores causæ in medium fuerint provolutæ, sicut synodus statuit et vetus » consuetudo exigit, ad sedem apostolicam, post epscopale judicium, referantur. «

(2) *Prælectiones Historiæ ecclesiasticæ.* Palma, tom. II, cap. XIV.

19. La ciencia y la virtud, que tan ilustres representantes tenian en Francia y en la Germania, podrian presentarnos nombres tan célebres en Inglaterra y en España. Bastará que citemos san Dunstan, san Elfegio, arzobispo de Cantorbery (1), san Alfrico y Leofrico en Inglaterra. San Froilan, obispo de Leon, y san Atilano, de Zamora, hacian la gloria de la católica España, que continuaba sus guerras seculares contra los Moros. Roberto Pio, en Francia; Alfonso V, en España; san Enrique II, en la Germania; san Estéban, en la Hungría, ponian su influencia y poder en servicio de la cristiandad. El Oriente, bajo la dominacion simultánea de Basilio II y de Constantino VII, estaba en paz con la Santa Sede. El pontificado de Juan XIX se transcurrió en semejantes prósperas circunstancias. Este papa restableció el obispado de Mersburgo y erigió el de Bamberg á ruegos de san Enrique II. Por los años 1005 y 1006, diversos concilios en Italia y Francia reglamentaron varios puntos de derecho canónico. San Brunon, llamado Bonifacio, á cuyo favor se habia restablecido el obispado de Mersburgo, recibió la corona del martirio en Rusia, á donde le habia llevado su celo para predicar el Evangelio en comarcas aun paganas, el 14 de febrero de 1009. La Iglesia, pues, dotada de fecundidad divina, extendia sus conquistas y derramaba la sangre de sus mártires en playas lejanas cual simiente de nuevos cristianos. Juan XIX, antes de ir á dar cuenta á Dios de un pontificado que tanto habia ilustrado con ejemplos de virtud, conoció la necesidad de recogerse en una soledad. Abdicó el pontificado y abrazó la vida monástica en la abadía de San Pablo de Roma. Despues de su retiro vacó tres meses la Santa Sede.

20. Se coloca bajo el pontificado de Juan XIX el importante descubrimiento de la gama ó escala musical por Guido de Arezzo, monje benedictino, que de este modo fijó los principios de la *tonalidad* moderna, y anunció ya el progreso que la mú-

(1) Muy pronto referiremos su martirio por los Dinamarqueses, invasores de la Inglaterra.

sica habia de realizar en las obras maestras de los mejores músicos modernos. Guido de Arezzo dió á las seis notas musicales los nombres de las primeras sílabas del himno que canta la Iglesia romana en las vísperas de san Juan Bautista :

Ut queant lapis *re*sonare fibris
*Mi*ra gestorum *fa*muli tuorum,
*Sol*ve polluti *la*bii reatum,
Sancte Joannes.

En una carta donde expone las ventajas de su nuevo método, el humilde religioso se expresa de este modo : « Yo espero » que los que vengan despues de nosotros rogarán á Dios por » el perdon de nuestros pecados ; porque en lugar de diez » años que eran menester antes para lograr á mucha costa » adquirir una ciencia muy imperfecta del canto eclesiástico, » formamos ahora un chantre en un año, á lo mas dos. » Y en efecto, es fácil imaginar cuán difícil debia de ser estudiar el canto antes de la invencion de la gama. El papa llamó á Roma Guido de Arezzo y le participó su viva satisfaccion por tan útil descubrimiento. La primera misa que se cantó en Alemania segun el método de Guido de Arezzo fué ejecutada en Bamberg, cuando se consagró esta catedral por el papa Benedicto VIII. Todo el mundo quedó maravillado de la facilidad con que se podia aprender la música que antes costaba diez años de ímprobo estudio (1).

(1) « La gama inventada por Guido de Arezzo no tenia en un principio sino las seis primeras notas; mas tarde se añadió la séptima, que completa las entonaciones de la escala musical. En nuestros dias se ha descubierto una correlacion sorprendente y misteriosa entre las siete entonaciones principales del sonido; los siete principales colores de la luz, y las siete figuras principales de la geometría. Por ejemplo, una barra de hierro, calentada gradualmente, presenta gradualmente los siete colores principales. Si en esta gradacion de incandescencia se da un golpe en la barra, va dando gradualmente las siete notas de la gama musical; si se coloca á un lado, en una hoja de lata ó cubierta de piano, polvo fino y ligero, las vibraciones graduales de las siete notas principales formarán gradualmente, con el polvo, las siete figuras principales de la geometría, el círculo, la elipse, el cono, etc. Este misterio de la naturaleza parece extenderse muy lejos. » Rohrbacher, *Historia universal de la Iglesia católica*, tom. XIII, p. 440.

§ IV. PONTIFICADO DE SERGIO IV (11 de octubre de 1009-13 de julio de 1012).

21. El pontificado de Sergio IV, elevado á la Sede apostólica el 11 de octubre de 1009, coincidió con un desastre que hirió al corazon de toda la cristiandad. Los Musulmanes derrocaron en Jerusalen la iglesia del Santo Sepulcro, que ya habia sido abrasada por los Persas en el siglo VII. Corrió fama que este último acontecimiento fué por culpa de los Judíos de Francia, que habian escrito al califa Hakem que si no arruinaba prontamente este sagrado recinto, objeto de universal peregrinacion de los cristianos, muy pronto le despojarian estos de sus Estados. El portador de esta carta fué prendido en Orleans, donde le reconoció un peregrino que habia ido con él á la Palestina. Confesó su crímen y fué condenado á ser quemado vivo. Fueron arrojados de Orleans todos los Judíos, que eran numerosos y ricos. La noticia de esta traicion se esparció por todo el universo, lo cual hizo que todos los príncipes cristianos les arrojasen de sus dominios. Estalló en todas partes el odio público contra ellos; se les echó fuera de las ciudades, se les persiguió por los campos como á animales dañinos : fueron muchos ahogados, gran número perecieron al filo de la espada, ó con varios tormentos; algunos se suicidaron desesperados, y otros se hicieron bautizar para librarse de una muerte casi segura. Los odios nacionales, exaltados por estas venganzas, llegaron á excesos que no pueden menos de condenar nuestras actuales costumbres; y aun duraron toda la edad media. Se ha tomado ocasion de acusar á la Iglesia cual si ella hubiera excitado la indignacion popular contra los Judíos, y como si toda la sangre vertida en esta ocasion debiera imputársele. La historia, que solo es testigo de la verdad, no puede ser cómplice de semejantes calumnias; y solo relata los hechos y la tendencia general de toda la cristiandad contra los Judíos, raza deicida y marcada con el sello de la reprobacion. La escision profunda que existia entre los hábitos de los pueblos cristianos y los de esta abominable

nacion, la fama sobrado justificada de que los Judíos se enriquecian con medios usurarios, y de que trataban á todos los reinos del universo como sus padres habian tratado á los Egipcios, despojándoles de sus riquezas, mantuvieron estas preocupaciones que mas de una vez prorumpieron en escenas lamentables. Pero estos hechos se verificaban segun el carácter general de esta época: la Iglesia no tenia ni podia tener parte en ellos, como ninguna institucion ordenada de aquellos tiempos. Cada siglo, cada fase de la civilizacion tiene su parte de buenas y malas acciones que les caracterizan. La Iglesia hacia infiltrar gota á gota en el corazon de las nuevas sociedades principios de mansedumbre y de benevolencia universal. Pero tuvo que luchar mucho tiempo antes de lograr el objeto de su mision. Y si nuestro siglo, que aun está muy lejos de ser perfecto en este género, cree poder gloriarse de haber progresado mas que sus padres, se lo debe á la incesante solicitud de la Iglesia.

22. Poco despues de la ruina del Santo Sepulcro, el papa Sergio IV tuvo el dolor de saber que los piratas dinamarqueses, en Inglaterra, habian tomado por asalto la ciudad de Cantorbery, sin perdonar ni aun mujeres y niños. Ocupaba entonces la silla episcopal san Elfegio. Formado desde su juventud entre las austeridades monásticas, luego abad del monasterio de Bath, que habia fundado, llevó al trono episcopal todo su gusto por la abnegacion y penitencia. En los rigurosos dias de invierno se levantaba á media noche é iba á orar al sereno, desnudo de piés, y su cuerpo solo cubierto de una ligera túnica. Su caridad era tan vigilante y liberal, que con solos sus medios llegó á abolir enteramente la mendicidad en su diócesis. Cuando los Dinamarqueses entraron vencedores en Cantorbery, san Elfegio se escapó de entre sus monjes, que querian contenerlo en su iglesia, y lanzándose en medio de los moribundos y asesinos exclamaba : « Perdonad á estas débiles » é inocentes víctimas, que tan baja y cobardemente inmolais » sin motivo. Volveos contra mí que tantos cautivos he sa» cado de entre vuestras manos, y que tantas veces os he re-

» prendido. » Estos bárbaros se echaron sobre él, le dieron de puntapiés y de manotadas, le descarnaron el rostro con sus uñas y le apretaron la garganta para que no hablara mas. Le encerraron en un calabozo y le tuvieron siete meses preso. Durante este intervalo una epidemia asolaba su ejército. Los cristianos que podian hablar con los Dinamarqueses les decian que era un castigo de Dios. Los Bárbaros fueron á pedir perdon al arzobispo y le pusieron en libertad. San Elfegio no gozó mucho tiempo de esta. Los Dinamarqueses quisieron obligarle á que les entregase las sumas de dinero de que disponia su caridad á favor de los menesterosos. Se rehusó á ello, y fué encarcelado de nuevo y nuevamente atormentado. Los Dinamarqueses insistieron en pedirle sus tesoros; pero como el santo les pintaba al vivo los juicios terribles de Dios y los espantosos extravíos á que los conducia el culto de los ídolos, se arrojaron sobre él, hiriéndole mortalmente y dejándole entre las ansias de la muerte. En fin uno de los Dinamarqueses, que habia bautizado la víspera, por compasion digna de un tal cristiano, y para impedir padeciera mas tiempo, le cortó la cabeza con un hachazo el 19 de abril de 1012. Los Dinamarqueses, que tan horriblemente ensangrentaban sus represalias en Inglaterra, habian sido provocados por las crueldades cometidas contra ellos por Ethelredo. En el año 1002, este príncipe hizo matar á todos los Dinamarqueses que se hallaban en Inglaterra. En el mismo dia y hora y en todas las provincias, las víctimas, sorprendidas de improviso fueron degolladas por el populacho con sus mujeres é hijos. El horror de esta matanza se agravó en muchos puntos con todos los ultrajes y barbarie que puede inspirar el odio nacional. Estas matanzas en masa dejaron por largo tiempo gérmenes de venganza en el espíritu de ambos pueblos. Los Dinamarqueses hicieron pagar mas tarde á la Inglaterra este fácil triunfo de la perfidia; y en 1017 veremos á Canuto Magno, su rey, imponer su yugo á todos los habitantes de la Gran Bretaña.

§ V. PONTIFICADO DE BENEDICTO VIII (20 de julio de 1012-10 de julio de 1024).

23. El corto pontificado de Sergio IV se habia ya terminado en el 13 de julio de 1012; y la muerte de este papa fué señal de nuevos disturbios en la Iglesia romana.

24. El conde de Túsculo, por abuso de poder, desde la muerte de Silvestre II se mantenia en posesion de dar su voto decisivo y hacerlo prevalecer en las elecciones de soberanos pontífices. Observábanse empero las formalidades canónicas; pero esta influencia extraña habia hallado modo de introducirse á despecho de los cánones. A la muerte de Sergio IV, el conde de Túsculo hizo elegir á su propio hijo bajo el nombre de Benedicto VIII en 20 de julio de 1012. Una faccion opuesta coronó por su lado á un antipapa llamado Gregorio, quien reunió hartos partidarios para que el papa legítimo se viese obligado á salirse de Roma, donde peligraba su persona. Se refugió á Polden en Sajonia, donde san Enrique II celebraba las Pascuas de Navidad. El soberano pontífice se presentó ante el rey de Germania con aparato imponente, y le hizo relacion de los ultrajes á que habia estado expuesto de parte de los rebeldes: san Enrique prometió amparo al representante de Cristo, y hubiera partido inmediatamente para Roma si no hubiera tenido que detenerse para apaciguar completamente un terrible levantamiento de los Esclavones, que acababan de sacudir á la vez el yugo del imperio y el de la Iglesia, y que cubrian de sangre y de ruinas la Sajonia. Tratados con intempestivo rigor por el duque sajon Bernardo y por el marqués Teodorico, sus señores, estos pueblos sedientos de venganza volvieron á sus primitivos instintos salvajes. Transportados de furor llevaban á sangre y fuego todos los países al norte del Elba, incendiando las iglesias y pasando el arado por sus descombros: hacian perecer los sacerdotes y monjes con horrorosos suplicios, no dejando al otro lado del rio ningun vestigio del cristianismo. La poblacion de Hamburgo fué ó pasada al filo de la espada ó llevada cautiva en su totalidad. En

Altenburgo, ciudad muy poblada y cristiana, los Esclavones reunieron todos los cristianos como para una inmensa carnicería y los degollaron en masa, á excepcion de sesenta eclesiásticos que reservaron para servir de escarnio feroz y salvaje. Les cortaron en forma de cruz el cutis de la cabeza, les abrieron el cráneo, por manera que se les veian los sesos; y luego, atadas las manos en las espaldas, los pasearon por sus cantones, no cesando de golpearlos hasta que iban espirando. Habiendo acontecido en tan aciagas circunstancias la muerte de san Libencio, arzobispo de Hamburgo, se complicó el estado de cosas, por quedar privadas las iglesias de un prelado cuya moderacion y sabiduría eran tan necesarias en tan deplorable situacion. Benedicto VIII en concierto con san Enrique II colocaron en esta silla metropolitana un pastor capaz de recoger esta herencia tan mal parada: y fué Unvano, capellan de san Libencio. Su afabilidad y beneficencia le ganaron los corazones de todos. Enrique II tomó en seguida medidas eficaces para el restablecimiento de la paz. Sus armas victoriosas contuvieron por fin á los Esclavones, y cesaron sus atrocidades y rebelion. Tranquilo por este lado, tomó en compañía del papa el camino de Italia.

25. Su arribo á Italia bastó para hacer entrar en su deber á los facciosos. Benedicto VIII volvió á su capital, donde los verdaderos fieles, libres del yugo del antipapa, le acogieron con transportes de júbilo. San Enrique vino en persona á Roma, donde hizo su entrada triunfal el 14 de febrero de 1014. El soberano pontífice meditaba cómo restablecer en favor del santo rey la dignidad imperial, vacante despues de la muerte de Oton III (1). Enrique II se personó en la iglesia de San

(1) Bisio sostiene que á peticion de Oton III, que se veia en la imposibilidad de tener sucesor de su sangre, Gregorio V en 996 arregló en un concilio, cuyas actas desaparecieron mas tarde, el modo de elegir emperador. Lo cierto es que el título de emperador, transmitido sucesivamente de Oton I á sus hijo y nieto, no ha sido otorgado sino á un príncipe elegido y consagrado por el papa. San Enrique II fué elegido rey de Germania en 1002, inmediatamente despues de Oton III; mas no tuvo ni título ni insignias de emperador sino en 1014, despues de ser consagrado por el papa. Lo mismo veremos en Conrado, su sucesor: y de aquí viene el orígen del título de *santo Imperio* ó *sacro Imperio* dado al imperio de Alemania. Las

Pedro. Marchaba con la real corona en la cabeza, acompañado de su esposa santa Cunegundis y de doce senadores. El papa le esperaba en las gradas de la basílica. Antes de introducirlo en esta le preguntó si queria ser protector de la Santa Sede y mostrarse fiel en todo á los vicarios de Jesucristo. Enrique lo juró: puso su real diadema en el altar de los santos Apóstoles. Benedicto VIII le consagró y coronó emperador. Le entregó luego un globo de oro con una cruz del mismo metal, y adornado con doble cordon de pedrerías. Era un emblema que representaba la concordia del imperio con la religion. El emperador, penetrado de esta significacion, dijo: « Quereis » enseñarme con este símbolo, Santísimo Padre, cómo debo » yo usar de la nueva autoridad que se me confiere. Pero esta » cruz puesta sobre el globo del mundo no cuadra perfecta- » mente sino á los que han hollado las pompas del mundo por » llevar la cruz de Cristo. » El monje Glaber, que nos transmite estos detalles, añade, acabando su relato: « Parece justí- » simo y muy en razon, á fin de mantener la paz, que ningun » príncipe tome título de emperador sino aquel á quien el papa » hubiere escogido por sus méritos, y á quien haya otorgado la » marca de esta dignidad. » El nuevo emperador confirmó á la Iglesia romana todos los derechos concedidos por Carlomagno y los Otones. Al mismo tiempo declaró que la eleccion del papa fuese hecha libremente por el clero y pueblo romano, con tal que, segun los decretos de Eugenio IV y de Leon IV, tenga lugar la consagracion ante los diputados imperiales. Se le quitó despues al pueblo el derecho de intervenir en la eleccion para reservársela á solo el clero. Estas estipulaciones en favor de la libertad de las elecciones pontificales, no tenian desgraciadamente fuerza ni eficacia sino en tanto que los emperadores se hallasen presentes para hacerlas respetar: porque desgraciadamente en aquellos siglos desastrosos, una turba de tiranos subalternos se disputaban el poder en Roma, y, por fuerza, pretendian hacer prevalecer su voluntad.

excepciones que se presentarán nada probarán contra la regla. (*Nota* del abate Pelier de la Croix, edicion de Berault-Bercastel, tomo V, p. 191.)

26. Se agitó entónces entre el papa y san Enrique II una cuestion litúrgica. Se ha dicho yá con motivo de la discusion de la partícula *Filioque*, que aun no se habia introducido en la Iglesia romana el uso de cantar el Símbolo en la misa. El emperador estaba tan acostumbrado á este canto, que desde las iglesias de España y las Galias habia pasado á las de Alemania. Preguntó al papa porqué no adoptaba Roma esta práctica, y Benedicto VIII le respondió, «que no habiendo caido » la Iglesia romana en ninguna herejía, no tenia necesidad de » declarar su fe con esta solemne profesion.» Sin embargo, el soberano pontífice, despues de haber examinado maduramente la cuestion y para cimentar con un monumento durable la paz con la Iglesia griega, ordenó que en lo venidero se habia de cantar en Roma el Símbolo constantinopolitano. El cardenal Lambertini nota que hay cuatro símbolos en uso en la Iglesia romana: 1°. el de los *Apóstoles;* 2°. el de Nicea, redactado en 325; 3°. el de Constantinopla en 381; 4°. y en fin, el símbolo *Quicumque,* conocido bajo el nombre de san Atanasio y que se reza en la Prima. Baronio sostiene la autenticidad de este Símbolo, negada por Natal Alejandro, Tillemont, Muratori, Papebroquio y Mabillon, los cuales dicen con algun fundamento que si san Atanasio hubiera sido su autor, no hubiera omitido en él el término de *consustancial,* este testimonio victorioso de la fe católica y que tanto aterra el error arriano. No se conoció este Símbolo antes del siglo VI: y el primero que lo atribuyó á san Atanasio fué Teodulfo de Orleans.

27. Acabado el coronamiento, el emperador regresó á Alemania por camino de Francia, donde queria visitar á san Odilon, abad de Cluny. San Enrique regaló á este monasterio el globo de oro que acababa de recibir del papa, sus vestiduras imperiales, su corona, cetro y un crucifijo de oro macizo. Añadió á estos presentes tierras considerables en Alemania, y pidió como favor señalado estar asociado á esta comunidad. El emperador iba acompañado en su viaje de san Menverco, cuya virtud habia penetrado entre la turba de señores de su corte y á quien habia hecho obispo de Paderborn. Menverco, último pa-

riente del emperador y poseedor de bienes proporcionados á su alto nacimiento, empleó su favor y riquezas en dotar á su diócesis de establecimientos piadosos y útiles. Reedificó la catedral arruinada por los Bárbaros y fundó en Paderborn una escuela donde, á mas de las artes liberales propiamente dichas, la poesía, la historia y el arte de escribir, tan precioso entonces para la reproduccion de los manuscritos, se enseñaba además la pintura. Esta escuela vino á ser con el tiempo una de las mas florecientes. Menverco añadió á estas instituciones, como indispensable corolario, la de un monasterio del órden de Cluny, y san Odilon le dió monjes para fundarlo en su diócesis.

28. San Enrique II fomentaba los esfuerzos de san Menverco para establecer la disciplina monástica. Este príncipe tenia frecuentes relaciones con el bienaventurado Ricardo, abad de San Vanes en Verdun, uno de los mas sabios religiosos de la época. Se apoderó del corazon del soberano el amor de la soledad: y visitando un dia el claustro de San Vanes, exclamó: » Este es el lugar de mi descanso; esta la morada que me he » escogido.» E inmediatamente le pidió que se le recibiese entre los monjes de su abadía. Ricardo conoció que la vocacion de Enrique II no era la de un pobre y modesto religioso, y halló este expediente para satisfacer la piedad del príncipe sin dañar al Estado. Juntó la comunidad y suplicó al emperador se explicase ante todos los monjes. Enrique protestó que tenia resuelto dejar las vanidades del siglo y consagrarse al servicio de Dios en el monasterio donde se hallaba. «¿Quereis, dijo el abad, practicar la obediencia hasta morir, segun » la regla y ejemplo de Jesucristo? — Sí quiero, respondió » Enrique. — Y yo, dijo el abad, desde este momento os re» cibo en el número de mis religiosos: yo acepto la responsa» bilidad de la salvacion de vuestra alma, si de vuestro lado » prometeis seguir, segun las miras de Dios, todo cuanto os » mandare. — Juro obedecer puntualmente todo cuanto me » mande Vuestra Paternidad. — Yo quiero pues, repuso Ri» cardo, y os ordeno en virtud de santa obediencia que volvais

» á tomar el gobierno del imperio, que la Providencia divina » os ha encomendado. Yo quiero que procureis, en cuanto » esté de vuestra parte, la salvacion de vuestros vasallos, con » vuestra vigilancia y firmeza en hacer justicia. » Al oir estas palabras, el emperador, sobrecogido sin duda, sintió no verse descargado del yugo pesado que llevaba en sus hombros : se sometió empero, y continuó haciendo brillar en el trono las virtudes que hubiera querido sepultar en la soledad. Creemos ofrezca la antigüedad pocas escenas de mas imponente majestad y mas augusta sencillez.

29. Muy pronto conoció la Italia la necesidad que tenia el imperio de un jefe tal como san Enrique. Los Sarracenos, aprovechándose de la ausencia del príncipe, se arrojaron por mar sobre la Toscana, y en 1016 se apoderaron de muchos territorios. El papa Benedicto VIII mostró en esta ocasion gran valor, y en efecto la situacion necesitaba de un jefe hábil y arrojado. Tal lo fué el papa, y la cristiandad le debió su salvacion. Desplegó inaudita actividad; reunió sin demora cuantos soldados podia suministrar la Italia y se puso á su frente. Al mismo tiempo envió por mar muchedumbre de bajeles para cortar la retirada á los Sarracenos. El emir, habiendo adivinado este proyecto, temió caer en manos del ejército pontifical y huyó con una pequeña escolta, dejando á sus soldados sin direccion ni mando. Fué por consiguiente completa la derrota, y casi todos perecieron víctimas de la cobardía del emir. Despues de tan brillante victoria, Benedicto VIII regresó triunfante á Roma; pero no tardó en llamar su solicitud otro género de enemigos.

30. El imperio griego de Constantinopla poseia aun algunas ciudades en la baja Italia, las cuales administraba por medio de un gobernador. Este último levantó pretensiones sobre los dominios de la Santa Sede : asoló los principados de la Pulla, y afectaba la intencion de reconquistar la influencia bizantina en toda la Península. El papa envió contra él al príncipe de Normandía, Roaldo, que atacó bravamente á los Griegos, los venció y obligó á salir de la Pulla. Este primer paso de los

Normandos en el suelo de Italia va á tener graves consecuencias, como se verá en su lugar. Sin embargo, la victoria de Roaldo no pareció al papa suficiente garantía contra las posibles invasiones posteriores de los Griegos; y tomó la resolucion de personarse con el santo emperador, exponiéndole el estado de las cosas. La entrevista fué el 14 de abril de 1020, en la ciudad de Bamberga, cuya catedral consagró Benedicto VIII con esta ocasion. En memoria de este acontecimiento, Enrique II hizo donacion de la ciudad y obispado á la Santa Sede, con carga anual de dar un caballo blanco y cien marcos de plata (1). Se ventilaron entonces las mas elevadas cuestiones políticas y religiosas. Los abusos que se habian introducido en el clero, el olvido de las reglas canónicas sobre el celibato de los clérigos, y los desórdenes consiguientes fueron objeto de medidas eficaces de parte de ambos soberanos. El concilio de Pavía, celebrado en agosto de 1020, confirmó las disposiciones tomadas de comun acuerdo por ambas potestades espiritual y secular. Se renovaron los cánones del concilio Niceno, las decretales de san Siricio y san Leon sobre la continencia de los clérigos, y se decretaron penas temporales contra los transgresores.

31. Por fin, el año 1022, á consecuencia de las promesas hechas al papa, san Enrique avanzó con un ejército considerable contra los Griegos, que amenazaban la independencia de Roma y de toda la Italia. Benevento y todas las plazas que estaban por el imperio bizantino fueron sometidas prontamente; Pandolfo, príncipe de Capua, uno de los jefes del partido ultramarino, se rindió á condicion de tener salva la vida. Troya, en la Pulla, fué la sola que se negó á abrir sus puertas, esperando pronto socorro prometido por el emperador Basilio; mas transcurridos tres meses, los habitantes, reducidos á sus solas fuerzas, se decidieron á implorar la clemencia de san Enrique. Le enviaron, como mas tierna diputacion, todos los niños de la ciudad, que se arrodillaron á los piés del empera-

(1) De aquí viene sin duda el tributo anual de la *hacanea*.

dor de Alemania, exclamando en griego: «Señor, tened piedad » de nosotros (*Kyrie eleison*).» La razon política preponderaba desde luego en el corazon del soberano, que respondió: «Los » padres de estas pobres criaturas son los que tienen la culpa « por su obstinacion.» Pero al oir las sentimentales expresiones de los inocentes niños, se enterneció Enrique y exclamó el rostro bañado en lágrimas: «Sí; decid á vuestros padres » que me apiadaré de ese pueblo.» La ciudad rebelde se admitió á compostura, y se restableció la tranquilidad en toda la Península itálica. Se volvieron á ver el emperador y el papa en la abadía del Monte Casino, y de comun acuerdo acabaron de concertarse sobre el estado político del Occidente. Se separaron para no verse mas.

32. Al regreso á sus Estados, el santo emperador mandó celebrar un concilio en Selingstadt, cuyos cánones son interesantes y notables por presentar las costumbres y disciplina del siglo XI. Se prohibe á los sacerdotes que *celebren mas de tres misas al dia;* porque la devocion les movia á multiplicar la oblacion del santo sacrificio cuantas veces podian. Mas tarde se fijó la actual disciplina. *El sacerdote que hubiere comido ó bebido por la noche despues del canto del gallo, en estío, no celebrará misa en el dia siguiente; y si es en invierno, no podrá decirla sino en caso de necesidad.* Como aun no habia relojes, se suponia que el canto del gallo indicaba la media noche. *Se prohibe llevar espada en la iglesia.* Prohibicion necesaria en tiempos de tanto desafío y desacato. *Prohibicion de echar el corporal al fuego para apagar un incendio.* Precaucion contra una credulidad exagerada. Y en fin, que *la peregrinacion á Roma no dispense en ningun caso á los pecadores públicos de cumplir la penitencia canónica que se les hubiere impuesto.* La Iglesia no admite que so pretexto de devocion personal se eximan los fieles de sus deberes canónicos.

33. En el mismo año que el concilio Salegunstandiense se celebró otro en Orleans para sofocar en su orígen una secta abominable, que se iba formando en el centro de la Francia. Habia en Orleans dos sacerdotes, Estéban y Lisoyo, muy afa-

mados por su doctrina y santidad, muy apreciados por Roberto Pio. Se dejaron seducir por una aventurera italiana, que á las apariencias de piedad unia las prácticas de los Maniqueos y antiguos Gnósticos. La corrupcion del corazon se comunica rápidamente al espíritu. Este contagio infectó muy en breve á los principales clérigos de Orleans. La doctrina de los nuevos sectarios era digna de su moral. Enseñaban á sus iniciados que el cielo y la tierra, eternos por naturaleza, no tenian principio ni fin; que el Evangelio era una fábula piadosa destinada á seducir á los pueblos; que era inútil rezar á los santos; que era trabajo inútil las obras de fe y devocion, de que no habia que esperar recompensa; como ni tampoco castigo por los desórdenes de la concupiscencia y lujuria. Sus asambleas nocturnas renovaban las monstruosas bacanales de los Gnósticos : por lo cual esta secta era una efusion del espíritu de pecado y tinieblas en el mundo. Al saber esto, el rey Boberto fué á Orleans, acompañado de gran número de obispos. Fueron presos todos los sectarios y se les hizo proceso. Las leyes civiles castigaban con pena de fuego estas reacciones. Fueron quemados vivos Estéban y Lisoyo, con otros quince mas, por no haberse arrepentido, sino al contrario tenido el descaro de defender tenazmente su secta. Este rigor contuvo el contagio, y así preservó Roberto Pio á sus Estados de esta secta. Tambien penetró en Aquitania; pero Guillermo V, duque de esta provincia, castigó los sectarios con no menos severidad. Los herejes tuvieron que esparcirse por países extraños, y tomaron otras maneras mas hipócritas para poder vivir seguros; y tal fué el primer gérmen de los Albigenses en el mediodía de la Francia.

34. En este tiempo fundó san Romualdo, de los duques de Ravena, un monasterio en un valle titulado Campo Malduli, obispado de Arezzo, de donde vino el órden de los Camaldulenses, cuya regla es la de san Benito, con algunas observancias particulares. Las órdenes de san Benito y Camaldulense nos han dado en nuestra época dos grandes papas : Pio VII y Gregorio XVI.

35. El emprador san Enrique II y el papa Benedicto VIII

murieron en el mismo año 1024. La emperatriz santa Cunegundis, que de acuerdo con su esposo habia guardado la virginidad en el matrimonio, se retiró al monasterio de Kaffungen, que habia fundado cerca de Cassel, en la diócesis de Paderborn. Vivió aun nueve años como simple monja, como la última de sus hermanas, temiendo la ostentacion hasta en el ejercicio de la humildad, trabajando con sus manos cual si se viera reducida á ello. Murió, consumida de vigilias y austeridades, el año 1038; inaugurándose de este modo el siglo XI con un pontificado glorioso para la Iglesia y con el espectáculo edificativo de las virtudes que reinaban en el trono.

CAPITULO II.

SUMARIO.

§ I. Pontificado de Juan XX (19 de julio de 1024-6 de noviembre de 1033).

1. Eleccion de Conrado, duque de Franconia, al trono de Alemania. — 2. Eleccion de Juan XX. — 3. Embajada de los Griegos, pidiendo para los patriarcas de Constantinopla el título de patriarcas ecuménicos. Negativa del papa. — 4. Celo de Gerardo, obispo de Cambray, contra los novadores. — 5. Conrado II es coronado por el papa, emperador de Alemania. — 6. Canuto I el Magno. Virtudes de este príncipe. — 7. Olao el Santo, II de este nombre. — 8. Decadencía de la iglesia de Constantinopla. — 9. Desórdenes entre el clero regular y secular de Oriente. — 10. Sucesion de los emperadores griegos. — 11. Hambre y peste en Francia. — 12. *Tregua* ó *Paz de Dios*. — 13. Apostolado de san Marcial. — 14. Caballería. — 15. Muerte de Juan XX.

§ II. Pontificado de Benedicto IX (9 de diciembre de 1033-mayo de 1044). *(Primer periodo.)*

16. Escándalos en la Silla de san Pedro. — 17. Eleccion de Benedicto IX. — 18. Vicios de este papa. — 19. San Gerardo, obispo de Chonad en Hungría. — 20. Casimiro I, llamado el Pacífico, rey de Polonia. — 21. *Fuego de san Anton.* — 22. Últimas acciones y muerte de san Odilon, abad de Cluny. — 23. Revoluciones en Constantinopla. — 24. Antipapa Silvestre III. Abdica por primera vez Benedicto IX.

§ III. Pontificado de Gregorio VI (28 de abril de 1045-17 de diciembre de 1046).

25. Eleccion de Gregorio VI. — 26. San Pedro Damian. — 27. Abdicacion de Gregorio VI.

§ IV. Pontificado de Clemente II (25 de diciembre de 1046-9 de octubre de 1047).

28. Eleccion de Clemente II. — 29. Modestia de san Pedro Damian. — 30. Muerte de Clemente II.

§ V. Pontificado de Benedicto IX (noviembre de 1047-17 de julio de 1048). *(Segundo periodo.)*

31. Benedicto IX vuelve á subir al trono pontifical. Su abdicacion definitiva.

§ VI. Pontificado de Dámaso II (17 de julio de 1048-18 de agosto del mismo año).

32. Eleccion y muerte de Dámaso II.

§ I. PONTIFICADO DE JUAN XX (19 de julio de 1024-6 de noviembre de 1033).

1. Conrado II, duque de la Franconia, fué elegido rey de la Germania en una dieta solemne, y coronado en Maguncia

el 8 de setiembre de 1024. «Cuando se dirigia á la iglesia para » consagrarse, dice un historiador contemporáneo, se le pre» sentaron tres desgraciados : eran estos un siervo de la igle» sia de Maguncia, una viuda y un pobre huérfano. El nuevo » rey se detuvo para oir sus quejas : y uno de los señores de » su comitiva le observó que iba á principiar el oficio divino. » — *¿ Qué importa?* dijo Conrado; *los obispos me han enseñado » que alcanzarán el reino de los cielos no solamente los que oye» ren la palabra de Dios, sino los que la practican.* Escuchó » tranquilamente á los suplicantes y los despidió consolados. » ¡ Dichoso pueblo cuyo rey se apresura mas á hacer justicia que á recibir la corona ! Conrado en toda la carrera de su reinado se mostró consiguiente con este primer rasgo. Le tocó entera la herencia de san Enrique II, y muy pronto le veremos coronado emperador por el papa. Sin embargo, la corriente de la opinion en Italia no era esta, porque el yugo de Alemania parecia duro á estos pueblos bulliciosos y casquivanos. A la muerte del emperador san Enrique, destruyeron el palacio imperial de Pavía y ofrecieron el trono de Italia, desde luego al hijo primogénito de Ludovico Pio, y despues al duque de Aquitania Guillermo. Por su situacion geográfica, bañada de mar por tres lados, encerrada y como amurallada por el norte con largas cordilleras de montañas, la Italia parece á primera vista llamada á ser una monarquía compacta y poderosa : y esta idea ha sido agitada en todos los períodos de la historia moderna, en el corazon de sus pueblos, mas nunca con resultado. Parece oponerse á su realizacion un plan providencial. Si las fuerzas de Italia, inmensas por cuanto pueden recibir aumento progresivo y continuo, estuvieran concentradas en manos de un solo soberano, ni Roma ni la cabeza suprema de la Iglesia fueran libres. Y hé aquí porqué todas las tentativas de este género, desde la caida del reino de los Ostrogodos, han fracasado constantemente, y jamás se ha reconstituido la unidad política de la Italia.

2. Benedicto VIII tuvo por sucesor á su hermano, hijo segundo de Gregorio, conde de Túsculo, que tomó el título de

Juan X, en 19 de julio de 1024. San Fulberto, obispo de Chartres, escribió lo siguiente, felicitando al nuevo papa: « Doy » gracias á Dios de que os haya elevado á la cumbre de la dig» nidad apostólica; todo el universo fija sus miradas en vos, » y todos os proclaman bienaventurado. Los santos contem» plan vuestra elevacion y se regocijan de que estais hecho á » su imágen viva, reproduciendo en vuestra persona todas sus » virtudes. » [Esto hace caer de su propio peso todas las calumnias referidas acerca de los medios con que este papa subió al trono pontifical; y aun cuando hubiera algo de cierto, la conducta de Juan XX ha sido digna, y se mostró lleno de valor respecto de las ambiciosas pretensiones del patriarca de Constantinopla.]

3. En el primer año de su pontificado llegó á Roma una embajada solemne de los dos emperadores bizantinos y del patriarca Estanislao, con magníficos presentes para el papa y principales oficiales de la corte pontificia. Esta mision tenia por objeto hacer consentir al papa en que los obispos de Constantinopla tomasen el título de patriarcas universales de todo el Oriente. El dinero de Basilio II y del patriarca logró corromper la mayor parte de los prelados de la corte de Roma; mas la entereza del papa desconcertó sus maquinaciones. Al contrario, promovió y acogió favorablemente la protestacion de las principales iglesias del Occidente, que inmediatamente le escribieron reclamando contra las nuevas tentativas de los Griegos. San Guillermo, abad de San Benigno de Dijon, escribió al papa diciendo: « Se divulga el que los Griegos han lo» grado lo que por sola vanidad han solicitado del que solo » tiene el primitivo poder de atar y desatar. Sabed que esta » voz escandalosa ha sumido en la amargura á los que aman » la virtud. » No habia tal cosa; porque el papa nada otorgó á los Griegos, y su decision fué conforme á la de sus predecesores de tiempo inmemorial.

4. Por esta misma época habian logrado introducirse sectarios semejantes á los de Orleans en muchas diócesis, donde por descuido de los prelados habian esparcido errores peligro-

sísimos. Uno de estos obispos, como nos lo asegura Gerardo de Cambray, se habia contentado con examinarlos y absolverlos, porque no profesaban dogmas impíos. Por el sínodo de Arras en 1025 se ve que Gerardo era mas vigilante y feliz que muchos de sus coepíscopos, porque por la fuerza de la persuasion logró traer á verdadera luz gran número de descarriados. Con este motivo Gerardo, en un sermon predicado al pueblo, habló en términos claros y precisos del sacramento de la Eucaristía. «Cuando el pan y vino mezclado con agua, dice, son » consagrados en el altar por un modo inefable con la señal de » la cruz y en virtud de las palabras del Salvador, se convier- » ten en el verdadero cuerpo y sangre de Cristo, aun cuando » queden los accidentes de pan y vino : y aunque no vean » nuestros sentidos sino pan material, es real y verdaderísi- » mamente el cuerpo de Cristo, como nos lo enseña la Verdad, » diciendo en términos formales : *Hoc est corpus meum*, etc. » Pero ¿cómo puede ser que el cuerpo del Salvador esté pre- » sente á la vez en tantas iglesias, y que á la vez se distribuya » á tantas personas, quedando empero siempre el mismo? Para » responder á esta objecion, yo os pregunto, ¿cómo el Hijo » de Dios ha podido estar todo entero en el seno de su Padre, » y todo entero y al mismo tiempo en el seno de la Vírgen? » No le ha sido mas imposible al que ha estado siempre con » su Padre y al mismo tiempo con sus discípulos, conservar » su cuerpo glorioso en el cielo y hacernos participar de él por » sacramento en la tierra.» Palabras que atestiguan la fe del siglo XI en la real presencia de Jesucristo en el sacramento de nuestros altares, aun antes que Berengario hubiese perturbado la Iglesia.

5. Juan XX meditaba desde su advenimiento la restauracion del poder imperial á favor de Conrado, rey de Germania, quien por sus virtudes y talentos militares se mostraba digno de suceder á san Enrique. El año 1027 vino á Roma acompañado de Rodolfo, rey de Borgoña. Fué coronado emperador el dia de Pascua de Resurreccion, y quedó sellada de nuevo la alianza entre el pontificado y el imperio. Pero muy pronto se

vió que esta conducta sabia y prudente del Pastor supremo de la cristiandad no estaba en armonía con el sufragio popular de Italia. Tan cierto es que parece innato en las masas el espíritu de oposicion, y que basta tomar una medida verdaderamente útil para exponerse á las recriminaciones insensatas de las masas. Las fiestas del coronamiento de Conrado y de Gisela, su esposa (1), se terminaron con una sangrienta batalla entre Romanos y Alemanes. Dió lugar un pretexto insignificante á la explosion de aquellos odios nacionales que manifestaban á las claras una profunda antipatía entre ambos pueblos.

6. La consagracion de Conrado tuvo por testigo un peregrino ilustre que acababa de llegar á Roma, segun la costumbre del tiempo, con una alforja al hombro y un báculo en la mano. Algunos dias despues de la ceremonia, este peregrino escribió la siguiente carta: « Canuto, rey de Dinamarca, In- » glaterra, Noruega y parte de la Suecia, á Elgenoth, metro- » politano, al arzobispo Alfrico, á todos los obispos y prima- » dos de los Anglos, pueblo y nobles, salud. Os hago saber » que en cumplimiento de un voto antiguo he venido á Roma » para perdon de mis pecados y para salvacion de mis reinos y » pueblos sometidos á mi gobierno. Se ha celebrado aquí du- » rante la solemnidad pascual una grande asamblea de ilustres » personajes para la coronacion del emperador Conrado. He » hablado con el papa y con el emperador respecto de las ne- » cesidades de mis reinos de Inglaterra y Dinamarca. He lo- » grado para mis pueblos mas justicia y seguridad en sus via- » jes á Roma. Ya no se verán detenidos por tantas barreras, ni » tendrán que pagar injustos peajes. El emperador ha acce- » dido á todas mis peticiones, así como Rodolfo, rey de Bor- » goña, que posee las principales entradas de los Alpes. » El rey que de este modo venia en persona á Roma por las necesidades de sus vasallos, era Canuto, hijo de Suenon, rey de Dinamarca. Prudente, valeroso, constante en los reveses y

(1) Gisela, parienta en grado prohibido entonces, fué rehabilitada despues con dispensas pontificias competentes: se contrajo nuevo matrimonio regularizado con estas.

lleno de recursos para repararlos, habia vindicado con la conquista de toda la Gran Bretaña la matanza de Dinamarqueses en 1017. Se habia mostrado en su lucha con Edmundo II, último rey de la sangre de los Anglos, religioso, equitativo y naturalmente bienhechor. Si durante la guerra dió algunas muestras de ferocidad dinamarquesa, fué menos por su carácter natural que efecto de circunstancias pasajeras. Tranquilo poseedor de la Inglaterra, la hizo muy pronto el reino mas floreciente de todos, desarrollando el genio comercial, nativo en aquellos indígenas, y haciendo reinar la justicia, la abundancia y la paz. Así borró, con la moderacion de su gobierno, lo odioso de la dominacion extranjera y las rivalidades nacionales excitadas por la conquista. Restauró todos los monasterios arruinados en la guerra. En Roma hizo admirar su piadosa munificencia tanto como su edificativa y síncera piedad. Sus liberalidades llegaron á países extranjeros, y san Fulberto, obispo de Chartres, recibió de él enormes sumas para la construccion de su catedral. — En cierto dia, se hallaba Canuto en las orillas del Océano, en la costa de Winchester. Uno de sus cortesanos, por lisonjearlo, le dió el título hiperbólico de rey de los reyes, y dueño de la mar. El príncipe, sin contestarle, plegó su capa, la puso al borde del mar donde subia el flujo, y se sentó en ella. Cuando el flujo subia, dijo: « Tú, mar, estás » sometido á mis órdenes; yo te mando respetes á tu señor, y » de no llegarte á él. » Escucharon todos con extrañeza, y cuando las primeras oleadas llegaron á mojarle los piés y calar toda su capa, dijo: « Ya veis cómo respeta el Océano á su » dueño. Aprended con esto lo que es el poder de los reyes » mortales. El verdadero rey es el gran Dios, por quien han » sido criados y son gobernados la tierra, el mar y todos los » elementos. » Despues de tan sublime leccion se levantó, y seguido de sus cortesanos, vino á la iglesia de Winchester; y poniendo en la cabeza del crucifijo la diadema que tenia costumbre de llevar, protestó que solo merecia corona Aquel á quien obedecen todas las criaturas. Canuto murió poco despues de una accion tan digna de cerrar un reinado que habia

sido un glorioso tejido de buenas obras, en 1036. Sus dos hijos, Haraldo y Canuto II, sucedieron uno despues de otro á su padre en la soberanía de la Gran Bretaña, despues de los cuales volviendo á entrar en la familia de los antiguos poseedores, en 1046, pasó á san Eduardo, hermano de Edmundo II.

7. En tanto que Canuto edificaba con sus virtudes á la Inglaterra y Dinamarca, las comarcas salvajes de la Noruega estaban gobernadas por un príncipe igualmente virtuoso, Olao II *el Santo*, á quien granjeó el título de mártir una muerte heróica. Los dos reyes, Olao y Canuto, tan dignos de recíproca amistad, se hicieron empero una guerra muy animada durante gran parte de su reinado. Su objeto comun era reunir en una sola cabeza las dos coronas de Noruega y Dinamarca, que á pesar de los mares que las separan, han parecido desde la antigüedad no deber ni poder pertenecer sino á una sola cabeza ó soberano. Olao se esmeró particularmente en purgar sus dominios de agoreros y mágicos de que estaban infestados, y que perpetuaban las mas insensatas supersticiones del paganismo. El rigor que desplegó en esta ocasion sirvió de pretexto á una rebelion de que se aprovechó hábilmente Canuto, su rival, para hacerse reconocer rey de Noruega: mas duró poco esta reunion, porque Olao rechazó todas las tentativas de Canuto, y reconquistó la independencia de su territorio. Se valió de su autoridad para trabajar con mayor celo en la conversion de todos sus vasallos á la fe cristiana: sus esfuerzos le atrajeron el odio de los idólatras, numerosos aun en sus Estados, y le hicieron perecer secretamente en 1028. Se le erigió una sepultura honrosa en Drontheim, capital del reino donde hicieron memorable su culto los milagros obrados por su intercesion. — El yerno de Olao el Santo, llamado tambien Olao, estableció el cristianismo en Suecia, y siguió las huellas de su suegro.

8. A medida que se iba propagando la luz del Evangelio hasta en los nebulosos y helados climas de la Sarmacia y Escandinavia, se eclipsaba en proporcion igual en las hermosas provincias de la Grecia y de aquella parte privilegiada

del Asia que logró sus primeros albores. El concilio celebrado en Constantinopla en 1027, bajo el patriarca Alejo, nos da á conocer el lamentable estado de aquella iglesia ambiciosa. Los príncipes, cuyo débil brazo no podia sostener mas el coloso del imperio que se iba desmoronando, trataban de detenerlo en su caida con puntales sagrados y profanos: abrumaban de contribuciones á los obispos y clero de sus Estados. Los obispos, para sustraerse á los tributos de que eran responsables personalmente los metropolitanos, se ausentaban de sus iglesias, malversaban sus rentas, arrendaban las tierras y se ocupaban servilmente en la administracion temporal de sus bienes. Ya no se contenian en los límites de la jurisdiccion eclesiástica, y se usurpaban unos á otros sus derechos. Los eclesiásticos por su lado pasaban sin permiso de una provincia á otra: eran numerosos sobre todo en Constantinopla, donde no era raro ver clérigos depuestos, ó revestidos de hábitos clericales sin haber sido ordenados, ejercer impunemente las sagradas funciones.

9. El estado monástico, en otro tiempo tan floreciente en Oriente, donde nació, degenerado largo tiempo habia por el espíritu de cisma, discordia y error, se precipitaba aun mas rápidamente que el órden clerical á una completa ruina. Los emperadores se habian acostumbrado, especialmente despues de los Iconoclastas, á poner los monasterios y hospitales en manos de legos poderosos y autorizados. Se queria por esta especie de encomienda granjearse protectores y bienhechores para estas casas, y restablecer así las que habian sido derruidas en tiempo del impío Coprónimo. Pero se confirieron á toda suerte de personas, á señoras y aun hasta á paganos, que los miraban como bienes propios. Estas concesiones eran vitalicias. Se encomendaban á hombres conventos de monjas, y á mujeres monasterios de monjes; y es fácil conjeturar los desórdenes que se seguian. El concilio de Constantinopla se esforzó en remediar los abusos existentes [tomando medidas para la reforma del clero regular y secular, y para evitar que las encomiendas no degenerasen en tráfico ni en desórdenes].

10. No andaba mejor parado el trono que la Iglesia. El emperador Constantino, que murió en 1028, tres años despues de su hermano Basilio, tuvo por sucesor al patricio Romano Argiro. Constantino era en extremo indolente: pasaba el tiempo en medio de bufones y aventureros, á quienes daba los primeros cargos del Estado. Su solo mérito era un raro conocimiento de los caballos. Tenia tres hijas: Eudoxia, Teodora y Zoé. En su lecho de muerte designó por sucesor suyo á Romano Argiro, general en su ejército. Argiro estaba casado con una mujer virtuosa llamada Helena. Al darle el imperio Constantino VIII le prevenia que repudiase á Helena y se casara con Teodora. Romano se negaba á esta órden, y citaba las leyes de la Iglesia opuestas al divorcio. « Si no haces lo » que te pido, le dijo el moribundo emperador, te haré reventar los ojos antes de acabar el dia (1). » Informada de la resistencia de su marido, Helena se fué á él, se echó á sus piés y le suplicó aceptase el imperio y la mano de Teodora. Romano Argiro cedió á las instancias de su esposa. Helena se encerró en un claustro diciendo: « Salvo los ojos y la vida de » mi marido. ¡Qué me importa el imperio! » Al oir este sublime rasgo de Helena, Teodora exclamó: « ¡Viva Helena! » No, yo no me casaré con un hombre que así sacrifica á tal » esposa. » Pero Zoé, menos generosa que su hermana y mas ambiciosa que esta, aceptó la mano de Argiro y el título de Augusta. Eudoxia habia tomado el velo y héchose monja. El patriarca griego no fué tan escrupuloso como Romano ni tan delicado como Teodora: ratificó lisa y llanamente el divorcio, y solo reparó en un grado lejano de parentesco entre los futuros. Pero Alejo de acuerdo con el clero decidió el caso en favor de las segundas nupcias. Por lo demás, Romano III Argiro, príncipe débil y desprovisto de talentos, reinó sin lauro, y en 1034 murió emponzoñado por su segunda mujer.

11. Muy fatales fueron para la Francia estos últimos años.

(1) Hay que tener por muy sospechosas todas las anécdotas orientales. La enemistad y el genio *mentiroso* de los escritores griegos del Bajo Imperio las dictaban y pasaban como hechos ciertos. (El Traductor.)

Roberto Pio murió en Melun el 20 de julio de 1031 : y fueron testimonio glorioso de su bondad para con los pueblos las lágrimas de todos sus vasallos. « Señor, decian, ¿porqué nos » llevais un padre tan tierno? Era el amigo del pueblo, la an» torcha de la justicia, el apoyo de los buenos. Pasó ya, en » fin, ese hermoso reinado en que pasábamos apaciblemente » nuestros dias al abrigo del peligro y del infortunio. » La bondad de Roberto brilló en mil circunstancias. Habian conspirado contra él doce personas de su corte; Roberto mandó venir á los reos condenados á muerte, les hizo confesarse y comulgar; luego los puso en libertad diciendo: « No se puede » hacer morir á los que Jesucristo ha admitido á su ban» quete. » Tal fué Roberto Pio. Su mayor elogio está comprendido en esta frase de un contemporáneo: « Fué rey de » sus pasiones como de sus pueblos. » A la pesadumbre de su pérdida vino á juntarse el hambre mas horrible de que haya hecho mencion la historia. Un desconcierto de las estaciones inaudito, lluvias continuas durante tres años consecutivos, desde 1030, impidieron el que llegasen á madurar ni á sazonarse frutos ni cereales. [Se cuentan cosas horrorosas al paso que crímenes y castigos espantosos y terribles en tan funesto período.] El hambre causó tal mortandad, que los vivos no bastaban para enterrar á los muertos... Esta hambre y esterilidad principió en el Oriente; luego en la Grecia é Italia: siguió á las Galias y á la Inglaterra; y en fin cesó en 1033, en cuyo año la abundancia fué tal que igualaba á la cosecha de cinco años ordinarios. Estos desastres dieron lugar á actos heróicos de caridad. [Obispos, abades, clérigos y monjes, todos, todos rivalizaban en celo para socorrer á los pobres y asistir á los enfermos y afligidos. Se invirtieron bienes, frutos, alhajas y muebles de todas las iglesias y monasterios para alimento de los miembros pacientes de Cristo.] Con loable prevision los prelados proveian de granos á los labradores para que nunca estuviese sin cultura la tierra y no faltase esperanza de cosecha para los venideros.

12. La vuelta de la abundancia fué acogida por los pueblos

como un beneficio del cielo, y el reconocimiento fué tanto mayor cuanto mas sensibles las pasadas penas. Los obispos y gentes buenas se aprovecharon de tan buenas disposiciones para remediar los pasados desórdenes, y sobre todo para poner coto al hábito inveterado de saltear caminos, y pelearse unos señores con otros, á la profanacion de los sagrados recintos, á los contínuos robos, á las violencias y sacrilegios. Varios concilios se celebraron en las provincias de Aquitania, Borgoña, Arles y Lyon, desde 1030 á 1033; y mandaron que en los dias consagrados á la memoria de los misterios de la religion, es decir, desde el miércoles de cada semana hasta el lunes por la mañana de la siguiente, hubiese suspension de armas entre todos los ciudadanos, cualquier motivo que mediara entre ellos. Esto es lo que se llamó *Tregua de Dios*. Desde esta época la guerra quedó insensiblemente sometida á reglas dictadas por la humanidad, el honor y la religion. Se publicó además una especie de legislacion militar, y bajo diferentes nombres se fundó una milicia encargada de su ejecucion. Era ya esto una victoria de la moral evangélica sobre las costumbres y legislaciones bárbaras del siglo. Los pueblos acogieron con entusiasmo estas medidas, y en tanto que los obispos levantaban sus báculos en señal de aprobacion, la muchedumbre exclamaba extendidas las manos: « ¡ Paz, paz! » confirmando así el pacto perpetuo que acababan de contraer con Dios. Se contrajo obligacion de reunirse cada cinco años para testificar la fidelidad á la *Tregua de Dios*, y caso de infraccion ó de dudas, proveer de medios para consolidar la paz. El concilio de Limoges de 1031 excomulgó á los guerreros que se negaban á adherirse á tan prudentes reglamentos. Todos los obispos reunidos llevaban en la mano velas encendidas cuando se promulgaban las maldiciones siguientes: « Excomulgamos á los guerreros que negaren á su obispo paz y justicia. ¡ Sean malditos, ellos y sus cómplices! ¡ Malditas sean sus armas, malditos sus caballos! Habiten con el fratricida Cain, con el traidor Judas, con Datan y Abiron, que fueron tragados vivos y sumidos en los infiernos! Y así como estos

» cirios se apagan á vuestra presencia, apáguese su gozo en » presencia de los ángeles, á menos que no satisfagan antes » de su muerte, y se sometan á justa penitencia. » Dicho esto los prelados volvian los cirios encendidos y los apagaban á sus piés ó en el agua.

13. El concilio de Limoges mandó además que fuese contado entre los apóstoles san Marcial; pues en efecto lo fué de aquella comarca, y el papa Juan XX confirmó esta decision. Pero los Lemosinos pretendian además que san Marcial habia sido uno de los setenta y dos discípulos enviados por el mismo Salvador : cuestion aun no resuelta.

14. Hácia el mismo tiempo, humanizó la guerra una nueva institucion que indicaba la tendencia general de los espíritus cristianos : esta fué la institucion de la caballería, que comenzó en Francia bajo el reinado de Roberto Pio y Enrique I, su sucesor. En su orígen, la caballería cristiana era una consagracion religiosa del noble guerrero en defensa de la Iglesia y del pobre. El militar que deseaba recibir esta consagracion se presentaba al obispo, el cual bendecia su espada, desde luego, para que se emplease en servicio de las iglesias, de las viudas y huérfanos, y que los pudiese proteger contra la crueldad de los paganos y herejes. « Como vos, ¡ oh Señor! decia, dísteis á » vuestro siervo David la victoria contra Goliath, é hicísteis que » Judas Macabeo triunfase de las naciones que os desconocian, » haced, ¡ oh Dios! que este vuestro siervo, que se humilla » bajo el yugo de la milicia santa, tenga valor y fuerza para » defensa de vuestra fe y de vuestra justicia. » El obispo ceñia la espada al nuevo caballero, que se levantaba, la hacia vibrar con fuerza, la enjugaba en su brazo izquierdo y la envainaba. El prelado le daba entonces el ósculo de paz; luego, con la espada desnuda en la mano derecha, le daba quedito tres golpes en las espaldas, diciéndole : « Sed guerrero pacífico, valiente, » fiel y celoso por Dios. » No se otorgaba la caballería sino á los de sangre noble y aguerridos en el servicio militar. Habia un noviciado de preparacion : el novel caballero se ponia algun tiempo á las órdenes de un caballero antes de serlo él

realmente. Los palacios de los señores fueron casi otros tantos seminarios de caballería. La corte del rey de Francia fué mirada como escuela superior de cortesanía para todo el reino. Esta jerarquía de educacion caballeresca, dulcificando las costumbres, era como viva imágen de la jerarquía política, y denotaba el trono como cabeza del edificio social.

15. El emperador Conrado hizo acto de caballero defensor de los derechos de la Santa Sede, viniendo á proteger á Juan XX contra una conspiracion que contra él se habia formado en Roma mismo. Apenas si el papa pudo sustraerse á la muerte con que le amenazaban los rebeldes. Se vió obligado á huir, en 1033, para dejar se disipase el furor de los partidos. El fondo de esta conspiracion era el odio inveterado al yugo aleman. Conrado acudió precipitadamente á Roma, y su presencia sola contuvo á los revoltosos, y el papa pudo posesionarse de nuevo de su capital. Mas no por mucho tiempo, porque murió el 6 de noviembre del mismo año, despues de un pontificado harto feliz, y cuyo próspero transcurso hizo olvidar lo que en un principio tuvo de sospechoso.

§ II. PONTIFICADO DE BENEDICTO IX (9 de diciembre de 1033-mayo de 1044). (*Primer periodo.*)

16. El pontificado supremo vuelve á entrar en una de esas épocas de envilecimiento sobre las que desea echar un velo el historiador. La mas alta dignidad espiritual instituida por Dios debia de ser conferida, segun el juicio humano, á quien estuviese revestido por Dios mismo de una fuerza moral superior, para poner á sus titulares al abrigo de ciertos reproches de que se apodera la malignidad hostil como de un arma contra la institucion misma. Entra sin duda alguna en el plan providencial el que la Iglesia, para mejor probar la divinidad de su fundacion y conservacion, experimente algunas veces la prueba mas dura de todas : resistir victoriosamente á la indignidad de sus cabezas.

17. Alberico, conde de Túsculo, tenia un hijo de diez ó

doce años, sobrino de Juan XX. Le vino la idea fatal de hacer subir este niño á la Silla de san Pedro. A pesar de los cánones, tan explícitos sobre esto; á pesar del sacrilegio de semejante tentativa, logró á precio de oro su criminal deseo, y el jóven Teofilacto fué elegido papa bajo el nombre de Benedicto IX, el 9 de diciembre de 1033. El emperador Conrado, en virtud del derecho de confirmacion en las elecciones pontificales, tantas veces estipulado en favor del imperio de Alemania, hubiera debido oponerse á esta promocion anticanónica: mas no lo hizo; pues que habiendo decaido de su primitivo fervor, llegó hasta vender los oficios eclesiásticos (1).

18. [A pesar de su juventud, la historia nada malo reprueba en Benedicto IX respecto de la doctrina y gobierno espiritual de la Iglesia. Su autoridad fué reconocida y respetada en toda la tierra.]

19. [Benedicto IX dió sucesivamente el palio á tres arzobispos de Hamburgo: Hermann, Bezelino y Adalberto. La Alemania, en medio de los desórdenes de esta época, suministraba una serie de virtuosos prelados y piadosos monjes. San Bardon, arzobispo de Maguncia, ilustraba su silla con su ciencia y piedad. San Popon, abad de Estavelo en la diócesis de Lieja, y mas tarde de San Vaast en Flandes, hacia revivir los tiempos de los Antonios y Benitos. San Gerardo, obispo de Chonad en la Hungría, renovaba los ejemplos de firmeza y

(1) En el triste relato de los pontífices desde Benedicto IX hasta Leon IX, no sabemos de dónde ha sacado datos la escuela moderna para desnaturalizar los hechos hasta un punto increible. Ni Pio II, que escribió la historia de esta triste época, ni nuestro sabio y prudente Pedro Mexia, ni el doctor Illescas en su *Historia pontifical* suponen á Benedicto tan inmoral como lo pinta el abate Darras, con casi todos los Franceses. Lo mismo decimos respecto de los demás papas y antipapas de los desgraciados diez y seis años que mediaron desde Juan XIX á Leon IX. Ni hemos hallado que el primero solo tuviera doce años, ni que tuviese malas costumbres: solo sí que era apocado, y que la dependencia en que entonces vivian los soberanos pontífices de los emperadores y príncipes, por la pobreza y ningunos recursos de los Estados de los papas, hacia que los Romanos no les respetasen, y que fuesen tan libres no sólo en hablar mal de sus soberanos, los papas, sino en hacer de los sucesores de san Pedro un juguete de sus intrigas y amaños. De esta perversidad de los Romanos han venido los cuentos y calumnias contra los papas. Nosotros protestamos contra todas estas exageraciones. (El Traductor.)

valor de san Ambrosio. En un dia de Pascua, año 1041, el tirano Aba, que ensagrentaba el trono de Hungría con sus crueldades, se presentó en la iglesia para asistir á la funcion. San Gerardo subió al púlpito, y dirigiéndose al príncipe, le dijo : « La cuaresma se instituyó para perdon de los pecadores y recompensa de los justos. Vos la habeis profanado » con asesinatos. Privándome de mis hijos, me habeis quitado » el nombre de padre. Vos no teneis derecho de participar en » este dia de los regocijos de los fieles. Como estoy dispuesto » á morir por Cristo, no temo hablaros con severa sinceridad. » Tened entendido que dentro de tres años se levantará contra » vos la espada vengadora, y perderéis, con la vida, el reino » que habeis adquirido con el fraude y violencia. » — El tirano, bramando de cólera, intentó matar al santo obispo, mas temió la venganza del pueblo. Se cumplió la prediccion de Gerardo. En 1044 Aba fué decapitado, y Pedro, sucesor legítimo del rey san Estéban, volvió á subir al trono de Hungría. Pero los Húngaros, descontentos de la alianza que Pedro habia firmado con la Alemania, volvieron á llamar algunos señores fugitivos, pusieron á su cabeza á Andrés, pariente lejano de san Estéban, y organizaron un levantamiento. Haciendo extensivo el odio del nombre aleman al nombre cristiano, asesinaron en masa á los católicos y abrasaron infinidad de iglesias. Cogieron á san Gerardo en Pesth y le abrumaron á palos, repitiendo el santo mientras le atormentaban la oracion del Salvador : « Perdonadles, Señor, pues no saben lo que ha» cen. » Todo esto acontecia en 1047; pero no fué de larga duracion; porque una vez consolidado en el trono Andrés, se apresuró á tomar medidas eficaces para proteger la religion cristiana, de que hacia pública profesion. Desde el reinado de este monarca la Hungría ha sido cristiana y católica.

20. No causó menos desórdenes en la Polonia el fuego de la discordia. Muerto Micislao en 1034, último rey, su hijo Casimiro era sobrado jóven para gobernar, y su madre, la reina Rixa, odiosa á todos; por lo cual hubo siete años de anarquía, en que cada señor robaba y hacia fechurías por su parte, sin

perdonar bienes de las iglesias y monasterios. Bretislao, duque de Bohemia, se aprovechó del interregno y penetró en el corazon de la Polonia, se apoderó de las principales ciudades y entró en Gnesen, á la sazon capital. Despojó á las iglesias de todas sus riquezas, ornamentos, vasos sagrados, relicarios, plata, fondos y rentas. Quejáronse á Roma los obispos polacos; pero á la sazon ocupaba la Silla apostólica Benedicto IX. Los cardenales prometieron mucho á los Polacos, pero los Bohemios, habiendo acudido con regalos por su parte, fueron absueltos. Cansados en fin los Polacos de tan funesta anarquía, que duraba aun en 1039, resolvieron poner en el trono al hijo del último rey. Fué pues remitida una honrosa diputacion al jóven Casimiro, que se habia hecho monje en Cluny, bajo la direccion de san Odilon. « Venimos, dijeron los embajadores, » de parte de los grandes y nobles de Polonia á conjuraros » que os compadezcais del estado de este reino y vayais á » poner término á sus males. » Casimiro respondió que no se pertenecia á sí propio, y que de tal modo pendia del abad, que, como habian visto, ni aun habia podido hablarles sin su permiso. San Odilon, por su parte, dijo que su peticion era superior á su poder, y que solo el papa podia relevar de sus votos á un monje ya profeso, y aun ordenado de diácono. Los diputados fueron á Roma, en 1040, é hicieron en la corte de Benedicto IX una pintura poética y tierna de las calamidades de la Polonia y de la necesidad que tenia de que volviese Casimiro para conservacion de la religion y del reino. El caso era nuevo, y la dispensa pedida, inaudita hasta entonces en la Iglesia. Sin embargo el papa, oído el parecer de consejeros hábiles y experimentados, y usando del *poder de atar y desatar* que se le habia dado sin restriccion por el mismo Cristo, otorgó la demanda. Y no solamente se permitió al monje Casimiro volver al siglo, sino casarse, con carga á todo noble polaco de pagar anualmente á la Santa Sede un denario. Casimiro pues volvió á su patria, fué reconocido rey, se casó con María, hermana de Jaroslaf, príncipe de la Rusia. Despues de una restauracion tan inesperada como extraordinaria,

el nuevo rey, habiendo consolidado la paz en lo interior y á lo exterior, trató de hacer florecer la religion, las ciencias y las artes, y las sagradas letras en su reino. Envió á la abadía de Cluny, donde con tanta piedad habia pasado su destierro, presentes magníficos, y alcanzó de san Odilon doce monjes, que fundaron en Polonia dos monasterios célebres. Su establecimiento continuó á purificar las costumbres y á volver á la religion la decencia y dignidad que se habian perdido en medio de las guerras civiles.

21. Las virtudes que tan de lejos atraian al órden de Cluny prosélitos augustos y munificencias reales, no se concentraban en los límites del claustro. San Odilon y el beato Ricardo de San Vanes fueron instrumentos de que Dios se valió para traer los pueblos numerosos de Francia á las costumbres suaves, que no son menos favorables á la sociedad que gloriosas al Evangelio, y que han llegado á ser objeto de emulacion en todos los pueblos civilizados. La *Tregua de Dios* debió al celo de ambos santos el ser adoptada y mantenida en el seno de una nacion turbulenta y belicosa, donde los señores no conocian otra gloria que la de las armas. Los dos santos monjes emplearon el ascendiente de su ingenio y piedad en hacer florecer las virtudes sociales á la par que las cristianas. Las revueltas de la Normandía en la menor edad del duque Guillermo, llamado mas tarde el Conquistador, habian hecho desechar la *Tregua de Dios*. Ricardo fué á predicar allí, y por de pronto sin resultado : mas el cielo pareció vengar al predicador de tal indocilidad. Toda la provincia fué afligida de una peste llamada *fuego de san Anton :* era un ardor que consumia las entrañas. Este azote se extendió é hizo numerosas víctimas en París, donde la piedad de los pueblos buscó un refugio contra él á los piés de santa Genoveva, patrona de Francia, año 1041. Los Neustrianos, atacados de este mal, creian no poder hallar remedio sino por medio del predicador á quien no habian querido oir. Este los recibia con mansedumbre, les hacia jurar la observancia de la *Tregua de Dios*, y luego les hacia beber vino bendito por él. Así curó gran número de apestados, no solo

en la Normandía sino en otras provincias á donde se habia extendido el contagio. La fama del bienaventurado Ricardo fué muy en breve universal. A la muerte de Ramberto, obispo de Verdun, el emperador quiso darle este obispado; pero el humilde religioso rehusó esta dignidad, y murió como habia vivido, santísimo monje, á una edad muy avanzada, en 1045.

22. San Odilon, su amigo, habia tambien rehusado desde 1025 el arzobispado de Lyon, que queria conferirle el papa Juan XX. Ni las lágrimas de esta iglesia, codiciada por tantos sugetos indignos de ella, ni las instancias de los fieles, ni hasta las amenazas del pontífice supremo, á quien en toda otra circunstancia obedecia aun en lo mas mínimo, pudieron vencer su humildad. Las virtudes características de este prelado eran la mansedumbre y la paciencia : solo era inexorable para los monjes irregulares que siembran zizaña é indisciplina en los conventos. Si hallaba algunos así, los arrojaba sin miramiento alguno de la comunidad : era indulgente para cualquiera otra falta. Acostumbraba decir que si habia de ser juzgado por el Juez supremo, queria mejor serlo por sobrada bondad que por sobrado rigor. Sin embargo insistia mucho en la puntual observancia de la regla; pero la hacia amable, y usaba mas bien de la bondad de un padre ó de la ternura de una madre que del mando absoluto de un abad. Parecia amoldado por la gracia para hacer amable la virtud á todos los hombres. La sencillez le era connatural, era franco en su proceder, ingenuo en sus discursos, noble en su porte; era cano, ojos vivos, carácter animado que daba vida á todas sus acciones, y su palabra parecia inspirada. Acabó sus dias en el monasterio de Souvigny, año 1049, á los cincuenta y cinco años de gobierno de su órden. Se le debe la institucion del dia de Finados, y se cuenta así su orígen : Un peregrino francés, que llegaba de Jerusalen, fué arrojado á las costas de Sicilia por una tempestad. Un ermitaño que vivia en aquellas rocas le preguntó si conocia el monasterio de Cluny y al abad Odilon : « Oigo frecuente» mente los espíritus de tinieblas blasfemar contra las perso» nas piadosas que con sus limosnas y oraciones libran las al-

» mas de las penas que padecen en la otra vida; pero se quejan » especialmente de Odilon y sus monjes. Cuando pues llegueis » á vuestra patria, os ruego en nombre de Dios exhorteis á » este santo abad y á sus monjes redoblen sus oraciones por » las almas del purgatorio. » El peregrino cumplió con su encargo, y en consecuencia Odilon mandó que en todos los monasterios de su instituto se hiciera cada año al dia siguiente de Todos Santos la Conmemoracion de los fieles difuntos. Aun se conserva el decreto de esta institucion, que fué dirigido á Cluny, tanto para este monasterio como para todos los de su dependencia. Esta piadosa práctica pasó muy pronto á otras iglesias, y en breve fué universal en el mundo católico.

23. En tanto que el Evangelio y la sencillez de la fe amansaban de dia en dia las costumbres de los Occidentales, los Griegos se hacian mutua guerra, y parecian mirar como cosa de un juego las costumbres y la piedad, el Estado y la religion. Romano Argiro solo pensaba en pasar apaciblemente su reinado; pero muy poco le duró este. La emperatriz Zoé, por la que habia abandonado una tan digna esposa, le hizo ahogar en un baño, en 1034, para dar el trono y su mano á un Paflagonio llamado Miguel, antiguo banquero. Miguel IV, elevado así al imperio, mostró algun valor contra los Búlgaros; pero muy pronto murió muy arrepentido, de resultas de remordimientos de su conciencia, en el año 1041. No teniendo hijos, dió la púrpura antes de espirar á su sobrino Miguel, llamado *Calafato,* porque en su juventud habia sido calafate de navíos. Ignorante y cobarde, solo reinó un año, porque el pueblo de Constantinopla le arrojó de la capital y le desposeyó del trono de que era tan indigno. Llamóse entonces del convento á la princesa Teodora, y con su hermana Zoé gobernó el imperio; pero no pudiendo avenirse caractéres tan diferentes, Teodora se volvió á su claustro. Zoé volvió á casarse con Constantino Monómaco, permitiendo á este vivir públicamente con otra mujer, á quien dió tambien el título de Augusta, transformando así el trono de los Césares en un lecho de adúlteros. El emperador solo trataba de divertir al pueblo con

juegos brillantes y fiestas ruidosas. Así es que apenas si hizo sensacion la fatal desgracia de cuarenta mil Griegos degollados por los Servios, en los desfiladeros de la Bulgaria, año 1042. Así se iba preparando esta nacion envilecida al gran cisma de Oriente.

24. Roma ofrecia igualmente triste espectáculo bajo el respecto moral. Sin embargo Benedicto IX canonizó en 1042 á san Simeon, monje benedictino en Siracusa, y es el segundo ejemplar de una canonizacion en regla. La primera habia sido la de san Udalrico. Los Romanos arrojaron en 1038 del trono pontifical á Benedicto IX; pero el emperador Conrado, que á la sazon se hallaba cerca de Italia para calmar las agitaciones populares, le restableció (en el mismo año). Este fué el último acto de Conrado, que murió repentinamente en Utrecht, año 1039. Se le atribuye el derecho escrito sobre la feudalidad en Alemania. Su hijo, Enrique III el Negro, le sucedió en sus Estados. Por muerte de Conrado, los Romanos tomando mas ánimo para deshacerse del débil Benedicto IX, le arrojaron de nuevo; y la faccion que dirigia esta rebelion eligió á Silvestre III, verdadero antipapa. Pero solo duró el intruso tres meses, y Benedicto IX volvió á subir al trono pontifical, que renunció en fin en 1045, para retirarse mediante una decente pension; y fué elegido canónicamente en su lugar Juan Graciano, sacerdote muy apreciado del clero romano. Tal fué el primer período borrascoso del pontificado de Benedicto IX (1).

§ III. PONTIFICADO DE GREGORIO VI (28 de abril de 1045-17 de diciembre de 1046).

25. Abdicando plena y libremente Benedicto IX y retirándose á sus posesiones de fuera de Roma, Juan Graciano fué elegido papa el 28 de abril de 1045. « Su buena reputacion, dice el » monje Glaber, reparó los males que habia causado su ante-

(1) En este número, así como en el anterior, hemos cercenado cuanto sin ser necesario ni aun útil á la historia de la Iglesia, solo pudiera servir de escandalizar sin fruto al lector. (El Traductor.)

» cesor. » Lo mismo dicen Hermann Contracto y el historiador Oton Frisingue: el primero era contemporáneo de los sucesos referidos. Al saber san Pedro Damian la eleccion del nuevo pontífice Gregorio VI, le escribió en estos términos: « Estaba » sediento de que pudiese en fin venirnos algo bueno de la » Santa Sede apostólica, y la noticia de vuestra elevacion me » ha regocijado. La mano de Dios muda los tiempos y los rei- » nos. Y ahora que la paloma vuelve al arca, y que con las » verdes hojas de olivo anuncia la vuelta de la paz, sois la es- » peranza de la restauracion del universo. » Se ve por esta carta la idea que san Pedro Damian, y con él todos, se habian hecho del pontificado de Gregorio VI.

26. Pedro Damian nació en Ravena, año 1007, de familia pobre y cargada de hijos. Se descuidó tanto su primera educacion, que hasta de darle de comer se olvidó su propia madre. Una criada le reprendió severamente un dia este descuido: « Las tigres y las leonas, le dijo, no dejan morir de » hambre á sus hijuelos. Este niño no será quizás el último de » su familia. » Y en efecto se realizó la prediccion de esta humilde mujer mucho mas de lo que ella pensaba. Empleado desde luego á guardar el ganado de puercos de uno de sus hermanos, halló un dia una moneda de plata. Era un tesoro para un chico pobre. Reflexionando en qué la emplearia, se dijo á sí mismo: « Muy pronto pasará el placer que pudiera » proporcionarme: mejor es darla á un sacerdote para que » ofrezca una misa por el alma de mi padre; » y así lo hizo. Dios bendijo este piadoso sentimiento. Otro hermano suyo habia llegado á ser arcipreste de Ravena, y se encargó de la educacion de su hermanito menor. Pedro Damian principió sus estudios en Faenza, luego pasó á Parma, donde á la sazon enseñaba el célebre doctor Ives; é hizo tantos progresos bajo la direccion de este sabio maestro, que muy pronto se halló en estado de enseñar. Su nombradía le atrajo de todos lados afluencia prodigiosa de discípulos. Rico y honrado, no sucumbió á las tentaciones de vanidad y placer, escollo de la juventud. « ¿Porqué apegarme, se decia, á bienes perecederos? y

» pues los he de dejar un dia, ¿porqué no hacer sacrificio de » ellos á Dios desde hoy? » é inmediatamente partió para el monasterio de *Fuente Avellana*. Era este una soledad en la diócesis de Eugubio en Umbría, donde habia vivido algunos años san Romualdo. La observancia de la regla, el fervor y austeridad de Pedro Damian le señalaron muy pronto á los sufragios de los monjes, que le eligieron abad suyo. Las *Cartas* de este piadoso y sabio religioso son la coleccion mas curiosa de las costumbres é historia del siglo XI. Se halla en ellas un destello del vigor de las de san Jerónimo, y de la dulce melancolía de Salviano: gemia como religioso por los vicios que perseguia como escritor. Tal era san Pedro Damian, el encomiador de Gregorio VI.

27. Este prudente pontífice se mostró digno del poder supremo, ya por el celo con que lo usó, ya por el noble desinterés con que lo renunció. Habia encontrado lo temporal de la Silla apostólica tan disminuido, que apenas si tenia el papa de qué vivir decentemente. Celador de los derechos de su Iglesia, excomulgó á los usurpadores; pero los culpables vinieron armados é irritados hasta Roma. El papa por su lado levantó tropas, se apoderó de la iglesia de San Pedro, arrojó á los que robaban las ofrendas presentadas al sepulcro de los Apóstoles, se recuperó muchas tierras del dominio eclesiástico, restableció la seguridad de los caminos, para que los peregrinos que ni aun se atrevian á venir sino en caravanas, pudiesen circular y viajar libremente. Esta conducta descontentó á los Romanos acostumbrados al pillaje. Por quejas suyas, Enrique III el Negro, rey de la Germania, pasó con rapidez los montes, y durante las fiestas de Navidad celebró un concilio en Sutri, donde se examinó la cuestion de si la eleccion de Gregorio VI debia de ser ó no considerada como simoníaca. El papa y el clero romano habian creido de buena fe que para lograr la renuncia libre y espontánea de Benedicto IX, indigno é incapaz de la Silla de San Pedro, y sobre todo para que cesase el escándalo de su administracion, podian señalarle una pension. Pero como los ánimos se dividie-

ron sobre juzgar ó no simoníaca esta pension, para quitar todas dudas Gregorio se despojó á sí mismo de sus ornamentos pontificales, y entregó el báculo pastoral en manos de los obispos. Despues de este rasgo sublime de abnegacion, Gregorio VI se retiró al monasterio de Cluny, con la conciencia pura, y seguro de haber llenado su deber. Murió en él en opinion de santo.

§ IV. PONTIFICADO DE CLEMENTE II (25 de diciembre de 1046-9 de octubre de 1047).

28. La Sede apostólica, vacante por la magnánima humildad de Gregorio VI, fué conferida por unánime consentimiento del clero y pueblo romano á Suidgero, obispo de Bamberga, á quien habia traido consigo á Roma Enrique III el Negro. El nuevo papa, que solo debia su inesperada elevacion á su mérito y virtudes universalmente conocidas, tomó el nombre de Clemente II, y fué consagrado el dia de Navidad de 1046, y en dicho dia coronó al emperador Enrique III y á la emperatriz Inés, hija de Guillermo, duque de Aquitania. A poco de ser promovido, el nuevo papa celebró un concilio en Roma, donde se decidia la competencia de precedencia entre los obispos de Milan y Ravena, en favor del último. Este concilio trató despues de la simonía, verdadera plaga en el Occidente, castigándola severamente. Se decretó que los que hubieren consentido en recibir las órdenes sagradas de un obispo simoníaco notorio, no pudieran ejercer ninguna funcion eclesiástica sino despues de cuarenta dias de penitencia.

29. El emperador Enrique III, durante su mansion en Roma, llamó á Pedro Damian para que viniese á ayudar al papa con sus consejos; pero el humilde monje se excusó escribiendo al pontífice: « A pesar de las instancias del emperador tan benévolas para mí, no me es posible consumir en viajes el tiempo que he prometido consagrar á Dios en el retiro. » Os remito la carta imperial para que Vuestra Santidad decida. Mi alma está atravesada de dolor al ver las iglesias de nuestras provincias sumidas en vergonzosa confusion

» por culpa de malos obispos y abades. ¿De qué sirve saber » que la Santa Sede ha salido de las tinieblas á la luz, si toda- » vía nos quedamos en las mismas ignominias? Ahora bien, » esperamos que vos seréis el redentor de Israel. Trabajad » pues, Santísimo Padre, en restablecer el reino de la justi- » cia, y emplead el rigor de la disciplina para humillar á los » malos y animar á los buenos. »

30. Enrique el Negro, á su vuelta de Alemania, se llevó al papa Clemente II. La ciudad de Benevento se negó á abrir sus puertas al soberano pontífice, el cual, á peticion del emperador, fulminó sentencia de excomunion contra ella. Clemente II permaneció poco tiempo en Alemania, su patria, y volvió á Roma. Su celo apostólico le movió á visitar en persona las iglesias de la Umbría, cuyo deplorable estado le revelaba la carta de Pedro Damian. Pero habiendo llegado á Santo Tomás de Aposella, aun antes de arribar al término de su viaje, fué atacado de una enfermedad mortal. Su último rasgo de cariño fué para la amada iglesia de Bamberga, á quien, desde su lecho de muerte, le dirigió un diploma confirmándole todos sus antiguos privilegios, manifestándole su paternal ternura. Clemente II murió el 9 de octubre de 1047, y sus restos mortales fueron llevados á Bamberga, segun su voluntad.

§ V. PONTIFICADO DE BENEDICTO IX (noviembre de 1047-17 de julio de 1048). (*Segundo periodo.*)

31. En el dia de Navidad de 1047, celebraba en Polden (Sajonia) el emperador Enrique el Negro el aniversario de su coronamiento y de la exaltacion de su amigo Clemente II, cuando llegaron á la sazon los diputados de Roma anunciándole la muerte del papa. ¡Leccion sorprendente de la brevedad de las grandezas humanas, dada en medio del aparato de una gran fiesta! Estos diputados pedian por papa á Halinardo, arzobispo de Lyon, prelado de gran mérito que hubiera hecho feliz al mundo y gloriosa á la Silla apostólica, si una humildad invencible por su piadosa obstinacion le hubiese permitido

aceptar tan alta dignidad. Los Romanos se mostraron, pues, fieles al compromiso contraido en el año anterior, con el emperador, de no proceder á la eleccion sin su permiso. Pero mientras andaban estas negociaciones, los acontecimientos habian tomado otro giro en Roma. Benedicto IX, [sin duda mal aconjado por ambiciosos], dejó su vida solitaria y retirada, y con sorpresa y dolor de la Iglesia reapareció en la Silla de san Pedro, el 8 de noviembre de 1047, el que san Pedro Damian, [tal vez sobrado fogoso en esta ocasion], llamaba la *serpiente venenosa de la Iglesia,* el *nuevo Simon,* el *nuevo Giezi.* Se mantuvo en ella ocho meses; pero su corazon, tócado de la gracia por las exhortaciones del piadoso Bartolomé, abad del monasterio de *Grotta Ferrata,* conoció que no era ni capaz ni digno de tan alto puesto; y aun hasta se privó de ejercer mas el sacerdocio, no pensando sino en reconciliarse con Dios con la mas síncera penitencia. Benedicto IX, grande en esta ocasion porque fué humilde, abdicó voluntariamente la dignidad pontifical, abrazó de todo corazon la vida monástica, bajo la direccion del que acababa de abrirle el camino del cielo, y murió humilde monje en el convento de *Grotta Ferrata* (1).

§ VI. PONTIFICADO DE DÁMASO II (17 de julio de 1048-8 de agosto siguiente).

32. En el mismo dia de la abdicacion definitiva de Benedicto IX se coronó, con el nombre de Dámaso II, Popon, obispo de Brixen, á quien habia propuesto Enrique III al sufragio de los Romanos, como prelado benemérito y virtuoso. Mas no hizo sino pasar por la Silla de san Pedro, porque murió en Preneste el 8 de agosto de 1048, á los veintitres dias de su exaltacion. La herencia de Dámaso II iba á caer en manos hábiles y sabias que habian de hacer olvidar las borrascas de lo pasado y preparar grandes cosas para el porvenir.

(1) Illescas en su Historia pontifical, fundado en antiguos y graves autores, pone la abdicacion definitiva de Benedicto IX antes de Gregorio VI, y cuenta á Dámaso II como inmediato sucesor de Clemente II, sin alegar nada ni aun hablar del *segundo período* de Benedicto IX, que ponen los historiadores franceses. (El Traductor.)

CAPITULO III.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN LEON IX (11 de febrero de 1049-19 de abril de 1054).

1. Eleccion de Brunon, obispo de Toul, al soberano pontificado. — 2. Concilio romano. — 3. Concilio de Pavía. — San Juan Gualberto funda el monasterio de Valleumbrosa. — 4. Concilio de Reims. — 5. Concilio de Maguncia. — 6. Berengario. Lanfranco. — 7. Herejía de Berengario. — 8. Su condenacion. — 9. Miguel Cerulario. Cisma de Oriente. — 10. Últimos actos y muerte de san Leon IX.

§ II. PONTIFICADO DE VÍCTOR II (13 de abril de 1055-28 de julio de 1057).

11. Eleccion del papa Víctor II. — 12. Cuestion de las *Investiduras*. — 13. Celo y humildad del papa Víctor II. — 14. Concilios de Lyon y de Tours. — 15. Estado del mundo católico. — 16. Muerte del emperador Enrique III. Muerte del papa Víctor II.

§ III. PONTIFICADO DE ESTÉBAN X (2 de agosto de 1057-20 de marzo de 1058).

17. Eleccion de Estéban X. — 18. Su celo por la reforma eclesiástica. — 19. San Pedro Damian, cardenal. — 20. Muerte de Estéban X.

§ IV. CISMA DE BENEDICTO X (5 de abril de 1058-enero de 1059).

21. Eleccion cismática de Benedicto X Reclamaciones de san Pedro Damian. — 22. Deposicion de Benedicto X.

§ V. PONTIFICADO DE NICOLÁS II (31 de enero de 1059-24 de junio de 1061).

23. Eleccion de Nicolás II. Concilio romano. Eleccion de los papas reservada á los cardenales. Derecho de confirmacion atribuido á los emperadores de Alemania. — 24. Concilio de Amalfi. Tratado entre Nicolás II y Roberto Guiscardo. — 25. Herejía de los Nicolaitas. Legacion de san Pedro Damian á Milan. — 26. Legacion de san Hugo, abad de Cluny, y del cardenal Estéban á Francia. — 27. Relaciones de Nicolás II con los diversos países de la cristiandad. — 28. Desórdenes en la corte de Enrique IV. Muerte de Nicolás II.

§ VI. PONTIFICADO DE ALEJANDRO II (30 de setiembre de 1061-20 de abril de 1073).

29. Eleccion de Alejandro II. Cadalos, obispo de Parma, antipapa bajo el nombre de Honorio II. — 30. Lucha entre el papa legítimo y el antipapa. Deposicion de Cadalos. — 31. Herejía de los Incestuosos. — 32. San Pedro Igneo. — 33. Enrique IV quiere repudiar á su legítima esposa. Legacion de Pedro Damian á este príncipe. — 34. Muerte de san Pedro Damian. Sus obras. — 35. Conquista

de la Inglaterra por Guillermo el Bastardo, duque de Normandía. — 36. Santos ilustres en el pontificado de Alejandro II. — 37. Disciplina voluntaria. — 38. Muerte de Alejandro II.

§ I. PONTIFICADO DE SAN LEON IX (11 de febrero de 1049-19 de abril de 1054).

1. En el momento en que llegó á la Alemania la inopinada muerte de Dámaso II, Enrique el Negro celebraba en Wormes una dieta ó asamblea general de señores y prelados. Se hallaba entre los prelados reunidos en esta junta, un santo obispo de ilustre nacimiento, Brunon, obispo de Toul, conde de Habsbourg, pariente de Conrado el Sálico, y primo de Gerardo de Alsacia, duque de la alta Lorena, de la cual desciende la casa actual de Lorena. Su mérito, mas bien que sus alianzas ilustres, le habia hecho llegar á los honores del episcopado, del cual ya contaba veinte y dos años. Durante esta larga mision se habia dedicado particularmente á la reforma de los monasterios, y mas tarde sirvió de mediador entre Rodolfo, rey de Borgoña, y Roberto, rey de Francia. Viajes frecuentes á Roma le habian dado á conocer muy á fondo las actuales necesidades de la Iglesia y sus oportunos remedios. El emperador y la dieta unánime le propusieron al sufragio de los Romanos. A pesar de su resistencia, le fué preciso aceptar lo que todos le pedian aceptase. Salió de Toul á pié y en hábito de peregrino para ir á sentarse en el primer trono del mundo. A su llegada á Roma toda la ciudad salió á recibirle. Despues de su oracion ante el sepulcro de los Apóstoles, expuso al clero y al pueblo la eleccion que de su persona habia hecho el emperador, suplicándoles declarasen francamente su voluntad, cualquiera que fuese, para que pudiera hacerse canónicamente la eleccion. « He venido muy á pesar mio, » dijo; y seré dichoso en regresar á mi diócesis si mi eleccion » no queda aprobada por unánime consentimiento. » Respondieron todos á estas humildes expresiones con elevar al nuevo papa en triunfo al palacio de San Juan de Letran, y así fué entronizado por aclamacion Leon IX, el 12 de febrero de 1049. Llevaba consigo un jóven y santo monje de noble y grande

carácter, de un genio activo y penetrante, de regularidad ejemplar, y que habia de ilustrar el nombre de Hildebrando. Este monje, llamado á tan alto destino, habia nacido en Roma, y al volverlo á su patria, san Leon IX hacia á los Romanos un magnífico presente en cambio de la corona que recibia.

2. Desde el dia siguiente al de su exaltacion, el santo y laborioso pontífice se ocupó en reformar los abusos que tanto lastimaban á la Iglesia. Anunció su intencion formal de castigar á los simoníacos y de prohibirles el ejercicio del ministerio. Era tan profundo el mal, que al saber esta resolucion los obispos de Italia le expusieron que si insistia en ello, cesaria el ministerio pastoral de hecho en la mayor parte de las iglesias. Pero esto solo sirvió de avivar el celo del papa; y solo empleó el tiempo necesario para reunir en Roma un concilio de los obispos de Italia, veintiseis dias despues de su entronizacion. Fué anatematizada la simonía bajo todas sus formas en varios cánones conciliares. Desde luego, para cortar la raíz del mal, Leon IX habia manifestado su resolucion de privar de todas las funciones eclesiásticas á cuantos hubieren sido ordenados á sabiendas por un obispo simoníaco. Sin embargo se dejó vencer, y se contentó con renovar la sentencia fulminada por Clemente II, su antecesor, que los admitia al ministerio previa penitencia pública.

3. Como san Pedro visitó en otro tiempo las iglesias de la Judea para fortalecerlas en la fe y piedad, san Leon IX quiso tambien visitar las principales de Occidente para restablecer la disciplina relajada y combatir el espíritu de desórden y tinieblas que se habia introducido. Fué desde luego á Pavía, donde presidió un concilio donde hizo adoptar para la alta Italia las leyes contra la simonía é incontinencia de los clérigos. De paso visitó el ya célebre monasterio de Valleumbrosa, que un noble Florentino, san Juan Gualberto, acababa de fundar, en 1039, con circunstancias extraordinarias. El hermano de Juan Gualberto habia sido asesinado por un gentil-hombre enemigo suyo. Un viernes santo, Juan Gualberto, acompañado de hombres armados, se encuentra con el matador; y la

vista de este enciende de nuevo en su corazon el deseo de venganza. Pone la espada en mano, el reo se echa á sus piés, extiende sus brazos en cruz y le conjura por la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, de que se celebraba memoria en aquel dia, que no le quite la vida. Juan Gualberto se siente tocado vivamente ; tiende la mano al asesino de su hermano y le dice con blandura : « No puedo rehusarte lo que me pides » en nombre de Cristo. Te doy no solo la vida sino mi amis- » tad. Ruega á Dios me perdone. » Vuelto un hombre nuevo, Juan Gualberto solo desea consagrarse enteramente al servicio de Dios, y despues de algunos años de noviciado en el monasterio de San Miniato de Florencia, se retiró á un valle sombreado por sauces, llamado *Valle-Ombrosa,* y fundó un convento de la órden de san Benito, reformada, y mas severa que la de Cluny. San Juan Gualberto fué el primero que, á mas de los religiosos de coro, admitió en su convento hermanos conversos ó *legos* para las cosas exteriores.

4. Tales eran el hombre y la institucion que quiso honrar especialmente san Leon IX. Entraba en su plan de restauracion universal, rodearse de elementos que asegurasen el triunfo de sus reformas. Apenas concluido el concilio de Pavía, el papa tomó el camino de Alemania y fué á Colonia, para conferenciar con el emperador Enrique el Negro acerca de las medidas eficaces para combatir en sus Estados la simonía y la incontinencia de los clérigos, dos plagas de la Iglesia que se proponia exterminar. Anunció que iria á Francia para presidir un concilio nacional, donde proveeria á las necesidades de esta cristiandad y promulgaria los reglamentos que trataba de hacer seguir en Italia y Alemania. Esta noticia alarmó á los prelados simoníacos y á los señores que retenian injustamente los bienes eclesiásticos. Así es que se movieron bajas intrigas en la corte del rey de Francia, Enrique I, para hacer que este príncipe no prestase el concurso de su autoridad en favor del concilio indicado por Leon IX. Se le persuadió que el honor y prerogativas de su corona estaban interesados en que el soberano pontífice no hiciese acto de

jurisdiccion en su reino. Estas maniobras vencieron al débil monarca; y envió á decir al papa, que ocupado á la sazon en algunas expediciones militares, no podria hallarse con él en Reims, y que en consecuencia le suplicaba suspendiese su viaje. San Leon IX no era hombre para detener su celo heróico ante los obstáculos, y respondió á los diputados franceses: « No podemos faltar á la promesa que hemos hecho á » san Remigio. Iremos á hacer la dedicacion de su iglesia. No » nos faltará la piedad del pueblo franco, y si acuden á Reims » algunos obispos en cuyo corazon haga mas mella el interés » de la religion que el temor del soberano, celebraremos allí el » concilio indicado. » El papa llegó en efecto á Reims el 2 de octubre de 1049, y no se engañó cuando contaba con el amor y veneracion de los Franceses á la cabeza suprema de la Iglesia. Acudió á Reims inmensa muchedumbre de fieles de todas las provincias. En presencia de ella hizo el papa el reconocimiento solemne de las reliquias de san Remigio, que quiso llevar en sus hombros para depositarlas en la nueva iglesia que se acababa de construir en honor del apóstol de los Francos. Procedió en seguida al objeto principal de su viaje, la celebracion de un concilio nacional. Fueron solemnemente promulgados en él los decretos de Roma y Pavía contra la simonía y relajamiento de los clérigos. El papa quitó algunos prelados escandalosos, recibió otros á penitencia y acogió con indulgencia á cuantos se mostraron verdaderamente arrepentidos. El concilio Remense de 1049 ofreció una particularidad: se cantó en él, á la apertura de la sesion, el himno *Veni, Creator Spiritus;* y es el primer monumento de la antigüedad de este himno, cuyo autor es desconocido.

5. Despues de arreglados en Reims los asuntos de religion en Francia, el infatigable Leon IX volvió á Alemania y celebró en noviembre de 1049 un concilio en Maguncia. Se hallaban presentes el emperador y principales señores de la Germania: se trató de remediar, como en Francia, los desórdenes causados en aquellas comarcas por la simonía y matrimonios sacrílegos de los sacerdotes. En esta época creó el papa á los

arzobispos de Colonia archi-cancilleres de la Iglesia romana y cardinales-presbíteros de *San Juan ante Portam Latinam*. Pero ambas dignidades han caducado, y solo resta á los arzobispos de Colonia el derecho de vestirse de encarnado como los cardenales. Leon IX partió muy en breve para Italia, y atravesando la Lorena, se llevó consigo á Humberto, abad de Moyen-Moutier, á quien hizo obispo y cardenal, y al que muy pronto veremos figurar entre los mas distinguidos prelados de su siglo, tanto por sus luces como por sus trabajos en servicio de la Iglesia. En Siponte, al pié del monte Garganio, celebró tambien un concilio el papa, donde depuso dos arzobispos simoníacos, en 1050. Algunos meses despues se celebró un concilio general de los obispos de Italia, en Roma, para condenacion del heresiarca Berengario.

6. San Fulberto, obispo de Chartres, habia dado fuerte impulso á las ciencias teológicas; pero entre los numerosos discípulos que le oian, habia reparado en uno de esos genios orgullosos y temerarios á quienes no satisface la verdad, y que parecen tener afinidades secretas con el error y la paradoja, hechos lamentable juguete de una imaginacion vagabunda, desenfrenada. Ese jóven se llamaba Berengario. Despues de haber seguido algunos años la escuela de san Fulberto, se fijó en Tours, su patria, y él mismo abrió con cierta pompa un curso público. Era su expresion viva y animada; desplegaba una erudicion superior á su tiempo, y tenia el secreto de encantar á las masas. Pero tenia mas penetracion que ciencia, mas brillantez que solidez, y debia su éxito mas bien á una forma nueva y atrevida que á pensamientos profundos, frutos del ingenio. Sin embargo, su doctrina hasta cierta época era tan irreprensible como sus costumbres, y nada hacia prever en él un heresiarca futuro. Pero una herida de amor propio fué causa de su caida. Se le dijo que acababa de llegar de Pavía un docto extranjero, muy instruido en teología y humanidades, y que venia á traer á Francia los tesoros de ciencia que habia amontonado al otro lado de los Alpes. Era en efecto Lanfranco, sabio italiano, que iba á la abadía de Bec, recien-

temente fundada por el abad Hilduino, y que debia ilustrar con su nombre. Berengario quiso empeñar un certámen literario con este extranjero, en quien su vanidad presentia un rival. En esta época eran muy de moda esta especie de torneos literarios. Berengario quedó vencido, y su orgullo no pudo soportar la derrota. Lanfranco, nombrado poco despues catedrático ó *maestro de escuela* en la abadía de Bec, reunió muy pronto la juventud de Francia al pié de su cátedra; y su reputacion acabó de despoblar la escuela de Tours. Berengario, creyendo poder recuperar su ascendiente, se transformó en sectario.

7. Volviendo á reproducir la polémica del siglo IX sobre la Eucaristía, enseñó públicamente que Nuestro Señor Jesucristo no está real y sustancialmente en el adorable sacramento, mas tan solo de un modo figurativo y con una presencia que puede llamarse impanacion, como mas tarde ha querido Lutero, cabeza del protestantismo. Escoto Erígena habia enseñado lo mismo hacia un siglo, y fué refutado victoriosamente por Pascasio Ratberto. Sin embargo, Berengario tuvo discípulos y se formó una escuela; mas á fuerza de raciocinar sin brújula fija, no tardó en variar sus opiniones. En una palabra, tuvo la suerte de todos los heresiarcas que están condenados á extraviarse sin cesar á medida que se separan de la unidad. Berengario queria escudar sus errores con Escoto Erígena, y Lanfranco no vaciló en aceptar el combate en este terreno, defendiendo á Pascasio Ratberto y al dogma católico de la presencia real. Hugo, obispo de Langres, salió á la palestra para combatirla, y en eso estaba la discusion cuando san Leon IX avocó la causa á su tribunal, en el concilio romano de 1050. Fué condenada la nueva doctrina, y citado su autor á venir en persona para justificarse en un concilio mas numeroso, que fué convocado para Verceil en el mismo año.

8. En lugar de asistir á este concilio, Berengario trataba de propagar sus errores en la Normandía. El duque Guillermo juntó en Briona á los obispos y abades mas sabios de sus Estados para que confiriesen con el heresiarca. Berengario salió

confundido; volvió á Chartres y escribió á los clérigos de esta iglesia una carta llena de injurias contra el papa y contra la Iglesia romana. No llama á Leon IX *pontifex* sino *pompifex;* y la Iglesia romana no es *católica* sino *satánica.* Como se ve, era un sabor anticipado de Lutero cuando hablaba de Leon X. El concilio de Verceil condenó al contumaz; fué condenado solemnemente y arrojado al fuego el libro de Escoto Erígena. Se renovó contra Berengario la primera sentencia de Roma: « El que queria, dice Lanfranco, privar á la Iglesia de la » comunion del cuerpo y sangre de Cristo, fué excluido de la » comunion de la Iglesia. » Como el nuevo error habia nacido en el centro de la Francia, la Francia entera se levantó contra su autor. Los obispos, abades, señores y hombres mas sabios del clero se reunieron en París, y en presencia de Enrique I se condenó á la unanimidad á Berengario y á sus discípulos, y se declaró que si no se retractaban, « toda Francia con el clero al » frente iria á buscarlos donde se hallaren, y les obligaria á » someterse, bajo pena de muerte. » Ni aun así se rindió Berengario, y continuó en sostener sus doctrinas, hasta que bajo el pontificado de san Gregorio VII las abjuró de buena fe, en 1078, en un concilio romano; despues de lo cual se retiró al monasterio de San Cosme, cerca de Tours, donde murió despues de síncera penitencia.

9. San Leon IX, que acababa de ver enlazarse de nuevo en Occidente por Berengario la cadena de las herejías, largo tiempo interrumpida, tuvo el dolor de saber la nueva rebeldía de los Griegos de Bizancio contra la Iglesia romana. Desde mucho habia, aspiraban los patriarcas de Constantinopla á la supremacía espiritual del Oriente, y se esforzaban en lograr de los papas la confirmacion del título de *patriarca ecuménico*, que se habian arrogado de propia autoridad. Por otra parte, era tan incontestable el dogma del primado romano, que los patriarcas no osaban atacarlo ni desconocerlo ostensiblemente. Era pues una lucha entre la conciencia y la pasion, entre la sumision y la rebeldía: lucha que habia tenido sus crisis; pero en fin llegó á ser decisiva. Miguel *Cerulario* (el Cerero), desde

luego implicado en una conspiracion política y desterrado, se hizo monje, y habia sido sacado de su convento por Constantino Monómaco para ser promovido á la silla patriarcal de Constantinopla. Formaban el fondo de este nuevo patriarca el fausto, un genio revoltoso, la ambicion y el orgullo; y no vió en el primado apostólico de la Iglesia romana sino una superioridad odiosa, cuyo yugo le era necesario sacudir. Volviendo á tomar el hilo de las quejas de Focio, y reproduciéndolas, añadió otras, tales como la de que los Latinos no cantan *Alleluia* en cuaresma; comen vianda de animales sofocados; confieren el bautismo por inmersion; consagran con pan ázimo (punto en que insistió mucho); que no honran las reliquias é imágenes de los santos, se afeitan, etc., etc. Concertándose con Leon, arzobispo de Acrida, metrópoli de Bulgaria, y con Nicetas, monje de Stude, redactó una epístola sinodal en que exponia todos estos agravios, y excomulgaba á la Iglesia romana, en nombre de los Griegos, *fieles depositarios de la fe evangélica*. Miguel Cerulario principió á ejecutar su proyecto de separacion cerrando las iglesias de los Latinos y sus monasterios en todo el distrito de su jurisdiccion hasta que se conformasen con los ritos griegos, excomulgó á los que recurrian á la Santa Sede, y rebautizó á los fieles que habian recibido el bautismo con las formas prescritas por la Iglesia romana. San Leon IX respondió á los alegatos de Miguel Cerulario con una larga epístola que justificaba á la Iglesia romana con tanta erudicion como mansedumbre. Restableció en su primitiva integridad todos los puntos de dogma ó de simple disciplina atacados por los Griegos; insistió sobre la procesion del Espíritu Santo, costumbre de consagrar con pan ázimo, etc. Encargó á tres prelados, entre los cuales al cardenal Humberto, para llevar esta carta á Constantinopla. Poco les costó á los legados para reducir al polvo las sutilezas de Miguel Cerulario y sus adherentes; pero como se trataba menos de tal ó tal punto de doctrina, en el espíritu del Cerulario, que de la supremacía de la Santa Sede, no fijó casi su atencion en las demostraciones evidentes de los legados. Para él, la cuestion no

era teológica, y se reducia á solo este punto : «La silla del » imperio habiendo sido transferida por Constantino á las ribe- » ras del Asia, la supremacía religiosa tenia que pertenecer » no ya á Roma sino á Constantinopla. » A sus ojos, no tenian valor alguno los datos teológicos; y en su consecuencia, los legados del papa hicieron lo que solo podia ser útil, y era que entrando en la iglesia de Santa Sofía el 16 de julio de 1054, pusieron solemnemente en el altar mayor y en presencia de todo el pueblo acta de excomunion contra Miguel Cerulario y sus adherentes. Se salieron entonces de la basílica, sacudieron el polvo de sus piés, exclamando en alta voz : « ¡Vea Dios y » juzgue! » y en seguida tomaron el camino para Roma. Focio no tuvo escrúpulo en falsificar para triunfo de su causa; el Cerulario heredó su felonía, y traduciendo en griego el acta de excomuion, la desnaturalizó en sus principales partes, y así fué comunicada al pueblo. El falsario patriarca llegó hasta excomulgar al soberano pontífice y borrar su nombre de los dípticos sagrados. Escribió á los tres patriarcas de Oriente todo cuanto le sugirió su orgullo y odio para separarlos de la comunion romana. Se ignora el efecto que produjo en los de Jerusalen y Alejandría : el de Antioquía respondió justificando á los Latinos en unos puntos y cargándoles en otros, pero sin ver en ello motivo de romper la unidad. Miguel Cerulario, sin detenerse en miramientos ningunos, no cesó de extender y fortalecer su cisma bajo los reinados harto breves de Teodora y Miguel Estratónico, que se sucedieron en el trono despues de la muerte de Constantino Monómaco de 1054 á 1057. Aun fué mas temerario en el imperio de Isaac Comeno, cuya usurpacion habia favorecido para ruina propia suya: porque no pudiendo soportar este sus exigencias, desterró al Cerulario á la Proconesia, año 1059, y murió en el mismo año. El cisma no murió con él, pero tampoco quedó irrevocablemente consumado. Nada se habia formulado aun contra el primado romano; pero si la Iglesia griega no se separó totalmente entonces, estaba atestada de cismáticos y envilecida al último grado. Desprovista de la divina savia y reducida á una existencia

puramente política, no tuvo desde esta época sino un simulacro de unidad por intervalos. El imperio de Oriente iba recayendo mas y mas; y por otra parte se iba levantando entonces una nueva potencia dividida de los Árabes, y principiaba á atacar las fronteras de los Griegos. Eran los Turcos, pueblo de orígen tártaro, establecido por las orillas del mar Caspio. Unos habitaban en ciudades y tenian hogares fijos; otros vivian como aventureros bajo el mando de un jefe que se escogian. El mas valiente y afortunado de ellos fué Seldjouk, que se apoderó del Korasan, abrazó el islamismo y fundó la célebre dinastía de los Seldjoucidas. Su hijo Trogul-Beg socorrió con sus armas al califa de Bagdad, Caiem, quien le hizo Emir-Al-Omrah, y le revistió de toda autoridad. Se apoderó de la mayor parte de la Persia, y fué el primer sultan de su dinastía. Su sobrino Alp-Arslan le heredó en 1062, continuó sus conquistas y sentó sus campamentos á la faz de los Griegos. Tal era la potencia que iba á suceder al imperio decaido de los Árabes, y rejuvenecer en cierto modo la guerra que el islamismo habia declarado á la sociedad cristiana. Los Turcos Seldjoucidas arribaban á este grado de poder precisamente en el tiempo en que Miguel Cerulario arrastraba á la Iglesia griega mas en el cisma bajo Constantino Monómaco.

10. El curso de estos acontecimientos nos ha obligado á anticipar en el órden cronológico. San Leon IX, prosiguiendo su sistema de reforma, despues del concilio de Verceil habia vuelto á la Alemania; reconcilió al emperador Enrique III con Andrés, rey de Hungría, y logró socorros contra los Normandos de Italia. Estos extranjeros, establecidos en Nápoles bajo el pontificado de Benedicto VIII, habian conquistado la Pulla (quitándosela á los Griegos) y atacaban el principado de Benevento, perteneciente largo tiempo habia á la Santa Sede. Los Alemanes fueron vencidos en la sangrienta batalla de Dragonara, en 1053, y el papa, que estaba esperando el resultado de ella en una poblacion vecina, cayó en poder de los Normandos. Los vencedores se echaron á sus piés, le hicieron homenaje de lo que habian conquistado de los Griegos, y

recibieron una especie de investidura de lo que conquistarian en adelante. No fué esto en vano; porque los dos ilustres hermanos, Roberto Guiscardo y Rogerio, en esta segunda mitad del siglo acabaron de conquistar cuanto les quedaba á los Griegos, y la Sicilia que arrancaron á los Sarracenos, y fundaron así el reino de las dos Sicilias, de que hicieron homenaje á los papas. Pero antes de esta expedicion, Leon IX decidió que el primado de África quedase reservado al obispo de Cartago. De toda la desgraciada Iglesia de África, antes tan floreciente, solo quedaban cinco obispados, y aun así estaban divididos por una formalidad de precedencia! — Despues de la derrota de Dragonara, se volvió á Roma el soberano pontífice. Solo tenia cincuenta años, y aun prometia á la Iglesia una larga serie de actos brillantes; pero la muerte le arrebató en medio de sus proyectos é inmensos trabajos de restauracion y reforma, el 19 de abril de 1054. — Muchos obstáculos habia encontrado en esta empresa de parte del clero de la Lombardía y Alemania; entre ellos la simonía y la incontinencia. Estos obstáculos serán aun mayores por apoyo del poder político. Los sucesores de Leon IX en sus efímeros reinados no tendrán tiempo para realizar sus reformas, y solo serán cumplidas cuando la divina Providencia saque de sus tesoros de misericordia al genio de un Hildebrando, destinado á levantar la sociedad decaida y al borde del precipicio.

§ II. PONTIFICADO DE VÍCTOR II (13 de abril de 1055-26 de julio de 1057).

11. A la muerte de san Leon IX, Hildebrando solo era subdiácono de la Iglesia romana; pero era tal la confianza pública en su virtud y luces, que el clero romano le envió, al frente de una embajada, al emperador Enrique III, pidiéndole designase por sí mismo á sus sufragios el candidato que juzgase mas digno del trono de san Pedro. Se habia modificado recientemente el modo de las elecciones pontificales, que desde 1054 quedaban reservadas á los cardenales. Comprendiendo estos la necesidad de mantener entre la Iglesia y el

imperio la union que hacia la fuerza recíproca de ambos poderes, creyeron deber en esta ocasion deferir á la prudencia y sagacidad de Enrique III. El acontecimiento justificaba el acierto del monarca, pues que mostraba en la designacion de san Leon IX que tenia conocimiento de gentes y de hombres. Hildebrando, por otro lado, estaba encargado de presidir en esta negociacion tan trascendental, y su habilidad venceria cualquier dificultad. Enrique III convocó una dieta general del imperio en Maguncia, luego en Augsburgo para decidir, y dejó en manos de Hildebrando la designacion del papa futuro. Este designó á Guebardo, obispo de Eichstedt, canciller del imperio. Guebardo se resistió con la mas honrosa obstinacion á recibir tanta dignidad; y á tanto llegó su exceso de humildad, cuyo objeto era superior á todo elogio, que hizo correr contra su persona rumores calumniosos para esquivarse de tan formidable peso. Durante seis meses perseveró en su negativa; pero en fin, suplicándole el emperador sacrificase su modestia personal al bien de la Iglesia, se resignó. « Pues que vos lo » exigís, dijo, á pesar de la profunda conviccion de mi indig» nidad, obedeceré á vuestras órdenes, y me consagraré sin » reserva al servicio de san Pedro. Pero es necesario que me » prometais volver á san Pedro lo que le pertenece. » Esta condicion se referia á los dominios eclesiásticos que Enrique III, como la mayor parte de sus contemporáneos príncipes, no hacia escrúpulo de retener injustamente.

12. Desde este momento, en efecto, comenzaba á entablarse entre los papas y emperadores la gran cuestion que muy pronto habia de agitar todo el Occidente bajo el nombre de: *pendencia sobre las investiduras.* « Para comprender la na» turaleza y gravedad de esta cuestion, dice el Ilmo. Palma, es » menester tener presente que bajo el régimen feudal los obis» pos y abades, particularmente en Alemania, poseian á título » de feudo no solamente tierras y selvas, sino quintas y ciu» dades ó villas que dependian del imperio. Segun la legisla» cion en vigor, los vasallos de la corona no podian tomar » posesion de un feudo sin ir antes á prestar juramento de

» fidelidad y homenaje en manos del emperador. Esta medida » obligaba igualmente y en rigorosa justicia á los señores » eclesiásticos como á los demás grandes vasallos. Pero el » abuso estaba preparado y pronto á estallar. » Por usurpacion de poder, los príncipes confundiendo la jurisdiccion *dominical* con el poder eclesiástico, pretendian conferir uno y otro con la investidura. Mandaron pues que á la muerte de un obispo ó abad, se remitiese en sus manos el báculo pastoral y el anillo, insignias del poder espiritual, y se arrogaron el derecho de otorgarlos á quien bien les pareciere. Esto es lo que se llamaba *investidura por el báculo pastoral y el anillo.* Se usurpaba de este modo, con menosprecio de todas las leyes canónicas, la eleccion de los obispos al clero de las diócesis y al metropolitano; y la de los abades á las comunidades religiosas. El emperador que entregaba las insignias del poder fué juzgado conferir el poder espiritual mismo, echando por tierra así la barrera que separa ambas jurisdicciones la espiritual y temporal. Es fácil concebir lo que serian las elecciones episcopales ó abaciales hechas por príncipes irreligiosos ó avaros. Se compraban á peso de oro los cargos y dignidades eclesiásticas, y se hizo tráfico de obispados y abadías. Considerada bajo este punto de vista la cuestion de las *investiduras,* no es, como han supuesto algunos historiadores hostiles, una cuestion de amor propio, ni una sangrienta guerra á propósito de algunas miserables insignias: es sí la lucha de la Iglesia por la independencia de su ministerio, por la libertad que en todos los siglos y bajo todo gobierno reclama para salvar almas y predicar el Evangelio.

13. La pendencia de las investiduras no se agrió aun en tiempo del pontificado de Guebardo, que al subir al trono de san Pedro tomó el nombre de Víctor II, el 13 de febrero de 1055. Cuando solo era canciller del imperio, habia combatido con toda su influencia la demanda de socorros que hacia Leon IX al emperador Enrique contra los Normandos. Colocado él á la faz de este pueblo guerrero, cuyas armas invadian con frecuencia una ú otra provincia de la Santa Sede, co-

noció mucho mejor la situacion de las cosas. Se acordaba de que en parte habia sido causa de la sangrienta derrota de Dragonara, porque habia aconsejado al emperador no enviase mas tropas de las que se enviaron. Y como no hubiesen sido suficientes, decia con dolor: *Quod fecit Saulus, Paulum pati necesse est;* por lo cual trató de seguir en un todo las huellas de su antecesor. En 1055 celebró un concilio en Florencia, al que asistió el emperador Enrique III. Víctor confirmó en él los decretos de Leon IX contra los clérigos simoníacos é incontinentes, y en fin contra la herejía de Berengario. El rigor del papa irritó á los culpables: un subdiácono atentó á su vida, echando veneno en el cáliz de que se servia Víctor II en la misa. Mas se descubrió á tiempo ese crímen por milagrosa intervencion de la Providencia.

14. Cuando celebraba el papa un concilio en Florencia, Hildebrando, por órden suya y en calidad de legado, presidia en otro de la provincia de Leon para reprimir la simonía que infestaba las iglesias de Borgoña. El arzobispo de Embrun quedó convicto de haber comprado con dinero su dignidad; lo confesó y fué depuesto: lo mismo sucedió con Liperto de Gap, á quien se le dió por sucesor en 1055 un santo monje llamado Arnoldo. Otro concilio fué convocado en Tours por el mismo Hildebrando. Berengario se presentó así como su sabio adversario Lanfranco. Recurrió aquel como siempre á sutilezas y sofismas para defender su error; pero en fin, vencido por la superioridad de Lanfranco y sus argumentos victoriosos, se declaró vencido, y depositó en manos de Hildebrando su retractacion formal, y prometió no tener ya ni publicar sobre la Eucaristía otros sentimientos que los de la Iglesia católica.

El emperador Enrique III habia enviado diputados al concilio de Tours para quejarse de que Fernando I, rey de Castilla, tomaba el título y cualidad de emperador, y suplicaba al legado del papa le prohibiese so pena de excomunion usurpar un título que no le pertenecia. Los Padres del concilio y el papa, examinada la demanda, la hallaron justa, y se diputa-

ron á Fernando I obispos encargados de retraerlo de tomar en adelante tal título, á lo que accedió el rey de Castilla oidos los prelados y señores de su reino. Esto prueba que en la edad media el tribunal del soberano pontífice era mirado como árbitro supremo en las grandes cuestiones políticas que se suscitaban entre reyes y pueblos. Y no era esto usurpacion de poder. El derecho público vigente entonces habia erigido en cierto modo en medio de la Europa una potencia neutral que juzgaba en último grado á las demás potencias. [Lejos de vituperar ni calumniar semejante práctica, no puede menos de alabarse en cuanto constituia á los papas mediadores pacíficos y desinteresados.]

15. El impulso estaba dado: concilios para extincion de la simonía é incontinencia clerical, para restauracion de la disciplina y reforma de costumbres, se celebraban en todas las provincias. Los de Narbona y Barcelona en 1054, y de Tolosa en 1056 inoculaban en España y Francia una disciplina mas exacta y rígida. En Alemania, el emperador cuidaba mucho en elegir dignos y fervorosos obispos. San Anon, á quien acababa de colocar en Colonia, año de 1055, hacia revivir por su celo, vigilancia y firmeza apostólica los bellos siglos de la primitiva Iglesia. En Inglaterra, el rey san Eduardo III, á quien hasta los mismos protestantes elogian, « gobernaba sus » pueblos con prudencia y sabiduría, disminuia las contribu- » ciones, dictaba buenas leyes é introducia en el reino impor- » tantes mejoras [1]. » En España, Fernando I, llamado Magno, y que tan heróico ejemplo daba de sumision á la Santa Sede, ensalzaba mas y mas á los reinos unidos de Navarra y Castilla, y rechazó los Moros de todas las Castillas, haciendo reinar en todos sus vastos dominios la justicia y la religion.

16. La muerte del emperador Enrique III interrumpió esta era de calma y prosperidad que parecia abrirse para el Occidente. Este príncipe habia convidado al papa Víctor II á una entrevista, que se verificó en Goslar, año 1056. Allí hizo reco-

(1) *Historia de Inglaterra*, Larrey.

nocer por rey á Enrique IV, su hijo, niño aun de cinco años. Por asegurar sobre la cabeza de este hijo sobrado amado una corona tan pesada, dió la tutela al papa y á la Santa Sede. Víctor II aceptó este cargo de un padre moribundo. El real pupilo halló en el concurso del pontificado medio de luchar contra Balduino de Flandes y Godofredo de Lorena, dos vasallos cuya potencia hacia temblar á los demás príncipes de Alemania. Por lo demás, la ternura paternal fué en esta ocasion muy mala consejera; porque Enrique III hubiera debido acordarse del noble ejemplo del anciano Oton de Sajonia, que al morir envió su corona á su rival, Conrado de Franconia. Dar á la Alemania federativa un niño de cinco años por cabeza, era en política una falta enorme: la salvacion de los imperios ha de preferirse á toda consideracion de interés privado. Enrique IV, por otra parte, se mostró indigno de los beneficios de la Santa Sede, y todo lo puso en obra, cuando llegó á la edad varonil, para hacer arrepentirse á los papas de los servicios que le habian hecho siendo niño.

El papa Víctor II no sobrevivió al emperador. Murió en la Toscana de regreso de Alemania el 18 de julio de 1057. Era un pontífice digno de gobernar mas tiempo la Iglesia. Se ha hallado una bula suya muy notable que reserva al arzobispo de Hamburgo y de Brema la ordenacion eclesiástica por todos los países del norte de la Europa, Suecia, Dinamarca, Noruega, Islanda y Groenlandia, contados ya entonces entre los países cristianos. Como la Groenlandia comunica con el Nuevo Mundo, se explican muy naturalmente las huellas y tradiciones alteradas del cristianismo que mas tarde se han encontrado entre las poblaciones de América, cuando acaeció el inmortal descubrimiento de Cristóbal Colon.

§ III. PONTIFICADO DE ESTÉAAN X (2 de agosto de 1057-29 de marzo de 1058).

17. Por muerte de Víctor II el clero romano se dirigió para escoger nuevo pontífice al cardenal Federico, prelado de la familia de los duques de Lorena, y que habia sido uno de los

tres legados enviados por san Leon IX á Constantinopla por el cisma de Miguel Cerulario. A su regreso del Oriente, renunció á las grandezas del mundo y se metió monje en la abadía del Monte Casino. Designó al sufragio de sus cólegas al cardenal Humberto y al subdiácono Hildebrando, como los mas dignos candidatos. Su modestia no le permitió ni aun soñar que se pensase en él, y su dolor fué tan grande como su sorpresa cuando se vió arrebatado y llevado con universales aclamaciones á la iglesia de San Pedro *ad Vincula,* y saludado papa con el nombre de Estéban X, el 2 de agosto de 1057. Como aun no habia emperador, no hubo necesidad de esperar la confirmacion imperial: porque el rey de Germania, como tal, no tenia mas derechos en las elecciones pontificales que, los demás reyes de Francia, Escocia, España ó Hungría. El Santo Imperio, creado por los papas con mision de defender los intereses de la Santa Sede, tenia por solo este título derecho de proteccion y de reconocimiento.

18. Estéban X inauguró su pontificado con la celebracion de muchos concilios contra los sacerdotes indignos, que, á pesar de las sabias ordenanzas de san Leon IX, continuaban deshonrando la santidad de su ministerio con sus escandalosas costumbres. Todos los clérigos que habian infringido las leyes del celibato eclesiástico fueron depuestos de sus funciones. El papa les obligó á romper sus criminales relaciones, los sometió así á pública penitencia y los declaró incapaces de ejercer el sagrado ministerio. Así se iba perpetuando en la Iglesia el espíritu de san Leon IX, y las ideas de reforma venian de la cabeza á los miembros; no de los miembros á la cabeza, como en tiempo de Lutero, en tiempos de cisma ó de herejía.

19. El papa habia apreciado el eminente mérito de Pedro Damian y le creó cardenal de Ostia, primera dignidad del Sacro Colegio. Fué necesaria amenaza de excomunion para que el humilde solitario se sometiese al brillante yugo que se le imponia. Estéban X, tomándole por fuerza de la mano, le entregó el báculo y anillo pastoral. El nuevo cardenal dirigió

á sus compañeros una carta, monumento de celo y elocuencia. « Las centinelas puestas en derredor del campamento ó sobre » los muros de la ciudad, en medio de una profunda noche, » dice el santo, se hablan de vez en cuando para tenerse vigi- » lantes contra el enemigo. Llamado á pesar mio entre los » centinelas de la Iglesia, levanto mi voz, venerables Padres, » hácia vosotros. Estais viendo el mundo en la pendiente de » su ruina; la disciplina de la Iglesia casi descuidada; no se » tributa á los obispos el respeto debido; se huellan los cáno- » nes y solo se piensa en satisfacer la codicia. En medio de » este naufragio del universo, entre tantos escollos de perdi- » cion, solo nos resta abierto el único puerto: la Iglesia ro- » mana, la barca del pobre pescador, que libra del naufragio » y de la tempestad á los que en ella se refugian con sinceri- » dad, y los pasa á la costa del descanso y salvacion. »

20. Estéban X quiso tambien consagrar al bien general de la Iglesia los talentos y virtudes del abad Desiderio. Era este uno de los mas grandes y santos personajes de su tiempo. Nacido de la ilustre casa de los príncipes de Benevento, habia abrazado la vida monástica, y su virtud le habia hecho ser elegido abad del Monte Casino. El papa, que estaba al corriente de los negocios de la Iglesia de Oriente, esperaba que la desgracia de Miguel Cerulario y el advenimiento de Constantino Ducas al imperio abririan camino favorable á las negociaciones con la Santa Sede. Escogió pues á Desiderio para embajador á Constantinopla. El abad fué inmediatamente á Bari, esperando tiempo favorable. Pero la muerte inopinada de Estéban X, el 29 de marzo de 1058, detuvo estos proyectos y esperanzas, y Desiderio regresó al Monte Casino. El papa habia pasado á Toscana para presidir varios concilios, en Florencia y otros puntos, y restablecer la regularidad eclesiástica. Sucumbió á una violenta y repentina enfermedad; y su pérdida fué doblemente dolorosa, porque privaba á la Iglesia de un santo y celoso pastor, y dejaba expuesta la Santa Silla á los facciosos y simoníacos, contra quienes luchaba incesantemente el pontificado supremo.

§ IV. CISMA DE BENEDICTO X (1) (5 de abril de 1058-enero de 1059).

21. La buena nombradía del subdiácono Hildebrando estaba ya tan arraigada, que Estéban X al morir habia mandado que durante la vacante no se procediese á nueva eleccion antes de su regreso. Hildebrando acababa de ser enviado en calidad de legado apostólico á la corte de la emperatriz Inés, viuda de Enrique III, y regenta del reino de la Germania en nombre de su hijo Enrique IV. Aquel que, siendo mas tarde Gregorio VII, tendria que sostener tan heróicos combates contra la potencia imperial de Enrique IV, se ocupaba entonces con infatigable actividad en allanar el camino del trono al real pupilo del pontificado. Sembraba beneficios para coger ingratitudes. Los partidos que entonces dominaban en Roma no se conformaron con las intenciones de Estéban X. Gregorio, conde de Túsculo, sobrado fiel á las tradiciones de violencia é injusticia de sus antepasados, hizo llevar una noche por sus soldados al palacio de san Juan de Letran al obispo de Veletri, que tomó el nombre de Benedicto X. Se distribuyeron inmensas larguezas al pueblo, y así quedó consumada la intrusion. Hildebrando, al saber la muerte de Estéban X, se volvió inmediatamente de Alemania: se detuvo en Florencia, y allí recibió las protestas de cuantas personas honradas habia en Roma contra las violencias del conde de Túsculo é intrusion de Benedicto X. Hildebrando era hombre muy superior á todas las dificultades y situaciones: sin embargo tomó parecer de los cardenales mas ilustrados, y todos manifestaron su indignacion y su menosprecio del intruso. La respuesta de Pedro Damian fué la mas franca y enérgica. « El que actualmente » posee la Silla de san Pedro es un simoníaco, dice, y nada » puede atenuar su crímen. Sin miramiento por nuestras re» clamaciones, ni oyendo los anatemas de los cardenales en-

(1) Segun la mas fundada opinion, Benedicto X fué antipapa; pero como se halla su nombre en el *Diario* romano, y los papas sus homónimos han seguido la numeracion de Benedicto XI, XII, etc., le hemos conservado en este rango.

» cargados de la eleccion, ha sido entronizado de noche y » tumultuosamente por una tropa de gentes armadas. Para » seducir al pueblo se ha esparcido oro á manos llenas, em- » pleando para los satélites de Simon el tesoro de san Pedro. » Por otra parte, que consienta siquiera (el intruso) en expli- » car una línea, no digo yo de un salmo, pero ni de una » homilía cualquiera, y yo consiento en reconocerle por legí- » timo y verdadero papa. Me pedís deciros secretamente mi » parecer para no comprometerme personalmente : ¡ah! no » quiera Dios que en tal circunstancia se rinda mi corazon al » temor. Yo os ruego, al contrario, publiqueis mi carta para » que sepan todos el partido que se ha de tomar en el comun » peligro. »

22. Con esta carta y las mas amplias deposiciones testimoniales de los nobles Romanos, concebidas en el mismo sentido, Hildebrando convocó un concilio en Siena, que eligió por soberano pontífice á Gerardo, obispo de Florencia, quien tomó el nombre de Nicolás II, en 31 de enero de 1059. Así que fué confirmada su eleccion, Nicolás II juntó un concilio en Sutri, al cual citó nominativamente al antipapa. Pero Benedicto X no esperó su condenacion. Él mismo se retiró á la vida privada. El soberano pontífice fué inmediatamente á Roma y tomó posesion del trono pontifical. El antipapa vino á echarse á sus piés, protestó que se le habia violentado, y se acusó, con síncera humildad, de traicion y perjurio. Nicolás II, lloroso y tierno, le alzó la excomunion con condicion de que seria depuesto del santo ministerio y se retiraria á Santa María la Mayor. Benedicto X, verdaderamente grande en su arrepentimiento, aceptó, y así acabó el cisma, que habia durado diez meses (1).

(1) Hemos suprimido algunas frases del autor tocante á la persona del antipapa. El obispo de Veletri era honrado y virtuoso, y no tan ignorante como supone la carta citada de san Pedro Damian, que ó es espuria, ó estuvo dictada con sobrada acrimonia, por causa de las circunstancias. Por lo demás, todos convienen en que el antipapa no era ni malo, ni simoníaco, ni ambicioso. (El Traductor.)

§ V. PONTIFICADO DE NICOLÁS II (31 de enero de 1059-24 de junio de 1061).

23. Nicolás II mostró en la Silla de san Pedro una actividad y un celo que hacen de su pontificado uno de los mas útiles á la Iglesia. Este papa era oriundo de la Borgoña [de la Saboya], y la Francia puede honrarse de tenerlo por hijo suyo. En abril de 1059 celebró en Roma un concilio de ciento y trece obispos. « Sabeis, hermanos, dice á los prelados, los desórdenes » acaecidos despues de la muerte de mi antecesor. La Santa » Sede ha sido hecha presa de indignos simoníacos, y la Igle- » sia puesta en peligro. Para evitar en adelante semejantes » abusos, ordenamos, segun autoridad de los santos Padres, » que á la muerte del papa los cardenales-obispos ventilen » juntos y examinen el negocio de la eleccion; que llamen en » seguida á los cardenales-clérigos, y últimamente que todo » el clero preste su consentimiento. Se escogerá en el seno » de la Iglesia romana si hay sugeto capaz de tan alta digni- » dad, y sino se escogerá de otra iglesia. Queremos sin em- » bargo reservar á nuestro amado hijo Enrique, que ahora es » rey y que Dios mediante será emperador, el honor que le es » debido; y ese mismo se otorgará á sus sucesores á quie- » nes lo concediere la Santa Sede. » Este decreto fué firmado por todos los obispos presentes. Decidia dos cosas muy importantes, hasta entonces vagas é indecisas : los sufragios exclusivamente reservados á los cardenales en las elecciones de papa, y el derecho de confirmacion que los emperadores podian ejercer en el particular. La preponderancia dada á los cardenales, como ya lo habia mandado san Leon IX, libraba las elecciones de influencias extrañas que obraban sobre el clero y pueblo, y trataba de evitar los tumultos populares y las invasiones de los príncipes seculares. De este modo llegaban á ser los cardenales una institucion grande y fuerte que aseguraba la dignidad é independencia del pontificado. Como todo establecimiento, habia tenido principios débiles y orígen oscuro. El nombre de cardenal (*cardo,* quicial de una puerta)

fué en un principio comun á todos los obispos, presbíteros y diáconos titulares. Al principio del siglo IX recibieron mas particularmente el nombre de *cardenales* los siete obispos vecinos de Roma, ó *suburbicarios*, en calidad de *asesores* ó consejeros de la Santa Sede. El decreto de Nicolás II los constituia definitivamente en el eminente rango que tienen hoy. — La cláusula que concierne al derecho de confirmacion por los emperadores de Alemania en la eleccion del nuevo pontífice, no es menos notable. Supone claramente que este derecho es una concesion libre de la Santa Sede, que en su caso y lugar tiene que estar consentida y ratificada por ella. La historia, en efecto, atestigua que el decreto de Eugenio II, que regia en la materia, habia sido un acto libre y espontáneo. El derecho que se habian arrogado Teodorico, rey de los Godos, y el emperador Justiniano, no podia constituir ni antecedentes, ni prescripcion, pues que nunca habia dejado de ser en todas épocas ó puesto en duda ó eludido por los Romanos. Mas tarde, la creacion del Sacro Imperio, creacion debida totalmente á la influencia del pontificado, suponia como corolario necesario la obligacion y privilegio en los emperadores de vigilar para que las elecciones pontificales fuesen hechas libre y canónicamente. Tal es el sentido del decreto de Nicolás II. — Despues de estas dos ordenanzas, el concilio romano renovó las sentencias y penas ya decretadas contra los simoníacos y clérigos incestuosos ó escandalosos. Berengario, cuyo genio vario y turbulento se mudaba frecuentemente de hereje en católico y vice versa, compareció tambien ante el papa y obispos congregados. Firmó y juró de nuevo una profesion de fe católica, quemó con su propia mano sus escritos, y algunos meses despues perjuró de nuevo.

24. Inmediatamente despues del concilio romano, el papa presidió otro en Amalfi. Se trató de terminar en fin pacíficamente la lucha que, despues de san Leon IX, tenia que sostener el pontificado contra los Normandos de Italia. Este pueblo habia hecho tantos progresos en las provincias napolitanas, que era menester perder toda esperanza de arrojarlos de allí,

Nicolás II conoció que era mejor transigir con ellos y contener sus correrías por medio de concesiones voluntarias. Y aun ellos mismos deseaban poner sus conquistas bajo el patronato de la autoridad pontifical. Ricardo y Roberto Guiscardo, los mas poderosos de sus caudillos, habian ya presentado sus proposiciones en este sentido á la Santa Sede. El papa accedió á sus peticiones, recibió oficialmente sus sumisiones en el concilio de Amalfi y les levantó en su consecuencia la excomunion mayor en que habian incurrido. Los Normandos devolvieron las tierras del patrimonio de san Pedro, de que se habian apoderado, y recibieron la investidura de la Pulla y Calabria, á excepcion de Benevento. Ricardo obtuvo por su parte el principado de Capua; y Roberto Guiscardo fué confirmado en la posesion de la Pulla y Calabria, y además conservó sus pretensiones sobre la Sicilia. En recompensa ó desquite, Ricardo prometió al papa y á sus sucesores un censo anual de doce denarios de Pavía por cada par de bueyes, pagaderos perpetuamente en el dia de Pascua : además se reconoció vasallo de la Santa Sede, y en calidad de tal prestó juramento. El tratado de Amalfi fué el orígen del reino de Nápoles, y tuvo las mayores consecuencias para la Iglesia romana. Los Normandos declararon guerra á los señores italianos, rebeldes á la autoridad del papa. Asolaron las tierras de Preneste y Nomento, abatieron el orgullo de los condes de Túsculo, cuyo nombre y autoridad habian intervenido tan fatalmente en los asuntos eclesiásticos y elecciones pontificales. Roma quedó desembarazada ya de los tiranuelos subalternos, contra cuya codicia y ambicion no la habia protegido siempre la negligencia de los emperadores de Alemania.

25. En medio de estas graves ocupaciones de la política, Nicolás II no perdia de vista los intereses espirituales de la religion y cristiandad, de que era pastor supremo. Envió á Milan en calidad de legado apostólico al cardenal san Pedro Damian para establecer la reforma de costumbres y restauracion de la disciplina clerical. El mal estaba inveterado tanto en la ciudad como en toda la Lombardía. El arzobispo era notoriamente si-

moníaco, y era difícil hallar en todo su clero un solo sacerdote ó clérigo que no lo fuese. Dos hombres celosos, san Arialdo, diácono de Milan que fué martirizado, y san Herlembaldo, secular, tuvieron heróico valor para declararse abiertamente contra el arzobispo y sus indignos fautores. Habia llegado á tal punto el escándalo, que lejos de avergonzarse de sus errores y desórdenes, los clérigos predicaban abiertamente contra la ley del celibato eclesiástico, renovando así el añejo error de los Nicolaitas. « Se da este nombre, decia san Pedro Damian, » á los clérigos escandalosos que quieren justificar con autori» dades de la Escritura y santos Padres su infame conducta; » porque el vicio se convierte en herejía cuando es sostenido » por un dogma perverso. » Con peligro de su vida logró el heróico legado extirpar enteramente de esta iglesia desconsolada los dos azotes que la afligian. El arzobispo se humilló ante el representante de la Santa Sede, confesó su pecado, y mediante su humilde confesion, retractacion y síncero arrepentimiento, obtuvo continuar en sus funciones. Los clérigos delincuentes fueron sometidos á diversas penitencias canónicas. San Pedro Damian, espantado á vista de los vicios de su siglo, suplicó entonces al papa le volviese la libertad y le permitiese dejar la púrpura romana, para irse á orar en la sombra y retiro de su amada soledad del Monte Casino. Pero la Iglesia necesitaba de conciencias rectas y de caractéres enérgicos, y el papa no creyó oportuno acceder á su humilde súplica, por no verse privado de tan digno auxiliar.

26. Hildebrando, que era el íntimo consejero de Nicolás II, y que bajo diversos papas se iba ensayando á ejercer él mismo el soberano poder, imprimia á todos los negocios el sello de universalidad y grandeza que eran el fondo de su carácter. Por su cuidado, dos otros legados, san Hugo, abad de Cluny, y el cardenal Estéban, habian recibido la mision de propagar y hacer adoptar en Francia los decretos del concilio romano, tocante la reforma del clero. San Hugo habia sido encargado especialmente de la legacion de Aquitania. Celebró un concilio en Aviñon, año de 1059, en el cual fueron depuestos mu-

chos obispos simoníacos (1). Estéban abrazaba en su legacion todo el resto de la Francia, y por su lado convocó un concilio en Tours, año de 1060, donde tomó rigurosas medidas contra la simonía, incontinencia de los clérigos, matrimonios incestuosos, pluralidad de beneficios y monjes apóstatas. — Ambos legados habian asistido en el año anterior, 1059, al coronamiento en Reims de Felipe I, niño aun de seis años, á quien su padre, antes de morir, quiso hacer consagar á su vista para dar á la autoridad del jóven príncipe un carácter sagrado á los ojos de sus futuros súbditos : oportuna precaucion, porque Enrique I murió en 1060, un año despues. Gervasio, arzobispo de Reims, gran canciller del reino, escribió entonces á Nicolás II : « La indocilidad de los Franceses me hace temer las » turbaciones consecuentes á una menoría. Para prevenir las » calamidades que nos amenazan, tened á bien, santísimo Pa- » dre, ayudarnos con vuestros sanos consejos. Vos os debeis » á este reino como un gran corazon se debe á su patria. Ilus- » trais la Francia con vuestra santidad y dignidad apostólica; » porque en efecto de entre nosotros os ha escogido Roma » para haceros su jefe y el jefe del mundo. »

27. El papa habia formado el designio de venir en persona á Francia para cooperar mas eficazmente á la paz pública é intereses espirituales del reino; pero las circunstancias no le permitieron hacer este viaje, pues que sus relaciones con todas las comarcas del universo absorbian todo su tiempo. Envió legados á Inglaterra para restablecer el órden en la iglesia de Worcester, mandada por un obispo simoníaco, y se dió esta silla á san Wulstano, quien desde 1062 hizo reflorecer la disciplina con toda su pureza. Sus cartas llenaban de consuelo y valor á Fernando el Magno, rey de España, y al célebre guerrero Rodrigo Diaz del Vivar, tan conocido bajo el heróico renombre del Cid Campeador en sus gloriosos combates contra

(1) Nótese para honra de España que la plaga de la simonía no habia, por la gracia de Dios, llegado á nuestra Iglesia. Sin duda que las continuas alarmas y guerras con el Sarraceno hacian mas temerosos de Dios á los prelados, clérigos y príncipes. (El Traductor.)

los Moros. Cuidaba con la mas tierna solicitud de las iglesias que se iban fundando entre los Esclavones, en el norte de la Europa, bajo la influencia del legado de la Santa Sede, Adalberto, arzobispo de Hamburgo. Los obispados de nueva creacion, de Mecklemburgo, Altemburgo y Ratzeburgo, fueron conferidos á prelados pios y celosos. Y así se iba haciendo sentir la benéfica influencia de la Iglesia por todas partes á la vez, desde el mediodía de la España é Italia hasta los confines de la Europa septentrional. Si los emperadores alemanes, fieles á las tradiciones legadas por el cristiano genio de Carlomagno, hubiesen comprendido su vocacion providencial; si hubiesen conservado inviolablemente la alianza entre el imperio y la Santa Sede, el catolicismo hubiera triunfado entonces del islamismo, siempre amenazador en España, y cuyos progresos en el Oriente eran vergüenza de la civilizacion cristiana. Pero los emperadores de Alemania no obraban sino con miras estrechas, mezquinas : se obstinaron, en la querella de las *Investiduras*, en ahogar la independencia del poder espiritual bajo las violencias de la fuerza brutal. Luchará durante dos siglos la Iglesia por su libertad contra los Césares Tudescos, y no solamente la mantendrá á pesar suyo, sino que, en lo mas crudo de esta guerra gigantesca, levantará la Europa cristiana para echarla sobre el Asia mahometana, donde fundará un imperio en el mismo recinto donde yace el sepulcro del Redentor.

28. La menoría de Enrique IV era para la Alemania tiempo de anarquía y turbaciones. El jóven rey se habia entregado en manos de los grandes vasallos, que se disputaban su persona para ejercer á su nombre una autoridad tiránica. Un jóven señor, llamado Werner, favorito del real infante, vendia los obispados, abadías y gobiernos con odioso tráfico. Para remediar tanto mal, Nicolás II se dirigió al hombre que tenia mas poder é influencia para lo bueno en Alemania : san Annon, arzobispo de Colonia. Le escribió en términos muy obligatorios para que se valiese de su influencia á fin de acabar con la simonía que deshonraba á las iglesias de su patria. Pero las amonestaciones del santo prelado no hicieron sino irritar aun

mas á los malos. Los grandes y obispos, reunidos en una dieta del imperio, prohibieron se nombrase á Nicolás II en el Cánon de la misa, y hasta se atrevieron á excomulgar al papa mismo. La noticia de este increible furor llenó de amargura los últimos dias del santo pontífice, que murió muy prematuramente, el 6 de junio de 1061, en Florencia. En su brevísimo pontificado dejó recuerdos indelebles: su piedad y caridad edificaban hasta á sus propios enemigos. « Tenia, dice san Pedro Damian, tan tierno y vivo amor por los pobres de Cristo, que » no pasaba dia sin que lavase los piés á doce pobres, escogidos entre los diversos barrios de Roma. » Su muerte fué duelo universal para toda la Iglesia.

§ VI. PONTIFICADO DE ALEJANDRO II (30 de setiembre de 1061-20 de abril de 1073).

29. El cardenal Estéban fué diputado inmediatamente á la corte de Alemania en ejecucion del decreto de Nicolás II para entenderse con el jóven príncipe acerca de la eleccion de papa; mas los cortesanos le impidieron viese al monarca, y despues de vanas tentativas, se vió obligado el legado á regresar á Roma. Los partidos estaban en esta en su mayor fermentacion. El canciller imperial, Guiberto de Parma, que administraba la Italia en nombre de Enrique IV, vendia los obispados y abadías, favoreciendo el desórden de las costumbres para engrosar sus rentas. Declaró que queria un papa dispuesto á absolver á los simoníacos y clérigos irregulares; y que la severidad de Nicolás II habia hecho pesar sobre el clero un yugo intolerable. Mientras tanto, el arcediano Hildebrando, alma de la Iglesia en aquellos tiempos de desolacion, juntó en Roma á los cardenales y nobles romanos; y bajo su influencia se eligió canónicamente por sucesor de Nicolás II al obispo de Luca, Anselmo, que tomó el nombre de Alejandro II. Se esperaba que el nuevo papa seria bien acogido por la corte de Alemania, donde era conocido personalmente por haber ejercido funciones ó cargos en ella. Al rehusar recibir al enviado del colegio apostólico, el rey Enrique IV habia cedido sin duda

al resentimiento, aun vivo, por las reprensiones de Nicolás II, respecto de la administracion : y no se dudaba se le pasaria pronto aquel; mas de modo alguno podia imaginarse de que llevase á mal se hubiese hecho sin su concurso la eleccion pontifical, pues que se habia negado á recibir las comunicaciones de Estéban bajo este respecto. Y sin embargo esto fué lo que sucedió. Manifestó la mas violenta irritacion de que se hubiese procedido á la eleccion de Alejandro II sin su consentimiento. Considerando nulo todo cuanto se habia hecho sin su participacion, procedió al nombramiento de un antipapa. Recibió este la ordenacion de manos de los dos obispos de Vercel y de Plasencia en 28 de octubre de 1061. Cadalos, obispo de Parma, nombre del antipapa, tuvo la avilantez de prestarse á este indigno juego, y se quiso llamar Honorio II.

30. Ya habia deshonrado este al episcopado por una simonía notoria y su pública mala conducta. Solo pensar en elevar á la silla de Pedro un sugeto tal era un escándalo intolerable; así es que la noticia de su intrusion le atrajo la indignacion justa de todo corazon católico. Pedro Damian, siempre en la brecha cuando se trataba de vindicar el honor de la Iglesia, dirigió al antipapa una carta vehemente, en que le reprocha sus crímenes, y aja su miserable vanidad de sacrificar el bien general de la Iglesia á su interés personal. « Hasta ahora solo » se hablaba en una pequeña ciudad del criminal tráfico que » haciais de las prebendas é iglesias, y otras cosas aun peores. » Mas ahora todo el universo va á hablar, y cubrirse de ver- » güenza. Vuestra exaltacion, si un dia llegara á realizarse, » seria el triunfo de los malos, y la mirarian como ruina de » la Iglesia cuantos aman la justicia. » Cadalos, sin detenerse en pàjas, levantó un ejército en 1062 y vino á camparse ante los muros de Roma. Desde luego logró algunas ventajas, pero Godofredo, duque de Toscana, sobrevino contra él, y los negocios mudaron de faz, teniendo que escaparse el antipapa, que solo se salvó á peso de oro. Sin embargo, retirado á Parma, no abandonó sus proyectos. Pedro Damian escribió entonces una carta á Enrique IV, suplicando á este jóven prín-

cipe pusiese término á tantos males, haciéndole ver la alianza que debe reinar entre el sacerdocio y el imperio: «Estando » unidas en Cristo las dos potencias, sacerdotal y real, tienen » tambien mutua alianza en el pueblo cristiano. La una tiene » necesidad de la otra: el sacerdocio se apoya en el trono, y » el trono en el sacerdocio: el rey lleva la espada para opo- » nerse á los enemigos de la Iglesia; el pontífice vela y ruega » á Dios y le hace propicio á los reyes y pueblos. El uno ha de » dar cabo á los negocios terrestres por la justicia, el otro ha » de alimentar á los pueblos hambrientos de doctrina celestial. » El uno ha sido instituido para contener á los malos con la » autoridad de las leyes, el otro ha recibido las llaves para » usar de la severidad de los cánones ó de la indulgencia de la » Iglesia.» Estas prudentes razones hubieran hecho sin duda alguna poca mella en el corazon de Enrique IV; pero el temor de que no sacudiese su yugo la Italia, si se obstinaba en sostener al antipapa, fué motivo mayor para la corte de Alemania; y así se cambió de política cuando se creyó comprometido el propio interés. San Annon, arzobispo de Colonia, fué enviado á Italia para cortar toda division. En un concilio celebrado en Mantua, y en presencia del santo arzobispo, fué solemnemente confirmada la eleccion de Alejandro II; y Cadalos, unánimemente condenado, fué depuesto del episcopado. Pero ni aun así cedió este; y por un golpe de mano se apoderó de la ciudad Leonina y de la iglesia de San Juan de Letran. El pueblo enfurecido lo arrojó de allí. Encerrado en el castillo de San Ángelo con algunas tropas, sostuvo un sitio de dos años contra los soldados del partido de Alejandro II. En fin, reducido á la última extremidad, logró evadirse y se fué á morir en una campiña aislada, menospreciado de todos, y sin embargo continuando hasta el último suspiro en usurpar las funciones pontificales.

31. Libre de Cadalos, el papa cuidó de detener los progresos de un error que se iba esparciendo en las provincias de la Toscana, al que se denominó la herejía de los *Incestuosos*. Se llamaba así á los que por favorecer los casamientos en grado

prohibido de consanguinidad, se negaban á contar los grados segun las leyes eclesiásticas, y querian conservar la costumbre de las leyes romanas, que solo ponian en segundo grado los hermanos y hermanas. « Con razon los llamamos Incestuosos, » decia Pedro Damian, pues que autorizan uniones ilegítimas, » verdaderos incestos anatematizados por la Iglesia. » Alejandro II, en un concilio del año 1065, celebrado en Roma, decidió que los grados de consanguinidad para el matrimonio debian de contarse segun el órden de los cánones, que ponen en primer grado á los hermanos y hermanas, no segun las leyes romanas que los ponen en segundo.

32. El dicho concilio trató de una cuestion aun mas grave. La silla metropolitana de Florencia estaba ocupada por un obispo públicamente simoníaco : vendia ostensiblemente los cargos de la Iglesia, y deshonraba con su infame conducta la santidad de su ministerio. Denunciado al concilio romano, sus acusadores ofrecian probar la veracidad de sus alegaciones, segun costumbre de la época, con la *prueba del fuego*. El papa se negó á admitir semejante juicio, y defirió el juicio definitivo de Pedro de Pavía á mas amplios informes. Pero estas dilaciones habian de tener fatales consecuencias, porque los ánimos estaban contrapuntados. El obispo, en lugar de aprovecharse de esta dilacion para enmendarse, redobló sus injusticias y violencias. El pueblo amotinado le arrojó de su ciudad episcopal. Se entablaron pues negociaciones entre Pedro de Pavía y los Florentinos. A pesar de la enérgica prohibicion del papa, fué convenido de ambas partes que la cuestion se decidiria por la prueba del fuego. Se encendieron pues dos hogueras inmensas en la plaza pública de Florencia, á dos piés de distancia. Un santo monje, llamado Pedro, tan célebre despues bajo el dictado de *Ígneo*, fué escogido por los acusadores para pasar por la terrible prueba, y certificar así sus quejas. Se puso fuego á ambas hogueras, y estando en vivas llamas Pedro *Ígneo*, revestido de ornamentos sacerdotales, se presentó en medio de la muchedumbre. « Dios todopoderoso, exclamó, socor» redme en este juicio terrible. Si Pedro de Pavía ha usur-

» pado, por simonía, la silla de Florencia, preservadme de » estas llamas, como en otro tiempo preservásteis sanos y sal» vos á los tres niños de Babilonia. » En diciendo su breve oracion, Pedro *Ígneo* hizo la señal de la cruz, y sin emocion alguna se avanzó é introdujo gravemente en medio de las llamas, que hollaba á pié descalzo. El viento, activado por el fuego, movia su cabellera y levantaba su alba; hizo flotar su estola y se llevó el manípulo á la otra hoguera. El heróico testigo del Señor fué á buscarlo, prosiguió su marcha, y en fin apareció fuera de las llamas, sin que estas hubieran hecho la menor impresion ni sobre su persona, ni en sus vestidos. Se disponia á atravesarlas de nuevo; pero deteniéndole la muchedumbre, cada cual se apresura á besarle los piés y las manos, á prodigarle testimonios de veneracion, y á tocar al menos sus hábitos tan milagrosamente conservados.

33. El rey de Alemania, Enrique IV, aquel indigno pupilo de la Santa Sede, apenas de edad de diez y ocho años, mostraba ya la mas desenfrenada perversidad. Su libertinaje vergonzoso no respetaba ni la inocencia virginal, ni la fidelidad conyugal: cruel y desenfrenado, nada perdonaba para saciar sus pasiones. Sacrificaba á su venganza á los esposos cuyas mujeres no podia arrebatar de otro modo. Sus cómplices y confidentes, casi iguales en depravacion, eran sacrificados igualmente, cuando de palabra ó con un gesto desaprobaban sus excesos. Casado con la princesa Bertha, hija de Othon, margrave de Italia, jóven de quince años, pura, inocente, virtuosa, Enrique IV la repudió al año de casados. Esta brutalidad irritó á toda la Alemania. El arzobispo de Maguncia escribió sobre esto al papa, suplicándole hacer juzgar por legados este asunto. Alejandro II encargó esta mision á san Pedro Damian, que acababa de recorrer la Francia para estimular á la reforma de costumbres y disciplina. La eleccion de un hombre cuya santa austeridad y vigor apostólico conocia todo el mundo católico, fué especialmente desagradable á Enrique IV. Sin embargo no osó sustraerse á una informacion jurídica del legado de la Santa Sede. Pedro Damian, despues

de enterarse del negocio, declaró al rey que su pretension era indigna no solo de un príncipe, sino aun de un simple cristiano. « Si menospreciais, le dijo, la autoridad de los cáno» nes, muévaos al menos vuestro honor y buena fama. Si » resistís á estos consejos dictados por la razon y por la fe, el » soberano pontífice se verá obligado á fulminar contra vos » las sentencias de la Iglesia, y jamás podrá consentir en coro» naros emperador. » Enrique IV no se atrevió á insistir, y declaró que llevaria el peso de que no podia descargarse; pero no mudó ni de conducta ni de costumbres. San Annon, arzobispo de Colonia, dejó una corte escandalosa y cesó de dar consejos á un príncipe que solo oia los de su pasion. La emperatriz Inés, previendo que su hijo causaria la desgracia del mundo entero, se retiró á Italia, se puso bajo la direccion de san Pedro Damian, y acabó en el retiro una vida pasada en un círculo de intrigas y agitaciones. Y así se iba alejando para siempre de Enrique IV la bendicion de Dios.

34. Pedro Damian, despues de su legacion en Alemania, rogó de nuevo al sumo pontífice le permitiese renunciar las altas dignidades que ejercia en la Iglesia, para ir á acabar sus dias en el seno del estudio, silencio y oracion. Hildebrando, revestido como siempre de la confianza de los pontífices, se opuso al designio de su amigo Pedro Damian; pero las instancias de este último eran cada dia mas y mas urgentes. « En to» dos vuestros combates y victorias, escribia á Hildebrando, yo » me he echado en medio de la refriega, y para serviros sentia » en mí la velocidad del rayo. No he cesado de bendecir vues» tro nombre, y Dios sabe cuán tiernamente os amo. Pero ya » tengo priesa en recogerme y emplear en servicio de Dios » los últimos dias de mi existencia. » El generoso atleta de Cristo no alcanzó el descanso que deseaba; pues murió el 22 de febrero de 1072, en una mision de que el papa le habia encargado cerca del obispo de Ravena. Las obras de san Pedro Damian, recopiladas en cuatro volúmenes, son muy notables y tocan infinitos é interesantes puntos de dogma, moral, disciplina é historia eclesiástica. Su estilo noble, puro,

vehemente y sembrado de hermosas imágenes, puede en cierto modo equipararse al de los buenos tiempos de la literatura eclesiástica. Sus cartas descubren en él un espíritu sutil, delicado y nacido para los negocios. Es severo é imparcial en la reprension de los vicios, aunque lleno de miramientos por las personas; y en fin, fué tan buen poeta como prosador, con lo que se puede contar á san Pedro Damian entre los talentos mas cultivados y corazones mas honrados y leales del siglo XI.

35. Acontecia por este tiempo en Inglaterra un suceso cuyas consecuencias habian de ser muy fecundas. Por muerte de san Eduardo el Confesor, se disputó el trono entre dos rivales, entre dos razas, siempre en recíproca hostilidad, la de los Sajones y la de los Normandos, á saber: entre Haroldo, de la razá sajona, que alegaba mayor parentesco con el rey difunto; y Guillermo el Bastardo (1), duque de Normandía, que alegaba en su favor el testamento de Eduardo, nombrándole sucesor ó heredero. Guillermo quiso verle apoyado por el papa. « Si Dios quiere que salga bien, escribió á Alejan-» dro II, me gloriaré de tener el reino de Inglaterra directa-» mente de Él y de san Pedro, su vicario. » El papa, despues de bien examinado el negocio, se decidió por Guillermo, y en señal de adhesion le envió un estandarte bendecido por él mismo. Sin embargo, el duque de Normandía no se habia descuidado en emplear todo cuanto podia conducir á una victoria. Mandó publicar un llamamiento general á las armas en todos sus Estados y provincias vecinas, prometiendo buen sueldo y el saqueo de la Inglaterrra á todo hombre « alto de » estatura y robusto de cuerpo, que quisiere servirle. » Muy pronto se vió al frente de 60,000 hombres, entre los cuales 104 caballeros. En esta brillante expedicion se alistaron miembros de las mas ilustres familias de Francia: y el 29 de setiembre de 1066, Guillermo el Bastardo partió de la embocadura del Soma con una numerosa flota, y desembacró en el

(1) Era hijo de Roberto, duque de Normandía, llamado *el Diablo*, y de Harleta la Lavandera, hija de un curtidor de Falaise.

mismo dia en las costas de Sussex, llanuras de Hastings. Haroldo le estaba esperando allí, y Guillermo le hizo tres propuestas: ó abdicar en su favor, ó deferir el litigio al arbitrio del papa, ó bien decidir la querella en combate singular. No aceptó Haroldo ninguna de estas proposiciones, y se recurrió á las armas. En la víspera de la batalla los Normandos pasaron la noche en oracion, en tanto que los Sajones solo hacian cantar sus himnos nacionales y se embriagaban. Por la madrugada, el obispo de Bayeux, hermano de Guillermo, celebró misa y bendijo á las tropas. El duque de Normandía llevaba suspendidas del cuello reliquias preciosas de santos, y á su lado el estandarte bendecido por el papa. La accion fué viva y sangrienta : Sajones y Normandos hicieron prodigios de valor; pero en fin Haroldo fué muerto en lo mas recio de la batalla, y su ejército derrotado se fugó. La batalla de Hastings dió el trono á Guillermo el Bastardo, en 1066. En la cumbre de la colina donde habia perecido la antigua Inglaterra con el último rey sajon, Guillermo edificó una hermosa y rica abadía, llamada *abadía de la Batalla,* segun el voto que habia hecho á san Martin, patron de las Galias. No hace mucho se leian aun los nombres de los conquistadores grabados en planchas de madera: es el verdadero *libro de oro* de la nobleza de Inglaterra. Haroldo fué enterrado por los monjes en este collado, frente al Océano. « Pues que guardaba la » costa, que la guarde aun, decia Guillermo. » Este príncipe á pesar de introducir en el seno de su nueva conquista las costumbres mas civilizadas de Francia, confirmó solemnemente, en 1069, las antiguas leyes del país. Las que se referian á la Iglesia fueron redactadas en latin, con veintidos artículos. Se garantizaba en ellas el derecho de las peregrinaciones pias y la seguridad de los viajeros : se mantenia la tasa del *denario de san Pedro,* del cual se empleaba una parte al sosten y dotacion de una iglesia y una escuela en Roma, llamadas *de los Ingleses*. El papa Alejandro II envió tres legados para coronar, en 1070, á Guillermo el Bastardo, como rey de Inglaterra.

36. Continuaban ilustrando á la Iglesia ejemplares de cien-

cia, virtud y santidad, como contrapeso providencial á los escándalos contra los que no cesaba de luchar el pontificado. En el de Alejandro II florecieron muchos santos. Santo Domingo *el Encorazado,* amigo ilustre de san Pedro Damian, llevó toda su vida por espíritu de penitencia una coraza sobre la carne misma; san Rodolfo, que fué obispo de Eugubio; san Theobaldo de Provins, de la familia de los condes de Champaña, se retiró á una soledad cerca de Vicenza en Italia; el bienaventurado Evrardo, conde de Breteuil, monje de Marmoutiers; san Hugo, abad de Cluny; san Roberto, fundador del monasterio de la *Chaise-Dieu* en el Languedoc; san Gauthier, abad de Lesterpo en el Limosin; san Annon, arzobispo de Colonia; san Altmann, obispo de Passaw; san Guebhardo, arzobispo de Saltzburgo; san Benon, obispo de Misnia, apóstol de los Esclavones; el rey mártir Gothescalco, príncipe sajon, protestó contra las tendencias generales al desórden y relajamiento de costumbres, con la práctica de las mas heróicas virtudes en el claustro, en la soledad, en medio de las preocupaciones de la dignidad episcopal. La fe hacia preciosas conquistas en las naciones del norte de la Europa, bajo la influencia y concurso simultáneo de Suenon, rey de Dinamarca, y de Adalberto, arzobispo de Brema. Adam, canónigo de esta última ciudad, escribia entonces su *Historia eclesiástica,* que comprende los orígenes de las iglesias del Norte, y la serie de los obispos de Brema y de Hamburgo, desde la entrada de san Guilibrodo en la Sajonia hasta el fallecimiento del arzobispo Adalberto; período que abraza cerca de trescientos años. Adam de Brema recogió con cuidado todas las memorias escritas, las cartas de los papas y príncipes, y la tradicion viva de los antiguos relativa á su asunto; lo que hace preciosa esta recopilacion.

37. En esta época se verificó una importante modificacion en la disciplina eclesiástica. Las penitencias públicas eran de imposible aplicacion en medio de los crímenes y violencias sociales en estos siglos: fueron pues reemplazadas por el uso frecuente de la flagelacion ó *disciplina* voluntaria, que contribuyó mucho á propagar san Pedro Damian con su ejemplo,

discursos y escritos. Favorecieron mucho á este cambio las austeridades de santo Domingo *el Encorazado*. La Iglesia admitió pues estas conmutaciones por las penas canónicas, acomodándose así á las necesidades sociales y necesidades de los tiempos. Las disciplinas, peregrinaciones lejanas, grandes limosnas, etc., fueron medios de compensacion; y convenian mucho ora para domar el carácter semibárbaro de este siglo, ora para reparar tanto saqueo y latrocinio, ora en fin para castigar la avaricia de los simoníacos. Y así, se rescataban los años de penitencia canónica con cierto número de azotes voluntarios, ó *disciplina,* con tal ó tal suma dada á los pobres, á las iglesias ó monasterios, con tal ó tal peregrinacion, etc. Este sistema permitia imponer largos años de penitencia que se compensaban ó rescataban del modo dicho; y por esto vemos que san Pedro Damian impuso al arzobispo simoníaco de Milan, Guido, *cien años* de penitencia. Los espíritus fuertes y otros preciados de cristianos han criticado el uso de la disciplina voluntaria; pero no advierten que ya san Pablo nos la recomendó diciendo: *Castigo corpus meum et in servitutem redigo*. La Iglesia ha justificado suficientemente este uso canonizando los ilustres penitentes que se han santificado con dicho uso; sin embargo ha tenido y tiene siempre solicitud maternal para precaver ó condenar el abuso.

38. La especie de mitigacion decretada para la antigua disciplina canónica era una medida que cuadraba en extremo con el genio blando y caritativo de Alejandro II. Se valió este papa de su autoridad para proteger á los Judíos contra las persecuciones á que estaban expuestos en los diversos Estados de la Europa, y prohibió expresamente condenarlos á muerte [como tales Judíos solamente]. Su pontificado, venturoso para la Iglesia, fué inspirado siempre por el gran carácter de Hildebrando, á quien habia elevado á la dignidad de canciller de la Iglesia romana, y que habia de sucederle con tanta gloria. Alejandro II murió el 21 de abril de 1073. Se le atribuye la ordenanza que arregla la celebracion de la misa, y la reduce á una sola por dia para cada sacerdote.

CAPITULO IV.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN GREGORIO VII (22 de abril de 1073-25 de mayo de 1085).

1. Antecedentes de san Gregorio VII. Su eleccion. — 2. Confirmacion de su eleccion por Enrique IV, rey de la Germania. — 3. Estado político del mundo cristiano al advenimiento de san Gregorio VII. — 4. Matilde, condesa de Toscana. — 5. Fatales consecuencias para la Iglesia de la usurpacion por los emperadores del derecho de investidura. — 6. Doctrina de los papas antecesores á Gregorio VII acerca de esta materia. — 7. Primer decreto de san Gregorio VII contra los clérigos escandalosos y simoníacos. — 8. Decreto del concilio romano contra las investiduras. — 9. Enrique IV subyuga á los Sajones rebeldes. — 10. Conspiracion de Cencio contra el papa san Gregorio VII. — 11. Conciliábulo de Wormes, que pronuncia contra san Gregorio VII sentencia de deposicion. — 12. Estado de la opinion pública en la edad media sobre la deposicion de los reyes y príncipes por los papas. — 13. Enrique IV es depuesto en el concilio romano por san Gregorio VII, y sus súbditos absueltos del juramento de fidelidad. — 14. Dieta de Tribur. — 15. Entrevista de san Gregorio VII y Enrique IV en Canosa. Reconciliacion. — 16. Rodolfo, duque de Suabia, es elegido rey de Germania en la dieta de Forcheim. — 17. Rodolfo y Enrique IV invocan la mediacion de san Gregorio VII. — 18. Hostilidades entre ambos reyes. — 19. Rodolfo es reconocido rey de la Germania por san Gregorio VII. Nueva sentencia de deposicion contra Enrique IV. — 20. El conciliábulo de Brixen elige por antipapa á Guiberto, arzobispo de Ravena, que toma el nombre de Clemente III. Muerte de Rodolfo. — 21. Hermann, conde de Luxemburgo, es elegido rey de la Germania por la dieta de Goslar. — 22. San Gregorio VII deja la ciudad de Roma, que cae en poder del antipapa y de Enrique IV. — 23. Roberto Guiscardo acude al socorro del papa. Muerte de san Gregorio VII. — 24. Progresos de los Turcos en Oriente bajo el pontificado de san Gregorio VII. — 25. Influencia de san Gregorio VII en los Estados del norte de la Europa. — 26. Santos personajes y fundaciones de monasterios bajo el pontificado de san Gregorio VII. — 27. La ley del celibato eclesiástico ¿fué ó no una innovacion de san Gregorio VII?

§ II. PONTIFICADO DE VÍCTOR III (24 de abril de 1086-16 de setiembre de 1087).

28. Víctor III es elegido soberano pontífice á pesar de su resistencia. — 29. La condesa Matilde arroja de Roma al antipapa Guiberto. — 30. Concilio de Benevento contra las investiduras. Muerte de Víctor III.

§ I. PONTIFICADO DE SAN GREGORIO VII (22 de abril de 1073-25 de mayo de 1085).

1. La historia de la Iglesia entra, con el pontificado de san Gregorio VII, en una grande época: « Grande, no precisa-

» mente por acontecimientos nuevos ó extraordinarios, ni por
» escenas terribles é imprevistas, sino por la ejecucion de un
» gran plan, inmenso, concertado largo tiempo habia; grande,
» por el impulso general que dió á la Europa y al universo el
» ingenio de un solo hombre en todos los negocios; grande
» porque la voluntad de un papa hacia cambiar la faz de la
» tierra, hacia nacer nuevas leyes, nuevas instituciones, desde
» el norte y poniente de la Europa hasta los desiertos del
» África, desde el Atlántico hasta la Palestina; grande, porque
» un hombre salido de la oscuridad de un claustro concibió el
» proyecto de establecer una monarquía universal en el centro
» de la cristiandad, y hacer radiar el sol de Roma por todos los
» pueblos del mundo (1).» El hombre que habia de dar su nombre á esta inmensa obra, no databa solamente del dia en que se sentó en la silla de san Pedro; desde veinte años antes habia ido preparando, con su ascendiente, los negocios eclesiásticos de su época. Bajo el nombre de Hildebrando le hemos visto proseguir al través de mil obstáculos el plan tan laboriosamente concertado de una reforma que habia de salvar la sociedad moderna. Él mismo lo dijo: « Nadie es grande de repente; y
» los mas altos edificios se construyen poco á poco. » Hijo de un carpintero de Roma, monje de Cluny, el mérito extraordinario de Hildebrando le hace escoger por Enrique III (1046-1047) preceptor de su hijo Enrique IV; destino raro que unia así al maestro y al discípulo con dulces relaciones, dos individualidades que habian de personificar mas tarde la lucha entre el pontificado y el imperio. El real discípulo pagará con las armas en la mano el tributo de agradecimiento á su antiguo maestro, y los rayos de Gregorio VII serán fulminados contra el ingrato discípulo de Hildebrando. Los escritores hostiles al pontificado supremo se han descuidado en poner en relieve este lado vergonzoso para Enrique IV de la encarnizada guerra que sostuvo contra el monje que se habia consagrado á la educacion de sus primeros años.

(1) Voigt, *Historia de san Gregorio VII*, tom. I, cap. I.

Hildebrando, traido á Roma, su patria, por san Leon IX, fué engrandeciendo en influencia : canciller de la Iglesia romana bajo Alejandro II, muchas veces encargado de las elecciones pontificales, habia hecho papas, y no queria serlo él. Pero llegó su hora. Con motivo de los funerales de Alejandro II se habian reunido en la basílica de San Pedro cardenales, obispos, sacerdotes y monjes. Llenaba inmensidad de pueblo sus cercanías : y cuando se presentó á su turno Hildebrando, todos fijaban en él sus ojos; y salió de todos los labios y corazones una súbita y unánime aclamacion que resonaba por todo el vasto hueco del sagrado recinto : « ¡Hildebrando! Hilde- » brando! él es el escogido por Pedro para sucesor suyo. »[1] Es muy permitido creer que sin duda, Hildebrando en su larga y trabajosa carrera habia podido pensar en el trono que le hacia posible y fácil realizar sus vastas concepciones. ¿Quién es el hombre de carácter superior que no se haya visto tentado de apoderarse del poder cuando sentia fermentar en su corazon algun gran pensamiento?[1] Sin embargo, Hildebrando experimentó un gran desaliento en este solemne momento, y apenas cesó el tumulto del pueblo, Hildebrando subió al púlpito y suplicó al clero y pueblo renunciasen á su proyecto. Pero el cardenal Hugo Blanco tomó inmediatamente la palabra y dijo : « Sabeis todos á qué grado de » prosperidad ha elevado este santo arcediano á la Iglesia » romano. No hallamos á nadie mas propio que él para go- » bierno y defensa de esta ciudad : por lo cual, todos noso- » tros, cardenales y obispos, le escogemos unánimemente » con vosotros por soberano Pastor de nuestras almas. » A estas palabras, redoblaron los transportes de jubilo : é Hildebrando se vió obligado á ceder al voto popular. Se le vistió de la púrpura y tiara; y fué elevado sobre la silla de san Pedro el 22 de abril de 1073, bajo el ilustre nombre de Gregorio VII.

2. Fué pues vencida la humilde resistencia de Hildebrando, mas todavía le quedaba alguna esperanza. El rey Enrique IV, por los ultimos reglamentos pontificales, estaba en posesion

de confirmar la eleccion del papa[1]. Gregorio VII le envió, con título de *papa electo*, una diputacion suplicándole negara su consentimiento á la eleccion de los Romanos. « Si aprobais, le decia, la eleccion hecha de mi persona, yo me veo » obligado á participaros que no dejaré impunes los notorios » excesos que os reprochan todos los hombres de bien. » El rey no tenia necesidad de estas amenazas para negar su aprobacion : segun él, la eleccion hecha sin su concurso era nula de pleno derecho. Por otro lado, los obispos alemanes, que temian la firmeza de Hildebrando, aconsejaban al rey que negase su aprobacion. Sin embargo, el temor de sublevar á toda la Italia por este acto de hostilidad contra una eleccion legítima y unánimemente aprobada por todos los buenos, le hizo sacrificar en estas circunstancia sus propias inclinaciones : confirmó, pues, lisa y llanamente el nombramiento de Gregorio VII, y envió al obispo de Verceil para asistir en su nombre al coronamiento del nuevo papa, verificado el 30 de junio de 1073.

3. Antes de considerar á san Gregorio VII como pontífice, echemos una ojeada sobre el estado político del mundo católico al tiempo de su advenimiento. En Alemania, como llevamos dicho, un jóven rey, sin experiencia, Enrique IV, en manos de cortesanos, entregado á las pasiones, está en lucha con los Sajones, cuyo orgullo nacional ha herido con sus injusticias. No tardará mucho en acarrearse los rayos del Vaticano por el abuso de las *Investiduras*. En Francia, reinaba aun la gran dinastía de Hugo el Grande en Felipe I, año 1060. Casi de la misma edad que Enrique, pero mas cuerdo y mejor dirigido, este príncipe

(1) Segun uso y derecho público en Alemania, la eleccion que hacian de rey de la Germania los señores alemanes no le conferia, propiamente hablando, la dignidad imperial y no debia el rey tomar título de emperador sino despues de reconocido y coronado por el papa. Esta última formalidad no tuvo lugar nunca en Enrique IV, pues que no fué coronado por un papa legítimo, sino por el antipapa Guiberto, titulado Clemente III. No era pues *emperador*, sino solo *rey de la Germanía y emperador electo*. (Gosselin, *poder del papa en la edad media*.) Por no haberse comprendido bien este punto de historia, gran número de escritores ha juzgado muy erróneamente los acontecimientos del pontificado de san Gregorio VII relativos á Enrique IV.

mejoró las instituciones, consolidó el bienestar público y rodeó al trono de gran majestad. Los señores, divididos, enemistados recíprocamente, se reunen en torno del rey. La Iglesia está, gracias al sistema de infeudacion, en manos del poder real, que se concentraba mas y mas en Francia, al paso que mas se descentralizaba en Alemania. España, siempre digna de su renombre de *católica,* se hallaba en su verdadera mision desde la invasion de los Moros, á saber, en *continuo campo de batalla.* Alfonso VI poseia el trono de Castilla, Aragon y Navarra. El califa Mahomet II reinaba en Sevilla. La Inglaterra se iba reorganizando bajo la mano hábil y prudente de Guillermo el Bastardo : el clero, sometido á la autoridad de los papas, no era allí instrumento político en manos del rey, porque el abuso de las *investiduras* no habia penetrado allí, como en Francia y en Alemania. La Dinamarca, bajo Suenon III, mostraba como la Inglaterra amor filial á la Santa Sede. En la Suecia la corona habia pasado á una nueva familia, la de Stenkilsch : aun estaba la religion cristiana en lucha abierta con el paganismo, porque los reyes eran ó cristianos ó paganos. La Noruega estaba ocupada por Olao III el *Pacífico,* amado y venerado por sus virtudes y talentos: se aplicaba este en hacer reflorecer la agricultura, artes y comercio : y era amigo y protector del clero. La Polonia prosperaba bajo el cetro de Casimiro I, el ex-monje de Cluny. La Sajonia y la Bohemia, bajo Boleslao y Vratislao II, se hacian mutua guerra. Por lo general, no habia ninguna institucion sólida entre los Esclavones : la mayor parte estaban subyugados ó atacados por los Alemanes. El cristianismo, propagado por el celo de los misioneros, derramaba poco á poco sus luces de civilizacion entre sus tribus. La Rusia aun no habia salido del caos del embrion. La sucesion al trono, mal arreglada, era ocasion de continuas y sangrientas luchas. No estaba mas tranquila la Hungría : su gobierno era disputado por varios príncipes : el rey era vasallo del emperador. Salomon fué proclamado, gracias á la intervencion de Enrique IV; pero su reinado, corto y agitado, padeció las diversas fortunas de su protector. — El cetro

imperial de Constantinopla pasaba rápidamente y sin gloria de una mano á otra; de cuya instabilidad resultaban espantosos desórdenes y guerras interminables. El imperio, despues de haber combatido largo tiempo contra las innumerables hordas de Húngaros, Rusos, Búlgaros, Persas y Árabes, cayó en 1063 en poder de la tribu de los Seldjoucidas, que se apoderó sucesivamente de las nuevas provincias, hasta que en 1071, el emperador Romano IV, por un funesto revés, cayó prisionero en sus manos. El trono, vacante por esta catástrofe, fué ocupado por Miguel VIII, el cual permitió á Soliman estableciese la residencia de los Seldjoucidas en Nicea. Los enemigos eternos del cristianismo penetraban hasta los confines de la Europa oriental, amenazando á la vez la Iglesia y la civilizacion. Tal era la situacion del mundo al advenimiento de san Gregorio VII. Como se ve, todos los poderes peligraban; y para que se restableciese la unidad, era menester que lo emprendiera una mano fuerte, reprimiendo los abusos y dando fuerza y ascendiente al poder político social.

4. En esta doblemente gloriosa empresa, el genio de Gregorio VII halló por auxiliar una alma noble y generosa, digna de comprender las cosas grandes y de tomar parte en ellas. Tal era la condesa Matilde. Los escritores contemporáneos la titulan *nueva Débora*, porque tuvo el valor de esta heroína: hija de Bonifacio II, marquesa de Toscana, y viuda de Godofredo *el Jorobado*, duque de Lorena, habia heredado el reino paterno, y á la muerte de la condesa Beatriz, su madre, se halló en 1076 sola soberana de la Toscana y de una parte de la Lombardía. En tanto que los reyes y príncipes afligian á la Iglesia de Dios por su vida escandalosa ó vana, por el vergonzoso tráfico de las dignidades eclesiásticas, la condesa Matilde, durante un reinado de mas de cincuenta años, se mostró siempre fiel, siempre celosa por la Iglesia y afecta á su cabeza, y siempre dispuesta á favorecer á los soberanos pontífices en sus esfuerzos por la restauracion de la disciplina y costumbres clericales; siempre, en fin, con espada en mano para defender la Santa Sede contra enemigos formidables, no dejándose vencer

nunca por promesas, ni intimidar por amenazas, ni ganar con el oro ó la lisonja, ni desalentarse por los reveses. San Gregorio VII contó en ella una aliada intrépida en la cruzada que emprendió contra los abusos. La condesa Matilde se habia puesto bajo su direccion espiritual : y es maravillosa la correspondencia de este gran papa con la no menos grande condesa Matilde. Abrumado por el peso de la tribulacion y del gobierno, en medio de sus ardientes luchas contra los príncipes del mundo, mostraba en sus cartas una piedad tierna y una uncion divina. « Yo he querido, amantísima hija de san Pedro, le » dice en una de sus epístolas, dirigiros algunas palabras de » edificacion para aumento de vuestra fe, y para excitaros á » nutrir vuestra alma cada dia con el sagrado cuerpo de nuestro » Señor Jesucristo. Tal es el tesoro, tales los presentes, mil veces » mas preciosos que el oro y pedrerías, con que enriquece la » Iglesia á sus hijos. En cuanto á la santísima Vírgen María, » madre del Salvador, á cuya proteccion os he encomendado » há mucho tiempo, y no cesaré de encomendaros en mis ora» ciones, ¿qué podré deciros? Cuanto mas elevada está en la » gloria, tanto mas se muestra nuestra dulcísima y clementí» sima madre. » La condesa Matilde correspondia á la santa solicitud de san Gregorio VII con una fe viva y una conducta santa y ejemplar. Tenia por su capellan á san Anselmo, obispo de Luca, cuya vida fué un acto continuo de caridad y desinterés. Jamás quiso recibir presente alguno de aquellos á quienes habia servido : « Si lo que me piden es injusto, decia él, yo » no seré cómplice de su injusticia; y si es justo, fuera robo » hacerles pagar lo que les es debido. » La condesa Matilde, para consolar á san Gregorio VII por la rebeldía de tantos hijos desnaturalizados, llena de celo, hizo donacion de todos sus Estados á la Iglesia romana, en 1077, reservándose solamente el usufructo vitalicio : así es como la Santa Sede adquirió sus derechos de soberanía sobre la Toscana y la Lombardía. La condesa Matilde sobrevivió mucho tiempo á san Gregorio VII, pues que no murió sino en 1115 : y su adhesion á la Santa Sede se reiteró para con los sucesores de este gran papa : con-

firmó la donacion en 1102, la cual se ejecutó conforme á su piadoso beneplácito.

5. Hemos manifestado la gravedad suma del mal que aquejaba á la Iglesia por el abuso de las investiduras, introducido en Alemania y en Francia por el sistema feudal. « La libertad del » ministerio eclesiástico, dice el Sr. Palma, habia desapa» recido enteramente desde el momento en que quedó al arbi» trio de los príncipes seculares la eleccion de obispos y aba» des. » Los reyes, para engrosar sus tesoros ó acudir á las continuas guerras que se hacian, ponian sin escrúpulo á pública subasta las dignidades eclesiásticas. San Anselmo de Luca se expresó, sobre Enrique IV, de este modo: « Este principe » vende sin escrúpulo los obispados. Ha promulgado un decreto » que anula las elecciones por el clero y pueblo segun los cá» nones, cuando no haya concurrido la autoridad real... Nadie » es elevado á esta dignidad si no la compra á peso de oro, ó » si no prostituye su elocuencia al servicio de su amo. » En la opinion pública de esta época, la remesa ó entrega del báculo y anillo significaba la colacion del poder espiritual. Así lo nota el sabio cardenal Humberto. « ¿ Cómo osan, decia, unos simples » legos arrogarse el derecho de conferir á los obispos las in» signias de la autoridad apostólica? El báculo es el emblema » del cargo pastoral; el anillo es como el sello de los celestiales » secretos, cuya dispensacion ha sido cometida á los predica» dores. » Las investiduras constituian, pues, una verdadera usurpacion del poder laical, sobre el dominio eclesiástico. Otra consecuencia no menos deplorable era el desórden de los sacerdotes escandalosos, que bajo el nombre de Nicolaitas pretendian negar, en hecho y en derecho, la doctrina apostólica sobre el celibato de los clérigos. Hombres que hasta entonces habian pasado su vida en la licencia y corrupcion de las cortes ó de los campos, se hallaban de improviso por capricho de los príncipes, ó por codicia simoníaca, colocados al frente de las abadías, elevados á las dignidades eclesiásticas, investidos de beneficios con cura de almas. Traian pues á los nuevos cargos sus antiguos hábitos de inmoralidad. El mal, contagioso por

su naturaleza, se propagó muy pronto con espantosa rapidez : los sacerdotes se casaban públicamente y vivian en la incontinencia ; habia tal obispado donde no se pudo hallar un solo sacerdote digno de su vocacion. Tal era el inevitable resultado de las envestiduras (ó *investiduras*) laicales.

6. San Gregorio VII no se intimidó ante la ardua y peligrosa reforma que meditaba ; y ya desde el segundo dia de su pontificado se expresaba con la mayor amargura en estos términos : « La muerte del papa Alejandro ha caido sobre mí, y puedo decir » con el Profeta : *Veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me* (1) » (carta á Desiderio, abad del Monte Casino). «Yo » os ruego, decia tambien al mismo, que todos vuestros herma- » nos oren por mí, para que sus oraciones me salven del inminente peligro que no me han podido hacer evitar. » Todos los esfuerzos de los papas sus antecesores, desde san Leon IX, se habian dirigido al mismo objeto. « En el concilio de Reims, » de 1049, dice el Sr. Palma, Leon IX habia promulgado el » decreto siguiente : Nadie sea promovido á las iglesias sin » eleccion del clero y del pueblo. Alejandro II, en el concilio » romano de 1062, habia mandado : Que ningun clérigo ó sacer- » dote sea promovido al obispado por el poder laical, sea gra- » túitamente, sea por dinero. Y en fin Nicolás II no se habia » expresado menos formalmente cuando escribia á Gervasio, » arzobispo de Reims : Corregid, rogad, amonestad á vuestro » glorioso monarca que no intervenga en las elecciones pon- » tificales. Enrique I, en efecto, habia nombrado un obispo » para la silla de Macon sin concurso del pueblo ni del clero. » Estos hechos prueban que el derecho de las investiduras, como quieren ciertos historiadores, no habia adquirido fuerza de prescripcion en favor de los emperadores y príncipes seculares por el silencio de los papas. San Gregorio VII, reivindicando la libertad de la Iglesia, la independencia de las elecciones, la represion de la simonía, la observacion de la ley eclesiástica del celibato, no era innovador. Él se ponia en la

(1) Ps. LXVIII, v. 3.

brecha donde sus predecesores habian combatido sin cesar : no inventaba sistema alguno ; él no hacia sino continuarlo, pero haciéndolo con una energía y persistencia heróica, con un genio y carácter grandioso.

7. El primer acto del intrépido pontífice fué dirigido contra los sacerdotes escandalosos. En el año 1074, despues de un numeroso concilio que se asoció valerosamente á los esfuerzos de san Gregorio VII, fué dado un decreto fulminante contra los sacerdotes que habian comprado la dignidad sacerdotal ó que la habian deshonrado con su mala conducta. Cuantos no renunciasen á su vida escandalosa y no volviesen á entrar en la práctica de la continencia, habian de ser inmediatamente depuestos, suspensos de todo ministerio : prohibiendo á los fieles oyesen sus misas, ni recibiesen sacramentos administrados por ellos, ni asistiesen á los oficios que celebrasen los sacerdotes rebeldes. Nada puede dar idea mas exacta de las raíces tan profundas que habia echado el mal como el inmenso tumulto que se levantó en todas partes contra san Gregorio VII á consecuencia de este decreto. Hasta se hallaron teólogos perversos que sostuvieron que la continencia era virtud impracticable para la humanidad ; y aun querian apoyar esta doctrina con grande aparato de textos sagrados. Otros invocaban la prescripcion, como si el crímen pudiera ser jamas *prescrito* contra la ley, y hallaban en los desórdenes de esta época lamentable la justificacion de los suyos. En fin gran parte, sin atacar el fondo de la doctrina, trataron de debilitar la autoridad del decreto por consideraciones intrínsecas. Sostenian que era sumamente peligroso prohibir á los fieles recibir los sacramentos de mano de sacerdotes escandalosos ; porque, decian, era hacer á los legos jueces de las cuestiones eclesiásticas, y además parecia hacerse depender de la santidad del ministro la eficacia de los sacramentos. Esta argumentacion fué mas particular entre los obispos de Italia, Francia y Alemania. Extraviados por la pasion y por las preocupaciones del momento, no veian que todo eso era un sofisma por medio del cual se hallaria la autoridad desprovista del derecho de deponer jamás á un sacer-

dote indigno! Cuanto mas numerosas, apremiantes y enérgicas fueron las reclamaciones, tanto mas se mostró firme y constante la voluntad de san Gregorio VII. Al dirigir su decreto á los soberanos católicos de Europa, lo acompañó de cartas apremiantes para excitar su celo y empeñarles en no perdonar medio para su debida ejecucion. Sus legados se personaron ante el rey de la Germania, que se mostró dispuesto á acogerlos bien; pero los obispos alemanes se negaron á todas las medidas que se les propuso, y por este lado se frustró la mision de los legados. No consiguieron tampoco mayor fruto en Francia. Guillermo el Conquistador, en Inglaterra, se mostró enérgico en favorecer las miras de san Gregorio VII. De concierto con Lanfranco, recientemente llamado desde la abadía del Bec al arzobispado de Cantorbery, hizo recibir los decretos del papa en todos sus Estados. [En España, todos los reyes y príncipes acogieron con sumo respeto la encíclica del papa, y los obispos todos, unánimemente, concurrieron eficazmente á su ejecucion, que felizmente no podia aplicarse ni á la simonía ni á las investiduras, cuyas plagas no llegaron á España.]

8. Por la acogida hecha á estas primeras medidas, juzgó inmediatamente san Gregorio lo crítico de la situacion, el arraigo del mal; resolvió pues atacarlo directamente en su fuente, y en un concilio celebrado en Roma, año 1075, dió segundo decreto que « prohibia, bajo pena de anatema, á toda persona » secular, de cualquier dignidad que fuese, emperador, rey, » marqués ó príncipe, conferir la *investidura;* y á todo clé» rigo, sacerdote, obispo, de recibirla por los beneficios, aba» días, obispados y dignidades eclesiásticas, de cualquier » naturaleza que fueren. — Que ninguno pudiera conservar » una iglesia, adquirida por dinero, por tráfico simoníaco. — » Que fuese entredicha á los clérigos incontinentes toda fun» cion eclesiástica. — Que ningun sacerdote pudiese casarse; » y que si tenia mujer, la despachase *in continenti* bajo pena » de deposicion. — Que nadie fuese elevado al sacerdocio si » no prometiese solemnemente guardar perpetua continencia. » — Que el pueblo no asistiese á los oficios celebrados por un

» clérigo á quien viese hollar los decretos apostólicos. » La mas leve tintura de teologia basta para conocer, á primera vista, la justicia de semejantes medidas y el derecho canónico en que se apoyan : y hoy dia, no habrá quien examinándolas de buena fe, no las halle conformes á las reglas y práctica constante de la Iglesia. La mayor parte de los príncipes italianos que asistieron al concilio romano donde fueron promulgadas, aprobaron y loaron su oportunidad ; mas no fué así en Alemania : porque estalló contra el santo papa una explosion de descontentos y odios. Hasta los obispos mismos se opusieron pertinacísimamente : y en muchas ciudades, la publicacion de estos cánones fué seguida de motines y sediciones populares. Mas esta recia tempestad en nada perturbó el gran carácter de Gregorio VII. Confirmó pues todo lo decretado, proyectando intervenir aun mas enérgicamente en Alemania, donde se hallaba el centro de la resistencia.

9. Estalló en este momento una insurreccion en Sajonia. El insensato gobierno de Enrique IV habia herido en el corazon de estos pueblos el antiguo sentimiento de honor nacional. Se habian exigido de la Sajonia y Turingia enormes contribuciones para las dilapidaciones de la corte. Los desventurados moradores no podian pagar tan bárbaros tributos, y los soldados entraron á sangre y fuego por todos sus campos, saqueándolo todo y robando mujeres y niños. No eran mejor tratados los señores. Enrique IV los hacia encarcelar y les forzaba á rescatar su libertad á peso de oro. Los oprimidos padecieron mucho tiempo en silencio, pero el descontento cundió tanto por las repetidas injusticias, que se despertó en fin el patriotismo de esta raza belicosa, y se levantaron sesenta mil Sajones armados, juntándose en Goslar, resueltos á librar su patria ó morir bajo sus descombros. Las dietas de Gerstungen, Maguncia y Corvey desvanecieron toda esperanza de paz que aun conservaba Enrique IV, y los señores sajones ofrecieron la corona imperial á Rodulfo, duque de Suabia, jóven príncipe que reunia á todas las cualidades de corazon y talento, las físicas que tanto atraen á las muchedumbres. Pero estas nego-

ciaciones habian durado harto tiempo para dar lugar á que Enrique IV juntase fuerzas muy imponentes. Por otra parte, los recursos de la Sajonia y Turingia no eran bastantes para poder contrarestar á un armamento suministrado por todas las otras provincias del imperio. Los obispos y príncipes sajones se declararon prontos á someterse con las condiciones que pluguiese al rey imponerles, con tal que no fuesen sobrado duras; mas Enrique IV estuvo inflexible. Una legacion pontificai, encargada de ofrecer la mediacion pacífica de Gregorio VII, no fué tampoco mejor acogida; porque el rey estaba en extremo irritado de los decretos del papa contra las investiduras, y solo esperaba el que una victoria contra los Sajones le permitiese volver sus armas contra su antiguo preceptor. San Gregorio VII preveia el peligro, y su corazon estaba sumido en inmensa amargura. « Quisiera yo, escribia enton-» ces á san Hugo, abad de Cluny, poder manifestaros la in-» tensidad de mis tribulaciones y de los trabajos multiplicados » que me abruman. Se apodera de mi corazon un indecible » dolor y tristeza al ver á la Iglesia de Oriente, á la cual separa » de la fe católica el espíritu de tinieblas. Y si fijo mis ojos en » el Occidente, en el Mediodía, en el Septentrion, apenas si » descubro algunos obispos que hayan entrado en el episcopado » por vias canónicas, ni que gobiernen su rebaño con espíritu » de caridad. Entre los príncipes seculares no veo uno solo que » no prefiera su propia gloria á la de Dios, ni el interés á la » justicia. Respecto de los príncipes entre quienes vivo, los » Lombardos y Normandos, les echo en cara frecuentemente » que son peores que Judíos y paganos. Si no esperara firme-» mente mejor vida en el cielo y no tuviera la perspectiva de » ser útil á la Iglesia, Dios sabe que no viviria en Roma, donde » estoy encadenado veinte años há. Y así, partido entre el do-» lor que cada dia se aviva mas, y una esperanza lejana por » desgracia, me veo asaltado por mil tempestades, no siendo » mi vida sino agonía continua. »

10. Las alarmas del papa se acrecentaron muy pronto con la noticia de la sangrienta victoria de Hohemburgo, que en

este mismo año 1075 acababa de ganar contra los Sajones el rey de la Germania. Esta derrota fué causa de inmensos desastres. Enrique IV recorrió la Sajonia como triunfador, entregándolo todo al saqueo, á la devastacion y muerte. Estas victorias llenaron de orgullo y arrogancia al jóven monarca, y pensó que pues habia batido á un pueblo guerrero, mas fácilmente podria triunfar del papa. Como declaracion de guerra, proveyó, menospreciando los últimos decretos pontificales, las sillas de Bamberga, Fulda y Lorsch con escandalosas investiduras. Proyectó apoderarse de la persona de Gregorio VII, deponerlo del supremo pontificado y elevar á la silla de san Pedro una de sus criaturas. Guiberto, arzobispo simoníaco de Ravena, fué alma de esta trama. Lleno de ambicion y audacia, este prelado, venido á Roma al último concilio, habia hecho estrechas relaciones con los descontentos, irritados por los últimos decretos del papa. Se habia ligado íntimamente con Cencio, hijo de un antiguo prefecto de Roma, que ya habia sido antes del partido del antipapa Cadalos, y á quien habia preso el gobierno pontifical por su exaltacion. Gregorio VII le habia puesto en libertad y héchole jurar sobre el sepulcro de san Pedro que se enmendaria y no perturbaria mas la tranquilidad pública. Pero este negro corazon abrigaba un odio encarnizado contra el santo pontífice. Guiberto le hizo mil promesas á cual mas halagüeñas, tanto en su nombre como en el del rey de la Germania, si le ayudaba en su empresa. Cencio aceptó gustoso, y muy pronto reclutó numerosos partidarios. Roberto Guiscardo acababa de ser excomulgado por el papa por infidelidad á sus promesas y tratados recientes, y entró en la trama de Guiberto y Cencio. Fijaron los conjurados la noche de Navidad del mismo año 1075 para ejecutar su proyecto, y en tanto que el santo pontífice oficiaba en Santa María la Mayor, Cencio penetró en el santuario al frente de gente armada. Estos infames se arrojan sobre el santo papa, le echan por tierra, le agarran del caballo y le arrastran entre gritos y lloros de la muchedumbre sobrecogida, y al fin le encierran en una torre de la ciudadela de Cencio. Se prometian hacerle

salir de Roma antes del dia y llevarlo prisionero á Enrique IV en Alemania. Pero á la noticia del rapto del papa, se alarmó toda la ciudad, y se llenaron de gente las calles pidiendo á voces su pastor y su padre. El tumulto era tan formidable, y la gente embistió con tal violencia la fortaleza de Cencio, amenazando matar cuanto se presentase por delante si no se devolvia inmediatamente al pontífice, que Cencio, espantado, se echó á las rodillas del misericordioso é intrépido Gregorio VII. Este santo papa le perdonó, y le impuso solamente penitencia de una peregrinacion á Jerusalen. Cuando el papa reapareció ante su pueblo, fué recibido con aclamaciones y transportes indecibles. Fué llevado en triunfo hasta la iglesia, donde continuó el santo sacrificio entre lágrimas de gozo de sus libertadores.[1] Los bienes de Cencio fueron saqueados, y huyó para Alemania, despues de haber sido excomulgado y desterrado perpetuamente de Roma. Respecto de Guiberto, autor secreto de todos estos desórdenes, no abandonó su plan y se fué á continuar sus tramas en la alta Italia.

11. No se habia mostrado al descubierto la mano de Enrique IV en estas bajas maniobras; mas nada podia ocultarse á la perspicacia de san Gregorio VII. Al siguiente dia escribió al rey en estos términos: « En alto grado nos sorprende el en» cono que manifestais contra la Sede apostólica en vuestros » actos y decretos.[2] A pesar de nuestros rescriptos, habeis con» tinuado en dar la investidura para los obispados vacantes. » Os amonestamos con paternal caridad reconozcais el imperio » de Cristo, y que penseis bien cuán peligroso es preferir vues» tra honra á la suya. La victoria que se os ha otorgado de» beria aumentar vuestro agradecimiento al Dios que os con» cede tan grande prosperidad. » Enrique IV respondió á este lenguaje apostólico con un nuevo insulto. Convocó para Wormes á todos los obispos de Alemania bajo la presidencia del cardenal Hugo el Blanco, el mismo que habia promovido la eleccion de san Gregorio VII, pero que despues abrazó el partido de Guiberto y Cencio. Se mandó leer en este conciliábulo un libelo en el cual se contenian las mas infames calum-

nias y acusaciones. Se acusaba al santo papa de haber pagado asesinos para matar á Enrique IV; se le acusaba de relaciones criminales con la noble condesa Matilde; se le llamaba « he-» reje, adúltero, bestia feroz y sanguinario. » Despues de tres dias de escandalosa deliberacion, estos obispos indignos formularon contra el papa una acta de deposicion, firmada por el emperador y por todos cuantos estaban presentes. Enrique IV se apresuró á enviar á Italia lo actuado en el falso concilio. Quedó encargado un clérigo de Parma, llamado Rolando, de llevar á Roma dos cartas, una para el pueblo, otra para el papa en persona. Enrique IV decia á los Romanos: « Os estoy muy agradecido por vuestra fidelidad á nuestro po-» der, y os rogamos persevereis siendo amigos de nuestros » amigos, y enemigos de nuestros enemigos. Entre estos últi-» mos contamos en primer lugar al monje Hildebrando. Que-» remos excitar contra él toda vuestra indignacion, porque le » hemos reconocido como usurpador y opresor de la Iglesia; » por traidor al imperio romano y á nuestra majestad real. » La carta al santo pontífice no era ni menos altanera ni menos violenta. Hé aquí sus términos: « Enrique, por la gracia de » Dios, á Hildebrando. Cuando yo me prometia de vuestra » parte un trato de padre, he sabido que obrais como mi ma-» yor enemigo. Vos me habeis privado del mayor respeto que » me era debido por vuestra Silla, y habeis intentado enaje-» narme el corazon de mis fieles vasallos de Italia. Para com-» primir tanta insolencia, no con palabras sino con hechos, » he convocado á los señores y obispos de mis Estados. En » esta asamblea se ha probado, como veréis por las actas que » acompaño, que sois indigno de ocupar por mas tiempo la » Santa Sede. Yo he accedido á este parecer, y ceso de mira-» ros como soberano pontífice, y os mando, en calidad de pa-» tricio de Roma, que inmediatamente dejeis la silla. » Estas dos cartas incendiarias fueron leidas por Rolando en una asamblea del clero y de los nobles romanos, presidida por san Gregorio VII en persona. El enviado de Enrique IV se mostró digno por su audacia y su altanería de semejante mision. « El

» rey, mi amo, dijo al santo pontífice, os manda que renun» cieis inmediatamente al trono de san Pedro y al gobierno de » la Iglesia que habeis usurpado. » Y volviéndose en seguida al clero, añadió : « Hermanos mios, tengo que preveniros que » estais convidados á presentaros al rey en la Pascua próxima » de Pentecostés para recibir un papa de mano suya, pues que » Hildebrando, que usurpa este título, no es pastor legítimo, » sino lobo carnívoro. » Este llamamiento á la rebelion causó en el seno de la asamblea una espantosa indignacion, y sin la misericordiosa intervencion de san Gregorio, Rolando hubiera sido infaliblemente descuartizado por los señores.

12. El atentado de Enrique IV era inaudito y pedia inmediato castigo. Los obispos y nobles de Roma querian que se procediese, sin levantar sesion, á la deposicion de Enrique IV. Es bueno decir aquí, con respecto á la palabra *deposicion*, cuál era el derecho público de la sociedad cristiana en la edad media, para responder á las acusaciones de usurpacion y abuso de poder que no han dejado de echar en cara al papa san Gregorio los enemigos del pontificado. Desde luego echemos á un lado el vulgar reproche de hombres superficiales. « San Pedro, dicen, moria por órden de Neron, y no pensó » ni en deponerlo ni en excomulgarlo. ¿Con qué derecho, » pues, han creido los papas en el siglo XI hacer lo que san » Pedro mismo creyó no poder hacer? La respuesta es muy sencilla. Neron era emperador pagano, y no podia ser *excomulgado*, esto es, separado del seno de la Iglesia, de la cual no era miembro. La sociedad de que era emperador Neron se regia por las leyes del paganismo, y los cristianos no tenian accion sobre un gobierno cuyo espíritu y forma les eran extraños. Obedecian á las leyes políticas en lo que no herian la conciencia. Cuando las leyes estaban en oposicion con la doctrina evangélica, no se armaban, no deponian á los príncipes : morian por su Dios y por su fe : hé aquí porqué san Pedro no excomulgó ni depuso á Neron. Pero en el siglo XI la faz del mundo estaba muy cambiada. La sociedad política estaba regida completamente por el espíritu cristiano. Los nuevos go-

biernos, formados sobre la ruina del imperio romano, habian tenido obispos por primeros instituidores. « Los papas, dice » el conde de Maistre, estaban universalmente reconocidos » como delegados de la Divinidad, de la cual emana la sobera» nía. Los mayores príncipes buscaban su sancion en la con» sagracion, la cual era como el complemento de su derecho. » El primero de estos soberanos, en las antiguas ideas, el » emperador aleman, habia de ser consagrado por manos del » papa. Se juzgaba tener por este su carácter augusto, y no » ser verdaderamente emperador sino por la consagracion. » Gosselin (1) nota que Fenelon ha sido entre los escritores católicos el primero que ha expuesto el parecer ó sentimiento que explica, *por el derecho público de la edad media*, la conducta de los papas y concilios que depusieron á los príncipes temporales. « No es de admirar, dice, que las naciones profunda» mente católicas sacudiesen el yugo de un príncipe excomul» gado, porque no estaban sometidas al príncipe sino en virtud » de la misma ley que sometia al príncipe á la religion cató» lica. Ahora bien, el príncipe excomulgado por la Iglesia » por causa de herejía ó de gobierno impío é inmoral no era » ya aquel príncipe piadoso á quien estaba encomendada toda » la nacion; y en su consecuencia se creia libre y suelta del » juramento de fidelidad. » Y Gosselin, en el libro citado, añade : « Resulta del exámen de los hechos que el derecho » ejercido por los papas y concilios de la edad media sobre los » soberanos, no puede considerarse como usurpacion crimi» nal de la potencia eclesiástica contra los derechos de los so» beranos. En verdad, los papas y concilios que han ejercido » este poder no han hecho sino seguir y aplicar las máximas » universalmente reconocidas, no solamente por el pueblo sino » por los hombres mas ilustrados y virtuosos. » La Santa Sede era pues como el supremo tribunal de la cristiandad, á cuyas decisiones se sometian las querellas ó contiendas entre prínci-

(1) *Poder del Papa en la edad media.* Este libro es un monumento de lógica y de ilustrada discusion contra los ataques desordenados de los escritores políticos modernos contra la Santa Sede. (Artaud de Montor, *Historia de los Papas.*)

pes y pueblos. Su juicio era mirado como definitivo. Al deponer un soberano, los papas no hacian sino usar de un derecho reconocido en ellos por la opinion pública. Excomulgándolo, obraban en virtud de la suprema autoridad de pastores supremos del rebaño de Cristo, jefe invisible de la Iglesia. Los reyes y príncipes católicos, como tales, están sometidos al poder de las llaves. Por consiguiente los papas podian, *en virtud del derecho público de la edad media,* deponer á los soberanos en circunstancias graves, y absolverlos del juramento de fidelidad : y podian entonces, como pueden hoy, excomulgar, cuando ha lugar, á los príncipes y soberanos. El reciente ejemplo de la excomunion fulminada contra Napoleon I por Pio VII, de augusta y santa memoria, está aun presente á nuestro recuerdo : solo hay la diferencia de que en el siglo XI, en que la excomunion surtia todos sus efectos entre los pueblos (1), y ponia al delincuente excluso de toda comunicacion social, su resultado era inmediato y mas sensible; en tanto que en medio de una sociedad poco religiosa como la del siglo XIX, ni uno solo de los guerreros del emperador pensó en abstenerse de comunicar con él por conformarse al decreto pontifical, y fué necesario que solo la mano de Dios se encargase de probar al mayor capitan del siglo, por uno de esos golpes providenciales, que ni aun los mas sublimes ingenios están exentos de la obediencia debida por todos los católicos á Pedro y sus sucesores. Y además es inútil añadir que el derecho público de la Europa actual no es el de la edad media. Los papas no deponen ya á los soberanos, como ni estos piensan en reconstituir el régimen feudal : las opiniones cambian con las costumbres. En lugar de la supremacía pontifical, el principio revolucionario

(1) Los efectos sociales y públicos de la excomunion están comprendidos en este verso latino :

Os, orare, vale, communio, mensa negatur.

Se le negaba por todos al excomulgado la conversacion, la oracion, el saludo, la comunion y la mesa, excepto de padres á hijos y vice versa. Ya lo hemos visto practicado en Roberto el Pio, cuando despues de excomulgado, rompian los criados la vajilla en que comia y bebia, y eso produjo su tan síncera y pronta penitencia.

de la soberanía del pueblo se ha inoculado por las ideas protestantes en las masas, y en el dia la insurreccion se arrogá el poder y derecho de hacer y deshacer soberanos. Históricamente hablando, el sistema de la edad media valia bien el nuestro.

13. San Gregorio VII no quiso obrar con precipitacion en tan grave coyuntura. « Debemos, decia á los obispos, tener » con la prudencia de la serpiente la mansedumbre de la pa» loma. » Se reunió el concilio de nuevo en el siguiente dia, y el papa en un patético discurso manifestó los esfuerzos que habia hecho para atraer á Enrique IV á una conducta mas cuerda y digna de un príncipe cristiano. Los obispos exclamaron que era necesario fulminar una excomunion contra él : entonces el papa se levantó, y en medio del mayor silencio habló en estos términos : « San Pedro, príncipe de los » Apóstoles, escuchad á vuestro siervo. Sois testigo, vos, la » santísima Madre de Dios, san Pablo, vuestro hermano, y » todos los Santos, que la Iglesia de Roma me ha obligado á » gobernarla á pesar mio (1). En nombre de Dios todopode» roso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y por vuestra autori» dad, yo prohibo á Enrique gobernar el reino teutónico y » la Italia. Yo absuelvo á todos los cristianos del juramento » de fidelidad que le han prestado, y prohibo á toda persona » servirle como rey. Porque ha rehusado obedecer como cris» tiano, con menosprecio de las amonestaciones que se le ha» bian hecho por Nos para su salvacion, y habiéndose sepa» rado de la Iglesia intentando dividirla, yo pronuncio anatema » contra él, para que sepan los pueblos por experiencia que » vos sois Pedro, y que sobre esta piedra ha edificado el Hijo » de Dios su Iglesia, contra la cual no prevalecerán jamás las » puertas del infierno (2). » Se notificó á toda la catolicidad la

(1) Aquí han de faltar algunas frases que sirvan como de transicion á la excomunion y deposicion contenidas en las siguientes. (El Traductor.)

(2) En este mismo año 1076, y en este concilio mismo, se dice que se publicaron los *Dictados del Papa;* esto es, las veintisiete máximas que compendian toda la doctrina de san Gregorio VII acerca de la supremacía de los papas: Pero los sabios críticos combaten hoy esta opinion ó exposicion de ideas como atribuida á san

sentencia dada contra Enrique IV. « Si, por la gracia de Dios, » decia el papa, se arrepiente, á pesar de cuanto ha hecho » contra Nos, nos hallará prontos á recibirlo á la comunion de » la Iglesia, y podrá convencerse de que le amamos mucho » mas de veras que los que le precipitan de iniquidad en ini- » quidad. »

14. La noticia de la excomunion y deposicion de Enrique IV produjo en el mundo inmensa sensacion. La Alemania se partió inmediatamente en dos campos : del lado del papa se pusieron gran número de clérigos, monjes, señores, la Franconia, Baviera, Sajonia, Lombardía y toda la Turingia. Enrique IV trató desde luego de disimular la profunda impresion que le habia hecho este golpe, y afectaba menospreciar la sentencia pontifical como una arma impotente. Pero su cólera descargó con mayor violencia contra los desventurados Sajones. « La Sajonia y Turingia, dice un historiador contem- » poráneo, eran víctima de tal devastacion cual no se conocia » de memoria humana. » Pero muy pronto se principiaron á manifestar multiplicadas defecciones entre los defensores de un rey tan injusto, feroz y tirano. Se juntó en Tribur, cerca de Maguncia, año 1076, una grande asamblea de los obispos y señores alemanes. Dos legados del papa, Siccardo, patriarca de Aquileya, y Altman, obispo de Passaw, asistieron á ella, y en nombre de la Santa Sede declararon que habiendo Enrique sido excomulgado canónicamente, prometian el apoyo de la autoridad pontifical para eleccion de un nuevo rey. La deliberacion de los príncipes duró siete dias ; y en fin decidieron que era necesario dar otro jefe á la Alemania. Enrique, atemorizado de la gravedad é importancia que iba tomando este asunto, negociaba activamente con algunos miembros influyentes de la dieta de Tribur, y prometió dar todas las satisfacciones que se exigieran de él. Entonces intervino un tratado por el cual declaraban los señores á Enrique IV « que si

Gregorio VII, aunque por otra parte sean la fiel reproduccion del espíritu de esta época y de la tendencia del santo pontífice. (Voigt, *Historia de Gregorio VII.)*

» en el espacio de un año no hacia por que se le levantasen » las sentencias de excomunion y de deposicion contra su » persona, seria considerado como decaido del trono. » En seguida le impusieron las mas duras condiciones; las principales fueron que licenciase su ejército y se retirase á Espira, sin poder ejercer la autoridad real hasta obtener absolucion del soberano pontífice. Se señaló y convocó para Augsburgo una dieta, y se suplicó al papa viniese á presidirla para concluir el negocio.

15. San Gregorio VII se puso inmediatamente en camino; pero Enrique IV, en lugar de esperarlo en Alemania, salió á su encuentro hasta Canosa, fortaleza en los Estados de la condesa Matilde. La entrevista fué muy digna de notar. « La for» taleza de Canosa, dice el señor Voigt, tenia tres recintos ó » cercos. Enrique fué introducido en el segundo, y los señores » de su comitiva se quedaron en el primero. Enrique se habia » quitado todas las insignias reales y estaba como un particu» lar. Vestido en hábito de penitente y á pié descalzo, esperó » tres dias, ayunando y rezando, la sentencia del soberano » pontífice (1). Las negociaciones habian seguido su curso » durante este tiempo. La condesa Matilde fué la mediadora » para con san Gregorio VII. Enrique prometió dar amplia » satisfaccion á las quejas de sus súbditos, de hallarse en la » dieta de Augsburgo, de reconciliarse con todos los príncipes » alemanes y reparar las pasadas injusticias : y en fin juró » que no haria en adelante nada contra la independencia y » honor de la Santa Sede. Postrado á los piés del pontífice y » puestos en cruz los brazos, repetia llorando : *Perdonadme*,

(1) Los escritores protestantes y los enemigos del pontificado se han mostrado muy chocados de lo que llaman rigor y arrogancia de san Gregorio VII con Enrique IV, haciéndole llevar hábitos de penitente é imponiéndole tres dias de ayuno. El hecho fué que el mismo Enrique hizo esto de por sí. Y en derecho, la disciplina de la Iglesia exigia estas prácticas de penitencias canónicas antes de la absolucion de los delitos y pecados graves públicos. Teodosio el Grande lo hizo ante un san Ambrosio, Enrique IV podia muy bien hacerlo con san Gregorio VII. La majestad real no se envilece jamás humillándose ante Dios. Por haberse arrodillado Teodosio á los piés de san Ambrosio, no le ha decernido menos la historia el merecido dictado de Teodosio el Grande.

» *beatísimo Padre, perdonadme por vuestra misericordia.* San
» Gregorio VII le dió la bendicion y absolucion apostólica, cele-
» bró misa en su presencia y la de los señores alemanes, que
» estaban con él y que garantizaron las promesas del rey. Des-
» pues de la consagracion, san Gregorio VII mandó acercarse
» al altar á todos los asistentes, y luego, levantando en alto la
» sagrada hostia, dijo al rey: Se nos ha acusado por vos y
» por los de vuestro partido de haber usurpado la Santa Sede,
» de haberla adquirido por simonía; de haber cometido deli-
» tos que, con arreglo á los cánones, nos harian incapaces
» de ejercer las sagradas funciones. Fácil nos seria invocar
» para justificacion nuestra el testimonio de los que nos cono-
» cen desde nuestra niñez y de los autores de nuestra pro-
» mocion; mas solo queremos referirnos al juicio de Dios.
» Sea prueba de mi inocencia el cuerpo de Nuestro Señor
» Jesucristo que voy á recibir. Yo ruego al Todopoderoso
» desvanezca así las sospechas, si soy inocente; ó que me haga
» morir repentinamente, si fuere reo de lo que se me imputa.
» — Y en seguida comulgó con la mitad de la hostia, y vol-
» viéndose hácia Enrique IV, le dijo: Príncipe, pesan contra
» vos las mas graves acusaciones: si estais inocente, imitad
» mi ejemplo, y recibid la otra mitad de la hostia, para que
» esta prueba cierre la boca de vuestros enemigos y se acabe
» para siempre la guerra civil. » Esta proposicion imprevista admiró al rey: y no se sintió con valor para consumar un sacrilegio; tal vez se le vino á la memoria el sacrilegio de Lotario. Suplicó al papa difiriese esta solemne prueba para el dia fijado de la dieta general. Se le otorgó esta dilacion. Despues de la misa el papa convidó á Enrique á su propia mesa, le trató con el mayor miramiento, y le despidió para ir á reunirse con el resto de su comitiva que le esperaba fuera de la fortaleza (año 1077).

16. La reconciliacion de Enrique IV solo era aparente, y así salió de los Estados de la condesa Matilde con un corazon encendido en cólera. Sus enemigas disposiciones fueron muy en breve avivadas por sus cortesanos, y sobre todo por

Guiberto de Ravena, que proseguia constantemente sus proyectos de ambicion y de cisma. Sin embargo el papa san Gregorio habia comunicado al universo entero el resultado de la entrevista de Canosa, y declaró que el rey de la Germania habia sido relevado de las censuras fulminadas antes contra él. Estas noticias habian hecho venir en torno de Enrique muchedumbre de obispos y señores: y el rey no vió en este giro favorable de su suerte sino un medio oportuno para satisfacer su secreta venganza. Envió pues á la Lombardía un destacamento de tropas, encargadas de apoderarse de la persona del papa; pero Gregorio VII, avisado á tiempo, pudo esquivarse del peligro. Una vez arrojado el guante, Enrique, lleno de nuevo furor y maldiciendo lo pasado, se preparó abiertamente á una lucha encarnizada (año 7077). Pero los señores alemanes no se hallaban dispuestos á servirle en tan escabroso y mal camino; y convocaron una dieta general á Forcheim, y enviaron diputados al papa suplicándole asistiese á ella. San Gregorio VII respondió que despues del último desacato de Enrique IV era muy imprudente para él atravesar la Alemania, y se contentó con enviar diputados suyos que le representasen en la dieta de Forcheim del mismo año 1077. Se ofreció á Enrique IV un salvoconducto para venir á asistir á las deliberaciones, lo que no aceptó. La dieta pasó entonces al exámen de las quejas formuladas contra él. Su tiranía fué unánimemente reprobada, y su última agresion contra el papa mirada como motivo suficiente de pérdida del trono. El arzobispo de Maguncia propuso pues deponer á Enrique, y ofrecer la corona á Rodulfo, duque de Suabia. Los príncipes y el pueblo acogieron este voto con el mayor júbilo; y los legados, sin esperar instrucciones especiales sobre esto del pontífice, adhirieron á la eleccion, y acto continuo los miembros de la dieta prestaron juramento de fidelidad en manos del nuevo rey. Rodulfo aceptó con gran repugnancia la corona que se le impuso, y pidió tiempo para tomar consejo, pero los príncipes no le otorgaron sino una hora de reflexion, y desde el fin del dia fué proclamado *rey legítimo de la Germania y defensor del*

imperio de los Francos, título que recordaba á Carlomagno y al orígen del nuevo imperio de Occidente. Esto fué en 15 de marzo de 1077.

17. La eleccion de Rodulfo entregaba la Alemania á nuevos males. Enrique atacó á su rival y le derrotó en el primer encuentro que tuvieron. Se hizo coronar solemnemente en Ulm, como para mejor asegurar el cetro que le disputaba Rodulfo; luego recorrió la Suabia, provincia señoril del electo de Forcheim, talando los campos, quemando las mieses y arrasando las fortalezas. La eleccion de Rodulfo no fué ratificada por el papa, quien á pesar de la perfidia de Enrique IV esperaba aun atraerle por la mansedumbre. Los legados al confirmar la eleccion de Rodulfo habian traspasado los límites de su mision; así es que en una carta dirigida á todos los fieles se expresa formalmente en este sentido, declarando que la dieta habia obrado sin su órden ni consejo. « Y aun hemos » mandado en un concilio, añade, que si los arzobispos y » obispos que han consagrado á Rodulfo no alegaban buenas » razones de su conducta, serian depuestos de sus sillas. » La neutralidad del papa se formuló tan claramente en esta ocasion, que los dos reyes enviaron simultáneamente embajadores reclamando su intervencion. San Gregorio VII, en respuesta á estas dos proposiciones, dió nuevas instrucciones á sus legados en Alemania. « Os mandamos, les dice, por auto- » ridad de san Pedro intimar á los reyes Enrique y Rodulfo, » aseguren la libertad de nuestro viaje y nos den salvocon- » ducto para que podamos ir á terminar esta contienda con » ayuda de clérigos y seculares de Alemania, y decidir en qué » manos es justicia queden las riendas del imperio. »

18. Rodulfo hubiera suscrito gustoso á los deseos del papa, mas no así el inflexible Enrique. Este príncipe armaba á toda priesa, y la fortuna le sonreia por do quiera. Los príncipes y obispos de Italia y Alemania] se declararon en gran mayoría por su causa; comenzaron pues las hostilidades entre ambos competidores con diversa fortuna. En la sangrienta batalla de la Streva, en Franconia, Rodulfo sostenido por Othon de

Nordheim, llamado el *Bravo,* logró contra su adversario una de esas victorias costosas, cuyos desastres equivalen á una derrota. Enrique se retiró á Rastisbona, y apenas se repuso, penetró de nuevo en la Suabia, llevándolo todo á sangre y fuego. San Gregorio VII hizo aun otra tentativa en 1078 para restablecer la paz. Convocó en Roma un concilio, al que ambos reyes enviaron embajadores, que en nombre de sus reyes prometieron someterse á la decision de una dieta general de toda la Alemania. Mas estas negociaciones no interrumpian las hostilidades, que continuaban sin descanso durante todo el año 1079. La victoria de Fuldenheim, lograda por Rodulfo en 1080, reanimó á los Sajones, y parecia haber de dar un golpe decisivo á la causa de Enrique. Pero este se restableció muy pronto y tomó la ofensiva mas terrible que nunca, sin querer aceptar la mediacion del papa ni consentir en la dieta general que todo lo habia de pacificar. Sin embargo toda la Alemania suplicó al papa pronunciase definitivamente entre ambos pretendientes, para poner fin con su decision á la guerra civil. Trató de aplacar por última vez el carácter indómito de Enrique IV, el cual se negó á oir toda propuesta de acomodamiento. Pasó pues la hora de negociaciones, y era necesario que el Santo Padre obrase.

19. San Gregorio VII convocó pues en Roma un concilio en 1080, que fué el séptimo que celebró. Despues de confirmado y renovado el anatema contra las investiduras, admitió los enviados de Rodulfo, que expusieron sus agravios y quejas contra Enrique. El papa tomó entonces la palabra, y en un largo discurso resumió cuanto habia hecho por la paz del imperio, y los obstáculos que habia encontrado siempre de parte de Enrique; y con magnífico arrebato de elocuencia, dirigiéndose á san Pedro y á san Pablo, cuya autoridad representaba, pronunció la sentencia en estos términos: « San » Pedro, príncipe de los Apóstoles, y tú, san Pablo, doctor » de las naciones, dignaos, os ruego, oir mis plegarias con » favor. Por la fe que en vosotros tengo, despues de Dios y » su santísima Madre la Vírgen María, resisto á los malvados

» y pecadores, y sostengo á vuestros fieles siervos. Los reyes » de la tierra, los príncipes del siglo, se han conjurado contra » el Señor y contra vosotros; han dicho: Rompamos su yugo » y sacudámoslo lejos de nosotros. A su frente, Enrique, á » quien llaman rey, se ha levantado contra vuestra Iglesia, y » maquina precipitar el trono pontifical. Se opone á toda pro- » puesta de paz, y rechaza la dieta que habia de terminar guer- » ras tan prolongadas. Ha causado la muerte de una infinidad » de cristianos, entregado las iglesias al saqueo y profanacion » de sus soldados, y sembrado en fin la desolacion en todo el » reino teutónico. Por tanto, confiado en la misericordia de » Dios y de su santísima Madre la Vírgen María, y usando » de vuestra autoridad, excomulgo á Enrique y á todos sus » fautores; y declárando de nuevo haberse hecho indigno de » los reinos de Alemania é Italia y haber perdido todo derecho » al trono, le quito la potencia y dignidad real. Yo prohibo á » todo cristiano le obedezca como rey, y absuelvo del jura- » mento de fidelidad á cuantos se lo hubieran prestado. Que » Rodulfo, elegido por soberano por los Alemanes, gobierne » y defienda el reino que le ha sido cometido. Yo otorgo á » cuantos le sirvieren la absolucion de sus faltas y la bendicion » apostólica. Así como Enrique es juntamente despojado de » la dignidad real en castigo de su orgullo, de su desobedien- » cia y mala fe, así por el contrario, la potencia y autoridad » real son conferidas á Rodulfo, en premio de su humildad, » rectitud y sumision. »

20. Enrique IV se creyó harto fuerte para luchar, de potencia á potencia, contra la autoridad que acababa de castigarle tan merecidamente, y á esta sentencia solemne, apostólica de excomunion, respondió con los conciliábulos de Maguncia y de Brixen de 1080, que declararon á Gregorio VII indigno de gobernar la Iglesia. « Reunidos en número de veintinueve » obispos, decian los obispos simoníacos, hemos resuelto » deponer, arrojar, y, si insiste en desobedecer á nuestra inti- » macion, entregar á la eterna condenacion á Hildebrando, á » ese hombre perverso que predica el saqueo de las iglesias y

» el asesinato, que sostiene el perjurio y la mortandad, que » pone en duda la fe católica; á Hildebrando, fautor del hereje » Berengario; á Hildebrando, monje apóstata, poseido del » espíritu infernal, vil apóstata de la fe de nuestros antepa- » sados. » En medio de las groseras injurias inspiradas por el odio mas encarnizado, ha lugar á quedarse atónito de hallar entre ellas la de favorecer á Berengario, á quien habia condenado solemnemente Gregorio VII en un concilio celebrado en 1078. El heresiarca habia sido depuesto, y habia abjurado la herejía en propias manos del papa. Despues de tan violento manifiesto, los obispos de Brixen eligieron unánimemente por antipapa á Guiberto de Ravena, que tomó el nombre de Clemente III. Este se presentó entonces, revestido de ornamentos pontificales, y juró proteger á Enrique IV. Tomó en seguida el camino para Italia con numerosa comitiva. Enrique apoyó con todo su poder esta eleccion que el mismo habia inspirado, pero que fué muy mal acogida por todas las gentes honradas. Por su lado, Rodulfo se preparaba á un combate que debia de ser decisivo. En octubre de 1080, se encontraron ambos ejércitos cerca de Merseburgo, en los marjales ó pantanos de Grona. El bravo Othon de Nordheim, al frente de los Sajones, determinó la victoria á favor de la buena causa; pero en el momento en que se le iba á anunciar su triunfo, Rodulfo, mortalmente herido por Godofredo de Bouillon, espiró como Epaminondas en Mantinea. El jóven Godofredo, que hallamos aquí entre los soldados de Enrique IV, expiará los errores de su juventud con sus inmortales hazañas en los campos de la Palestina.

21. La muerte de Rodulfo, amortajado en su triunfo mismo, era empero una inmensa calamidad. Enrique IV, dueño de casi todos los pasos de Italia, entró como vencedor en estas hermosas comarcas, y su partido se acrecentó con lamentable rapidez. Los clérigos y obispos simoníacos ó incontinentes se agrupaban en torno del antipapa Clemente III, y formaron el cisma llamado de los *Enriquianos*. Tenian su doctrina aparte, y enseñaban que el emperador debia de ejercer absoluta auto-

ridad en la eleccion de papas y obispos, y que no podia mirarse como legítimo papa ú obispo sino al que fuera elegido por el *emperador* ó el *rey de la Germania;* y en fin, que no debia de hacerse caso de una excomunion lanzada contra un soberano temporal. Enrique IV, como era natural, favorecia estas tendencias, y san Gregorio VII se vió abandonado de casi toda la Italia, y no conservaba como aliada sino á la heróica condesa Matilde, cuyo valor incontrastable buscaba medio cómo oponerse á los desastres de una invasion alemana. « El buril de la historia, dice Voigt, no puede trazar » las desgracias causadas por este cisma. » Fueron en efecto inmensas, pues que estuvieron á punto de echar á pique todas las reformas saludables, cuya realizacion habia meditado y emprendido el gran carácter de Gregorio VII, y que habia de salvar la civilizacion moderna. El magnánimo pontífice veia con calma acercarse la borrasca: sabia muy bien que en vano se agita el hombre para triunfo del error, pues que la mano de Dios sabe poner límites á la injusticia y al crímen. « De» seamos, escribia á toda la cristiandad, que vuestro menos» precio por el orgullo y esfuerzos de los impíos sea igual al » nuestro, y que esteis tanto mas seguros de su ruina cuanto » los viereis mas ensoberbecidos. » La confianza de san Gregorio VII fué poco despues recompensada por la sumision franca y cordial de Roberto Guiscardo, que acababa de prestarle juramento de fidelidad, recibió la absolucion de las censuras en que habia incurrido, y puso su espada al servicio de la Santa Sede. Mientras tanto los Sajones, abatidos momentáneamente por la muerte de Rodulfo, se reanimaron muy pronto, y en 1081 eligieron en Bamberga al conde Hermann de Luxemburgo en calidad de rey de Germania. Nacido de una familia ilustre y antigua, y guerrero valiente, Hermann en tiempos ordinarios hubiera sido un grande hombre por sus brillantes cualidades; pero en esta época de trastornos políticos, hubiera sido necesario ser mas que héroe para empuñar y guardar aquel cetro. Hermann, coronado en Goslar, correspondió, con su actividad y valor prodigioso, á la eleccion

de los Sajones. Pero su ejército principió á desbandarse y muy pronto se vió obligado á retirarse á la Lorena, donde murió sin haber podido asegurar en su frente una corona de que tan digno le habian hecho su valor y virtudes.

22. Desde la primavera de 1082, Enrique IV habia venido á acamparse bajo los muros de Roma con un ejército formidable. Llevaba en su compañía á Guiberto de Ravena, que manejaba la espada sin escrupulizar que llevaba sagrada púrpura. Bloquearon la ciudad santa durante tres años consecutivos las tropas alemanas. San Gregorio VII se habia refugiado al castillo de San Ángelo. Roberto Guiscardo, ocupado en una guerra contra los Griegos de Constantinopla, no podia socorrer al papa. Los Romanos, á pesar de infinitas tentativas de corrupcion por Enrique IV, permanecieron fieles á su pontífice. Varias negociaciones de tiempo en tiempo interrumpian la lucha, y habia intervalos de tregua. En 1083, por propuesta del papa, Enrique consintió en la celebracion en Roma de un concilio que pronunciase, en último resorte, sobre los asuntos de la Iglesia y del imperio. Juró el rey dejar libre acceso y entrada á cuantos quisieren á la asamblea; mas, consiguiente á su nativa mala fe é inconstancia, hizo arrestar á los enviados de Hermann y de los príncipes alemanes, así como á los obispos del partido opuesto al suyo y que obedecian al llamamiento del papa. A pesar de tantos obstáculos, se abrió el concilio (noveno y último, bajo Gregorio VII) en el dia señalado. «En el » dia tercero, dice Voigt, san Gregorio VII se levantó en medio » de la asamblea como animado de asistencia sobrenatural: » habló de la fe, de la moral cristiana, del ánimo, valor y » constancia necessarios en la persecucion presente, con una » elocuencia tan viva y penetrante, que se arrasaron en lágri» mas los ojos de todos los circunstantes. Se diria que pre» sentia ser la última vez que habia de hablar á favor de » una causa tan justa y tan sagrada. Enrique se negó á toda » especie de acomodamiento; sin embargo, san Gregorio no » pronunció contra él nominativemente sentencia alguna, y » se contentó con excomulgar en general á todos cuantos ha-

» bian impedido venir al concilio y retenido prisioneros á los » obispos y enviados de los príncipes alemanes. » Esta conducta era tanto mas heróica, cuanto que solo la voluntad del papa sostenia el ánimo fluctuante de los Romanos. Este pueblo, cansado en fin de los rigores de tan largo sitio y de una fidelidad que por su duracion excepcional contrastaba con su carácter versátil y novelero, envió á Enrique IV una diputacion encargada de ofrecerle las llaves de la ciudad, y el 21 de marzo de 1084 entró en Roma Enrique con el antipapa Guiberto. El heróico Gregorio VII, testigo de la defeccion de sus súbditos, permaneció encerrado en el fuerte de San Ángelo. Guiberto fué instalado en el palacio de Letran y consagrado por los dos obispos de Módena y de Arezo, en medio de un inmenso concurso de clero y pueblo. El dia de Pascua, 31 de marzo, Enrique y la reina Bertha, su esposa, hicieron su entrada solemne en la basílica de San Pedro; fueron en seguida al Vaticano, donde Guiberto puso la corona imperial en la frente del rey, que fué proclamado patricio de los Romanos.

23. En el entretanto Roberto Guiscardo acudia al socorro del papa con un ejército de treinta mil hombres: y Enrique IV, que no podia batirse contra tales fuerzas, huyó precipitadamente de Roma, y se fué con su antipapa desde luego á Civita-Vecchia, y desde allí á Sena. Pero Roberto libertador tenia que ser tan fatal á Roma como Enrique conquistador. Las tropas indisciplinadas de los Normandos, mezcladas con tropas sarracenas que se habian alistado bajo los estandartes de Guiscardo, entraron en la ciudad á fuego y sangre. En pocas horas los palacios mas suntuosos quedaron reducidos á escombros. Gregorio VII, para librar á Roma de tal desastre, se salió de ella con Roberto en 1085 y fué á Salerno. Una lucha tan constante, y trabajos tan penosos y duraderos habian consumido la salud y vida del santo pontífice. Habia visto como se iba precipitando el mundo hácia su ruina certera; y se habia sacrificado heróicamente para detenerlo en su fatal pendiente. Los cardenales, que le rodeaban en sus últimos momentos, deploraban el abandono en que iba á sumirlos su muerte. Levantando los ojos,

extendió sus brazos y exclamó : « Me voy allá..... yo os enco-
» mendaré al Dios infinitamente bueno. » Les designó tres hombres que él juzgaba dignos de continuar su obra y de subir despues de él al trono de san Pedro : Desiderio, abad del Monte Casino, Othon, obispo de Ostia, y Hugo, arzobispo de Lyon ; y luego añadió. « En nombre de Dios todopoderoso, y en vir-
» tud de la autoridad de los santos apóstoles Pedro y Pablo,
» os ordeno que no reconozcais por papa legítimo sino al que
» haya sido elegido y ordenado segun los cánones. » Entretanto las fuerzas le iban faltando mas y mas. Antes de espirar pronunció esta expresion que resume en sí sola á toda su vida : « Amé la justicia, aborrecí la iniquidad ; por lo cual
» muero en destierro. » Uno de los obispos le repuso : « Señor,
» en ninguna parte podeis morir en destierro ; Dios os ha dado
» todas las naciones por herencia, y el mundo entero por reino. »
Mas Gregorio VII no pudo oir ya estas palabras, porque su alma habia subido ya al seno de la eterna Justicia, que acababa de invocar : murió este magnánimo y santo pontífice el 25 de mayo de 1085, cuyo oficio se reza en la Iglesia desde el tiempo de Benedicto XIII, habiendo sido insertado su nombre en el Martirologio por Gregorio XIII.

24. La tan complicada serie de los acontecimientos que motivaron la larga lucha entre san Gregorio VII y el rey Enrique IV no nos ha permitido seguir á este gran papa en sus relaciones con el mundo entero. Su primer pensamiento se fijó en la situacion de los cristianos en España, África y Palestina, humillados bajo el yugo sarraceno. Ya era esto como una intuicion de las cruzadas. Un señor poderoso de la Champaña, Ebolo, conde de Boucy, habia partido con otros caballeros franceses á ofrecer sus servicios á los cristianos contra los Moros. El papa les dió anticipadamente en feudo cuantas tierras pudiesen conquistar de los infieles. Ignoramos los hechos del conde de Boucy ; pero un poco mas tarde, hácia 1085, vemos otros grandes señores de Francia, tales como Raimundo, ó Ramon, conde de Tolosa, y sus vasallos, combatir valientemente en las filas del ejército español, bajo Alfonso VI, contra

los Moros. Estos fueron ya los primeros *cruzados*, esto es, los primeros soldados voluntarios de Cristo en guerra santa. Por el mismo tiempo, año 1074, san Gregorio VII habia preparado para los Griegos un socorro de cincuenta mil hombres, prontos á seguirlos para combatir á los Musulmanes, librar los santos Lugares y las iglesias de África. Esta gigantesca expedicion se estorbó en su principio por la cuestion de las *investiduras* que llamó toda la atencion del papa hácia la Alemania. El imperio de Constantinopla veia sucederse príncipes ó *simples ó feroces*, como los llama Montesquieu. Miguel VII, llamado *Parapinazo* ó el Hambriento, por su insaciable codicia, recibió en vano de san Gregorio VII cartas en que le exhortaba á tentar un esfuerzo supremo para arrojar al islamismo que marchaba triunfante hácia Constantinopla. Pasó todo su reinado en idear impuestos como si el trono fuese una banca de usurero : reinó hasta 1078, y su sucesor, Nicéforo Botoniata, fué destronado por Alejo Comneno en 1081. Saliendo para su destierro, volviendo la cara por última vez hácia el palacio en que habia vivido tres años, dijo : « Solo echo de menos una cosa » del poder supremo, y es la mesa de los Césares. » Alejo Comneno inauguró un reinado que no fué desprovisto de gloria, con actos de valor y justicia. Tuvo que pelear con Roberto Guiscardo y sus Normandos, que acabaron por apoderarse definitivamente de las últimas posesiones de los Griegos en Italia é Iliria. Los combates de Comneno con los Dálmatas, los Comanos y los cuatrocientos mil Escitas que infestaban la Tracia recuerdan las batallas homéricas. Los Turcos, mandados por Alp-Arslan y mas tarde por el sultan Abou-Kassem, cubrian con sus escuadrones las vastas comarcas entre la Persia y el Helesponto, y llegaron hasta Scutari. Desde lo alto de los baluartes de Constantinopla se habia visto en las playas vecinas el estandarte de Mahoma : se habian oido con espanto el relincho de los caballos y los desaforados gritos de los guerreros salvajes venidos de las riberas del Oxo. Alejo Comneno alzará muy pronto su voz, dará un grito de alarma al que responderá el Occidente con las cruzadas.

25. San Gregorio no cesó de influir mucho en todos los paises del Norte. Dió título de rey á Demetrio, duque de Dalmacia, y á Miguel, duque de los Esclavones : recibió del rey de los Rusos el homenaje de su reino. Los Húngaros, Polacos y Dinamarqueses fueron objeto especial de su solicitud. Vratislao, duque de Bohemia, le pidió permiso para hacer celebrar en su reino los oficios en lengua esclavona. La respuesta del santo es notable, y puede mirarse como precioso monumento de su celo por la conservacion de la liturgia. « Nos es imposible, le » dice, acceder á vuestra demanda. Dios ha querido que la » sagrada Escritura fuese oscura en muchos lugares para que, » siendo sobrado sencilla y clara, no suministrase motivo de » error á espíritus vulgares presuntuosos. No presentan valor » los antecedentes que se citan en apoyo de vuestra peticion; » porque hay muchas prácticas antiguas que los santos Padres, » despues de maduro exámen, han corregido ó reformado » cuando la Iglesia se ha visto mas firme, mas extendida. En » virtud de la autoridad de san Pedro, nos oponemos á la » imprudente súplica de vuestros vasallos, y ordenamos os » resistais á ella con todo vuestro poder. » Estas palabras de san Gregorio VII son muy cuerdas, porque se concibe muy bien que cada pueblo tenga su propia lengua para las cosas nacionales ó individuales, mas la Iglesia católica no está circunscrita á una nacionalidad, ni á un pueblo, sino que abraza en su seno á todos. [Conviene pues que la lengua del sacrificio, del culto divino, sea la lengua de la Iglesia, la misma en todas partes; para que el católico, do quiera se encuentre, se halle como en la misma casa de su padre, Dios; de su madre, la Iglesia. Por este tiempo acontecia tambien la adopcion universal del Breviario y Missal romano en toda España; pero, para honrar el antiguo oficio hispano-gótico, cuyo orígen era apostólico, se mandó hubiese varias capillas en Toledo, Sevilla y otros puntos, donde hubiese un *clero obligado perpetuamente* á rezar el Breviario muzárabe, y celebrar misa del oficio muzárabe, como va observándose hasta hoy.]

26. A pesar de los desórdenes contra los que tuvo que luchar

san Gregorio VII respecto del clero, su pontificado fué fecundo en ejemplares de virtud y santidad. San Lanfranco, arzobispo de Cantorbery, edificaba á la Inglaterra é influia con Guillermo el Conquistador para que sus conquistas lo fuesen tambien de la religion. San Anselmo, obispo de Luca, san Alfanio, arzobispo de Salerno, san Bruno, obispo de Segni, favorecieron y ayudaron con todo su poder á Gregorio VII contra la tiranía de Enrique IV, la simonía é incontinencia de los clérigos. San Estéban de Muret fundó el órden de Grandmont, cerca de Limoges. San Gauchero, prior del convento de canónigos regulares en San Juan de Aureil, san Cervino, abad de San Riquier, en la misma provincia, honraban al monacato. San Roberto, desde luego monje de Moustier-la-Celle, cerca de Troyes, luego abad de Tonerre; fundó en 1075 el famoso monasterio de Morismundo en el obispado de Langres, y habia de dar su nombre á la célebre fundacion del Cister. San Hugo, abad de Cluny, conservaba á esta órden en su espíritu primitivo. No era raro ver á los mas poderosos señores abandonar los bienes y esperanzas terrestres para abrazar la austeridad de los claustros. El bienaventurado Simon, conde de Crepi, de Valois, de Mantes y de Bar-sur-Aube, renunció al mundo de un modo extraordinario. Rodulfo de Crepi, su padre, se apoderó injustamente de la villa de Montdidier, donde fué enterrado. Simon, penetrado de temor del divino juicio y temblando por la salvacion de Rodulfo, consultó al papa san Gregorio, y conforme á su parecer, volvió el feudo de Montdidier á su legítimo señor, é hizo quitar el cuerpo de su padre de aquel sitio usurpado. Cuando se hizo la translacion, el jóven señor, que asistió á la apertura del féretro, espantado á la vista del cadáver exclamó : ¡ «Y ese es mi padre ! y en eso para la gloria del mundo! » Y acto continuo se resolvió á dejar el mundo [como lo verificó entrando en el monasterio de San Claudio, de la órden de Cluny, despues de innumerables episodios y dificultades que tuvo que vencer]. Murió santamente y mereció los honores de su beatificacion. Hugo, duque de Borgoña, renunció á todo por hacerse monje en Cluny. San Bruno, canó-

nigo de San Cuniberto en Colonia, luego canciller de la metropolitana de Reims, fundó, en 1084, con seis compañeros el monasterio de la Cartuja en los montes de Grenoble. La regla de san Bruno era en el fondo la de san Benito, pero con tales modificaciones que era una regla particular. Los Cartujos semejaban mucho á los monjes de Valdeumbrosa y á los Camaldulenses. Era en todos ellos la vida eremítica unida á la cenobítica. Silencio casi perpetuo, ayuno riguroso, abstinencia severa, pobreza y austeridad en todo, oracion y contemplacion, tal era el régimen de los Cartujos, que reproducian en el Occidente los prodigios de los antiguos solitarios del Egipto y de la Siria.

27. Y así el santo papa Gregorio VII hallaba por todas partes almas heróicas que le animaban en sus reformas. La escuela protestante ha pretendido probar que Gregorio VII fué el primero que impuso la ley del celibato á los eclesiásticos, en contradiccion con las antiguas tradiciones. El señor Palma la refuta de este modo: «Nada mas auténtico en historia » que la antigüedad de la obligacion del celibato para todos » los clérigos de órdenes sagrados ó mayores. En 385, el papa » san Siricio se expresa así en su epístola á Híncmaro de Tar» ragona: *Todos nosotros, sacerdotes ó levitas, estamos ligados » por una ley indisoluble, y en el dia de nuestra ordenacion, » consagramos nuestros cuerpos y corazones á la castidad. Los » que alegan pues antiguos privilegios que les dispensen de esta » ley, los declaramos por autoridad apostólica privados de todo » honor eclesiástico. Si en lo venidero, algun obispo, presbí» tero ó diácono, se hiciere reo en esta materia, tenga enten» dido que no hallará indulgencia en nosotros; porque es » menester extirpar con hierro el mal que no se cura con otros » remedios.* Esta ley del celibato eclesiástico, que san Siricio cita » como tradicion universalmente recibida en la Iglesia, recibió » nueva sancion por boca de san Inocencio I: *La obligacion » del celibato,* dice á Exsuperio, obispo de Tolosa, *es tal, » segun la disciplina muy conocida de las leyes divinas* (divi» narum rerum manifesta disciplina) *y los rescritos de Siricio*

» *de feliz recordacion, que los clérigos incontinentes deben de* » *ser excluidos de todo honor eclesiástico, y no podrán ser admi-* » *tidos á un ministerio que solo está reservado á la virtud de* » *continencia.* » Estos monumentos de la Iglesia primitiva, á los cuales pudieran añadirse infinitos otros, prueban la tradicion apostólica del celibato eclesiástico. Pertenecia al gran carácter de san Gregorio VII hacerse héroe de esta santa causa; de defender, con peligro de su vida, la integridad inmaculada de esta Iglesia vírgen, que engendra con casta fecundidad millares de almas á Cristo. El celibato del sacerdote católico hace su fuerza y su gloria. Repudia todo afecto terrestre para abrazar en su seno todas las miserias, padecimientos y dolores : la gracia se lo paga al céntuplo, otorgándole para bien del mundo el privilegio de la paternidad de las almas. San Gregorio VII persiguió la doble plaga de la simonía y la incontinencia al través del sistema feudal de las investiduras, con el cual se escudaban ambas. Desplegó para la realizacion de su obra tal prudencia, habilidad y energía, que hasta sus mismos enemigos se ven obligados á admirarlo. Fué el santo papa uno de esos raros ejemplos dados al mundo para mostrar el poderío de la verdad, cuando está defendida y servida por una conciencia inflexible. Nada le ha faltado á san Gregorio VII, ni el brillo de la gloria, ni el eco de las cosas grandes, ni las calumnias de los interesados en el crímen, ni la auréola del infortunio, esta sublime prueba de la virtud y de la grandeza de alma.

§ II. PONTIFICADO DE VÍCTOR III (24 de mayo de 1086-16 de setiembre de 1087).

28. A pesar del triunfo de Enrique IV sobre sus rivales, á pesar del estado de anarquía y corrupcion general que habian dejado en tan mísero estado á la Iglesia, las ideas y actos de san Gregorio VII habian echado profundas raíces. Despues de muerto, un partido que podia poco en el número, pero mucho por la influencia de sus luces y virtudes, se habia formado y fijado en el seno de los señores y del clero. Al frente de este

partido se hallaban naturalmente los tres hombres á quienes habia designado por sus sucesores Gregorio moribundo. Solo el cardenal Desiderio, abad del Monte Casino, se hallaba entonces en Italia; los otros dos estaban ausentes: Othon, obispo de Ostia, estaba en Alemania como legado de la Santa Sede; Hugo, arzobispo de Lyon, se ocupaba con gran premura en su ministerio pastoral. Las miradas de los señores y obispos, fieles á la ortodoxia, se volvieron hácia Desiderio y le propusieron el soberano pontificado. Suceder á Gregorio VII, proveer á los asuntos políticos y religiosos tan llenos de embarazos, era peso enorme para un anciano debilitado por la edad y los achaques. El abad del Monte Casino lo penetró muy bien, y rehusó el honor que se le ofrecia. Durante un año entero se resistió á las repetidas instancias que se le hicieron. Los cardenales y obispos, juntos en Roma, le determinaron á presentarse ante ellos, le vistieron muy á su pesar de las insignias pontificales el 24 de mayo de 1086, y le proclamaron papa bajo el nombre de Víctor III. Pero el humilde Desiderio dejó secretamente la ciudad eterna cuatro dias despues, y se volvió á encerrar en su querida soledad del Monte Casino; y solo á fuerza de ruegos por parte de Roberto Guiscardo y demás príncipes de Italia, consintió por fin en volver á recibir la cruz y la púrpura romana el 21 de marzo de 1087.

29. Durante los dos años de interregno, el antipapa Guiberto habia robustecido su partido. Ocupaba militarmente la iglesia de San Pedro y la parte mas considerable de la ciudad. Víctor III no vaciló sin embargo en presentarse delante de Roma, acompañado de los duques de Capua y de Salerno. El pastor legítimo fué acogido con entusiasmo por la poblacion. Guiberto se vió obligado á ceder, y el 29 de mayo de 1087, Víctor fué consagrado con pompa en San Pedro por los obispos de Ostia, Túsculo, Porto y Albano. Pero una reaccion diestramente urdida por los cismáticos, que conocian la versatilidad y carácter bullanguero de aquel pueblo, obligó muy pronto al papa á emigrar de Roma como su antecesor; pero la condesa Matilde acudió al socorro del pontífice fugitivo, y al

frente de su ejército volvió á entrar triunfalmente en Roma. El antipapa Guiberto se encerró con sus partidarios en el fuerte *de la Rotonda,* llamado entonces *de Santa María de las Torres.*

30. Lo primero que hizo Víctor III fué continuar el negocio de la supresion de las investiduras; y en agosto del mismo año 1087 juntó un concilio en Benevento, presidido por él mismo, donde se promulgó el decreto siguiente : « Ordena» mos que si en adelante recibiere alguno obispado ó abadía » de mano de un secular, no sea contado entre los obispos ni » abades, ni sea admitido en esta calidad. Le privamos de la » comunion de san Pedro y de la entrada en la iglesia hasta » que renuncie las funciones que ha usurpado. Igualmente si » algun emperador, rey, duque, marqués, conde ú otro prín» cipe ó persona secular, presumiere dar obispados ú otras » dignidades eclesiásticas, sea comprendido en esta condena» cion. » Se renovó además la excomunion ya pronunciada contra el antipapa Guiberto, y estas decisiones fueron remitidas á Alemania, donde Enrique IV continuaba su tiranía y rebelion contra la Iglesia. Víctor III sobrevivió muy poco á estos acontecimientos, pues murió el 16 de setiembre de 1087, en el momento mismo en que un ejército de Italianos se ponia en marcha contra los Sarracenos de África. El papa bendijo con su moribunda mano á los soldados que iban á batirse por la causa de Cristo. La expedicion salió victoriosa, y los Sarracenos, que tantas veces habian venido á saquear las costas de Italia, vencidos á su vez, fueron obligados á pagar tributo. — Algunos autores atribuyen la muerte del papa á veneno propinado por órden de Enrique IV.

CAPITULO V.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE URBANO II (12 de marzo de 1088-29 de julio de 1099).

1. Eleccion de Urbano II. — 2. Enrique IV continúa su lucha contra la Santa Sede. Conrado, su hijo primogénito, es elegido rey de la Germania. — 3. Primeros trabajos de Urbano II. Llama á Roma á san Bruno. — 4. Felipe I y Bertrada son excomulgados. — 5. Guillermo el Rojo en Inglaterra. — 6. Eleccion de san Anselmo para la silla de Cantorbery. — 7. Lucha entre san Anselmo y el rey de Inglaterra. — 8. Roscelino. Universales. Realistas y Nominales. — 9. Obras filosóficas de san Anselmo. — 10. Las cruzadas ¿fueron guerras justas y útiles? — 11. Pedro el Ermitaño. Concilio de Clermont. — 12. Primera cruzada. — 13. Toma de Jerusalen. Godofredo de Bouillon es elegido rey. — 14. Muerte del papa Urbano II.

§ II. PONTIFICADO DE PASCUAL II (13 de agosto de 1099-18 de enero de 1118).

15. Eleccion de Pascual II. Muerte del antipapa Guiberto. Sus sucesores — 16. Enrique I, sucesor de Guillermo el Rojo, llama á Inglaterra á san Anselmo. — 17. Despues de la muerte de Conrado, Enrique, hijo segundo de Enrique IV, es proclamado rey de la Germania. Concilio de Northus. — 18. Dieta de Maguncia. Enrique IV renuncia la corona á favor de Enrique V, su hijo. — 19. Enrique IV vuelve á tomar las armas. Su muerte. — 20. Enrique V revindica á su vez el derecho de las investiduras. Viaje de Pascual II á Francia. Concilio de Chalons-sur-Marne. — 21. Enrique V va á Roma, se apodera de la persona del papa y se lo lleva prisionero. — 22. Pascual II firma un tratado que da á Enrique V el derecho de investiduras. Corona emperador á este príncipe. El papa es puesto en libertad. Su arrepentimiento. — 23. Concilio Lateranense. Pascual II retracta el tratado hecho por la violencia de Enrique V. — 24. Indignacion del mundo católico contra los sacrílegos atentados de Enrique V. — 25. Enrique V vuelve á Roma, de donde huye Pascual II. Muerte de este papa. — 26. Muerte de Godofredo de Bouillon. Fundacion de las órdenes militares de los caballeros de San Juan de Malta, del Santo Sepulcro y Templarios. — 27. San Bernardo en el Cister. — 28. Abelardo.

§ III. PONTIFICADO DE GELASIO II (25 de enero de 1118-29 de enero de 1119).

29. Eleccion de Gelasio II. Sedicion movida en Roma por Cencio Frangipani. — 30. Enrique V se apodera de Roma. Huida de Gelasio II á Gaeta. Eleccion del antipapa Mauricio Bourdin, bajo el nombre de Gregorio VIII. — 31. Muerte de Gelasio II en Cluny.

§ IV. PONTIFICADO DE CALIXTO II (1º de febrero de 1119-12 de diciembre de 1124).

32. Eleccion de Calixto II. Tentativa de reconciliacion entre el papa y el emperador. Conferencia de Mouson. — 33. Enrique V depuesto y excomulgado por el papa en

el concilio de Reims, y sus vasallos absueltos del juramento de fidelidad. — 34. San Norberto. Órden Premonstratense. — 35. Vuelta del papa á Roma. Fin de la guerra de las Investiduras. — 36. Noveno concilio ecuménico de Letran. Muerte de Calixto II y de Enrique V. — 37. Pedro de Bruys. Enrique de Lausana. Tanquelino. — 38. Bogomitas. — 39. Guiberto de Nogent.

§ I. **PONTIFICADO DE URBANO II** (12 de marzo de 1088-29 de julio de 1099).

1. Othon, cardenal de Ostia, discípulo de san Bruno, y uno de los recomendados por san Gregorio VII á los cardenales en su lecho de muerte para sucederle en el pontificado, fué elegido en Terracina el 12 de marzo de 1088, proclamado papa con título de Urbano II (1). Cuatro hechos principales llenaron su pontificado : 1°. la lucha de Urbano II contra Enrique IV y el antipapa Guiberto; 2°. la excomunion fulminada contra el rey de Francia, Felipe I, contumaz y persistente en un comercio adúltero; 3°. la lucha de san Anselmo, arzobispo de Cantorbey, contra las usurpaciones de Guillermo el Rojo; 4°. la primera cruzada.

2. Al tiempo que Urbano II subió á la silla de San Pedro, la ciudad de Roma estaba en poder del antipapa Guiberto, el cual se habia aprovechado del desórden de la vacante de la Santa Sede para consolidar su intrusion. Enrique IV persistia en llevar el título de emperador de Alemania desde que se hizo consagrar por el antipapa. Su conducta era cruel y tiránica : vendia los cargos y beneficios de que conferia las investiduras, en tanto que el antipapa vendia, por su parte, las ordenaciones. La Sajonia, oprimida pero indómita, iba perdiendo su poblacion, eran saqueadas sus poblaciones y arrasadas sus campiñas; sin embargo no dejó las armas de la mano. Esposo tan desnaturalizado como príncipe sanguinario, Enrique IV acabó de excitar la indignacion de toda Europa contra él por los tratos horribles que hacia experimentar á la reina Adelaida, princesa de Lorena, con quien casó despues de la

(1) Othon nació en Chatillon-sur-Marne (Francia) : abrazó la vida monástica en la órden de San Benito; fué sucesivamente canónigo reglar, y luego arcediano en Reims, donde se puso bajo la direccion de san Bruno.

muerte de Bertha, su primera consorte. Sus pasiones no podian acomodarse con el yugo legítimo del matrimonio; y despues de un año de vida comun, hizo encarcelar á Adelaida en un hondo calabozo, la abandonó á sus cómplices de iniquidad, y para colmo de infamia quiere obligar al jóven príncipe Conrado, primogénito de sus hijos, á que deshonre á la propia esposa de su padre!... A escándalos tan inauditos, estalló una explosion general. Conrado dejó precipitadamente la corte incestuosa de su padre, y halló asilo en la condesa Matilde, que por consejo del papa acababa de casarse en segundas nupcias con Güelfo II, duque de Baviera (1). Una liga poderosa, en la que entraron casi todas las ciudades de la Lombardía, se declaró por el partido de Conrado, que fué reconocido solemnemente rey de la Germania. Enrique IV, abandonado de los suyos, se vió reducido á encerrarse en una fortaleza, despojado de las insignias reales, y, desesperado, casi dispuesto á suicidarse. El horror que inspiraba, en el seno mismo del desastre que le habian acarreado sus crímenes, un príncipe tantas veces condenado por la Iglesia y tan infiel á sus juramentos, aquel horror, decimos, redobló por la aparicion de un azote, que en 1094 asoló toda la Alemania, alta Italia y parte de la Francia. Dicha peste fué mirada como castigo del cielo, y todos unánimemente convirtieron sus corazones á la religion y á la fe. Se lloraban guerras tan bárbaras, sostenidas con tanto teson contra el Señor y su Cristo; y el nombre de Enrique IV estaba cubierto de maldiciones. Los señores ambiciosos, los obispos simoníacos á quienes habia encadenado á su partido la codicia, viendo cara á cara la muerte, se apresuraron á reconocer á Urbano II, abandonando el cisma, y queriendo al menos morir en paz con Dios. Un santo doctor, Mangoldo de Luttenbach, que habia sacado con este objeto poderes especiales del papa, recibió de casi toda la nobleza de Alemania jura-

(1) Fué matrimonio político; porque la condesa Matilde tenia á la sazon cuarenta y tres años, y contaba trece de viuda. Al aconsejar este matrimonio, Urbano II quiso hallar en la persona de Güelfo de Baviera un defensor celoso contra la tiranía de Enrique IV.

mento de obediencia al soberano pontífice legítimo, cediendo de este modo en pro de la religion y de la paz las calamidades públicas.

3. Urbano II habia empleado los primeros años de su pontificado en recorrer la Sicilia, que el conde Rogerio acababa de arrancar de mano de los Sarracenos. El papa creó en ella obispados é instituyó una jerarquía eclesiástica. En reconocimiento á los servicios del conde, le nombró su legado apostólico para el país que habia conquistado. Ya tenemos ejemplar de análogo privilegio, conferido á san Estéban de Hungría por Silvestre II. El papa, en su encíclica á todos los fieles en su advenimiento al trono, decia: « Nos proponemos seguir fielmente » las huellas de nuestro antecesor, Gregorio VII, de gloriosa » memoria, mártir de la justicia. Tuvo palabra. Así es que » algunos meses despues escribió á Alfonso VI, rey de Leon y » Castilla, reprendiéndole de haber traspasado sus derechos, » deponiendo al obispo de Santiago de Compostela. Restable- » cedle pues, le dijo, y enviadle aquí con vuestros diputados » para que sea juzgado canónicamente, so pena de vernos » obligados á usar de rigores que deseamos evitaros. » Urbano II celebró igualmente en 1089 un concilio en Melfi, en la Apulia, de setenta obispos, doce abades, el duque Rogerio y gran número de señores. Fueron renovados en él todos los anteriores cánones contra la simonía é incontinencia de los clérigos: el papa se mostró tal como lo habia anunciado, valeroso sucesor de Gregorio VII. En el año siguiente fué á Bari para consagrar al nuevo arzobispo de esta ciudad, á donde habia atraido inmenso concurso de peregrinos la translacion de las reliquias de san Nicolás, obispo de Mira en la Licia. Promulgó allí Urbano II los decretos del concilio de Melfi. Por la misma época, año 1090, mandó llamar cerca de sí á su antiguo catedrático, el ilustre san Bruno, que abandonaba con cruel dolor su amado retiro de los montes de Grenoble para ayudar al papa con sus consejos. Bajo la salutífera influencia pontifical se promovió un entusiasmo religioso en toda la cristiandad. Los desórdenes y continuas guerras que removian

la Europa desde hacia veinte años, habian causado en las almas gran necesidad de soledad. En Alemania hubo muchos hombres que, aherrojados por las tempestades de las revoluciones, principiaron á reunirse bajo la egida de la cruz. Abrazaban la vida comun, dándose, personas y bienes, al servicio de las órdenes religiosas para vivir bajo su direccion, aunque conservando el hábito secular. Urbano II aprobó formalmente este género de vida, que era una especie media entre los hermanos legos y las órdenes terceras. Gran número de doncellas del campo siguieron este ejemplo : se consagraban al celibato, y para vivir en comun se ponian bajo la direccion de un sacerdote santo. Muchas mujeres casadas abrazaron este género de vida. « Aprobamos, decia Urbano II, este género de vida que » hemos visto con nuestros propios ojos, juzgándole laudable » y digno de ser perpetuado como imágen de la primitiva Igle- » sia, y lo confirmamos por estas presentes con nuestra auto- » ridad apostólica. » Era pues una aprobacion explícita para acallar perpetuamente genios detractores.

4. Cuando el piadoso pontífice se esforzaba así en reanimar en el mundo el espíritu de fe y fervor, afligia la cristiandad un escándalo deplorable. El rey de Francia Felipe I, ciego de amor por Bertada de Montfort, mujer del conde de Anjou, Fulques Requin, repudió á Bertha de Holanda, su esposa legítima, de la cual tenia ya dos hijos : Ludovico Craso, que le sucedió en el trono, y la princesa Constanza. En la víspera de Pentecostes de 1092, en la iglesia de San Juan de Tours, y mientras los canónigos de San Martin celebraban la bendicion de la pila, Bertrada fué llevada en rapto y conducida al rey. Todo el mundo quedó consternado al saberlo. Mas no se contentó con esto Felipe I, pues queria que su union adúltera fuese bendecida por un obispo. Para ello se dirigió al prelado mas sabio de Francia y al mas estimado de su época, que de catedrático de teología de San Quintin, cerca de Beauvais, acababa de ser promovido al obispado de Chartres, en 1091. El rey queria hacer anular su casamiento pretextando parentesco con Bertha. « Si así es, respondió san Yvo, no podeis

» contraer nueva alianza antes que se pronuncie definitiva» mente la disolucion del primer matrimonio. » Insistió el rey, asegurándole que el papa, consultado sobre esto, consentia en todo : pero san Yvo permaneció inflexible, diciéndole : « Yo » no puedo ni debo asistir á la ceremonia de vuestro casa» miento..... No creo poder daros mayores pruebas de mi fide» lidad que oponiéndome ahora á vuestros deseos, y diciéndoos » que exponeis vuestra salvacion, y precipitais á vuestro reino » en un abismo de desgracias. » Felipe I respondió á estas sensatas y apostólicas amonestaciones con mandar encarcelar al valeroso prelado y robar los bienes de su iglesia. El rey halló mas complacencia en Guillermo, arzobispo de Rouen, el cual tuvo la debilidad de bendecir esta union adúltera. En estas circunstancias fué nombrado, por Urbano II, legado apostólico de Francia, Hugo, arzobispo de Lyon; pero la gravedad de aquellas hacia temblar al piadoso arzobispo por la responsabilidad que iba á pesar sobre él. San Yvo de Chartres, que acababa de ser puesto en libertad, le escribió : « Aunque » se haya levantado en el reino de Italia un nuevo Acab » (Enrique IV), y en Francia una nueva Jezabel (Bertrada), » Elías no puede decir que está solo. Aunque dance Herodías » ante Herodes y le pida la cabeza del Bautista, es necesario » que Juan diga : *No os es permitido repudiar vuestra mujer* » *sin motivo*. Cuantos mas esfuerzos hacen los malos contra la » Iglesia, mas valor hay que mostrar para defenderla y » sacarla de su ruina. Al hablaros así, no es mi ánimo enseña» ros; solo sí persuadiros que pongais la mano en el arado » otra vez (1) y arranqueis las zarzas del campo del Señor. » San Yvo no habia mudado de parecer por la persecucion, y así escribió de nuevo al rey : « Deudor á la bondad de Dios y » á la indulgencia de vuestra dignidad, del alto puesto que » ocupo en la Iglesia, al que no permitia aspirar la humildad » de mi nacimiento, me creo tanto mas obligado á trabajar con

(1) Hugo habia sido por otra vez legado apostólico en Francia, por san Gregorio VII.

» todas mis fuerzas á cuanto puede interesar á vuestra salva- » cion. Confio en que pronto reconoceréis con Salomon, que » *las heridas hechas por quien os ama son preferibles á las* » *seducciones de quien os adula.* » Hugo de Lyon no vaciló un momento en seguir los consejos de san Yvo; y en 1094 convocó un concilio en Autun, donde fué excomulgado Felipe I, y depuesto el arzobispo de Rouen. El rey apeló al papa, el cual renovó en el concilio de Clermont la sentencia dada en Autun. Bertha habia muerto en este intervalo, y Felipe creyó que esta circunstancia facilitaria su casamiento con el objeto de su loca pasion. Pero Bertrada era esposa legítima de Fulques de Anjou, que aun vivia, y la Iglesia no podia permitirle á ella contraer nuevo enlace. Pero Felipe, á pesar de sus desórdenes, conservaba instintos de religion y de fe. Prometió pues en un concilio de Nimes someterse á penitencia pública y renunciar al concubinato. Urbano II le relevó las censuras en que habia incurrido. Pero este príncipe, deplorable ejemplo de ciega cadena de las pasiones, olvidó muy pronto sus promesas y volvió á tomar á Bertrada, y así se pasaron los últimos dias de su reinado entre remordimientos de conciencia y culpable embriaguez de un placer pasajero. Solo en el concilio de París de 1104 se concluyó definitivamente este deplorable negocio. Felipe fué á la catedral descalzo, é hizo en manos de Lamberto, obispo de Arras, legado del papa, el juramento siguiente : « Lamberto, obispo de Arras, que ocu- » pais aquí el lugar del papa, escuchad lo que prometo. Yo » Felipe, rey de Francia, no tendré mas relaciones criminales » con Bertrada. Yo no conversaré con ella sino en presencia » de personas graves, no sospechosas. Quiero ser fiel á mi » juramento. Así me ayude Dios y estos santos Evangelios de » Jesucristo. » El rey recibió de nuevo la solemne absolucion de las censuras. Bertrada prestó el mismo juramento, y así fué relevada de la excomunion. Quedó pues vindicaba la moral pública (1).

(1) Nunca, dice el conde de Maistre, hicieron mas señalado servicio al mundo los

5. Mientras que estos desórdenes deshonraban el trono de Francia, la Inglaterra era teatro de escenas no menos tristes. Guillermo el Bastardo habia muerto en Rouen en 1087 (1), y le sucedió su hijo menor Guillermo II, llamado el Rojo, como rey de Inglaterra: y su hijo mayor Roberto heredó el ducado de Normandía (2). Por de pronto nada heredó Enrique, tercer hijo..... Guillermo el Rojo, príncipe sin valor ni grandeza de alma, solo llevó al trono de Inglaterra instintos de crueldad, violencia, y codicia insaciable. Las iglesias y monasterios, ricamente dotados por Guillermo el Conquistador, fueron desde luego objeto de su avaricia: imaginó pues un sistema de despojo que por desgracia ha tenido despues muchos imitadores entre los príncipes seculares. A la muerte de un obispo ó de un abad, mandaba hacer inventario de los bienes de la iglesia ó abadía vacante; reglamentaba á su modo lo que parecia bastar á la manutencion del clero ó monjes, y aplicaba lo demás á sus dominios, haciendo administrar por arrendadores. Esta usurpacion, conocida mas tarde con el nombre de *regalía*, ocasionó grande trastorno en la Iglesia. Guillermo el Rojo la

papas y la Iglesia que castigando con censuras eclesiásticas á los príncipes que atentaban á las leyes sagradas del matrimonio. La santidad del matrimonio, base de la pública fidelidad, es tanto mas importante en las familias reales, cuanto mas incalculables sus consecuencias. Si, en la juventud de las naciones septentrionales, no hubieran tenido los papas medios de atemorizar á las pasiones soberanas, los príncipes hubieran llegado hasta establecer como ley el divorcio, y tal vez la poligamia. No es fácil calcular á dónde hubiera parado tal desenfreno.

(1) Guillermo el Bastardo murió en Rouen, y venia de Inglaterra con ánimo de vengarse de una chanza inocente del rey de Francia. Guillermo era muy obeso, por lo cual guardaba cama muchos dias. El rey de Francia decia un dia: « Pero ese preñado nunca acaba de parir! — Anda, dijo Guillermo á un escudero, y dí al rey Felipe que muy pronto iré á hacer mi ceremonia de purificacion á Santa Genoveva de París, y le pondré diez mil picas en el altar por candeleros. » Y en efecto montó á caballo inmediatamente, y ya venia al frente de un ejército cuando murió en Rouen.

(2) Guillermo al morir decia en su testamento: « No lego yo á nadie el reino de » Inglaterra; porque este gran reino no me ha venido de mis padres, sino que se lo » he tomado al perjuro rey Haroldo á costa de mucha sangre. He sido muy duro » para los habitantes, á quienes he abrumado con injustas vejaciones. Habiendo » ocupado ese reino con tantos pecados, no me atrevo á darlo á nadie, sino á Dios » solo. Solamente, sí, deseo que Guillermo, mi hijo, que en todo me ha obedecido, » lo gobierne bien segun Dios. »

hallaba maravillosa para saciar su codicia, y comenzó á ponerla en uso á la muerte de Lanfranco, arzobispo de Cantorbery. Las inmensas posesiones de esta silla fueron adjudicadas al tesoro real, y Guillermo para gozar de ellas mas tiempo prolongó la vacante cuatro años. Los monasterios dependientes de la Iglesia eran invadidos por los arrendadores del príncipe, por lo regular groseros y rateros, que multiplicaban las exacciones, y abrumaban á los monjes de ultrajes y les forzaban á mano armada á abandonar los santos asilos de oracion, *convertidos en cavernas de ladrones.* Los súbditos de la Iglesia se veian reducidos á tan espantosa miseria, por causa de las exacciones, « que, segun dicho de un autor contemporáneo, solo » les quedaba que perder la vida. »

6. Sin embargo los mas virtuosos de entre los señores reunieron todos sus esfuerzos para traer al rey á mas sensatas resoluciones, á mejores sentimientos. San Anselmo, abad del Bec, acababa de llegar á Inglaterra para erigir una casa de su órden en Chester. Este ilustre doctor, nacido en la ciudad de Aoste en la Saboya, hácia 1033, habia sido discípulo de Lanfranco. Muy pronto igualó á su maestro, y su fama resonó en toda Europa. Mucha sensacion hizo en Inglaterra su llegada, y se habló de él al rey. « No conocemos nosotros hombre tan santo » como el abad del Bec, dijo uno de los señores : solo ama á » Dios, y nada desea del mundo. »— ¿Es verdad? dijo sonrién» dose Guillermo ; ¿ ni aun querrá el arzobispado de Cantor» bery? — Por cierto que será lo que menos desee. — Y yo » os digo, respondió el rey, que lo tomará con las dos manos, » si se le ofrece : pero, por el santo Vulto de Luca ! que ni él » ni otro ninguno ha de tenerlo en mis dias. » Guillermo no cumplió este sacrílego juramento. Le puso á las puertas de la muerte una enfermedad aguda, y llamaron á san Anselmo para que le asistiese en aquel lance. El rey en efecto hizo con el santo una síncera y llorosa confesion de todos sus pecados, y prometió enmendarse y reparar daños. Se aprovechó de esta ocasion para instarle á que proveyese en seguida el arzobispado de Cantorbery. Consintió en ello y pronunció el nombre

de Anselmo. El humilde abad, que estaba presente, mudó de color espantado, y se resistió con todas sus fuerzas á los que le querian presentar al rey para recibir la investidura. Los obispos le suplicaban diciéndole: « Estais viendo perdida la religion » en Inglaterra: vos solo podeis remediar á tantos males, ¿ y » os resistís? » Anselmo se mantuvo invariable: todos los asistentes se echan á sus piés, y hasta el mismo rey moribundo exclamaba: « Anselmo, ¿ porqué me enviais al infierno? Yo sé que pierdo mi alma si guardo este arzobispado! » El santo se oponia invencible; mas por fin los obispos le agarran por fuerza, y le llevan casi á rastra al lecho real. Guillermo le presenta el báculo pastoral; mas Anselmo cierra la mano, los obispos se la abren, y es proclamado arzobispo de Cantorbery. Pero Anselmo, aprovechando un momento de libertad, se acerca al monarca y le dice: « Príncipe, os declaro que no » moriréis de esta enfermedad; y os conjuro anuleis cuanto » acaba de hacerse aquí, porque ni lo apruebo ni lo aprobaré » nunca. » A pesar de estas protestas, los obispos le condujeron procesionalmente á la catedral de Cantorbery (año 1093). « ¿Qué haceis? exclamaba llorando Anselmo; quereis ayuntar » en un mismo yugo á un toro indómito y á una débil oveja. » El toro despedazará la oveja; y cuando el rey me haya abru- » mado con el peso de su cólera, ninguno de vosotros se atre- » verá á oponérsele. »

7. No tardó en cumplirse la profecía. « Si he de aceptar, » resignándome, el arzobispado de Cantorbery, habia ya dicho » al rey, quiero que sepais lo que pretendo de vos. Yo exigiré » que devolvais á esta iglesia las tierras que poseia en tiempo » de Lanfranco. Yo os prevengo, además, que reconozco la » obediencia del papa Urbano II, á la cual habeis negado hasta » ahora vuestra adhesion. Decidme vuestra intencion acerca de » estos dos puntos. » Guillermo el Rojo prometió darle cabal satisfaccion, y Anselmo, cediendo al voto universal, consintió en ser consagrado, como lo fué el 4 de diciembre de 1093. Mas no duró mucho tiempo la buena inteligencia entre ambos. San Anselmo habiendo anunciado al rey su intencion de

ir á recibir el palio del papa : « ¿ De qué papa? dijo Gui-
» llermo. — Del papa Urbano II. — Aun no me he decidido,
» repuso el rey, entre las dos obediencias de Urbano ó de Cle-
» mente. No permitiré que se reconozca en Inglaterra un papa
» sin mi permiso ; y el que osare poner en duda este mi dere-
» cho, será mirado como reo de lesa majestad. » Fué convocado un concilio en Rockingham en 1095 para la cuestion de las obediencias. Gran número de obispos cortesanos solicitaban de Anselmo abandonase el partido de Urbano II para entrar en gracia del rey. « En las cosas de Dios, respondió el heróico
» arzobispo, yo daré obediencia al vicario de san Pedro, y
» este es Urbano II, quien posee legítimamente este título. Por
» lo que toca á la dignidad temporal del rey, mi señor, yo le
» daré en todo tiempo consejo y auxilio segun mi capacidad. »
Guillermo el Rojo no podia comprimir su ira, y exigió de los obispos juramento de no comunicar con Anselmo. Los prelados, intimidados, le hicieron esta solemne promesa. « Y yo,
» exclamó el arzobispo, os consideraré siempre como mis her-
» manos é hijos de la iglesia de Cantorbery ; y haré lo posible
» para sacaros del error. » Los grandes, intimados de renunciar á la obediencia de Anselmo, respondieron : « No somos vasa-
» llos suyos, ni tiene sobre nosotros alto dominio temporal ;
» pero es nuestro arzobispo, y como cristianos, debemos serle
» sumisos. » Entretanto, Guillermo el Rojo hizo partir para Roma secretamente dos clérigos, encargados de darle cuenta del estado de los ánimos, para que hecho cargo de lo que allí pasaba, pudiese con conocimiento de causa decidirse en la cuestion de la obediencia. Los enviados no tuvieron gran trabajo en convencerse que el papa legítimo era Urbano II : le reconocieron pues como tal, y el soberano pontífice les hizo acompañar á su vuelta de un legado apostólico, Gauthier, obispo de Albano, el cual habia de remitir al rey el palio destinado al arzobispo de Cantorbery. El legado, hábil político, trató de ganarse la confianza de Guillermo, el cual en efecto hizo publicar en su reino la órden de reconocer á Urbano II como papa legítimo. El rey se prometia con esto ganar al le-

gado apostólico, y lograr de él la deposicion de san Anselmo; y aun, con este objeto, le ofreció sumas considerables para el papa, como donativo para ayuda de sus gastos de guerra con el antipapa, etc. Pero Gauthier se mostró inflexible. Solo sí ofreció su mediacion para reconciliar públicamente al rey con el arzobispo. Aquel exigia que cuando menos consintiese Anselmo en recibir el palio de su mano; pero el santo respondió: « El palio no es un don del rey, sino una gracia de la » Santa Sede; y yo no debo recibirlo sino de manos del repre- » sentante del papa. » Cedió Guillermo, y san Anselmo recibió el palio del legado. Muy poco duró la nueva paz jurada. Guillermo el Rojo, para rescatar el ducado de Normandía de manos de su hermano Roberto, que lo vendia para irse á la nueva cruzada, sacó sumas enormes de todas las iglesias del reino. Robaba sus bienes, alhajas, plata, fundia hasta los relicarios de plata, ornamentos y demás de oro y plata. San Anselmo, desesperanzado de triunfar solo de la rapacidad del monarca, anunció la resolucion de ir á Roma para consultar con el papa. A esta noticia, le envió á decir Guillermo: « Cuando vuestra recon- » ciliacion con el rey, en Rockingham, prometísteis guardar » las leyes y usos del reino. Ahora bien, es absolutamente » contrario á estas leyes que un señor inglés vaya á Roma sin » permiso del rey. — No permita Dios, repuso el arzobispo, » que un cristiano guarde leyes ó costumbres contrarias á las » leyes divinas. Decís que es contra costumbre de Inglaterra » que yo vaya á consultar con el vicario de san Pedro lo conve- » niente á la salvacion de mi alma y al gobierno de mi iglesia. » Mas yo os declaro que esta costumbre es contraria á la ley » de Dios y á la recta razon. Todo cristiano debe tenerla por » nula. » El rey se vió obligado á ceder; y en una entrevista el arzobispo le dió su bendicion, y se separaron ambos para no volverse á ver mas. San Anselmo tomó el camino de Francia, visitó á san Hugo en Cluny, y por todo su tránsito recibió los honores debidos á su virtud.

8. No solo daba muestras de celo apostólico san Anselmo en su lucha contra el rey de Inglaterra, sino que al propio

tiempo se hacia famoso por su polémica religiosa, que tanto eco tuvo en los siglos XI y XII. La contienda del *nominalismo* y *realismo* acababa de propagarse con grande animacion en las luchas literarias. Un doctor breton, Roscelino, canónigo regular de Compiegne, llamaba la atencion pública sobre una cuestion de filosofía especulativa que hoy dia pareciera vana é indiferente, pero que entonces dividia todos los ingenios. Bajo el nombre de *universales* se entendia entonces las ideas generales, de especies, géneros y relaciones. Roscelino enseñaba que estas ideas generales no tenian sustancia real, ó realidad sustancial: que los géneros, especies y relaciones eran voces que denotaban diversas modificaciones del *ser*, pero que no correspondian á ningun ser ó realidad distinta: y sus partidarios se llamaron *Nominales*. Los adversarios de Roscelino, al contrario, sostenian que los términos genéricos ó universales correspondian muy realmente á existencias distintas, á verdaderas realidades. Mucho se enardeció la contienda por ambas partes, y esta discusion no hubiera pasado de los umbrales de la escuela si Roscelino, arrebatado del fuego de la polémica, no hubiese tocado al fondo de la teología en sus investigaciones y dado lugar á una nueva herejía. Negando la realidad de las ideas generales, ó de los *universales*, afirmaba que todos los individuos tenian una existencia sustancial y distinta. Aplicó esta teoría al misterio de la santísima Trinidad, y sostuvo que las tres personas divinas tienen una existencia real, individual é independiente una de otra. Esto era destruir radicalmente el misterio y sustituir al paganismo idolátrico un paganismo cristiano, admitiendo tres dioses. Entonces se vió obligada la Iglesia á intervenir en un debate que tan abiertamente atacaba el dogma católico. El concilio de Soissons de 1092 condenó á Roscelino, el cual pareció someterse de buena fe, y firmó una completa retractacion de su error; mas esto era una pura ficcion. Refugiado en Inglaterra principió á dogmatizar su error con mayor delirio; pero Dios le tenia preparado un san Anselmo.

9. El ilustre arzobispo de Cantorbery emprendió una refu-

tacion explícita del sistema de Roscelino. Elevando á su verdadera altura el debate, fijó los límites de la razon en materias de fe, y recordando las sanas tradiciones de Símaco y de Boecio, que habian sido los últimos representantes de la filosofía cristiana, hizo ver el mal que habia producido el desviarse de ellas. En los *Nominales* no vió sino sectarios orgullosos que quieren sobreponer la razon humana á la teología, á la fe. Sus tratados de la *Trinidad*, de la *Encarnacion*, de la *Fe* defienden el dogma católico contra las erróneas interpretaciones de Roscelino. En todo subordina la razon á la fe : saca de los santos Padres, san Agustin, Tertuliano, Clemente Alejandrino, etc., textos decisivos, y se esfuerza en probar con la mayor concision, lógica y claridad la alianza de la razon y de la fe : « Si por una parte es necesario, dice, que la fe vaya » delante en los raciocinios acerca del cristianismo, por otra » seríamos reos de culpable negligencia si despues que esta- » mos ya confirmados en la fe, no aplicásemos nuestra razon » á comprender lo que es objeto de nuestra fe. » San Anselmo ya habia practicado por sí lo que recomienda á los otros en sus dos obras célebres el *Monologio* y el *Proslogio*. Con las solas luces de la razon, y apoyándose exclusivamente en pruebas filosóficas, llega á concluir y deducir la verdad de la *existencia de un Dios* único, soberanamente perfecto, criador, Padre, Hijo y Espíritu Santo, para cuyo conocimiento y amor ha sido criada el alma, imágen de Dios. Estas materias, las mas espinosas de la teología, las trata san Anselmo con tal maestría que le merecen un puesto muy esclarecido, no solo entre los santos Padres y doctores de la Iglesia, sino entre los filósofos mas profundos y metafísicos.

10. Mientras estas discusiones agitaban algunos espíritus en diverso sentido, el grito de *Dios lo quiere*, *Dios lo manda!* resonaba con eco universal por toda la Europa cristiana, dominaba todas las pasiones, todos los intereses, conmovia á todo el Occidente y le echaba armado á las playas del Asia, á los campos de la Palestina, en torno del sepulcro del Salvador. Llegó en fin la era de las cruzadas. Durante dos siglos (desde

1095 hasta 1270) vamos á presenciar el maravilloso espectáculo de un mundo entero, de una sociedad nueva ardiendo en fe y entusiasmo y marchando á expediciones lejanas. Se ha preguntado algunas veces si las cruzadas han sido guerras justas y sobre todo útiles : los escritores del siglo anterior se pronuncian por la negativa. « Las cruzadas, dicen, han sido un vuelo » del fanatismo y supersticion : han sido una agresion injusta » contra pueblos inofensivos; tuvieron resultados deplorables, » arruinaron las poblaciones del Occidente y dejaron en pos de » ellas una larga serie de calamidades. » Pero despues la ciencia histórica ha entrado en un sistema mas verdadero. A medida que se estudia mas el espíritu de la edad media, los doctos han abandonado sucesivamente las preocupaciones hostiles de la filosofía moderna. La verdad, justificada hoy por tantos hombres de mérito, es que las cruzadas fueron guerras justas y útiles : justas, porque en la edad media la sociedad cristiana era como una familia cuyos miembros todos eran solidarios. Ahora bien, habiendo el islamismo llegado de victoria en vicria á las puertas de Constantinopla, era imposible que los cristianos se hicieran sordos al grito de alarma y al llamamiento de guerra santa llamados por Alejo Comneno, colocado como en la vanguardia del mundo católico. Sus cartas fueron leidas por Urbano II en el concilio de Plasencia. Estaban vivos los recuerdos de la invasion de los Moros en España, y de las incursiones de los Sarracenos en Italia : no habia necesidad de subir hasta los tiempos de Abderrahman para ser testigos de la agresion de los hijos de Mahomet con los discípulos de Cristo. Las cruzadas fueron la reaccion del catolicismo de Occidente contra los incesantes ataques, agresiones injustas y simultáneas del islamismo. La Europa entera se hizo aliada del imperio de Constantinopla; los cruzados fueron los soldados de la civilizacion, é hicieron triunfar su causa en los campos del Asia. Gracias á sus esfuerzos, el Occidente no tuvo que sufrir el afrentoso yugo del mahometismo, el envilecimiento de la mujer [el embrutecimiento del pueblo], la abolicion de la familia [y la organizacion sistemática del vicio, de la

indolencia, de la rapacidad y sensualismo]. Solo este resultado sobraba para justificacion de las cruzadas. Pero las venturosas consecuencias que tuvieron para la Europa en particular, nos suministrarian pruebas sobreabundantes. Á favor del inmenso movimiento que imprimieron, los tiranos cesaron de infestar á su patria : el ardor guerrero, resto de sangre bárbara que nada podia extinguir ni moderar en el seno de las naciones europeas, ese ardor fanático que se resistia á los esfuerzos reiterados de la Iglesia, pues la *Tregua de Dios* y la *Paz de Dios* solo eran vanos paliativos, halló un alimento justo en estas guerras santas, donde la sangre de mil héroes iba á ser derramada por la causa de Cristo. Las cruzadas volvieron aquellos instintos belicosos contra enemigos usurpadores de un país cristiano [perteneciente á la Europa y á la Iglesia], que despues de cinco siglos estaban oprimiendo y persiguiendo á hombres que nuestros antepasados miraban con razon como hermanos. [Esta *solidaridad cristiana* que tendia á entrelazar y hermanar las naciones cristianas que vivian de una misma fe, era algo mas sublime, justa y necesaria que el decantado moderno *equilibrio europeo*.]

11. Un pobre ermitaño de Amiens, cuyo rostro mismo denotaba santidad y austereza, vestido de pardo sayal, andando siempre descalzo, Pedro el Ermitaño, contribuyó á que su nombre se pusiera al frente del movimiento general del mundo. Habia ido en peregrinacion á Jerusalen : habia visto la mezquita levantada por los hijos del Profeta en el mismo sitio del templo de Salomon ; se llenó su corazon de indignacion noble al ver el sepulcro del Salvador hecho caballeriza del emir. Habia dotado el Señor á Pedro el Ermitaño de una elocuencia de fuego capaz de conmover y exaltar á cuantos oyeren su palabra. Al dejar la ciudad santa, prometió al venerable patriarca Simeon que le enviaria defensores armados : cumplió su palabra. Llevó al papa Urbano II una carta de Simeon, y el pontífice habia ya recibido de Alejo Comneno reiteradas peticiones de socorro : por lo cual convocó para el 18 de noviembre de 1095 un concilio en Clermont de Auvernia. Catorce arzobispos,

doscientos veinticinco obispos, noventa abades, y embajadores de casi todos los príncipes cristianos, y muchedumbre infinita de señores y guerreros acudieron á dicho concilio. Ninguna iglesia de Clermont, aunque las habia muy vastas, no podia contener tanta gente, y se levantó en medio de una grande plaza un trono. Urbano II subió á él con sus cardenales. Francés de nacimiento, el papa contaba con el celo y heroismo de los Franceses para el buen éxito de esta grande empresa. Una ráfaga de entusiasmo enardeció á la noble muchedumbre cuando se vió al lado del soberano pontífice el rostro expresivo y pálido de Pedro el Ermitaño, vestido con manto de lana parda y en la mano un báculo de peregrino. El elocuente solitario tomó la palabra el primero : contó como testigo de vista las profanaciones y sacrilegios en la Ciudad santa; las persecuciones á que estaban de continuo expuestos los peregrinos de parte de los *hijos de Agar* (los Sarracenos). « Yo he visto, decia, cristianos encadenados, llevados á la esclavitud, atados como » caballerías á un yugo ó llevando cargas cinchados como unas » bestias ! Yo he visto los opresores de Jerusalen vender á los » hijos de Cristo el permiso de saludar á lo lejos el sepulcro » de su Dios; disputarles el pan de su pobreza, y hasta torturar la miseria misma con insoportables tributos ! He visto á » los ministros del Altísimo arrancados del santuario, apaleados con varas y látigos, condenados á muerte afrentosa ! » Al referir las desgracias de Sion y los ultrajes hechos al nombre cristiano, Pedro el Ermitaño tenia el rostro abatido y su continente lloroso y consternado : su voz era cortada muchas veces con sollozos que no podia comprimir ; su viva y patética emocion se comunicó como fuego eléctrico á todos los circunstantes. Cuando hubo acabado de hablar, se levantó Urbano II : « Guerreros que me escuchais, dijo, vosotros que andais buscando sin cesar vanos pretextos de guerra, regocijaos en fin, » porque se os ofrece en la ocasion presente el motivo mas » justo de una guerra legítima. Es llegado el momento de expiar tantas violencias cometidas en el seno de la paz, tantas » victorias manchadas con injusticias. Asestad contra el ene-

» migo del nombre cristiano los tiros con que os herís unos á » otros. Vosotros, que tan frecuentemente habeis sido terror » de vuestros conciudadanos y que vendiais con vil salario » vuestro brazo á la venganza de otro, salid, armados con la » espada de los Macabeos, á defender la casa de Israel. Sol- » dados hasta ahora del infierno, haceos ya soldados de Dios! » No se trata de vengar injurias de hombres, sino las hechas » al Señor de los ejércitos. Si triunfais, serán vuestro juez las » bendiciones del cielo y los reinos del Asia; si sucumbís, ten- » dréis la gloria de morir en los mismos lugares donde vivió » y murió Jesucristo, y Dios no olvidará, no, que os ha visto » alistados en su milicia santa. Tomamos bajo la proteccion de » la Iglesia y de los apóstoles san Pedro y san Pablo á cuantos » se empeñaren en esta noble empresa: y mandamos que en » su ausencia sean respetadas sus familias, bienes y derechos. » ¡Soldados del Dios vivo! no os retenga en vuestros hogares » ninguna pasion cobarde, ningun sentimiento profano! No » escucheis ahora sino los gemidos de Sion; romped todos los » lazos de la tierra; acordaos de lo que dice el Señor: *El que » dejare su casa, padre, madre, esposa, hijos, bienes, por mi » nombre, será recompensado al céntuplo y poseerá la vida « eterna.* » A estas palabras del supremo pontífice, la asamblea entera se levantó espontáneamente y en su lenguaje aun semibárbaro exclamó transportada de entusiasmo: « *Diex el » volt! Diex el volt!* ¡Dios lo manda! Dios lo quiere! » El eco de estas aclamaciones traspasando los montañas de la Auvernia recorrió con la velocidad del fuego la Europa entera. El papa, elevando sus ojos al cielo, hizo seña de silencio, y exclamó: « Que estas palabras *Dios lo manda, Dios lo quiere,* » sean en adelante vuestro grito de guerra, y anuncien por do » quiera la presencia del Dios de los ejércitos. Sea la cruz la » bandera de vuestra peregrinacion; llevadla ante vuestros » pechos; brille en vuestras armas y estandartes: ella será » para vosotros prenda de victoria, ó palma de martirio: os » recordará incesantemente que Jesucristo ha muerto en ella » por vosotros y que vosotros debeis morir por Él. »

12. Estaba dado el impulso : príncipes , nobles , pueblos , señores, hombres de armas, todos, todos tomaron la cruz. « Todos tenian muchos pecados que expiar, dice Montesquieu ; » se les propuso expiarlos con las armas en la mano ; y toma- » ron la cruz y las armas. » Hasta los ladrones y malhechores dejaban sus guaridas ; iban á confesarse y hacer penitencia de sus pecados, y prometian, tomando una cruz, ir á expiarlos en la Palestina (1). Enfervorizadas con el primer entusiasmo, numerosas bandas se pusieron en marcha bajo el mando del mismo Pedro el Ermitaño, de Gauthier Sans-Avoir, caballero borgoñés, y del sacerdote aleman Gothescalco. Pero, víctimas de su indisciplina, fueron á sembrar inútilmente de sus huesos el suelo de la Hungría y de la Bulgaria. La verdadera cruzada, la cruzada séria se organizó en diversos cuerpos bajo el mando de los mas ilustres príncipes de la cristiandad. Hugo el Grande, conde del Vermandois, hermano de Felipe I; Godofredo de Bouillon, duque de la baja Lorena ; Balduino y Eustaquio, sus hermanos ; Roberto, duque de Normandía (2), hermano de Guillermo el Rojo ; Raimundo, conde de Tolosa, que ya se habia batido victoriosamente contra los Moros de España ; Bohemundo, príncipe de Tarento, hijo de Roberto Guiscardo, y su sobrino el caballeroso Tancredo ; Roberto II, conde de Flandes, llamado luego el Jerosolimitano ; Estéban, conde de Chartres y de Blois, etc., etc. El obispo del Puy, Adhemar de Monteil, piadoso autor del *Salve Regina*, fué designado como legado de la Santa Sede para jefe espiritual de todo el ejército. « Las puertas de los Latinos se abrieron, » segun expresion de un cronista del tiempo, y salieron innu- » merables ejércitos del Occidente. » Seiscientos mil cruzados se hallaron reunidos bajo los muros de Constantinopla. El emperador Alejo tembló ante este diluvio de defensores. « Si » alguno deseare saber el número de los cruzados, decia la » princesa imperial Ana Comnena, historiadora de su padre,

(1) Michaud, *Historia de las Cruzadas*.
(2) Llamado Courte-Cuisse ó Courte-Heuze.

» que cuente las arenas del mar, las estrellas del cielo, las » hojas y flores que brotan en la primavera. Mas yo no tengo » valor, añade la desdeñosa hija de los Césares, para poner la » lista de los jefes; porque los nombres bárbaros de los » Francos deslustrarian mi historia. » El cuartel general del ejército de los cruzados estaba acampado en el magnífico valle de Bouyouck-Déré, en la orilla izquierda del Bósforo, en donde visita el viajero moderno con respeto un vasto plátano que lleva el nombre de Godofredo de Bouillon. Las tropas cubrian la llanura de Maltepe al nordeste de Constantinopla. Allí se hallaba la flor de la Europa con su indómito valor y su pasion de conquistas. Las tergiversaciones de Alejo Comneno, sus exigencias, la duplicidad griega, irritaron mas de una vez el humor ardiente de los cruzados. Atravesó por el pensamiento de algunos jefes la idea de fundar en Constantinopla un imperio latino que fuera baluarte de la cristiandad contra los infieles; pero triunfó el espíritu de moderacion, y el ejército tomó el camino de la Bithinia, recogiendo á su paso á Pedro el Ermitaño con los restos de su desgraciada expedicion. Nicea, Antioquía de Pisidia son tomadas de asalto, y remitidas y vueltas al poder de Alejo Comneno. El sultan Seldjoucida Kilidi-Arslan esperaba á los cruzados en los llanos de Dorilea con trescientos mil hombres (1). Bohemundo, Tancredo, el duque Roberto de Normandía, llegados los primeros, resistieron al primero y enorme choque de este diluvio de enemigos durante la mitad del dia. La victoria estaba aun indecisa, cuando la retaguardia, mandada por Godofredo de Bouillon, se presentó con sus relucientes y vibrantes lanzas sobre las alturas de Dorilea. Kilidi-Arslan fué vencido; tomó la fuga dejando veinte mil muertos en el campo de batalla, el 25 de junio de 1097. La victoria de Dorilea abria á los Latinos las puertas del Oriente. Se tomó á Edesa, Balduino de Flandes fué proclamado rey, y un caballero francés reinó de este modo en las mas ricas provincias del antiguo reino de Asiria. Des-

(1) Varios autores ponen 400,000, y alguno hasta 450,000. (El Traductor.)

pues de un sitio de ocho meses, los cruzados entran en la opulenta ciudad de Antioquía, descubren en ella milagrosamente la santa lanza con que fué atravesado el corazon de Jesucristo en la cruz. Esta preciosa reliquia es llevada desde entonces al frente de los batallones y es nueva prenda de victorias. Sin embargo afligió á los cruzados un triste acontecimiento : la peste se llevó al santo obispo del Puy, Adhemar de Monteil, legado del papa. Al participar esta pérdida á Urbano II, le dicen los cruzados : « El nombre de cristiano principió en » Antioquía ; allí estableció desde luego san Pedro la Sede apos- » tólica. Vos que sois el vicario de san Pedro, venid á sen- » taros en su silla, y combatid pacíficamente ; porque hemos » vencido á los Turcos y paganos ; mas no hemos podido traer » á la unidad ni Griegos, ni Armenios, ni Siríacos ni Jacobitas. » Esto nos estimula á suplicaros vengais á poneros á nuestra » cabeza. Hallaréis en nosotros hijos dóciles y sumisos : ten- » dréis la gloria de extinguir las herejías y reunir al mundo » entero bajo vuestra obediencia. » Bohemundo de Tarento fué proclamado rey de la nueva conquista, y los cruzados prosiguieron su marcha á Jerusalen. El ejército, disminuido por las fuertes guarniciones dejadas en Edesa, Antioquía y demás ciudades y puntos principales conquistados, agotado además por las batallas, por las deserciones, por el hambre, privaciones y cansancio, por las enfermedades y pestes, quedó reducido á cincuenta mil hombres ; pero eran la flor de los guerreros cristianos : tenian á su frente Godofredo de Bouillon é iban á la conquista de Jerusalen.

13. Cuando hubieron subido la última montaña que los separaba de la ciudad santa, los primeros que pudieron divisar sus muros exclamaron con transporte : « ¡ Jerusalen ! Jeru- » salen ! » Este nombre sagrado voló de fila en fila y resonó hasta en los valles donde se hallaba la retaguardia. Todo el ejército se postró en tierra, y besó el suelo bendito por las plantas del Salvador, y aquellos hombres de guerra, acrisolados en tantos combates, lloraban de ternura y santa melancolía. « O buen Jesús, dice Roberto el Monje, testigo ocular,

» cuando vuestros guerreros vieron los muros de aquella » Jerusalen terrestre, ¡cuántas lágrimas bajaban de sus me- » jillas! Inclinaron sus frentes en el polvo donde habiais im- » preso vuestros pasos. Luego, levantándose todos, repitie- » ron : *¡Dios lo manda! Dios lo quiere!* y renovaron el jura- » mento tantas veces hecho de libertar á Jerusalen. » El ejér-cito se avanzó á pié descalzo hasta los muros de Sion, cantando aquellas palabras de Isaías : *Leva in circuitu oculos tuos, et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi.* — Fué investida la plaza. Una llanura alta cubierta de olivos se extiende del lado del Septentrion. Godofredo de Bouillon, Roberto de Normandía, Roberto de Flandes, pusieron sus tiendas en medio de estas navas. Su campo ocupaba todo el espacio entre la *Gruta de Jeremías* y los *Sepulcros de los reyes.* Tancredo plantó sus pabellones á la derecha de Godofredo y de los dos Rôbertos. Despues del campo de Tancredo seguia el de Raimundo, conde de Tolosa, enfrente de la puerta de Poniente. Esta situacion apenas le permitia tomar parte activa en el sitio, y transportó parte de su campo al lado meridional de la ciudad en el monte Sion. Las disposiciones militares de los cristianos dejaban libres los lados de la ciudad, defendidos al mediodía por el valle de Gihon ó Siloé, y al oriente por el valle de Josafat. La ciudad santa no fué pues cercada sino á medias por los peregrinos; solamente se habia acantonado en el monte Olivete un gran campo de vigilancia. Jerusalen estaba defendida por una guarnicion de cuarenta mil Egipcios, y veinte mil hombres de la ciudad que habian tomado las armas ; por consiguiente los sitiadores eran menos numerosos que los sitiados. Y además aquellos carecian de máquinas de guerra para escalar los muros ; ni podian esperar reducir por hambre á una ciudad que tenian que dejar âbierta por dos lados hácia una campiña fértil. Además, los ardores excesivos del estío habian comenzado precisamente á tiempo en que los cruzados se acamparon ante Jerusalen. El torrente de Cedron estaba seco, y estaban ó ciegas ó envenenadas todas las cisternas del contorno. La fuente de Siloé, que manaba por

intérvalos, no podia bastar á la muchedumbre de peregrinos, y en un clima de fuego, en medio de unas llanuras abrasadas, el ejército cristiano se vió muy presto en el mayor agobio por la sed horrible que le devoraba. Se desalentaron pues los cruzados. Los mas fervorosos no esperaban sino la muerte, se acercaban á los muros de Jerusalen, besaban con respeto sus piedras y decian llorando: « ¡ O Jerusalen! recibe nuestro » último suspiro! Caigan tus muros sobre nosotros, y que el » polvo santo que te rodea cubra nuestros huesos! » Pero la llegada inopinada al puesto de Joppe de una flota genovesa, cargada de municiones y de víveres de toda especie, reanimó los ánimos abatidos. Ingenieros y carpinteros, bajo la direccion del muy hábil Gaston de Bearn, construyeron con la madera del bosque de los Olivos máquinas de guerra, torres ambulantes sobre ruedas, altas algo mas que los muros y provistas de puentes levadizos que se abajaban á voluntad sobre las murallas. Cuando todo estuvo pronto, se señaló para el asalto general el 14 de julio de 1099. Desde el alba del dia, todo se pone en movimiento, hombres y máquinas. Las torres rodadizas se acercan á los muros. Godofredo, acompañado de su hermano Eustaquio, aparece sobre la plataforma de la suya, animando á los suyos con su ejemplo. « Cada venablo que lan» zaba, dicen los cronistas del tiempo, llevaba la muerte á las » filas enemigas. » Raimundo, Tancredo, los dos Robertos, combatian igualmente en medio de sus soldados: todos se hallaban animados de igual ardor, todos se abrasaban en deseos de plantar la cruz sobre las murallas de Jerusalen. El asalto duró doce horas enteras, y la noche separó á los combatientes. El dia siguiente, iguales combates, peligros iguales. Los cristianos exasperados por la resistencia combatian con furor. Los Musulmanes desde lo alto de sus torreones y murallas lanzaban contra los sitiadores hachas incendiarias y ollas de fuego greguisco. Montado en su fortaleza rodadiza, que se distinguia por una gran cruz enarbolada en la cima, Godofredo de Bouillon confundia y destrozaba los batallones enemigos con la incesante actividad de sus ataques. A vista de la cruz que

parecia desafiarlos, los Musulmanes reunieron todos sus esfuerzos contra el duque de Lorena, y asestaron contra su fortaleza ambulante todos los tiros y proyectiles inflamables que vomitaban sus terribles máquinas. Intrépido y sereno en medio del peligro, rodeado de muertos y de moribundos, habiendo visto caer á sus piés al escudero y soldados que le rodeaban, el héroe continuaba dando órdenes, y animando á los suyos con la voz, gestos y ejemplo. Sin embargo los cristianos eran rechazados : el fuego greguisco incendiaba las máquinas de guerra, y sus llamas se apegaban á los guerreros cubiertos de hierro, y aun devoraban hasta las corazas y broqueles. Eran las tres de la tarde : momento solemne en que el Salvador del mundo exhalaba el último suspiro en la cruz. De repente se esparce en todo el ejército el rumor de que el santo obispo Adhemar y muchos cruzados, muertos en el sitio, acaban de aparecerse al frente de los cristianos enarbolando el estandarte de la cruz sobre las torres de Jerusalen : corre tambien de voz en voz que san Jorge combate visiblemente con los soldados de Cristo. Los cruzados, animados de nuevo ardor, vuelven intrépidos á la carga. La torre de Godofredo de Bouillon se avanza majestuosa é impávida en medio de una nube de piedras, dardos, fuego greguisco, y al fin deja caer su puente levadizo en la muralla. Los cristianos lanzan al mismo tiempo dardos inflamables é incendiarios contra las máquinas de los Moros, contra las sacas de paja, contra los bultos de lana que recubrian las últimas defensas de la ciudad. Un fuerte viento que se levanta enciende las llamas y las echa contra los infieles. Envueltos entre espesos torbellinos de humo y fuego, retroceden al aspecto de las lanzas y espadas de los cruzados. Godofredo, precedido de los dos hermanos Lethaldo y Engelberto de Tournay, y seguido de Balduino del Bourgo, y de su hermano Eustaquio, rompe las filas del enemigo, les persigue y logra entrar, batiéndolos, en Jerusalen. Se echa abajo á hachazos la puerta de San Estéban, la ciudad santa es libertada y por todo el ejército resuena el grito de victoria : *Dios lo » quiere! Dios lo quiere!* — Los cruzados reunidos, cada

uno de su punto, en el centro de Jerusalen, se abrazan llorando de alegría. Se persigue á los Musulmanes refugiados en la mezquita de Omar, sobre el recinto del templo. « En el » templo y bajo el pórtico de la mezquita, dice Raimundo de » Agiles, testigo ocular, la sangre corria hasta la altura de las » rodillas, hasta el freno de los caballos. » Sin embargo el piadoso Godofredo se habia abstenido de la matanza desde que habia puesto el pié en Jerusalen. Dejó á sus compañeros, y acompañado de tres criados, se fué desarmado y descalzo á la iglesia del Santo Sepulcro. Se esparce por todo el ejército la noticia de este acto de devocion, y al momento se calman y cesan todas las venganzas, todo furor; los cruzados se quitan su ropaje ensangrentado, sus sollozos resuenan por toda Jerusalen, y conducidos por Pedro el Ermitaño, marchan juntos todos, descalzos y con la cabeza descubierta, hácia la iglesia de la Resurreccion. Habia cesado el bullicio del combate, y un misterioso silencio reinaba por todas las calles, plazas y fortalezas: ya no se oian en la ciudad santa sino los cánticos de penitencia y aquellas palabras de Isaías: *Lætamini cum Jerusalem, et exultate in ea omnes qui diligitis eam: gaudete cum ea gaudio universi, qui lugetis super eam* (Is. 66, v. 10). Los valientes que habian entrado en Jerusalen como soldados, se convierten en peregrinos. La vera Cruz, robada en otro tiempo por Chosroes y traida á Jerusalen por Heraclio, fué expuesta á la vista y veneracion de todos. Todos quedaron á su vista llenos de santa veneracion y ternura, fué llevada en triunfo por las calles de Jerusalen y vuelta á colocar solemnemente en la iglesia de la Resurreccion. Diez dias despues, Godofredo de Bouillon fué elegido unánimemente por todo el ejército rey de Jerusalen. Los cruzados le condujeron con pompa á la iglesia del Santo Sepulcro, donde juró respetar las leyes del honor y de la justicia. Se le quiso poner la diadema y las insignias reales. « No, jamás, dijo el héroe cris- » tiano, llevaré corona de oro en una ciudad donde el Salvador » llevó corona de espinas. » Se contentó con el modesto título de *baron del Santo Sepulcro*. Se organizó la conquista: se fun-

daron los condados de Tiberíades, Trípoli, Galilea, Joppe, Tiro, Cesarea, Beyrouth y Heraclea. La legislacion conocida bajo el nombre de *Estrados de Jerusalen* regularizó el sistema administrativo del nuevo reino cristiano, modelándole sobre el régimen feudal de las naciones europeas.

14. La noticia del éxito admirable de la primera cruzada causó inmenso júbilo en toda la cristiandad; y llegó á Europa algunos dias despues de la muerte de Urbano II, acaecida en 29 de julio de 1099, no habiendo podido ver en sus dias realizado el deseo mas ardiente de su corazon. El piadoso pontífice habia celebrado últimamente dos concilios: el de Bari, año 1097, donde san Anselmo sostuvo tan elocuentemente la procesion del Espíritu Santo, contra los diputados griegos de Alejo Comneno; y el de Roma, en 1098, donde fueron confirmados los decretos de Clermont. El santo arzobispo de Cantorbery habia hallado en Roma una hospitalidad digna de su mérito y virtudes. Urbano II habia querido que fuese alojado en el palacio pontifical, y se proponia ser mediador entre san Anselmo y el rey de Inglaterra, pero la muerte no le dió lugar. Urbano II fué un papa ilustre. Realizando por medio de las cruzadas el mayor designio de Gregorio VII, se adquirió inmortal gloria para la posteridad. [Las cruzadas no solo tenian un objeto eminentemente religioso, sino eminentemente social; porque se trataba de poner diques al elemento brutal, sensualista y enemigo de toda civilizacion, cual era el islamismo.] Fundáronse en esta misma época retiros seguros para toda alma agitada por los vaivenes del siglo y de las pasiones. San Roberto, abad de Morimundo, fundó la órden del Cister con veintiocho religiosos, con la observancia primitiva de la regla de san Benito. El beato Alberico, su sucesor, completó la obra con sabios reglamentos. Los religiosos del Cister tenian hábitos *blancos*, á diferencia de los de Cluny, que los tenian *negros*, de donde les vinieron sus denominaciones respectivas de *monjes blancos*, *monjes negros*. El beato Roberto de Arbrissel fundó tambien dos grandes monasterios en Fontevrault, uno de hombres, otro de mujeres; pero con la particularidad

de que á la muerte del beato Roberto, su fundador, ambos monasterios eran dirigidos por una sola abadesa.

§ II. PONTIFICADO DE PASCUAL II (13 de agosto de 1099-18 de enero de 1118.)

15. Comenzó el papa Pascual II su pontificado en el siglo XII, en medio de las disensiones promovidas por las investiduras entre el sacerdocio y el imperio. El antipapa Guiberto, reducido á muy pocos adictos, continuaba su cisma en Albano. Despues de la eleccion de Pascual II, se vió arrojado de este asilo y murió fugitivo y abandonado, el año 1100, en Citta di Castello, despues de veintitres años de rebelion. La muerte de Guiberto no volvió la paz á la Iglesia inmediatamente : los cismáticos le dieron por sucesor á Alberto, que cayó en manos de los católicos el mismo dia de su eleccion, y fué encerrado en la fortaleza de San Lorenzo. Igual suerte cupo á Teodorico, nombrado despues de él; sirvióle de cárcel el monasterio de Lara. Los enriquianos eligieron en su lugar á un clérigo llamado Maginulfo, que tomó al nombre de Silvestre IV. Echado vergonzosamente de Roma, murió miserablemente en el destierro.

16. Guillermo el Rojo, rey de Inglaterra, murió en este tiempo, sin hijos, de un flechazo que por imprudencia y error recibió en una caza en Winchester. Por derecho legítimo de sucesion, el trono vacante pertenecia á su hermano Roberto, duque de Normandía; pero Roberto habia partido para la cruzada. Enrique, el menor de los hijos del conquistador, se aprovechó de esta circunstancia para heredar de su hermano mayor, y logró asegurar en sus sienes la corona de Inglaterra. Sus primeros actos dieron grandes esperanzas á los católicos : llamó á san Anselmo, prometió seguir sus consejos, y con su parecer se casó con Matilde, hija de santa Margarita y de san Macolmo, reyes de Escocia. Volvió á la Iglesia sus antiguas inmunidades y prometió no vender los beneficios vacantes. Pero esta conducta solo era de hábil político. El intento de Enrique era tener el voto de san Anselmo para consolidar su nueva autoridad; mas cuando se creyó bastante fuerte, le in-

timó se le restableciese en todos los derechos que poseia Guillermo el Rojo, y se le diese por consiguiente la investidura por el báculo y el anillo. San Anselmo respondió con absoluta negativa y con salirse inmediatamente del reino. Apenas salido san Anselmo, el rey hizo confiscar para su real tesoro todas las rentas del arzobispado de Cantorbery. Pascual II tomó la defensa del perseguido, y escribió al rey de Inglaterra diciéndole: « No es admisible en la Iglesia católica lo que preten» deis. Acordaos de lo que decia san Ambrosio á Teodosio » Magno: *No os figureis, príncipe, que la dignidad real os da » derecho sobre las cosas divinas. Los palacios pertenecen al » emperador, las iglesias al obispo.* No penseis, señor, que in» tentamos disminuir en nada vuestra autoridad, y atribuirnos » nada nuevo en la promocion de los obispos. Vos no podeis, » segun Dios, ejercer ese derecho, y nosotros no podemos » otorgároslo con detrimento de vuestra salvacion y la nues» tra. » El rey de Inglaterra habia despachado con anticipacion dos diputados para lograr del papa el derecho de investidura: é inmediatamente que llegaron á Roma, tuvieron una conferencia con el papa. Uno de ellos, acalorado con la discusion, llegó á decir: « Cualesquier razones que alegueis, » quiero que todos los asistentes sepan que el rey, mi señor, » no permitirá jamás ser privado del derecho de investidura, » aunque le cueste el reino. — Sabed, repuso el pontífice, » que el papa Pascual no le permitirá jamás guardar el abu» sivo derecho de las investiduras, aunque le cueste la vida. » Sin embargo, cediendo á mas sanos consejos el rey de Inglaterra se reconcilió con san Anselmo. La entrevista del arzobispo proscrito con Enrique II se verificó en la abadía del Bec, á donde se habia refugiado el prelado, para descansar de tantas agitaciones. Enrique, contento con solo recibir homenaje de los obispos electos, renunció á dar la investidura por el báculo y el anillo. Esta concordia fué sancionada en el concilio de Londres de 1107. San Anselmo murió en 1109, dejando á la silla de Cantorbery ilustres ejemplos de firmeza episcopal, que mas tarde habian de reproducirse. Al mismo tiempo que

habia combatido tan animosamente por la disciplina y derechos eclesiásticos, tuvo la gloria de restaurar la filosofía cristiana y de inaugurar la teología escolástica. A su muerte, el reino de Inglaterra quedaba en paz con la Iglesia. La Francia, bajo el gobierno de Ludovico VI el Craso, á quien habia asociado al trono Felipe I, hacia olvidar los escándalos del último reinado, y se estrechaba mas y mas con la Santa Sede.

17. Continuaban agitadas la Italia y Alemania por las cismáticas tentativas de Enrique IV, cuya vida no se alargaba sino para multiplicar disturbios y perturbaciones. Sin embargo descargaba ya sobre su cabeza la mano de Dios; pero ni los reveses, ni las calamidades públicas, ni los disgustos de familia, ni las desgracias de los pueblos podian hacer doblar su carácter inflexible. Habia muerto en 1101 su primogénito Conrado; y Enrique, su segundo hijo, á quien hizo consagrar rey en Magancia, año 1102, se declaró á la vez contra su padre y contra el cisma. « Yo quiero, decia, someterme á la autoridad » de Pascual II, papa legítimo. » Toda la Sajonia se declaró por él; porque este desventurado país, víctima tantas veces de la ambicion y crueldad de Enrique IV, aprovechaba con ansia todas las ocasiones de recobrar su independencia y libertad. En un concilio celebrado en Northus, año 1105, los señores y obispos juraron combatir por el jóven rey y quedar inviolablemente sometidos al papa Pascual II. El jóven rey Enrique V compareció muchas veces en el concilio, y mostró tal modestia, sensibilidad y sensatez, que robó todos los corazones. Al hablar de su contienda con Enrique IV, su padre, lloraba diciendo: « Dios me es testigo que no me mueve á tomar » el poder ningun motivo de ambicion. No puedo pensar sin » derramar lágrimas en tener que ver depuesto de la dignidad » real á mi padre y señor. Me he compadecido siempre de su » desobediencia y pertinacia, y si quiere someterse á san Pedro y á sus sucesores, estoy pronto á obedecerle como el último de sus súbditos. » Estos sentimientos honraban al príncipe y le atraian todas las simpatías. Comparando esta conducta con las violencias á que mas tarde se entregó contra la

sagrada persona del soberano pontífice, es muy permitido dudar de su sinceridad : pero tal vez se hallan en la juventud rasgos de nobleza y generosidad que luego se pervierten al contacto de la lisonja, del interés y de la ambicion. Sea lo que quiera, el concilio de Northus le valió partidarios celosos. Muy pronto se encontraron los dos ejércitos, del padre y del hijo, en las orillas del Danubio, cerca de Ratisbona. Inmediatamente se declaró la desercion en el ejército de Enrique IV, que apenas si pudo escaparse con algunos pocos criados. Se convocó una dieta general para Maguncia á fin de terminar la contienda con sentencia definitiva.

18. Enrique no perdonó medio de atraer á su partido los católicos ; á pesar de la excomunion lanzada contra él, á pesar de sus notorias relaciones con los antipapas sucesores de Guiberto, escribió al papa Pascual II para tratar de reconciliacion. « Nuestro propio hijo, le decia, el hijo de nuestra ternura, á » quien por extremado amor habíamos elevado al solio, no se » avergüenza de enarbolar el estandarte de la rebelion contra » nosotros. Se nos aconseja perseguirle sin descanso con las » armas, pero queremos diferir la venganza para que nadie, » ni en Italia ni en Alemania, nos impute la sangre que se va » á derramar. Vos sois un hombre prudente, y la caridad os » impone cuantos pasos os inspire el deseo que teneis de la » unidad en la Iglesia y de la paz en Europa. Os enviamos pues » un diputado para saber si quereis sellar con Nos una alianza » sin perjuicio de mi dignidad y derechos soberanos, tales » como los han disfrutado mi padre, abuelo y otros antecesores mios, con condicion, por mi parte, de conservaros la » dignidad apostólica, como mis antepasados lo han hecho » con los vuestros. » Estas protestas de un rey tantas veces perjuro en nada cambiaron la marcha de los acontecimientos. La dieta general del reino teutónico se abrió el dia de Navidad del año 1105. Fué la mas numerosa que se habia visto en mas de un siglo. Ricardo, obispo de Albano, y Guebhardo, obispo de Constanza, legados del papa, leyeron á los señores reunidos en asamblea la sentencia de *excomunion contra Enrique el*

Viejo, que se titula emperador, y le declararon *separado del seno de la Iglesia católica*. Este príncipe habia sido arrestado en Bingen, donde tenia centinelas de vista en el castillo. Los señores mas influyentes de la dieta abrieron conferencias con él en Ingelheim, á donde se le transfirió. Le persuadieron, para poner término á los males de Alemania, que renunciase en favor de su hijo la corona y el imperio. Enrique IV, no viendo otro medio de salvacion, se prestó á cuanto se quiso. Introducido en la dieta, dijo: « Yo juro renunciar voluntaria- » mente al poder real: y deseo vivir desde hoy en el retiro » para no pensar sino en mi salvacion. » Y luego echándose á los piés del legado Ricardo, le pidió la absolucion de las censuras eclesiásticas en que habia incurrido. En seguida puso en manos de su hijo las insignias reales del trono y del imperio: la cruz, la lanza, el cetro, el globo y la corona. « Yo os deseo, » le dijo, larga vida y prosperidad. Obispos y señores que me » escuchais por la última vez, añadió lloroso, yo os recomiendo » á mi hijo. El anciano rey Enrique no quiere sino retirarse, » y no ocuparse en adelante sino de su salvacion eterna, segun » los decretos del papa é intencion de la santa Iglesia. » Despues de esto, los señores y obispos confirmaron la eleccion de Enrique V y le proclamaron solo y único rey de la Germania. Se juró la abolicion de las investiduras: fueron depuestos de sus sillas y reemplazados por otros los obispos simoníacos y cismáticos. Parecia en fin consolidada la paz de la Iglesia y la obra de san Gregorio VII.

19. Pero muy pronto se quedó pesaroso de su abdicacion forzosa Enrique IV. Apenas libre, se retiró á Lieja, ciudad que le era muy adicta. Desde allí escribió al rey de Francia, Ludovico el Craso, protestando contra cuanto se habia hecho en la dieta de Maguncia. Se quejaba amargamente de su hijo y del papa. « Por los vínculos de parentesco que nos unen, de- » cia concluyendo, por el interés comun de ambas coronas, os » conjuro vengueis la injuria que he padecido, y no dejeis im- » pune el ejemplo de una traicion tan negra. » Volvió pues á tomar Enrique IV las armas, y reunió bastante número de

partidarios para presentarse á la lid. Enrique V por su lado le iba á salir al encuentro con un ejército, y las hostilidades iban á comenzar con nuevo furor. Enrique el Viejo multiplicaba llamamientos y protestas. « Apelamos al papa Pascual II, » decia en una de sus últimas cartas á los obispos y señores de » Alemania. Por el respeto que debeis á la santa Iglesia ro» mana, por el honor del imperio teutónico, os suplicamos » logreis de nuestro hijo licencie su ejército, y que de acuerdo » conmigo se dicten medidas oportunas para la pacificacion » del reino. Si se obstina, protestamos solemnemente á la faz » de Dios y de la santísima Vírgen, en presencia de san Pedro, » de todos los santos del cielo y de todos los católicos. Hemos » apelado y apelamos por las presentes y por la tercera vez al » soberano pontífice Pascual, á la Santa Sede universal, á la » Iglesia romana. » Son notables semejantes palabras en boca de tal príncipe. Durante cuarenta años habia perseguido á los papas, y héle ahí reducido á implorar contra su propio hijo á estos mismos papas, á esta misma Iglesia romana, cuya autoridad habia menospreciado tantas veces! Esta carta y esta apelacion fueron el último acto de su largo reinado, consagrado á maldecir el pontificado á quien ahora acude! Enrique IV murió inopinadamente en Lieja, el 7 de agosto de 1106, á los cincuenta y seis años de su edad, y cincuenta de su reinado. Así acabó el rebelde discípulo de Gregorio VII, el implacable enemigo de la Iglesia romana, de la cual habia sido pupilo. Habia visto cundir y engrandecerse cada dia mas el pensamiento que él hubiera querido sofocar; y sucumbió á la lucha de la cual creia haber salido victorioso. El anatema de la Iglesia le siguió hasta el sepulcro. Se le negaron las honras de la sepultura cristiana, y su cadáver, trasportado á Espira, quedó cinco años en un ataud de piedra fuera del recinto de la catedral. La noticia de su muerte fué acogida por el universo católico como señal de libertad. « El pueblo de Israel, dice Con» rado de Ursperg, escritor contemporáneo, no dió mayores » muestras de júbilo al ver sumergido al impío Faraon en el » mar Bermejo. » Era tanto lo que se temia de este monarca

ciego y violento, que llegó á ponerse como cuestion en el concilio de Florencia del año 1106 *¿si ha nacido el Antecristo?* porque la opinion pública le miraba como á tal.

20. Sin embargo aun no habian llegado á su término los males de la Iglesia. Enrique V, cuyo tronc se consolidaba en Alemania por la muerte de su padre, olvidó muy pronto los juramentos de su juventud. Le embriagó el encanto del poder: así es que afectó altaneramente su pretension á reivindicar el derecho de las investiduras. Preparábase Pascual II á viajar por la Alemania para acabar con su presencia la pacificacion de aquel desventurado país. Al conocer las nuevas disposiciones de Enrique V, dijo: « Aun no están abiertas las puer- » tas de la Germania, » y mudando de itinerario vino á Francia, donde le acogieron con indecible entusiasmo las poblaciones. Fueron á visitar al pontífice en San Dionisio los dos reyes Felipe I y Ludovico el Craso, su hijo, y se postraron á sus piés. El papa los levantó y les rogó « protegiesen la Iglesia » romana contra sus enemigos á ejemplo de Carlomagno y otros » reyes sus antecesores, y que la defendiesen contra los intentos » sacrílegos de Enrique V de Germania. » Se habia señalado por el papa, en 1106, una conferencia con los embajadores de este último príncipe en Chalons-sur-Marne. El canciller Alberto, el arzobispo de Tréveris, el obispo de Halberstadt, el de Munster, y muchos grandes señores de Alemania se hallaron en ella en nombre de Enrique V. El arzobispo de Tréveris expuso en estos términos los intentos de su rey: « Desde el tiempo de » nuestros antecesores, hombres santos y apostólicos, desde el » tiempo de san Gregorio Magno, se les reconocia á los empe- » radores el derecho de confirmar la eleccion de los pontífices. » Si el sugeto elegido es digno de tanta dignidad, recibe del » príncipe la investidura de las *regalías* (1) por el báculo y el » anillo. Y en efecto, por solo este título puede poseer el papa » las ciudades, villas, fortalezas, gabelas y demás derechos

(1) Aquí se entienden por *regalías* los derechos y feudos que, como tales, venian del alto dominio del rey.

» que provienen de la dignidad imperial. » El obispo de Plasencia respondió en nombre del papa : « Seria un atentado » contra Dios y el honor de la Iglesia, si el príncipe tuviera el » poder de conferir la investidura por el báculo pastoral y el » anillo, emblemas del poder espiritual. Los obispos profanarian la sagrada uncion que reciben en su ordenacion si so» metiesen sus manos, consagradas por el cuerpo y sangre de » Cristo, á las manos de un lego, ensangrentadas por la es» pada. » Estas nobles razones produjeron una verdadera tempestad en los ánimos de los Alemanes. « No se resolverá esta » cuestion aquí, exclamaron ; la decidiremos en Roma con el » filo de la espada ! »

21. Tenia que realizarse esta amenaza. Enrique V anunció la intencion de ir á Roma para recibir de manos del papa la corona imperial. Despues de cuatro años de preparativos, tomó el camino de Italia, seguido de un ejército formidable. Todas las ciudades que trataban de hacer la menor resistencia eran pábulo de las llamas y arrasadas : todo era terror, incendio, ruinas. Desde Florencia, donde pasó la Pascua de Navidad de 1110, Enrique arregló, por medio de mensaje, las condiciones de su coronamiento, con el papa, y eran las siguientes : « El » dia de su coronamiento, Enrique renunciará por escrito á » todas las investiduras de las iglesias : hará juramento de esto » en manos del papa y en presencia del clero y pueblo. Jurará » dejar á las iglesias que gocen de sus dominios con toda li» bertad. Confirmará á la Santa Sede en la posesion de los pa» trimonios y feudos que le pertenecen, á ejemplo de Carlo» magno y demás príncipes, sus sucesores. Con estas condi» ciones, el papa coronará á Enrique V y le reconocerá como » emperador. Le ayudará á mantener su autoridad en la Germa» nia, y prohibirá á los obispos usurpen las regalías ni atenten » en lo sucesivo á los derechos del príncipe. » Convenidas de ambas partes y firmadas estas condiciones, el rey hizo su entrada en Roma el domingo 11 de febrero de 1111, precedido de una inmensidad de gentes que llevaban ramos, palmas y flores en la mano : mas esta alegría habia de durar muy poco.

El papa aguardaba á Enrique IV en las gradas de la basílica de San Pedro. El rey no quiso entrar en la iglesia sino despues de verse rodeado de sus soldados, que con varios pretextos ocuparon militarmente todos los puntos vecinos. Cuando hubo desplegado todo este aparato militar, intimó al papa cumpliese su promesa y procediese á la ceremonia del coronamiento. El soberano pontífice respondió que, segun el convenio de Florencia, era necesario que Enrique renunciase solemnemente al pretendido derecho de las investiduras. « El convenio de » Florencia es nulo de pleno derecho, exclamaron los obispos » alemanes. Está formalmente opuesto al divino precepto del » Evangelio de *dar al César lo que pertenece al César*. » El papa protestó que jamás coronaria á un rey perjuro. Las negociaciones se prolongaron por todo el dia, y Pascual II quedó incontrastable. Entonces comenzó en la iglesia de San Pedro una de las mas viles escenas que nos cuente la historia. Los soldados invadieron el santo templo de Dios ; el papa fué guardado en una prision estrecha ; igual suerte cupo á gran número de obispos, clérigos y seculares ; los Alemanes saquearon los vasos sagrados y los preciosos ornamentos con que se habia decorado el santuario para la coronacion de su rey. Los Italianos que quisieron defender la majestad pontifical ultrajada, fueron despojados, apaleados y metidos en calabozos; y aun muchos perecieron por la brutalidad de la soldadesca. Toda la ciudad quedó tan alterada como atónita al saber estas crueldades y el cautiverio de su pontífice. Los Romanos usaron de represalias : mataron á los Alemanes, se arrojaron furiosamente contra las tropas del rey Enrique. Este príncipe es arrojado de su caballo, y herido en el rostro por el tumulto popular. Othon, conde de Milan, se echa en medio de la revuelta y logra salvar al rey ; mas pagó con la vida su celo, porque los Romanos se apoderaron de su persona y saciaron en él su venganza. Enrique V se aprovechó de las tinieblas de la noche para salir de Roma precipitadamente ; pero logró llevarse cautivo al augusto prisionero, á quien mandó quitar sus hábitos pontificales, y atar con cuerdas como á un reo.

22. Durante dos meses no se cesó en usar de las mas terribles amenazas y crueles tratos para doblegar la constancia de Pascual II, y determinarlo á reconocer el derecho de investidura. Por último, los obispos de Italia vinieron á hacerle presente la miseria en que yacian los que se hallaban en cadenas por la tiranía de Enrique V; la desolacion y desconsuelo de la Iglesia romana, que habia perdido casi todos sus cardenales; el peligro de un cisma que renovase los horrores de la guerra. Vencido por sus lágrimas, el infortunado papa exclamó: « Luego me veo forzado á hacer por la paz y libertad de la Iglesia lo que hubiera querido evitar á costa de mi sangre! » — Se concluyó pues un tratado entre ambas partes, y el 3 de abril de 1111 firmó el pontífice la bula otorgando las investiduras, que entre otras cosas decia así: « Os concedemos y confirmamos la prerogativa que nuestros antecesores han conferido á los vuestros, á saber: que deis la investidura con el báculo pastoral y el anillo á los obispos y abades de vuestro reino, elegidos libremente y sin simonía, y que ninguno pueda ser consagrado sin haber recibido de vos dicha investidura (1). » Firmado el tratado, el papa coronó solemnemente á Enrique V, y en el mismo dia entró en Roma, donde el pueblo le acogió con tanto entusiasmo que tardó un dia entero en llegar á su palacio. Pero Pascual II no gozaba de una libertad comprada á tanta costa; porque no hacia sino pensar en el deshonor con

(1) Es inútil repetir aquí los principios sentados respecto del papa Liberio. Pascual II, cautivo, encadenado, cede á la violencia, y firma el reconocimiento de las investiduras. El hombre sucumbe á la flaqueza humana, mas nada hay aquí que destruya la infalibilidad dogmática del papa enseñando libremente y *ex cathedra* una verdad de fe. Pascual no era libre, y como dice Bossuet, *todo acto motivado por la violencia es nulo por sí*. — El reconocimiento de las investiduras ¿implicaba herejía? Sí, si este reconocimiento supusiera el de la colacion de la potestad espiritual por el poder temporal: mas no, si este reconocimiento solo se entendia del homenaje que debian prestar al rey por los dominios vastos que de él recibian en calidad de grandes vasallos. Es evidente que Pascual II firmó en este sentido dicho reconocimiento del derecho de investiduras: y este doble punto de vista de la cuestion explica porqué en tanto que los concilios condenaban la investidura como una herejía, Yvo de Chartres y otros obispos sostenian la tesis contraria. Por manera que Pascual II, reconociéndola, sucumbia á una flaqueza que tanto deploró despues, pero que de ningun modo constituia verdadera herejía.

que cubria su pontificado semejante acto. Destruccion de la obra de Gregorio VII, servidumbre de la Iglesia, movimiento retrógrado que reponia á la Europa católica en los siglos bárbaros, estas y otras consideraciones no le permitian descansar. Gran número de obispos y cardenales vituperaban el tratado firmado á la fuerza. Los concilios de Italia y Francia condenaban las investiduras, y renovaban las excomuniones contra Enrique V: y todo anunciaba un cisma próximo en la Iglesia.

23. Para aquietar su conciencia, y dar confianza á los católicos alarmados, Pascual II convocó un concilio en la iglesia de Letran, que se abrió el 12 de marzo de 1112. El papa se presentó ante los obispos reunidos, se acusó de su debilidad, se despojó de sus ornamentos pontificales y declaró que, para reparar su culpa, estaba pronto á dimitir la silla de san Pedro. Todos los Padres le rogaron conservase su dignidad, y consintió en ello, diciendo: « Forzado por la violencia de que era » víctima, he firmado un tratado reprensible: yo deseo que » sea reparado el mal para salvacion de mi alma, y honor de » la Iglesia. » Protestó que recibia todos los decretos de los papas, sus antecesores, relativos á las investiduras y á la simonía: « Yo apruebo, continuó, lo que han aprobado, y con» deno lo que han condenado: yo defiendo y yo prohibo cuanto » han defendido y han prohibido Gregorio VII y Urbano II; y » con la gracia de Dios perseveraré siempre en estos mis sen» timientos. » Despues de esto, Girardo, obispo de Angulema, leyó en nombre del papa y del concilio la declaracion siguiente: « Nosotros todos, juntos en este santo concilio, condenamos, » por autoridad apostólica y juicio del Espíritu Santo, el pri» vilegio violentamente arrancado al papa Pascual por la tira» nía de Enrique, rey de la Germania. Lo consideramos y juz» gamos nulo y de ningun valor: y prohibimos, bajo pena de » excomunion, que tenga fuerza alguna. » Esta acta, firmada por todos los obispos asistentes, fué dirigida á todas las iglesias del mundo católico. Para mayor valor, Pascual II escribió en particular á muchos obispos dándoles cuenta de lo pasado. « Yo declaro nulo, decia á Guido, arzobispo de Viena, y con-

» deno el tratado relativo al privilegio de las investiduras fir» mado por Enrique V y por mí en el campo donde estaba » preso. » En 1116, en otro concilio de Letran, el papa tratando aun de las investiduras, dijo : « Confieso que falté, pero » os suplico rogueis á Dios para que me perdone. Yo anate» matizo ese tratado fatal que me hizo firmar la violencia en el » campo de Enrique V : quiero que no tenga ni autoridad ni » memoria alguna en la Iglesia. » Era imposible retractar mas franca y explícitamente un acto de debilidad tan digno de compasion y de excusa por sus aciagas circunstancias.

24. Baronio juzga el fondo de la cuestión de este modo : « La concesion de las investiduras, bajo reserva de libertad y » canonicidad de la eleccion, consentida por Pascual II, no » constituye herejía. Pero sostener que es de derecho canó» nico el que los legos hayan de dar investiduras, lo que jamás » hizo Pascual, hé aquí lo que constituye herejía formal. Por» que se introduciria en la Iglesia un error contrario á la doc» trina de los santos Padres, á la tradicion constante de todos » los siglos, y á la opinion misma de los escritores contempo» ráneos que han defendido á Pascual. » Habian causado indignacion extrema en todas partes el cautiverio del papa y la mala conducta de Enrique V : así es que no tardaron en llover protestas de filial amor á la silla apostólica. Entre los prelados franceses fueron los mas notables Hildeberto, obispo de Mans, Yvo, obispo de Chartres. Hasta Alejo Comneno envió una diputacion á Pascual II protestando su amor y afecto á la Santa Sede, y deplorando los ultrajes hechos al soberano pontífice por el rey de la Germania.

25. Enrique V veia con sumo disgusto estos testimonios de veneracion y amor prodigados al padre comun de los fieles. Le irritó sobre todo la retractacion de Pascual II. En 1117, marchó de nuevo á Italia al frente de un numeroso ejército. De paso por la Toscana, se apoderó de la herencia de la gran condesa Matilde, sin respetar las intenciones tan repetidas veces manifestadas por esta princesa, que ya en su vida habia hecho donacion á la Santa Sede de todos sus Estados. Pascual II

no aguardó la llegada á Roma del emperador, sino que se retiró á Benevento. Entró triunfalmente Enrique en Roma, jurando á sus habitantes que llevaba intenciones pacíficas. En el dia de Pascua quiso renovar la ceremonia de su coronamiento, mas no halló prelado que se prestase á hacérsela. Sin embargo llevaba consigo Enrique en calidad de legado apostólico á Mauricio Bourdin, arzobispo de Braga. Nuevo Judas, este ministro infiel traicionó á su señor. Puso la corona imperial en las sienes de Enrique V, en tanto que gemian desconsolados por tal cobardía el clero y el pueblo romano. Mauricio Bourdin manchó con otro sacrilegio su nombre. A la noticia de este escándalo, el papa juntó un concilio en Benevento y excomulgó al apóstata arzobispo. Este fué el último acto del reinado de Pascual II, que murió en el 18 de enero de 1118, dejando en la historia la memoria de un instante de flaqueza, rescatado con tantos años de valerosos combates é inflexible energía.

26. Su pontificado, tan fecundo en borrascas, lo fué tambien en consuelos. El reino latino de Jerusalen iba extendiendo su dominacion por el Asia. Las antiguas ciudades, ricas en recuerdos bíblicos, Charres en Mesopotamia, Tiro, Sidon, Tiberíades, Joppe, eran sometidas por los cruzados. Godofredo hacia admirar y amar el nombre cristiano entre los infieles. Muchos emires, descendidos de las montañas de Naplusa y Samaria, vinieron cierto dia á saludar y traer presentes al nuevo rey de Jerusalen. Godofredo estaba sentado en tierra, sin aparato ni guardias, lo que extrañaban sobremanera los Musulmanes. « ¡ Cómo! les dijo, la tierra de que salimos todos, » y en que hemos de entrar todos despues de la muerte, ¿ no » es silla bastante honrosa durante la vida? » Esta respuesta, tan oriental en su sencillez sublime, impresionó mucho á los emires, y no se separaron de Godofredo hasta despues de haber concluido con él un tratado de alianza : y dice un escritor árabe « que se admiraron mucho en Samaria cuando vieron » tanta cordura en los hombres del Occidente. » Godofredo de Bouillon sobrevivió solo un año á la conquista de Jerusalen, muriendo en 1100. Fué enterrado en la iglesia del Santo Sepul-

cro, al pié del monte Calvario. Las cenizas del héroe cristiano iban á estar en compañía de las de Josué, Gedeon, David y Judas Macabeo. Balduino, su hermano, heredó la corona y su valor. En su reinado se fundó el órden de los caballeros de San Juan de Jerusalen (ó de Malta). Ya hacía tiempo que los peregrinos habian fundado en esta ciudad un hospital, servido por hermanos hospitalarios que se dedicaban en él al servicio de Cristo en persona de los enfermos. En el momento de la conquista, este hospital fué un celestial recurso para los soldados heridos ó enfermos. La generosidad de los príncipes cruzados y del piadoso Godofredo aumentaron sus recursos en progresion de las necesidades. Entonces se pensó en establecer, con los hospitalarios, un órden militar que en caso de necesidad pudiese defender de un ataque enemigo con las armas en la mano á los peregrinos que cuidaban. Tal fué el orígen de esta órden tan célebre, cuya valerosa milicia hizó tan señalados favores á la cristianidad. Los nuevos religiosos se pusieron bajo la regla monástica de san Agustin. Hacian cuatro votos : obediencia, pobreza, castidad y celo por la defensa de los peregrinos contra los infieles. Su hábito fué el de los caballeros del tiempo con cruz encarnada de ocho puntas en el manto negro. El papa Pascual II confirmó en 1112 con bula especial la nueva órden, á la cual dió su forma definitiva, en 1118, su segundo maestre Ramon del Puy en un capítulo general, donde se distinguieron los miembros de la órden en tres clases : caballeros, servidores de armas y capellanes. Los canónigos, guardianes del Santo Sepulcro, armados tambien de caballeros por el rey Balduino en 1110, formaron mas tarde la órden de caballeros del Santo Sepulcro, que al fin del siglo xv fueron reunidos á los hospitalarios de San Juan de Jerusalen. Las mismas circunstancias dieron nacimiento, en la misma época, á un tercer órden de caballería. Hugo de Payns, caballero de la Champaña, Jofredo de San Omer y otros siete caballeros, reunidos al Santo Sepulcro, resolvieron consagrar su espada en defensa de la verdadera fe contra los Sarracenos. Abrazaron como los hospitalarios la regla de san Agustin, é hicieron voto de morir por la defensa

de la religion y la honra de Jesucristo; pero sin obligacion de cuidar de los enfermos. La casa en que habitaban en Jerusalen estaba próxima al lugar donde estaba antes el templo de Salomon; y de aquí tomaron el nombre de caballeros del Temple ó Templarios, que despues fueron tan célebres por sus hazañas militares y por su trágico fin. Los Templarios llevaban el hábito blanco con cruz encarnada. La fundacion sube á 1118, pero no tuvieron regla especial hasta el concilio de Troyes, en 1129, en el cual se la dió san Bernardo, y quedó obligatoria para todo el órden.

27. Acabamos de pronunciar el nombre de san Bernardo, que tanto ha de brillar en la Iglesia durante todo el siglo XII. La vida monástica arreglada por él; el gobierno del mundo puesto en sus manos por su santidad é ingenio; renovadas las maravillas de los primitivos años del cristianismo; dirigidas las cruzadas; incitadas las poblaciones á la defensa de la fe; príncipes gobernados por un simple monje [todo puesto en movimiento por él desde el fondo de su celda]; tal es el espectáculo que nos ofrece la vida de san Bernardo. Nacido cerca de Dijon, en un sitio ó quinta llamada de Fontaines (Fuentes), de familia noble y piadosa, Bernardo fué prevenido por la gracia, que tantas maravillas habia de obrar por medio de él. Su ejemplo edificaba á todos, y ya desde jóven gozaba de tal ascendiente de piedad y conviccion, que ya se preveia en él un maestro de reyes, consejero de papas y tutor de imperios. Su elocuencia meliflua y persuasiva le granjeó el renombre de *doctor melífluo* y el glorioso título de *último Padre de la Iglesia*. Dejó su casa paterna á los veintidos años, y acompañado de treinta y dos jóvenes señores, á quienes habia atraido á sus santas resoluciones, fué á tocar á la puerta del monasterio del Cister. El abad Estéban, director del convento, se apresuró á ofrecer hospitalidad á los nobles extranjeros: mas Dios no le enviaba huéspedes sino hijos. Bernardo y sus compañeros se postraron á sus piés y le pidieron el hábito monacal. Las pruebas del noviciado fueron para Bernardo otros tantos atractivos de perfeccion. Para conservar indeleble en su corazon el primer fervor,

se decia frecuentemente : *Bernarde, ad quid venisti?* Cuando llegó á gustar el amor divino, de tal modo temia verse un momento privado de tan celestial sentimiento, que negaba á sus sentidos hasta las mas naturales percepciones. Pasó un año entero sin saber si el techo de su celda estaba artesonado; y estaba tan muerto á la curiosidad, que nunca notaba las cosas exteriores. Su hermosa y sana naturaleza, ayudada con la gracia, le hacia encontrar un gusto maravilloso en la contemplacion de las cosas celestiales. Era ocupacion suya constante la sagrada Escritura, y aun se conserva entre los manuscritos de la biblioteca de Troyes, como un tesoro, la Biblia de que se valia sobrecargada de sus notas. Fué tan fecundo el ejemplo del jóven novicio, que durante los dos primeros años que estuvo en el Cister, se aumentó tanto el número de religiosos, que fué necesario pensar en hacer nuevo convento. El obispo de Langres y el conde Hugo de Champaña pusieron á disposicion del abad Estéban para esta fundacion, en la garganta de una montaña, un valle silvestre é inculto, conocido bajo el nombre de *Vallée d'absinthe,* que servia de asilo á ladrones y facinerosos. Bernardo fué escogido con doce religiosos para plantar la cruz de Cristo en aquel desierto, que mudó su nombre en el de *Valle ilustre*, ó *Claraval.* Allí fué donde la Europa entera tenia que admirar durante medio siglo en san Bernardo el ingenio mas sublime unido con la mas sublime virtud (año 1115).

28. Llenaba á la sazon las escuelas y monasterios de Francia con su reputacion un nombre famoso. Pedro Abelardo, nacido en Palais, cerca de Nantes, en 1079, habia recibido del cielo el don precioso de la ciencia; mas no supo ponerlo bajo la salvaguardia de la virtud, é hizo de este modo desgraciada su vida. Venido á París en la época en que la filosofía y las ciencias, restauradas por los trabajos de Lanfranco y de san Anselmo de Cantorbery, brillaban en todo su esplendor, Abelardo siguió desde luego las lecciones y escuela de Guillermo de Champeaux; mas en poco tiempo sobrepujó á su maestro el jóven Breton. Abrió este escuela en Melun, en Corbeil, y

en fin en París. Era tal el prestigio de su elocuencia y talento prodigioso, que do quiera enseñaba, las aulas no podian contener su numeroso auditorio. Se manifestaba en esta época un inmenso ardor de ciencia en el seno del mundo religioso. El siglo XII fué el despertador de la filosofía y ciencias cristianas. Abelardo recibió y comunicó este movimiento; pero su renombre le embriagó. Acogido en casa del canónigo Fulberto, son sobrado conocidas las relaciones suyas con Heloisa, sobrina de este su bienhechor. Las pasiones ejercieron un imperio tiránico en esta alma ardiente, y cuando estalló públicamente el escándalo, Abelardo fué desde luego á enterrar su vergüenza en el monasterio de San Dionisio. Obligado á salir de este, se retiró á Provins, donde iban á oirle mas de tres mil discípulos. Allí le encontraremos, al frente del movimiento racionalista de su época, acarreándose por sus doctrinas los ataques enérgicos de san Bernardo y los rayos de la Iglesia.

§ III. PONTIFICADO DE GELASIO II (25 de enero de 1118-29 de enero de 1119).

29. Muy previsor habia sido el odio del emperador de Alemania contra Pascual II. Este príncipe habia dejado en Roma, en manos de sus partidarios, instrucciones secretas que les prescribian que en caso de vacante de la Santa Sede, se opusiesen á la eleccion de nuevo papa antes de haber obtenido su consentimiento. A la muerte de Pascual II, los cardenales desconcertaron muy sagazmente estas precauciones tiránicas, y habiendo convenido en el modo de obrar, eligieron siete dias despues al diácono Juan de Gaeta, cardenal canciller de la Iglesia romana, noble anciano que manifestó un vigor verdaderamente apostólico en la carrera de su corto pero borrascoso pontificado. Tomó el nombre de Gelasio II. Al saber esto, Cencio Frangipani, cabeza de la faccion alemana, invadió la iglesia con tropa, asió de la garganta al venerable pontífice, le echó en tierra, le aporreó con sus manos y le hirió á espolazos; metió despues en un calabozo al papa, todo cubierto de sangre y heridas. Los cardenales y senadores que no podian huir

tuvieron igual suerte, y aun muchos fueron muertos. Al rumor de estas infamias, el prefecto de Roma, sus tropas é inmensidad de pueblo se transportaron armados al Capitolio, demandando á gritos al papa. Espantados los facciosos, dieron libertad al cautivo ilustre : se echan á sus piés, piden y logran perdon, y Gelasio II, llevado en triunfo por el pueblo, ebrio de júbilo, toma solemnemente posesion de su Silla.

30. Se fijó dia para su ordenacion, porque solo era diácono; pero Enrique V tomó la delantera. Acudió á marchas forzadas desde el fondo de la Alemania, y cierta noche vinieron á advertir al papa que el emperador ocupaba con sus tropas la iglesia de San Pedro. Decíale á Gelasio II : « Si quereis confirmar el » tratado que tengo hecho con el papa Pascual II, estoy pronto » á someterme á vuestra obediencia; si no, haré elegir otro » papa, y le pondré en posesion de la Santa Sede. » Gelasio II huyó precipitadamente de Roma embarcándose en el Tíber. Una tempestad violenta arrojó la embarcacion sobre la costa de Porto. Los soldados alemanes tenian cogida toda la orilla, y lanzaban flechas contra la galera pontifical. Al favor de las tinieblas de la noche, Gelasio se salvó y pudo llegar á Gaeta, su ciudad nativa, donde fué acogido con entusiasmo. Entretanto Enrique V hizo elegir en Roma un antipapa. Mauricio Bourdin, el legado infiel, excomulgado por Pascual II en el concilio de Benevento, era digno del papel de intruso que Enrique queria representase. Se vistió de la púrpura romana y tomó el nombre de Gregorio VIII. El verdadero papa habia sido consagrado en Gaeta, en presencia de Guillermo, duque de Apulia, de Roberto, príncipe de Capua, y de muchos señores italianos que le prestaron juramento de fidelidad. Juntó un concilio en Capua, donde excomulgó al antipapa y al emperador Enrique V. Al mismo tiempo dirigia al arzobispo de Toledo y á los demás obispos de España órden de proveer la iglesia de Braga de otro titular en lugar de Mauricio Bourdin, separado de la comunion de la Iglesia por su intrusion. Fué remitida otra carta á los príncipes y obispos de toda la cristiandad, participándoles los atentados cometidos contra la

majestad pontifical y la sentencia fulminada contra sus autores. Así conoció el mundo todo que los indignos herederos de Carlomagno empleaban contra la Iglesia romana el poder que habian adquirido de ella.

31. Despues de haber consumado el cisma, y renovado por tercera vez la ceremonia de su coronacion, Enrique V tomó el camino de Alemania, dejando á Roma en poder del antipapa y sus partidarios. Con peligro de su vida, el intrépido Gelasio II logró entrar secretamente en la ciudad eterna, y permaneció oculto en el seno de una familia fiel y celosa. Pero el dia de santa Praxedes quiso oficiar en la iglesia dedicada á esta santa. En medio de las ceremonias sagradas, Cencio Frangipani vino con tropa á sitiar la iglesia. Estéban el Normando y Crescencio Gaetano, sobrino del papa, resistieron valientemente. El combate duró parte del dia; pero Gelasio II pudo fugarse en medio del tumulto y se refugió en una cabaña aislada de la campaña de Roma, donde dió hospitalidad una pobre mujer al vicario de Cristo. Vinieron á reunírsele en el dia siguiente los cardenales y algunos criados. « Huyamos, les dijo Gelasio, huyamos de esta tierra de Egipto; huyamos de la nueva Babilonia! Cuando haya fijado su dia la Providencia, entrará en Roma aquel que hubiere escogido de entre nosotros el Señor. » El soberano pontífice fijó sus miradas en Francia, tierra tan afecta al pontificado, y el 7 de noviembre de 1118 aportó á las playas de la Provenza. El abate Suger, ministro de Ludovico el Craso, le recibió con los honores debidos á su rango y á la virtud perseguida. Gelasio II quiso descansar de sus fatigas en la abadía de Cluny; pero allí era donde Dios queria premiarle. El heróico pontífice murió el 29 de enero de 1119. Nada tenia que envidiar Enrique V á su padre: como él, hizo un antipapa; y como san Gregorio VII, Gelasio II murió en destierro. Los escritores modernos que en la cuestion de las investiduras toman parte por los emperadores, insisten poco en estos hechos.

§ IV. PONTIFICADO DE CALIXTO II (1°. de febrero de 1119-12 de diciembre de 1124).

32. Los cardenales que habian acompañado á Gelasio II en el destierro, le dieron por sucesor á Guido, arzobispo de Viena (Francia). La eleccion tuvo lugar en Cluny. El nuevo papa tomó el nombre de Calixto II. Recibia en tierra extraña el cetro del pontificado proscrito; pero estaba destinado á llevarlo triunfante á Roma, y á dar en fin la paz á la Iglesia. El emperador Enrique V principiaba á conocer que la lucha que tenia tan empeñada contra la Santa Sede era una de esas cuestiones de principio que jamás se resolverian en favor suyo. Los papas podian morir; pero el pontificado inmortal no abandonaria nunca una causa justa y santa. Se hallaban, aun entre los prelados alemanes, hombres honrados y rectos que no se disimulaban la gravedad de la situacion, y la inutilidad de la resistencia. Conrado, arzobispo de Salzbourg, no habia temido echar en cara á Enrique V su tiranía, cuando lo de la prision de Pascual II. Cierto oficial de guardias desenvainó su espada y le amenazó matarle. El heróico prelado le mostró el pecho descubierto diciéndole: « Heridme; puedo morir yo, mas no » haréis morir la verdad. » A consecuencia de su heróico valor fué desterrado. Alberto, canciller del imperio y arzobispo electo de Maguncia, mostró igual ánimo é intrepidez, por lo cual fué encadenado. Toda la Alemania deseaba en fin la paz. La dieta general de Tribur, año 1119, manifestó explícitamente este deseo de los pueblos. Enrique V temia verse abandonado de sus propios vasallos si aun prolongaba la guerra. Entretanto Calixto II le envió una diputacion, compuesta de Guillermo de Champeaux, obispo de Chalons, y Pons, abad de Cluny, para concertarse en las bases de una pacificacion. Enrique V les rogó le expusiesen medios de terminar este negocio, mas sin perder nada de su autoridad. « Señor, le dijo » Guillermo de Champeaux, si deseais una paz duradera, es » necesario renuncieis francamente y para siempre jamás á la » investidura de los obispados y abadías. Cuando yo fuí pro-

» movido al episcopado en el reino de Francia, no recibí nin-
» guna clase de investidura de mi rey y soberano señor; y sin
» embargo le pago á título de vasallo los tributos debidos. Yo le
» sirvo tan fielmente como pueden serviros vuestros obispos de
» Alemania, cuyas investiduras han levantado tal borrasca y
» os han acarreado la excomunion. » Enrique V se puso á reflexionar, y luego dijo: « Si es así, y si me prometeis que con
» esa condicion podré reconciliarme con el papa y restablecer
» la paz en Alemania, consiento en renunciar á las investidu-
» ras. » Fué pues señalada una conferencia en Mouson para ratificar solemnemente la paz entre la Iglesia romana y el imperio. Celebraba á la sazon Calixto II un concilio en Reims, y lo dejó para personarse en el sitio indicado por Enrique V. Pero este rey, estando á punto de concluir, conservando sin duda aun la esperanza de arrancar por violencia la concesion de las investiduras, rompió las negociaciones y se retiró á Alemania, so pretexto de convocar una dieta general y someterle las condiciones del tratado.

33. El papa regresó á Reims dolorido de esta mala fe. Mas aprovechó su mansion en Francia para terminar la querella movida entre Enrique II de Inglaterra y Ludovico el Craso. Enrique II se habia apoderado del ducado de Normandía, y retenia prisionero al duque Roberto, su hermano. Ludovico el Craso, en calidad de soberano, habia tomado la defensa de su vasallo oprimido. La cuestion fué resuelta á favor de Enrique II por el concilio de Reims. Calixto II cerró el concilio con la excomunion del emperador de Alemania y de sus partidarios. Ochenta y siete obispos y abades, revestidos de las insignias episcopales, se reunieron en la catedral, llevando cirios encendidos. Se leyó en su presencia la sentencia que condenaba al antipapa Mauricio Bourdin, y á su protector Enrique V de Alemania que se titulaba emperador, cuyos súbditos fueron absueltos del juramento de fidelidad á un monarca perjuro. En este momento, todos los asistentes apagaron en tierra sus velas, y repitieron las palabras del anatema. El abate Fleury y el P. Longueval omiten de intento la cláusula

que desata á los pueblos de la Germania del juramento de fidelidad á Enrique V. Esta cláusula nos muestra lo que los obispos de Italia, España, Francia, Inglaterra y Alemania pensaban entonces del poder pontifical, revestido por la opinion pública, en la edad media, del derecho de supremacía sobre los reinos. Para juzgar á un hombre ó á un siglo, ante todo es necesario saber lo que cree y lo que hace.

34. Antes de salir para Roma, Calixto II dió el título de misionero apostólico á san Norberto, y le encomendó predicar el reino de Dios en Francia y Alemania. Norberto, de ilustre nacimiento, estaba emparentado, por su padre, con los emperadores de Alemania, y por su madre descendia de la familia de Bouillon. Empleado desde su juventud en la corte de Enrique V, se entregó á todas las liviandades y placeres mundanos: y su corazon estaba embriagado por las esperanzas del siglo, por su nombre, mérito y fortuna. En 1114 iba cierto dia á una fiesta, y atravesaba á caballo un vallejo en el ducado de Cleves, cuando se vió sorprendido por una tempestad. Cayó á sus piés un rayo, y cayeron tambien á tierra el caballo y el caballero. Cerca de una hora quedó sin sentido Norberto: y cuando volvió en sí, creyó oir una voz del cielo que, como en otro tiempo á Paulo, le decia: « Norberto, Norberto, ¿porqué » me persigues? ¿Cómo es que malgastas en proyectos de am» bicion y orgullo los talentos y riquezas que te he dado para » gloria mia y para servicio mio? » El jóven cortesano se levantó mudado. Fué á echarse á los piés del arzobispo de Colonia, el cual le ordenó de sacerdote. Renunció entonces á los bienes y esperanzas del siglo por consagrarse exclusivamente al apostolado. Su palabra incisiva, elocuente, llena de energía y fuego, entusiasmaba las muchedumbres, calmaba las disensiones y apagaba las enemistades mas inveteradas, haciendo reinar en las almas el Evangelio. Toda Europa resonó con su nombre, y se decia: « La caridad, para conversar con los hombres, ha to» mado la figura de Bernardo; y la fe ha tomado la de Nor» berto. » Gelasio II y su sucesor habian bendecido su mision; y el obispo de Laon, que le veneraba mucho, quiso fijar en su dió-

cesis al varon apostólico, y con este objeto le dió la soledad de Premostrato para establecer una órden allí, donde efectivamente se estableció el santo con algunos compañeros. San Norberto era canónigo así como sus compañeros; adoptó con preferencia la regla de san Agustin, añadiendo constituciones mas austeras. Los canónigos reglares de Premostrato vivian en la mayor pobreza; ayunaban todo el año, guardaban silencio perpetuo, y llevaban hábito blanco de lana. Se propagó rápidamente el nuevo instituto; y los mas ilustres personajes de este siglo solicitaban el favor de vivir bajo la direccion de Norberto. El jóven Tibaldo IV, conde de Champaña, vino á ofrecer al santo abad tomase en sus manos los condados de Blois, Chartres, Meaux y Troyes, para entrar él como simple religioso en la abadía Premostratense. Tal propuesta hubiera podido seducir á una alma vulgar, pero los santos nivelan su conducta por miras mas elevadas. Norberto rehusó: « No será » así, dijo á Tibaldo: vos llevaréis el yugo del Señor en » la vida conyugal, y vuestra posteridad poseerá vuestros » grandes Estados con la bendicion de vuestros padres. » El conde se sometió, y por mediacion de san Norberto se casó con Matilde, hija del duque de Carinthia, con la cual vivió santamente. Norberto quiso que su órden reuniese ambos sexos. Abrió pues un monasterio de monjas, que muy pronto floreció. Entraron en esta nueva órden Ermengarda, condesa de Roussy; Inés, condesa de Braine; Adela de Montmorency, hija del condestable Boucardo; Beatriz, vizcondesa de Amiens; Anastasia, duquesa de Pomerania; Heduvigis, condesa de Cleves, y su hija Gertrudis. Las reglas que les prescribió el santo parecian superiores á su sexo; pero ni aun eran proporcionadas á su valor. Jamás salian del claustro; se habian prohibido toda relacion con el mundo; ni aun hablaban á sus mas próximos parientes sino en presencia de dos religiosas: llevaban hábito blanco de tela grosera; jamás comian carne, y su ayuno era perpetuo. Estas austeridades eran precisamente un nuevo atractivo; pues que se aumentó tan prodigiosamente el número de monjas, que quince años despues

se contaban mas de diez mil entre los diversos reinos. No fueron menos fecundos los conventos de monjes ; pues que treinta años despues de su fundacion se hallaban en capítulo general cerca de cien abades del órden. Hácia 1126, fué elevado san Norberto; muy á su pesar, á la silla de Magdeburgo, donde continuó su apostolado y murió santamente.

35. Terminado el concilio de Reims, Calixto II volvió á pasar los Alpes y penetró en la Lombardía. Los pueblos, cansados del yugo tiránico del antipapa, le salian por todas partes al encuentro, y le saludaban aclamándole verdadero Pastor de la Iglesia universal. La noticia de su llegada excitó en Roma transportes de júbilo. Mauricio Bourdin creyó prudente esquivarse del furor popular : se fugó á Sutri, se encerró en aquella fortaleza, esperando de Enrique V un socorro que no habia de venirle mas. Hizo el papa su entrada solemne en Roma entre cantos de triunfo, y fué entronizado en el palacio de Letran el 3 de junio de 1120. Un mes despues recorrió la Apulia y principales ciudades de la Italia meridional para reunir fuerzas contra el antipapa y concluir en fin con el cisma que afligia á la Iglesia. Mauricio Bourdin, sitiado en la fortaleza de Sutri, fué entregado por los habitantes, sitiadores, en manos de las tropas pontificales. Calixto II le perdonó la vida y se contentó con confinarlo por el resto de sus dias, en 1121, al monasterio de Cava. Enrique V, ocupado en reprimir una nueva insurreccion de la Sajonia, no pódia acudir en favor del antipapa. Pero los acontecimientos le superaban de todas partes. Los señores alemanes, el clero y el pueblo, cansados de una lucha estéril que desde medio siglo agotaba las fuerzas de la nacion, pedian la paz; y la cuestion de las investiduras habia sido examinada tantas veces, que al fin todo el mundo la comprendió, y todos se hicieron cargo de la ridiculez y absurdo de ver poner por legos el báculo y el anillo en mano de los obispos y abades. Así que esta causa iba careciendo de soldados. Abrióse pues una dieta en Wormes, año 1121, para concluir la paz definitiva. Asistieron á ella, en calidad de legados del papa, Lamberto, obispo de Ostia, el presbítero Sajonio

y el diácono Gregorio. Despues de dos semanas de debates, fueron convenidos los dos tratados ó artículos siguientes: «Yo » os otorgo, dice el papa al emperador, que las elecciones de » los obispos y abades del reino teutónico se hagan en vuestra » presencia sin violencia ni simonía. El electo recibirá de vos » la investidura de las regalías por el cetro. De este modo os » doy la paz á vos y á todos los que han seguido vuestro par- » tido en estas discordias tan prolongadas.» Por su parte decia el emperador: «Por amor de Dios, de la santa Iglesia ro- » mana y del papa Calixto II, y para salvacion de mi alma, » renuncio á toda investidura por el báculo y el anillo pasto- » ral. Conservaré paz con el papa Calixto II y la santa Iglesia » romana, y le daré fielmente socorro cuando me lo pidiere. » Otorgo á todas las iglesias de mi imperio las elecciones ca- » nónicas y las consagraciones libres.» Ambos tratados ó artículos fueron leidos en una asamblea que se celebró el 23 de setiembre de 1122 en una inmensa llanura á las orillas del Rhin. Cuando se hubieron concluido los tratados de parte á parte, el obispo de Ostia celebró la santa misa y dió la sagrada comunion al emperador en señal de reconciliacion. Los legados pronunciaron en seguida la absolucion de la excomunion sobre todo el ejército imperial y cuantos hubiesen tomado parte en el cisma. Se concluyó definitivamente la contienda de las investiduras: apenas hacia treinta y siete años que habia muerto san Gregorio VII.

36. Para sellar mas irrevocablemente la alianza entre el sacerdocio y el imperio, Calixto convocó para la iglesia de Letran el noveno concilio general y primero de Occidente, año 1123. Asistieron á él trescientos obispos y seiscientos abades de todas las partes del mundo. El papa ratificó en él y promulgó solemnemente el tratado de paz concluido con Enrique V. Se convino en que las elecciones de obispos y abades de la Germania se hiciesen en adelante, sin simonía, en presencia del emperador ó de sus delegados, y que los vasallos elegidos recibirian de él, por la entrega del cetro, como se practicaba con los otros vasallos, la investidura de las *regalías*,

esto es, de los feudos y otros dominios temporales, concedídos á la Iglesia por los príncipes. Y en fin se renovaron con el mayor rigor las excomuniones fulminadas contra los Nicolaítas, simoníacos, y contra aquellos partidarios del antipapa Mauricio Bourdin que persistiesen en el cisma. El noveno concilio general terminó gloriosamente el pontificado de Calixto II. En menos de seis años, acabó de pacificar este papa la Iglesia y el imperio, reparó las faltas ó flaquezas de sus antecesores, restableció la autoridad de la Santa Sede y el esplendor del órden jerárquico: consumó en fin la realizacion del plan de san Gregorio VII, y murió el 13 de diciembre de 1124. El emperador Enrique V le sobrevivió poco, pues murió el 23 de mayo de 1125, sin dejar hijos. Se extinguió en él la antigua casa de Sajonia, que reinaba doscientos siete años hacia. Lotario II, el mas próximo pariente de esta familia por su esposa, que descendia de un tio de san Enrique, fué elegido en Maguncia el 30 de agosto de 1125 y subió al trono de Alemania.

37. El desórden y relajamiento de costumbres, arraigados durante la larga lucha de las investiduras, favorecieron la invasion, en las iglesias de Occidente, de una muchedumbre de sectas, retoños del maniqueismo, y que erigian al vicio nada menos que en sistema. De este modo volvian á reanudar la cadena de los herejes de Orleans, Arras, Tolosa, restos de los Paulicianos de Oriente, precursores de todos los sistemas mas modernos, que, bajo diversos nombres, tienden á destruir los principios de autoridad, de la subordinacion jerárquica, de la propiedad, de la familia y de la sociedad. Sus errores dogmáticos, comunes en ciertos puntos, tales como la inutilidad de los sacramentos, de la invocacion de los santos, de su culto y veneracion de reliquias, la inutilidad en fin de las oraciones por los difuntos, difieren en algunos otros, segun el nombre de los cabezas de secta. Pero sus principios morales son los mismos; negacion de todo poder y autoridad; negacion de toda regla obligatoria; licencia y escándalo. El primer nombre en este género es el de Pedro de Bruys en el siglo XII, cuyos

discípulos se llamaron Petrobusianos. Recorrió el Delfinado, la Provenza y el Languedoc, echando abajo las cruces y quemándolas, rebautizando á los niños, enseñando que las iglesias eran inútiles, y que Dios no tenia mas templo que el universo. Las gentes le seguian con entusiasmo, asesinaban á los sacerdotes, saqueaban y quemaban las iglesias y cometian todo exceso. Enrique de Lausana, el discípulo mas célebre de Pedro de Bruys, llevó á la Suiza y provincias del poniente de la Francia las mismas doctrinas y desórdenes. La sociedad estaba tan interesada como la religion en la represion de tales sectarios, y esta consideracion explica los rigores que la potencia secular usó contra ellos, lo mismo que contra los Valdenses y Albigenses, de quienes eran la vanguardia. — Por la misma época un fanático de Amberes, llamado Tanchèlme ó Tanquelino, amotinó los pueblos por los mismos medios; y aun llevó su delirio hasta hacerse adorar como un dios. Renovó las tradiciones de los Adamitas, y pretendia atraer al mundo á su desnudez primitiva, restituyéndole su perdida inocencia. Las predicaciones de san Norberto, en Amberes, lograron convertir á muchos extraviados. Los discípulos de Tanquelino se esparcieron por todo Flandes, por las orillas del Rhin, infestando la diócesis de Colonia. Afectaban vida muy austera y pobre, se levantaban contra el primado del papa y contra todo el órden jerárquico. Se titulaban los pobres de Cristo, los imitadores de los Apóstoles, de donde tomaron el nombre de *Apostólicos*.

38. Hácia la misma época se manifestaban errores análogos en el Oriente. Los *Bogomitas* (nombre esclavon que significa *sectarios de la oracion*) inundaban el imperio de Constantinopla, bajo la direccion de un impostor búlgaro llamado Basilio. Estos fanáticos desechaban todo el conjunto de los dogmas cristianos. Segun ellos, la encarnacion de Cristo, su vida, pasion y muerte solo habian sido apariencias sin realidad. Desechaban la Eucaristía, á que llamaban *sacrificio de los demonios*, y no reconocian mas comunion que la de pedir á Dios el pan cotidiano rezando el *Pater noster*. Y en efecto, rezaban y re-

petian sin cesar esta oracion, circunstancia que les valió el título de *Bogomitas*. Respecto de la moral, nos bastará citar una expresion de la princesa Ana Comnena: « Hubiera que» rido dar á conocer su herejía, dice; mas no quiero manchar » mi pluma. » El emperador, su padre, se esforzó vanamente en traer á la razon á estos insensatos. Basilio, su jefe, condenado al fuego, prefirió ser quemado en la hoguera á abjurar sus errores. Los Bogomitas, bajo el nombre de Búlgaros, penetraron en la Lombardía, de donde pasaron á Francia, y mas tarde se mezclaron con los Albigenses, en la Provenza, y con los Cátharos en Alemania.

39. En tanto que estas sectas principiaban, en Oriente y Occidente, una especie de reaccion impía contra el espíritu de fe que se manifestaba mas y mas en el mundo cristiano, con la extension de las órdenes religiosas y el gran movimiento de las cruzadas, tomaba nacimiento en el claustro una nueva literatura, inspirada por los recuerdos de la guerra santa, y reflectando el entusiasmo que habian excitado en Europa estas expediciones lejanas. Guiberto, sabio y virtuoso abad de Nogent-sous-Coucy, la inauguraba con su historia de la primera cruzada, que con admirable inventiva de expresion intituló: *Gesta Dei per Francos*. La grandeza del asunto; la sencillez del estilo; el colorido oriental é ingenuidad del monje cronista; las hazañas de los caballeros y barones franceses en los campos de batalla cuyos nombres, de por sí, eran encanto y magia para imaginaciones alimentadas de recuerdos biblícos; reinos, principados y feudos fundados en Jerusalen, Edesa, Antioquía, Joppe y Tiro por la espada de los Francos; las marchas aventureras, los hechos heróicos de los Godofredos de Bouillon, de los Tancredos, Bohemundos y Robertos de Normandía, todo, todo esto era muy propio para mantener en el Occidente el santo entusiasmo de las guerras santas. El grito de: *Dios lo quiere,* prolongado de eco en eco [y resonando en todo el mundo, y vibrando en todos los corazones] con la santa embriaguez del buen éxito y el noble orgullo de un triunfo cuya gloria se referia á solo Dios, tal es el asunto de esta obra

singular. Se podia ya prever que no se habia apagado el ardor de las cruzadas, y que nuevas generaciones de héroes, envidiosas de imitar á sus antepasados, se contemplarian ufanas de ir un dia á derramar su sangre en las llanuras del Asia por rescatar al santo Sepulcro y libertar á Jerusalen.

CAPITULO VI.

SUMARIO.

§ I. Pontificado de Honorio II (21 de diciembre de 1124–14 de febrero de 1130).

1. Circunstancias extraordinarias de la promocion de Honorio II. — 2. Estado de la cristiandad al advenimiento de Honorio II. — 3. Influencia de san Bernardo en su siglo. — 4. Pedro el Venerable, abad de Cluny.— 5. Sugerio y la abadía de San Dionisio. — 6. Enrique, arzobispo de Sens. *De los deberes de los obispos*, por san Bernardo. — 7. Estéban de Senlis, obispo de Paris. — 8. Concilio de Troyes. — 9. San Othon, obispo de Bamberga, apóstol de la Pomerania. Victorias de los cristianos contra los Moros bajo Alonso VI el Magno, y Alfonso VII. Muerte de Honorio II.

§ II. Pontificado de Inocencio II (17 de febrero de 1130-24 de setiembre de 1143).

10. Cisma del antipapa Pedro de Leon. — 11. Viaje de Inocencio á Francia. — 12. Milagro de los *Ardientes*. — 13. Concilio de Reims. Coronamiento de Luis XII el Jóven, hijo de Ludovico el Craso. — 14. Rogerio, duque de Sicilia, y Guillermo, duque de Aquitania, están solos por el antipapa. Salida de Inocencio II. El papa en Claraval. — 15. Inocencio II regresa á Roma. Coronamiento del emperador Lotario. — 16. Segundo viaje de san Bernardo á Italia. Concilio de Pisa. San Bernardo en Milan. — 17. San Bernardo y Guillermo, duque de Aquitania, en Parthenay. — 18. Tercer viaje de san Bernardo á Italia. Conferencia del abad de Claraval y Pedro de Pisa en Salerno. Fin del cisma del antipapa Pedro de Leon. — 19. Décimo concilio ecuménico, segundo general de Letran. El duque Rogerio es reconocido rey de Sicilia. — 20. Pedro de La Chatre, arzobispo de Bourges. Roaldo, conde de Vermandois. Entredicho del reino de Francia. — 21. Incendio de Vitry-le-Brulé. Muerte de Inocencio II. — 22. Condenacion y muerte de Abelardo. — 23. Arnaldo de Brescia. — 24. Doctores y santos personajes del pontificado de Inocencio II.

§ III. Pontificado de Celestino II (26 de setiembre de 1143-9 de marzo de 1144).

25. Eleccion y muerte de Celestino II. Levanta el entredicho lanzado contra el reino de Francia por su antecesor. — 26. Profecías de san Malaquías, obispo de Armagh.

§ IV. Pontificado de Lucio II (10 de marzo de 1144-25 de febrero de 1145).

27. Proclamacion de la república en Roma por los partidarios de Arnaldo de Brescia. Muerte de Lucio II.

§ V. Pontificado de Eugenio III (27 de febrero de 1145–8 de julio de 1153).

28. Eleccion de Eugenio III. Carta de san Bernardo á los cardenales y al nuevo

§ I. PONTIFICADO DE HONORIO II (21 de diciembre de 1124-14 de febrero de 1130).

1. Tres dias despues de la muerte de Calixto II, los cardenales y obispos se juntaron en San Juan de Letran y eligieron papa á Tibaldo, cardenal-presbítero de Santa Anastasia, que tomó el nombre de Celestino II. Pero apenas se le habia revestido de los ornamentos pontificales, y mientras el clero y pueblo cantaban el *Te Deum*, Leon Frangipani al frente de una tropa de sediciosos invadió la iglesia gritando: « Lamberto, » obispo de Ostia, es nuestro papa! Viva Lamberto, soberano » pontífice, padre de los Romanos! » El tumulto iba en aumento, y para apaciguarlo, Celestino tuvo la modestia de ceder la tiara á su competidor. Los cardenales consintieron y ratificaron la eleccion de Lamberto, el cual, por lo demás, solo podia tener contra sí el haber sido aclamado su nombre por facciosos, aunque sin la menor participacion suya. Lamberto fué puesto en posesion de la Santa Sede, y tomó el nombre de Honorio II. Pero á los siete dias, restablecida la calma, juntó á los cardenales y les declaró que no queria una dignidad adquirida poco canónicamente é impuesta por la violencia. Al mismo tiempo se despojó de la tiara y de la capa encarnada, que entregó en sus manos. Y así, en una semana, dos cardenales daban como á porfía ejemplo de admirable desinterés. La asamblea, conmovida de tanta humildad, se postró á los piés de Honorio II, le suplicó guardase un puesto del cual era tan digno, como lo hacia ver, y le prestó juramento de fidelidad.

2. El nuevo pontificado, inaugurado con tanta nobleza y

grandeza de alma, fué una era de prosperidad y de paz para la Iglesia, que descansaba en fin de sus prolongadas borrascas. Honorio II ejerció sin obstáculo su autoridad apostólica en toda la cristiandad. En Inglaterra, Juan de Crema, su legado, presidia el concilio de Westminster, que adoptó todos los decretos del concilio ecuménico de Letran contra las investiduras, la simonía, incontinencia de los clérigos y la pluralidad de beneficios. Se examinó y remitió á la decision definitiva del papa Honorio II la cuestion de preeminencia entre las sillas de Cantorbery y de York : el papa, para cortar la disputa, dió al arzobispo de Cantorbery, Guillermo, los poderes de legado apostólico en Inglaterra y Escocia. A peticion de los reyes de Dinamarca, Suecia y Bohemia, fueron enviados á esos reinos delegados apostólicos para la reforma de abusos y restablecimiento de la disciplina. En el Oriente, se fundaron en las provincias conquistadas por los cruzados nuevos obispados, en comunion con la silla de san Pedro, volviendo la Iglesia á tomar posesion de los lugares que fueron su cuna. El emperador Alejo Comneno murió en Constantinopla en 1118, en brazos de la princesa Ana Comnena, su hija é historiógrafa. « Mi » padre exhaló su último aliento, dice sollozando; se puso el » sol de mi corazon, se apagó la luz mia. » Alejo Comneno no ha sido juzgado siempre por la historia tan favorablemente como por su hija : tuvo sin embargo grandes cualidades que compensaron su astucia cautelosa y su conducta equívoca con los cruzados. Ya hemos visto que con motivo del cisma de Mauricio Bourdin, el emperador griego envió sus disputados al papa Pascual II, asegurándole su fidelidad. Su sucesor Juan Comneno mantuvo con la Santa Sede iguales relaciones. Los Griegos tenian sobrada necesidad de los Latinos y eran prudentes : mas por desgracia no perseveraron mucho en tan buena senda. — Solo habia dos cuestiones políticas en este momento que podian perturbar la paz del mundo : la sucesion de Enrique V al trono de Alemania, y la de Guillermo, duque de la Apulia é Italia meridional, ambos muertos sin hijos. Lotario II, duque de Sajonia, habia sido escogido para suce-

der á Enrique V : los legados del papa habian asistido á la dieta de Maguncia, en donde sesenta mil Alemanes defirieron la corona imperial á este príncipe. Sin embargo Conrado de Franconia, y Federico de Suabia, sobrino de Enrique V por la princesa Inés, su hermana, protestaron contra esta eleccion y tomaron las armas, y Conrado se hizo coronar en Milan por el arzobispo Anselmo. La Alemania iba á ser inundada de nuevo en sangre. El papa mientras los debates, que duraron hasta 1135, se declaró constantemente por Lotario, cuyos derechos eran incontestables, por cuanto la corona de Alemania era entonces electiva, y que la eleccion sola daba la legitimidad. Por fin Conrado se sometió definitivamente; pero Honorio II excomulgó al arzobispo de Milan por haberse ingerido en la consagracion de Conrado. La sucesion del ducado de la Apulia interesaba mas directamente á la Santa Sede, la cual segun los tratados tenia soberanía en todas las provincias conquistadas en Italia por Roberto Guiscardo y los Normandos. A la muerte de Guillermo, último titular, hubiera sido mas próximo heredero el príncipe de Tarento, Bohemundo, como nieto de Roberto Guiscardo; pero era príncipe de Edesa, en Oriente, y no podia venir á tomar posesion de sus Estados de Europa. Rogerio, conde de Sicilia, primo de Guillermo, se presentó pues para recibir la sucesion, que carecia de heredero hábil mas próximo. Segun las leyes feudales de la época, la Apulia podia ser devoluta á la Santa Sede; porque los feudos, á defecto de herederos varones, eran devolutos al soberano. La cuestion era pues *complexa,* y comenzaron las hostilidades. Por fin en 1128 se concluyó una transaccion : el papa Honorio II dió la investidura de la Apulia y de la Calabria á Rogerio, duque de Sicilia, que le prestó pleito homenaje y juramento de fidelidad.

3. Principiaba ya en este tiempo á extenderse la alta reputacion de san Bernardo. Durante veinticinco años se estuvo viendo el sorprendente espectáculo de un hombre que no era del mundo y que gobernaba al mundo; de un solitario en relacion con papas y emperadores, con reyes y reinas, príncipes y

obispos, monjes y soldados, sabios é ignorantes, habitantes de ciudades y anacoretas del desierto, con el Oriente y el Occidente; dominando todo el universo con el atractivo de su palabra, con el ascendiente de su carácter é ingenio, con la grandeza y brillo de sus milagros, con el ejemplo de sus virtudes aun mas extraordinarias. Naturaleza escogida, verdadero pescador de hombres, de quien las madres alejaban sus hijos, las esposas sus maridos para sustraerlos á irresistibles persuasiones; prodigio de elocuencia que hablaba á todos el austero lenguaje de la verdad y se hacia, con todo, amar con entusiasmo; el mas suave de los hombres, el que doblegaba con su mansedumbre los caractéres mas indómitos, apaciguaba las guerras civiles y contiendas religiosas; milagro vivo del poder de la religion y de los santos atractivos de la gracia. Hay dos hombres en san Bernardo: el hombre de accion que dominó á su siglo, y el hombre de luces que lo ilustró. Como orador, como escritor, ocupa el lugar preferente de su época; como hombre de accion ejerció en todos los órdenes de la sociedad tal influencia, que desde el fondo de su soledad de Claraval era realmente el alma del mundo. Y esta celebridad que le perseguia hasta en el desierto, le importunaba frecuentemente. Escribia al antiguo obispo de Belley: « Soy, en cierto » modo, la *quimera* de mi siglo: llevo una vida que ni es de » monje ni de secular. He abandonado, desde mucho há, la » vida de solitario, aunque llevando el mismo hábito. No quiero » deciros lo que tantos os habrán dicho, ni lo que hago, ni lo » que escribo, ni lo que estudio; ni los grandes peligros en » que me veo en medio del mundo, ó mas bien en qué abismo » de negocios estoy metido. Os suplico solamente que me ayu- » deis con vuestros consejos y oraciones. » En medio de vida tan activa, san Bernardo hallaba tiempo de escribir numerosas obras que en nada se resienten de la precipitacion con que forzosamente tenia que componerlas; por manera que hay de que espantarse á la vez, que físicamente haya podido resistir á tantas fatigas, y que su entendimiento haya podido bastar á ocupaciones tan varias. Su estilo es vivo y florido; sus pensa-

mientos ingeniosos, su imaginacion brillante y fecunda en alegorías : la sagrada Escritura le era tan familiar, que casi la sabia toda de memoria, y á cada frase reproducia muy naturalmente sus ideas y expresiones.

4. En tanto que esta lumbrera del órden del Cister iluminaba al mundo, la congregacion de Cluny tenia á su cabeza un santo abad, Pedro Mauricio, á quien han dado el título de Venerable sus virtudes y sabiduría. Era de la familia de Montboissier, una de las mas antiguas é ilustres de la Auvernia. Apenas tenia treinta años, cuando los religiosos le eligieron superior general. Enriquecida por la libertad de los reyes de Francia, esta órden se habia relajado algun tanto, pues que la regla de san Benito habia recibido algunas modificaciones. La atencion pública se habia fijado sobre el Cister por su austeridad y regularidad : el mundo se dividió en dos campos ; los unos estaban por los monjes Cistercienses, los otros por los Cluniacenes. San Bernardo y Pedro el Venerable escribieron cada cual de su lado la apología de sus institutos. La disciplina ganó en esta contienda, cuyo principio fué solo una santa emulacion, y Pedro el Venerable se aprovechó para traer al órden de Cluny á la piadosa austeridad de su fundacion. A pesar de esta polémica, estas dos grandes almas estaban enlazadas con la mas estrecha amistad. « Si fuera permitido, escribia Pedro el Venerable á san Bernardo, y si la Providencia no se opusiera á » ello, si el hombre pudiera escogerse el camino por donde ha » de marchar, mas estimara estar bajo vuestra direccion que » dominar ó reinar en parte alguna sobre mortales. Y en » efecto, ¿ podrian valer todas las coronas del mundo la dicha » de vuestra compañía que tan apasionadamente buscan los » hombres y hasta los ángeles mismos envidian ? Estos espíritus » celestiales os miran ya como su conciudadano, aun cuando » no goceis todavía de la venturosa mansion que esperais. Por » lo que á mí toca, me tuviera como asegurado de vivir en ella » eternamente con vos, si con vos tuviera la dicha de vivir » aquí bajo hasta mi último aliento. » San Bernardo, por su lado, remitia á Pedro el Venerable una carta de recomenda-

cion al soberano pontífice, en que se expresaba así: «Fuera » extravagancia recomendaros el abad de Cluny y querer ser- » vir de patrono á aquel cuyo patronato busca todo el mundo. » Pero si mi carta es superflua, yo satisfago mi propio corazon. » Gracias á ella, yo viajo en espíritu con un amigo á quien no » puedo seguir con el cuerpo. ¿Habrá nada capaz de separar- » nos? La altura de los Alpes, la nieve que cubre sus cimas, » lo largo del camino, nada, nada me desprenderá de él. Yo » le estoy presente, yo le acompaño por do quiera, en parte » ninguna podrá estar sin mí. Yo suplico pues á Vuestra San- » tidad que honre, en este grande hombre, á un ilustre miem- » bro del cuerpo de Cristo, á un vaso de honor y eleccion, » lleno de gracia y de verdad, colmado de méritos y buenas » obras. Derrame Vuestra Santidad sobre él sus beneficios con » profusion para que lleguen hasta nosotros; porque, debo » decirlo á Vuestra Santidad, él se complace en asistir á los » pobres de nuestra congregacion, provee á sus necesidades en » cuanto se lo permiten los bienes de su abadía. Otorgadle » pues cuantas peticiones os hiciere, en nombre de Cristo, á » no ser que solicite de vos el permiso de abdicar el gobierno » de su órden, lo que pudiera sugerirle su humildad.» ¡Noble y sentimental lenguaje de una amistad que tenia por principio la virtud, y por comun esperanza el cielo!

5. Las conquistas mas brillantes de san Bernardo, en su propagacion de reforma moral, fueron el ilustre Sugerio, abad de San Dionisio y ministro de Ludovico el Craso; Enrique, arzobispo de Sens, y Estéban de Senlis, obispo de París. Sugerio, ministro glorioso que fué consejero y guia de dos reyes, cuya sabiduría mejoró la justicia, leyes, relaciones exteriores y estado social de la Francia, y que fué proclamado por Luis VII el *Padre de la patria,* se habia dejado en un principio seducir por las vanidades del siglo y fausto de las cortes. Leyendo las obras de san Bernardo fué tocado de la divina gracia, y le abrió su corazon. Señaló su conversion con la reforma de su propia conducta, y luego por la del monasterio suyo. San Bernardo le escribió felicitándole de cambio tan

dichoso. « La consoladora noticia de vuestra conversion se publica por todas partes; y los siervos de Dios se regocijan » del triunfo de la gracia. Aun los que no os conocen, no saben » lo que erais antes y lo que sois ahora sin bendecir el poder de » Dios. Un cambio tan repentino y raro solo puede ser obra » del Todopoderoso. Si hay en el cielo gran júbilo por la con- » version de un solo pecador, ?cuánto mas no habrá por la de » toda una comunidad, y una comunidad como la vuestra? » Esta antigua casa de San Dionisio, tan célebre por el favor » de los reyes, habia decaido de su primitivo fervor. Se daba » allí al César lo que era del César, pero no se daba á Dios lo » que es de Dios. Mas ahora los religiosos, llamados á mayor » santidad, dan ejemplo de todas las virtudes monásticas. En » este santo retiro es el primer cuidado conservar el alma en » paz y angélica inocencia, hacer florecer la disciplina y ali- » mentar el corazon con santas lecturas. Elevan el pensa- » miento hácia los objetos celestiales un silencio continuo, un » profundo recogimiento. El canto dulce de los salmos é him- » nos hace descansar de los rigores de la abstinencia y de los » laboriosos ejercicios de la vida ascética »

6. Enrique, arzobispo de Sens, habia imitado á Sugerio en su vida mundana, y le imitó en la penitencia. Escribió á san Bernardo para pedirle una instruccion sobre los deberes del obispado, y el santo abad le respondió : « Al saber lo que se » reprendia en vuestra administracion, estaba mas tentado » de teneros lástima que de reprenderos. ¡Ah! me decia yo » mismo, si la vida de los otros es tentacion continua, ¿á cuán- » tos peligros no está expuesta la vida de un obispo, encar- » gado de la solicitud de todo un rebaño? Yo estoy escondido » en una gruta, yo soy una lámpara que humea mas bien que » no luce, y sin embargo no me veo al abrigo de la impetuo- » sidad de los vientos : yo me veo azotado por la tempestad, » y movido como caña flaca al soplo de la tentacion. ¿Qué » será del que está levantado sobre la montaña, colocado en » el candelero? Lo que me tranquiliza es que Dios os ha hecho » encontrar entre vuestros sufragáneos dos consejeros y ami-

» gos santos y prudentes (1). Siguiendo sus consejos no seréis » ni precipitado ni violento; no seréis demasiado severo en per- » donar ni sobrado fácil en tolerar; no seréis suntuoso en » vuestra mesa, ligero en prometer y lento en ejecutar, pródigo » en vuestros beneficios. No reinará ya en vuestra diócesis la » simonía y avaricia, lepras de nuestros dias. En una palabra, » honraréis vuestro ministerio, y digo *vuestro ministerio,* para » mostraros que sois obispo para servir, no para dominar. » Guardaos bien de poner vuestra honra en la pompa de las » vestiduras ni en la magnificencia de vuestros palacios y ser- » vicio... Por mas que yo calle, por mas que disimule la » corte, la miseria de los pobres y el hambre que les ator- » menta les fuerza á exclamar : *Decidnos, obispos, ¿qué hace » el oro, no en el templo, sino en el enjaezamiento de vuestros » caballos?* (2) Acaso esos frenos dorados nos dan pan y ves- » tido? ¿Así es como empleais nuestro patrimonio? Vuestros » lujos son tesoros que nos robais para satisfacer vuestra vani- » dad.» Muchos malintencionados han hallado en estas expresiones de san Bernardo motivo para querer igualdad y comunidad en el mundo; es evidente que el santo abad condena el abuso no el uso de los bienes en los prelados. Si en circunstancias extraordinarias es verdad que los obispos serian simples misioneros y llevarian *la cruz de madera que salvó al mundo,* no es menos cierto que conviene al bien mismo de los fieles el que los prelados se vean revestidos de ciertos emblemas que representen su elevada mision y su alta dignidad.

7. Las reprensiones de san Bernardo tocaban mas particularmente á Estéban de Senlis, obispo de París, que se habia dejado fascinar por el fausto de la corte. El rey Ludovico el Craso le queria mucho y le colmaba de favores para tenerle siempre cerca de su persona. Sin embargo, Estéban quedó ya muy conmovido del discurso de san Bernardo, y cuando supo la conversion de Sugerio y del arzobispo de Sens, se decidió

(1) Los obispos de Chartres y de Meaux.
(2) Perseo, *Sat.* I.

resueltamente á dejar la corte para no ocuparse exclusivamente sino en el pasto de su rebaño. El rey, que era bueno, pero de genio pronto, sintió mucho este retiro, y cambió en odio el afecto que antes profesaba á Estéban. Algunos clérigos, descontentos del restablecimiento de la disciplina, agriaron aun mas el ánimo de Ludovico el Craso. Por órden de este príncipe Estéban fué despojado de sus bienes, y aun se atentó á su vida. El obispo, en castigo de este desacato, lanzó entredicho en su diócesis, y se retiró á Sens, bajo el amparo de su metropolitano. Los dos prelados fueron juntos al Cister, donde á la sazon estaba reunido el gran capítulo de los abades de la órden. Expusieron sus agravios contra Ludovico el Craso, y san Bernardo redactó un memorial en que se suplicaba al príncipe pusiese término á estas escenas aflictivas y volviese á admitir en su gracia al obispo de París. « Vos mismo nos habeis pedido, » señor, nuestras oraciones; no os opongais á su eficacia per- » siguiendo á los ministros de Dios. » El rey se mostró inflexible. San Bernardo viajó de intento á París, esperando alcanzar de viva voz lo que no habia conseguido por escrito; mas todo fué en vano. La muerte de su hijo primogénito, el príncipe Félipe, que murió de una caida de caballo, produjo en él mayor efecto, y viendo en este castigo un aviso del cielo, se apresuró á llamar á Estéban.

8. Por este mismo tiempo, año 1128, presidia el cardenal Matthieu, legado del papa en Francia, un concilio en Troyes. Escribió á san Bernardo dándole priesa para que viniera al concilio. « Me escribís, respondió el abad de Claraval, que » reclaman mi presencia en Troyes asuntos importantes. Estos » asuntos no pueden ser de mi inspeccion. Y en efecto, ó son » fáciles, ó difíciles. Si fáciles, pueden terminarse sin mí; y si » difíciles, yo no soy capaz de terminarlos, á menos que se crea » que yo puedo hacer imposibles. ¿Cómo os engañáis hasta tal » punto respecto de mí? ¿Porqué habeis puesto bajo un celemin » una luz que debiera lucir en el candelero? ¿Porqué, en estos » tiempos de disturbios y desórdenes, habeis ocultado en vues- » tra tienda un hombre necesario en el mundo, y sin el cual

» no pueden pasarse los obispos? » A pesar de las excusas de su humildad, san Bernardo recibió órden formal de hallarse en el concilio de Troyes. Esta venerable asamblea arregló, bajo la inspiracion del santo abad, las disensiones que existian en la Iglesia de Francia, y decretó para reforma de los clérigos gran número de reglamentos sabios y enérgicos. El concilio encargó al santo abad de Claraval la formacion de la constitucion del órden de los Templarios, con cuyo objeto fué á Troyes Hugo de Payns, su fundador. La regla que con aprobacion de los Padres les entregó san Bernardo se dividia en setenta y dos artículos. Se introdujeron algunas modificaciones cuando la órden se hubo multiplicado. Hé aquí los puntos que parecen los principales de la regla primitiva. « En tiempo » ordinario, los caballeros oirán todo el oficio divino, del dia y » de la noche. Cuando se lo impida el servicio militar, rezarán » trece *Pater noster* por maitines, siete por cada hora menor, » y nueve por vísperas. Comerán de carne tres dias por se» mana, domingo, martes y jueves. Comerán pescado los otros » cuatro dias, y en viernes ni huevos ni lacticinios. A la muerte » de cada hermano, se dará por espacio de cuarenta dias la » porcion del difunto á un pobre. Cada caballero podrá llevar » tres caballos y un escudero. No cazarán aves ni animales. » En el dia de su recibimiento prestarán juramento en estos » términos : Juro defender con palabras y armas, y mantener » aun á costa de mi vida, todos y cada uno de los dogmas de » la santa fe católica. Prometo obediencia al gran maestre de » la órden y sumision á los estatutos de nuestro bienaventu» rado padre Bernardo. Iré á combatir mas allá de los mares » cuando fuere yo requerido. No huiré jamás á la faz de tres » infieles. Yo observaré continencia perfecta. Así me ayude » Dios y estos santos Evangelios. » Si los Templarios hubieran cumplido exactamente con su juramento, la historia no se hubiera visto precisada á referir su sangrienta catástrofe.

9. En tanto que las comarcas occidentales de la Europa se sometian á la influencia de san Bernardo, san Othon, obispo de Bamberg, evangelizaba las regiones septentrionales de la Ale-

mania y convertia á la fe los pueblos de la Pomerania. Ya habia anunciado en esta comarca el Evangelio en tiempo de Boleslao, duque de Polonia, y de Calixto II; pero sobrado propensos á su culto idolátrico, recayeron en él, y el mismo santo obispo volvió de órden de Honorio II á consolidarlos en la fe cristiana. Los milagros con que ilustró su paso el santo misionero, despertó la fe casi apagada en aquellas poblaciones, y aun la anunció en otras comarcas. Estableció un obispado en la ciudad de Vollin, fundó iglesias florecientes en Piritz, Stettin y Camin: bautizo al duque Vratislao, y murió en fin en 1130 con el título de apóstol de la Pomerania. ¡Haga el Señor que esas comarcas, separadas hoy de la Iglesia por la herejía, vuelvan á la unidad católica de sus padres, y á la cual deben su civilizacion! En España, Alfonso VI, llamado el Grande, rey de Castilla, habia prolongado sus conquistas con su reinado, que duró hasta 1109. Su yerno, Alfonso II el Batallador, rey de Aragon y Navarra, ganó muchas batallas contra los Al-Moravides, nueva dinastía sarracena venida de Marruecos, mas perdió la ultima de Fraga y murió de tristeza en 1134. Los cruzados franceses y los caballeros de las nuevas órdenes militares contribuyeron mucho al buen éxito de los cristianos en los dos reinados dichos y en los de los posteriores. Alfonso VII, rey de Castilla, aprovechándose de las discordias de los Sarracenos, prosiguió sus conquistas, que no fueron suspendidas sino con su muerte, acaecida en 1154, y por el advenimiento de los Al-Mohades, que reinaron sobre las ruinas de los Al-Moravides. — El pontificado de Honorio II terminó pacíficamente en medio de acontecimientos dichosos para la Iglesia. Este papa murió el 14 de febrero de 1130, despues de cinco años de pontificado.

§ II. PONTIFICADO DE INOCENCIO II (17 de febrero de 1130-24 de setiembre de 1143).

10. A la muerte de Honorio II, los cardenales le dieron por sucesor á Gregorio, cardenal diácono del título de San Ángelo. Mucho se resistió el nuevo papa: y con voz entrecortada de sollozos decia: « Que era indigno de tan alto puesto, de tan

» elevado honor. » Pero le respondieron los cardenales : « No » os proponemos para el honor, sino para el peligro. » Gregorio accedió en fin, fué revestido de sus ornamentos pontificales, y entronizado en la iglesia de Letran, el 17 de febrero de 1130, tomando el nombre de Inocencio II. — Sin embargo en el mismo dia, Pedro de Leon, de familia judía recientemente convertida, y á quien daban grande influencia en Roma sus riquezas, se hizo elegir por algunos cardenales disidentes, invadió á mano armada la iglesia de San Pedro, la saqueó y se hizo coronar soberano pontífice, bajo el nombre de Anacleto II. Al escándalo del cisma, añadia el antipapa el de sus malas costumbres. Sin embargo, tuvo el atrevimiento de notificar su eleccion á todos los reinos cristianos. Decia á Ludovico el Craso : « Tributamos con justicia á la Iglesia galicana el testimonio de » que jamás ha sido infectada por el error ni el cisma. » Pero no hubiera merecido tal elogio si hubiera acogido su pretension. El venerable san Hugo, obispo de Grenoble, fué el primero en dar muestra pública de su fidelidad á la Santa Sede, excomulgando inmediatamente al antipapa en el concilio del Puy, y proclamando la legitimidad de Inocencio II. Lo mismo practicó en Alemania el arzobispo de Magdeburgo, san Norberto. Ludovico el Craso convocó un concilio nacional en Etampes para que los obispos resolviesen la cuestion de las dos obediencias; mas los prelados pusieron esta importante decision en manos de san Bernardo. El abad de Claraval, examinados los hechos maduramente, declaró que Inocencio II debia de ser reconocido por el vicario de Cristo, por el legítimo sucesor de san Pedro. Todos los obispos del concilio aprobaron su decision; se cantó el *Te Deum* en accion de gracias; el rey, los señores, los obispos y los abades suscribieron á la eleccion de Inocencio y le prometieron obediencia.

11. Pedro de Leon se mantenia no solo rebelde y cismático, sino tirano, pues que trataba á Roma cual ciudad conquistada. Inocencio II se vió obligado á huir de Roma y refugiarse á Francia, donde le recibió con todos los honores debidos Ludovico el Craso, en cuyo reinado se vieron cinco pontífices bus-

car asilo en su reino, al que tituló Baronio : « Puerto de la barca de Pedro en la borrasca. » El augusto fugitivo no tenia ni oro ni soldados como su competidor ; « pero, dice un analista, » tenia por sí á san Bernardo, que, él solo, valia ejércitos. » El abad de Claraval puso su ingenio é influencia prodigiosa al servicio del papa. Inocencio II le envió á verse en Rouen con el rey de Inglaterra, que aun vacilaba entre las dos obediencias. « Príncipe, le dijo san Bernardo, ¿ qué temeis en » someteros á Inocencio II ? — Temo, respondió el rey, come- » ter un pecado. — Si eso es lo que os detiene, repuso el santo, » estad seguro de vuestra conciencia. Pensad en satisfacer » por otras culpas, pues en cuanto á esta, yo me cargo con » ella. » Enrique I no preguntó mas ; abrazó el partido de Inocencio II, y fué á visitarle á Chartres, se postró á sus piés y le prometió obediencia filial por sí y por todos sus vasallos. Lotario, rey de la Germania, suplicó al papa pasase á Alemania. Inocencio II accedió, y fué á Lieja, donde se estaba celebrando un concilio (año 1131) de todos los obispos de aquel país. A su llegada, Lotario salió á pié al encuentro del vicario de Cristo, y quiso llevar él mismo la brida de su caballo para mostrar al mundo cuán grande era el padre de los reyes y de los pueblos cristianos. Los reyes de Aragon y Castilla enviaron tambien su adhesion á la obediencia del papa legítimo.

12. A su regreso á París, Inocencio II encontró esta ciudad conmovida por un milagro patente, sucedido entonces por intercesion de santa Genoveva, y cuya memoria mandó se celebrase anualmente. La espantosa enfermedad del *fuego de san Anton* asolaba en 1130 la capital de la Francia. Estéban de Senlis, obispo de París, mandó ayunos y oraciones para aplacar la ira del Señor. Los enfermos acudian en tan gran número á la catedral para implorar la intercesion de María Santísima, que apenas si podian celebrar los canónigos los oficios divinos. Era inmensa la mortandad. Estéban de Senlis se acordó de que santa Genoveva habia ya libertado á París de muchas calamidades. Ordenó, pues, una procesion general en que se llevasen las reliquias de la humilde vírgen de Nanterre por las calles

de la ciudad y hasta por lo interior de la catedral. Toda la poblacion acudió en masa el dia señalado, y era tanta la concurrencia, que con suma dificultad pudo abrirse camino la procesion entre tanto gentío. Trescientos enfermos se hicieron transportar á la catedral. Al entrar el relicario de la santa en la catedral, todos los enfermos fueron curados instantáneamente. Resonó por las altas bóvedas de la basílica una inmensa exclamacion de entusiasmo; y todo el pueblo, arrodillado, prorumpió en cánticos de alabanza, admiracion y agradecimiento. El cronista que refiere este milagro dice: « Nadie ponga en » duda nuestro relato, porque no referimos lo que hemos oido » decir, sino lo que hemos visto con nuestros propios ojos y » tocado con nuestras propias manos. » Para perpetuar la memoria de milagro tan visible y manifestar el reconocimiento del pueblo de París, se fabricó una nueva iglesia llamada de *Santa Genoveva de los Ardientes.*

13. El 19 de octubre de 1131, el papa abrió un concilio en Reims, é iglesia de San Remigio, con asistencia de trece arzobispos y doscientos sesenta y tres obispos de todas las comarcas del mundo católico: se reconoció solemnemente á Inocencio II por solo y legítimo sucesor de san Pedro. Se renovaron los anatemas contra el antipapa Anacleto; y Ludovico el Craso, presentándose en medio de la asamblea, subió al estrado donde estaba el trono pontifical y besó los piés del vicario de Cristo, y luego se colocó al lado suyo. Deseando Ludovico que se coronase á su hijo y sucesor, el papa fijó dia para el coronamiento del jóven príncipe Luis VII el Jóven, de edad entonces de solos diez años. Se hizo la ceremonia en la catedral de Nuestra Señora. El papa llevó de la mano al jóven príncipe al altar; y tomando la *santa ampolla*, ungió al nuevo rey con el santo óleo de que se valió san Remigio en el bautismo de Clodoveo. El clero, los señores y el pueblo exclamaron: ¡ Viva Luis VI! viva Luis VII! (Año 1131.)

14. Era pues reconocido por la inmensa mayoría del mundo católico Inocencio II como pastor legítimo de la Iglesia. A pesar del crédito y poder que le daban sus riquezas, Anacleto

solo tuvo por él á Rogerio, duque de Sicilia, y á Guillermo, conde de Poitou y duque de Aquitania. Rogerio solo era duque, y deseaba el título de rey ; el antipapa se lo dió, casándole con su hermana y dándole el principado de Capua y el señorío de Nápoles. Ramon IV, conde de Barcelona, dió al mundo un espectáculo muy diferente. Casado con la heredera del rey de Aragon, don Ramiro, y hecho señor del reino por renuncia de Ramiro, que se hizo monje, no quiso aceptar el título de rey : « Yo he nacido conde, decia, y no valgo mas que mis » padres. Mas quiero ser el primero de los condes que ser ape- » nas el séptimo de los reyes. » — Guillermo de Aquitania habia sido comprometido en el cisma por Gerardo, obispo de Angulema, á quien se vió obligado Inocencio II á quitar el título de legado apostólico en Francia por su conducta escandalosa. El emperador de Constantinopla, y los príncipes latinos de la Palestina y Oriente habian reconocido tambien á Inocencio II como verdadero papa. Apoyado pues en su derecho y en el casi universal reconocimiento, el soberano pontífice se resolvió á regresar á Italia. El rey de Alemania, Lotario, le prometió un ejército para reintegrarlo en Roma y arrojar de allí al antipapa. El augusto pontífice quiso, antes de dejar la Francia, visitar el monasterio de Claraval, cuyo abad le habia hecho tan señalados servicios. Al percibir de lejos las cimas que dominan el valle, el papa exclamó agradecido : *Quam pulchra tabernacula tua, Jacob, et tentoria tua, Israel!* Su visita fué la mayor fiesta para aquellos fervorosos monjes (1).

15. Inocencio II pudo arrancar de su amada soledad á san Bernardo para acompañarle á Italia. El viaje del ilustre papa y del santo abad era una marcha triunfante. Las ciudades de la Lombardía se precipitaban al paso de san Bernardo, y los obispos todos se disputaban el honor de cederle su asiento :

(1) Dice con mucha gracia y sencillez un cronista contemporáneo : « Todos se » regocijaban en el Señor : la solemnidad consistia mas en grandes virtudes que » en banquetes. El pan, en lugar de ser de puro candeal, era de harina con sal- » vado; si por casualidad se hallaba un pescado, se ponia ante el señor Papa, mas » bien para ser visto que comido. »

Pisa y Génova estaban en guerra : aparece el hombre de Dios, y todos quedan de paz. « No, no te olvidaré jamás, escribia » san Bernardo á la ciudad de Génova, pueblo religioso, noble » nacion, ciudad ilustre ! Por la noche, por la mañana, al me- » dio dia, yo te anunciaba la palabra de Dios, y tu piedad re- » cogia afectuosa mi voz. Yo llevaba la paz á vuestras mora- » das, y como erais hijos mios, nuestra paz se quedó entre » vosotros. Sembraba yo y recogia al mismo tiempo : yo lle- » vaba, por fruto de mi cosecha, á los desterrados, la espe- » ranza de su patria; á los cautivos, la libertad; á los enemi- » gos, el terror; á los cismáticos, la confusion; y en fin, la » gloria á la Iglesia y al mundo cristiano la alegría. » El rey Lotario se reunió con el papa cerca de Trevisa; y tomaron juntos el camino de Roma, en tanto que una armada de Genoveses y Pisanos aportaba á Civita-Vecchia é iba sometiendo todo el litoral al sumo pontífice verdadero. Por fin, el 1°. de mayo de 1133 entró Inocencio II con gran pompa en la iglesia de Letran, entre aclamaciones de júbilo. El antipapa se habia refugiado y fortificado en la iglesia de San Pedro con sus soldados. Mas ni se pensó en atacarle. Lotario II y la reina Riquilda, su esposa, recibieron la corona imperial de manos del papa, el cual otorgó con esta ocasion al nuevo emperador, mediante una renta anual, el usufructo de los bienes que la condesa Matilde habia donado á la Iglesia romana. Esta concesion fué, mas tarde, ocasion de disturbios entre la Santa Sede y el imperio. Los papas la revocaron despues, y se pusieron en posesion de estos dominios que constituyen el patrimonio de san Pedro. Al mismo tiempo san Bernardo habia sido enviado con mision pacífica á Conrado, duque de Suabia, y á Federico, duque de Franconia, que persistian en sus agresiones ambiciosas contra Lotario. Por mediacion del santo abad de Claraval, recibió el emperador la sumision de ambos príncipes. Federico vino á jurarle pleito homenaje en la dieta de Bamberga de 1135, y en el mismo año renunció públicamente el duque Conrado al título de rey en Mulhausen, y reconoció por su señor á Lotario II. El emperador les devolvió sus dominios y

honró á Conrado con el título de alférez del imperio y le dió el primer rango ó puesto en Alemania despues de él. Así quedó restablecida la paz en la Iglesia y en el imperio, gracias á la mediacion persuasiva y amorosa de san Bernardo.

16. El humilde religioso despues de terminadas tan grandes cosas regresó á su amada abadía de Claraval; pero los acontecimientos no le permitieron permanecer en ella mucho tiempo. Despues de la salida de Lotario y su ejército, se volvieron á apoderar de Roma las tropas de Anacleto. Inocencio II creyó prudente ceder á la borrasca y se retiró á Pisa, para donde convocó un concilio de los obispos de España, Italia, Francia y Alemania para el año siguiente, esperando acabar con todas las tentativas de cisma con la union de las cuatro grandes potencias europeas en la misma obediencia. Mandó llamar á san Bernardo, cuya presencia parecia indispensable al bien de la Iglesia. Se abrió el concilio el 30 de mayo de 1134, siendo como su alma el santo abad de Claraval. « Asistia á todas las » deliberaciones, dice su biógrafo. Era reverenciado de todos, » y se veian obispos numerosos esperándole á la puerta. Y no » era por fausto el no podérsele hablar fácilmente, sino por la » inmensidad de gentes que le querian hablar; por manera » que á pesar de su humildad, parecia tener toda la autoridad » del papa. » Pedro de Leon fué de nuevo excomulgado, y se pronunció contra sus fautores la pena de deposicion sin esperanza de restablecimiento. San Bernardo fué enviado á Milan para atraer á la obediencia del soberano pontífice esta ciudad, que habia abrazado el cisma. Al aproximarse este grande hombre, se conmovió toda aquella inmensa poblacion. Nobles, ciudadanos, plebeyos, ricos, pobres, todos dejaban sus hogares para salirle al encuentro, por manera que la ciudad quedaba desierta. Transportados de júbilo se arrodillaban ante el santo, le besaban los piés y le arrancaban los hilos de su hábito para hacerse reliquias. Dios recompensó la fe de este pueblo con milagros. Los enfermos, traidos á san Bernardo, recobraban la salud. Las gentes estaban todo el dia de pié ante la puerta del alojamiento que le deparó el gobierno en su pala-

cio; y el santo se veia obligado de vez en cuando á asomarse á las ventanas, y bendecir á la muchedumbre. Así es que no podia ser dudoso el buen éxito de su mision. Aun antes que entrase en lo interior de la ciudad, esta estaba ya convertida; y la poblacion entera exclamaba con entusiasmo: « ¡ Viva » Inocencio II! viva Bernardo! » Entre tantas maravillas, la mas sorprendente era la vida del santo abad. Extenuado por austeridad y fatigas sobrehumanas, su cuerpo debilitado y lánguido parecia estar á punto de espirar á cada momento, pero se reanimaba con incesante prodigio por el soplo de la Providencia, que se valia de él como instrumento para arreglar los destinos de la Iglesia y de los imperios. Obligado á huir de Milan para esquivarse de las importunidades obsequiosas del pueblo, que queria, bien á pesar suyo, elevarlo á la silla metropolitana de aquella ciudad, se fué sucesivamente á Pavía y á Cremona, donde recibió igual acogida. En fin, acabada su mision volvió á pasar los Alpes de regreso á Francia.

17. El duque de Aquitania se obstinaba en el cisma; y solo, entre los señores franceses, era del partido del antipapa. San Bernardo fué á buscarle á Parthenay en 1135; y despues de una conferencia sin resultado, el ilustre abad se valió de otras armas. Fuése al dia siguiente á la iglesia para celebrar el santo sacrificio: todos los fieles ortodoxos entraron con él en el sagrado recinto; el duque y otros cismáticos se quedaron en la puerta. Despues de la consagracion, Bernardo, inspirado de Dios, tomó la sagrada hostia en sus manos y se acercó hácia el duque de Aquitania; y elevando el cuerpo de Nuestro Señor, dijo: « Hemos orado, y vos habeis menospreciado » nuestras oraciones. Hé aquí el Hijo de la Vírgen que viene » á vos, la cabeza, el Señor de la Iglesia que estais persiguiendo. » Hé aquí vuestro juez, á cuyo nombre todo se arrodilla en el » cielo, en la tierra y en los infiernos! Vuestro juez en cuyas » manos caerá vuestra alma! ¿Le menospreciaréis tambien? » Le menospreciaréis como á sus siervos? » Al pronunciar estas palabras su rostro resplandeció cual el de un ángel; los asistentes, postrados, se deshacian en lágrimas; hasta el mismo

duque cayó de frente en tierra. Bernardo, tocándole con el pié, le mandó levantarse. « Ved allí al obispo de Poitiers á » quien habeis arrojado de su silla por su fidelidad al legítimo » papa : id á reconciliaros con él. Dadle el ósculo de paz ; res» tableced la union en vuestros Estados, y someteos con toda » la Iglesia católica al soberano pontífice Inocencio II. » El duque obedeció : los obispos católicos fueron reintegrados en sus iglesias, y quedó en paz la Aquitania. Gerardo, obispo de Angulema, cuya ambicion habia provocado el cisma, murió repentinamente en la misma época. Así quedaron extinguidos en Francia los últimos restos de division, y todas sus provincias siguieron la obediencia de Inocencio II.

18. En la vida de san Bernardo una victoria llama á otra. El éxito feliz de su intervencion con el duque de Aquitania, sugirió al papa la idea de que emplease tambien el santo abad su irresistible influencia con Rogerio, duque de Sicilia. San Bernardo atravesó pues por tercera vez los Alpes en 1136, año de la muerte de Ludovico el Craso en Francia, y de Enrique II en Inglaterra. El emperador de Alemania por su parte venia con un ejército, decidido á obrar con el mayor rigor para extinguir por fin el cisma, ahogándolo si necesario fuere en la sangre de sus autores. Mas la presencia de Bernardo cambió el órden de los proyectos ; y la situacion se desenlazó con un triunfo pacífico, semejante á los muchos otros del abad de Claraval. El hombre de Dios vino con dos cardenales á verse con el duque de Sicilia en Salerno. El célebre cardenal Pedro de Pisa, que sostenia el partido del antipapa, fué encargado por el rey de responder á los argumentos de san Bernardo en una conferencia pública. Era un espectáculo magnífico el ver en lucha, uno con otro, al cardenal mas sabio de aquella época en la jurisprudencia civil y canónica, y al santo monje cuya elocuencia y conviccion se llevaban de calles las muchedumbres y dominaban á la Europa! Pedro de Pisa habló el primero en favor de Anacleto. « Yo conozco muy bien, le respondió san » Bernardo, vuestro talento y erudicion : ¡ ojalá tuvierais mejor » causa que defender ! no habria elocuencia que os pudiera

» resistir. Pero nos, pobre monje, habitante de las selvas, mas » acostumbrado á cultivar la tierra que á pronunciar arengas, » guardáramos silencio, si no estuviesen comprometidos por » el cisma de Pedro de León los intereses sagrados de la fe, la » paz de la Iglesia, el reposo del mundo. Solo hay una arca » de salvacion, como en tiempo del diluvio hubo solo la de Noé. » Mas se ha querido fabricar otra nueva, y ahora que hay dos, » es necesario que una de ellas sea falsa. Si el arca de Pedro » de Leon es el arca de Dios, como quereis, la de Inocencio es » falsa y tiene que perecer. Pero entonces pereceriari con ella » la Iglesia de Oriente y la de Occidente, la Francia, la España, » la Alemania, la Inglaterra, las islas mas lejanas, los reinos mas » remotos. Fueran anegadas en este naufragio universal las » órdenes regulares de los Camaldulenses, de los Cartujos, de » los Cluniacenses, de los Gran-Montanos, de los Cistercienses, » de los Premostratenses y toda esa infinidad de siervos y sier» vas de Dios. Solo, de todos los príncipes de la tierra, Roge» rio de Sicilia ha entrado en el arca de Pedro de Leon; con » que todos los demás perecerán; todos, excepto Rogerio. » Rogerio solo será salvado. No permitirá Dios perezca la re» ligion del universo entero, y que logre el reino de los cielos » la ambicion de un Pedro de Leon, cuya vida y escándalos » conoce todo el mundo. » A estas palabras juntas á una elocuencia abrasadora, toda la asamblea prorumpió en aplausos, é instantáneamente resonó el grito universal de ¡ *Viva Inocencio II*, *papa legítimo!* Acercándose á Pedro de Pisa, el santo abad le tomó la mano diciéndole: « ¡ Vamos! si quereis creerme, » entremos ambos en el arca de salvacion. » La gracia habia tocado el corazon del sabio cardenal, al mismo tiempo que le habia subyugado la elocuencia de san Bernardo; y algunos dias despues Pedro de Pisa se presentó á Inocencio II, dándole testimonio de sumision y fidelidad. Aun vacilaba Rogerio; porque le tenian atado al partido de Anacleto lazos de intereses aun mas difíciles de romper que las mas duras cadenas. Pero la muerte del antipapa, acaecida en el 16 de enero de 1138, acabó de desilusionarle en sus quiméricas esperanzas cismáti-

cas. Vanamente eligieron los sectarios, para sucederle, á un fantasma de papa que tomó el nombre de Víctor IV. La opinion pública de la Italia meridional, ya ilustrada acerca de esta cuestion de obediencias, se pronunció irresistiblemente por Inocencio II. El pretenso Víctor IV vino una noche á verse con san Bernardo, el cual haciéndole quitar la capa, mitra y demás ornamentos pontificales, le condujo á los piés del papa. El vicario de Cristo acogió bondadosamente á esta oveja descarriada, le perdonó su culpa, y le restableció en la comunion de la Iglesia el 29 de mayo de 1138. Así acabó el cisma. En el siguiente dia escribió san Bernardo á Jofredo, abad de Claraval, diciéndole: « El dia de la Octava de Pentecostés, dia de » bendicion y misericordia, el Señor ha colmado nuestros de- » seos, dando unidad á la Iglesia y paz á Roma. En este dia » todos los hijos de Pedro de Leon se han humillado á los piés » del papa y le han prestado juramento... Parto llevando por » premio de mi larga ausencia la victoria de Cristo y la paz de » la Iglesia... » Cinco dias despues, dejó á Roma el abad de Claraval por la última vez, llevándose el agradecimiento, amor y admiracion de los pueblos, los cuales salian á su encuentro pidiéndole llorosos su bendicion.

19. Para extirpar mas eficazmente los desórdenes introducidos por el cisma, Inocencio II convocó para el mes de abril de 1139 el décimo concilio general, segundo de Letran. Jamás se vió otro tan numeroso. Se hallaron en él cerca de mil obispos, entre los cuales los tres patriarcas de Antioquía, Aquileya y Grado. En su elocuente discurso de apertura, previno el papa desde luego que ni por falsa compasion ni por afecto mal entendido dejaria de obrar cual convenia. « La regla de nues- » tra conducta será la de san Agustin. Cuando se trata de » atrevidos que se han separado de la Iglesia católica y de la » unidad de Cristo, no hay que pretextar la regularidad de » costumbres para usar de indulgencia excesiva. Guardémonos » de dejar impune su temeridad, ni de que estos sacrílegos » gocen en paz del crímen de cánones quebrantados y jurisdic- » cion usurpada. » Todos los padres asintieron á las intencio-

nes del papa, y exclamaron: « Anulamos cuanto ha hecho » Pedro de Leon; degradamos á los que ha ordenado; depone- » mos á los que ha consagrado. » La sentencia fué ejecutada. Se llamó nominalmente á todos los obispos presentes en el concilio que habian abrazado el partido del antipapa: pusieron en manos de Inocencio II el báculo, el anillo y el palio. El romano pontífice restableció acto continuo á algunos en su dignidad, y á peticion expresa de san Bernardo, el cardenal Pedro de Pisa fué de los restablecidos. El concilio promulgó treinta cánones de disciplina, los cuales renovaban, la mayor parte, las penas ya decretadas contra la usurpacion de los privilegios eclesiásticos por los príncipes seculares, contra la simonía é incontinencia de los clérigos. Por fin, en la última sesion, el papa pronunció sentencia de excomunion contra Rogerio, duque de Sicilia, que se obstinaba en someterse á la Iglesia romana y á su cabeza. Al saber esto, el duque partió de la Sicilia con un ejército, recorrió la Apulia como vencedor. Se le sometieron todas las ciudades y pueblos de la Italia meridional, á excepcion de Troja y Bari. Por su lado, Inocencio II juntó tropas fieles, se avanzó contra el enemigo, resuelto á detener el torrente que amenazaba á Roma. Ambos ejércitos se encontraron al pié del Monte Casino, pero antes de batirse se entablaron negociaciones. Ya estaban concluidas las bases de un tratado, cuando hollando el derecho de gentes y la fe jurada, el hijo de Rogerio sorprendió al papa en una emboscada y le hizo prisionero el 10 de julio de 1139. Un acontecimiento tan imprevisto ponia á Inocencio II en el mayor peligro, y todo era de temer. Pero la Providencia lo dispuso de otro modo. Rogerio temió aprovecharse de su victoria, y el papa, encadenado, le pareció tal vez mas temible que estando libre y con las armas en la mano. Volvió á seguir las negociaciones con el augusto prisionero en el mismo punto en que habian quedado. Las principales cláusulas del tratado fueron que el papa le concedia el título de rey de Sicilia, el ducado de la Apulia para uno de sus hijos, y para el otro el principado de Capua. Cuando todo se acabó definitivamente, el rey y sus

dos hijos fueron á echarse á los piés de Inocencio II, le pidieron perdon por las injurias y violencias cometidas contra su persona, y le juraron fidelidad. El tratado fué firmado por ambas partes el 25 de julio de 1139, lo que comunicó el papa á todo el mundo católico por medio de una bula que contiene todos los artículos, y que es el título primitivo de ereccion del reino de Nápoles.

20. El pontificado de Inocencio II estaba destinado á realizar hasta el fin la profecía de los cardenales cuando le inauguraron soberano pontífice. En muy poco estuvo no renacer la funesta contienda de las investiduras á la muerte del arzobispo de Bourges, Alberico, con mas furia tal vez que antes. Luis el Jóven quiso intervenir en la eleccion y hacer nombrar para la silla vacante á un clérigo que no tenia otro título sino el favor del rey. El capítulo pasó por cima y nombró á Pedro de la Chatre, digno de este eminente puesto por sus virtudes. Luis el Jóven se negó á ratificar este nombramiento. Pedro de la Chatre se fué á Roma, y hallando el papa canónica la eleccion, le consagró por sí mismo y le envió á tomar posesion de su silla. Mas el rey habia prohibido recibir á Pedro de la Chatre ni en Bourges ni en ninguna parte de sus Estados. El arzobispo proscrito halló un asilo en el palacio de Tibaldo, conde de Champaña : fueron puestos en entredicho todos los dominios del rey, y se ejecutó rigurosamente la sentencia. Se complicaron además las dificultades por un incidente de otro género. Roaldo, conde de Vermandois y pariente de Luis el Jóven, estaba casado hacia muchos años con una sobrina del conde de Champaña. Con un frívolo pretexto quiso anular esta union para casarse con la princesa Petronila, hermana de la reina Eleonor de Guiena : halló tres obispos complacientes y cortesanos que juraron haber grado prohibido entre ambos consortes, y declararon nulo el matrimonio. Roaldo, pues, repudió la sobrina del conde de Champaña, y se casó con Petronila, hermana de Luis el Jóven, que de esta suerte era cuñado suyo. Tibaldo de Champaña y el santo abad de Claraval defirieron la causa al papa, suplicándole que protegiera la santi-

dad del matrimonio contra las empresas de Roaldo, como mantenia la libertad de las elecciones episcopales contra los atentados de Luis el Jóven. Inocencio II excomulgó al conde de Vermandois, y por medio de Yvo, su cardenal legado en Francia, renovó el entredicho ya decretado para todo el reino.

21. Este acto vigoroso llenó toda Francia de consternacion. Las iglesias cerradas, interrumpidos los sagrados oficios y las ceremonias eclesiásticas, la privacion de los sacramentos excepto casos de necesidad *in extremis,* la sepultura cristiana despojada de todo aparato religioso, todos efectos del entredicho, llenaron de espanto á las poblaciones cuya alma y vida era la fe. San Bernardo se interpuso entre el papa y el rey. « No » intentamos, decia al primero, excusar al rey : pedimos gra- » cia por sus pocos años y su inexperiencia. Perdonadle, si es » posible sin comprometer la libertad de la Iglesia y el respeto » debido á un arzobispo consagrado de manos del soberano » pontífice. » Luis el Jóven, arrastrado por la inconsiderada fogosidad de su edad y llevado de pérfidos consejos, habia hecho el temerario juramento de no reconocer jamás al arzobispo de Bourges. La excomunion del conde de Vermandois dobló su cólera; y para castigar al conde de Champaña por haber osado dar asilo al arzobispo proscrito, y sobre todo para castigarle por haber deferido el juicio de Roaldo al tribunal del papa, entró á mano armada en las tierras de Tibaldo. En 1142, habiéndose apoderado de Vitry, dió la órden bárbara de incendiar esta poblacion. La desgraciada ciudad fué reducida á cenizas. El fuego prendió en la iglesia, á donde se habian refugiado mas de 1300 personas, hombres, mujeres y niños : todos, todos perecieron quemados ó sofocados. El infausto recuerdo de esta crueldad se ha perpetuado, llamándole desde entonces *Vitry-le-Brûlé.* Luis el Jóven expió mas tarde con los mayores remordimientos y con una peregrinacion á los santos Lugares este acto de barbarie. Mas por entonces continuó la guerra con éxito vario. Inocencio II no vió el fin de esta. Por otra parte ensangrentaban la poblacion romana discordias intestinas. Este pueblo inconstante y vano, olvidando

la fidelidad y agradecimiento debidos á la Santa Sede, quiso sustraerse al yugo del soberano pontífice. Comenzaban á fermentar en las cabezas exaltadas los recuerdos de la república romana. Se estableció un senado en el Capitolio, como si la gloriosa mision de Roma cristiana, que reina en el universo por la cruz, no fuera mas digna de la ambicion de los Romanos que las tumultuosas tradiciones del Foro y de los Gracos. En medio de esta gran perturbacion de la sociedad, murió el papa Inocencio II el 24 de setiembre de 1143, despues de un pontificado de ocho años.

22. La relacion de los acontecimientos borrascosos de su pontificado no nos ha permitido echar una mirada sobre el movimiento de doctrinas erróneas que se iban esparciendo en la Iglesia, como la zizaña en el campo del padre de familias. El retiro de Abelardo á Provins habia llevado á este sitio hasta tres mil discípulos, que se alojaban en las barracas ó chozas vecinas, porque la poblacion no era harto crecida para abrigar este aumento de vecindad. El doctor la abandonó muy pronto, y se retiró cerca de Nogent-sur-Seine, á una soledad que luego llamó el *Paracleto* (lugar de consuelo), donde mas tarde vino á fijarse tambien Heloisa con sus monjas. El Paracleto se pobló muy pronto de una muchedumbre ansiosa de oir á Abelardo, y se construyeron como por encanto gran número de celdas particulares en torno del monasterio principal, donde moraba el ilustre doctor. Entretanto ya habia examinado san Bernardo la *Teología* de Abelardo, movido por las muchas reclamaciones que se le dirigian contra ella. Descubrió errores formales, y se sacaron de esta obra trece proposiciones dignas de censura. Decia Abelardo : « En Dios, los nombres de Padre, Hijo y Espí-
» ritu Santo son impropios, y solamente son una descripcion
» figurada de la plenitud del soberano Bien. — El Padre es la
» potencia plena; el Hijo es cierta potencia; El Espiritu Santo
» no es potencia.— Las sugestiones del demonio en los hombres
» se hacen por medios puramente físicos. — No contraemos
» de Adan la culpa del pecado original, sino solamente la
» pena. — No se comete ningun pecado por la concupiscencia,

» la delectacion y la ignorancia, que no son sino disposiciones » naturales. » No habiendo tenido resultado alguno una conferencia entre san Bernardo y Abelardo, pidió este defender su ortodoxia contra el abad de Claraval, en el concilio que tenia que celebrarse y se celebró en efecto en 1140, en Sens. Sin embargo, Abelardo en lugar de discutir, se contentó con apelar al papa, y se salió del concilio con sus partidarios. Los obispos respetaron esta apelacion y suspendieron su juicio sobre Abelardo : solo sí, formularon una censura contra las doctrinas que habian sido sometidas á su exámen y la remitieron á Inocencio II, con una carta en que hacian saber al papa la apelacion interpuesta para ante su tribunal supremo. Todo hace creer que Abelardo habia procedido de buena fe : antes de partir para Roma, publicó un escrito en que desaprobaba cuantos errores se le atribuian. Al pasar por Lyon supo que Inocencio II habia confirmado la sentencia del concilio y condenado su obra. Escribió entonces al soberano pontífice una carta llena de sumision, en la cual le declaraba que desistia de su apelacion y suscribia explícitamente á la condenacion decretada contra él. Fué á echarse en los brazos de Pedro el Venerable, abad de Cluny, suplicándole le recibiese bajo su direccion y regla, y le ayudase á acabar santamente una vida tan borrascosa. San Bernardo aplaudió esta santa resolucion y le escribió cartas muy tiernas animándole á la perseverancia. Enteramente desengañado de las ilusiones de su larga y varia carrera de amarguras y tristezas, Abelardo acabó sus dias practicando la mas síncera y austera penitencia, las virtudes mas eminentes. Despues de su muerte, acaecida en 1142, Pedro el Venerable se encargó de participar la noticia de ella á Heloisa. Le decia, pues, el venerable y santo abad : « No » me acuerdo haber presenciado mas humildad, mas morti» ficacion. Yo me admiraba de que un hombre que habia » llenado al mundo con su fama pudiera humillarse á tal punto. » Guardaba en su comida y necesidades de la vida la misma » sencillez que en su hábito. Leia de continuo la sagrada Escri» tura; oraba sin cesar, y observaba silencio perpetuo, inter-

» rumpido solamente por los sermones y pláticas que hacia á
» la comunidad. Desde que le reconcilié con la Santa Sede,
» celebraba misa todos los dias. Atacado de la enfermedad que
» le llevó al sepulcro, hizo venir á los monjes, sus hermanos,
» pidió perdon por sus escándalos pasados, protestó su celo
» por la fe católica, hizo humilde confesion de sus pecados, y
» recibió el santo viático con sentimientos de la mas fervorosa
» piedad. Así fué como Abelardo entregó su alma á Dios, su
» creador. » ¡Dichosos siglos en que la fe fundaba asilos á los talentos descarriados, donde el genio sublime expiaba sus extravíos en brazos de la penitencia, en que, si la Iglesia tenia que deplorar caidas ilustres, tambien admiraba ilustres arrepentimientos!

23. Las teorías republicanas de Roma pagana, que habian querido resucitar los facciosos en la ciudad de los pontífices, habian tenido por apóstol y tribuno un discípulo de Abelardo, Arnaldo de Brescia. La contienda de las investiduras habia conmovido de tal modo la opinion pública de Europa, que produjo en los ánimos una corriente de ideas atrevidas. Del principio de la independencia de ambos poderes, espiritual y temporal, algunos novadores habian sacado por consecuencia: « que así como los bienes espirituales pertenecen á la Iglesia
» sola, del mismo modo pertenecen exclusivamente á los prín-
» cipes los bienes temporales, los cuales son incompatibles con
» el ejercicio del poder eclesiástico. » Tal fué la tesis, frecuentemente reproducida posteriormente, que sostenia Arnaldo de Brescia. A su regreso de Francia, donde habia seguido sus estudios bajo la enseñanza de Abelardo, este novador recorrió la Italia, declamando contra la soberanía temporal del papa, contra los dominios y feudos eclesiásticos, contra las riquezaz y bienes de los abades y clérigos. « Todos estos bienes, decia,
» no pueden pertenecer sino á los príncipes seculares, que no
» tienen derecho de disponer de aquellos sino á favor de los
» legos. El clero debe vivir de los diezmos y oblaciones volun-
» tarias del pueblo. » El décimo concilio general de Letran condenó la doctrina del sectario. Arnaldo de Brescia dejó la

Italia, pasó los Alpes y se refugió en Zurich, donde volvió á esparcir sus errores. Mas tarde veremos figurar su nombre en luchas sangrientas y guerras civiles.

24. Mientras que el error afligia de consuno con el cisma á la Iglesia, se manifestaba una generacion de santos doctores y de piadosos escritores que defendian la verdad. Guillermo, abad de San Thierry de Reims, fué el primero que descubrió el veneno oculto en las obras de Abelardo, y para su remedio compuso el hermoso *Tratado de la Eucaristía*, monumento precioso que continúa la cadena de la tradicion católica á favor del dogma de la presencia real. — Algerio, canónigo de Lieja, trató de este asunto por la misma época. Publicó además un opúsculo recomendable sobre *la Gracia y el libre albedrío.* — Ruperto, abad de Tuy, en virtud de luces sobrenaturales que le fueron comunicadas en sus oraciones,escribió obras sorprendentes para un hombre de rudo ingenio. Su primera obra fué el *Tratado de los oficios divinos*. Compuso luego el *Tratado de la Trinidad y de sus obras*, trabajo inmenso que abraza comentarios sobre casi todos los sagrados Libros. Lo completó mas tarde con los *Tratados de la gloria de la Trinidad y de la procesion del Espíritu Santo; De la victoria del Verbo de Dios; De la gloria y del honor del Hijo del hombre.* — Hugo de San Víctor, llamado así por ser abad de San Víctor de París, de donde era monje, profesaba y enseñaba teología, oido por innumerables discípulos. Enseñaba segun el método de Boecio, y trabajaba en conciliar la filosofía con la fe. Sus dos obras mas importantes son las que exponen el modo de enseñar y de aprender, y que pudieran llamarse *Tratado de los estudios*. El ardor de ciencia que se manifestaba en este siglo, necesitaba ser dirigido bien para ser fructuoso. Hugo de San Víctor sienta una clasificacion en los diversos ramos de los conocimientos humanos, y quiere que por un sistema *sintético* á la vez que *analítico*, se eleve el espíritu, desde luego al conjunto, á los principios generales, para descender despues á los detalles y á las consecuencias. Coloca á Dios en la cumbre del mundo de la ciencia, y quiere que todo suba á él, y de él descienda y

se derive. « La filosofía, dice, es el amor de esta sabiduría » infinita, que es la inteligencia viva y la primordial razon de » las cosas. La sabiduría divina es sabiduría infinita, pues todo » lo tiene, todo lo contempla en sí : lo pasado, lo presente, lo » por venir. Es inteligencia viviente, pues que es la sustancia » increada, eterna; es razon primordial de todas las cosas, » porque todo ha sido hecho á su imágen. » Además de este método general, que se aplica á las ciencias divinas y humanas, Hugo de San Víctor quiso resumir toda la doctrina de la teología en un cuerpo completo que intituló : *Suma de las sentencias*. Era la idea que mas tarde habia de realizar santo Tomás de Aquino en su inmortal *Suma teológica*. — En tanto que estos doctores derramaban la verdadera luz de la fe, san Isidro Labrador, en Madrid, y san Alberto ermitaño, en Cambray, edificaban al mundo con su eminente santidad. El siglo XII reunia pues todo género de gloria, y semejaba á los hermosos siglos de la Iglesia en la fecundidad de sus instituciones y obras.

§ III. PONTIFICADO DE CELESTINO II (26 de setiembre de 1143-9 de marzo de 1144).

25. La muerte de Inocencio II en medio de las tempestades populares suscitadas en Roma por las fanáticas predicaciones de los partidarios de Arnaldo de Brescia podia muy bien ser señal de borrascas mayores. Una eleccion, en semejantes coyunturas, parecia estar cercada de obstáculos insuperables. Sin embargo la Providencia divina, que vela por los destinos de su Iglesia, supo triunfar de las pasiones humanas y de las dificultades sociales. Los cardenales eligieron, para subir al trono de san Pedro, al cardenal Guido de Citta di Castello, que tomó el nombre de Celestino II; y la poblacion, olvidando sus discordias, vino á aclamar al nuevo pontífice. Algunas semanas despues de su promocion, recibió dos embajadas simultáneamente : una de Luis el Jóven, y otra de Tibaldo de Champaña. El rey le suplicaba que levantara el entredicho lanzado por su antecesor contra el reino de Francia. El conde

le suplicaba que procurase su reconciliacion con el rey. Luis el Jóven consentia en reconocer al arzobispo de Bourges y devolver á las iglesias la libertad de las elecciones episcopales. Habiéndose convenido anticipadamente en todas las cláusulas de reconciliacion, los embajadores fueron admitidos en audiencia pública por Celestino II, á quien juraron obediencia y le suplicaron en nombre de su señor que levantase el entredicho del reino. El papa, levantándose de su sitial, extendió la mano del lado de la Francia, la bendijo y levantó el entredicho. Este fué el solo acto del pontificado de Celestino II, que murió cinco meses despues de su inauguracion, el 9 de marzo de 1144.

26. Desde este papa comienzan las famosas profecías sobre los soberanos pontífices, atribuidas á san Malaquías, arzobispo de Armagh en Irlanda, á quien trajo á Claraval su amistad con san Bernardo; pero murió en esta abadía en 1148. Dichas profecías no fueron publicadas por la primera vez sino en 1595, por él monje benito Arnoldo Wion, cuatrocientos cincuenta años despues de san Malaquías. Esto hace suponer que se habrian fabricado por interés de un partido del conclave de 1590, en que fué elegido Gregorio XV, porque las profecías anteriores á este papa son muy claras y decisivas. Ningun escritor contemporáneo de san Malaquías hace mencion de ellas: y en la vida de este santo é ilustre arzobispo que compuso san Bernardo, no habla de estos versos, aunque hable de otras profecías de su amigo, que bajo todos conceptos eran menos importantes. Los sabios se han dividido acerca del orígen y valor de estas *divisas oraculatorias,* que son ciento doce, y que suponen llegar al último papa que gobernare la Iglesia en el fin del mundo[1]. Hoy no se cree tal error por ningun hombre razonable, católico ó protestante, dice Artaud de Montor[2]. — « No se haga, en hora buena, » caso ninguno de las profecías anteriores á 1590, dice Hen-

(1) *Historia de los soberanos Pontífices,* tom. II.
(2) *Historia del Pontificado,* tom. II.

» rion ; pero no puede menos de admirarse de que un falsario » de aquella época haya podido adivinar exactamente lo que » le habia de suceder á Pio VI al fin del siglo XVII. »

§ IV. PONTIFICADO DE LUCIO II (10 de marzo de 1144-25 de febrero de 1145).

27. El gobierno de Lucio II, elegido el 10 de marzo de 1144, fué corto y borrascoso. Arnaldo de Brescia, el tribuno sedicioso que en el siglo XII representaba ya las ideas revolucionarias que vemos estallar en otros tiempos, por desgracia del universo, habia dejado muchos partidarios en Roma. El paso de Celestino II por la silla de san Pedro habia sido como un instante de calma entre dos tormentas. A la muerte de este papa reapareció en Roma Arnaldo de Brescia, mas furibundo, mas audaz que antes. Las cabezas se exaltaron y amotinaron al nombre de libertad : fueron restablecidos los nombres de ciudadano romano, de república, de comicios, de tribuna y tribunos, de Foro, etc., por manera que se creyó estar en tiempos de Caton, excepto el heroismo y la virtud. Para completar esta resurreccion pagana, fué creado un senado, y se confirió el título de patricio á Jordano, hermano del antipapa Pedro de Leon. El nuevo gobierno despues de su instalacion subió, como los antiguos triunfadores, al Capitolio. ¡Espectáculo raro el de estas reacciones populares que por intervalos vienen á plantarse en la historia, interrumpir la marcha de la civilizacion, y hacer retrogradar al mundo á las sendas olvidadas en la antigüedad! Los facciosos pretendian que el papa, abandonando todos sus derechos de señorío feudal y de soberanía, se contentase en adelante, como en los primitivos siglos de la Iglesia, con las ofrendas voluntarias de los fieles. Se apoderaron en efecto de todas las rentas y riquezas de los Estados pontificales. Lucio II quiso oponerse á estas violencias. Envió legados á Alemania, al rey Conrado, que acababa de suceder á Lotario II, implorando su socorro. Pero en el intervalo, herido gravemente en un motin, murió mártir de su valor por reivindicar los derechos de la Santa

Sede, el 25 de febrero de 1145. En tanto que estos vasallos rebeldes trataban de despojar á Lucio II de su soberanía, Alfonso Enriquez I, proclamado rey de Portugal en el campo de batalla de Castro-Verde en 1139, donde acababa de vencer cinco reyes moros ligados contra él, enviaba al papa una embajada solemne encargada de declarar á Portugal feudatario de la Iglesia romana, con empeño contraido de pagar á San Pedro un tributo anual de cuatro onzas de oro.

§ V. **PONTIFICADO DE EUGENIO III** (27 de febrero de 1145-8 de julio de 1153).

28. Muy críticas eran las circunstancias : tenia la Iglesia necesidad de una cabeza : dos dias despues de la muerte de Lucio II los cardenales le dieron por sucesor á Bernardo de Pisa, monje de Claraval antes, y luego abad de San Anastasio de Roma, monasterio fundado por el ilustre abad de Claraval. Tomó el nombre de Eugenio III, y se verificó su ordenacion el 4 de marzo en el monasterio de Farfa, á donde le habian obligado á retirarse los desórdenes de Roma, abriéndose de este modo su pontificado en el destierro. El nuevo papa habia sido uno de los discípulos predilectos de san Bernardo; y cuando este supo la noticia de su advenimiento, se conmovió mucho. « ¿Qué habeis hecho? les escribió á los cardenales. Habeis » llamado entre vosotros á un hombre que estaba ya en el » sepulcro! Habeis vuelto á sumir en las luchas y peligros del » mundo al que habia ya huido del mundo y sus peligros! del » último habeis hecho el primero, mas su último estado es » peor que el primero. Pero Dios, que escogió á David su » siervo, no siendo sino pastor, para hacerlo rey, acaba tam- » bien de llamar por vuestra boca á Eugenio al gobierno de » su Iglesia. Sí, el dedo de Dios está ahí. » La carta que san Bernardo escribió al mismo tiempo al papa es obra maestra de ternura y gracia. « La noticia de las grandes cosas que ha » hecho el Señor en vos ha llegado hasta estos desiertos. Yo » esperaba un mensaje de vuestra mano ; yo esperaba *verme* » *prevenido por vos en bendiciones de dulzura.* Yo esperaba

» que uno de mis hijos viniese á dulcificar el dolor del padre » y decirle : *Josef, vuestro hijo, aun es vivo, y él es quien reina » en Egipto.* Yo hablaré pues á mi Señor, porque no me » atrevo ya á llamaros *mi hijo,* pues que el hijo es hecho » padre, y el padre hijo. Sí, yo soy, si os dignais recordarlo, » quien os he engendrado por el Evangelio. ¿Y cuál es ahora » mi esperanza, mi gozo, mi corona de gloria? ¿No sois vos » ante Dios? Sin embargo, en adelante no seréis ya llamado » *hijo,* sino con el nuevo nombre que el Señor mismo os ha » dado. Y con todo, aunque haya perdido el título de padre » respecto de Vuestra Santidad, tengo empero los temores, » los cuidados azarosos. Yo miro vuestra elevacion, y tiemblo » por los peligros. ¿Quién me dará el que antes que muera » vea la Iglesia vuelta al esplendor de sus antiguos dias, » cuando los Apóstoles echaban sus redes, no para cazar oro » ni plata, sino para pescar almas? Feliz yo, si os oyera decir » á todos los simoníacos, como aquel cuya cátedra ocupais : » ¡ Perezca el dinero con vosotros ! Lo que de vos exige nues» tra madre la Iglesia, lo que desean todos sus hijos, es que » toda planta que no haya plantado el Padre celestial sea » arrancada de cuajo por vuestras manos ; porque habeis sido » establecido sobre las naciones y reinos para arrancar y des» truir, para plantar y edificar. Sosteneos pues, señor, con » vigor en la posesion de los bienes que Dios os ha dado. Sin » embargo no os olvideis de que sois hombre y que Dios lleva » en su mano los destinos de los reyes. ¡ Cuántos pontífices » romanos han muerto en poco tiempo á nuestra vista ! Su » reinado, tan corto, os amonesta que el vuestro lo será » tambien. Vos les habeis sucedido en el trono, y un dia les » seguiréis en la tumba ! »

29. Eugenio III se mostró digno de este lenguaje, y desplegó durante el curso de su pontificado la vigilancia y firmeza que le recomendaba san Bernardo. El primer acto de su gobierno fué excomulgar á Jordano, patricio revolucionario, á Arnoldo de Brescia y á sus partidarios. El pueblo de Roma no habia tardado en reconocer por experiencia funesta que el

yugo de sus pretendidos libertadores era yugo de hierro. Echaba de menos la mano paterna de sus pontífices; así es que se manifestó muy pronto una reaccion en la ciudad, y fueron diputados á Eugenio III enviados para suplicarle perdonase al pueblo y contase con su sumision. Se abolió el patriciado, y huyeron Jordano y Arnaldo de Brescia. El papa, lleno de misericordia, perdonó á todos los culpables. « Sobre» vino un júbilo inmenso, dice Othon de Frisingen, autor » contemporáneo, para toda la ciudad con el inesperado re» greso del pontífice. El pueblo le salió al encuentro con » ramos verdes; se postraban á sus piés, besaban sus huellas, » y le abrazaban á porfía. Ondeaban las banderas, y salian » oficiales y jueces al camino. Hasta los Judíos tomaban parte » en este júbilo universal é iban en procesion llevando en sus » hombros la ley de Moisés. Los Romanos cantaban : ¡ Bendito » sea el que viene en nombre del Señor! » (año 1145). San Bernardo, solícito por la salvacion de Eugenio III, le dedicó su magnífica obra *De Consideratione*, que es un verdadero Manual de reyes y pontífices. Expone en ella todos los deberes y escollos de la soberanía : san Pio V la hacia leer diariamente á la mesa.

30. Mas llegó en este mismo año la cruel noticia de la toma de Edesa por Zenghi, emir de Mossoul, cuyo hijo Noureddin amenazaba á Antioquía. En Jerusalen Foulques de Anjou, yerno y sucesor de Balduino II, despues de haber peleado continuamente contra los infieles, murió de una caida de caballo, y solo dejaba dos hijos niños. La reina Melisenda, su madre, hizo coronar al mayor, de edad de doce años, bajo el nombre de Balduino III. Los Sarracenos creyeron el momento favorable para arrojar á los cruzados de sus conquistas. Volvieron á tomar á Ascalon y amenazaban la ciudad santa. El obispo de Gabala, en la Siria, fué comisionado para participar todos esos desastres al Occidente. Contaba con lágrimas que todos los cristianos de Edesa habian sido descuartizados, profanadas y saqueadas las iglesias, y pisoteadas por los caballos las santas reliquias. La grandeza del peligro despertó en todas

partes el valor caballeresco que cincuenta años antes habia estallado en el concilio de Clermont. Eugenio III encargó á san Bernardo predicase esta segunda cruzada. El ilustre abad de Claraval pedia una expedicion militar como la de Godofredo de Bouillon, cuyo mando tomase el rey de Francia. Sugerio no era de este parecer, y Luis el Jóven estaba vacilante entre dos pareceres igualmente imponentes, cuando acabó de determinarle el obispo de Gabala diciendo: « Los » Francos han fundado el reino de Jerusalen, y á los Francos » toca salvarlo. » Fué pues resuelta la segunda cruzada. San Bernardo la predicó en la corte plenaria de Vezelay, el dia de Pascua de 1146, ante un concurso numerosísimo, con tanta vehemencia, que todos los asistentes exclamaron entusiasmados: « ¡La cruz, la cruz! » Se habia preparado inmensa cantidad de cruces, mas no bastaron, y hubo que hacer tantas mas, que hasta san Bernardo se vió obligado á cortar sus hábitos para este objeto. Luis VII fué el primero que tomó la cruz, y despues de él su esposa Eleonor; Roberto, conde de Dreux, su hermano; los condes de Tolosa, de Champaña, de Soissons, de Nevers y una infinidad de señores. Entre los prelados, se cita á Godofredo de Langres, Simon de Noyon, Arnoldo de Lisieux. Querian todos elegir á san Bernardo por jefe de aquel inmenso armamento, pero ni el calor ni el éxito de su elocuencia no le habian comunicado el entusiasmo de Pedro el Ermitaño. El santo abad suplicó al papa no le impusiera un papel que no era el suyo. « ¿Quién soy yo, le escribió, » para figurar como general de ejército, poner tropas en » batalla y marchar á su frente? Y aun cuando, por imposi- » ble, tuviera fuerzas y capacidad para ello, ¿qué cosa habria » mas ajena de mi profesion? » La Francia se levantó para responder á su llamamiento; y no bastando esto al celo de san Bernardo, se fué á predicar la cruzada en Alemania. No sabia la lengua de aquel país y tomó un intérprete que reproducia sus discursos. Sin embargo, su presencia, su fama y sobre todo sus milagros produjeron efectos prodigiosos. Curaciones milagrosas se verificaban á su paso por toda su larga carrera;

y así obró milagros en Espira, en presencia del rey Conrado y toda su corte, en la que á la sazon se hallaba un embajador de Constantinopla; en Friburgo, Basilea, Schaffouse, Constanza, Colonia, Aquisgran, Maestricht y otras muchas poblaciones. Estos milagros eran patentes, obrados en medio de numerosos concursos, y hasta los mismos protestantes reconocen su autenticidad. Eran como una efusion de la gracia divina sobre el mundo por medio del hombre de Dios. En Espira el rey Conrado interrumpió á san Bernardo en medio de sus ardorosas exhortaciones, y pidió la cruz con lágrimas y entusiasmo; lo que hicieron tambien sus dos hermanos, Enrique, duque de Suabia, y Othon, obispo de Frisingen, que ha escrito la historia de esta época, su sobrino Federico y muchos otros príncipes y señores. Se cruzaron poco despues el duque de Bohemia, el marqués de Estiria y el conde de Carinthia, por manera que en algunos meses el rey de la Germania se vió al frente de doscientos mil combatientes. Al dar cuenta al soberano pontífice san Bernardo le dijo: « Vos habeis man» dado, y yo he obedecido; vuestra autoridad ha hecho » fecunda á mi obediencia; las villas, ciudades y palacios que» dan desiertos: por do quiera se ven huérfanos y viudas » cuyos padres y esposos viven. » Para precaver los desórdenes que se introdujeron en la expedicion de Pedro el Ermitaño, y combatir el cruel fanatismo del monje aleman Rodolfo, que predicando la cruzada en Colonia, Maguncia y otras ciudades del Rhin, incitaba las poblaciones á matar á los Judíos como los mayores enemigos del Evangelio, el abad de Claraval insistió en sus discursos sobre la obligacion de respetar la vida de los Judíos. « Son, decia, como figuras y letras vivas » que nos recuerdan los misterios de nuestra religion. Por otra » parte, viven con mucha paz entre nosotros. Si hacemos » guerra á los infieles es por rechazar la fuerza con la fuerza. » Los guerreros cristianos no deben jamás tocar á un enemigo » desarmado. »

31. Los cruzados Alemanes se dividieron en tres grandes grupos. El primero se embarcó en doscientos navíos ingleses y

flamencos, é hizo velas al Portugal, en donde Lisboa estaba aun en poder de los Moros. La ciudad fué tomada despues de cuatro meses de sitio en 1147, y entregada con lo demás del reino á Alfonso Enriquez. Concluida tan felizmente esta operacion, los cruzados regresaron á su patria. El segundo cuerpo volvió sus armas contra los Esclavones paganos, que desde hacia dos siglos asolaban la Sajonia y la Dinamarca. Se hizo un tratado con honrosas condiciones, pero que los Esclavones quebrantaron apenas salieron los cruzados. El tercer cuerpo debia marchar al Oriente y tomar parte directa en la cruzada propiamente dicha. De acuerdo con Luis el Jóven, Conrado arregló la cuestion dudosa del itinerario que habia de seguirse. Rogerio, rey de Sicilia, que por sus continuas guerras contra el imperio de Constantinopla conocia á fondo la perfidia de los Griegos, insistió con los dos reyes para que tomasen la ruta marítima, y aun ofreció poner á su disposicion bastante número de bajeles para transporte de las tropas. Este consejo era fruto de la experiencia, y el mas prudente; pero no fué seguido, y mas tarde hubo que arrepentirse de ello. Se resolvió tomar la misma ruta que Pedro el Ermitaño, y que se pasaria por Constantinopla. Conrado partió el primero, dirigiéndose al Oriente por la Hungría. Luis el Jóven le iba siguiendo de cerca; y dejó en Francia con título de regente, en 1147, á su hábil y gran ministro Sugerio, que preveia desgracias y que lloraba amargamente no poderlas evitar. Las fuerzas reunidas de ambos reyes subian á muy cerca de cuatrocientos mil combatientes. Si hubiera desembarcado en el puerto de Joppe este prodigioso armamento conducido por una flota siciliana, estaba salvado el reino de Jerusalen; y la Palestina, la Siria, tal vez el Asia entera, habrian sacudido el yugo del falso profeta, y habrian sido restituidas al imperio de Cristo. Los ejércitos aleman y francés, al atravesar á Constantinopla, pudieron convencerse de la inmensa falta cometida. El emperador Manuel (1), reservado como todos los

(1) Manuel habia sucedido en 1129 al hijo de Alejo Comneno, á quien sus nobles

Comnenos, acogió á Conrado y á Luis el Jóven con protestaciones de celo, amistad y admiracion tan hipócritas, que Godofredo, obispo de Langres, indignado de tanta lisonja, le dijo : « Príncipe, no hableis tanto y tan largamente de la glo- » ria, de la majestad, de la sabiduría, de la religion del rey : » él se conoce, y le conocemos ; decid pronto y francamente lo » que quereis. » Manuel pretendió que jurasen los cruzados que todas las ciudades del Asia conquistadas se le devolverian inmediatamente. En la discusion que se movió acerca de esta pretension en el consejo de los Latinos, pronunció el obispo de Langres estas elocuentes palabras : « Lo estais oyendo. » Los Griegos quieren que reconozcais su imperio y os some- » tais á sus leyes ; es decir, que la cobardía mande al valor, » que la debilidad mande á la fuerza. ¿Qué ha hecho pues » esta nacion? ¿qué han hecho sus antepasados para mostrar » tanto orgullo? No os hablaré aquí de los lazos que nos han » tendido en todo nuestro viaje. Hemos visto los sacerdotes » de Bizancio, uniendo el sarcasmo al ultraje, purificar con » fuego los altares en que los nuestros habian ofrecido el santo » sacrificio. Ahora exigen de nosotros juramentos que no per- » mite el honor. ¿No es tiempo en fin de poner coto á sus » traiciones é injurias? Hasta aquí han tenido los cruzados que » sufrir de sus pérfidos amigos mas que de sus enemigos » declarados. De mucho há Constantinopla es una barrera » importuna entre la Palestina y nosotros : debemos pues en » fin abrirnos libremente el camino del Asia. Los Griegos no » han sabido defender ni el sepulcro de Cristo ni ninguna de » las ciudades cristianas de Oriente. Constantinopla, tenedlo

virtudes le merecieron un apodo que contrastaba con su estatura pequeña, color moreno trigueño, y feo de rostro. Se le llamó Kalo-Joannes, *Juan el Hermoso*. Se cita de él un buen rasgo de modestia y piedad. Al regreso de una expedicion contra los infieles, victoriosa y feliz, Constantinopla le decretó los honores del triunfo. El emperador halló en las puertas un carro triunfal de oro y pedrerías destinado para él. Rehusó subir en él, é hizo colocar allí la estatua de la santísima Vírgen para agradecer á la Reina del cielo la proteccion que habia otorgado á su ejército. Y él, con una cruz en la mano, iba al frente del acompañamiento á pié. Manuel Comneno, su hijo, heredó su trono, mas no sus virtudes.

» entendido, será muy pronto presa de los Turcos y Bárbaros, » y por su cobardía les abrirá un dia las puertas del Occi- » dente. La necesidad, la patria, la religion, os mandan hacer » lo que os propongo. Dios mismo nos llama á la ciudad de » Constantino; él nos abre las puertas de esta, como abrió á » nuestros padres las de Edesa, Antioquía y Jerusalen. » Si hubiera sido escuchada la voz del obispo de Langres, estaba asegurado el buen éxito de la segunda cruzada. Y en efecto, mientras que Manuel visitaba como amigo el campo de los cruzados, y adulaba bajamente al rey de Francia y á Eleonor de Aquitania; en tanto que daba á nuestros caballeros el espectáculo de los juegos del hipodromo y brillantes torneos al estilo de su patria, mantenia relaciones cón el sultan de Iconio, y ponia á los Turcos al corriente de todos los proyectos del ejército latino, sin contar que hacia vender á los cruzados la harina mezclada con cal. En medio de tantas protestas de amor á los cruzados, Manuel habria querido hacerlos desaparecer con alguna aventura. Apenas hubieron pasado el Bósforo por el canal de San Jorge, la lealtad bizantina les rodeó de enemigos invisibles: ya eran guias que extraviaban ó descaminaban maliciosamente los batallones de la cruz; ya eran espías que durante las marchas largas al través de gargantas y desfiladeros de montañas, se deslizaban secretamente del cuerpo del ejército é iban á dar á los Musulmanes la hora y señal de ataque. La historia nos hace ver que las desgracias de la segunda cruzada no fueron debidas á la suerte de las armas sino á la traicion griega. « Yo no osaré pronunciar el » nombre de este hombre, dice un cronista contemporáneo » hablando de Manuel, porque este nombre no está escrito en » el libro de la vida. »

32. El odio de los Griegos á los cruzados no podia menos de producir desastres irreparables. Al dejar á Constantinopla, Conrado avanzó por los llanos de la Anatolia, conducido por guias que le habia dado Manuel. Estos traidores hicieron entrar al ejército por medio de montes desiertos y lo abandonaron al furor del Turco. Advertido por Manuel, el sultan de Iconio

reunió un ejército formidable ; y al frente de sus tropas, acostumbradas al país, equipadas á la ligera, vino á dar sobre los Alemanes, extenuados de hambre, hombres y caballos. Los Turcos no se acercaban sino á tiro de flecha, y disparaban flechazos sin peligro de lo alto de las rocas : cada tiro era mortífero. La lanza, el sable, la hacha de armas y todo el valor de los Alemanes, armados pesadamente, eran inútiles contra enemigos que no podian tener cuerpo á cuerpo. Ya no se pensaba en vencer, sino en resignarse á morir. Fué heróica la actitud de este ejército de mártires, pero fué inmenso el desastre, pues que apenas quedaron con vida algunos miles de hombres. Conrado, herido de dos venablos, en medio de sus caballeros, que nada podian hacer por defenderlo, llegó en fin á Nicea, donde reunió el resto de su desventurado ejército. Ni una sola queja se escapó de sus labios. « Dios es justo ; solo nosotros » somos culpables. » — Luis el Jóven no fué mas feliz. Despues de haber batido á los Turcos en el paso del Meandro, el ejército francés atravesó Laodicea, y avanzó dividido en tres cuerpos. Jofredo de Rancon mandaba la vanguardia. El camino estaba como colgado entre dos precipicios, sobre inmensas rocas amontonadas unas sobre otras. Jofredo habia recibido la órden de detenerse en la cima de la montaña, y esperar allí los otros dos cuerpos. Por desgracia no obedeció. Despues de haber pasado los desfiladeros mas peligrosos, viendo en la falda opuesta un llano fértil, se fué allí á poner su tienda. El resto del ejército avanzaba lentamente : el centro con los bagajes y muchedumbre sin armas, apretado en estrechos senderos, y marchando sobre el borde de abismos, se halló muy pronto en el mayor desórden. Los Turcos, que estaban acechando este momento, se echan de improviso sobre la turba de peregrinos extraviados, que muy en breve fueron víctima del cuchillo musulman. Los alaridos y gritos prolongados llegaron á oidos del rey, que se hallaba en la retaguardia. Luis VII con algunos caballeros acude al lugar del combate. Despues de una terrible lucha, el centro pudo salvarse, y continuó, mermado, su marcha : solo quedaron batiéndose con el enemigo

el rey y los caballeros que le acompañaban. En la refriega, todos perecieron al lado de Luis el Jóven, el cual agarrando las ramas de un árbol, salta á lo alto de una roca. Refugiado allí, recibe en su coraza las flechas disparadas de lejos, y con su espada corta las manos y cabezas de los que osan acercarse. Su valor y la noche le salvaron; pudo reunirse á su campo, donde ya le lloraban muerto. Despues de doce dias de marcha por un país arruinado por los Turcos, los cruzados llegaron á los muros de Satalia, ciudad marítima, habitada por los Griegos y gobernada en nombre del emperador de Constantinopla. Se les negó la entrada: parte del ejército se embarcó con el rey para Antioquía; el resto se formó en órden de batalla para atravesar la Cilicia y regresar hácia Constantinopla. Pero los Turcos mataron el mayor número. «Dios solo, dicen las crónicas antiguas, conoce el número de mártires y la cantidad de sangre que se vertió por la cimitarra musulmana, y aun por la espada de los Griegos.» Sin ejército, Conrado y Luis el Jóven continuaron su peregrinacion hasta Jerusalen, visitaron los santos lugares que habian venido á reconquistar, y tomaron el camino de la Europa. Antes que los reyes, habia llegado á Europa la noticia de tanta derrota, de tanto estrago. Por de pronto se volvió á encender el entusiasmo para vengar tanta felonía, y aun habló el papa. El abad Sugerio, que se habia negado á contribuir con su voto á la cruzada, formó el proyecto de restablecer en el Oriente el honor de las armas francesas y socorrer á Jerusalen; pero la nobleza y el clero, arruinados en la primera expedicion, no quisieron exponerse á nuevos peligros. San Bernardo, deplorando los funestos resultados de la guerra, de la que se intentaba hacerle responsable, rehusó prestarse á esta segunda tentativa con la predicacion: su silencio y la muerte del abad Sugerio, acaecida en este año de 1148, contuvieron al Occidente, pronto á moverse todavía.

33. Durante toda la segunda cruzada, el papa Eugenio III habia permanecido en Francia desde 1146 para sustraerse á las violencias de los partidarios de Arnaldo de Brescia, que no cesaban de fomentar discordias civiles en Roma. En el concilio

de París de 1147 y de Reims de 1148, Eugenio III condenó los errores de Gilberto de la Porea, obispo de Poitiers. Como Abelardo, quiso disertar acerca de la santísima Trinidad, y se le reprocharon cuatro proposiciones muy confusas; dos de las cuales, algo mas inteligibles, decian: *La Divinidad no es Dios. — La naturaleza divina no se ha encarnado.* Dichas proposiciones, deferidas al papa por los arcedianos de Poitiers, fueron examinadas en presencia del mismo Eugenio III en el concilio de París, á donde acudió san Bernardo; convenció á Gilberto, y este dió noble ejemplo de sumision adhiriendo á la sentencia del concilio y anatematizando su herejía. Se condujo al concilio de Reims un sectario fanático, hidalgo breton, llamado Eon de la Estrella. Se creia el Hijo de Dios, juez de vivos y muertos. Esta locura hubiera sido solamente ridícula si no hubiera hallado en el pueblo una masa de ignorantes que le seguian. En calidad de Hijo de Dios y Señor universal despojaba las iglesias, robaba los palacios y quintas, saqueaba los monasterios y aterrorizaba á todos. Conocida su locura, el abad Sugerio le mandó encerrar como demente peligroso. Muchos de sus partidarios, sentenciados por sus crímenes por los tribunales, persistieron hasta morir en su criminal locura.

34. Esta época fué época de las grandes herejías religiosas y sociales, que bajo los diversos nombres de Petrobrusianos, Búlgaros, Enricianos, Albigenses y Cátharos, reproducian los principios del maniqueísmo antiguo y asolaban el mediodía de la Francia y las principales ciudades de Alemania (1). Sus doctrinas eran la subversion ó destruccion de toda doctrina: en política y en religion, negacion de toda autoridad, insubordinacion y anarquía; en moral, destruccion de la familia so pretexto de que los vínculos del matrimonio se oponian por su perpetuidad á la santidad del cristiano; ausencia de toda regla,

(1) *Petrobrusianos*, de su jefe Pedro de Bruys; *Búlgaros*, por venir de la Bulgaria; *Henricianos*, del nombre de Enrique, discípulo de Pedro de Bruys; *Albigenses*, porque la capital donde se reunian estos sectarios era Albi, en el mediodía de la Francia; *Cátharos*, esto es, *puros*, porque pretendian asemejarse al buen principio, desechando siempre lo malo.

ley, deber y obligacion, so pretexto de que todo esto venia del mal principio, cuya obra era. Los utopistas modernos nada han inventado, como se ve : son los mismos errores, el mismo objeto, mas por distinta via y mudando de términos. Pedro de Bruys infestaba durante veinticinco años las provincias del Ródano y la Garona. Altivo con el séquito del populacho, despues de haber quemado las iglesias y monasterios del Languedoc, vino á San Gil y mandó preparar una inmensa hoguera compuesta de las cruces que habia arrancado, y le puso fuego. A este escandaloso é impío atrevimiento, los católicos, llevados de santa indignacion, se apoderan de Pedro de Bruys y le arrojan á las llamas, donde pereció abrasado, víctima de su imprudencia é impiedad, 1147. Pedro el Venerable y san Bernardo combatieron á los herejes con otras armas. El abad de Cluny recorrió el mediodía de la Francia, predicando á los pueblos extraviados la verdadera doctrina del Evangelio. Hay de él un *tratado* combatiendo las herejías y defendiendo contra los sectarios la divinidad de la jerarquía y de los sacramentos de la Iglesia. El viaje del santo abad de Claraval por Albi, Tolosa y otras ciudades del Languedoc fué un verdadero triunfo. Las iglesias no bastaban á la concurrencia; y solo con su presencia se disipaba el error : mas elocuentes eran los milagros que Dios obraba por medio de su siervo que todos los sermones. Por desgracia el gérmen del error habia echado profundas raíces, y fueron necesarios nuevos combates, nuevas luchas para disiparlo enteramente. — Pedro el Venerable no se limitó á combatir á los herejes; emprendió además dos grandes obras que por sí solas bastaban para ilustrar su nombre. La primera es una refutacion del Talmud, donde prueba contra los Judíos la divinidad de Cristo. La otra es la refutacion del Alcoran y de las doctrinas musulmanas. Para este trabajo hizo traducir al latin Pedro el Venerable el libro de Mahoma, primera traduccion de esta obra en Occidente. — Florecian en este tiempo almas nobles, eminentes y santas. En los reinos del norte de la Europa, san Enrique, obispo de Upsal; san Erico, rey de Suecia; san Vicelin, obispo de Oldemburgo; en Alemania,

santa Hildegarde, monja del monasterio de Disemberg en el condado de Spanheim, tan célebre por sus maravillosas revelaciones; san Leopoldo, margrave de Austria; en Francia, san Estéban de Obasina; en Inglaterra, san Gilberto de Semprin-gam; en Irlanda, san Malaquías, amigo de san Bernardo [en España, santa María de la Cabeza y muchos mártires bajo los Moros], reproducian las maravillas de santidad y virtud de los mas florecientes siglos de la Iglesia.

35. Antes de dejar la Francia, Eugenio III quiso visitar al monasterio de Claraval, donde diez años antes estaba como simple monje. No pudo reprimir sus lágrimas al hacer su plática á la comunidad, y despues de exhortarlos y consolarlos tiernamente regresó á Italia. Este buen papa fué siempre discípulo austero de san Bernardo. Bajo sus ornamentos pontificales llevaba siempre cilicio: su cama, aunque magnífica en la apariencia, solo tenia paja por colchones, y una sola manta grosera por sábanas. Al regresar á Roma aun la halló entregada á la anarquía popular: á pesar de la ingratitud de esta ciudad, la dotó de ricos edificios é iglesias. Su vida y su administracion eran traslado fiel del genio de san Bernardo: era celoso, prudente, piadosísimo, aplicado en extremo al gobierno de la Iglesia, solícito por el progreso de la religion, de las ciencias y de las artes. Buscaba el mérito y le recompensaba: hizo traducir al latin muchas obras de santos Padres de la Iglesia griega, entre ellos, san Juan Damasceno. Murió Eugenio III el 8 de julio de 1153, despues de haber gobernado la Iglesia ocho años. Conrado III, el primer emperador de la casa de Hohenstaufen, murió en 1152. Dejó el trono de Alemania á su sobrino Federico Barbaroja, cuyo nombre, fatal á la Iglesia, estaba destinado á una triste celebridad.

§ VI. PONTIFICADO DE ANASTASIO IV (9 de julio de 1153-2 de diciembre de 1154).

36. En el mismo dia de la muerte de Eugenio III se eligió, para sucederle, á Conrado, obispo de Sabina, que tomó el nombre de Anastasio IV. Era un anciano de eminentes vir-

tudes, y las mostró en el hambre que afligió entonces á toda la Italia. La duracion de su pontificado no correspondió á las legítimas esperanzas que de su promocion se anhelaban por todos; pues murió el 2 de diciembre de 1154.

37. Los primeros dias de su pontificado fueron notables por el acontecimiento que sumió en el dolor á toda la Iglesia. Tenia ya á la sazon san Bernardo setenta y tres años. Lleno de afliccion y amargura por los infortunios de la cruzada, acabado de cansancio y enfermedades, solo hallaba fuerzas en el ardor de su celo, que luchaba contra sus extenuadas fuerzas corporales. Su último acto fué un rasgo de caridad. Ardia en guerra civil la ciudad de Metz; se hizo transportar á ella moribundo, y con voz lánguida, pero expresion muy sentida, habló al pueblo, y eso bastó para calmar sus odios y reyertas. En medio de un islote de la Mosela, convocó el santo abad á todos los miembros mas influyentes de ambos partidos, y les hizo firmar un tratado de paz. Acabado este acto, que coronaba tan dignamente cuarenta años de combates incesantes, regresó á Claraval. Algunos dias antes de su muerte escribió por última vez á su amigo, Arnoldo, abad de Bonneval, que le habia regalado algunos frutos. « He recibido vuestro presente con gran reco» nocimiento, mas sin placer; porque ¿cómo ha de haber pla» cer cuando todo es amargura? Sin embargo el espíritu es libre » en la carne flaca. Rogad al Salvador no dilate mas mi salida » de este mundo, y me proteja en la última hora, cuando me » presentare á él sin méritos y con manos vacías. He querido, » á pesar de mi flaqueza escribiros estas cortas líneas para que » reconociendo la mano conozcais el corazon que la guia. » San Bernardo habia abrazado en el celo ardiente de su caridad al Oriente y al Occidente: así es que el mundo entero lloró su muerte, acaecida el 20 de agosto de 1153. En tanto que la Iglesia le tributase culto público, se enterró el cuerpo de san Bernardo en la capilla de su monasterio, ante el altar de la santísima Vírgen, de quien era devotísimo. « Parecia haber » perdido el universo su luz, su gozo, su dicha y su vida, dice » un cronista. Un rey de Cerdeña bajó del trono por venir á

» Claraval y pasar el resto de su vida junto al sepulcro de Ber-
» nardo. Eskil, primado de Dinamarca y arzobispo de Lunden,
» siguió este ejemplo. Se unian así el Norte y Mediodía, el
» Oriente y Poniente, para amar y honrar al que tanto habia
» amado y honrado á Dios y á los hombres (1). »

(1) Es falsa la ascrcion de los escritores protestantes sobre que san Bernardo no era devoto de María, y se fundan en la carta que el santo escribió á los canónigos de Lyon en 1140, reprendiéndoles de haber introducido en su iglesia la fiesta de la Concepcion. El santo abad no atacaba la fiesta, sino su introduccion sin consultar al papa, siendo fiesta nueva y que no era necesaria, etc., etc.

CAPITULO VII.

SUMARIO.

§ I. Pontificado de Adriano IV (3 de diciembre de 1154-1º. de setiembre de 1159).

1. Eleccion y antecedentes de Adriano IV. — 2. Suplicio de Arnaldo de Brescia. — 3. Estado político de la Italia bajo Adriano IV. Guillermo el Malo, rey de Sicilia. Federico Barbaroja, emperador de Alemania. — 4. Coronamiento de Federico Barbaroja. — 5. Restablecimiento de la paz entre Guillermo el Malo y Adriano IV. — 6. Carta del papa á Federico Barbaroja. — 7. Asamblea de Roncaglia. — 8. Disolucion del matrimonio de Luis el Jóven, rey de Francia, y de Leonor de Guiena. — 9. Movimiento intelectual en el pontificado de Adriano IV. Escolástica. Pedro Lombardo, llamado *Maestro de las Sentencias*. Decreto de Graciano. — 10. Ordenes militares en España.

§ II. Pontificado de Alejandro III (7 de setiembre de 1159-30 de agosto de 1181).

11. Elogio de Alejandro III por Voltaire. Cisma del antipapa Víctor III. — 12. Conciliábulo de Pavía, que depone á Alejandro III. — 13. La mayoría del mundo católico se somete al papa legítimo. — 14. Destruccion de Milan por Federico Barbaroja. — 15 Alejandro III se refugia á Francia huyendo de Barbaroja. Conferencia entre Luis el Jóven y los diputados del emperador de Alemania. — 16. Concilio de Tours. — 17. Muerte del antipapa, á quien dan por sucesor sus partidarios á Guido de Crema, que toma el nombre de Pascual III. Regreso de Alejandro III á Roma. Restablecimiento de Milan. Federico Barbaroja se apodera de Roma. El papa se retira á Anagni. — 18. Cartas de enhorabuena dirigidas á Alejandro III despues de la retirada de Barbaroja. — 19. Muerte del antipapa Pascual III. Juan, abad de Strum, le sucede con el nombre de Calixto III. Sitio de Ancona. — 20. Sumision de Federico Barbaroja al papa. Ratificacion de la paz. Entrevista entre el papa y el emperador. — 21. Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery. — 22. Concilio de Northampton. — 23 Tomás Becket viene á Francia, donde le toma bajo su proteccion Luis el Jóven. — 24. Tomás Becket excomulga al rey de Inglaterra. Alejandro III confirma la sentencia. Reconciliacion del arzobispo y el rey. — 25. Martirio de santo Tomás Becket. — 26. Penitencia del rey de Inglaterra. — 27. Onceno concilio general, tercero de Letran. — 28. Muerte de Alejandro III. — 29. Santos personajes de su pontificado. Beguinas.

§ III. Pontificado de Lucio III (1º. de setiembre de 1181-24 de noviembre de 1185).

30. Tratado definitivo entre Federico Barbaroja y las ciudades lombardas. — 31. Bula de Lucio III contra los Albigenses, Cátharos y Patarinos. Orígen de la Inquisicion. — 32. Los *Humillados* ó *Pobrecitos de Lyon*. Valdenses. — 33. Muerte de Lucio III.

§ IV. PONTIFICADO DE URBANO III (25 de noviembre de 1185-19 de octubre de 1187.)

§ V. PONTIFICADO DE GREGORIO VIII (20 de octubre-15 de diciembre de 1187.)

§ VI. PONTIFICADO DE CLEMENTE III (19 de diciembre de 1187-25 de marzo de 1191).

§ VII. PONTIFICADO DE CELESTINO III (28 de marzo de 1191 - 8 de enero de 1198).

§ I. PONTIFICADO DE ADRIANO IV (3 de diciembre de 1154-1°. de setiembre de 1159).

1. El solo papa que haya dado la Inglaterra á la Iglesia, *Breekspear,* fué elegido para suceder á Eugenio III el 2 de diciembre de 1154, y tomó el nombre de Adriano IV. Se vió manifiestamente el dedo de Dios en las circunstancias extraordinarias de su elevacion. Su padre, fámulo del monasterio de San Albano, vivia con las limosnas de este monasterio. No teniendo con que mantener su familia, echó fuera de su casa á Breekspear. Errante y desterrado, este jóven vino á Francia, á donde le conducia la Providencia, y se detuvo en el monasterio de San Rufo, cerca de Arles. Su aplicacion al estudio, su regularidad de conducta, la nobleza y generosidad de carácter, y su ingenio, en fin, que hacia vislumbrar, en un estado bajo, una alma grande, llamaron la atencion de los monjes, que hasta le eligieron por su abad. La envidia persigue tenazmente á todos los caractéres grandes, y Breekspear fué blanco de sus tiros. Sus propios monjes le acusaron ante el papa

Eugenio III : « Id, les respondió el papa, á hacer eleccion de » un superior con quien podais, ó por mejor decir, querais » vivir en paz : porque este no estará mucho tiempo á vuestro » cargo ; yo le nombro cardenal de Albano. » El nuevo dignatario de la Iglesia fué enviado en calidad de legado apostólico á los reinos del Norte, Dinamarca, Suecia y Noruega. Elocuente, hábil, afable y paciente, se hizo amar de aquellos pueblos semi-bárbaros. Muy amigo de san Enrique, obispo de Upsal, y de Eskil, arzobispo de Lunden, cuando volvió á Roma, á la muerte de Eugenio IV, muy famoso ya por sus altas prendas, fué unánimemente elegido papa. El pobrecito Inglés, ascendido por vias tan maravillosas á la cima de la jerarquía católica, sabrá luchar contra los furores populares y contra las usurpaciones de los reyes : sabrá mantener, en medio de las tormentas, la grandeza, dignidad y estabilidad de la silla de san Pedro.

2. Arnaldo de Brescia continuaba en Roma sus proyectos de restauracion pagana y de gobierno republicano : y Adriano IV se vió obligado á fulminar un entredicho contra la ciudad. Este castigo jamás se habia dado á la capital augusta, aun en los tiempos mas funestos para la religion. Fué pues interrumpida la celebracion de los sagrados misterios y ceremonias católicas hasta el 23 de marzo de 1155. Pero en fin los senadores, no pudiendo resistir á las reiteradas instancias del clero y del pueblo, fueron á hacer sumision en manos del soberano pontífice en la iglesia de San Pedro, y le juraron por los santos Evangelios echar de la ciudad y territorio de Roma á Arnaldo de Brescia y sus secuaces. El sectario huyó, mas fué arrestado por las tropas de Federico Barbaroja, á quien habia llamado á su socorro Adriano IV, fué entregado al prefecto de Roma, y decapitado en el castillo de San Ángelo, en 1155, despues de haber sido juzgado y sentenciado segun las leyes del país, y por derecho propio de toda sociedad á castigar severamente á los que atacan sus bases fundamentales.

3. Acababa de subir al trono de Inglaterra Enrique Plantageneto, y al saber la exaltacion de Adriano IV, su vasallo, á

la silla de san Pedro, le escribió la enhorabuena. « La noti-
» cia de vuestra promocion, escribia el rey, ha llenado de
» júbilo á nuestro Occidente, que se enorgullece de haber dado
» al universo esta nueva luz, este sol de la cristiandad. Quiera
» el Señor, que os ha trasplantado como árbol de vida desde
» el suelo de Inglaterra al medio del paraíso de la Iglesia,
» protegeros contra los huracanes de las borrascas. » Juan de Salisbury, obispo de Chartres, amigo y paisano de Adriano IV, fué portador de este mensaje [1]. La prosperidad no cegó el corazon del humilde pontífice, y se expresó así con Juan de Salisbury : « El Señor me ha hecho engrandecer entre el yun-
» que y el martillo ; y ahora le suplico me ayude á llevar el peso
» con que me ha cargado, porque es muy superior á mis fuer-
» zas. » Y en efecto la situacion de Adriano IV estaba cercada de peligros. Guillermo el Malo acababa se suceder, en 1154, á su padre Rogerio en el trono de la Sicilia. El apodo de este príncipe indigno significa cuánto habia de dar que hacer á la Santa Sede. Se constituyó abiertamente protector de los revolucionarios de Roma, y á mano armada se apoderó de Benevento. Adriano IV fulminó sentencia de excomunion contra el usurpador. Federico Barbaroja avanzaba con tropas imponentes al través de las llanuras de la Lombardía, que cubria de sangre y ruinas. Desde el reinado de Othon I la Italia septentrional no habia estado sujeta á la autoridad fuerte y respetable de los emperadores : los ejércitos pasaban por intervalos cual torrentes devastadores por aquel camino abierto á las naciones, para hacer coronar sus Césares en Roma ; mas dejaban pocas huellas estas expediciones Así que, las nacionalidades

(1) Juan de Salisbury estaba encargado de pedir al papa de parte del rey de Inglaterra el permiso de entrar en Irlanda y hacerse dueño de ella, prometiendo restablecer el cristianismo oprimido por la idolatría. Adriano IV le otorga este permiso en una bula, donde dice á Enrique II : « Saben todos, y no lo ignorais vos
» mismo, que la Irlanda y todas las islas que han recibido la fe cristiana pertenecen
» como feudos á la Iglesia romana. Os otorgamos pues con gozo la autorizacion
» que nos pedís para acrecentamiento de nuestra religion. » Este hecho y las palabras tan formales de Adriano IV prueban inconcusamente la existencia del derecho público que reconocia en los papas de la edad media un protectorado supremo, una soberanía ó alto dominio universal.

italianas continuaban aisladamente su obra de independencia. Se habian pues formado en la Lombardía, al favor de casi total ausencia de un emperador soberano, multitud de repúblicas poco importantes en territorio, mas desmesuradamente ambiciosas, que se gobernaban por sus propias leyes, escogian sus jefes, se hacian guerra, ó estaban en paz sin dar parte al emperador. Milan era la mas poderosa de todas. Federico Barbaroja al subir al trono meditó el restablecimiento de la monarquía universal : su quimera fué renovar en su persona la grandeza perdida de los Césares romanos. « Confirme el papa » con su autoridad la legitimidad de mis empresas, decia el » emperador ; y todo el mundo será un solo imperio, del cual » será él el jefe espiritual, y yo soberano temporal. » Tan vasto designio necesitaba para realizarse un genio tan justo como grande, tan virtuoso como poderoso : Federico Barbaroja no reunia tales cualidades ; su ley, su justicia era la ambicion ; y su virtud la fuerza armada. Para ejecutar este plan era necesario un Carlomagno ; Federico no fué, con frecuencia, sino un Atila. Por lo demás, esta manía de un imperio universal, que ha perdido héroes mayores que Federico, no fuera en el fondo sino el trastorno de todos los derechos, el aniquilamiento de todas las nacionalidades, la destruccion de todo sentimiento patriótico, á favor de solo un hombre, de solo un pueblo. ¿ El resultado valdria los arroyos de sangre que costara ?

4. De todos modos, Federico Barbaroja deseaba comenzar un plan, ejecutar un vasto designio, poniendo bajo su inmediata obediencia á la Italia, que miraba como patrimonio del imperio, y que, á pesar de su decadencia, era aun su mas rica porcion. Lleno pues de esperanzas tan desmesuradas, pasó los Alpes en el mes de octubre de 1154, al frente de un formidable ejército. Milan, Pavía, Cremona, Lodi, abren sus puertas á los vencedores : Tortona osó resistir, y Federico la mandó quemar, arrasar y pasar el arado por sus ruinas. Precedido de terror, llega á los muros de Roma. « Tenia priesa de poner » sobre sus sienes la corona del imperio romano y del universo » entero. » Tales son las expresiones de su propio tio carnal,

Othon de Frisingen, obispo y cronista. Se reanimaron con su presencia las esperanzas de los revolucionarios, cuyos diputados de Sutri le salieron al encuentro y dijeron : « Os hemos hecho » nuestro ciudadano y príncipe, aunque sois extranjero : pro» metednos por vuestra parte librar á Roma del yugo pontifical, » confirmar nuestras antiguas costumbres, y devolver á la ciu» dad eterna su antiguo esplendor, restableciendo el senado y » el órden de caballeros ó quirites. — ¡Cómo! respondió » airado Federico, ¿es que Roma es hoy la Roma de César y » de Augusto? No; no me habeis hecho ni ciudadano ni prín» cipe. Carlomagno y Othon os han conquistado con las armas, » y no pueden los vasallos dictar leyes á su soberano. » Adriano IV habia venido, por su lado, á visitar al príncipe aleman en su campamento de Sutri. Para calmar al pontífice acerca de sus intenciones ulteriores, le habia prometido, por sus diputados, fidelidad inviolable. Con todo, ya en la primera entrevista, faltó poco para que rompiera la buena inteligencia un incidente sencillo. Federico se negó á someterse al ceremonial usado en casos semejantes, y no quiso tener el estribo del caballo del papa cuando este se desmontó. (1). Adriano IV, á su vez, no admitió á Federico al ósculo de paz. Se entablaron negociaciones acerca de este incidente : Federico se sometió, y el papa le condujo con toda pompa á la iglesia de San Pedro, donde le puso la corona imperial « En este » momento, dice un cronista, los Alemanes dieron tales gri-

(1) Seria desconocer la naturaleza del hombre mirar como puerilidad la firmeza de Adriano IV en sostener un derecho de sus antecesores: en materia de independencia, se procede siempre por via de detalles en apariencia leves. El homenaje que se negaba á tributar Federico no se dirigia á la persona del papa, pobre inglés elevado, como él mismo decia, desde la bajeza de su orígen á la mas alta dignidad de la Iglesia : dicho homenaje se dirigia á la dignidad pontificia, al vicario de Cristo, al sucesor de san Pedro. Honrando á la autoridad en su mas alta expresion, los príncipes, reyes y emperadores se honraban á sí mismos, y daban á su propio poder un carácter mas sagrado á los ojos de los pueblos. Los emperadores, desde Carlomagno hasta Carlos Quinto, lo comprendieron, y tributaron al pontificado este testimonio de veneracion. Sabemos por crueles experiencias lo que ha costado á toda la Europa el olvidar que la autoridad que no se funde en un principio divino, y no descienda de él, no es ya *autoridad* para nadie, sino *imperio de la fuerza*.

» tos de júbilo, que parecia un trueno (18 de junio de 1155). » Los sediciosos de Roma, viendo en la alianza del papa y emperador la destruccion de sus planes y esperanzas, salieron del fuerte de San Ángelo, de que se habian apoderado, se echaron sobre los escuderos de Federico y los mataron en la misma iglesia de San Pedro. Las tropas imperiales empeñaron pues un combate de cuerpo á cuerpo contra los insurgentes, inaugurándose el reinado de Barbaroja con arroyos de sangre.

5. Despues de su salida, Adriano IV, que no contaba mucho con la fe de su nuevo aliado, se apresuró á concluir un tratado de paz con Guillermo el Malo, y se verificó en 1156. Le reconoció por rey de Sicilia, con condicion de que este príncipe continuase pagando á la Santa Sede un tributo anual como sus antecesores, é hiciese pleito homenaje al papa por el reino de Sicilia, el ducado de Apulia, y el principado de Capua con todas sus dependencias. Durante los preliminares de esta negociacion, Adriano IV habia dado pruebas de su generosidad y habilidad política rehusando los socorros que Manuel Comneno, emperador de Oriente, le ofrecia contra Guillermo de Sicilia, con condicion de conceder á los Griegos el dominio feudatario de tres ciudades del litoral de la Península itálica. El papa conoció muy bien que hubiera sido retrogradar al tiempo de Narses con todas las complicaciones posteriores. Desechó pues las proposiciones de Manuel Comneno, y se aprovechó de estas relaciones amistosas para exhortar al emperador á procurar la reunion de las dos Iglesias, griega y latina. Despues del cisma de Miguel Cerulario, el Oriente estaba separado de la unidad romana. Los principales puntos que las dividian y dividen aun, son estos : 1°. La no admision del dogma de la procesion del Espíritu Santo, y la adicion : *Filioque*, hecha por la Iglesia latina al Símbolo de Nicea y de Constantinopla; 2°. no reconocer el primado del papa y su jurisdiccion sobre toda la Iglesia; 3°. no consagrar la Eucaristía con pan ázimo. Los esfuerzos de Adriano por restablecer la unidad, sin hallar precisamente enemigos declarados, se frustraron contra la indiferencia de los Griegos, y quedaron estériles.

6. La reconciliacion del papa con Guillermo el Malo habia disgustado en extremo á Federico Barbaroja, que tenia secreta propension á apoderarse de toda la Italia al favor de la ruptura entre la Santa Sede y el rey de Sicilia. La rebelion de la Lombardía en 1158 acabó de exasperarlo, y al frente de ciento veinte mil hombres vino á poner sitio á Milan. Era imposible pensar resistirse ante tan formidable armamento. Fieles á la política italiana, que les habia salido bien siempre, las repúblicas lombardas cedieron á la fuerza, juraron paz á discrecion del emperador, salvando así su existencia, esperando mejor ocasion de recobrar su libertad. Adriano IV en una carta del todo paternal le habia dicho: « Os hemos amado siempre con ternura como hijo querido nuestro. No habeis olvidado la cordial acogida que os hizo la santa Iglesia romana, vuestra madre, cuando os *confirió* (*contulit*) *la corona imperial*. No nos arrepentimos de haber accedido á todos vuestros deseos; si fuera posible, quisiéramos que Vuestra Majestad hubiese recibido de nuestra mano aun mayores *beneficios* (*beneficia*). » Federico Barbaroja no sabia latin, su canciller le tradujo la carta en aleman: la voz *beneficia* fué traducida por *feudo*: la voz *contulit*, por *conceder*, otorgar. El emperador entendió pues que en el pensamiento del papa el imperio era solo un feudo de la Iglesia romana, y que la corona imperial era don de su benevolencia, que se podia mudar voluntariamente. Por mas explicaciones que Adriano IV le dió segun el sentido natural de las palabras, Federico solo escuchó su pasion, y despues de una discusion muy borrascosa, el legado Rolando, portador del rescripto, tuvo que huir y esquivarse á la venganza imperial. Un edicto imperial prohibió al clero y fieles de Alemania comunicar con el soberano pontífice.

7. El pensamiento dominante de Federico Barbaroja era concentrar en su persona la monarquía universal; y creia marchar rápidamante á su realizacion con tantas violencias. En 1158 reunió en Roncaglia una dieta general del imperio, é hizo venir á ella treinta y dos jurisconsultos de Bolonia, que declararon nulas de pleno derecho las donaciones hechas anterior-

mente á los papas, á los obispos y monasterios. « El empera-» dor solo, decian ellos, tiene derecho de poseer, en su calidad » de señor temporal, las tierras y feudos. » La adulacion de los juristas no era menos revolucionaria que el radicalismo de Arnaldo de Brescia : los primeros lo dan todo al emperador, el segundo á la soberanía popular. Los unos pensaban en Bruto, los otros en César : para unos y otros, por nada contaban los cambios que desde muchos siglos habian acaecido en el mundo, en los imperios, en la religion, en las costumbres, en pueblos é individuos. Como los argumentos de los legistas estaban apoyados en cien mil espadas alemanas, no tuvieron respuesta. Y aun el arzobispo de Milan calificó á Federico, en su arenga, de emperador único y universal de Roma y del mundo : « Vuestra Majestad se ha dignado consultarnos acerca de sus » derechos y honor del imperio. Vuestra voluntad es derecho, » justicia y ley. » Causa indignacion tan bajo lenguaje. No han cesado de perseguir los escritores hostiles al pontificado con calumniosas imputaciones lo que llaman usurpaciones de los papas; mas nada han dicho de las continuas invasiones del poder temporal. Los papas han sostenido á costa de su reposo y aun de su vida los derechos de las nacionalidades y la independencia del mundo. Adriano IV excomulgó al arzobispo de Milan, y escribió á los obispos de Lombardía reprendiéndoles su servil cobardía. Adriano IV tenia un carácter inflexible cuando se trataba de defender la justicia. Federico se hubiera vengado, de seguro, del papa; pero este murió el 1°. de setiembre de 1159. La Iglesia halló en su sucesor un ánimo y una grandeza de alma no menos invencibles.

8. Adriano IV, mas feliz en sus relaciones con la Francia é Inglaterra, habia logrado mantener la buena armonía entre Luis el Jóven y Enrique Plantageneto. La situacion recíproca de ambos príncipes ofrecia empero extrañas complicaciones. Leonor de Guiena, casada con Luis el Jóven, habia seguido á su esposo en la cruzada. La influencia de las costumbres de Oriente habia hecho mella en esta princesa frívola y apasionada. Al regreso de los cruzados, en 1152, Leonor hizo

demanda de divorcio en el concilio de Beaugenci so pretexto de parentesco. El honor del rey de Francia habia sido comprometido ; sin embargo, este príncipe no reclamó y se sometió á las decisiones del concilio : ni tampoco fué consultado Adriano IV. Comprendió el papa la inmensa trascendencia de semejante decision, cuyos funestos efectos hubiera podido evitar con su ascendiente por vias conciliatorias. Por su divorcio, Luis VII perdia los vastos Estados que le habia traido Leonor en dote, y volvia á separarse el mediodía de la Francia del norte. Una mujer podia dar á quien quisiera la preponderancia del Occidente. Dos meses despues de la disolucion de su primer matrimonio, Leonor de Guiena se casó con Enrique Plantageneto, nieto de Guillermo el Conquistador, ya duque de Anjou y de Normandía, y poco despues rey de Inglaterra. Torrentes de sangre habia costado á la Francia el conquistarse [y todo iba á ser inútil]. En medio de estas dificultades, la influencia de Adriano IV y la habilidad de Juan de Salisbury, obispo de Chartres, lograron concluir una alianza entre la hija de Luis VII y el hijo de Enrique Plantageneto.

9. El movimiento intelectual del siglo XII continuó gloriosamente en el pontificado de Adriano IV. El método de los santos Padres, cuyo último representante fué san Bernardo, fué reemplazado por el método escolástico que estaba destinado á dominar en los espíritus y reinar en la ciencia teológica, gracias al superior ingenio de santo Tomás de Aquino. Se ha dicho que el método escolástico, que procede por via de rigorosa clasificacion, por silogismos, deducciones y consecuencias, destruye la inspiracion, y corta los vuelos á la invencion y elocuencia. Este método, como lo indica su nombre, es un método de enseñanza, no método de inspiracion ni invencion. Ahora bien, para enseñar es necesario presentar las ideas netas y precisas de lo que se enseña: para darlas, es menester poseerlas. Un nuevo Aristóteles que, con la claridad y precision del primero, resumiera en lenguaje inteligible todas las ciencias actuales, y presentase de este modo un conjunto exacto de los conocimientos humanos, cubriria su nombre de gloria

inmortal. Esta obra inmensa fué realizada por el método escolástico en la edad media respecto de la teología. Pedro Lombardo, obispo de París, y denominado el Maestro de las sentencias, fué el primero que aplicó el método escolástico, años 1100 al 1164, en su célebre obra intitulada *Liber sententiarum*. Se intituló así porque todos sus argumentos están apoyados en sentencias extractadas de la sagrada Escritura y santos Padres. Esta obra logró inmenso favor, y fué el manual de todos los teólogos, el texto de todos los catedráticos. Se cuentan hasta ciento sesenta comentadores : y entre los mas antiguos se hallan Guillermo de Auxerre, Alberto Magno, san Buenaventura, Guillermo Durand, Gil de Roma, Escoto, Okkam y el gran santo Tomás de Aquino, cuyo nombre debia de reemplazar el de Pedro Lombardo, mas sin hacerlo olvidar. — Al mismo tiempo acogian los sabios con entusiasmo una obra análoga sobre la jurisprudencia canónica : y era el *Decreto de Graciano*, catedrático en la universidad de Bolonia. Esta coleccion eclipsó todas las que la habian precedido, y aun la de Yvo de Chartres, que tan famosa era. Desde la universidad de Bolonia pasó muy pronto á toda la Italia, á Francia, Alemania, Inglaterra, España, etc., y fué muy en breve el solo texto en las cátedras de derecho canónico. — No eran Pedro Lombardo y Graciano los solos que ilustraban á la Iglesia con sus escritos. Entre los Griegos, Eutimio compuso su *Panoplia;* Eustachio, arzobispo de Tesalónica, se hizo ilustre por sus Comentarios sobre la Iliada y la Odisea, y por sus tratados sobre los himnos de la liturgia griega, descubiertos últimamente por el cardenal Maï. — Zonaras, célebre analista, escribió por este tiempo su crónica, que abraza desde el principio del mundo hasta la muerte de Alejo Comneno, en 1118. En el Occidente, Pedro el Venerable dejó dignos herederos de su talento y celo por la gloria de la Iglesia. Juan de Salisbury dedicó al canciller de Inglaterra, Tomás Becket, luego arzobispo de Cantorbery y mártir, sus dos libros del *Policrático* y la *Metalógica*. Ricardo de San Víctor escribió sus tratados *De la Trinidad, de la Encarnacion, del Poder de atar y de desatar*. Pedro de Blois, uno de los teó-

logos mas sobresalientes y piadosos de su siglo, enseñaba teología en París con inmenso fruto y aplausó. Y de este modo la ciencia católica podia oponer dignos representantes suyos á las escuelas judías y musulmanas de España y Oriente, que veian florecer entonces los famosos doctores Salomon Raschi de Troyes, Aben-Ezra de Toledo, apellidado el Sabio, el Grande, el Admirable; Moisés Maimonides, y en fin Averroes, el gran filósofo del islamismo.

10. La espada de los cristianos no era menos activa que su ingenio. Durante el pontificado de Adriano se fundaron en España las órdenes militares de Calatrava, Alcántara, Évora, San Miguel y Santiago (1), armando así la religion en las fronteras de la catolicidad una generacion de héroes prontos á morir en su defensa.

§ II. PONTIFICADO DE ALEJANDRO III (7 de setiembre de 1159-30 de agosto de 1181).

11. «El hombre que en la edad media ha merecido mas del » género humano, será quizás Alejandro III. Él fué quien en » un concilio del siglo XII abolió en cuanto pudo la servidum» bre. Este mismo papa triunfó en Venecia, por su sabiduría, » de la violencia del emperador Barbaroja, y que obligó al rey » de Inglaterra á pedir perdon á Dios y á los hombres del » asesinato de Tomás Becket. Resucitó el derecho de los pue» blos y reprimió el crímen en los reyes. Antes de este tiempo, » toda la Europa, excepto un corto número de ciudades, es» taba partida en dos clases de hombres: *señores de tierras*, » sea seculares ó eclesiásticos; y *esclavos*. Los legistas que » eran asistentes de los caballeros y bailíos en sus juicios, no » eran realmente sino siervos de orígen. Si los hombres han » vuelto á entrar en sus derechos, se lo deben principalmente » á Alejandro III; y al mismo deben su esplendor tantas ciu» dades.» El escritor que así habla de un papa es Voltaire,

(1) El autor anda muy mal informado en nuestras historias nacionales, defecto comun á casi todos los extranjeros. (El Traductor.)

enemigo jurado del pontificado. Alejandro III compró, por decirlo así, la gloria de semejante elogio con veinte años de persecuciones, destierro, luchas y proscripciones, sufridas con ánimo inflexible y heróica constancia. Su paciencia igualó á sus desgracias, ni sus triunfos alteraron jamás su modestia. Desde el dia mismo de su eleccion se pudieron ya prever las borrascas que le aguardaban. Despues de los funerales de Adriano IV, los cardenales, reunidos en San Pedro, le eligieron: tres solamente protestaron contra su eleccion, y nombraron precipitadamente al cardenal Octaviano, que á mano armada se hizo abrir las puertas de la iglesia y tomó el nombre de Víctor III. Así inauguraba una minoría facciosa un cisma que habia de tener las consecuencias mas deplorables.

12. Alejandro III, cediendo á la violencia, dejó á Roma y se hizo consagrar en el monasterio de Santa Nimfa, el 20 de setiembre de 1159, por Hubaldo, obispo de Ostia. Por su lado, el 4 de octubre siguiente el antipapa Víctor III se hizo coronar en el monasterio de Farfa por el obispo de Túsculo. Ambos concurrentes escribieron inmediatamente al emperador Federico para que reconociera su eleccion. Este príncipe tenia motivos de odio contra Alejandro III, porque no siendo aun cardenal fué el encargado por Adriano IV de remitir al emperador la famosa carta que les indispuso recíprocamente; por lo cual se declaró por el antipapa. Queriendo empero simular neutralidad, escribió á los dos pretendientes que para evitar todo cisma habia resuelto juntar un concilio en Pavía, para examinar en él la causa antes de juzgar definitivamente. Los obispos de Praga y de de Verdun fueron los portadores de la resolucion imperial. « Reconocemos al emperador, dijo el papa, por de-» fensor armado de la Iglesia romana; pero jamás será violado » en nuestra persona el privilegio dado por Cristo á san Pedro. » La Iglesia romana juzga á las otras, y no está sometida al » juicio de ninguna. Estamos dispuestos á dar nuestra vida en » defensa de estos derechos. » Estas nobles expresiones produjeron el efecto que era de esperar: los diputados del emperador se fueron inmediatamente al antipapa, se arrodillaron á

sus piés y le juraron fidelidad en nombre de su amo. Un concilio de obispos cortesanos se juntó en Pavía el 5 de febrero de 1160, confirmó la eleccion de Víctor III, y excomulgó á Alejandro III, « porque se negaba á presentarse en un concilio » que le habia citado canónicamente. » El emperador aprobó la sentencia; tributó homenaje al antipapa, él mismo le condujo al trono pontifical, donde le hizo sentarse, y publicó en Italia y Alemania un edicto mandando á todos los obispos reconociesen la autoridad de Victor III so pena de perpetuo destierro. El soberano pontífice Alejandro respondió á estos actos excomulgando á Federico, al antipapa y á sus cómplices.

13. Toda Europa se conmovió á este conflicto : los reyes de Francia é Inglaterra se declararon por el papa legítimo; y siguieron su ejemplo España, reinos del Norte, príncipes latinos de Jerusalen, Edesa y Antioquía. Juan de Salisbury escribió con este motivo al papa : « El *conventículo* de Pavía, » juntado anticanónicamente, no ha podido dar sentencia vá» lida. ¿ Hase olvidado el privilegio de la Iglesia romana, fun» dado en tradicion constante, reconocido por los santos » Padres, confirmado por todos los concilios? ¿ Quién ha pre» tendido pues someter la Iglesia universal al juicio de una igle» sia particular? Quién ha establecido á los Alemanes jueces de » las demás naciones? » En el Oriente, Guillermo de Tiro, Amaury, patriarca de Jerusalen, se expresaban en el mismo sentido. « Hemos recibido, decian á Alejandro III, la carta de » Vuestra Santidad con veneracion filial. Dios os ha elegido » para gobernar á su Iglesia por voz del clero y pueblo romano. » Excomulgamos al antipapa Octaviano y sus fautores. » En el Occidente manifestaban su adhesion al papa legítimo los hombres mas notables por sus virtudes y ciencia. El órden entero del Císter, que contaba mas de setecientos monasterios, se declaró por su obediencia. Por último, el rey de Francia y el de Inglaterra juntaron, en 1161, en Tolosa un concilio renovando solemnemente su reconocimiento.

14. Para combatir contra este pronunciamiento universal, Federico apeló á las armas. Milan habia mostrado energía en

resistir al cisma y al despotismo teutónico. Dos veces, en 1161, quemó Barbaroja las campiñas de Milan : hacia cortar las manos á los prisioneros ó los mandaba matar. En un solo dia hizo cortar los puños á veinte y cinco lugareños que llevaban víveres á la ciudad sitiada. Lo que no pudo la fuerza lo hizo el hambre. Despues de un sitio de catorce meses, y obligados por un pueblo desanimado, los magistrados de Milan se presentaron el 10 de marzo de 1162 al palacio del emperador en Lodi, depusieron sus armas á sus piés y se rindieron á discrecion en nombre de la ciudad. Toda la corte y el ejército entero lloraban de compasion á vista de un infortunio tan noblemente sobrellevado. Federico solo se mostró sin entrañas; y dió órden de hacer salir á todos los habitantes de Milan : hombres, mujeres, viejos y niños, todos, todos dejaron sus hogares, y la ciudad quedó enteramente desierta. La poblacion dispersa por todas las llanuras esperaba con ansiedad la última sentencia de Federico; la publicó en fin. Milan habia de ser arrasado hasta sus cimientos, y borrado el nombre milanés para siempre. Esta órden, que no hubiera dado un Vándalo, fué ejecutada inmediatamente. « Colmamos los fosos, escribia Federico » al conde de Soissons; destruimos sus murallas, arruina» mos sus torres, y hacemos de Milan un monton de ruinas. » Esta bárbara venganza fué motivo de principiarse una reaccion poderosa contra Barbaroja. Los refugiados milaneses se esparcieron por todas las ciudades de Italia y popularizaron el horror del nombre aleman. Y así creyendo Federico aniquilar la liga lombarda, con su bárbaro rigor la hizo mas compacta y formidable.

15. Alejandro III fué como cabeza y centro á quien acudieron las ciudades de Italia, amenazadas en su independencia. Toda la Península, olvidando sus particulares animosidades, se reunió contra el enemigo comun. El papa, excomulgando á Federico Barbaroja, destructor de Milan, se constituia á los ojos de la Europa en vengador del crimen y protector de las naciones oprimidas. Salió de Roma al acercarse el vencedor, pero su huida fué mas bien un triunfo. El rey de Sicilia, todas las

repúblicas italianas, y hasta el emperador de Constantinopla le enviaron diputados, asegurándole su adhesion y simpatías. Manuel Comneno le renovaba las proposiciones hechas á Adriano IV : le prometia protegerlo contra las injustas agresiones de Barbaroja, á condicion que la Santa Sede reconoceria los derechos del imperio griego sobre Italia. Como su antecesor, Alejandro III mantenia la política europea, que rehusaba la dominacion griega. « La cuestion que suscitais, dice el papa, » es sobrado trascendental á los intereses de los príncipes de » Occidente para poder resolverla por Nos solo. Bástanos haber recibido de vos un testimonio tan explícito de vuestra » benevolencia. Nos aprovechamos de esta para suplicaros » restablezcais sólidamente la paz entre ambas Iglesias, latina » y griega, y que solo formen una. » Era noble y grande en el papa rehusar socorros de un príncipe extranjero de podia comprometer los destinos de la Europa y la paz del mundo. Alejandro III al dejar su capital pidió asilo á Francia, tierra hospitalaria de la Santa Sede perseguida. Llegó pues en 1162; recibió en Montpeller los embajadores de los reyes de Francia é Inglaterra, que le salieron al encuentro. La entrevista de los reyes con el vicario de Cristo se verificó en Coucy-sur-Loire : los dos príncipes tuvieron cada uno de su lado las bridas del caballo que llevaba al papa, y jamás se vió mas grande al soberano pontífice que al recibir en el destierro un semejante homenaje tributado por dos testas coronadas. Tales honores, dados á un papa que rehusaba reconocer, pusieron furioso á Barbaroja. Seguido del antipapa Victor III, llegó á San Juan de Losna, poblacion de la Borgoña, límite de los Estados del imperio y de los de Francia. Convidó á Luis el Jóven á venir á verle para discutir juntos los derechos de ambos pretendientes. La conferencia habia de realizarse en medio de un puente echado sobre el Saona. El arzobispo de Colonia, Rainoldo, canciller del imperio, llevó la palabra en nombre de Federico. « El emperador » de Romanos, mi señor, dice, solo reconoce en él el derecho » de juzgar la validez de las elecciones pontificales; y no quiere » intervenir en las contiendas que puedan suscitarse entre

» príncipes y obispos de otros Estados. Espera pues de vos » una entera sumision á su voluntad y á la sentencia que ha » dado. — Me admiro, respondió Luis el Jóven sonriéndose, » que tal lenguaje salga de boca de un obispo, en nombre de » un emperador cristiano. Cuando Cristo encargó á san Pedro » y en su persona á todos sus sucesores, de *apacentar sus ove-* » *jas*, ¿ acaso exceptuó á los reyes y obispos de Francia? » ¿ Acaso no somos tambien nosotros ovejas que el Hijo de Dios » ha encargado al príncipe de los Apóstoles? » Y sin discutir mas tiempo, Luis el Jóven rompió la conferencia. Al hablar Federico del modo que lo hizo su canciller, era fiel á su principio de despotismo universal. En su sistema los papas no eran sino obispos alemanes, y toda la cristiandad tenia que someterse á las decisiones imperiales.

16. El rey de Francia recibió á Alejandro III en la ciudad de París, y le dió una acogida triunfal. El dia de Pascua de 1163 el papa puso la primera piedra de la catedral de *Notre-Dame*, cuyos cimientos acababa de echar el obispo Mauricio de Sully. Fuése en seguida á Tours, para donde acababa de convocar un concilio. Se hallaron reunidos en él ciento veinticuatro obispos, mas de cuatrocientos abades, y embajadores de todos los príncipes cristianos, excepto Barbaroja. Arnoldo, obispo de Lisieux, quedó encargado de pronunciar el discurso de apertura. « Permanezcamos unidos, dijo, y seremos invenci- » bles. Nosotros formamos realmente á la Iglesia de Dios, tan » terrible á sus enemigos como un ejército formado en batalla. » Tenemos por nosotros á los moradores del cielo; tenemos » por nosotros el celo y adhesion de los reyes católicos, y casi » la unanimidad de cuanto lleva el nombre de cristiano. En » comparacion de esta muchedumbre, ¿ qué importa la pro- » testa de un solo soberano? Y aun, por la misericordia de » Dios, él mismo se inclinará de alma y corazon ante las leyes » de la justicia; porque su nombre fuera grande, é incompa- » rable su gloria entre los príncipes de la tierra, si no hubiera » querido levantarse mas alto que la Iglesia, su madre. ¡ Ojalá » se humille un dia bajo la mano de Dios y reconozca que rei-

» nar es servirle ! » El concilio renovó la excomunion formulada contra el antipapa y los cismáticos sus partidarios, y prohibió reconocer otra obediencia que la del soberano pontífice legítimo, Alejandro III.

17. En esto murió en Luca, el 22 de abril de 1164, el antipapa Víctor III. Los canónigos de la catedral se negaron á darle sepultura en su iglesia. Cuando la noticia de esta muerte llegó á Sens, donde tenia su corte Alejandro III, los cardenales se apresuraron á felicitarle; mas el papa, derramando lágrimas, les respondió: « En lugar de regocijaros, llorad mas bien la » pérdida de una alma, y pedid á Dios otorgue su paz y mise- » cordia á quien tanto ha afligido á la Iglesia. » Federico Barbaroja hizo elegir para suceder á Víctor III al cardenal cismático Guido de Crema, que tomó el nombre de Pascual III. Le juró fidelidad por los santos Evangelios, y prometió reconocerle á él y á sus sucesores por solos papas legítimos. Roma no siguió el movimiento que queria imprimirle el emperador. Dinero, súplicas, amenazas, todo lo prodigó para traer al cisma á los Romanos; mas inútilmente. Una diputacion del clero y del pueblo fué á Sens para suplicar al papa regresase á Roma; con cuyo motivo el soberano pontífice atravesó la Francia entre aclamaciones de júbilo, y desembarcó en Mesina, á donde habia enviado una flota el rey de Sicilia para recibirle y conducirle á Roma. Su vuelta fué señalada con extraordinario entusiasmo. La Italia habia comprendido que Alejandro III era su libertador. Verona, Vicenza, Padua, Trevisa, le suplicaron se pusiese á su frente y les ayudase con su omnipotente influencia á reconquistar su libertad. En su juramento de confederacion, las repúblicas contrataron alianza de veinte años y se comprometieron á reedificar la ciudad de Milan. De todas las provincias de Italia se reunieron los Milaneses fugitivos, y al volver á ver sus antiguos lares, lloraban de gozo, y juraron vengar tanto desastre. Se señaló á cada division una porcion de muralla á reedificar, y en 1167, con la llana en una mano y la espada en la otra reconstruyeron prontamente los muros derruidos, y borraron las huellas de la devastacion pasada. No contentos con este

triunfo, los Lombardos agradecidos fundaron una nueva ciudad en la confluencia del Tánaro y del Bormida, á la que llamaron Alejandría en honor del papa, cabeza de su liga y padre de los fieles. Federico se apercibió de que su poder estaba aniquilado en Italia, y quiso volverlo á restablecer con un gran golpe, y en 1166, vino al frente de un grande ejército á poner sitio á Ancona. Esta ciudad se resistió heróicamente durante un año; pero en fin el hambre obligó á sus habitantes á abrir sus puertas al emperador. Orgulloso con esta victoria, marcha inmediatamente contra Roma, incendia la iglesia de San Pedro, ataca y toma la fortaleza de San Ángelo. Alejandro III se vió obligado á huir de Roma disfrazado de peregrino. Federico y el antipapa Pascual III hicieron su entrada en la capital; el emperador se hizo coronar con la emperatriz Beatriz en la iglesia de San Pedro *ad Vincula,* y el cisma parecia dominar, triunfante, al mundo todo; pero el azote del Señor estaba á la puerta. En el siguiente dia del coronamiento se declaró una mortandad terrible en el ejército imperial: Rainoldo, canciller del imperio, fué la primera víctima; y el número de moribundos y muertos era tal, que los soldados de Federico no bastaban á enterrar tanta víctima. Barbaroja se apresuró á dejar una ciudad en donde tan cruelmente le perseguia el azote de Dios.

18. Es un hecho muy notable el que en tiempos de tanta lucha intestina y salvaje, el papa, vencido y despojado, conservaba una autoridad que abrumaba al vencedor. Alejandro III, retirado á Anagni, recibia los homenajes del mundo entero; en tanto que Roma era presa de un emperador bárbaro. El ilustre santo Tomás de Cantorbery se apresuró á escribir al papa felicitándole por la retirada de Federico; y declara que este, excomulgado, no conserva ya la autoridad de príncipe. «¿Quién consentiria pues, dice al acabar, someterse á las » leyes de un tirano que asuela á la Iglesia? Hágalo quien » quiera! Yo no quisiera acarrearme la celestial venganza con » tal bajeza.» Juan de Salisbury, celosísimo defensor del pontificado, decia al mismo papa aun mas explícitamente: «El » papa, despues de haber esperado en vano la penitencia del

» tirano de Alemania, ha absuelto á sus vasallos del juramento » de fidelidad; y á él le ha despojado de toda autoridad real. » No experimente pues este indigno emperador sino reveses en » los combates, no tenga paz ni descanso hasta que reconozca » la autoridad legítima del vicario de Cristo, puesto por Dios » sobre las naciones y reinos *para disipar y destruir*, *para edi-* » *ficar y plantar*. » Se ve cuán hondas raíces habia echado en la Europa cristiana la doctrina que tan heróicamente sostuvo san Gregorio VII.

19. El 20 de setiembre de 1168 murió en Roma el antipapa Pascual, y sus partidarios le dieron por sucesor á Juan, abad de Strum en Hongría, bajo el nombre de Calixto III. Hizo su residencia ordinaria en Viterbo; pero el cisma, desacreditado ya en la opinion pública, victoriosamente combatido por la liga lombarda, cansaba hasta los mismos Alemanes, cuyos obispos venian en gran número á prestar homenaje y obediencia al papa Alejandro. Es admirable espectáculo ver, de un lado, al emperador de Alemania arruinando ciudades, causando muertes y violencias para oprimir á la Santa Sede; y de otro lado, los pueblos de Italia, tomando á su cabeza al jefe universal del cristianismo, reedificar ciudades, fundar otras nuevas y entre ellas una que eternice para siempre su amor por la Iglesia, por la verdadera libertad, por el pontificado, protector nato de pueblos oprimidos. Federico habia agotado sus fuerzas luchando contra el papa; y el papa, anciano consumido de años y de enfermedades, habia bastado por sí solo para detenerle en sus locos proyectos de imperio universal. Como por consolarse de no poder resucitar en su persona á Carlomagno, quiso al menos exhumar sus cenizas. Fué convocada una asamblea ó consejo pleno en Aquisgran; el antipapa Pascual III pronunció la canonizacion de Carlomagno, y sus restos fueron llevados procesionalmente al altar. Estas pompas no podian restablecer un sistema herido de muerte por la mano de Dios. Con todo Federico no cedió sino hasta despues de haber tentado todos los medios imaginables. Sitió por segunda vez en 1171 á Ancona un ejército aleman. El valor de los sitiados

igualó á la furia de los sitiadores. El hambre llegó á tanta extremidad que solo quedaban en la poblacion cinco almudes de harina para doce mil habitantes. Pero esta escasez, en lugar de abatir los ánimos, los exaltaba. Una viuda tenia dos hijos que se estaban batiendo todo el dia contra el enemigo, sin haber tomado alimento alguno. Su madre, vuelta á casa, se hace abrir una vena, saca sangre hasta que baste para cocer algunas legumbres, y lleva este plato á sus hijos que están en la brecha. Las jóvenes y mujeres de este pueblo heróico se presentan un dia ante los magistrados y les dicen : « Nuestra » carne ¿no vale tanto para alimentar como la de carneros y » bueyes? Pues bien, ó comednos, ó arrojadnos al mar. Mejor » queremos morir que caer en manos de un enemigo que no » sabe perdonar. » Ancona era digna de una libertad que sabia defender tan bien : y en efecto un ejército lombardo arrojó á los sitiadores y libró la ciudad. Sin embargo el emperador Federico, en mayo de 1176, se echa sobre el Milanés y lo lleva todo á sangre y fuego. Los Lombardos reunen sus fuerzas ; se enarbola el estandarte de Milan en un carro de guerra; novecientos soldados escogidos, bajo el nombre de *Escuadron de la muerte,* juran volver á traer triunfante el estandarte á los muros de Milan. La batalla se empeñó cerca de Lignano. Federico combatia en las primeras filas. Derribado de su caballo desaparece, y su ejército, creyéndole muerto, huye y padece espantosa derrota. Algunos dias despues, entró casi solo Barbaroja en Pavía. El ejército que creia haberle de conquistar el mundo, huia en desórden por mas allá de los Alpes. Por otra parte, los Venecianos destruyeron su flota en el Adriático (1), por manera que le era imposible continuar mas sus proyectos belicosos. Los señores, eclesiásticos ó seculares, que le seguian, le declararon que iban á abandonarle si no se ponia en paz

(1) El papa Alejandro III, para perpetuar la memoria de esta victoria naval de los Venecianos, remitió un anillo de oro al dogo de Venecia, diciéndole que lo echase al mar, que le daba por esposa. Este es el origen de la ceremonia en que los dogos se desposan con el mar. (Hénaut, *Compendio cronológico de la Historia de Francia.*)

con la Iglesia. Desde este momento, conoció que era menester resignarse, y que solo podia salvar su autoridad una pronta sumision.

20. Veremundo, arzobispo de Magdeburgo ; Cristierno, arzobispo de Maguncia ; Conrado, obispo electo de Worms, diputados del emperador, se presentaron á Alejandro III, en Anagni, y le suplicaron en nombre de su señor olvido de lo pasado y paz en el porvenir. « No podíamos, les dijo el papa, recibir » en este mundo mensaje mas lisonjero. Jamás nos hemos negado á reconocer á Federico por el mayor príncipe de la » tierra. ¡ Ojalá que la paz que nos ofrece sea definitiva é irre» vocable ! » Se entablaron inmediatamente las negociaciones. El papa estipuló la paz, no solo para sí, sino para sus aliados, los Lombardos, el rey de Sicilia y el emperador de Constantinopla. Los diputados se comprometieron, en nombre de su señor, á reconocer la autoridad del papa legítimo, á restituir á la Iglesia romana las tierras de la condesa Matilde y todos los demás dominios pontificales de que se habia apoderado Federico durante la guerra. Quedó en fin convenido que se ratificase solemnemente la paz en Venecia en una conferencia personal del papa y del emperador. Alejandro III partió pues con este objeto de Anagni, y halló en Venecia á los arzobispos de Ravena, Milan, Aquileya, y los diputados de las ciudades lombardas. Lágrimas de gozo sonrosearon las mejillas de todos los asistentes al presentarse en medio de ellos el pontífice, que á costa de veinte años de destierro y persecuciones habia comprado la victoria de la Iglesia. « Amantísimos hijos, es mi» lagro visible de la potencia de Dios, dijo Alejandro conmo» vido, el que un sacerdote anciano y desarmado haya podido » resistir al rey mas poderoso de la tierra : es para que sepa » todo el mundo que es imposible combatir contra el Señor y » su Cristo. Vosotros habeis participado de nuestros peligros ; » era justo que participaseis del triunfo. No hemos querido » firmar la paz sino en medio de nuestros fieles Lombardos. » Fueron acogidas con unánime entusiasmo estas palabras : y á muy pocos dias, fué firmado y ratificado el tratado entre am-

bos soberanos. El 23 de julio de 1177 se presentaron seis cardenales al emperador Federico para absolverle, en nombre del soberano pontífice, de la excomunion en que habia incurrido. Renunció en su presencia al cisma de Calixto III, y prometió obediencia por sí y por sus sucesores á Alejandro III. Igual juramento prestaron los obispos y señores alemanes. El emperador fué en seguida á la iglesia de San Marcos, donde le esperaba el papa. Federico Barbaroja se quitó el manto real, se postró con la frente en tierra, y besó los piés del pontífice. Alejandro III le levantó con suma ternura y le abrazó con toda efusion entre sollozos y lágrimas; celebró de pontifical, y el emperador comulgó de su propia mano. Acabada la ceremonia, el papa subió á caballo; Federico le tuvo el estribo y le condujo llevando el caballo de la brida hasta el palacio de los Dogos, entre aclamaciones entusiastas y el cántico del *Te Deum*. La noticia de esta paz fué notificada á todos los obispos de la cristiandad con bula pontifical. El antipapa Calixto III vino en persona á pedir perdon y abjurar el cisma en manos de Alejandro III, que no se acordó sino de su misericordia, acogiendo con bondad de padre al hijo pródigo, año 1178. Lando Sitino, á quien algunos fanáticos rebeldes quisieron nombrar antipapa con nombre de Inocencio III, acabó sus dias en el monasterio de la Cava, donde le encerró el mismo pueblo de Roma.

21. Mientras todos estos acontecimientos se iban sucediendo, sobrevenia otra lucha entre un rey cruel y un obispo heróico hasta el martirio. Tomás Becket, canciller de Inglaterra, habia sido promovido á pesar de su resistencia al arzobispado de Cantorbery, en 1161. Ya habia dicho á Enrique II, de quien hasta entonces habia sido amigo é íntimo confidente: « Vos » me forzais; yo seré arzobispo: habeis conocido á Tomás » Becket cortesano; vais á conocerle obispo. Vuestra amistad » se mudará en odio contra mí. » Esta profecía siniestra habia de cumplirse sobrado pronto. Enrique II, fiel á las tradiciones tiránicas de Guillermo el Rojo, retenia las rentas de los obispados vacantes y dilataba el nombramiento de los nuevos titu-

lares para engrosar el tesoro real. Por otro lado, los jueces legos, menospreciando los cánones, citaban las personas eclesiáticas ante sus tribunales y querian conocer de sus causas sin participacion ni sentencia anterior de los ordinarios eclesiásticos. Por último, los señores usurpaban públicamente los bienes de los monasterios y obispados, que hacian administrar en su nombre por seculares. El nuevo arzobispo de Cantorbery, al tomar posesion de su silla, se convirtió en otro hombre nuevo. Hasta entonces habia vivido en el fausto y molicie de las cortes, y se hallaba rodeado del brillo y grandeza de un canciller de Inglaterra. Hecho arzobispo, tomó el hábito de los monjes de su catedral, se vistió de un cilicio y asistia á todos los oficios del dia y de la noche; y fué muy pronto modelo de todos los prelados por la austereza de su vida, regularidad de sus costumbres, celo por la disciplina y su energía episcopal. Habia hecho dimision en manos del rey de las funciones de canciller, apenas nombrado arzobispo. Este paso fué el que le hizo incurrir en desgracia de Enrique II. El rey quiso exigir de Tomás Becket la promesa de mantener todas las costumbres de Inglaterra; y bajo de este nombre Enrique II comprendia todos los abusos que ya tenemos mencionados. Con este objeto se convocó una asamblea general para el año siguiente 1164 en Clarendon. Todos los obispos prestaron juramento: solo lo rehusó Tomás Becket. El arzobispo de York y el obispo de Londres se echaron á sus piés y le suplicaron que se dejara doblar, para evitar á la Iglesia de Inglaterra todas las desgracias que necesariamente acarrearia una resistencia obstinada. Sus lágrimas conmovieron el ánimo del santo pontífice, que, mejor que nadie, conocia el carácter violento y colérico del rey. « La ira de Enrique II, dice un historiador » inglés, era el frenesí de un insensato; y su furia la de una » bestia feroz. En medio de sus accesos de rabia, sus ojos » brotaban sangre, sus miradas despedian fuego, y su lengua » vomitaba torrentes de injurias é imprecaciones : sus manos » se vengaban de cuanto estaba á su alcance. » El arzobispo de Cantorbery creyó que el bien de la Iglesia pedia se tuviese

miramiento con tal hombre. Cedió á su pesar; y así comenzó su carrera de luchas y combates por un acto de complacencia de que no tardó en arrepentirse. Al salir de Clarendon, donde acababa de prestar juramento, oyó á uno de los clérigos de su acompañamiento expresarse libremente acerca de lo que acababa de pasar. « ¿En qué parará la inocencia, decia? ¿Quién » la sostendrá cuando se ha dejado vencer su defensor natu- » ral? — ¿De quién hablas, hijo mio? preguntó de improviso » el arzobispo. — De vos mismo, señor, respondió el clérigo; » de vos que habeis comprometido hoy vuestro honor y vues- » tra conciencia; que habeis dado á la posteridad un ejemplo » odioso, extendiendo vuestras sagradas manos para jurar la » observancia de costumbres detestables. » — Fué el canto del gallo que despertó á san Pedro, dice Bossuet. El arzobispo lloró amargamente. « Ahora siento toda la fealdad de mi culpa! » exclamó; y ya no me acercaré al altar del Señor, antes de » haber recibido la absolucion de manos del papa. » E inmediatamente despachó á Sens dos diputados para solicitar de Alejandro III su absolucion; y en el siguiente dia envió al rey de Inglaterra la retractacion de su juramento.

22. Enrique II le mandó citar al concilio de Northampton para responder de su rebeldía. El arzobispo se presentó delante del monarca llevando en la mano su gran cruz pastoral. « He querido, dijo, traer yo mismo esta cruz porque es mi es- » tandarte y mi salvaguardia; esta cruz me recuerda al Rey de » los cielos, cuya causa defiendo. » Los obispos cortesanos no eran dignos de comprender lenguaje tan noble: y todos, á excepcion de Rogerio, arzobispo de York, declararon á Tomás Becket traidor y perjuro. El santo prelado, al oir esta sentencia, se levantó y dijo al rey: « Escuchadme aun, hijo mio. El » alma ha de mandar al cuerpo; la Iglesia ha de mandar á los » reyes en las cosas espirituales. Yo declino de vuestra juris- » diccion y apelo al soberano pontífice, quien solo puede juz- » garme de parte de Dios: yo pongo bajo su proteccion la Igle- » sia de Cantorbery, mi dignidad, mi honor y mi fe. Y voso- » tros, mis hermanos los obispos, que preferis obedecer á un

» rey mortal antes que á Dios, yo os llamo tambien al juicio » del papa; y así me retiro garantido con la autoridad de la » Iglesia y de la Silla apostólica. » Elevando en seguida la cruz, se salió de la asamblea. La gente, que estaba muy apiñada en las puertas del palacio, le recondujo en triunfo.

23. Al siguiente dia, 2 de noviembre de 1164, aportaban algunos peregrinos á Bolonia (de Francia): uno de ellos era Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery. Atravesó de priesa la Normandía para sustraerse á las pesquisas de Enrique II y vino á Sens, donde el papa Alejandro III le acogió como confesor de la fe. Entretanto diputados del rey de Inglaterra llegaron á Compiegne, é intimaron á Luis el Jóven enviase á manos de su amo y señor « al perjuro Tomás Becket, *ex-ar- » zobispo de Cantorbery*. — ¿Pues quién le ha depuesto? ex- » clamó el rey de Francia. Por cierto, yo soy tan soberano como » Enrique II, y con todo yo no podria deponer al mas ínfimo » clérigo de mi reino. » El papa y el rey de Francia tomaron pues bajo su proteccion al augusto fugitivo, que se retiró á Pontigny, monasterio cisterciense. Despues de la salida del arzobispo, Enrique II habia confiscado todos sus bienes, desterrado á todos sus parientes, criados y amigos. Estos desgraciados venian todos á Pontigny para hablar con el heróico prelado, aumentando así su dolor con la imágen viva de sus padecimientos. Para evitar el entredicho con que preveia que iba á castigar á su reino el papa, hizo publicar Enrique II en todas las costas del litoral inglés un edicto en estos términos: « Si algun monje trae á Inglaterra letras pontificales, se le cor- » tarán los piés; si es clérigo, se le arrancarán los ojos; si es » un secular, será ahorcado, y si es un leproso será quemado. » Estas atroces ordenanzas fueron publicadas en Normandía y demás provincias de Francia sometidas á Inglaterra. Al mismo tiempo dirigió Enrique II al capítulo general de los Cistercienses cartas amenazadoras en que se quejaba del asilo dado á Tomás Becket, á quien llamaba su enemigo mortal: « Apresu- » raos á echarlo fuera de todos los monasterios de vuestra ór- » den, si no quereis ver vuestras abadías incendiadas y arrui-

» nadas en todos mis dominios.» El abad del Cister vino á Pontigny á verse con el santo arzobispo y comunicarle esta órden tiránica : « Yo no tengo una piedra donde poner mi ca-» beza, respondió el ilustre proscrito ; mas no permitiré que » santos religiosos, que me han ofrecido hospitalidad tan ge-» nerosa, se expongan á la venganza del rey por causa mia. » Yo parto pues; y espero que el que alimenta las aves del » cielo, tendrá piedad de mí y de mis compañeros de des-» tierro. » Al saber esta noticia, Luis el Jóven exclamó : « O » religion, religion! ¿dónde estás? Hombres que creíamos » muertos al mundo, temen las amenazas del mundo; abando-» nan la obra de Dios y echan de sí á los desterrados por su » gloria! Id á decir al arzobispo de Cantorbery, que el rey de » Francia no le abandonará jamás. Yo no quiero perder el an-» tiguo derecho de mi corona : mi reino ha estado siempre en » posesion de proteger la inocencia oprimida, y de ser refugio « de los que padecen por la justicia. » Tales expresiones honran á una nacion y al rey que la manda. Bajo la proteccion de este piadoso monarca santo Tomás fué á fijarse á Sens, que acababa de dejar el papa para regresar á Roma.

24. Era tiempo de castigar. Enrique II habia colmado la medida de sus iniquidades. Por autoridad arquiepiscopal, y en nombre del soberano pontífice, que le habia nombrado su legado en Inglaterra, Tomás Becket fulminó sentencia nominal de excomunion contra el rey y contra todos los que por sus órdenes se habian apoderado de los bienes y rentas eclesiásticas del arzobispado de Cantorbery. Las letras que contenian estas censuras, introducidas en Inglaterra por intrépidos monjes que se esquivaron de todas las precauciones tiránicas de Enrique II, pusieron en la mayor consternacion á todo el reino. El rey excomulgado no podia hallar un sacerdote que quisiese celebrar los sagrados misterios en su presencia. Por mas gestiones que hizo para con el papa, nada pudo hacer levantar el entredicho : Alejandro III confirmó lisa y llanamente la sentencia dada por el arzobispo. Enrique II vió que no podia luchar con ventajas, y á sus instancias hubo avenencia entre el

arzobispo y él, siendo mediador el rey de Francia. Enrique II vino en persona á Sens, cerca del augusto fugitivo. El rey saludó primero, con la cabeza desnuda, al santo arzobispo y le abrazó lloroso. Santo Tomás prometió olvidar lo pasado, atribuyendo todas las faltas cometidas á consejeros pérfidos mas bien que á la voluntad real. Pasó todo el dia con Enrique II, conversando tan familiarmente como cuando era canciller de Inglaterra. Sin embargo, era de temer que la reconciliacion del rey no fuera síncera. Los amigos de santo Tomás le suplicaban prolongase aun su estancia en Francia : « No, no, exclamó ; » con la gracia de Dios volveré á Inglaterra, donde sé que me » espera el martirio. »

25. No se engañaba el santo. Sostenido en sus malas disposiciones por sus pérfidos cortesanos, Enrique II volvió á comenzar su carrera de violencias y amenazas. Se le escapó un dia decir delante de sus caballeros : « ¿ No encontraré yo un hom- » bre que me libre de ese fraile? » Cuatro gentiles-hombres, Guillermo de Tracy, Hugo de Morville, Ricardo el Breton y Reinaldo recogieron esta palabra de muerte, y sin mas órden partieron á ejecutarla. Llegaron á Cantorbery en el momento en que santo Tomás, revestido de sus ornamentos pontificales, entraba en la catedral á hora de vísperas. Espada desnuda en mano se precipitan al santuario gritando : « ¿Dónde está el » traidor?» Nadie respondió. « ¿ Dónde está el arzobispo? » preguntaron. A estas palabras, el intrépido prelado bajó las gradas del coro y respondió con voz firme : « Yo soy el arzo- » bispo, mas no un traidor. ¿Qué me quereis? — ¡ Que mue- » ras! respondieron los asesinos. — Estoy pronto á morir por » Dios, por la justicia, por la libertad de la Iglesia. ¡ Ojalá que » á costa de mi sangre recobre paz é independencia! » Reconociendo luego á uno de los cuatro caballeros : «Reinaldo, le dijo, » yo te he colmado de bienes, ¿y vienes á matarme al pié de los » altares?...— ¡Muere! respondió el ingrato. » Santo Tomás se puso de rodillas ante el altar, juntó sus manos, levantó sus ojos al cielo y dijo : « Encomiendo mi alma á Dios, á la santísima » Vírgen y á los santos patronos de esta iglesia. » Estas fueron

sus últimas palabras. Los asesinos se arrojaron sobre él y le atravesaron el pecho y el corazon con sus espadas : y uno de ellos, mas bárbaro que los otros, le abrió el cráneo, y saltaron los sesos por el ensangrentado pavimento : la noticia de este horrible atentado llenó de espanto á toda Europa. Alejandro III lloró amargamente la muerte de un prelado, su amigo, y prohibió se acercase ningun inglés á su persona. En cierta ocasion se iba á pronunciar en su presencia el nombre del rey de Inglaterra : « ¡Callaos, callaos! tal nombre no puede pro» nunciarse ante un soberano pontífice. » En la ceremonia solemne del Jueves santo, en la iglesia de San Pedro, el papa fulminó excomunion contra los asesinos de santo Tomás y contra todos los que les dieren asilo y proteccion en sus tierras. Enrique II ya habia reprobado el asesinato y hecho ver que no habia tenido parte en él; é hizo suplicar al papa recibiese su justificacion. Dos legados pasaron á Inglaterra. El rey prestó en sus manos el juramento siguiente : « Yo ni he pensado, ni » sabido, ni mandado la muerte de Tomás, arzobispo de Can» torbery. Cuando la supe, la sentí tanto como si hubiera per» dido mi propio hijo. Sin embargo no puedo excusarme de » haber provocado involuntariamente este asesinato en un mo» vimiento no premeditado de cólera. Para reparacion de esta » falta yo juro tomar la cruz por tres años, é ir en peregrina» cion yo mismo á Jerusalen. Anulo y derogo todas las cos» tumbres ilícitas que yo he introducido en mis Estados, y » prohibo á todos mis vasallos las observen en lo venidero. » Despues de firmada esta protesta, fué á ponerse de rodillas á la puerta de la iglesia, y los dos legados pronunciaron la absolucion en nombre del soberano pontífice.

26. Con todo, el Señor castigaba á Enrique II en lo que mas tiernamente amaba. Su familia se le rebeló ; la reina Leonor, su mujer, y sus tres hijos se coligaron contra él. El rey de Francia y otros muchos príncipes apoyaron esta rebelion. Herido de golpe tan sensible, Enrique II recurrió al papa. «Me postro de rodillas, decia, ante Vuestra Santidad para pediros » apoyo. El reino de Inglaterra pende de vuestra jurisdiccion,

» y segun el derecho feudal yo solo dependo de Vuestra San-» tidad. Experimente la Inglaterra lo que puede el soberano » pontífice, y pues que vos no usais de armas temporales, de-» fended al menos el patrimonio de san Pedro con el cuchillo » espiritual. » Las lecciones de la desgracia no fueron perdidas en el alma de este príncipe. El 12 de junio de 1174, vestido de penitente, pobre y descalzo, se presentó á la puerta de la catedral de Cantorbery, y derramando un raudal de lágrimas, se postró sobre el sepulcro de santo Tomás, su víctima. Permaneció un dia entero y una noche entera en oracion. Por órden suya, cada monje venia á descargar sobre sus espaldas desnudas tres disciplinazos. Enrique II expió así el crímen de su venganza, y borraba en lo posible con la publicidad del arrepentimiento el baldon y deshonor que cubria su nombre.

27. Las disensiones intestinas que habian estallado durante el pontificado de Alejandro III causaron perturbacion profunda en la Iglesia. A favor de las largas guerras de Federico Barbaroja, la herejía de los Albigenses se propagó mas y mas en el mediodía; se habian relajado los lazos de la disciplina; los pueblos se habian como acostumbrado á menospreciar la autoridad de la Santa Sede, á la que habian visto hollada por el emperador. Para remediar estos desórdenes, para cimentar la paz sobre bases incontrastables, para restituir al gobierno pontifical su unidad de accion y de fuerza, el papa convocó el onceno concilio general, tercero de Letran. Se abrió en el mes de marzo de 1179. En estos Estados generales de la cristiandad se hallaron reunidos trescientos dos obispos de todas las provincias católicas y una infinidad de abades. Dos puntos fundamentales fijaron la atencion del concilio: la libertad de la Iglesia, y la paz entre los reinos cristianos. Para asegurar la primera, era necesario proveer á la seguridad de las elecciones pontificales contra las tentativas cismáticas ó ambiciosas; era necesario fortalecer la disciplina y restablecer las leyes canónicas en su antiguo esplendor. Para asegurar y consolidar la segunda, era necesario robustecer y cimentar las bases de la

sociedad contra los esfuerzos de los revolucionarios; contra los dañosos principios del maniqueismo, que en su fondo se reducian á la negacion de toda autoridad. Tal fué la obra del undécimo concilio general. Para evitar los cismas venideros, se decretó que en caso de que los votos de los cardenales no fuesen unánimes, se reconoceria por papa al que reuniese dos terceras partes de votos. Las ordenaciones hechas por los antipapas Octaviano, Guido de Crema, Juan de Strum y Lando Sitino fueron declaradas nulas, y los titulares nombrados por ellos, privados de toda dignidad eclesiástica. — No se exigirá tributo, prestacion ó presente de ningun género por la instalacion de los obispos y abades.— Nadie podrá ser obispo antes de los treinta años. — Se prohibe á toda persona secular arrogarse el derecho de investidura por los beneficios eclesiásticos. — Se proveerán los beneficios vacantes dentro de los seis meses siguientes á la muerte del titular. — Se renuevan y confirman los anteriores cánones relativos á la simonía y á la incontinencia de los clérigos. — Se prohibe á los señores y vasallos establecer nuevos pechos ó tributos extraordinarios sin anterior autorizacion del soberano. — Por fin, el último cánon está concebido en estos términos: « *La Iglesia*, dice san Leon Magno, » *aunque no deseando ninguna ejecucion sangrienta, tiene de-* » *recho de invocar el auxilio de los príncipes cristianos para* » *hacer respetar sus leyes; y con frecuencia el temor de los su-* » *plicios corporales ha hecho acudir á los remedios espirituales.* » Bajo el nombre de Cátharos y de Patarinos, los herejes se » han arraigado tanto y propagado en la Gascuña, en territo- » rio albigense y tolosano, que han organizado la rebelion á » mano armada. Por otro lado, los Brabanzones, Aragoneses, » Navarros, Vascongados, y de los territorios de Cotterets y de » Routy, no respetan iglesias ni monasterios; no perdonan » edad, sexo, viudas ni huérfanos. Renuevan los furores de los » paganos y Bárbaros. Los declaramos solemnemente exco- » mulgados: é intimamos á todos los fieles que se opongan » valerosamente á sus estragos y defiendan á los cristianos » contra sus invasiones. Otorgamos indulgencia y perdon de

» sus culpas á cuantos tomaren las armas para esta santa cru-» zada. » La Iglesia, reina de las sociedades europeas, y confirmada en esta supremacía por el derecho público de la edad media, armaba así á sus hijos contra los enemigos de todo órden, de todo derecho, de toda sociedad. La Iglesia no se ingeria en el poder temporal, ni lo usurpaba : lo que hacia, era dirigirlo.

28. El onceno concilio general de Letran coronó gloriosamente el pontificado de Alejandro III. Despues de veinte años de combate, persecucion y destierro, este gran papa descansó en fin en la victoria, y murió el 20 de agosto de 1181, legando á la Iglesia la tranquilidad que le habia granjeado á costa de tantas luchas. Sus últimas miradas se paseaban por todo el universo, y solo hallaron un objeto de afliccion. Las desgracias de la Tierra Santa, los desastres de los reinos latinos de Oriente, el poder victorioso y siempre en aumento de Saladino, conocidos en Europa por los peregrinos, habian afectado dolorosamente el alma del heróico pontífice. Al morir, pasó á mejor vida con la pesadumbre de no haber podido hacer nada para reparar estos reveses y asegurar en la Palestina las gloriosas conquistas de Godofredo de Bouillon. El rey de Francia, Luis el Jóven, y el emperador de Constantinopla, Manuel Comneno, habian muerto algo antes. Luis VII habia reparado con treinta años de un reinado glorioso y de una vida piadosa el doloroso recuerdo de Vitry-le-Brûlé ; y en 1180, dejaba en el trono á un héroe, Felipe Augusto, su hijo. Manuel Comneno habia hecho olvidar en cierto modo su perfidia con los cruzados, por su adhesion á la Santa Sede, y su celo por la religion en las luchas de Alejandro III y Federico Barbaroja. Tuvo por sucesor á Andrónico Comneno, que heredó sus vicios, sin rescatarlos con ninguna virtud.

29. El gobierno de Alejandro III, tan lleno de tormentas, fué tambien fecundo en grandes ejemplos de santidad. En Italia, san Pedro, obispo de Tarantesa ; san Galdino, arzobispo, de Milan ; san Ubaldo, obispo de Gubbio ; en Francia, san Antelmo, obispo de Belley ; en Inglaterra, san Roberto, abad

de Newminster; san Lorenzo, arzobispo de Dublin; san Bartolomé, ermitaño de la isla de Farn; san Elredo y san Valteno, en Escocia; en Alemania, santa Isabel de Schœnau, tan célebre por sus revelaciones; san Eberhardo, arzobispo de Saltzburgo; el bienaventurado Federico, abad de Mariengarten [en España, san Raimundo, abad de Fitero, fundador del órden de Calatrava; santo Domingo de Silos (1), célebre abad de la órden de san Benito; santo Domingo de la Calzada (2), piadoso ermitaño, que se ocupaba en hacer mas cómoda la peregrinacion á Santiago de Compostela], probaban al mundo que no estaba agotada la virtud divina de la Iglesia, y que en medio de las tempestades que agitaban la barca de san Pedro, la gracia de Dios era tambien omnipotente para salvacion de las almas. En este mismo tiempo un santo sacerdote de Lieja, Lamberto, denominado el *Begue* (ó tartamudo) reunia en inmensas comunidades innumerables mujeres santas, que sin pronunciar votos perpetuos como en las órdenes regulares, se consagraban al servicio del Señor en el silencio y retiro: tal es el orígen de las *Beguinas*, llamadas así de su fundador. Esta institucion existe aun en Bélgica. En solo Gante hay dos famosos *Beguinajes*, que contienen mas de 1,500 personas, que practican las virtudes del claustro en medio del mundo.

§ III. PONTIFICADO DE LUCIO III (1°. de setiembre de 1181-24 de noviembre de 1185).

30. A la muerte de Alejandro III los cardenales, reunidos en Veletri, se conformaron con el decreto del concilio general de Letran, relativo á las elecciones pontificales. Ubaldo Allucingoli, de una ilustre familia de Luca, reunió las dos terceras partes de los sufragios y fué promovido á la silla de san Pedro, tomando el nombre de Lucio III. Aun no habian abandonado los Romanos el sistema republicano que habia promovido Arnaldo de Brescia. El supremo pontificado, dominante en

(1) Murió en 1109.
(2) Vivia en 1150.

toda la catolicidad, estaba desterrado de su propia capital! Lucio III dejó que se consumiese en su propia impotencia y menosprecio la *fantasma* de senado romano, y se estableció en Verona, á donde fué á verle Federico Barbaroja. La liga lombarda, desde la paz concluida entre Alejandro III y el emperador, aun no habia depuesto las armas por la desconfianza que se tenia en Barbaroja por sus anteriores perjurios. Mas la experiencia y los infortunios habian mudado de tal modo el corazon de Federico, que la segunda parte de su vida fué un continuo y formal mentís de la primera. En 1183 firmó el emperador en Constanza un tratado definitivo de paz con las ciudades y repúblicas lombardas. Este tratado ha formado base del derecho público de Italia, y se halla inserto en el *Cuerpo de derecho romano*. Federico cedió á todas las villas los derechos de regalía, cuya posesion habia reivindicado hasta entonces. Les confirmó la libertad de levantar ejércitos y de ejercer en sus recintos jurisdiccion civil y criminal. El obispo de cada ciudad fué investido del derecho de juzgar, en último grado, las contiendas que se suscitaren entre las municipalidades y el imperio. Y así, los papas, luchando por la independencia de la Santa Sede, habian combatido realmente por la causa de las nacionalidades italianas. Es un hecho reconocido hoy, y hasta el mismo Guizot prueba que las repúblicas lombardas debieron su existencia á Alejandro III.

31. Lucio III se mostró digno sucesor de Alejandro. En un concilio de Verona, de 1184, en presencia del emperador, promulgó un decreto contra el maniqueismo del Occidente, que atacaba á la vez á la religion y al órden social. « Por autoridad » de los bienaventurados san Pedro y san Pablo, dice, en pre- » sencia de nuestro amado hijo el emperador Federico, á pe- » ticion de los príncipes cristianos, reunidos de las diversas » partes del universo, anatematizamos á todos los herejes, » que se manifiestan bajo diversos nombres de *Albigenses*, » *Cátharos, Patarinos*, y á los que falsamente se llaman *Humi-* » *llados* ó *Pobrecitos de Lyon*. A instancias formales del em- » perador y de los señores de su corte, ordenamos á cada obispo

» visite por sí mismo, ó haga visitar por sus delegados, los » lugares de su diócesis, sospechosos de herejía. Llamarán á » los acusados ante su tribunal, y si rehusan justificarse, serán » declarados herejes, y, como tales, entregados al brazo se- » cular. » Se ve aquí, por concurso simultáneo de la Iglesia y de los reyes, el establecimiento *permanente* de lo que se ha llamado *Inquisicion* contra los herejes, y que ya hemos visto ordenado, aunque *temporalmente*, por san Leon Magno en Roma, contra los mismos Maniqueos, en el siglo v. En *hecho* y en *derecho* ha sido calumniada la Inquisicion por los escritores hostiles á la Iglesia. En *derecho*, se la ha acusado de usurpar el poder temporal, prohibiendo con armas las doctrinas que solo pertenecian al foro interno, al dominio de la conciencia. En *hecho*, se la ha acusado de un refinamiento de bárbara crueldad, inusitada en los demás crímenes. Ya llegó el tiempo de la justicia, y estas acusaciones calumniosas se desvanecen con el estudio serio é imparcial de la historia. En *derecho*, la Iglesia, revestida en la edad media de un poder protector, tenia que mantener el órden público y el reposo de las sociedades, amenazadas por los herejes, cuyos tiros mortíferos atacaban tanto á las instituciones civiles como á las religiosas. Hubiera faltado á su mision, y se habria hecho indigna de la confianza de los pueblos con una indulgencia criminal. Como sociedad espiritual, empleaba desde luego las armas espirituales contra los enemigos de la religion y del órden ; pero cuando no bastaban sus censuras, á peticion explícita de los emperadores y príncipes cristianos, abandonaba á la justicia civil los rebeldes que no habia podido convencer. En nuestros dias, las insurrecciones no son juzgadas sino por un solo tribunal, el del poder civil : en la edad media, los reos tenian la garantía de dos jurisdicciones, y no caian bajo la espada de la justicia humana sino cuando habian menospreciado y desechado la intervencion misericordiosa de la Iglesia. El tiempo ha cambiado y trastornado el derecho público de la edad media : ¿ quién osará decir que la humanidad ha ganado en el cambio? De *hecho*, los suplicios ordenados por la Inquisicion eran pronun-

ciados por un tribunal civil. Sus formas eran las adoptadas por la jurisdiccion criminal de la época. Podremos enternecernos acerca de la suerte de los condenados, en un siglo en que hemos visto como las discordias civiles engendran horrorosos monstruos desconocidos en tiempos de la barbarie. Pero la historia inflexible, que no se hace cómplice de ningun partido, ni adopta *à priori* ningun sistema, existe y subsiste para dar testimonio de que los suplicios de la Inquisicion no eran otros que los impuestos y ejecutados por todos los tribunales para los demás crímenes. ¿Es que se ha olvidado que el tormento no fué abolido en Francia sino por Luis XVI, el rey-mártir? Y sin embargo nuestra patria habia pasado el gran siglo con todas sus glorias, sin que nadie pensase en reclamar contra aquellos restos de barbarie perpetuados en nuestras leyes. Quizá seria necesario decir que la época mas predispuesta á enternecerse por los criminales es aquella en que los crímenes se multiplican y se castigan menos ó nada. Bajo de un nombre ú otro, la Inquisicion existe de hecho en toda sociedad que desea su propia conservacion. Una sociedad no existe sino á condicion de vigilar y castigar á todos los que conspiren ó trabajen en su trastorno y ruina. Ahora bien, en la edad media la ley fundamental de las sociedades era la fe católica: esta ley estaba escrita al frente de todas las demás. El que no era católico, no era ciudadano. La Iglesia, pues, protegiendo su fe mantenia el órden social, aseguraba la paz de los reinos, y defendia el derecho supremo de la civilizacion.

32. Los *Humillados* ó *Pobrecitos de Lyon*, de que hablaba Lucio III, eran los Valdenses, secta nueva, de 1160, que debia su orígen á Pedro Valdo, mercader de Lyon. Tomando á la letra las palabras del Evangelio: *Beati pauperes*, vendió sus bienes, predicó la pobreza de los Apóstoles, y sostuvo que la Iglesia habia degenerado de su divina institucion aceptando principados y dominios temporales. El Ilustrísimo señor Charvaz, arzobispo de Génova, en su libro tan lleno de erudicion, intitulado: *Investigaciones históricas sobre el verdadero orígen de los Valdenses, y sobre el carácter de su doctrina primitiva*,

(París, 1839), resume así sus errores : « 1°. Desechaban toda » autoridad episcopal y se arrogaban el derecho de predicar. » 2°. Pretendian probar que todos los legos podian oir la con- » fesion de los fieles y consagrar la Eucaristía. 3°. Sostenian » que la Iglesia romana no era la verdadera Iglesia, y que solo » ellos eran los verdaderos discípulos de Cristo. 4°. Negaban » la existencia del purgatorio y la eficacia de las oraciones por » los difuntos. 5°. Afirmaban que el poder sacerdotal no habia » sido otorgado solamente á los hombres, y que las mujeres » tenian derecho á él igualmente. 6°. Todo sacramento admi- » nistrado por un sacerdote en estado de pecado mortal es nulo » y sin valor. 7°. Todos los cruzados eran homicidas. 8°. Todos » los clérigos, poseedores de beneficios eclesiásticos, *filii sunt* » *dæmonis*. 9°. Todos los ritus, ceremonias y cantos de la Igle- » sia, el culto de los santos, la veneracion de sus reliquias y de » sus imágenes son actos de idolatría. 10°. En fin, el divorcio » es permitido en todas circunstancias. » Como se ve, los Valdenses eran unos precursores de los Luteranos. Los protestantes se han esforzado en probar que los Valdenses no eran secta nueva, sino que sus doctrinas subian, al través de los siglos, hasta los tiempos apostólicos. El Ilustrísimo señor Charvaz, en su obra citada, y Monseñor Palma, secretario de Su Santidad Pio IX, en su curso de historia eclesiástica, intitulado : *Prælectiones historiæ ecclesiasticæ*, han refutado victoriosamente esos errores del protestantismo. Los Valdenses, como todos los herejes que á diversas épocas han sacudido el yugo de la Iglesia, eran positivamente una secta nueva; porque ellos se separaban de la grande unidad católica. Se les podria aplicar la expresion que Tertuliano dirigia á los partidarios de Marcion : « ¿Son por ventura de Cristo? no; sino que datan de *Pedro Valdo*.

33. Lucio III murió algunos meses despues del concilio de Verona, en el 24 de noviembre de 1185. Habia fijado su atencion el deplorable estado de la Palestina; pero le faltó tiempo para organizar los socorros que proyectaba enviar al Oriente.

§ IV. PONTIFICADO DE URBANO III (25 de noviembre de 1185-19 de octubre de 1187).

34. El cardenal Huberto Crivelli, arzobispo de Milan, fué elegido papa á unanimidad de votos, en Verona, á 25 de noviembre de 1185, y tomó el nombre de Urbano III. Era en tiempo en que Andrónico, arrojado del trono de Constantinopla, expiaba su usurpacion con el suplicio capital. Tuvo por sucesor á Isaac Angelo, cuyo nombre habia de ser manchado por la historia y maldito por los cruzados como traidor. Así iba sumiéndose y desapareciendo en crímenes y faltas vergonzosas el imperio de Oriente, en lugar de unir sus esfuerzos á los del Occidente para sacudir el yugo del islamismo y vindicar la honra del nombre cristiano.

35. Pareció por un momento que iba á encenderse con mas animosidad que nunca la guerra entre la Santa Sede y Federico Barbaroja. El rey de Sicilia, Guillermo el Bueno, que en 1166 habia sucedido á su padre Guillermo el Malo, acababa de morir, dejando á su hija la princesa Constancia por única heredera de sus Estados. Estaba casada con Enrique, hijo de Federico Barbaroja. El emperador se apresuró á coronar á Enrique como rey de toda la Italia, por manos del patriarca de Aquileya y el arzobispo de Viena. De este modo se hallaba concentrada una potencia formidable en manos del futuro emperador de Alemania. A pesar de depender inmediatamente de la Santa Sede la corona de Sicilia, no habia sido consultado el papa en este punto tan trascendental. Se quejó vanamente á Federico, y excomulgó á los dos prelados que, en 1186, habian osado coronar sin su órden al jóven príncipe. Todo hacia prever una guerra inevitable, cuando llamó la atencion de la Europa entera una gravísima noticia que sorprendió á todos como un trueno.

36. Saladino, aquel sultan famoso, cuyo gran carácter encomiaban las crónicas orientales, y cuya nobleza y generosidad caballeresca alababan hasta los mismos autores cristianos, acababa de volver á plantar en los muros de Jerusalen el estan-

darte del Profeta. Guido de Lusignan habia sucedido á Balduino V, en aquel trono que no supo defender. La debilidad de su gobierno, su inexperiencia, su vida mole y afeminada precipitaron la ruina de un trono fundado á costa de tanta sangre, mantenido con tanta gloria, que atestiguaba en el Oriente la superioridad de las armas y civilizacion latinas. Guido de Lusignan, vencido en una batalla campal, fué hecho prisionero por Saladino. Los restos de su ejército, los hijos de los guerreros muertos batiéndose, una inmensa muchedumbre de familias cristianas, echadas por los Sarracenos de sus provincias asoladas, habian venido á refugiarse á Jerusalen. Cien mil y mas personas [en estado de tomar armas] se hallaban encerradas en el recinto de la ciudad santa [sin contar una inmensa muchedumbre de familias refugiadas]. Pero esta muchedumbre de niños, ancianos y mujeres no hacia sino aumentar la miseria, sin dar mas defensores. Jerusalen fué embestida por las tropas del sultan, que juró echar por tierra los torreones y alcázares, y vengar en sangre de cristianos la memoria de los Musulmanes vencidos por Godofredo de Bouillon. Los sitiados eligieron por cabeza á Balean de Ibelin, antiguo guerrero, cuyo valor se habia señalado en veinte victorias sobre los campos de batalla. La resistencia fué en un principio muy enérgica, y el valor crecia á medida del peligro. Pero muy pronto, á vista de la inutilidad de sus esfuerzos contra fuerzas sin cesar renacientes, se apoderó del corazon de los cristianos la desesperacion. Los soldados no osaban permanecer de noche sobre los muros que amenazaban desplomarse al furioso choque de las máquinas de Saladino. La reina Sibila ofreció al sultan rendir á Jerusalen por capitulacion: y así la flaqueza de una mujer entregaba á los enemigos del nombre cristiano la mas noble conquista del heroismo y de la fe. El vergonzoso tratado fué firmado el 2 de octubre de 1187, despues de solos catorce dias de sitio. Se otorgó á los cristianos el espacio de cuarenta dias para evacuar la ciudad. Cuando hubo espirado el término fatal, Saladino, sentado en un trono resplandeciente de oro y pedrerías, hizo pasar ante su presencia esta inmensa poblacion

desventurada. El patriarca, seguido del clero, pasó el primero, llevándose los vasos sagrados y los ornamentos del Santo Sepulcro : venia en seguida la reina de Jerusalen con los principales barones y caballeros. Saladino respetó su desgracia y la consoló con palabras nobles y dignas. Seguíanla gran número de mujeres que llevaban sus niños en brazos. Muchas de ellas se acercaban al trono de Saladino, y le decian : « Veis » á vuestros piés las esposas, madres é hijas de los guerreros » que guardais prisioneros. Dejamos para siempre nuestra » patria, que han defendido con tanta gloria; nos ayudaban á » sobrellevar una vida angustiosa : perdiéndolos, quedamos » sin esperanza. » Saladino quedó muy conmovido de sus lágrimas, y prometió dulcificar los males de tantas familias desconsoladas. Volvió á las madres sus hijos, á las esposas sus maridos, á los hijos é hijas sus padres. Permitió que los hospitalarios se quedaran en la ciudad para cuidar á los peregrinos, y curar á los cristianos heridos de la última guerra; por manera que de cien mil personas, solo quedaron catorce mil prisioneros. Todas las iglesias fueron convertidas en mezquitas, y fué restablecido el culto musulman como en tiempo de Omar en la metrópoli edificada en la planta del templo de Salomon. Tal fué el fin del reino fundado por Godofredo de Bouillon, que solo habia durado ochenta y ocho años. Desde entonces el reino de Jerusalen solo fué un vano título : y aun la dominacion pasajera del emperador Federico II no fué sino una quimera, sin carácter serio. Urbano III, al saber la toma de Jerusalen, murió de tristeza el 19 de octubre de 1187.

§ V. PONTIFICADO DE GREGORIO VIII (20 de octubre 15 de diciembre de 1187).

37. Las circunstancias eran muy críticas y complicadas : por lo que la Santa Sede solo vacó un dia, y al siguiente de la muerte de Urbano III, reunió la unanimidad de votos el cardenal Alberto de Benevento, que tomó el nombre de Gregorio VIII. Inmediatamente dirigió á toda la cristiandad una elocuente encíclica, donde apelaba á los sentimientos de honor y de fe

en favor de la infortunada Jerusalen. Toda Europa se conmovió, y las poblaciones enteras pedian la cruz, pareciendo haber revivido los tiempos de Pedro el Ermitaño. Gregorio VIII no vió el resultado de su enérgica protesta, pues murió un mes despues de su exaltacion, el 15 de diciembre de 1187.

§ VI. **PONTIFICADO DE CLEMENTE III** (19 de diciembre de 1187-25 de marzo de 1191).

38. El cardenal Paulino, obispo de Palestrina, fué elegido para suceder á Gregorio VIII, el 19 de diciembre de 1187, y fué entronizado bajo el nombre de Clemente III. El Occidente quedó muy afligido de los desastres de la Palestina. La república de Pisa, la primera, armó una flota de cincuenta bajeles. Clemente III remitió al arzobispo Ubaldo el estandarte de san Pedro; y los cruzados fueron á desembarcar á Tiro, donde ayudaron al marqués Conrado de Monferrato á rechazar los ataques de Saladino. Los dos reyes de Francia é Inglaterra, Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon, que acaba de suceder á su padre Enrique II, tomaron la cruz, y decretaron una contribucion extraordinaria en sus Estados para hacer frente á los gastos de la guerra santa. Se dió á esta tasa el nombre de *diezmo saladino,* porque era de la décima parte de la renta de cada uno y estaba destinada á combatir á Saladino. El emperador de Alemania, Federico Barbaroja [1], y el duque de Suabia, su hijo, al frente de cien mil hombres, se alistaron tambien bajo el estandarte de la cruz. Barbaroja, despues de haber sido tanto tiempo azote de la cristiandad, iba á hacerse un héroe. Él salió primero, y tomó el camimo de Constantinopla. Isaac Angelo habia firmado secretamente alianza ofensiva y defensiva con Saladino, y sobrepujó en perfidias y traiciònes contra los cruzados á los odiosos recuerdos de Manuel Comneno. Todos los caminos habian sido cortados y hechos impracticables, quitados los víveres, y ocupados militarmente ó amurallados

(1) *Eneo-Barbo.* Nosotros usamos del nombre acostumbrado en nuestras historias. (El Traductor.)

los desfiladeros al paso del ejército aleman. Los embajadores de Federico, enviados á Constantinopla para quejarse de tan inicuo proceder, fueron echados á un calabozo. Transportado de indignacion todo el campo de los cruzados, se queria atacar á Constantinopla y vengar la honra del nombre cristiano. Pero Barbaroja no era ya aquel príncipe que en un acceso de furia arruinaba ciudades y hacia pasar el arado por las ruinas de Milan. La verdadera grandeza habia entrado en su corazon con los sentimientos de síncera fe. Calmó á sus guerreros, y les dijo que el objeto de su peregrinacion no era Bizancio, sino Jerusalen. A pesar de los obstáculos que le multiplicaba por todo el tránsito la cobarde infamia de los Griegos, se abrió paso hasta Andrinópolis. Isaac Angelo se habia precipitado sobradamente al escribir á Saladino : « He reducido á la impotencia » á los peregrinos de Europa, y he cortado las alas á sus victo- » rias. » Se apresuró, por temor, á poner en libertad á los embajadores de Federico, y volviéndolos á ver, exclamó : « ¡Gracias á Dios que encuentro á mis hijos! » Isaac Angelo quiso negociar inmediatamente un tratado de paz con el emperador de Alemania. Los diputados griegos, al presentarse á Federico Barbaroja, le dijeron : « El santo emperador, nuestro » amo, cuenta con que vos le juraréis fidelidad como á vuestro » soberano. Por otra parte, vuestro interés lo exige, porque » vos y vuestro ejército estais enredados por nosotros y cogi- » dos como en red. — Yo tambien, respondió el príncipe, soy » emperador por elecccion de mis vasallos y confirmacion del » Santo Padre; pero yo me acuerdo de mis pecados y no tengo » pretensiones de llamarme ni de hacerme llamar *santo*. Esas » redes en que creeis hemos caido, yo las cortaré como tela de » arañas. » Isaac Angelo no creyó prudente una resistencia que podia costarle el imperio, y prometió poner á disposicion de Federico suficiente número de bajeles para transportar los cruzados al Asia; desposó su hija con el príncipe Felipe, hijo del emperador aleman, y juró solemnemente en la iglesia de Santa Sofía ejecutar fielmente los artículos del tratado. El ejército se embarcó en el puerto de Gallipoli. Federico se quedó

el último en las orillas de Europa, y no puso pié en su navío hasta haber visto embarcar á todos los suyos. Al aportar á las costas del Asia : « Tened confianza, dijo á sus soldados; este país es vuestro. Federico de Suabia, hijo del emperador, conducia la vanguardia, todos los bagajes iban en el centro; y Barbaroja, en la retaguardia, cubria la marcha. Los enviados del sultan de Iconio habian prometido de parte de su amo asegurar las subsistencias del ejército de los cruzados : no era sino ficcion concertada con Isaac Angelo para perderlos mas de seguro. El 14 de mayo de 1190 se encontró el ejército metido, sin apercibirse de ello, en un valle estrecho, cuando vió en las alturas dominantes innumerables batallones de Turcos, que lo tenian cercado por todas partes. Era el sultan de Iconio, digno aliado del emperador de Constantinopla, que pensaba acabar con aquellas tropas aspeadas, rendidas de fatiga, acosadas por el hambre y la sed en su larga marcha al través de los ardorosos arenales del desierto. El sultan habia dado el mando general de sus tropas al sarraceno Melek, hábil guerrero y muy experto : y hasta el mismo sultan habia querido estar presente á la completa derrota y ruina del ejército europeo. A vista de estos enemigos, Federico Barbaroja dijo á sus soldados : « Hijos, ó vencer ó morir ! no hay salvacion sino » en la victoria. » Lanzándose al frente de los suyos con la energía de su juventud, el heróico anciano se precipitó por medio del enemigo. Su ejemplo anima á los cruzados; y prodigios de valor y audacia deciden la victoria. Diez mil Turcos muerden tierra; los demás huyen despavoridos y se retiran á las guaridas de sus montes. Pero por la noche, el ejército victorioso se encuentra absolutamente sin víveres, que de antemano habia hecho retirar el Sarraceno; y el hambre, mas terrible que la cimitarra musulmana, amenazaba hacer perecer sin gloria á aquellos invencibles guerreros. Manda pregonar órden del dia Federico, y reanima sus esperanzas prometiéndoles nueva cosecha de laureles. « Soldados de Cristo, les » dijo, mañana, con ayuda de Dios, acamparemos en los jar- » dines del sultan de Iconio : hallaremos víveres abundantes

» y fuentes de agua purísima. Mañana, al despuntar la aurora, » esté cada uno en su puesto. » En el siguiente dia, en efecto, los cruzados, puestos en órden de batalla desembocaban por la fértil llanura de Iconio. Un destacamento, á las órdenes del duque de Suabia, embistió los muros de la ciudad; el resto del ejército, al mando del emperador, tomaba posicion en los jardines del sultan y se preparaba á recibir el ataque del enemigo. Barbaroja quiso reservarse el puesto de honor, el de mayor peligro. Aparecen en efecto los Turcos, y su caballería corona las fáciles cimas de los montes del rededor. « ¡Seguidme! » exclamó Federico. A Cristo la gloria! á Cristo el imperio! á » Cristo la victoria! » Todo cede á su ímpetu : y quince mil Turcos sucumben al denuedo de los cruzados. Un canto de triunfo se oye en todo el ejército latino, cuando aparece radiante en las torres de Iconio el estandarte de la cruz. El jóven duque de Suabia acababa de hacerse dueño de la ciudad, año 1190. La victoria de Iconio aseguraba á los cruzados las comunicaciones con Europa y abundancia de víveres : se podia ya entrever el dia de libertad de Jerusalen. Hasta el mismo Saladino, consternado á la noticia de esta victoria tan brillante, envió embajadores á Federico para tratar de paz y de la restitucion de los santos Lugares. Tan felices acontecimientos fueron inútiles. Al paso del rio Cidno, Federico, á pesar de las súplicas de los suyos, echo su caballo en medio de aquellas aguas ya fatales á otro héroe. Inundado de sudor, el intrépido anciano habia querido atravesar el rio á nado : sus fuerzas le abandonaron, y muy pronto las frias ondas del Cidno, en el fatal 10 de junio de 1190, envolvian su cadáver! Imposible describir la consternacion y desesperacion del ejército. Los cruzados habian perdido su emperador, su general, su padre. El eco de sus gemidos resonó en toda Europa. « Llorad, escribia Pedro de Blois en una elo- » cuente carta, llorad, soldados infortunados, fieles vasallos del » mayor rey del universo. Vuestra vida, vuestra salvacion, » vuestra luz, vuestra defensa, vuestra seguridad y fuerza desa- » pareció ¡ah! por la muerte. » Sin embargo, Pedro Blesense no era súbdito del emperador Federico, habitaba en los Estados

del rey de Inglaterra : y su carta, por tanto, es la espontánea expresion del dolor y pesadumbre de la Europa entera; es un noble testimonio de aquella fraternidad tan encantadora que las cruzadas habian generalizado en todos los pueblos católicos. Federico de Suabia tomó el mando del ejército: es verdad que murió como héroe bajo los muros de Ptolemáida, mas no habia podido resucitar el carácter de su padre. La muerte de Federico Barbaroja dejaba el imperio de Alemania en manos de Enrique VI, que no siguió los ejemplos de su padre sino en lo que tenian de odioso, y que se mostró el mas encarnizado enemigo de la Santa Sede.

39. Clemente III sobrevivió poco á Federico Barbaroja, pues murió el 25 de marzo de 1191, en el momento en que por su actividad y celo iban á embarcarse para la Palestina Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon.

§ VII. **PONTIFICADO DE CELESTINO III** (28 de marzo de 1191-8 de enero de 1198).

40. El cardenal Jacinto, de la poderosa familia de los Orsinis, fué elevado á la silla de san Pedro para suceder á Clemente III. El primer acto de su pontificado fué el solemne coronamiento de Enrique VI y de la emperatriz Constanza, su esposa. El nuevo César juró en manos del papa conservar intactos todos los derechos de la Iglesia romana, seguir en su gobierno las leyes de la justicia y equidad, y restituir todos los dominios usurpados al patrimonio de san Pedro por sus antepasados. Muy pronto olvidó Enrique su juramento.

41. La atencion de la Europa estaba fija entonces exclusivamente sobre la cruzada. Guillermo, arzobispo de Tiro, que mas tarde habia de ser su historiador, la habia predicado en Inglaterra y en Francia. Contaba á la Europa consternada los desastres de Oriente, y los crueles reveses de que habia sido testigo. Su elocuencia salia de un corazon partido de dolor; sus lágrimas, aun mas persuasivas que sus palabras, habian alistado trescientos mil hombres bajo los estandartes de la cruz. Felipe Augusto puso el gobierno de su reino en manos de la

reina Adela, su madre, y del arzobispo de Reims, su tio. Ricardo Corazon de Leon dejó la regencia á Guillermo de Lonchamp, obispo de Eli, su canciller. Los dos reyes se dieron cita con sus dos ejércitos en Vezelay. La experiencia de las dos primeras cruzadas, y la mas reciente aun de Federico Barbaroja, habian probado á la Europa que no era posible contar con el socorro de los Griegos degenerados de Constantinopla. Se resolvió tomar el derrotero por mar, y fué indicada por ciudad de embarque general la ciudad de Mesina. Despues de la toma de Jerusalen, Guido de Lusignan, salido de las cadenas de Saladino, habia reunido bajo sus estandartes nueve mil guerreros, solo resto de tantos ejércitos cuyos huesos cubrian el suelo de la Palestina. Era muy poca cosa en efecto para resistir á la Asia entera y aun al Egipto, cuyas fuerzas concentradas obedecian á Saladino. Lusignan esperó contra toda esperanza, y fué con tan débiles recursos á poner sitio á la inmensa ciudad de Ptolemáida (hoy San Juan de Acre). Habia venido á ayudarle en su empresa la flota de los Pisanos, armada en el pontificado de Gregorio VIII. Poco tiempo despues, vinieron á plantar sus estandartes al lado del rey de Jerusalen doce mil guerreros de la Frisia y Dinamarca. Otra flota, con mas de veinte mil Flamencos, desembarcó tambien á las órdenes de Santiago de Avesne, tan célebre por sus hazañas en la Lombardía, á quienes esperaban las palmas del martirio en la Tierra Santa. El Occidente pues se levantaba unánime y enviaba al Asia lo mas escogido de sus guerreros para combatir contra los enemigos del nombre cristiano. Cerca de sesenta mil hombres se hallaban pues reunidos bajo los muros de Ptolemáida : quedando así recompensado el heróico valor y confianza de Lusignan. Al saber este armamento prodigioso, Saladino acudió al frente de un ejército innumerable de Egipcios, Árabes y Sirios. Las tiendas de los Sarracenos fueron puestas al rededor del campo de los cruzados, y le formaron un verdadero cerco; por manera que los sitiadores quedaron sitiados á su vez. La llanada de Ptolemáida fué un campo de batalla donde se renovaron los prodigios de valor y las heróicas haza-

ñas de los guerreros de Homero y del sitio de Troya. La suerte del mundo iba á decidirse en aquel recinto tan estrecho y apiñado.

42. En tal estado se hallaban las cosas cuando Felipe Augusto, y poco despues Ricardo Corazon de Leon, aportaron á Ptolemáida. La llegada de estos refuerzos aseguraba la victoria á los cruzados. Felipe Augusto, bravo y magnífico; Ricardo, cuyo heróico renombre de Corazon de Leon, dado por la admiracion contemporánea, caracteriza bastante su valor, eran dignos adversarios de Saladino. Todos los cronistas latinos hacen justicia al sultan, diciendo que rivalizó en nobleza y grandor de ánimo con ambos héroes cristianos. Durante una enfermedad de Ricardo Corazon de Leon, Saladino envió al rey de Inglaterra frutos de Damasco y otros refrescos. Se suspendian de vez en cuando las hostilidades por medio de treguas recíprocas. Los cruzados organizaban torneos en la llanada de Ptolemáida y convidaban á ellos á los Musulmanes. En estas fiestas guerreras, los Francos comian á la mesa de Saladino al son de los instrumentos árabes, y los trobadores de Europa cantaban ó recitaban á los Sarracenos sus epopeyas nacionales y poesías cristianas. La admiracion de Saladino por Ricardo Corazon de Leon llegó á tal punto, que quiso aquel ser armado caballero por mano de este. Tantos homenajes tributados á un rey, su vasallo, irritaron secretamente á Felipe Augusto. La altivez nativa del héroe inglés hizo crecer aun mas esta semilla de animosidad. Húbose pues de intervenir para evitar una colision, y se convino que cuando uno de los dos monarcas de Francia é Inglaterra atacaria la ciudad, el otro se quedaria en el campo para vigilar por su seguridad y defenderlo contra los ataques exteriores de Saladino. Esta medida restableció la armonía, y el sitio fué seguido con mayor vigor que nunca. Era horrible el hambre en Ptolemáida: las flotas de los cruzados cerraban el puerto, y el ejército de tierra interceptaba toda comunicacion con el continente. Despues de una resistencia de dos años, la ciudad ofreció capitular: prometia volver la verdadera Cruz, tomada por Saladino en la última

guerra, poner en libertad mil seiscientos prisioneros cristianos, y pagar además doscientas mil piezas de oro. Un soldado musulman logró salir de *incógnito* de la ciudad y atravesar todo el campo latino para llevar esta noticia á Saladino. El sultan derramó lágrimas de dolor; juntó su consejo de emires para deliberar; pero en este momento apercibió el estandarte de los cruzados en las torres de Ptolemáida, el 13 de julio de 1191. Era sobrado tarde para pensar en resistir.

43. Despues de la rendicion de la plaza, Felipe Augusto abandonó la cruzada y se volvió á Francia. El natural altivo de Ricardo habia motivado esa partida tan precipitada : otros príncipes tuvieron igual flaqueza; y en especial Leopoldo de Austria fué uno de los que manifestaron mayor repugnancia contra el monarca inglés. Mas tarde se vengó aquel mas como pirata que como príncipe cristiano. Estas divisiones intestinas no detuvieron el ardor de Corazon de Leon. Bajo su mando el ejército victorioso se adelantó hasta Joppe. En la selva de Arsur, doscientos mil Musulmanes, con Saladino á su cabeza, vinieron á ofrecer batalla á los cruzados. El choque fué terrible : Ricardo se mostraba do quiera tenian necesidad de socorro ó direccion los cristianos. Por do quiera se presentaba, huian los Turcos. « Ningun Sarraceno, dicen las crónicas contem-» poráneas, podia quedar de pié ante su presencia : parecia en » aquella horrible refriega como un segador cortando espigas. » A su voz de guerra : *Dios, socorred al santo sepulcro*, el terror pasaba á las filas enemigas. La batalla de Arsur costó á Saladino ocho mil soldados y treinta y dos emires. Pero los cruzados contaron entre sus muertos al ilustre Santiago de Avesnes. Se le halló lleno de heridas en medio de sus compañeros de armas muertos al lado de él. Aun despues de haber perdido una pierna y un brazo, cortados, aun no dejaba de batirse. Al morir exclamó : « ¡ Ricardo, vengad mi muerte ! » La victoria de Arsur no tuvo resultado, porque Saladino, desesperando defender á Joppe, habia destruido esta ciudad, y desmantelado y echado por tierra todos los castillos y torreones. Dejó yermas las campiñas, encontrándose el ejército cristiano

en medio de un desierto, falto de víveres y agobiado por calores insoportables, sin refrigerio posible, hostigado de continuo por los Árabes y los Sarracenos, que saltaban de cada mata ó peñasco y se deslizaban sin poder ser habidos. Para colmo de desgracias habia muerto Guido de Lusignan, y ambiciosos pretendientes se disputaban con las armas en la mano un trono nominal de Jerusalen. En situacion tan llena de peligros, la conducta de Ricardo Corazon de Leon fué superior á su heroicidad misma. Sorprendido un dia por los Musulmanes, un cuerpo de tropas iba á sucumbir al número. Sábelo Ricardo, que solo se hallaba escoltado por cinco guerreros : detiénenle sus compañeros, temiendo no vaya á buscar una muerte cierta Pero esquivándose de todos, se arroja impetuosamente con su caballo y lanza enristrada al lugar del peligro. « Cuando todos » estos soldados, decia, han seguido á un ejército de que soy » jefe, les he prometido no abandonarlos jamás : si murieren » sin ser socorridos, ¿seria yo digno de mandarlos y llamar- » me rey? » A estas palabras, arremete denodado contra los enemigos, que van cayendo á sus piés : su ejemplo redobla el valor de los soldados cristianos, y los batallones infieles huyen y se dispersan con gran pérdida.

44. En la primavera de 1192 el rey de Inglaterra supo, por mensajeros, en los llanos de Ascalon que el vil Juan Sin-Tierra, su hermano, se aprovechaba de su ausencia para despojarle de sus Estados. El héroe anunció pues en un consejo de jefes que los intereses de su corona lo llamaban á Occidente : mas queriendo ver antes á Jerusalen, que no habia podido conquistar, subió á las alturas de Emaús, desde donde contempló los muros y torres de la ciudad santa. Saladino se habia encerrado en ella con doscientos mil soldados. Al aspecto de la augusta ciudad, el héroe lloró, y cubriéndose el rostro con el broquel : « Yo no soy digno, exclamó, de mirar los muros de » Jerusalen, que no han podido libertar mis armas! » Sin embargo Saladino queria la paz; su brazo, sobrado pesado ya por los años, no era apto para la espada como antes : se firmó pues una tregua por cuatro años entre el rey de Inglaterra y el

sultan. Fué convenido que Jerusalen quedaria abierta á la devocion de los cristianos, y que poseeria toda la costa marítima desde Joppe hasta Tiro. La ciudad de Ascalon, que por su situacion era como clave del Egipto, fué vivamente disputada por cruzados y Turcos. Para terminar la contienda se convino en arrasarla. Así acabó la tercera cruzada : por esta quedaban los Latinos dueños de un vasto reino en la Palestina. Este resultado, aunque incompleto, coronaba dignamente tantas hazañas heróicas, tantos prodigios de valor (en el año 1192). Saladino murió en Damasco en 1193. Antes de espirar mandó á uno de sus emires llevase por las calles de la ciudad su paño mortuorio repitiendo en voz alta : « Hé aquí lo que Saladino, ven» cedor del Oriente, se lleva de sus conquistas. » La potencia de Saladino se habia anunciado como un vasto incendio que podia abrasar el mundo entero : la tercera cruzada detuvo este incendio y salvó á la cristiandad.

45. Ricardo Corazon de Leon, al dejar la Palestina, se embarcó en Joppe en 1192; y su navío, juguete de las olas y borrascas, hizo naufragio y fué á dar en las costas de Dalmacia. Menester es decirlo, el héroe cristiano hubiera hallado mejor acogida en los Estados de Saladino que en tierras de los reyes cristianos de Europa. El duque Leopoldo de Austria, con menosprecio de todo derecho de gentes, arrestó al monarca infortunado y le encerró en la fortaleza de Durnstein. La Europa ignoró por mucho tiempo el cautiverio del héroe. Para mayor infamia, Leopoldo de Austria vendió su prisionero á Enrique VI, emperador de Alemania. El papa Celestino III excomulgó ambos tiranos, porque todos los cristianos estaban bajo la proteccion inmediata del sumo pontífice. Celestino III fulminó los rayos de la Iglesia para librar al guerrero que tan valientemente habia combatido por su causa en los campos de la Palestina. Enrique VI vendió á los Ingleses la libertad de su rey por ciento cincuenta mil marcos de plata. Celestino III renovó la pena de excomunion, y declaró que si el emperador y el duque de Austria no volvian inmediatamente las sumas pagadas por el rescate de Ricardo, serian excluidos para siem-

pre de la comunion católica ; y si morian, privados de sepultura cristiana. El cielo pareció ejecutar la sentencia del soberano pontífice. En 1194, Leopoldo de Austria murió inopinadamente de una caida de caballo ; al punto de espirar, pidió perdon de su crímen y mandó que se remitiese al rey de Inglaterra el dinero que se habia exigido por su rescate : con esta condicion se le otorgó la absolucion de las censuras en que habia incurrido. En 1197, Enrique VI, emperador de Alemania, murió sin ser absuelto de su excomunion. Confiando en sus tesoros y numerosas tropas, se mofaba de las censuras y excomuniones. Menospreciando órdenes formales de Celestino III, se acababa de apoderar á mano armada del reino de Sicilia. La reina Sibila y el jóven Guillermo, su hijo, últimos herederos de los príncipes normandos, fueron condenados á prision perpetua: mandó arrancar los ojos al jóven príncipe. El emperador hizo transportar á Alemania todos los tesoros y riquezas de la Sicilia : mandó desenterrar el cuerpo de Tancredo y de su hijo Rogerio, para robar la corona que llevaban sus cadáveres. Nueva sentencia de excomunion se fulminó contra estos horrores ; y Dios se encargó de ejecutarla, muriendo Enrique VI desastrosamente en Mesina, el 28 de setiembre de 1197, maldito de la Sicilia y aborrecido de todo el universo. El papa Celestino prohibió darle sepultura eclesiástica ; y este acto fué el último de su pontificado. Abrumado de fatigas y cargado de años, pensaba aun en armar al Occidente para una nueva cruzada, pero la muerte no le dió tiempo, y murió el 8 de enero de 1198. Con Celestino III acababa el siglo XII.

46. El entusiasmo que impelia á las almas á las mas sublimes virtudes continuó en este último período. Nos bastará citar los nombres de san Hugo, obispo de Lincoln ; san Alberto, obispo de Lieja ; santa María de Oignies ; san Homobono, mercader de Cremona ; el beato Pedro Acotanto, de Venecia ; san Guillermo y su hijo san Peregrino, de Antioquia ; san Drogon, patron de los pastores. Y así, todas las jerarquías de la sociedad ofrecieron, en el siglo XII, ejemplos admirables de edificacion y salvacion. En tanto que los papas luchaban enérgicamente contra

los reyes y emperadores de la tierra [que se extraviaban], almas piadosas triunfaban en luchas pacíficas y combatían en los campos de la penitencia y santidad, ya en la soledad de los claustros, ya en medio de las agitaciones y tumultos del mundo. La Iglesia es el arca de Noé que da siempre asilo á las palomas fieles, y á la cual no pueden las defecciones, apostasías y persecuciones detener en su marcha triunfaute, al través de los tiempos, hasta el puerto de la eternidad.

CAPITULO VIII.

SUMARIO.

§ I. Pontificado de Inocencio III (8 de enero de 1198-16 de julio de 1216).

1. Accion del pontificado en la edad media. — 2 Eleccion y antecedentes de Inocencio III. — 3. Vida de Inocencio III despues de su exaltacion. — 4. Estado del mundo á su advenimiento. — 5. Inocencio III restaura el poder pontifical en Italia. — 6. El papa da la investidura del reino de Sicilia á la reina Constanza. Negocio de los *Cuatro capitulos*. Inocencio III es nombrado tutor del jóven Federico. — 7 Felipe Augusto repudia á la reina Ingelberga. — 8. Excomunion de Felipe Augusto en el concilio de Dijon. — 9. Felipe Augusto se somete y vuelve á tomar á la reina Ingelberga. — 10. Asunto de la sucesion de Enrique VI al trono de Alemania. Güelfos y Gibelinos. — 11. Othon, duque de Aquitania, es elegido y coronado emperador. — 12. Othon, infiel á su juramento para con la Santa Sede, es depuesto por Inocencio III y reemplazado por Federico II, rey de Sicilia. — 13. El papa avoca á su tribunal la contienda entre Felipe Augusto y Juan Sin-Tierra — 14. Juan Sin-Tierra es excomulgado por Inocencio III. Sumision del rey de Inglaterra. Batalla de Bouvines. — 15. Cuarta cruzada. — 16. Toma de Constantinopla por los cruzados. Fundacion de un imperio latino en Oriente. — 17. Victorias de los cristianos en España. — 18. Cruzada contra los Albigenses. Simon de Montfort. — 19. Santo Domingo. — 20. San Francisco de Asis. — 21. Duodécimo concilio general, cuarto de Letran. — 22. Muerte de Inocencio III.

§ I. PONTIFICADO DE INOCENCIO III (8 de enero de 1198-16 de julio de 1216).

1. La historia de la Iglesia es la historia de la civilizacion moderna : la grandeza de la una es paralela á los progresos de la otra. El pontificado de Gregorio VII ha justificado esta asercion; el de Inocencio III lo demostrará brillantemente : sus dos siglos y sus dos nombres forman los puntos culminantes de la edad media. En ninguna época ha reinado mas visiblemente sobre el mundo el pontificado. Los intereses tan varios de la política europea, las pretensiones de los reyes rivales, las elecciones imperiales, las esperanzas de los partidos, los votos de las poblaciones enteras, todo, todo convergia entonces hácia el soberano pontífice como hácia el centro de toda autoridad, como árbitro supremo de todas las lides, como distribuidor de coronas y conciliador universal. A vista de este inmenso im-

perio ejercido por los papas, los escritores se han dividido en juicio y en opinion. Unos solo han visto en san Gregorio VII é Inocencio III caractéres ambiciosos que se aprovechaban de la credulidad de su época para avasallar el mundo y ponerlo á los piés de la Silla apostólica. En su sistema, la Iglesia, durante todo el período de la edad media, se ha extraviado de su verdadero camino, en lo temporal; la política de los papas ha sido un error prolongado, y fuera necesario rayar de su historia las páginas en que se hallan inscritos tantos nombres gloriosos. Admitiendo en efecto con Fleury y otros historiadores de su partido que los pontífices de los siglos XII y XIII no fueron guiados sino por ideas erróneas de ambicion personal, extrañas enteramente al verdadero espíritu de su mision divina, Gregorio VII, Alejandro III é Inocencio III no habrian sido sino ilustres usurpadores, que se valieron de su augusto carácter como de un manto para cubrir sus usurpaciones é injustas agresiones contra el poder temporal. — Pero bajo la influencia de estudios mas serios é imparciales, se ha producido en nuestros dias otra manera de juzgar los hechos. Y hasta los mismos protestantes (1) han sido y son los primeros en oponerse á las preocupaciones hostiles del último siglo. Dicen estos, y nosotros somos enteramente de su parecer, que los papas de que se trata, al distribuir ó quitar coronas, no obraban sino en virtud de un poder superior de que les habian revestido el derecho y la opinion pública de la edad media. No iban en busca de la influencia, sino que esta iba á ellos por sí misma. Los pueblos, los reyes, los emperadores invocaban su juicio árbitro, se sometian á sus decisiones, aceptaban sus sentencias como sentencias de la mas elevada autoridad, como expresion de la voluntad del mismo Dios, de quien eran representantes en la tierra. En este sistema, la Iglesia no ha atravesado tres siglos de error; no se ha desviado de la santidad de su institucion, no ha sido abandonada un solo instante por el espíritu de Cristo,

(1) Voigt, *Historia del Pontificado de san Gregorio VII*. Hurter, *Historia del Pontificado de Inocencio III*. L. Ranke, *Historia del Pontificado*.

que le tiene dicho : « Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos. »

2. A la muerte de Celestino III quedó elegido papa el diácono Lotario, de edad de treinta y siete años, de la ilustre familia de Conti ; y tomó el nombre de Inocencio III. Este era el hombre á quien Dios llamaba al gobierno de su Iglesia. Estaba dotado de todas las cualidades que forman los caractéres grandes : genio vasto y profundo, prudencia consumada, extraordinaria destreza, alta y segura penetracion, experiencia precoz, perseverante energía, junto con una suavidad inalterable. Los primeros años de Inocencio fueron consagrados al estudio. La Universidad de París, « esta fuente de toda ciencia, dicen » los cronistas contemporáneos, que rivalizaba con las mas » célebres escuelas de Grecia y Egipto, » habia visto sobresalir el jóven Lotario por su aplicacion en medio de *aquel pueblo de estudiantes que hacian como una ciudad dentro de otra.* Los célebres catedráticos Pedro Cantor, Melchor de Pisa, Pedro de Corbeil y Pedro Comestor le habian contado entre sus mas aventajados discípulos. Al dejar la capital de Francia se fué á Bolonia, cuya escuela de derecho era entonces la mas floreciente del universo. La Providencia le iba conduciendo así por las sendas de la ciencia á la cumbre de las grandezas. Clemente III le nombró cardenal. Austero en sus costumbres, sencillo en su porte, pobre en el seno de las riquezas, Lotario se mostró censor riguroso del lujo y deleites. Compuso entonces su libro : *Sobre las Miserias de la vida* ó *del Menosprecio del mundo.* Elegido papa, se echó á los piés de los cardenales, suplicándoles no le pusieran un peso tan terrible. « La » grandeza de esta augusta dignidad, decia él, tiene que verse » comprometida por un jóven débil y sin experiencia. » Y precisamente lo que, en 8 de enero de 1198, determinó la eleccion en su persona por los cardenales, era una juventud nutrida con fuertes y serios estudios, elevada por la meditacion celeste, santificada con la práctica de sólidas virtudes, una juventud, en fin, superior á su edad por una prudencia consumada y una madurez digna de anciano venerable.

3. Promovido á su pesar al trono de san Pedro, Inocencio III no pensó sino en llevar animosamente la carga, consagrando enteramente su vida al servicio de la Iglesia. « Hay » tantos hombres, decia, que á duras penas pueden servir á » un solo dueño; ¿cómo pues uno solo podrá servir á tantos » otros? y sin embargo, yo soy el siervo de los siervos, deu» dor á todos los prudentes, á todos los imprudentes! » Infatigable en su actividad, daba abasto á las mas diversas y multiplicadas ocupaciones. Cada dia por la mañana, tenia consistorio con los cardenales y monjes mas distinguidos, de que habia formado su consejo: dedicaba la mayor atencion á todas las cuestiones pendientes, examinándolas con la exactitud mas minuciosa, exigiendo informes, pruebas, testimonios, documentos, detalles de todo. Su penetracion le hacia prever, por una especie de intuicion sobrenatural, la salida de los negocios mas intrincados: una memoria segura, un profundo conocimiento de la historia, venian en socorro á su inmenso talento y juicio exquisito. Por la noche recibia á cuantos tenian que presentarle memoriales; acogia á los extranjeros, embajadores de reyes, escuchaba por sí mismo sus quejas, examinaba sus agravios, y hacia justicia á todos. Sus decisiones, caracterizadas con la mayor imparcialidad, eran resueltas despues de un exámen maduro; y una vez dadas eran irrevocables. « Su amor por la justicia, dice Hurter, era una resolucion es» maltada, por decirlo así, en toda su vida. » En medio de las importantes ocupaciones que absorbian todos sus momentos, aun hallaba su piedad modo y tiempo de componer obras que se creerian hechas en el retiro y silencio del claustro. Tenemos de él un libro lleno de tiernísimos afectos y elevaciones sagradas, intitulado: *Innocentii III de sacro altaris mysterio, libri VI.* La liturgia eclesiástica le debe el sublime canto de dolor: *Stabat Mater dolorosa*, y el piadoso himno *Veni Creator Spiritus.*

4. El aspecto del mundo al advenimiento de Inocencio III presentaba vasto teatro á su celo apostólico. En Roma, la poblacion, entontecida sin cesar con los recuerdos de sus héroes

clásicos, no comprendia aun el admirable destino de la Providencia en la Roma de los papas. La Sicilia estaba ensangrentada por una revolucion política; su dinastía normanda se reducia á una reina, viuda y cautiva, con un hijo rey privado de la vista: su dinastía alemana estaba tambien representada por una reina viuda y un rey de cinco años. En la Lombardía, las repúblicas libres de un lado, y de otro los Alemanes, se disputaban con las armas un poder efímero: anarquía por todo; órden en parte ninguna. En Alemania, el cetro imperial caido de manos de Enrique VI, disputado por tres rivales: Felipe, duque de Suabia, Othon, duque de Aquitania, y el rey de Sicilia, Federico II, hijo del último emperador. En Francia, Felipe Augusto, encenagado en una pasion criminal, olvidaba su gloria, y daba al mundo el escándalo de una union incestuosa. En Inglaterra, Ricardo Corazon de Leon iba á morir muy pronto de una flecha lanzada por un ballestero desconocido en el sitio de Chalus, dejando su reino á Juan Sin-Tierra, su hermano, que ni fué soldado, ni rey, ni hombre honrado. En España, la sangrienta victoria de Alarcos, ganada por el emir Almanzor contra Alonso IX de Castilla, en 1195, habia dejado á los Moros dueños absolutos de todas las provincias meridionales. Los reyes cristianos de este país, entregados á las mas vergonzosas pasiones, ultrajaban la santidad del matrimonio y revolvian contra sí propios en discordias intestinas una espada que solo debieran emplear contra el enemigo comun, el Sarraceno. En Oriente, se discutia la suerte del mundo entre luchas sangrientas, entre la civilizacion cristiana y la barbarie musulmana. En el Occidente, una secta mas funesta que el mahometismo, la herejía de los Albigenses, bajo un color cristiano, trabajaba nada menos que por la ruina de toda religion, de toda moral, de toda sociedad. Tales eran los inmensos trabajos que reclamaban á la vez el celo del nuevo papa; pero á todo hará frente Inocencio III.

5. Al siguiente dia de su consagracion mandó distribuir á los habitantes de Roma, en señal de inauguracion, cerca de cuatrocientos mil escudos. Esta longanimidad pontifical hizo

popular su poder, y se aprovechó de ello para destruir los restos de las instituciones revolucionarias establecidas por Arnaldo de Brescia. Semejantes á todo pueblo decaido de la cumbre de la gloria, los Romanos creian estar todavía en el mas alto período de su grandeza con solo pronunciar los nombres de sus antiguos héroes, con solo ver renovar las formas sociales antiguas, con solo coronarse de laureles marchitos ya por el trascurso de tantos siglos. Inocencio III respetó esta preocupacion en lo que tenia de legítimo, y supo conciliarla con la autoridad de la Santa Sede. Nombró un senador, encargado de representar los intereses del pueblo romano, y le hizo prestar juramento de proteger las posesiones de la Iglesia romana; de no emprender nada, ni por via de consejo ni por accion, contra la vida de los papas; de ayudarle en su administracion; de vigilar en fin en toda la extension de su territorio á la seguridad personal de los cardenales. El prefecto de Roma prestó igual juramento. Asoló á la Italia entera, en 1202, un hambre horrible: y los Romanos palparon con sus manos que si el carácter de Inocencio III era el de un soberano, su corazon era el de un padre. Durante seis meses el caritativo pontífice hizo distribuir cada dia su subsistencia á ocho mil indigentes: el amor del pueblo correspondió á tantos beneficios, á tanta caridad; y fué constantemente fiel á un soberano tan generoso y compasivo. Mientras que Inocencio III distribuia con mano tan liberal los tesoros de la Iglesia, obraba con la mayor energía contra los despojadores de los dominios de la Santa Sede. Enrique VI en los últimos años de su reinado habia usurpado la Marca de Ancona y la Romaña, dándolas en feudo á su senescal Markwald. Inocencio envió dos cardenales para intimar á este último devolviese estas provincias á la Iglesia romana. Markwald se negó á ello y fué excomulgado. Las poblaciones, cansadas del yugo aleman, ansiaban por pertenecer á un soberano pontífice tan amado de sus súbditos. Se rebelaron contra Markwald, le echaron con las armas en la mano de su territorio, y fueron á poner á los piés del papa las llaves de sus ciudades. Igual ejemplo siguió el exarcado de Ravena.

El ducado de Espoleto, el condado de Asis, y la Toscana, legada en gran parte hacia mas de un siglo por la condesa Matilde á la Santa Sede, y que habian retenido injustamente en su poder los emperadores hasta este tiempo, expulsaron igualmente á sus gobernadores alemanes, y se reunieron en una confederacion, de la cual fué declarado jefe y protector el papa. Y así en el primer año de su gobierno Inocencio III habia reconquistado Ancona, Fermo, Osimo, Fano, Sinigaglia, Espoleto, Rieti, Asis, Foligno, Nocera, Todi, Perusa, Sabina y el condado de Benevento. Comparando la extension del dominio temporal de sus antecesores con lo que acababa de añadir, podia » decir con razon : « Que no debia sus bienes al poder del arco » ni de la espada, sino á la providencia maravillosa del que » todo lo gobierna. »

6. Mas vasto teatro se ofrecia en la Italia meridional al genio libertador de Inocencio III. La reina de Sicilia, Constanza, viuda del emperador Enrique VI, tenia que luchar contra facciones poderosas. Entendió muy bien que para consolidar la autoridad del jóven rey, su hijo, debia de buscar apoyo estrechando sus relaciones con la Santa Sede, reconocida desde largo tiempo como soberana del reino de Sicilia. Suplicó pues al papa confirmase al jóven Federico II en la posesion de sus Estados y le confiriese la solemne investidura de ellos. Antes de proceder al reconocimiento oficial y público de la dinastía alemana en el trono de Sicilia, Inocencio III se acordó de los restos desventurados de la dinastía proscrita. Negoció para alcanzar la libertad de la desgraciada reina Sibila, de Guillermo su hijo, y de dos princesas sus hijas. La obtuvo, y la Europa vió una prueba mas de que la Santa Sede es la protectora natural de la viuda y del huérfano. Se ventiló despues otra cuestion preliminar entre el papa y la reina Constanza. Adriano IV habia concedido al rey Guillermo I privilegios eclesiásticos muy extensos para todas las provincias sicilianas. Se llamaron aquellos los *Cuatro capítulos*, y miraban á las legaciones, nombramientos eclesiásticos, apelaciones á la Santa Sede y á los concilios. Inocencio creia de su deber librar á la Iglesia de

toda influencia secular opuesta á su disciplina. Por otra parte juzgaba que, extinguida la antigua dinastía de los reyes de Sicilia, el soberano no debia mantener ya privilegios personales y favores incompatibles con los deberes de su alta dignidad. La reina Constanza accedió á los deseos del papa; fueron anulados los *Cuatro capítulos*, y dada por el pontífice la bula de investidura en 1198. Constanza no sobrevivió á esta negociacion. Con el celo que caracteriza el corazon de madre habia hecho heróicos esfuerzos para garantizar á Federico II, su hijo, la posesion tranquila del reino de Sicilia. Al morir, preocupada del porvenir de un niño rey que dejaba sin apoyo entre enemigos de todo género y en un trono aun no bien consolidado, echó sus miradas á Inocencio III, y le hizo entrega de lo que mas amaba en el mundo, nombrándole único tutor de Federico II y del reino de Sicilia, en 27 de noviembre de 1198. Al aceptar el papa este legado de maternal ternura, escribió al jóven rey: « Enjuga tus lágrimas: el Señor te ha » dado un padre espiritual en lugar del padre temporal que has » perdido. Tu madre de gloriosa memoria, la emperatriz Cons» tanza, ha querido que la reemplace otra madre que jamás » olvida á sus hijos, la inmortal Iglesia de Roma. Quiero » amarte, protegerte y defenderte con maternal solicitud para » honor y dignidad de la potencia real, para seguridad de tu » reino y felicidad de tus fieles vasallos. » Inocencio, sin pérdida de tiempo, fijó toda su atencion en los negocios de Sicilia, y desplegó su actividad y poderosos recursos de autoridad apostólica contra las facciones que sin cesar pululaban en aquel desgraciado país. Esta vigilancia tutelar duró desde 1199 á 1208, época de la mayoría de Federico II. Entonces entregó al príncipe el reino en situacion próspera y floreciente. Habian cesado los cuidados de la tutela, é Inocencio III añadirá nuevos y mas señalados beneficios al jóven Federico.

7. Habia muerto Celestino III sin haber resuelto una de las mas graves cuestiones de su tiempo: el divorcio de Felipe Augusto con Ingelberga. El rey de Francia casó en primeras nupcias con Isabel de Henaut, hija del conde Balduino IV, y

perdió á esta princesa en la flor de la edad. A su regreso de la Palestina pensó en contraer una alianza harto fuerte para luchar contra el poder de Ricardo Corazon de Leon, su rival. Se fijó en Ingelberga, hija de Vlademaro, rey de Dinamarca, esperando lograr contra la Inglaterra una diversion de guerra por parte de los Dinamarqueses. Apenas realizada esta union, Felipe Augusto sintió para con Ingelberga, princesa de las mayores cualidades y virtudes, una aversion insuperable. Bajo el pretexto falso de parentesco, hizo anular este matrimonio por el arzobispo de Reims, su tio, en un concilio de obispos complacientes, celebrado en Compiegne. La desgraciada reina, citada ante este tribunal, nada pudo responder, no sabiendo la lengua de sus jueces. Cuando se le notificó la sentencia, un intérprete se la tradujo; é inmediatamente exclamó llorando: « Roma! Roma! » Era el grito de la inocencia oprimida que apelaba al tribunal supremo, al defensor de todos los derechos. Se negó á volverse á Dinamarca. Felipe Augusto, olvidándose de todos sus deberes de caballero y rey, la mandó encerrar en el convento de Beaurepaire, y se casó en 1196 con Inés de Merania, con quien estaba ciegamente apasionado. El negocio fué deferido á la Santa Sede, cuando murió Celestino III.

8. Inocencio III, su sucesor, no sabia transigir con el deber: y la represion fué tan enérgica como flagrante el delito. Pedro de Capua fué enviado legado á Francia en 1198. Tenia órden, si Felipe no volvia á entrar inmediatamente en la línea de su deber, de poner entredicho sobre todo el reino. No pudieron vencer la obstinacion del rey ni las representaciones y amenazas del legado, ni los consejos del clero, ni las súplicas de sus verdaderos amigos. Al contrario, presentó á Inés de Merania al ejército, le puso la corona en la cabeza, y mandó jurar á sus barones y caballeros de derramar por ella hasta la última gota de sangre. Conforme á la órden formal del papa, Pedro de Capua convocó para 1199, en Dijon, un concilio de todos los obispos de Francia. Felipe Augusto se negó á comparecer; solo envió dos delegados encargados, para ganar

tiempo, de apelar de la sentencia del concilio al juicio inmediato de la Santa Sede. Inocencio III, previendo esta maniobra, ya habia prohibido á su legado de tomar en cuenta ninguna apelacion, porque sabia muy bien que los díscolos rebeldes apelan del papa al concilio y del concilio al papa solo por ganar tiempo y por no sujetarse á nadie. El 12 de diciembre de 1199, á media noche, el toque lúgubre de las campanas llamó á la catedral á los Padres del concilio de Dijon. Los obispos y sacerdotes fueron en silencio á la basílica, alumbrados con antorchas. Cubria la imágen de Cristo un velo negro, y las santas reliquias habian sido transportadas á los subterráneos: se habian consumido ó quemado los últimos restos de las hostias consagradas. El legado, con estola morada, como en el dia de la Pasion del Salvador, pronunció entredicho eclesiástico « en todas las provincias sometidas á la dominacion » del rey de Francia, tanto tiempo como tardase en renunciar » este príncipe á su adúltero consorcio con Inés de Merania. » A estas palabras, todos los cirios y antorchas fueron apagados en tierra: las tinieblas profundas de la noche añadian aun mas terror á la terrible ceremonia; gemidos y sollozos de ancianos, niños y varones resonaban por las bóvedas de la catedral. « Parecia ser llegado el terrible dia del juicio final, » dice un autor contemporáneo. La ejecucion del entredicho cubrió toda la Francia de un vasto manto de duelo; la consternacion fué general, y los escritores de la época cuentan el dolor popular con términos muy enérgicos. Los fieles se iban á la Normandía ó á otras posesiones del rey de Inglaterra, solo por gozar de los consuelos de la religion. « No se trataba aquí, dice Hurter, » ni de dominios temporales, ni de derechos disputados á la » Santa Sede, sino de esta gran cuestion: *¿El soberano cató-* » *lico está sometido á las leyes del cristianismo que obligan á* » *sus vasallos?* Diremos desde luego que si estas leyes se ha- » bian aplicado entonces de otro modo, y mas severamente » que en nuestros dias, no era culpa de los papas. Inocen- » cio III en el asunto del divorcio no se guió sino por el justo » aprécio de sus deberes y de los príncipes: animado de celo

» apostólico, no se dejó doblar por ninguna consideracion hu-
» mana... El deber de un papa es ser pastor de los reyes, para
» ser así salvador de los pueblos. »

9. El obispado francés, animado por Pedro de Arras, noble y valeroso prelado, se mostró, con muy raras excepciones, digno del papa que habia contado con su concurso. Las iglesias fueron cerradas en todas las diócesis, é interrumpido el oficio divino. La ira de Felipe Augusto estalló contra el clero. El obispo de París, Eudo de Sully, fué proscrito del reino y su casa saqueada. El obispo de Senlis se fugó para librarse de vejaciones. Ingelberga, causa inocente y víctima de tantos furores, fué encerrada en una fortaleza de Etampes y tratada con mucho rigor. Las violencias del rey no hacian sino exasperar á los vasallos : los barones tomaron las armas, los criados y escuderos de Felipe Augusto se alejaban de él y huian como de un enemigo de Dios y de los hombres. En tanta perplejidad, partido entre su deber y una pasion que aumentaba con los obstáculos, diputó el rey algunos caballeros á Inocencio III, quejándose de la dureza del legado. « El rey,
» nuestro amo, decian al papa, está dispuesto á comparecer
» ante jueces nombrados por Vuestra Santidad, y á someterse
» á su sentencia. — ¿A qué sentencia? repuso Inocencio III.
» No puede haber sino una sola, y ya está decretada. Aleje el
» rey de sí á Inés de Merania, y restablezca á la reina en sus
» derechos de esposa legítima. » Esta respuesta aumentó la furiosa pasion y ceguera de Felipe Augusto. « ¡ Saladino era
» feliz! exclamaba; pues no tenia papa sobre sí. » Quiso intentar un recurso á favor del criminal objeto de su pasion. Todos los prelados y señores del reino fueron llamados á junta nacional. Inés de Merania se presentó en medio de la asamblea, pálida, consumida de tristeza y remordimientos interiores. « Al modo que la viuda de Héctor, dice Guillermo Breton,
» escritor contemporáneo, hubiera podido conmover á todo el
» ejército de los Griegos. La juventud, llena de vida, de fres-
» cura y lozanía, la gracia con que cinco años antes distribuia
» en los torneos los premios de los adalides, todo, todo habia

» desaparecido. » El rey contaba con el mágico y sentimental efecto que produciria este contraste, capaz de enternecer corazones de guerreros, mucho mas de caballeros y nobles. Sin embargo, los barones guardaron profundo silencio : « ¿Qué » tengo yo que hacer? preguntó Felipe Augusto. — Obedecer » al papa, respondieron; alejar á Inés de Merania y volver á » tomar á Ingelberga. » A vista de esta unanimidad, cedió el rey : y nunca, ni aun en el campo de Bouvines, apareció mas grande ; jamás mereció mejor el título de Augusto, porque la victoria mas difícil, noble y gloriosa es triunfar de sí mismo y de sus pasiones. Inés fué pues separada del rey, y murió poco tiempo despues. La piadosa Ingelberga volvió á subir á un trono de que tan digna la hacian sus virtudes. Felipe Augusto no pensó en adelante sino en hacer olvidar estos dias borrascosos (desde 1200 á 1207) con el esplendor de su reinado y sabia administracion. Inocencio III logró el fin que se proponia, y fué reparado el escándalo.

10. Acontecimientos de la mas alta importancia política reclamaban al mismo tiempo la atencion de Inocencio III. La Alemania, conmovida hasta en sus cimientos, demandaba al poder pontifical una regla de conducta en medio de las revoluciones intestinas. Los príncipes de Hohenstaufen, jefes del partido *Weibling* (Gibelino), contaban tres emperadores sucesivos desde Federico I. La familia de los Welf (Güelfo) (1), de orígen mucho mas antiguo, competian con ellos en poder y esplendor. Felipe, duque de Suabia, hermano de Enrique IV,

(1) Habia en Alemania dos casas poderosas : una designada bajo el nombre de *Sálica* ó de *Weiblingen*, de la voz *Weibling*, palacio de la diócesis de Augsburgo en las montañas de Hertfeld, de donde saldria probablemente esta casa. Los partidarios de ella, que habian dado muchos emperadores, se llamaban *Weibling*. La otra, originaria de Altorf, poseia actualmente la Baviera, y habia visto á su cabeza sucesivamente príncipes que se titulaban *Welf*. Los papas habian luchado frecuentemente con los *Weibling*, y muchas veces encontraron defensores suyos entre los *Welf*. La infeliz Italia, harto desventurada por sí misma, tomó parte en estos bandos alemanes. Y como no se acomodaban á su órgano las duras voces alemanas, cada partido italianizó el nombre suyo. Los partidarios de los papas y su soberanía temporal se llamaban *Guelfi* (Güelfos); los adversarios de los papas se llamaba *Ghibellini* (Gibelinos). (Artaud de Montor, *Historia de los soberanos Pontífices*, tom. II, pág. 308.)

representaba el partido *Gibelino;* Othon, duque de Aquitania, era el cabeza de los Güelfos. Ambas facciones los eligieron simultáneamente emperadores, sin tomar en cuenta los derechos con que se presentaba pretendiente la parte del jóven Federico II, rey de Sicilia, á quien su padre, Enrique VI, habia hecho coronar cuando aun estaba en la cuna. Los dos competidores serios, Othon y Felipe, recurrieron á la vez al soberano pontífice para hacer reconocer su respectiva eleccion. Aquí encontramos de nuevo una prueba evidente de la autoridad suprema de que el derecho público de la edad media habia revestido al pontificado en todas las contiendas que atañian á sucesiones discutidas ó al reposo de los pueblos. «No, » dice Hurter; Inocencio III, interviniendo en la eleccion del » emperador de Alemania, no usurpaba en provecho de la » Santa Sede los derechos del imperio; no hacia sino acceder » al voto de toda Europa, que esperaba su decision [1]. » Dos consideraciones determinaron la decision del papa. No pensó en hacer valer los derechos de Federico II, su pupilo, como tampoco pensaron en ello los electores imperiales. « ¡Desgra- » ciado país donde el rey es niño! escribió en la famosa bula » en que comunicó á la Alemania su decision. No se diga que

(1) Fleury pretende probar que los papas no fundaban su poder en la edad media, respecto de los reyes, sino en una falsa interpretacion del famoso texto de Jeremías: *Ecce constitui te super gentes et super regna, ut evellas, et destruas, et disperdas, et dissipes, et ædifices, et plantes.* Ya hemos demostrado que este poder estaba basado en el derecho público de la edad media: no insistiremos ya mas. Solo añadiremos que razonan mal los escritores hostiles al pontificado, cuando parten del supuesto de la polémica escolástica del tiempo, y de las palabras de los papas apoyándose en la interpretacion de la sagrada Escritura. No han reflexionado que en los acontecimientos humanos hay siempre dos aspectos: el que les dan los hombres, y el de la verdad, independiente del punto de vista puramente humano. Así sucede con los papas. Todas las razones en que apoyaban su autoridad, podian no ser igualmente concluyentes, sin que esto implique nada contra el principio mismo. (El conde de Beaufort, *Historia de los papas*, tom. III, pág. 260.)

[Los papas tenian y estaban convencidos de tener derechos, no por la opinion pública, sino de Dios mismo, en virtud de su sagrada mision de primados de la Iglesia, de padres de los pueblos, de pastores de los reyes. Que los hombres nieguen ó no tales derechos, no por ello dejan de ser estos reales, sagrados y efectivos: al modo que porque los ateos nieguen la existencia de Dios, etc., no deja por ello de haber un Dios, etc.] (El Traductor.)

» Federico II nos ha sido confiado en tutela : el trono imperial » no es hereditario, sino electivo. Nuestra obligacion como » tutor no se extiende hasta hacer subir un huerfanito al im» perio : se limita á mantenerlo en la posesion del reino de » Sicilia. »

11. Inocencio III tenia pues que escoger entre Felipe de Suabia y Othon de Aquitania. En esta alternativa, en que de ambos lados habia peligro, el papa se inspiró de los sentimientos mas elevados del órden público y moral, y del bien general. Por una parte habia de salvar el derecho del imperio, esencialmente electivo. Por otra parte tenia que asegurar para la Iglesia romana, al escoger emperador, un celoso defensor, un hijo sumiso, digno de llevar la corona de Carlomagno. Ahora bien, Felipe de Suabia, hermano de Enrique VI, si se hubiese sentado en el trono imperial, hubiera sido el cuarto emperador de la familia de Hohenstaufen : no hubiera ya sido un príncipe electivo, sino un príncipe hereditario. « Si, como » en otro tiempo en que el hijo sucedia al padre, decia el » papa, se viera hoy suceder el hermano al hermano, el im» perio no seria ya conferido por eleccion, sino que seria » reivindicado por derecho de herencia, y desde entonces el » abuso se erigiera en derecho. » Por otra parte, Felipe de Suabia estaba excomulgado mucho tiempo hacia por la Santa Sede, por haber usurpado, de concierto con Enrique VI, en Italia, dominios y feudos pontificales, por haber arrojado de sus sillas á varios obispos, y por haber retenido presos todos los clérigos afectos al soberano pontífice. Tales antecedentes no prometian á la Iglesia un defensor muy fiel. Inocencio III se declaró pues por la parte de Othon, duque de Aquitania. De este modo, protegia los derechos del imperio electivo, y conservaba á los príncipes de Alemania su libertad de electores. » A él debe la Alemania, dice Hurter, el no haber sido aglome» rada en una sola casa, que tal vez hubiese manifestado á lo » exterior mayor potencia, pero que en lo interior no hubiera » engendrado por cierto aquella riqueza y variedad de cultura » intelectual por las que se distingue la nacion alemana sobre

« los demás pueblos. » No se sometió Felipe de Suabia á una sentencia que le era contraria, y quiso sostener sus derechos con las armas. Desde el año 1201 á 1208 continuaron las hostilidades con varia fortuna en Alemania; y corrian arroyos de sangre por la ambicion del duque de Suabia. Pero en fin el cielo se encargó de ratificar la decision pontifical. El 21 de junio de 1208, Othon de Wittelsbach, conde palatino de Baviera, ofuscado por cierta injusticia y agravio personal contra el duque Felipe, entró en su aposento en el palacio de Bamberga con espada en mano: « Dejad vuestra espada, le dijo Felipe, » pues aquí no es necesaria. — Sí lo es, repuso el palatino, » para vengarme de tu perfidia; » y al mismo tiempo le atravesó de una estocada, de que espiró el duque al momento. La muerte de Felipe terminaba la lucha; y no habiendo ya sino un partido en Alemania, la dieta de Francfort reconoció solemnemente el 11 de noviembre de 1208 á Othon, elegido por Inocencio III. Para sellar la paz, fué convenido que Othon se casaria con Beatriz, hija y heredera de Felipe de Suabia. El nuevo emperador partió inmediatamente para Roma con su jóven esposa para recibir la corona imperial de manos del papa, su bienhechor. La ceremonia se celebró en la iglesia de San Pedro con pompa y esplendor hasta entonces no vistos. « ¿Quereis vivir en paz con la Iglesia? preguntó el papa. — Sí » quiero, respondió Othon. — Yo os doy la paz, como fué » dada por Cristo á sus discípulos, repuso Inocencio III, y » besó la frente del emperador. — ¿Quereis ser verdadero hijo » de la Iglesia? preguntó de nuevo el pontífice. — Sí quiero, » respondió el emperador. — Os recibo pues como verdadero » hijo de la Iglesia, » dijo Inocencio III, y diciendo estas palabras, cubrió á Othon con los pliegues de su manto pontifical. Por desgracia, Othon no fué mas fiel al juramento que sus antecesores.

12. Al pasar cerca de Asis para ir á la ceremonia de su coronamiento, Othon habia encontrado á su paso en el camino mismo la ermita de Rivo Torto, primer retiro de san Francisco de Asis. El piadoso solitario no salió de su celdita para ver

pasar el acompañamiento imperial; pero envió al príncipe uno de sus discípulos, encargado de decirle á solo él aquestas palabras : « La gloria que te rodea no durará mucho. » La prediccion fué veraz, mas el emperador Othon IV no debió sino á sí propio su decadencia. Todo se lo debió al papa Inocencio III. Definitivamente instalado en su solio, se creyó harto fuerte para luchar á brazo partido contra su protector. Se apoderó de los dominios de la Iglesia en Toscana, y entró por las tierras de Federico II, rey de Sicilia. Muy pronto conoció que Inocencio habia de recobrar lo que habia dado. El emperador ingrato fué excomulgado ; y la sentencia pontifical le declaraba privado del trono, y absolvia á sus súbditos del juramento de fidelidad. Al mismo tiempo, por gestiones del papa, el jóven Federico II, rey de Sicilia, fué promovido á la dignidad imperial en la dieta de Nuremberg. El ex-pupilo de la Santa Sede, por las circunstancias maravillosas de su elevacion y en la caida inesperada de su antecesor, hubiera debido conocer que no se ultraja impunemente á la Iglesia de Dios. Othon, depuesto, quiso apelar á las armas, pero la justicia de Dios le esperaba en Bouvines.

13. Este sitio tenia que ser fatal tambien á Juan Sin-Tierra. Príncipe disimulado y cruel, carácter suspicaz y traidor, orgulloso por su buena suerte, bajo en la adversidad, infiel con sus amigos, cobarde con sus enemigos, Juan Sin-Tierra subió al trono por un asesinato. El derecho de representacion, seguido en los estados feudales, llamaba á la corona de Inglaterra, despues de muerto Ricardo Corazon de Leon, al jóven Arturo, príncipe de Bretaña. Juan Sin-Tierra, á quien nada costaban los crímenes, se desembarazó, en 1203, de su rival haciéndole asesinar. Felipe Augusto cita al asesino, en calidad de vasallo de la corona de Francia, al tribunal superior de París para dar cuenta de su conducta. Juan se niega á comparecer, es declarado reo de felonía, condenado á muerte y privado de sus feudos. Felipe Augusto se encargó de ejecutar por sí mismo la sentencia. En un año se apoderó de la Normandía, del Anjou, del Maine y del Poitou, reuniéndolos al dominio

real, y solo dejaba á los Ingleses la Guiena. Hubiera proseguido sus conquistas, y se prometia de ir á atacar á su vasallo traidor en el corazon mismo de Inglaterra, cuando Juan apeló al papa, y le suplicó mediase en su favor con su temible rival. Inocencio III, que se llamaba á sí mismo « el representante de » Jesucristo en la tierra, el conciliador supremo, » creyó deber interponer su autoridad para detener el derramamiento de sangre. En la célebre bula : *Novit ille,* dirigida á Felipe Augusto, en nombre de la jurisdiccion espiritual de que se halla revestido sobre los reyes y los pueblos, en nombre de la autoridad suprema que le da su mision divina, manda al rey de Francia cese toda hostilidad. Avoca la causa á su tribunal, reservando hasta la sentencia definitiva los derechos de ambas partes. Los escritores hostiles al pontificado han censurado enérgicamente la intervencion de Inocencio III en esta circunstancia, y buscan cómo hallar en el tenor de la bula misma razones para probar que los motivos en que se apoya el soberano pontífice para confirmar la jurisdiccion que se atribuye no están fundados ni en hecho ni en derecho. La respuesta mas perentoria es la que nos suministra la misma historia. Felipe Augusto se sometió y concluyó con el rey de Inglaterra una tregua de cinco años. Este príncipe [ni débil, ni ignorante, ni mucho menos fanático] debia de conocer el derecho público de la edad media mucho mas y mejor que los adversarios de Inocencio III.

14. Juan Sin-Tierra era indigno de la proteccion pontifical. Un año despues, renovando la querella de las investiduras y las crueldades de Enrique II, echaba de su silla al virtuoso cardenal Estéban Langton, arzobispo de Cantorbery. Con la misma mano que habia levantado al suplicante [cuando abatido], fulminó Inocencio III censuras rígidas contra el rebelde. Fué entredicho todo el reino de Inglaterra. Juan Sin-Tierra correspondió á este acto de vigor con infame burla y crueldad. El animoso Godofredo de Norwich, que habia promulgado la sentencia pontifical, fué metido en un calabozo; el tirano le hizo vestir de una capa de plomo y le dejó morir de hambre en

este suplicio. Algunos dias despues, en una cacería mayor, Juan Sin-Tierra, viendo abrir á un ciervo, dijo burlándose del entredicho del reino : « Este animal estaba muy sano, y con todo » no oia la misa. » Furioso contra el papa y príncipes cristianos, fué á buscar un aliado en los reyes moros de España, con cuyo objeto envió diputados al emir Al Mumenin, Mohammed-Ben-Nasser, prometiendo reconocerle soberano si le ayudaba en su contienda con el papa. Cuando se presentaron á él los diputados ingleses, el emir cerró un libro en que estaba leyendo : « Yo leia, les dijo, una obra griega de un sabio cristiano, llamado Pablo, cuyas acciones y palabras me complacen sobre » manera : la sola falta que le pongo es haber abandonado la » religion en que habia nacido. Otro tanto digo del rey de » Inglaterra, el cual por inconstancia quiere dejar la ley cris- » tiana, tan santa y tan pura. Sabe Dios que si no tuviera aun » religion, escogiera de preferencia la católica. Vuestro amo » es un miserable, un cobarde; por lo tanto indigno de mi » alianza. » Inocencio III, viendo la pertinacia de Juan Sin-Tierra, le excomulgó por fin nominativamente, le declaró privado del trono, y absolvió á todos sus súbditos del juramento de fidelidad. El papa dió al mismo tiempo la corona de Inglaterra á Felipe Augusto, y encargó á este príncipe ejecutase la sentencia. El rey de Francia aceptó, y reunió inmediatamente una armada de mil setecientas velas en la embocadura del Sena, proponiéndose resucitar el espíritu de Guillermo el Conquistador. Pero el cobarde Juan Sin-Tierra, en vista de tan prodigioso armamento, se sometió. « De acuerdo con nuestros » barones, escribió al papa, de nuestro propio movimiento y » libertad, sin hallarnos violentados en manera alguna, pone- » mos nuestra persona y nuestros Estados, nuestros reinos de » Inglaterra é Irlanda en manos del soberano pontífice y de » sus sucesores católicos, á fin de recibirlos de nuevo de sus » manos en calidad de vasallo de Dios y de la Iglesia romana. » La satisfaccion era completa : Inocencio III la acogió, y no pasó adelante la empresa del rey de Francia. Pero Juan Sin-Tierra, humillado, furioso, revolvió toda su venganza contra Felipe

Augusto, y le suscitó enemigos en todos los reinos de Europa. El ex-emperador Othon IV, los duques de Sajonia, Lorena y Brabante, los condes de Holanda y Limburgo, al frente de un ejército de sesenta mil combatientes, entraron en Francia por Tournay. Felipe solo tenia cincuenta y cinco mil hombres que oponerles; pero eran de lo mas escogido de la nobleza francesa, mandada por jefes tales como el duque de Borgoña, el conde de San Pablo, Mateo de Montmorency, el valiente caballero del Hopital, el freire Guerin, nombrado obispo de Senlis, que asistió á la batalla sin espada ni lanza, pero cuyos consejos valian un ejército. La victoria de Bouvines correspondió á su valor. Felipe Augusto, mas poderoso que nunca, fué objeto de admiracion universal. Othon IV fué á morir sin gloria á su ducado de Brunswick. Juan Sin-Tierra volvió á sus Estados, haciéndose aborrecer de sus barones, los cuales en 1215 le forzaron á firmar la *Carta Magna,* orígen y base de las libertades inglesas. El rey perjuro no tardó en quebrantar sus juramentos. Los barones se rebelaron de nuevo y defirieron la corona á Luis de Francia, hijo de Felipe Augusto. Juan Sin-Tierra murió digno de su apellido, año de 1216, en el momento mismo en que el príncipe francés tomaba posesion de Londres.

15. Desde el principio mismo de su pontificado, habia preocupado constantemente el ánimo de Inocencio III el pensamiento de una nueva cruzada: queria reconquistar la Palestina, arrancada á los Latinos por las armas de Saladino. Foulques, cura de Neuilly en el Marne, fué el predicador de la cuarta cruzada, y no le faltó el celo y elocuencia del ermitaño Pedro. Los principales jefes de ella fueron Balduino IX, conde de Flandes, Gauthier y Juan de Briena, Mateo de Montmorency, Simon de Monfort, cuyo nombre habia de ser tan célebre, y Jofredo de Villehardouin, mariscal de Champaña, escritor gracioso de esta expedicion; y en fin Bonifacio II, marqués de Monferrat, que fué proclamado generalísimo. Emprendida con el mayor ardor, esta expedicion no tardó en separarse de su verdadero objeto por motivos extraños á él. Los Venecianos, que habian de suministrar buques para el ejército, exigieron

como condicion preliminar que les ayudase á reconquistar la ciudad de Zara en Dalmacia, usurpada por los Húngaros. Estaba ya la flota en esta ciudad cuando ocurrió un incidente muy notable. El anciano Isaac Angelo, emperador de Constantinopla, acababa de ser destronado por su hermano Alejo Angelo, que le habia hecho sacar los ojos y encerrado en un calabozo. El hijo de Isaac Angelo se fué inmediatamente al encuentro de los caballeros latinos, y les suplicó vengasen este atentado; y les prometia en su nombre ayudarles en la expedicion : se comprometia además á hacer cesar el cisma de Oriente y á reunir la Iglesia griega á la romana. A pesar de la expresa prohibicion de Inocencio III, que les echaba en cara « mirar atrás como la mujer de Loth, » los cruzados acogieron con entusiasmo los ofrecimientos del príncipe griego. Se resolvió la expedicion contra Constantinopla, y el dogo Dandolo, anciano ciego, ochenton, pero que no tenia de la vejez sino las virtudes y experiencia, recibió el mando de la flota. Muy pronto se presentaron los cruzados delante de Bizancio. Esta ciudad contaba entonces mas de un millon de habitantes, y encerraba en su recinto toda la potencia, riqueza y existencia política del imperio griego. La defendian ciento cincuenta mil guerreros, mas su resistencia fué inútil ante la armada latina. El usurpador Alejo Angelo se fugó, abandonando su capital, familia y soldados, para irse á esconder en los montes de Tracia los tesoros del palacio imperial que se llevó consigo. Los cruzados entraron en Constantinopla el 18 de julio de 1203, despues de solos seis dias de sitio. El viejo emperador Isaac Angelo fué sacado de su calabozo, muy ignorante de lo que pasaba. Creia el infeliz que le iban á llevar al suplicio, cuando precisamente le llevaban triunfalmente á su palacio. Allí recibió á Mateo de Montmorency y á Villehardouin, quienes le dijeron de parte de los cruzados : « Nosotros hemos cumplido con nuestras » promesas; á vos toca cumplir con las que se nos han hecho » en vuestro nombre. Vos debeis poner la Iglesia de Oriente » bajo la obediencia de la Santa Sede; teneis que pagarnos » doscientos mil marcos de plata, suministrar víveres á nuestro

» ejército durante un año, y enviar diez mil guerreros à » Palestina. »

16. Isaac lo juró todo. Pero semejantes promesas eran mas fáciles de hacer que de cumplir, porque el odio de los Griegos contra los Latinos era recíproco. Los Bizantinos miraban á los cruzados como Bárbaros; y los cruzados consideraban á los Griegos como intrigantes, traidores y herejes. Sin embargo fué proclamada la reunion de ambas Iglesias en Santa Sofía. El patriarca de Constantinopla, en presencia de los caballeros de Occidente y del pueblo de Bizancio, declaró que reconocia « á Inocencio, tercero de este nombre, por sucesor de san Pedro » y vicario de Cristo en la tierra. » Los Griegos acogieron esta profesion con murmullos de desaprobacion. Colocados entre los libertadores, que exigian la plena observancia de los tratados, y el pueblo de Constantinopla, que les echaba en cara que arruinaban el Estado en provecho de los extranjeros, Isaac Angelo y su hijo Alejo permanecian en la inaccion, descontentando á todos. Un traidor, Ducas *Murzuflo*, se aprovechó de esta circunstancia, sublevó la poblacion de Constantinopla y se hizo proclamar emperador en 1204. Isaac Angelo murió de dolor al saber que su hijo acababa de ser degollado por órden del usurpador. Una revolucion tan repentina é inesperada excitó el horror é indignacion de los cruzados. Los Francos, fieles á sus soberanos, decian hablando de Murzuflo : « El que ha » cometido tal atentado no tiene derecho de tierra ni señorío! » Para vengar en los pérfidos Griegos el honor y la dignidad imperial, fué resuelta la toma de Constantinopla. El 9 de abril de 1204, Bizancio y todos sus tesoros cayeron en poder de los soldados de la cruz [1]. El usurpador, detenido en su fuga, fué

Las santas reliquias fueron las riquezas mas codiciadas de los cruzados. Martin Litz, sacerdote aleman, tuvo un pedazo de la vera Cruz, los huesos de san Juan Bautista, un brazo de Santiago. Otro sacerdote, llamado Galon de Dampierre, del obispado de Langres, rogó se le permitiera llevar á su país la cabeza de san Mamas : otro sacerdote, de la Picardía, habiendo hallado la cabeza de san Jorge y la de san Juan Bautista escondidas entre ruinas, se apresuró á dejar á Constantinopla, y cargado con tan precioso botin, vino á ofrecer á la catedral de Amiens as reliquias de que la Providencia le habia hecho poseedor. Dandolo recibió el

precipitado desde lo alto de la columna de Teodosio. Seis nobles Venecianos, seis electores Francos, los obispos de Soïssons, Troyes, Halberstadt, Belen, Ptolemáida y el abad Thierry de Loos fueron encargados de nombrar monarca á la nueva conquista. Los votos se fijaron en el conde de Flandes, que fué consagrado solemnemente en Santa Sofía el 23 de mayo de 1204, é inauguró el imperio latino de Constantinopla bajo el nombre de Balduino I. Fué erigido un reino de Tesalónica ó Macedonia en favor de Bonifacio, marqués de Monferrat : se aplicó á las provincias conquistadas el régimen feudal, y se proclamó definitivamente la reunion de la Iglesia griega y latina. Entretanto se fundaban dos simulacros de imperio griego : el primero en Nicea, bajo Teodoro Lascaris ; el segundo en Trebizonda, bajo David Comneno : mas daban poco cuidado estos principados á los cruzados triunfantes. Inocencio III lloraba amargamente quedase olvidada la Tierra Santa por conquistas ajenas del verdadero objeto de la expedicion. Sin embargo, despues de la toma de Constantinopla no pensó sino en asegurar mas y mas la autoridad de la Santa Sde en Oriente. Por desgracia el imperio latino de Constantinopla, único fruto de la cuarta cruzada, solo subsistió medio siglo ; pasado el cual, volvió á sumirse en el cisma el Oriente.

17. El papa no habia podido enviar á los caballeros de Occidente á combatir á los Sarracenos de la Palestina, pero logró formar una liga poderosa contra los Moros de España. A instancias de Alonso IX de Castilla, interpuso Inocencio su autoridad para conciliarle los ánimos de Pedro II, rey de Aragon, y Sancho, rey de Navarra, para que reuniendo toda España sus esfuerzos, pudiesen contener á las temibles cuanto insultantes fuerzas de Mohammed, que, meditando un gran golpe para conquistar toda España, tenia reunidos en los dominios árabes

trozo de la vera Cruz que el emperador Constantino acostumbraba á llevar en la guerra, é hizo presente de esta reliquia á la república de Venecia. Balduino guardó para él la santa corona de espinas, con otras muchas preciosas reliquias. Envió á Felipe Augusto un trozo de la vera Cruz que tenia un pié de largo, los cabellos del niño Jesús, y el pañal en que fué envuelto el Hombre-Dios al nacer, en el Portal de Belen.

de España mas de doscientos cincuenta mil combatientes africanos. El 15 de julio de 1212 aconteció la famosa batalla de las Navas de Tolosa, cuya victoria fué decisiva, respecto del ascendiente progresivo que desde entonces tomaron los cristianos sobre los Moros y decadencia progresiva de estos, pues que ya no volvieron á levantar cabeza y se contentaron con la defensiva de entonces en adelante.

18. En tanto que los ejércitos católicos combatian á los enemigos de la fe en las fronteras de la Europa, en el seno mismo de la Francia se preparaba otra cruzada contra enemigos mas peligrosos para la Iglesia católica, los cuales querian arruinar á la vez todas las creencias, todos los principios religiosos, morales y sociales. Los Albigenses, mezcla monstruosa de las sectas condenadas tantas veces bajo los nombres de Cátharos, Patarinos, Valdenses, Pobres de Lyon, etc., se habian mantenido en el Languedoc á pesar de las censuras de la Iglesia, y del horror que inspiraban sus desórdenes á toda gente honrada. Se han hallado en nuestros dias historiadores que han querido rehabilitar á los Albigenses y hacerlos pasar por mártires de la libertad de conciencia y de independencia religiosa. Lo cierto es que estos sectarios no tenian otro principio que el de la negacion de toda autoridad, jerarquía, moralidad obligatoria; y que eran verdaderos precursores de los diversos sistemas socialistas que se han manifestado en las épocas sucesivas de la historia. Los Albigenses recorrian las ciudades y aldeas, robando iglesias, quemando sacerdotes, asolando monasterios, ultrajando y profanando todas las cosas santas. Este ejército devastador hubiera desaparecido prontamente ante la indignacion pública promovida por tantas atrocidades, si no hubiese hallado un jefe poderoso, un celoso protector en Ramon, conde de Tolosa. Este príncipe, por cálculo muy fácil de entender, creyó engrandecer su potencia con todo lo que se quitara al poder espiritual, aumentando sus rentas y dominios con los bienes y derechos de que se despojaba á la Iglesia. Fueron exactamente los mismos motivos que movieron en el siglo XVI á los príncipes alemanes á abrazar el protestantismo. Pero Ramon VI tenia que ser víctima de esta

pérfida política. La trascendencia de este movimiento revolucionario no podia ocultarse á la sagacidad de Inocencio III; y entró decididamente en la lucha para cortar la cabeza de la hidra. Quiso desde luego usar del apostolado, convidando con la misericordia antes de emplear la justicia. Nombró á Pedro de Castelnau su legado en el Languedoc y le dió misioneros Cistercienses. El obispo de Osma, Diego, acompañado de un canónigo regular de su iglesia, cuyo nombre habia de ser tan ilustre, Domingo de Guzman, quiso compartir voluntariamente los trabajos de esta mision. Los hombres de Dios recorrieron descalzos las principales ciudades del Languedoc, predicando la fe católica, y haciendo respetar su doctrina con virtudes ejemplares [y milagros]. Las conversiones obradas por su celo atrajeron sobre ellos la venganza de los principales sectarios. Pedro de Castelnau habia dicho ya muchas veces: « La causa » de Cristo no reflorecerá en estas comarcas hasta que uno de los » misioneros haya derramado su sangre por la fe. Ojalá fuera » yo la primera víctima! » Este deseo heróico fué muy pronto satisfecho. El 5 de enero de 1208, dos oficiales de Ramon de Tolosa alcanzan al legado en las orillas del Ródano, y uno de ellos le hiere mortalmente con su lanza; el santo mártir sucumbió, exclamando muchas veces: « Señor, perdonadle como yo » le perdono! » La noticia de este atentado produjo en toda Francia la mas profunda impresion, y la opinion pública acusaba abiertamente al conde de Tolosa, Ramon VI, como autor de este crímen. Si es verdad que no fué jurídicamente convencido de ser reo, fué, segun expresion de Inocencio III, « *valde* » *suspectus,* muy sospechoso, » porque acogió en su corte á los asesinos del mártir. El papa escribió entonces una carta enérgica « á los nobles, condes, barones, señores y caballeros de » las provincias de Tolosa, Narbona, Arles, Embrun, Aix y » Viena. » Declaró excomulgado á Ramon VI, y á sus vasallos absueltos del juramento de obediencia; su persona y tierras proscritas. Intimaba á todos los fieles tomasen las armas contra el enemigo de la Iglesia, y otorgaba para esta expedicion las mismas indulgencias que para las demás cruzadas. La

Francia católica correspondió al llamamiento enviando cuarenta mil hombres para combatir al tirano. No habia pues Sarracenos solamente en Jerusalen y en España, sino que ocupaban el mas rico territorio de Francia, bajo de un príncipe que era tan cruel y tan sensual como los emires de Oriente. El mando general de la cruzada contra los Albigenses fué dado á Simon de Montfort, tan hábil y valiente soldado como capitan y uno de los mas hermosos tipos de la caballería de aquel tiempo. Simon de Montfort descendia de la casa de Hainaut; se habia casado con Alice de Montmorency, mujer tan heróica como su nombre. Simon unia al valor de Ricardo Corazon de Leon la piedad de un monje. La toma de Bezieres y Carcasona dió muestras de su valor. Los condados, tomados y recobrados de los herejes, fueron dados al jefe de la cruzada. Toda la campaña, desde 1209 á 1213, fué una serie de ataques de ciudades y fortalezas, y el estandarte de la cruz fué llevado triunfalmente por todo el Languedoc. Vencido por todas partes Ramon, llamó á su socorro á Pedro II, rey de Aragon, su cuñado. Cien mil hombres presentaron batalla á Simon de Montfort. Fué el sublime momento de la vida del héroe cristiano. Solo tenia veinticinco mil soldados, mas Dios peleaba con él. En la madrugada del dia del combate puso su espada en el altar: « Señor, » dijo, quiero recibir hoy de Vos mismo mis armas, pues que » por Vos voy á pelear. » La victoria de Muret, año 1213, recompensó tanta fe. El rey de Aragon cayó muerto en la refriega: su ejército huyó, y la causa del conde de Tolosa estaba perdida sin remedio. Los Albigenses lucharon todavía algun tiempo, hasta quedar enteramente extirpados en el reinado de san Luis.

19. Simon de Montfort fué el héroe de la conquista: santo Domingo fué el héroe de la conversion. Dios le habia escogido para ser padre de una generacion de santos. Sus armas contra los Albigenses fueron una inmensa caridad, una elocuencia persuasiva y fervorosas oraciones. Lleno de devocion á la santísima Vírgen y Madre de Dios, que ha vencido todas las herejías del mundo: « *Sola cunctas hæreses interemisti in universo*

mundo, recurrió á ella para lograr el buen éxito de su mision contra tan obstinados herejes. Su confianza en María se manifestó en la institucion del Rosario, humilde y piadosa oracion que tantas gracias y bendiciones ha derramado en el mundo. Las continuas luchas con los Albigenses hicieron entender á santo Domingo la necesidad de un apostolado permanente en el seno de la Iglesia. Realizó este pensamiento fundando una nueva órden religiosa, dedicada exclusivamente á la predicacion. Los frailes predicadores, ó Dominicos, fueron pues establecidos bajo la regla de san Agustin, con modificaciones particulares, necesarias á su vocacion especial. Las órdenes militares defendian la Iglesia con la espada, los frailes predicadores la defendieron con la palabra. La experiencia ha hecho ver la sabiduría de su fundador. La mayor parte de las órdenes regulares han padecido con el tiempo reformas que las han dividido en diversos ramos : la de los Dominicos ha atravesado, única y sola, las vicisitudes de seis siglos de existencia. Ha producido inmensas ramas en todo el universo, sin que ni una sola se haya separado del tronco que la habia producido.

20. Otra columna de la Iglesia se levantaba entonces en Italia. Un jóven de la ciudad de Asis, educado en la opulencia, oyó cierto dia estas palabras : « No lleveis oro ni plata ni moneda alguna en vuestro bolsillo. » Fué para él como un aparecimiento de la rica y noble pobreza evangélica. « Hé aquí lo » que yo busco, exclamó; hé aquí lo que desea con ansia mi » corazon; » y al mismo instante san Francisco de Asis, porque era él, arrojó su bolsillo y su baston; dejó sus sandalias; tomó una túnica grosera, se ciñó con una cuerda, y se puso á predicar penitencia á sus conciudadanos [1]. Así se fundó en 1208 el órden de *Frailes Menores*. Los discípulos de san Francisco, abrazando la pobreza del Evangelio, respondian noblemente á las declamaciones de los Valdenses contra el lujo de las iglesias. Llamado á vivir con el pueblo, á contentarse con limosnas,

(1) La vida de san Francisco de Asis, y la historia de sus llagas de la Pasion, han sido escritas con tanta elegancia como erudicion por el abate Chavin de Malan.

á sobrellevar las mas duras fatigas, su mision era reconciliar al pueblo con la fe, darle ejemplos de paciencia cristiana, de celo y abnegacion. La regla que les dió san Francisco puede llamarse la Carta magna de la pobreza. Inocencio III aprobó el nuevo instituto : « Este pobre, dice hablando del santo fundador, es la columna destinada á sostener la Iglesia. » Lo que san Francisco habia hecho para los hombres, santa Clara lo hizo para las mujeres, en la órden que instituyó en 1212 con el nombre de *Pobres Claras*, y recibió una regla de manos de san Francisco. Se habia propagado maravillosamente tal amor de pobreza evangélica, que todos los fieles querian participar de las gracias y favores de esta perfecta renuncia. Para corresponder á esta necesidad unánime, san Francisco se vió obligado á instituir en favor de las personas del mundo una órden tercera, á la que prescribió ciertas reglas de mortificacion y penitencia que introducian en la vida secular cierta regularidad de la vida del claustro. ¡ Venturosa edad de la Iglesia en que no era el espíritu del mundo el que penetraba en los monasterios, sino que la austeridad de los monasterios era quien penetraba en el seno del mundo para fructificar en él salvacion y santidad. Las dos órdenes de santo Domingo y san Francisco formaron, con los Carmelitas y Agustinos, las *cuatro órdenes mendicantes*. La Francia, desheredada de sus virtudes desde cerca de un siglo, las ve reflorecer en su seno. Apenas aparecieron estas órdenes en el mundo, fueron acogidas con religioso entusiasmo, y el duodécimo concilio general, cuarto de Letran, iba á darles solemne consagracion.

21. Inocencio III quiso coronar los actos gloriosos de su pontificado con la reunion de los prelados y cabezas de la Iglesia católica en el palacio de Letran. El Oriente y Occidente, representados por cuatrocientos doce obispos, todos los patriarcas en persona, ó sus legados; los principales superiores de órden, muchedumbre de abades y priores; y en fin, diputados de una infinidad de colegiatas y capítulos; los embajadores de los emperadores de Alemania y Constantinopla, los de todos los soberanos de la cristiandad : en una palabra, todo cuanto

contaba el mundo cristiano de mas ilustre y sabio se halló reunido bajo la presidencia del inmortal pontífice. Las cuestiones dogmáticas, discutidas y decididas, fueron las verdades atacadas por los Albigenses, Cátharos, Valdenses, Patarinos, etc.; se renovaron las sentencias y censuras fulminadas contra ellos. Ramon VI, conde de Tolosa, acompañado de su hijo, hizo sumision en manos de Inocencio III, que lo acogió con bondad y mandó se le devolviesen sus Estados. La política de este gran papa fué aprobada y confirmada en todos sus puntos. Hasta entonces la Iglesia romana habia negado á la villa de Constantinopla el título de patriarcado, á pesar de las reiteradas instancias de los emperadores griegos y las pretensiones ambiciosas de los titulares. La fundacion del nuevo imperio latino en Bizancio, y la reunion del Oriente á la Iglesia romana cambió este órden de cosas. Inocencio III dió á los obispos de Constantinopla el segundo rango inmediatamente despues del patriarca de Antioquía. La obra mas noble del concilio de Letran es la parte disciplinar, que abraza en un conjunto completo de reglamentos todas las necesidades de la Iglesia. Recibieron nueva consagracion las bases de la gran reforma de san Gregorio VII, y puede decirse que el genio de este gran papa inspiró por voz de Inocencio III á toda esta augusta asamblea. Los desórdenes de los clérigos fueron reprobados solemnemente por un cánon especial que estableció el celibato eclesiástico como salvaguardia y columna de la fe, de la moral, del celo. Fueron condenadas severamente las elecciones simoníacas y los abusos que aun subsistian en los tribunales eclesiásticos; precaviendo su renovacion con reglamentos sabios. — Los Padres del concilio de Letran promulgaron un decreto importante sobre la confesion y comunion pascual. Hasta esta época el fervor de los fieles que les dictaba espontáneamente la frecuencia de sacramentos, no habia hecho necesaria una ley especial. Los cristianos de los primeros siglos participaban de los sagrados misterios cuantas veces asistian. Poco á poco se introdujo la relajacion en las costumbres, y muchos cristianos indignos de este nombre dejaban pasar mucho tiempo sin acu-

dir á los espirituales remedios; á la gracia divina que se nos comunica en los sacramentos. Este fué el motivo por el cual determinó el concilio Lateranense aquel cánon célebre por el cual, bajo pena de excomunion, se manda á todos los fieles de ambos sexos reciban el sacramento de la penitencia y de la comunion al menos una vez al año, por Pascua. Algunos herejes han querido probar que por esta ordenanza el concilio habia introducido nueva costumbre, y que no existia la obligacion de comulgar hasta el siglo XIII. Este error se ha repetido por los filósofos de nuestras dias : cosa tan crasa y mal urdida que no merece refutacion. — Para perpetuar y propagar la disciplina rígida que acababan de decretar los Padres, determinaron que cada un año se celebrasen concilios provinciales. Pensaban, y con razon, que los errores y abusos no pueden ocultarse á la vigilancia de los obispos reunidos frecuentemente en santas asambleas é inspirados por el Espíritu Santo segun la promesa de Cristo : « Cuantas veces os reuniereis en nombre mio, » estaré en medio de vosotros. » Como corolario de los concilios provinciales, los Padres de Letran ordenaron la reunion trienal de los capítulos generales en las órdenes y cabildos, para que todos los miembros de la Iglesia pudiesen aprovecharse de las espirituales ventajas de reforma interior y de uniformidad de disciplina. Por último, se fijó al cuarto grado de parentesco el impedimento del matrimonio, y así se halló acabada la legislacion canónica de este concilio, celebrado en 1215.

22. El papa habia dirigido los trabajos del concilio con tanta actividad y vigor, que se diria habia presentido la cercanía de su fin. Poco sobrevivió á este acto de un pontificado tan fecundo en grandes cosas. La Europa entera estaba sometida á su obediencia : habia dado el título de rey al jefe de los Búlgaros, Primislao, príncipe de Bohemia; á Pedro de Aragon, que vino á hacerle homenaje de sus Estados y quiso ser coronado de sus manos. Jamás habia dominado el pontificado con tanto esplendor en la Europa y el mundo todo. La muerte de Inocencio, acaecida el 16 de julio de 1216, fué un duelo universal. Su pontificado es una de las principales fases de los tiempos moder-

nos : supo apropiarse el pensamiento de san Gregorio VII y darle inagnífico desarrollo : hallando nosotros á tres siglos de distancia los mismos principios que habian servido de base á Gregorio VII y á Silvestre II. Esta unidad maravillosa imprime en el pontificado un carácter de grandeza á que no ha podido llegar ninguna institucion humana. La forma de los gobiernos pasa con los hombres : el pensamiento inmutable de Dios queda solo de pié, y su reflejo ilumina al poder pontifical, despues de diez y ocho siglos. El modo de juzgar la historia de los papas es mostrar la sucesion admirable en los hombres, en los hechos y en los principios. Cuanto mas grande es un papa por su carácter, tanto mas ha sabido continuar la obra de sus antecesores; y en esta regla se cifra la verdadera gloria de Inocencio III. Desarrollar en el seno de la Iglesia el espíritu de fe y de piedad por la disciplina y leyes conónicas ; hacer indepediente la potencia espiritual de los lazos y trabas del poder temporal ; llevar, por medio de las cruzadas , la civilizacion cristiana al Oriente : hé aquí el triple pensamiento que dirigió constantemente sus actos, y que le ha dado tanta gloria.

CAPITULO IX.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE HONORIO III (18 de julio de 1216-18 de marzo de 1227).

1. Estado del Oriente al advenimiento de Honorio III. — 2. Quinta cruzada. — 3. Honorio III se declara protector de Enrique II, rey de Inglaterra. — 4. Continuacion de la cruzada contra los Albigenses por Luis de Francia, hijo de Felipe Augusto. — 5. Inquisicion. — 6. Muerte de Felipe Augusto. Luis VIII, su hijo, prosigue la guerra contra los Albigenses. San Luis. — 7. Fin de la guerra contra los Albigenses. — 8. Muerte de Honorio III. Santos de esta época.

§ II. PONTIFICADO DE GREGORIO IX (18 de marzo de 1227-21 de agosto de 1241).

9. Federico II, emperador de Alemania. — 10. Sexta cruzada. — 11. Gregorio IX declara á Federico privado del trono. El emperador se somete y hace paces con el pontífice. — 12. Diversos trabajos del pontificado de Gregorio IX. — 13. Nuevas hostilidades contra la Santa Sede por Federico II. Gregorio IX le excomulga segunda vez. Muerte de este papa.

§ III. PONTIFICADO DE CELESTINO IV (octubre de 1241-noviembre 1241).

14. Eleccion y muerte de Celestino IV.

§ IV. PONTIFICADO DE INOCENCIO IV (24 de junio de 1243-7 de diciembre de 1254).

15. Primeras relaciones de Inocencio IV y Federico II. El papa, amenazado en su libertad, se refugia en Lyon. — 16. Décimotercero concilio general, primero de Lyon. — 17. Gengiskan. Oktai. — 18. Circunstancias que determinaron la séptima cruzada, y su mal resultado. — 19. Pastoureaux. — 20. Diversos trabajos del pontificado de Inocencio IV. Muerte de este papa. — 21. Santos de su época.

§ V. PONTIFICADO DE ALEJANDRO IV (25 de diciembre de 1254-25 de mayo de 1261).

22. Lucha entre Alejandro IV y Manfredo, regente, y luego rey de Sicilia. — 23. Rebelion en Roma. Alejandro IV se refugia á Viterbo. — 24. Carta constitucional de la Prusia, promulgada por Jaime Pantaleon, legado apostólico. — 25. Inquisicion en Francia. — 26. Lucha de la Universidad de París contra los Dominicos y Franciscanos. — 27. Rogerio Bacon, Alejandro de Hales, Juan Duns Escoto, san Buenaventura, Vicente Belovacense. Alberto Magno. Santo Tomás de Aquino. — 28. Muerte de Alejandro IV.

§ VI. PONTIFICADO DE URBANO IV (29 de agosto de 1261-2 de octubre de 1264).

29. Carta de Urbano IV á Jaime II, rey de Aragon. — 30. El papa ofrece el trono de Sicilia á Carlos de Anjou. — 31. Institucion de la fiesta del Santísimo Sacramento. Muerte de Urbano IV.

§ I. PONTIFICADO DE HONORIO III (18 de julio de 1216-18 de marzo de 1227).

1°. El pontificado supremo habia llegado á ser como centro del universo : y si era la mas alta dignidad, era tambien de la

mas temible responsabilidad. El cardenal Cencio Savelli, elegido papa bajo el nombre de Honorio III, dos dias despues de la muerte de Inocencio, se mostró digno de tal herencia, y se esmeró en seguir las huellas de su augusto antecesor. A su voz la Europa se levantó de nuevo para la quinta cruzada. El jóven Federico II habia ido, en 1221, á Roma para recibir de manos de Honorio III la corona imperial. Prometió en el juramento de la consagracion tomar la cruz y volar al socorro de la Palestina; mas olvidó muy pronto su promesa. El pupilo de la Iglesia romana pensaba ya desde entonces volver contra su madre adoptiva el poder que de ella habia recibido. El imperio latino de Constantinopla no podia prestar socorro alguno á la expedicion de la Palestina; porque los caballeros de Occidente, que lo habian fundado, estaban sobrado ocupados en mantenerlo contra la perfidia de los Griegos, y contra las invasiones de Joanice, rey de los Búlgaros. Balduino I, preso por este bárbaro, habia renovado la heróica castidad de Joseph, y habia muerto con horrorosos suplicios. Le sucedió su hermano Enrique de Hainaut, que murió envenenado en 1216. Fué ofrecida la corona imperial á Pedro de Courtenay, conde de Auxerre, casado con la princesa Violante, hermana de Enrique de Hainaut. Este príncipe, por sus parentescos y alianzas, era uno de los mas poderosos señores de la cristiandad. Era primo hermano de Felipe Augusto, rey de Francia; é hijo de Pedro, hijo de Ludovico el Craso. Habia casado á su hija, llamada Violante como su madre, con Andrés, rey de Hungría. Pedro de Courtenay se hizo consagrar en Roma por Honorio III el 9 de abril de 1217, y salió, acompañado del legado apostólico Juan de Colonna, á tomar posesion de su nuevo imperio. Al pasar los montes de Albania fué hecho prisionero por las tropas de Teodoro, *déspota* de Epiro, y murió en cadenas. Roberto de Courtenay, su hermano, le fué dado por sucesor, y se hizo coronar en Santa Sofía el 25 de marzo de 1221. En medio de tantas vicisitudes, y hecho continuamente blanco de los ataques de Teodoro Lascaris y de David Comneno, los dos emperadores griegos de Nicea y Trebisonda, Roberto de Courtenay no

podia alejar sus fuerzas para una expedicion en Palestina. Constantinopla habia sido tomada un siglo mas tarde de lo que debiera haber sido tomada. Si los soldados de Godofredo de Bouillon, en 1097, hubieran seguido el consejo de Jofredo, obispo de Langres, hubieran asegurado definitivamente el buen éxito de las cruzadas.

2. Predicando la quinta expedicion de este género, Honorio III no tenia en mano tantos elementos de éxito como antes. Federico II, á pesar de su juramento, renovado en manos del papa en Ferentino, año de 1222, pensaba, mas bien que en la cruzada, en la realizacion de una monarquía universal, proyecto muy arraigado en los ánimos de la familia de Hohenstaufen. Felipe Augusto era ya soldado anciano para exponerse á los azares de una lejana guerra. Enrique III, que acababa de suceder á Juan Sin-Tierra en el trono de Inglaterra, solo tenia doce años, y le era necesario defender á su reino contra las pretensiones hostiles de la Francia. La España tenia su cruzada permanente, y aun llamaba á los caballeros del norte de Europa para que le ayudasen á reconquistar Alcazar (año 1217). Los nuevos cristianos de Prusia y de la Livonia harto tenian que hacer para tener á raya á los paganos, que les atacaban y perseguian. Estas cruzadas parciales de Europa, en España contra los Moros, en Francia contra los Albigenses, y en el Septentrion contra los paganos, y además las luchas intestinas entre los mismos príncipes cristianos, impidieron al Occidente tomase en la quinta cruzada una parte tan activa como en las anteriores. Andrés de Hungría fué el solo rey que respondió al llamamiento del papa. La cruzada fué predicada en la Dalmacia, Croacia, Bosnia y Galitcia, provincias nuevas en el cristianismo. Gentes numerosas, errantes por los bosques, oyeron los llantos de Sion y juraron combatir á los infieles. Los guerreros semi-bárbaros de la Hungría, que medio siglo antes habian sido terror de los compañeros de Pedro el Ermitaño, se apresuraban á tomar la cruz y siguieron á su monarca á la Tierra Santa. Acompañado de los duques de Baviera y de Austria, Andrés fué á embarcarse en Espalatro, donde le aguardaban ba-

jeles de Venecia, Zara, Ancona y otras ciudades del Adriático. Hugo de Lusignan, rey de Chipre, se le reunió con sus tropas, y ambos se juntaron con Juan de Brienne rey de Jerusalen (1), delante de San Juan de Acre ó Ptolemáida, sitiada entonces por los caballeros latinos que quedaron en Palestina despues de la cuarta cruzada. Pero despues de haber dado á los cristianos de Oriente esperanza fundada de salvacion, Andrés dejó inopinada y súbitamente á sus compañeros por tener que volver á su reino, en donde se le sublevaron los magnates: por otra parte, Hugo murió repentinamente. Sin embargo no se desanimó Juan de Brienne, sino que concibió el atrevido proyecto de mudar el centro de la guerra, yendo á atacar al sultan de Egipto, Sapheddin, en sus mismos Estados. Esta resolucion, de muy hábil política, podia cambiar la faz de la guerra y restablecer en el trono de Jerusalen á su rey nominal. Hacia entrar á las cruzadas en una nueva senda; y si hubiese salido bien, mucho tiempo há que el islamismo no existiera sino en la historia. Llenos de entusiasmo, los cristianos levantan el sitio de Ptolemáida, se embarcan para Egipto y desembarcan bajo los mismos muros de Damieta. Numerosos refuerzos les llegaron de Italia, Francia é Inglaterra bajo la direccion de los cardenales Roberto de Courson, y Pelagio, legado de Honorio III. Se tomó la ciudad despues de heróicos esfuerzos y diez y siete meses de resistencia. Pero los cristianos, al entrar en la ciudad, solo hallan míseros restos del hambre y la peste. En muy breve tiempo llegan, sin desenvainar la espada, al otro extremo del Delta: los Sarracenos, fortificados en la orilla opuesta del Nilo, temian con razon, á pesar de la habilidad y valor de su general Medelin Melek-el-Kamel, primogénito de Sapheddin. Sin la repugnancia de los cruzados á tratar de ajuste con los infieles, Juan de Briena hubiera podido lograr entonces la restitucion de Jerusalen. La época de la inundacion anual del Nilo sorprendió al ejército latino en imprudente

(1) Despues de la toma de Jerusalen, á Guido de Lusignan, le sucedieron, en 1194, Henrique II, conde de Champaña; en 1206, Amauri de Lusignan; y en fin Juan de Briena, en 1209.

inaccion. Abrumados á la vez por la inundacion y el hambre, los cristianos se vieron obligados á estipular paz con su enemigo. San Francisco de Asis habia venido á Egipto, esperando convertir con la persuasion á los que combatian los cruzados con las armas. El dia anterior á la última batalla, le habia dado á conocer la derrota de los cristianos una revelacion divina. Francisco comunicó dicha revelacion á los generales cristianos, que le escucharon con indiferencia. Descontento de los cruzados y devorado de celo por la casa de Dios, concibió el proyecto de hacer triunfar la fe con las solas armas del Evangelio. Se avanzó pues, solo, y entró en el campo del enemigo, y se dejó prender por los soldados sarracenos, que le condujeron inmediatamente al sultan. « Dios me dirige á vos, » le dijo el santo á este, para mostraros el camino de salva- » cion. » Despues de estas palabras, el santo exhortó á Melek-el-Kamel á abrazar el Evangelio. Desafió en su presencia á todos los doctores musulmanes, y propuso arrojarse en una hoguera encendida para confundir la impostura, y probar la verdad de la religion cristiana. El sultan, admirado de tanto celo y virtud, despidió cortesmente al fervoroso predicador, el cual no obtuvo lo que tanto deseaba : ó la conversion del sultan ó la palma del martirio. Melek-el-Kamel, triunfante cuando se creia perdido, se mostró generoso con los cristianos. Devolvió á los prisioneros, y el resto del ejército pudo regresar á la Palestina en el mismo año 1222. Juan de Briena regresó á Europa ; y casó á su hija Violante con el emperador Federico II, al cual cedió su título de rey de Jerusalen. Así acabó la quinta cruzada, dejando solamente tristes recuerdos á la Europa. Con todo el entusiasmo que impelia á los cristianos de Occidente hácia aquellas gloriosas expediciones, sobrevivió á la indiferencia de los príncipes y al relato de tantos descalabros. Los primeros años del siglo XIII vieron lo que aun no se habia visto en aquellos tiempos tan fecundos en prodigios y acontecimientos extraordinarios. Cincuenta mil muchachos, zagales de poca edad, de Francia y Alemania, se agavillaron en tropas, y recorrian las ciudades y campos cantando : « Señor

» Nuestro, divino Jesús, volvednos nuestra santa Cruz. » Cuando se les preguntaba á dónde iban ó qué querian hacer : « Vamos, respondian, á Jerusalen para libertar el sepulcro » del Salvador. » Gran parte de esta novel milicia atravesó los Alpes en 1212 para embarcarse en los puertos de Italia. ¡ Prueba sublime de su fe, pero que la Providencia no dispuso quedaran satisfechos ! Muchos se extraviaron en las selvas, y perecieron de hambre, sed ó cansancio. Entre los que se embarcaron, algunos hicieron naufragio, ó fueron entregados á los Sarracenos, á quienes iban á combatir. Otros fueron martirizados, y dieron á los infieles el espectáculo de la firmeza y valor que inspira la religion cristiana aun á los de tierna edad.

3. Entretanto, no habian cesado las hostilidades entre Francia é Inglaterra al advenimiento de Enrique II, rey niño, que el dia de su consagracion solo tenia por apoyo dos obispos y tres barones : el resto de los caballeros ingleses se unió al ejército de Luis de Francia, que de hecho se hallaba dueño de casi toda Inglaterra. Pero el huérfano real tenia un protector y un padre en la persona del soberano pontífice. La Iglesia, es verdad, habia excomulgado á su padre ; y habia fulminado sus rayos espirituales contra un reo. Pero el hijo de Juan Sin-Tierra era inocente ; y la Iglesia tomó en manos su causa y la hizo triunfar á los ojos de la Europa á pesar de sus enemigos. Nunca faltó el pontificado á tan noble mision. San Gregorio VII habia educado á Enrique IV ; Inocencio III habia sido el tutor de Federico II ; Honorio III, al subir á la silla de san Pedro, escribió lo siguiente á los barones ingleses : « La ley de Cristo » no permite que el hijo lleve la pena de las faltas de su padre. » Toda rebelion contra el huérfano seria traicion infame. La » religion, la conciencia y el honor os imponen el deber de » reconciliaros con el jóven rey : su edad es prueba con» cluyente de su inocencia. » Al propio tiempo envió embajadores á Luis de Francia, diciéndoles : « Intimadle, por auto» ridad de la Silla apostólica cese una guerra que no tiene ya » objeto plausible. El huérfano Enrique II es en adelante pu» pilo de la Santa Sede. Si Luis de Francia continúa atacán-

» dole, invocaremos contra él el cielo y la tierra. Dios, que es » sobre todos los reinos y que los da á quien le place, pelearia » en nuestro favor. » Felipe Augusto habia aprendido á no luchar contra un papa; inmediatamente llamó á su hijo, y se concluyó la paz entre ambos reinos, en 1218, bajo los auspicios del soberano pontífice.

4. El valor de Luis de Francia halló muy pronto un teatro digno de él. Honorio III le abrió un campo glorioso, incitándole á apagar los últimos restos de los Albigenses en el Languedoc. Ramon VI, despues de su sumision en el concilio de Letran, regresó á Tolosa. Podian ser rectas sus intenciones personales, pero nadie se constituye impunemente jefe de partido. El regreso del anciano conde habia despertado las esperanzas de los Albigenses; y se manifestó una reaccion formidable en el Languedoc contra Simon de Montfort, que en 1218 murió como héroe en el sitio de Tolosa. Honorio III concertó con Felipe Augusto medidas enérgicas para contener en fin una herejía que desde medio siglo hacia derramar torrentes de sangre cristiana. « La potencia secular, escribia el papa al rey » de Francia, está obligada á castigar á los rebeldes con las » armas temporales, cuando no bastan para contenerlos las » armas espirituales. Debeis á vuestra gloria y á vuestro título » de príncipe cristiano el librar á vuestro reino de esos enemi» gos obstinados de la fe. Contamos con vuestra piedad para » tan grande empresa. » Fué convenido espontáneamente entre Felipe Augusto y el soberano pontífice, que seria hecha con nuevo vigor la guerra contra los Albigenses, y que el príncipe Luis de Francia dirigiria en persona las operaciones. Santo Domingo quedó encargado de inquirir y buscar á los herejes, y denunciarlos al poder secular si se obstinaban en sus errores.

5. Esto no era sino dar forma estable á las doctrinas emitidas por Lucio III; era, en una palabra, constituir un tribunal de Inquisicion. Inocencio III ya habia dado una mision muy análoga á su legado Pedro de Castelnau. Hay que notar aquí dos hechos importantes : 1° la Iglesia, cuyo poder es esencial-

mente espiritual, no castigaba por sí misma á los herejes. Santo Domingo quedó encargado de usar con ellos de las armas de la persuasion : la fe combatia al error ; la santidad luchaba contra la herejía ; la Iglesia estaba en su derecho y no hacia sino cumplir con su deber. Pero los Albigenses no eran simplemente herejes : eran además, y sobre todo, rebeldes armados contra el órden social : falsas doctrinas les ponian las armas en la mano ; y la Iglesia no podia sola contra los insurgentes. Hé aquí porqué habia de entrar en turno la justicia civil cuando se habian frustrado los medios pacíficos. La Iglesia les abria desde luego su seno como madre tierna y amante : si se negaban á escuchar su voz, caian bajo el imperio de sus jueces temporales. A los ojos de la sociedad, á quien habian ultrajado, el arrepentimiento y la abjuracion eran título suficiente á su misericordia : era un medio de correccion y salvedad que ofrecia á los acusados la legislacion de la edad media, mucho mas humana en este particular que las nuestras, que se desentienden de tal medio reconciliante. — 2º La Inquisicion no era obra exclusiva del papa : Felipe Augusto la establecia con él. Tenia pues esta institucion un doble carácter, circunstancia que no se toma en cuenta hoy. En lugar de un tribunal puramente militar, á cuya jurisdiccion hubiera podido enviar Felipe Augusto la causa de aquellos revolucionarios, tomados con las armas en la mano, prefirió el monarca, llevado del espíritu de piedad y misericordia, conforme á las costumbres de su tiempo, hacer que la persuasion evangélica precediese al rigor de las leyes. El castigo no recaia pues sino sobre reos endurecidos. La pena, cuando habia lugar, era impuesta y aplicada por un tribunal civil segun las disposiciones ordinarias de la legislacion contemporánea : y así la forma de los suplicios, variable segun las épocas y paises, era la misma que para los demás crímenes. Todas las declamaciones furibundas contra la Inquisicion caen de su peso ante estos dos hechos.— La Inquisicion fué de tal modo una institucion política, que la veremos establecer mas tarde en España á pesar de las reclamaciones de Sixto IV, que veia en ella una cuasi-usurpacion

de los derechos de la Iglesia; y que su existencia en la república de Venecia fué un medio exclusivo de gobierno casi sin ningun carácter religioso. — En derecho, el conde de Maistre ha demostrado que los gobiernos pueden y deben asegurar el reposo con medidas legales contra todo perturbador del órden público. En España, país en que la fe católica habia tenido que conquistarse á sí misma durante ocho siglos de combates contra Moros y Judíos, todo lo que podia alterar la unidad de la fe era un daño grave para el Estado. Y hé aquí porqué Fernando el Cátolico estableció en 1481 penas tan severas contra los herejes de toda clase. Discútase en hora buena el valor de esta política y la legitimidad de los actos de este rey; mas cualquiera que sea la decision, en nada concierne á la Iglesia. Se preguntaba á los inquisidores: « ¿Es herejía profesar tal ó tal » doctrina? » Y se castigaba á los herejes como enemigos de la sociedad. Tal fué el verdadero carácter de la Inquisicion.

6. Felipe Augusto no vió el fin de la cruzada contra los Albigenses. Murió en 1223 con el renombre de grande y venturoso monarca. Su última disposicion testamentaria fué en favor de la reina Ingelberga, que él llamaba *su amada esposa;* Luis VIII, llamado el Leon, le sucedió. Con un ejército de cien mil hombres vino á poner sitio á Aviñon; se apoderó de ella, sometió á toda la provincia del Languedoc, y murió como héroe cristiano en el asalto de la villa de Montpensier, en 1226. El trono de Francia pasó á un niño de doce años, cuyo advenimiento saludó toda la Francia, bajo el nombre de Luis IX, y que la Iglesia ha colocado en el número de sus santos. Cada época histórica tiene un hombre que la represente. San Luis es el hombre modelo de la edad media; es un legislador, un héroe y un santo. El tiempo en que vivió realzó mas su gloria por el contraste de ingenuidad y sencillez de este tiempo. Sea que san Luis combata en Saintes, ó en Masura; sea que en una biblioteca dé cuenta de la materia de un libro á los que se lo preguntan; sea que dé audiencias públicas en los estrados de la Puerta, ó bajo la *encina* de Vincennes, sin *ujieres ni guardias;* sea que obre como árbitro entre príncipes extranje-

ros que le nombran su juez; sea que muera en las ruinas de Cartago, no se sabe qué mas admirar en él: si lo caballero, lo juez, lo patriarca, lo rey, lo cristiano, ó lo capitan. Una mansedumbre encantadora, una igualdad de ánimo inalterable, grande amor por la justicia, singular aplicacion á precaver toda perturbacion ó á disipar los disturbios desde su mismo orígen; mas sobre todo una tierna y sólida piedad: hé aquí lo que le ganó los corazones de todos. Magnífico á su tiempo, sabia unir los deberes de la grandeza con sus gustos de sencillez personal. Despues de haber dado la mayor parte de su tiempo á los negocios del Estado, se complacia con la sociedad de los sabios. Vicente de Beauvais (*el Belovacense*) era su bibliotecario; y santo Tomás de Aquino comió mas de una vez con él. Cuando al pié de los altares ensanchaba su corazon hácia Dios, se le hubiera tomado por un ángel arrodillado ante el Excelso. « Los hombres son bien extraños, decia algunas » veces. Se me hace como un delito el que haga oracion asi» duamente; y no dirian una palabra si perdiera horas ente» ras en juegos ó en cazas. » ¿ Qué diria nuestro siglo, si insistiéramos en lo que respecto de sus austeridades refieren unánimemente sus historiadores? ¡ Qué contraste, en efecto, entre las costumbres de nuestro siglo y las de un jóven rey, ceñido de un cilicio, entregando su cuerpo á todos los ejercicios de la penitencia, visitando los hospitales, sirviendo él mismo á los pobres y enfermos con un celo, cariño y humildad que sólo puede inspirar la religion! Luis, animado por las sublimes consideraciones de la eternidad, superior á toda molicie y delicadeza, fué siempre hijo digno de la reina Blanca de Castilla, que le decia: « Hijo mio, ¡ Dios sabe cuánto te quiero! » Sin embargo quisiera mejor verte muerto que reo de un solo » pecado mortal. » La minoría del jóven rey fué borrascosa; pero la prudente habilidad de la regenta, Blanca de Castilla, supo conjurar los peligros, reunir y someter á los rebeldes, y preparar un reinado que será eterna gloria de la Francia, de la Europa cristiana y de la humanidad entera. Ya desde 1228, Ramon VII, el Jóven, que habia sucedido al viejo Ramon VI,

su padre, conde de Tolosa, abjuró solemnemente la herejía de los Albigenses, y prometió reconocer la soberanía de Luis IX. Descalzo y despojado de todas las insignias de su dignidad, el conde vino á postrarse ante el cardenal de San Ángelo, legado del papa, y recibió la solemne absolucion de las censuras eclesiásticas en que habia incurrido. Concluyó pues definitivamente la guerra de los Albigenses; y su desenlace hizo dar un gran paso á la grandeza de la Francia. Se estableció una saludable fusion entre las provincias del mediodía y del norte, divididas hasta entonces por lenguaje y costumbres; y se extinguió en fin un foco siempre dispuesto á encender discordias y guerras.

7. Honorio III no alcanzó el feliz término de estos acontecimientos, pues que habia muerto en el año anterior, 1227, en el momento mismo en que el emperador de Alemania, Federico II, volvia á comenzar la lucha de los príncipes de la casa de Hohenstaufen contra la Iglesia. Su pontificado habia sido en cierto modo el complemento del de Inocencio III. El siglo XIII, tan fecundo en santos y gloriosos hechos, presenta durante los dos pontificados pasados una verdadera cosecha de grandes hombres y santos. Sentimos no poder citar aquí sino nombres, sin acompañarlos de detalles. [San Fernando, rey de Castilla, tio carnal de san Luis, y no menos santo y heróico, aunque mas afortunado que él; el famoso Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, santo prelado y sabio cronista é historiador]; los beatos Gil, Bernardo de Quintoval y Pedro de Catane, discípulos de san Francisco de Asis; san Ceslao y san Jacinto de Polonia; san Antonio de Padua, y san Raimundo de Peñafort, discípulo de santo Domingo; san Edmundo, arzobispo de Cantorbery; santa Verdiana de Florencia, santa Zita de Luca, y la beata Margarita de Lovaina, todas tres mozas de servicio; san Conrado de Baviera; santa Hedwigis, duquesa de Polonia, y otros muchos santos y santas, formaban entonces la guirnalda de santidad y virtudes en la Iglesia. San Juan de Mata y san Félix de Valois fundaron la órden de la Santísima Trinidad para la redencion de cautivos en el Oriente; y san Pedro No-

lasco, de Carcasona, fundó en Barcelona con el mismo objeto la órden de Nuestra Señora de la Merced, piadosas y nobles instituciones que habia hecho nacer la caridad cristiana, y cuyos miembros seguian las cruzadas [ó se introducian entre los Sarracenos] para enjugar las lágrimas de los infelices cautivos, á quienes abrian las puertas de su patria [y daban libertad, muy frecuentemente, con la esclavitud voluntaria de sus propias personas en rehenes].

§ II. **PONTIFICADO DE GREGORIO IX** (18 de marzo de 1227-21 agosto de 1241).

9. El cardenal Ugolini, de la ilustre familia de los Conti, tenia mas de ochenta años cuando fué elegido para suceder á Honorio III en 18 de marzo de 1227; pero el espíritu de Inocencio III animaba su vejez. Celo y energía, prudencia consumada, sagacidad y penetracion, ciencia vasta y universal, destreza en el manejo de los negocios, elocuencia persuasiva, carácter firme, nobleza de sentimientos, en una palabra, todas las cualidades que constituyen á los hombres grandes se hallaron reunidas en el nuevo papa; y Dios le dió tiempo para hacerlas servir á la gloria de la Iglesia y á honra de la Santa Sede. Tenia que verse en lucha con un adversario no menos temible que Federico Barbaroja y Enrique II. La ambicion de los Hohenstaufenes, sus proyectos de desmesurada grandeza, su quimera de monarquía universal, se habian como encarnado en Federico II, pupilo ingrato de la Iglesia, de la que se mostró mas tarde su mas encarnizado enemigo. Emperador de Alemania y rey de Sicilia, Federico II ofrecia en su persona un contraste ó conjunto de cualidades y vicios los mas opuestos entre sí. Igualaba en valor á sus antecesores y les superaba en luces. Cultivaba la poesía provenzal, ó *romance,* y se hallan en sus versos sensibilidad, fuego y armonía. La dignidad de sus maneras estaba atemperada con la dulzura y afabilidad de su trato. Educado por maestros hábiles escogidos por Inocencio III, ningun ramo de conocimientos humanos le era extraño. Pero con estos dones de un entendimiento y espíritu superior

juntaba una ambicion desmesurada, una crueldad bárbara, y una irreligiosidad tal, que en pleno siglo XIII profesaba abiertamente su admiracion por el mahometismo. Al obligar á su suegro, Juan de Briena, á que le cediese el título de rey de Jerusalen, no era de modo alguno su ánimo libertar la Palestina ni el santo sepulcro del Salvador del yugo musulman : lo que proyectaba era atribuirse un derecho de establecer en el Oriente y en provecho suyo la soberanía que se lisonjeaba fundar en el Occidente. A este proyecto insensato sacrificó su palabra, sus juramentos, los derechos ajenos, los intereses de la Iglesia y hasta su honor de cristiano. Los papas, defensores natos de los intereses y derechos de todos, se opusieron á él invenciblemente, y de aquí una serie de nuevos y sangrientos disturbios entre el sacerdocio y el imperio. Sin la influencia del pontificado, es probable que la Europa y todo el mundo cristiano habrian sido subyugados á la dominacion de los emperadores tudescos. Ya desde el tiempo de Honorio III habia invadido los derechos garantizados á la Santa Sede en el reino de Sicilia para las elecciones episcopales. Su canciller, Pedro de Vignes, habia redactado un código en el cual estaban separadas las dos potencias, espiritual y temporal; lo cual hacia desaparecer la primitiva constitucion del nuevo imperio de Occidente y de la sociedad cristiana. Se partian la Italia en aquel tiempo las dos célebres facciones de Guelfos y Gibelinos. Los Guelfos estaban por la libertad de la Italia y la dominacion pontifical; estaban representados por la liga de las ciudades lombardas, cuyo centro era Milan, y que combatia la entronizacion de la política alemana. Los Gibelinos formaban el partido imperial. Federico II imprimió á su lucha un carácter de animosidad y odio casi feroz. Gregorio IX le excomulgó en el primer año de su pontificado, 1227.

10. Era menester sostener esta medida con espada en mano contra un príncipe que se mofaba de las censuras de la Iglesia. El papa se puso á la cabeza de la liga lombarda, y nombró defensor de la Santa Sede á Juan de Briena, suegro del emperador. Por su lado Federico II llamó á los Sarracenos á

Italia, los juntó con sus tropas y les dió por jefe á Rainaldo, duque de Espoleto, el cual invadió los Estados pontificios. Sin embargo, Federico II, excomulgado y rebelde á la Iglesia, para mas insultar al papa, á quien trataba como enemigo, se resolvió á salir para la Palestina. Cien mil guerreros le esperaban en Mesina, y se embarcaron con él para esta expedicion, que se ha condecorado muy falsa é impropiamente con el título de sexta cruzada, porque no tuvo ningun objeto religioso, á lo menos por parte de quien la mandaba. Cuando arribó la flota al puesto de San Juan de Acre, encontró allí dos franciscanos, enviados por Gregorio IX y encargados de prohibir comunicasen con el emperador excomulgado el patriarca de Jerusalen, los caballeros templarios, los del Hospital y del órden teutónico. La sentencia fué promulgada solemnemente y ejecutada con puntualidad. Reducido á sus propias fuerzas, Federico, que no habia venido á Oriente sino á buscar el prestigio de una expedicion lejana, quiso deber á una infame apostasía el buen éxito que no hubiera podido alcanzar con las armas. « Soy vuestro hermano, escribió á » Medelin, sultan de Egipto. La religion de Mahoma es á mi » entender tan respetable como la de Jesucristo. Heredero del » reino de Jerusalen, he venido á tomar posesion de mis Esta» dos, y no quiero de modo alguno perturbaros en la tran» quila posesion de los vuestros. Ahorremos sangre humana, » derramada á torrentes en las últimas guerras; y afiance » nuestra alianza una paz sólida (1). » Medelin, al entender este impío lenguaje, no podia reconocer en su autor á un sucesor de Godofredo de Bouillon; y así le otorgó cuanto pidió. Federico II entró en Jerusalen, y habia prometido al sultan que no levantaria los muros y baluartes, y esta condicion ignominiosa indignó y malquistó á todos los cristianos. Al siguiente

(1) Tenemos por apócrifa y calumniosa esta carta, no citada por ningun autor antiguo contemporáneo. Tenemos tambien por muy exagerado el retrato que el Autor hace de Federico II respecto de su impiedad maquiavélica. Mientras no se citen documentos *auténticos* antiguos é imparciales, hay que desconfiar mucho de cuanto alega el Autor, sobrado fácil en acoger cuanto no se haya dicho por otros. (El Traductor.)

dia de su llegada se personó en la iglesia del Santo Sepulcro, revestido de reales ornamentos; mas no halló un solo obispo para poner la corona sobre la cabeza del príncipe excomulgado, y se vió obligado á tomarla él mismo de sobre el altar. El primer rey cristiano de Jerusalen se habia portado con mas grandeza cuando se negó á llevar la diadema en los lugares donde Cristo habia sido coronado de espinas. Federico II fué el último príncipe de Europa que haya aparecido en Jerusalen como soberano. Solo estuvo allí dos dias, tiempo necesario para datar desde esta ciudad las cartas que dirigió al papa y principales obispos del Occidente, notificándoles haber restablecido el reino latino de la Palestina. Pero una circular mucho mas verídica del patriarca de Jerusalen desengañó muy pronto á la Europa toda, dándole á saber que la Palestina no habia visto en Federico II sino un traidor mas. Así acabó la sexta cruzada. Al siguiente dia salieron de la ciudad santa las tropas imperiales, y volvieron á ocuparla los Sarracenos.

11. No habia cesado entretanto la guerra en Italia. Una faccion sublevada en Roma por intrigas imperiales arrojó á Gregorio IX de la ciudad eterna. El heróico pontífice se refugió á Asis, donde procedió á la canonizacion de san Francisco. Al salir de Roma habia dejado á Juan de Briena, comandante de las tropas pontificales, instrucciones dignas de un papa. « Dios, le dice, quiere sí conservar la libertad de su Iglesia, » mas no quiere que los encargados de defenderla se muestren » sedientos de sangre ni que trafiquen con la libertad de sus » hermanos. Este ha de ser el pensamiento dominante de toda » vuestra expedicion. Tratad á los prisioneros con una gene- » rosidad tal que haga venir espontáneamente al seno de su » padre á hijos extraviados. De este modo pondremos á » cubierto la reputacion de la Iglesia y la nuestra. » Federico II de vuelta á Italia prosiguió la guerra con inaudita crueldad (1).

(1) Por no exponer á su tiempo el Autor los sucesos tales como nos los consigna la historia, resulta, mas de una vez, gran confusion en la serie de los hechos, y sobre todo las razones que los motivaron. El abate Blanc, el señor Wonter, y los editores de Berti, en Gante, en muchas menos palabras dicen mas que el abate Darras en

Se habia aumentado su cólera por el deseo de venganza personal contra Juan de Briena, su suegro. Muy pronto volvió á recuperar todas las plazas que se habia visto obligado Rainaldo á ceder á la liga lombarda. Juan de Briena, vencido, tuvo que refugiarse en Francia, donde halló los diputados que le traian la corona de Constantinopla. Se podia creer desesperada la causa del papa, pero Gregorio IX no era hombre de ceder ante los reveses. Renovó la excomunion lanzada ya contra Federico II, y añadió esta cláusula : « Por haber vilipen- » diado las censuras de la Iglesia, y rehusado someterse á las » órdenes de la Santa Sede, declaramos á todos sus vasallos de » Alemania y Sicilia absueltos de su juramento de fidelidad á » él. Nadie en efecto puede guardar fidelidad á quien lleve las » armas contra Dios y holla sus mandamientos. » Era un hecho muy trascendental en el siglo XIII la deposicion de un príncipe fulminada por un papa. Federico II lo sabia muy bien ; así es que envió á Gregorio IX proposiciones de paz. Despues de largas negociaciones, la paz tan deseada fué concluida en agosto de 1230. Dos legados apostólicos levantaron la excomunion fulminada contra el emperador. Federico se presentó en seguida al papa, que estaba en Anagni. Compareció el emperador despojado de sus ornamentos imperiales, y se postró humildemente á sus piés. El vicario de Cristo le acogió con bondad, y la Iglesia romana ensanchaba sus entrañas de caridad para recibir al hijo pródigo. Pero de parte de Federico II esta sumision solo era una perfidia : regresó á Alemania, mas llagado é implacable que nunca.

12. Gregorio IX se aprovechó de una paz que presentia no ser larga para hacer entrar en sus deberes á los Romanos rebeldes. Lo logró, y regresó á su capital entre mil aclamacio-

su afectada y larga fraseología. Estos autores y todos los demás de nuestros dias, exponiendo los hechos sin pasion ni afectacion, ponen al lector al corriente de la historia, y le muestran casi con el dedo los motivos, fundados ó infundados, de tales ó tales acontecimientos. Tenemos el disgusto de decir que no sucede esto en esta historia, en muchas circunstancias en que fuera necesario ser mas claro, mas razonado, mas consiguiente. Sentimos no nos sea dado entrar en mas detalles.
(El Traductor.)

nes de aquel pueblo inconstante, en 1235. En el año anterior el infatigable pontífice publicó la *coleccion de Decretales* que lleva su nombre, y que habia hecho ordenar por san Raimundo de Peñafort, dominico, su capellan y penitenciario. Están coordinadas en ella las constituciones de los pontífices por títulos y órden de tiempos, lo que aun no se habia orbservado en las anteriores colecciones. Las *Decretales* de Gregorio IX principian en Alejandro III, continuando así la obra de Graciano que llegaba hasta esta época. La vigilancia del soberano pontífice se extendió á todas las comarcas del mundo. Entabló negociaciones con los emperadores de Nicea y Trebizonda para la reunion de las iglesias latina y griega : sus cartas al norte de Europa protegian las cristiandades oprimidas por los reyes esclavones y húngaros. Como la lucha continuaba en la Prusia contra los paganos pertinaces, Gregorio IX envió misioneros dominicos, que propagaron la doctrina evangélica en aquellas naciones salvajes, á las que lograron someter poco á poco al yugo del Evangelio. Los Frailes Menores se mostraron por su lado auxiliares fieles de la Santa Sede. Siguiendo á su santo fundador habian recorrido el Egipto y otras comarcas del Oriente, sometidas á la dominacion musulmana. Por lo regular solo alcanzaban la palma del martirio; pero los hijos del Profeta conocian mejor por su ardoroso celo una religion que sabia inspirarlo á tanto grado. Sin embargo se introdujo cisma en la órden de san Francisco. Fray Elías, que habia sido nombrado superior general á la muerte del santo, se pronunció abiertamente contra la austereza de la regla, que le parecia excesiva. « Seria necesario para observarla ángeles, no hombres, » decia. Denunciado al papa Gregorio IX, fué depuesto en 1230, y mas tarde, en 1253, fué excomulgado. Fray Elías tuvo sus adherentes y sus adversarios; y su doctrina le sobrevivió. De aquí mas tarde los *conventuales*, que vivian en monasterios ricos, con la regla mitigada; y los *observantes* de la regla primitiva. En España, bajo el reinado de san Fernando, rey de Castilla, y don Jaime I, rey de Aragon, las armas de los cristianos, casi de continuo victoriosas despues de la célebre batalla de *las*

Navas de Tolosa, tomaron en fin un ascendiente definitivo. Las ciudades mas importantes, Córdoba, Sevilla, Valencia, todo el reino de Murcia, todo el de Jaen, así como las islas de Mallorca, Menorca é Ibiza, cayeron en su poder, y fueron restablecidos los antiguos obispados. — La Francia, libre en fin de sus largas guerras contra los Albigenses, y de las borrascas civiles de la menoría de san Luis IX, respiró pacíficamente bajo el cetro de este santo coronado, que se servia de su autoridad para establecer el reino de Dios. « ¡Que no pueda yo, decia el piadoso » monarca al publicar leyes severas contra los blasfemos, sufrir » yo mismo las penas que infligen, si me fuera dado con ello » precaver los escándalos y ultrajes hechos á la Majestad di- » vina! » La Francia acogió entonces con santo respeto y religioso entusiasmo las reliquias que Balduino II de Courtenay enviaba á san Luis. La *corona de espinas* que el Salvador habia llevado en la cruz, se conservaba desde tiempo inmemorial en la capilla de los emperadores de Oriente. Dos nobles sentimientos, el amor de la patria, y el fundado temor de ver pasar un dia este tesoro á los Griegos cismáticos que cada dia estrechaban mas y mas el territorio de Constantinopla, movieron á Balduino II á ofrecerlo á san Luis. « Nos vemos inevita- » blemente reducidos, escribia aquel al santo, á la cruel nece- » sidad de ver pasar este precioso y sacratísimo recuerdo á » manos de extranjeros. Permitidme pues que os le remita, á » vos, mi pariente, mi soberano, mi bienhechor; y que la » Francia, mi amada patria, sea su depositaria. » San Luis y el conde de Artois, su hermano, fueron á recibir la *corona de espinas* á Sens. Por órden del rey, la *Santa Capilla*, graciosa obra maestra del arte gótico del siglo XIII, fué elevada cerca de palacio para contener la reliquia preciosa, en 1239.

13. Entretanto Federico II habia vuelto á tomar, contra la Santa Sede, su sistema de hostilidades. Desde 1223, viudo de *Yolanda* ó Violante, hija de Juan de Briena, habia pedido la mano de santa Inés, hija de Primislao, rey de Bohemia. La jóven y piadosa princesa prefirió el servicio de Jesucristo á todas las grandezas de la tierra; y se dirigió al papa suplicán-

dole la tomase bajo su proteccion, y no permitiese una alianza que creia contraria á lo que Dios queria de ella. Gregorio IX accedió á sus plegarias, y por autoridad apostólica prohibió al emperador pasase adelante en su pretension. Federico se enfadó mucho desde luego, pero mas tarde se calmó y cedió. « Si me hubiera abandonado, decia él, por otro hombre mor- » tal, hubiera tomado venganza con las armas; mas no puedo » hallar malo que prefiera á mí un esposo celestial. » Este acontecimiento, sin embargo, habia depositado en su interior un gérmen de odio y venganza. Las quejas de Gregorio IX, que le reprochaba sus inteligencias secretas con los Sarracenos de Sicilia, le agriaron aun mas. Así es que en 1238, su ejército, cual torrente devastador, invadió la Lombardía. Ezzelino de Romano, yerno del emperador, se pone al frente del partido Gibelino, y derrama torrentes de sangre por toda Italia, mereciendo así el renombre de *Feroz*. Las tropas imperiales se apoderan de Cerdeña, feudo de la Iglesia romana, y fundan allí un reino á favor de Encio, hijo natural del emperador. Gregorio IX tenia ya cerca de cien años, y Federico II creyó que la edad hubiera debilitado su energía; mas se engañó. El venerable pontífice junta á los cardenales, clero y pueblo de Roma en la iglesia de San Pedro; en su presencia excomulga al perjuro, y declara á todos sus vasallos de Alemania é Italia absueltos y libres del juramento de fidelidad. Al mismo tiempo que notifican sus letras la sentencia á todos los príncipes de Europa, envia un legado á Francia para ofrecer la corona imperial á Roberto de Artois, hermano de Luis IX. El santo rey rehusó en nombre de su hermano una proposicion que podia perturbar la paz de sus Estados. Federico II respondió á estas medidas de vigor con violencias inauditas. Mandó echar fuera de sus Estados á los religiosos franciscanos y dominicos, cuya adhesion á la Santa Sede era tan notoria. Pedro de Vignes, su cancelario, publicó en nombre de su amo una constitucion imperial que condenaba á pena de fuego á toda persona, de cualquier clase ó condicion, de toda edad y sexo, que defiriera á la sentencia de entredicho lanzada por el papa. El que se hallare ser por-

tador de letras pontificias, cualquiera que fuese su tenor, habia de ser ahorcado inmediatamente. Al mismo tiempo Federico pasó á la Sicilia, juntó sus tropas con los Sarracenos de esta isla, y fué con ellas á asolar el condado de Benevento y demás provincias sometidas á la dominacion del papa. Dirigió á todas las cortes de Europa diputados para protestar contra Gregorio IX, á quien llamaba el *Anticristo,* y apelaba á un concilio general. Para quitar á su enemigo todo pretexto y justificarse á los ojos del universo de las violencias que se le reprochaban, el papa convocó para el año 1241 un concilio que habia de celebrarse en San Juan de Letran. Todos los obispos de Francia, ansiosos de sostener contra un tirano la independencia de la Iglesia romana, acudieron al llamamiento del papa. Llegaron á Génova, cuya república les suministró bajeles para ir á Roma por mar. Pero Federico tenia el mayor interés en impedir una asamblea que hubiera puesto de manifiesto su perfidia y mala fe. Una flota siciliana sorprendió la de los Genoveses : los obispos franceses fueron arrestados, enviados al emperador, y luego encarcelados. En toda Europa resonó un grito de indignacion al saber este atentado. San Luis escribió al tirano : « Exigimos la inmediata libertad de todos los obis» pos cautivos; pensad bien el partido que habeis de tomar; » porque el reino de Francia no está tan debilitado que pueda » aguantar mas vuestros espuelazos. » El santo rey que así hablaba, habia dado muestras de valor heróico en Taillebourg y en Saintes contra los Ingleses. Federico temió, y puso en libertad á los obispos dos años despues. Gregorio IX no alcanzó este resultado, porque murió de dolor el 20 de abril de 1241 al saber la infame conducta de Federico II.

§ III. PONTIFICADO DE CELESTINO IV (octubre de 1241-noviembre de 1241).

14. Deplorable en extremo era la situacion de la Iglesia. Los cardenales estaban dispersos, y dos de entre ellos habian caido prisioneros de Federico. El emperador parecia triunfar en todas partes ; y sin embargo, dos dias antes de su muerte,

en una carta dirigida á toda la cristiandad, el heróico Gregorio IX dijo: « No os amilaneis por las vicisitudes presentes: » no os acobardeis por los reveses, ni os enorgullezcais en las » prosperidades. Poned vuestra confianza en Dios y sabed es- » perar. La barca de Pedro es muy frecuentemente arrastrada » por las olas y á punto de caer en escollos por las tempes- » tades; pero muy pronto se endereza sobre las encrespadas » olas, y vuelve á tomar tranquilamente su navegacion. » Semejante fe no se engaña jamás. A pesar de los obstáculos que se oponian á la eleccion de un soberano pontífice, el cardenal Jofredo Castiglione fué elevado á la silla de san Pedro, bajo el nombre de Celestino IV. Pero ni aun tuvo tiempo de ser consagrado, pues que murió á los diez y seis dias de su eleccion.

§ IV. PONTIFICADO DE INOCENCIO IV (24 de junio de 1243-7 de diciembre de 1254).

15. La vacante de la Santa Sede no habia contenido la guerra impía de Federico II. Durante todo el pontificado de Gregorio IX, el emperador no habia cesado de llamar por testigo al cielo y á la tierra, de que solo el papa era la causa de la discordia entre la Iglesia y el Imperio, que solo el papa era quien se oponia á la paz. Gregorio IX y su sucesor eran ya muertos, y sin embargo aun no habian cesado los armamentos de Federico. La flota siciliana cercaba á Roma por tierra y por mar, de suerte que no permitia la entrada de los cardenales en aquella capital. Durante dos años se obstinó en no acceder á las instancias de toda la cristiandad; por manera que solo permitió en junio de 1243 reunirse los cardenales para la eleccion. Los sufragios recayeron en el cardenal Sinibaldo Fieschi, que tomó el nombre de Inocencio IV. El nuevo papa habia tenido ocasion de conocer íntimamente á Federico II en una legacion al Alemania, que le habia encargado Gregorio IX, y entonces se estrecharon amistosmaente el legado y el emperador: por consiguiente su eleccion debia de complacer á Federico II, y sin embargo concibió mucha inquietud. « El papa y el carde-

» nal, decia, son dos hombres muy diferentes; me temo mu-
» cho que en lugar de un amigo cardenal no tengamos un papa
» enemigo. Ningun papa puede ser Gibelino. » Y en efecto los acontecimientos le dieron razon, pero la falta solo pudo imputarse á la violencia y terquedad del emperador. Con todo, las primeras relaciones dieron fundada esperanza de paz. Federico envió á Roma una embajada encargada de concluir su reconciliacion con la Santa Sede. El 31 de marzo de 1224, los diputados imperiales juraron en nombre de su amo estar prontos á dar cabal satisfaccion á la Iglesia de todas las afrentas é injurias que habia recibido de parte del emperador; de devolverle todas las tierras y dominios usurpados; de poner en libertad á todos los obispos cautivos, y velar por la independencia en las elecciones episcopales. Inocencio IV creyó desde luego en la sinceridad de semejante arrepentimiento; mas quedó muy pronto desengañado. Federico II, vuelto á su primera perfidia, protestó que no le era posible cumplir con el juramento que habian prestado los embajadores: « Porque era so-
» brado perjudicial á sus intereses, » decia el emperador. Para obrar mas eficazmente en el ánimo del emperador, Inocencio IV quiso tratar personalmente con él y fué á avistarse con él en Citta di Castello. Federico trataba de apoderarse inmediatamente de la persona del pontífice, y dió para ello las órdenes necesarias para su arresto. Mas Inocencio IV, prevenido á tiempo, huyó solo en medio de la noche, montado en un buen caballo, que de una tirada le puso en Civita-Vecchia. Desde allí se embarcó para Génova, y poco despues pasó las fronteras de Francia, refugio ordinario del pontificado proscrito, y se fijó en Lyon, año de 1244.

16. El primer cuidado del pontífice fué convocar á todos los obispos del mundo católico para un concilio en Lyon, que fué el décimotercero general, primero de esta ciudad. Ciento cuarenta y cuatro obispos asistieron á él, con los patriarcas latinos de Oriente, Balduino II de Courtenay, emperador de Constantinopla, Ramon VII, conde de Tolosa, y diputados de todos los príncipes cristianos. Fué citado el emperador Federico II,

para responder de su conducta con la Iglesia romana; mas no compareció en persona, sino que envió una diputacion encargada de su defensa, á cuya cabeza estaba Tadeo de Suessa, consejero imperial, de rara habilidad y elocuencia, que en las actas del concilio tomó la calidad de *caballero, doctor en leyes.* El procurador imperial cumplió con su cargo de un modo tan sagaz, que su mismo amo no lo hubiera hecho mejor. « Federico II, decia, no comprende porqué ha dejado la Italia como » fugitivo el papa. ¿Qué peligros podian venirle estando en » medio del campo del emperador, en medio de tropas fieles que » le hubieran defendido á todo trace? Mi amo solo espera una » palabra para venir á los piés del papa y ofrecerle su brazo y » espada. Todo su pensamiento es asegurar una paz sólida para » poder en fin ir contra los Griegos cismáticos, contra los Musulmanes de la Palestina y contra los Tártaros del norte de » Europa; para mostrar en fin al mundo que unidos estrecha» mente el sacerdocio y el imperio, son invencibles. » Al oir este magnífico lenguaje Inocencio IV interrumpió al orador diciendo: « Esas son hermosas promesas; pero se me hicieron » un año há, y han sido quebrantadas. » Las instrucciones de Tadeo de Suessa le permitian toda exageracion oratoria para el provecho de su causa; mas se le habia inhibido aceptar ninguna de las bases de reconciliacion propuestas y discutidas en el año anterior en las conferencias de Italia. Federico II queria ganar tiempo y captarse la opinion pública; mas de modo alguno queria sériamente la paz. Sin embargo, los Padres del concilio quisieron tentar el último esfuerzo, y dieron quince dias de término para justificarse ó bien para proponer condiciones de paz aceptables. Tadeo de Suessa le escribió suplicándole evitase por medio de franca sumision la sentencia rigurosa que infaliblemente habia de darse contra su contumacia. Federico II estuvo inflexible; y era llegado ya el tiempo de la justicia. Compareció Inocencio IV en medio del concilio con un cirio en la mano: y todos los obispos tenian igualmente el suyo. Tal era entonces el ceremonial ordinario de las excomuniones solemnes. Tadeo de Suessa continuó hasta el fin su cargo desesperado de abogado

imperial, y dijo en alta voz : « En nombre de Federico II, mi » señor, apelo de la sentencia que vais á pronunciar al papa » futuro y á un concilio mas general. » No se tomó en cuenta semejante protesta ; y en medio de un imponente silencio de la augusta asamblea, el papa leyó el decreto de excomunion fulminada contra el emperador de Alemania en los términos siguientes : « Despues de haber deliberado con la debida madurez » con los cardenales y Padres del santo concilio, declaramos » á Federico II echado del seno de la Iglesia católica ; absolvemos para siempre de su juramento á todos los que le han jurado fidelidad : prohibimos por autoridad apostólica que » nadie le obedezca jamás como á emperador de Alemania, ó » como rey de Sicilia ; y queremos que en adelante, cualquiera » que le diere ayuda ó consejo, sea excomulgado *ipso facto*. » Los electores le darán un sucesor al imperio, lo mas pronto » posible. Respecto del reino de Sicilia, proveeremos con acuerdo » y consejo de nuestros hermanos los cardenales. » A estas últimas palabras, el papa y todos los obispos volvieron á tierra los cirios y los apagaron en el suelo. Es indecible la emocion causada en todos los asistentes por esta tan augusta como terrible ceremonia ; Tadeo de Suessa exclamó lleno de espanto y estupor : « Dióse en fin el golpe : este dia es verdaderamente » dia de ira. » Algunos autores modernos distinguen aquí dos sentencias : la de excomunicacion y la de deposicion : dicen que la deposicion fué pronunciada en el concilio, mas no con su aprobacion. Sin embargo, consta por el contexto mismo del acta que en el ánimo de los Padres no hubo distincion, y que la aprobaron en su totalidad. Por lo demás, su silencio fuera una aprobacion tácita, pues que el papa dice expresamente que ha conferenciado y deliberado con ellos. Por esta razon los autores contemporáneos entienden de este modo el acta, y afirman que la sentencia fué dada con aprobacion del concilio. Federico estaba en Turin cuando supo esta noticia, y montado en cólera dijo : « Este papa me ha depuesto en su concilio y me ha quitado la » corona. ¡ Que traigan mis cajoncitos ! » Se los presentaron, y dijo : « Ya veis si mis coronas se han perdido : » y luego po-

niéndose una en la cabeza, repuso : « ¡ No, no ! ni el papa ni » el concilio me la quitarán sino á costa de sangre. ¡Un monje » tener la insolencia de arrancarme la dignidad imperial, á mí » que no reconozco príncipe superior ! » Pasó á Sicilia, llamó de nuevo á los Sarracenos á su socorro, y lo llevó todo en Italia á sangre y fuego. Pero Dios le habia abandonado ; y la Europa cristiana le miraba como un azote. La liga lombarda y el partido de los Güelfos, animados de fuego y valor invencible, le enseñan que « no le conviene al hombre mortal el luchar » contra su Dios. » Su ejército es vergonzosamente rechazado y derrotado bajo los muros de Parma. Mas la crueldad de Federico redobla con los reveses, y hace sacar los ojos á Pedro de Vignes, su canciller, y hasta entonces su íntimo confidente, y le entrega en manos de los Pisanos, sus mas encarnizados enemigos. Pedro de Vignes evitó los tormentos espantosos que le aguardaban, abriéndose la cabeza contra la columnita á que le habian atado. El rey Enrique, primogénito de Federico, fué preso por órden de su padre y murió en un calabozo. La justicia divina pasada por todos los cómplices del tirano. Tadeo de Suessa murió en una derrota despues de haber tenido cortadas ambas manos. Encio, hijo del crímen, á quien Federico II quiso hacer rey de Cerdeña, murió en una jaula de yerro despues de veinticinco años de cautiverio. Ezzelino, el feroz, que habia cubierto de matanza y ruinas á Verona, Vicenza, Padua y Brescia, acabó su vida por hambre en un calabozo. Federico II murió, en fin, como algunos dicen, ahogado por Manfredo, otro hijo natural suyo, á quien habia dado el principado de la Toscana, en 1250. Y como si la venganza divina hubiera de extenderse á todas las generaciones de esta raza maldita, Conrado, hijo legítimo de Federico II, murió á los 26 años emponzoñado por el infame Manfredo. Este último fué muerto en una batalla, y Conradino, último vástago legítimo de la casa de Hohenstaufen, espiró mas tarde en un cadalso, y con él quedó extinguido el imperio políticamente anticristiano de Alemania, que intentaba esclavizar á la Iglesia y al mundo entero. Pero, como veremos pronto, le sucedió unimperio mas humano

en la persona de Rodolfo de Absburgo, cuya posteridad reina en nuestros dias [1].

17. Mientras todas estas cosas, el concilio de Lyon se habia ocupado en proporcionar socorros al imperio latino de Constantinopla, casi espirante; y habia tomado medidas para emprender nueva cruzada con el doble objeto de librar á la Tierra Santa y salvar á la Europa de la invasion de los Tártaros. Estos Tártaros ó Mogoles habian conquistado la Persia y parte de la China, bajo el mando de su rey Gengiskan, cuya existencia, elevacion y furor costaron á la especie humana de cinco á seis millones de individuos, y á cuya muerte, en 1237, se extendia su territorio desde Tauris á Pekin, por mas de mil y quinientas leguas. Sus hijos acabaron la conquista de la China y se echaron sobre la Rusia, Polonia y Hungría, á las cuales saquearon é hicieron tributarias. Amenazaba una nueva barbarie al Occidente; y estas inmensas evoluciones de ejércitos lo habian trastornado todo en el Oriente. Los Coresmianos, pueblos feroces y desconocidos, huyendo del ejército conquistador, penetraron hasta la Palestina; tomaron á Jerusalen, profanaron todos los Santos Lugares, é hicieron de esta comarca un vasto desierto; por lo cual era urgente una cruzada. Inocencio IV la proclamó en Lyon. A su voz, todas las naciones cristianas del norte de Europa se formaron en ejércitos y fueron á presentar la batalla á los Mongoles en la llanura de Wollstadt, no lejos de Leignitz. Fué uno de los combates gigantescos que por el número de soldados y el

(1) Segun unos, Federico II murió de muerte natural, y en su lecho de muerte fué reconciliado con la Iglesia, habiendo recibido la absolucion de manos del arzobispo de Palermo. Segun otros, fué ahogado por Manfredo. Y en fin otros dicen que murió excomulgado, y dando señales de la mas cruel desesperacion.

[Toda esta historia del infeliz, cuanto de infausta memoria, Federico II de Alemania está relatada de un modo muy diferente, en cuanto á los detalles, por el sabio Pedro Mejía, y el no menos erudito Illescas. Ambos tuvieron en manos documentos preciosos que ilustran mucho la historia de aquel tiempo, y aclaran un sinfin de dudas que dejan en el ánimo del lector los escritores franceses, que no hacen sino copiarse. Por ejemplo, el cerco de Parma duró dos años, y su causa no era la política anticristiana de Federico, sino otros motivos diferentes. Por lo demás, todos los autores, franceses, alemanes, italianos y españoles, pintan á Federico como hombre de mala fe, tirano é inmoral.] (El Traductor.)

valor salvaje que les animaba, reproducia las invasiones de Atila y Abderrahman. Por desgracia los cristianos fueron vencidos, y el Occidente hubiera desaparecido tal vez para siempre, si la muerte Oktaï, jefe de estas hordas bárbaras, no hubiese llamado los Mongoles al Asia, en 1243.

18. Una circunstancia particular contribuyó además á las instancias de Inocencio IV y determinó la séptima cruzada. En 1244, san Luis fué atacado en Pontoise de una enfermedad violenta que en pocos dias le puso á las puertas de la muerte. Se hicieron fervorosas plegarias por su salud en todas las iglesias de Francia, pero el mal aumentaba. En cierto dia se creyó al rey muerto, cuando se le vió despavorizarse de repente como de un profundo sueño, y su primera palabra fué pedir la cruz. La reina doña Blanca, su madre, los señores de la corte y hasta los mismos prelados trataron de disuadirle de este proyecto. Entonces les dijo que, en lo mas recio de la crisis que estuvo á pique de llevárselo, habia prometido á Dios que si le daba salud iria á combatir á sus enemigos en la Palestina. Ya convaleciente, convocó en una asamblea á su madre al obispo de París y á los principales consejeros de la corona. « Vosotros creeis, les dijo, que no tenia yo uso libre » de mis facultades cuando hice voto de ir á Tierra Santa. Hé » aquí mi cruz, que quito de mis hombros, y os la devuelvo. » Y en efecto, remitió la cruz en manos del obispo de París, á quien colmó de júbilo este cambio inesperado. « Ahora, con» tinuó el rey, no podeis negar que tengo el entendimiento » claro y tranquilo. Devolvedme la cruz. El que lo conoce » todo sabe que no tomaré yo alimento alguno hasta que me » vea revestido de nuevo de este sagrado signo. — Pues que » es la voluntad de Dios, respondieron todos, no nos opone» mos ya á sus designios. » Desde este momento no pensó san Luis sino en el cumplimiento de su voto. En 1248, vino á San Dionisio á recibir la oriflama de manos de Eudon de Chateauroux, legado del papa. La reina Margarita, su esposa, los condes de Artois y de Anjou, sus hermanos, y hasta el legado mismo y un gran número de señores y obispos le acompaña-

ron en la expedicion. Dejó la regencia á Blanca de Castilla, su madre, cuya administracion sabia y prudente habia admirado ya por largo tiempo la Francia. Al pasar á Lyon, recibió la bendicion pontifical de Inocencio IV, á quien dijo al separarse : « La Francia tiene que temerlo todo, en mi ausencia, » las empresas de Enrique III, rey de Inglaterra, y de Fede- » rico II, emperador de Alemania. Os dejo el encargo de » cuidar de ella. » El monarca se embarcó en Aguas-Muertas, y de alas se hizo á la vela para la isla de Chipre, sitio de reunion de todos los cruzados. Se concertó allí el plan de ataque. Desde 1229, época de la sexta cruzada, conducida por Federico II, Jerusalen, tomada, perdida y reconquistada por los Ayoubitas, y mas tarde por los Coresmianos, quedó definitivamente en poder de Malek-Saleh, sultan de Egipto, que se apoderó tambien de Damasco. Se discutió la cuestion de si seria mas oportuno entrar directamente en la Palestina y dirigirse inmediatamente á la Ciudad santa, ó bien si valdria mas atacar al sultan en el corazon mismo de sus Estados, para obligarle á devolver Jerusalen. Juan de Briena, cuando la quinta cruzada, se decidió por este último partido, el cual prevaleció ahora en el consejo de san Luis. Y fué gran desgracia; porque el Egipto ofrecia dificultades casi insuperables por la disposicion particular de su suelo, ora inundado por el Nilo, ora abrasado por insoportables calores del estío. El ejército de los cruzados, mal provisto, tenia que sufrir los horrores del hambre junto con los de la peste, que casi de continuo reina en aquel país tan cruzado de lagunas fétidas. El 4 de junio de 1249, la flota cristiana pareció en vista de las embocaduras del Nilo. Un ejército innumerable de Sarracenos cubria la costa entera, y presentaba como una espesa selva de lanzas y cimitarras. El rey no esperó á que su navío tocase tierra, sino que se echó al mar con espada en mano. Sus gentes le siguieron. Los Mamelucos, mandados por Fakhr-Eddin, tuvieron que ceder al valor de los Franceses. La plaza fuerte de Damieta, abandonada por los fugitivos, abrió sus puertas al vencedor; pero la inundacion del Nilo les obligó á

encerrarse en ella sin proseguir la carrera de sus conquistas. En este intervalo desembarcó con nuevos refuerzos Alfonso, conde de Poitiers, hermano tercero del rey. « El que quiera » matar á la culebra ha de machacarle la cabeza, » exclamó en el consejo el impetuoso Roberto, conde de Artois. Se siguió su parecer, y se resolvió ir á atacar al gran Cairo, residencia del sultan. Los cruzados subieron el Nilo : los infieles quisieron impedirles el paso en el canal de Aschmoum; pero se sorprendió un vado que no estaba guardado, y el ejército cayó de improviso sobre el campo de los Sarracenos, que fué tomado de asalto. La victoria era completa si el conde de Artois hubiera sabido moderar su fogosidad. A vista de sus enemigos derrotados, el valiente caballero se adelanta al frente de un pequeño cuerpo, llega á Massoure, sorprende á Fakhr-Eddin, inmola y rinde cuanto se le presenta. Pero Bibars-el-Bondockar, general de los Mamelucos, ve que solo viene con Roberto un cuerpo poco numeroso. Reanima á su tropa, se le unen los habitantes, revuelve contra Roberto y su division le envuelve, y mas de dos mil caballeros ilustres caen entre una infinidad de cadáveres que habian hecho con sus valientes espadas. Allí murió Roberto, el conde de Salisbury, el conde de Coucy, y mas de 600 caballeros del Temple y del Hospital (1250). San Luis habia pasado el vado; pero sus tropas fueron atacadas por fuerzas muy superiores. Se luchó cuerpo á cuerpo todo un dia, y el campo quedó por los cruzados. ¡Pero qué victoria! Lo mas escogido habia perecido ; el ejército carecia de víveres, se hallaba en un país cortado por canales y aun el Nilo á la espalda : y los enemigos se reponian incesantemente. Al saber san Luis la muerte de su hermano y demás caballeros, exclamó : « Dios nos castiga : ¡bendito » sea su nombre! » Los Sarracenos cortaron toda comunicacion con Damieta, y el hambre era espantosa. Para colmo de la desgracia, la infinidad de cadáveres trajo la peste de que fué atacado el ejército. El santo rey, llevado por la caridad, quiso asistir á los apestados y contrajo la enfermedad pestífera. Sábenlo los Sarracenos y los cercan como con un muro, y

todo el ejército quedó prisionero de guerra. El rey, los condes de Poitiers y de Artois, los grandes del reino, la esperanza de la Francia, el honor de la cristiandad y la gloria de Occidente, todo, todo cayó en poder de los Sarracenos. Cuando se supo esta noticia en Damieta, la reina Margarita, que acababa de dar á luz un niño, le llamó Tristan, « porque, dice Joinville, habia nacido en tristeza y pobreza. » San Luis no fué menos digno y grande en cadenas que en el trono. El sultan de Egipto, Almohadan, lleno de respeto por tan grande y santo infortunio, envió médicos al rey, que le curaron muy bien. Por fin se hizo un tratado, al que solo quiso poner su firma san Luis, sin ningun juramento ni condiciones contrarias á la religion ni al honor; y se iban á ejecutar las cláusulas de este, cuando Almohadan pereció víctima de los mismos Mamelucos á presencia de los misioneros franceses, año 1250. Estos se creyeron perdidos, pero era tan imponente la santidad y grandeza de alma de san Luis en el colmo de la desgracia, que los mismos emires rebeldes convinieron con el nuevo sultan en las condiciones antes estipuladas. El rey y sus barones fueron puestos en libertad. San Luis no pensó regresar aun á Francia, sino que pasó á la Palestina, donde aun permaneció cuatro años, á pesar de las instancias de la reina doña Blanca, que le llamaba. Condenado á la inaccion por el tratado, se limitó á reparar las fortificaciones Ptolemáida, Sidon, Jaffa y Cesarea : interpuso su mediacion entre los príncipes cristianos y musulmanes, y entabló relaciones amistosas con el *Viejo de la Montaña* (1), y el kan de los Mongoles. La muerte de la reina Blanca obligó en fin al santo rey á dejar la Palestina; y al volver á Francia, encontró su reino en el estado mas floreciente. Solamente turbó algun tanto un incidente á la regencia de su madre.

19. El santo rey se habia hecho amar del pueblo por sus beneficios y virtudes. La noticia de sus reveses habia excitado

(1) El *Viejo de la Montaña* era jefe de una banda de asesinos que ejecutaban con celo fanático todos los asesinatos que se les ordenaba cometer.

hácia esta época un levantamiento á su favor. Por todas partes se repetia que era honra nacional ir á librarle, vengarle de sus enemigos y traerle en triunfo á sus Estados. Los primeros que se pronunciaron en este sentido eran pastores, y de aquí el nombre de *Pastorales*, dado á los que tomaron parte en esta insurreccion casi universal. Muy pronto vinieron á engrosar sus filas los bandoleros, los presidiarios y aventureros, que se entregaban bajo de este nombre á toda suerte de crímenes. La reina Blanca habia animado en un principio á los *Pastorales*, por el sentimiento que les servia de móvil; pero al saber sus fechurías, tomó la mas severas medidas para reprimir sus latrocinios y crímenes, y muy poco tiempo bastó para que fuesen destruidas estas bandas de vagabundos.

20. Inocencio IV acababa de dejar la Francia en el momento en que san Luis regresaba á ella; y el papa tuvo expedita entrada en Italia por la muerte de Federico II. La energía del soberano pontífice no se habia debilitado por su edad. Excomulgó á Jaime I de Aragon, llamado el Conquistador, por haber mandado cortar la lengua á Berenguer, obispo de Gerona, en un acceso de cólera. En la carta que con este motivo le escribió, decia Inocencio IV: «Vuestra crueldad es inexcusable, » porque Berenguer estaba inocente. Pero suponiendo que » fuese reo, no os era permitido vengaros vos mismo, sino » pedir justicia al sucesor de san Pedro, que es su señor y su » juez.» Jaime I se sometió á la penitencia que le fué impuesta y recibió la absolucion de su delito. Por la misma época recibió el papa, de parte de los obispos y señores de Portugal, quejas motivadas contra la tiranía y exacciones del rey don Sancho II. Inocencio IV le excomulgó, puso el reino en entredicho, y confirió la regencia del reino de Portugal á Alfonso, hermano del rey, su heredero presuntivo. Sancho II se retiró á Toledo, donde murió abandonado de todos sus vasallos. Hechos de esta naturaleza apoyan el sistema histórico del poder temporal de los papas en la edad media. — Por otra parte Inocencio IV renovó los esfuerzos, mil veces puestos en práctica, de lograr la reunion definitiva de las dos Iglesias, griega y latina; mas

su correspondencia con Teodoro Lascaris fué infructuosa. — Por el mismo tiempo animaba el pontífice la fundacion de la Sorbona, que acababa de establecer en París el doctor Roberto Sorbon, capellan de san Luis, con las liberalidades del piadoso monarca. Este colegio fué fundado en favor de los pobres estudiantes de teología que carecian de recursos para los gastos de su educacion. La Universidad de Francia consenzó entonces, por rivalidades de corporaciones, su lucha célebre entre los Dominicos y Franciscanos, cuyas cátedras de teología, ocupadas todas por eminentes doctores, atraian alumnos de todos los puntos de Europa. Inocencio IV defendió enérgicamente á los santos religiosos contra sus enemigos. Tuvo tambien que tomar este pontífice medidas enérgicas contra las sacrílegas empresas del jóven rey de Sicilia, Conrado, hijo de Federico II, y contra las incursiones á mano armada de Manfredo, su tutor. La muerte vino á sorprenderle antes de la terminacion de las nuevas complicaciones é incidentes en que se acabó su pontificado. Murió Inocencio IV el 7 de diciembre de 1254: juntó este papa á una sabia y prudente administracion conocimientos muy vastos y variados. Ilustró su reinado por el *Apparatus ad Decretales*, que le ha hecho llamar el *Padre del derecho canónico*.

21. El espíritu de fe, celo y santidad que del siglo XIII ha hecho la época mas gloriosa de la historia de la Iglesia, produjo en el seno de la cristiandad prodigios de virtud. Santa Isabel, reina de Hungría, duquesa de Turingia, fué admiracion de la Alemania. En Inglaterra, san Ricardo, obispo de Chichester; en Francia, san Teobaldo de Montmorency, digno heredero de una sangre fértil en héroes; en España, san Ramon Nonnato, ejemplar de obispos y religiosos. En Italia, en medio de las sangrientas guerras entre Güelfos y Gibelinos, san Antonio de Padua [portugués, de Lisboa, franciscano], y fray Juan de Vicencia, predicaban por las ciudades y campiñas como dos ángeles de paz á auditorios de treinta mil almas. Su viva elocuencia y ardorosa caridad reconciliaban enemistades inveteradas, é introducian en el seno de las familias la verdadera

y santa fraternidad. Por el mismo tiempo, san Pedro de Verona murió mártir por el acero de facciosos extraviados. La Iglesia hablaba pues, como en los dias de su nacimiento, con elocuencia de apóstoles y con sangre de mártires.

§ V. PONTIFICADO DE ALEJANDRO IV (25 de diciembre de 1254-25 de mayo de 1261).

22. El cardenal Rainoldo, de la famila de Conti, fué elegido papa el 25 de diciembre de 1254, y tomó el nombre de Alejandro IV. Su primer cuidado fué detener los progresos de Manfredo, cuyas tropas asolaban los Estados pontificios, limítrofes de Sicilia. Este príncipe arrojó de la Apulia al legado apostólico, enviado á este país por defender los derechos de la Santa Sede, y mató de una puñalada, á vista del nuevo papa, á Burel, conde de Anglona, por su celo y ahesion á la Iglesia romana. Alejandro IV citó al matador ante su tribunal para responder de su conducta. Segun su sistema habitual, los escritores enemigos del pontificado tergiversan los hechos de este período, y acusan á los papas de usurpacion y desacato contra los derechos legítimos de los soberanos. La usurpacion y desacato estaban de parte de Manfredo y de su pupilo Conrado. La Sicilia era un feudo de la Iglesia romana, los papas habian sido reconocidos soberanos por los tratados anteriores, y habian ejercido sus derechos sin reclamacion alguna. Al subir á la silla de san Pedro, cada nuevo pontífice prestaba juramento de defender los privilegios de la Iglesia romana aun con peligro de su vida. Los que les vituperan por haber sido fieles á sus promesas, ¿querrian mejor que fuesen perjuros? En nombre de su sobrino, Manfredo se habia negado redondamente á recibir la investidura del reino de Sicilia de manos del papa; se puso en abierta hostilidad contra su soberano, cuyos servidores degollaba, y cuyos dominios hacia destruir por sus tropas. Bajo el punto de vista del sistema feudal, bajo el punto de vista de toda legislacion, de toda justicia, los papas no solo tenian derecho, sino deber de defenderse contra un vasallo rebelde. Y esto es lo que hizo Alejandro IV. Manfredo respondió

á la intimacion pontificia que los derechos de Conrado, su hermano, eran superiores á lo que pretendia el papa, y que sabria hacerlos respetar por las armas. Alejandro IV, para castigar esta insolencia, excomulgó á Manfredo y Conrado, y declaró vacante la corona de Sicilia. Envió á Inglaterra al obispo de Bolonia, quien consagró, por órden suya, rey de Sicilia y de la Apulia al príncipe Edmond, hijo segundo de Enrique III. Pero el nuevo titular, retenido en su patria por las discordias intestinas, no pudo venir á tomar posesion de los Estados que se le ofrecian en Italia.

23. Manfredo continuó pues en la Sicilia sus hostilidades contra la Santa Sede. La muerte de Conrado, atribuida generalmente á un nuevo crímen de Manfredo, en 1258, puso la corona de Sicila en la cabeza de este último. Conrado solo tenia veintiseis años cuando murió, y dejó un hijo, de cinco años, llamado Conradino, último vástago de la casa de Hohenstaufen, educado á la sazon en Alemania, é incapaz de oponerse á la usurpacion de su tio. Se multiplicaban por todas partes las dificultades en torno del soberano pontífiee. Los electores del santo imperio divididos sobre la eleccion de sucesor para Federico II en el trono de Alemania, en 1257, se habian repartido los votos entre Ricardo, conde de Cornouailles, hermano del rey de Inglaterra, y Alfonso, llamado *el Sabio*, rey de Castilla. Ricardo, conde de Cornouailles, fué á hacerse coronar solemnemente á Aquisgran. Alfonso *el Sabio* no juzgó prudente dejar su reino para exponerse directamente á los peligros de una lucha incierta. Con todo, tenia muchos y poderosos partidarios en la Germania. Los dos rivales enviaron simultáneamente embajadores á Roma, pero Alejandro IV difirió pronunciarse por no complicar mas los negocios públicos. Los Romanos, siempre rebeldes é impacientes de todo yugo, proseguian con mas fuego que nunca sus proyectos sediciosos de independencia y libertad. Querian constituirse como los Genoveses, Pisanos y Venecianos en república federativa: sobrevivieron pues á su autor las doctrinas de Arnaldo de Brescia, y de tiempo en tiempo exaltaban las imaginacio-

nes hasta el delirio, y puede decirse que la rebelion estaba en cierto modo permanente en medio de la ciudad eterna. Los pérfidos consejos y el oro de Manfredo mantenian toda fermentacion de odios, y atizaban el fuego de la discordia. Alejandro IV se vió obligado á abandonar su capital para no exponer su persona sagrada á los insultos de los sediciosos, y se fijó en la ciudad pacífica y segura de Viterbo por los años de 1257 y 1258.

24. Las agitaciones de la Italia no hacian olvidar al soberano pontífice los deberes del gobierno universal de la Iglesia, y trabajaba por medio de sus legados en restablecer la armonía y concordia entre los príncipes cristianos del norte de Europa. En 1257, reconcilió á los reyes de Suecia y Dinamarca, Valdemoro y Cristóbal. Jacobo Pantaleon (1), legado apostólico en la Prusia y Pomerania, publicó en la fortaleza de Christbourg la carta constitucional de la Prusia, país nuevamente arrancado del poder de los paganos por los caballeros del órden Teutónico. El fin de Alejandro IV, estrechando entre las naciones septentrionales de Europa los lazos de la fraternidad cristiana, era el de oponer una barrera á la inundacion de los Tártaros, que amenazaban de continuo la Hungría y la Polonia, puertas del Occidente. En 1260, dirigió á las cristiandades del Norte una famosa circular, en la que organizaba una verdadera cruzada contra el enemigo comun, y determinaba el número de tropas y la cuota de tributos con que habia de contribuir cada Estado en la próxima expedicion. Así conocia el pontificado la alta mision de proteccion que le habia dado la confianza de los pueblos y el derecho público de la edad media : el pontificado era el primero que se ponia en la brecha cuando se trataba de defender la civilizacion europea contra la barbarie.

25. En 1255, á peticion expresa de san Luis, estableció el papa el tribunal de la Inquisicion en toda la extension de sus Estados. « Esta inquisicion general, dice Fleury, es notable,

(1) El mismo que sucedió á Alejandro IV, bajo el nombre de Urbano IV.

» sobre todo instituida á súplicas del santo rey Luis. » Está medida, que Fleury se explica difícilmente, nos parece fácil de explicar con solo recurrir á los principios arriba sentados. Un rey como san Luis debia, mas que ningun otro, proteger en sus Estados la fe católica, de que en su vida privada y pública hacia el móvil de su conducta. Los errores maniqueos de los Albigenses continuaban amenazando el órden público á pesar de la severa represion de la última cruzada emprendida contra ellos, y á pesar de la reunion de los condados de Provenza y de Tolosa en manos de Alfonso, hermano del rey, obrada definitivamente en 1249 á la muerte de Ramon VII, último conde de Tolosa (1). Los Judíos eran objeto de las mas odiosas imputaciones, y es preciso confesar que los tribunales habian descubierto y probado patentemente la realidad de crímenes horribles y de muertes espantosas, verificadas por ellos en reuniones misteriosas. Las cruzadas, que por un momento habian puesto en manos de los cristianos á Jerusalen, habian exasperado el ánimo de los Judíos, que en este resultado solo veian una nueva profanacion de la ciudad santa. La voz pública les acusaba de dar muerte con los mayores tormentos á las criaturas cristianas que caian en su poder. Estos crímenes, positivamente autorizados por el Talmud, y muchas veces probados jurídicamente, la avaricia notoria y las exacciones usureras de los Israelitas, el horror natural, en aquellos siglos de fe, á esta raza deicida, habian impelido frecuentemente á sangrientas represalias en Francia, Alemania, Italia é Inglaterra. Felipe Augusto, al subir al trono, habia echado de todos sus Estados á los Judíos. Inocencio IV, en 1248, hizo condenar el Talmud por Eudon de Chateauroux, su legado en Francia. Todos los ejemplares que fueron hallados fueron entregados á las llamas. A pesar de estos rigores, y tal vez por este motivo,

(1) Ramon VII, *el Jóven*, habia casado á su hija única Juana con Alfonso, conde de Poitiers, en 1237. Por este matrimonio el condado de Tolosa pasó, por muerte de Ramon VII, á la casa de Francia; y fué definitivamente reunido á la corona en 1271, despues de la muerte de Alfonso, hermano de san Luis, y de su esposa, muertos sin sucesion.

los Judíos no continuaban menos en desafiar á la execracion pública de que eran objeto. La inquisicion que san Luis, de acuerdo con Inocencio IV, estableció en su reino, tenia por mision principal mantener contra sus ocultas maniobras la pureza é integridad de la fe cristiana. El oficio de inquisidores por toda la monarquía francesa fué cometido al provincial de los Religiosos predicadores y al guardian de los frailes menores de París. Por lo demás, esta institucion no subsistió mucho en Francia, ni tuvo tampoco organizacion compacta. El cuidado de reprimir las herejías, en cuanto perturbadoras del órden público, fué cometido por la potencia secular á los parlamenmentos : lo que dió lugar á la extraña anomalía de magistrados seculares, fallando en materia religiosa, y la pretension de conocer de causas puramente espirituales, cual si hubieran sido Padres de la Iglesia, constituidos en concilio permanente de las Galias.

26. Los privilegios concedidos por los papas á los Mendicantes, el aprecio y amor con que los honraba san Luis, hasta el punto de decir que si pudiera partirse en dos, daria una parte á los Dominicos y otra a los Franciscanos, habian multiplicado los enemigos de los hijos de santo Domingo y san Francisco. La Universidad de París, envidiosa de su superioridad en todos los ramos de las ciencias, les hacia cruda guerra. Un doctor de la Universidad, Amaury de Chartres, novador temerario, cuyo sistema panteista parecia precursor de los errores modernos, habia sido condenado por el concilio de Letran. Los Dominicos y Franciscanos habian sido sus mas vigorosos adversarios. La Universidad creyó vengarse, decretando que en adelante no fuese catedrático de filosofía ó teología en ella ningun fraile de estas órdenes. Esto no era vencerlos sino oprimirlos. Alejandro IV anuló el decreto de la Universidad y restableció á los religiosos en sus antiguos derechos. Por lo demás, la carta pontifical elogia en gran manera á los que corrige : « La escuela de París, dice el papa, es como » el árbol de vida en el paraíso, ó como antorcha alumbrando » en la casa del señor. » Muy pronto se renovó la contienda

con motivo de un libro del doctor Guillermo de Santo Amor, intitulado : *De los peligros de los últimos tiempos , y del Evangelio eterno de los Franciscanos*. Era una violenta diatribe contra los religiosos. *El Evangelio eterno* de que se trata aquí , y que Guillermo atribuye , sin pruebas , á los Franciscanos , era obra de un visionario que pretendia probar que el reinado de Jesucristo habia de acabar el año 1260 , para ser reemplazado por una doctrina nueva que él titula *Evangelio eterno*. Alejandro IV condenó el papel de Guillermo y le hizo quemar en su presencia por los cardenales reunidos.

27. El odio de la Universidad , como hemos dicho , solo era efecto de una baja envidia; porque en ningun siglo presentaron á la vez tantos hombres grandes, ni tantos santos las órdenes regulares. La teología habia entrado en Europa, con las obras de Aristóteles, en nueva senda. La escolástica tomó de este sabio filósofo su método tan claro, vigoroso, lógico y preciso. Los Franciscanos Rogerio Bacon, Alejandro de Alés, Duns Escoto y san Buenaventura : los Dominicos Vicente de Beauvais, Alberto Magno y santo Tomás de Aquino dieron nueva direccion, nuevo impulso al estudio de las ciencias. Sus nombres, admirados de sus contemporáneos, han atravesado las edades, rodeados de la doble auréola de santidad é ingenio. La Universidad no carecia de hombres eruditos y elocuentes, mas no podia luchar contra estos gigantes de la escolástica. El franciscano inglés Rogerio Bacon (desde 1214 á 1294), llamado el *Doctor admirable,* fué el primero que sustituyó la filosofía experimental al método puramente especulativo. Los resultados que logró parecerian increibles, aun con los recursos de que dispone la ciencia moderna. Sus contemporáneos atribuyeron á una *potencia sobrenatural* su ciencia y descubrimientos maravillosos. Sus principales obras son : *Opus majus,* dedicado á Clemente IV, su amigo y protector. Se refundió dos veces sucesivas con los títulos de *Opus minus, Opus tertium*. Aun están manuscritos sus dos últimas obras.—*Epistola de secretis operibus naturæ et artis, et de nullitate magiæ*. — *Speculum alchimicum*. — Se atribuye á Rogerio Bacon la invencion de la pólvora,

la de anteojos de aumento, del telescopio, de la pompa de aire, y de una sustancia combustible, análoga al fósforo : y en efecto se encuentran en sus obras pasajes donde se designan bien estas invenciones. — Otro inglés, Alejandro de Alés, alumno de la Universidad de Oxford, fué á estudiar á París la teología y derecho canónico, y muy en breve mereció por su lógica tan concluyente y segura los dictados de *Doctor irrefragabilis* y de *Fons vitæ*. Se decia de él que debia todo su saber á la santísima Vírgen; y que desesperando triunfar de las dificultades que experimentaba para estudiar, la Reina de los ángeles, á quien habia invocado, le abrió los tesoros de la ciencia. A pesar de los obstáculos inmensos que le suscitaba la Universidad de Francia, Alejandro de Alés alcanzó una cátedra de teología en París. Fué el primero que comentó el libro de las Sentencias de Pedro Lombardo. Sus trabajos sobre la Metafísica de Aristóles y la sagrada Escritura han quedado reputados como monumentos de erudicion y actividad infatigable : floreció hácia 1245. — Juan Duns Escoto, natural de Northumberland, habia estudiado, segun Tritemio, bajo Alejandro de Alés. Enseñó en París y Colonia con el mayor brillo y mereció el renombre de *Doctor sutil.* Los Franciscanos opusieron su doctrina á la de santo Tomás de Aquino. Si le es inferior en el ingenio, le iguala á veces en la fuerza de su dialéctica; pero la sutileza de su espíritu, junto con la oscuridad de su lenguaje, hace muy difícil la lectura de sus obras. Con Duns Escoto comenzó la lucha entre Tomistas y Escotistas. Toda la escuela, muy atenta á estos debates, se partió entre ellos : fué imposible pertenecer á una de estas dos órdenes, dominicana ó franciscana, sin abrazar de hecho el Tomismo ó Escotismo. En filosofía, Duns Escoto admitia el *realismo*, y decia que los *universales*, solos seres efectivos, formaban los individuos por intervencion de un principio particular que llamaba principio de *individualidad*, ó *hæcceitas*. En teología, santo Tomás y los Dominicos sostenian los principios rigurosos de san Agustin sobre la gracia y dogmas concernientes á ella, en tanto que Escoto y los Franciscanos adoptaban opinio-

nes menos severas. Por último, los Dominicos negaban la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen, que sus adversarios defendian con calor (1). Esta rivalidad produjo varios provechos, pues se promovian discusiones sérias y profundas sobre muchos puntos de doctrina; é impedian las opiniones sobrado exclusivas. Solo produjo el inconveniente de agriar muchas veces los ánimos. — Nacido en Bañarea de Toscana, Juan de Fidanza, apellidado Buenaventura, general de los Franciscanos, enseñó teología en París y recibió el título de *Doctor seráfico*. Su alma no era menos angélica que su ingenio; y decia de él con frecuencia su maestro, Alejandro de Alés: *Verus Israelita, in quo Adam non peccasse videtur*. Lo que domina en los escritos de san Buenaventura es la direccion práctica; sin embargo, unen el elemento místico al método especulativo, como lo prueba la importante obra sobre la relacion de las ciencias con la teología, titulada: *Reductio artium liberalium ad theologiam*. De sus dos manuales, el *Centiloquio* y el *Breviloquio*, Juan Gerson estaba especialmente prendado del último. Es una exposicion apretada, lógica y completa de la dogmática, cuya lectura recomendaba el célebre canciller á teólogos jóvenes, como propia para encender el corazon y alumbrar el espíritu. Las obras del Doctor seráfico no contienen menos de seis volúmenes en folio. A estas ocupaciones científicas, san Buenaventura supo unir una sorprendente actividad por el bien de la Iglesia. El papa Gregorio X se valió de sus luces en circunstancias muy gra-

(1) El grande argumento, el *argumento Aquiles* de Escoto se reducia á tres palabras admirables: POTUIT? DECUIT? ergo FECIT. Y cursando en Valencia, tuvimos ocasion de leer la siguiente décima ingeniosísima.

O cabia ó no cabia
En el divino poder
En su primitivo ser
Darle la gracia á María.
Que Dios hacerlo podia
Eso jamás se negó:
Y en este supuesto, yo
Que se la diese no dudo:
Porque si dársela pudo,
¿Quién duda que se la dió?

(El Traductor.)

ves, y le hizo cardenal á pesar de su humilde resistencia. Cuando el legado de la Santa Sede fué á llevarle el nombramiento é insignias del capelo, el santo estaba muy afanado en fregar y servir de marmiton al cocinero del convento! San Buenaventura murió en Lyon, en 1274, durante el décimocuarto concilio general, en medio de muchos trabajos aun no acabados y en la flor de su edad. El duelo universal de todos los Padres del concilio fué el elogio mayor que pudiera ilustrar su tumba. Gregorio X, los patriarcas de Constantinopla y Antioquía marchaban al frente del acompañamiento, derramando tiernas lágrimas. Fué canonizado en 1482. — Los Dominicos contaban en sus filas doctores no menos ilustres. Hácia 1228, en la abadía de Royaumont, san Luis fijaba su atencion en un religioso á quien los monjes, sus hermanos, habian apellidado *Tragon de libros* (librorum helluo). Este monje era fray Vicente de Beauvais, á quien el rey hizo muy en breve su bibliotecario, y á quien encargó recoger los libros mas raros y curiosos. La obra de Vicente Belovacense (ó de Beauvais) intitulada : *Speculum historiale, morale, naturale*, es una verdadera enciclopedia, donde se resumen todos los conocimientos de aquella época. Hay de que admirarse á vista de un monumento levantado á las ciencas de una época, por un simple fraile, que no tenia, como en nuestros dias, los recursos de la imprenta, ni de una colaboracion inteligente, para llevar á cabo obra tan gigantesca. Vicente Belovacense pensaba completar su obra con una cuarta parte, que hubiera titulado *Speculum doctrinale;* pero se lo impidió la muerte, que le arrebató, para dormir en el Señor, el año 1264, dejando al mundo el recuerdo de una ciencia casi sin igual, y virtudes que le merecieron el dictado de bienaventurado. — Otro hijo de santo Domingo, Alberto, llamado el Magno, de la familia de los condes de Vollstœdt, catedrático de teología, primero en París, luego en Colonia, provincial de los Dominicos, y por fin obispo de Ratisbona, habia cursado en la célebre Universidad de Padua. La extension de sus conocimientos fué maravilla de su siglo. Sus obras sobre filosofía, teología, derecho, sagrada

Escritura, física, química é historia natural, no forman menos de veinte y un volúmenes en folio. Alberto el Magno tuvo la incomparable gloria de ser maestro de santo Tomás de Aquino. Hábia notado muy pronto el ingenio, penetracion singular, juicio sólido y profundo saber de este jóven, á quien sus condiscípulos por bufonía llamaban el *Buey mudo*, por ser muy taciturno. « Dia vendrá, decia Alberto, en que los mugidos » del Buey mudo sean oidos del mundo todo. » — Santo Tomás de Aquino, llamado el *Doctor angélico*, habia de instruir, en efecto, á todas las generaciones, y merecer los títulos de *Doctor universal*, de *Ángel de la escuela*. La *Suma* de santo Tomás es la obra mas maravillosa del ingenio humano. Por desgracia, este monumento de la ciencia teológica no quedó acabado. Santo Tomás la dividió en tres partes. La primera, despues de una ojeada ó introduccion sobre el método que ha de seguirse en los estudios teológicos, trata de Dios, de la Trinidad, de la creacion del hombre en las cuatro partes de su ser : alma, inteligencia, voluntad y cuerpo. La segunda parte se subdivide en dos secciones, á quienes se ha dado los títulos de *Prima secundæ*, y *Secunda secundæ*. La primera seccion contiene los artículos sobre los novísimos del hombre, la bienaventuranza eterna, los actos humanos, las virtudes, los vicios, el pecado y sus especies. La segunda seccion es mucho mas extensa : comprende los artículos sobre la fe, esperanza, caridad, gracia, dones sobrenaturales espirituales ; sobre la vida activa, contemplativa y religiosa. La tercera parte abraza un tratado sobre Cristo, y otro tratado incompleto sobre los sacramentos. Los escritos de santo Tomás, y en especial la *Suma*, han sido siempre objeto de admiracion universal en la Iglesia. Juan XXII solia decir « que el angélico » Doctor habia hecho otros tantos milagros como artículos. » — « Sin querer deprimir á los demás, decia el cardenal Toleto, » santo Tomás solo me basta para todo. » — Un heresiarca del siglo XVI decia : « Quitadme á Tomás y destruiré la Iglesia. » El rey san Luis conversaba íntimamente con santo Tomás, y le admitia frecuentemente á su mesa. El Doctor angélico no

era menos piadoso que sabio. Domingo de Caserta, su discípulo, le vió un dia arrodillado al pié de un crucifijo en arrobamiento extraordinario. Oyó una voz milagrosa que decia : « Has escrito bien de mí, Tomás; ¿qué galardon me pides? — » No otro, sino á vos mismo, respondió el santo. » — Santo Tomás de Aquino murió en el monasterio de Fossanova, cerca de Frosinone, á tiempo que se dirigia por órden del papa al concilio décimocuarto general. (Floreció este santo desde 1227 á 1274.)

28. El papa Alejandro IV murió el 25 de mayo de 1261 en medio de esta generacion de Doctores que ilustraba á la Iglesia. En dicho año se verificó la caida del imperio latino de Constantinopla, fundado medio siglo antes cuando la cuarta cruzada. Balduino II de Courtenay, á pesar de esfuerzos enérgicos y perseverantes, tuvo que sucumbir al desastre. Miguel Paleólogo, de la familia de los Comnenos, se apoderó de Constantinopla con las armas, y Balduino II, destronado, se retiró á Italia, donde murió en 1273, despues de haber agotado todos los recursos imaginables y prudentes para reconstituir su desmoronado imperio.

§ IV. PONTIFICADO DE URBANO IV (29 de agosto de 1261-2 de octubre de 1264).

29. A la muerte de Alejandro IV, Jacobo Pantaleon, patriarca de Jerusalen, y el mismo que como legado apostólico habia promulgado la nueva constitucion de la Prusia, se hallaba en Viterbo, á donde le habian llamado las necesidades de su Iglesia. Jacobo Pantaleon nació en Troyes, de un padre que Bury llama : *Sutor veteramentarius*. Dios quiso sacarle de la mas oscura condicion para elevarle á la cumbre de las dignidades de la tierra. Hecho papa, mandó edificar en el sitio de la tiendecilla portátil, donde remendaba su padre, una iglesia dedicada á san Urbano, cuyo coro es uno de los mas preciosos monumentos de arquitectura gótica. Era confesar noblemente, é ilustrar en cierto modo la bajeza de su orígen. Urbano IV continuó la lucha ya empezada, bajo el reinado de

sus predecesores, contra el rey de Sicilia, Manfredo, el cual, para fortalecer mas su autoridad, acababa de contraer alianza con Jaime II, rey de Aragon, cuyo primogénito casó con la princesa Constanza de Sicilia. « Me admira, escribió en 1267 » el papa á Jaime II, os hayais dejado sorprender de los artifi» cios de Manfredo. Os deben ser notorios sus crímenes. Ya » sabeis cómo, hollando la fe jurada, declaró la guerra á » nuestro antecesor Inocencio IV, de feliz memoria, é hizo ase» sinar á presencia del mismo pontífice á Burel, conde de An» glona. A la muerte de Conrado, su hermano, se ha unido » con los Sarracenos para despojar al jóven Conradino, su so» brino, y posesionarse, con ayuda de los infieles, de un reino » usurpado. Desde entonces no ha cesado de saquear las igle» sias de sus Estados; y á pesar de la excomunion fulminada » contra él, obliga con violencia á los obispos á que celebren » en su presencia los sagrados misterios. Ha hecho morir con » espantosos suplicios á los señores sicilianos adictos á la fe » católica. A pesar de tantos crímenes, la Iglesia, como madre » tierna, le hubiera abierto sus brazos si hubiese manifestado » sincero arrepentimiento. Le hemos transmitido proposiciones » de paz, que ha desechado con menosprecio. No vemos » pues que os sea conveniente contraer alianza con un enemigo » de la Iglesia, por la cual habeis mostrado siempre ser hijo ce» loso y amante, así como su mas fiel defensor. »

30. No fué escuchado tan noble lenguaje, y Jaime II pasó adelante y concluyó la proyectada alianza con el tirano. Urbano IV no vaciló un momento; declaró vacante el trono de Sicilia, y le ofreció á san Luis, que lo rehusó. El papa lo propuso luego á Carlos, conde de Anjou y de Provenza, hermano del rey de Francia, que entabló sobre ello negociaciones sérias.

31. Entretanto, despues de la muerte de Federico II, esto es, desde mas de doce años, quedaba sin titular el imperio de Alemania. Los dos pretendientes, Ricardo de Cornouailles y Alfonso X, rey de Castilla, dieron pasos para que el nuevo papa decidiera la cuestion por una sentencia definitiva. Aca-

baba de formarse un tercer partido que proponia al jóven Conradino para el trono. Las circunstancias eran graves y escabrosas. Urbano IV fijó á los príncipes una época determinada para venir á su presencia y oir el auto definitivo. Mas la muerte precoz de Urbano IV, cuya moderacion, sabiduría y firmeza habian hecho concebir las mas lisonjeras esperanzas, difirió aun la conclusion de este asunto. Murió este pontífice el 2 de octubre de 1264; aunque gobernó poco tiempo la Iglesia, inmortalizó su pontificado con la institucion de la fiesta del Santísimo Sacramento, en una bula; y encargó de formar su oficio á santo Tomás de Aquino.

§ VII. PONTIFICADO DE CLEMENTE IV (5 de febrero de 1265-29 de noviembre de 1268).

32. El cardenal Guido Fulcodi fué elegido sucesor de Urbano IV por los cardenales reunidos en Viterbo, donde habia quedado la corte romana desde la muerte de Alejandro IV. En el momento de su eleccion venia Guido Fulcodi de Inglaterra, á donde habia sido enviado con especial embajada, y en el camino supo su eleccion. Para librarse de las asechanzas de Manfredo, se disfrazó en lego demandadero ó limosnero, y así llegó á Perusa, donde fueron los cardenales á postrarse á sus piés y proceder á la consagracion y coronamiento. Tomó el nombre de Clemente IV. Carácter firme, desinterés sin igual, vigilancia, actividad y energía, abnegacion perfecta de sí mismo, le hacian parecer como un nuevo Gregorio VII ó Inocencio IV. Solo le faltó el tiempo para hacer de su pontificado uno de los mas ilustres de la historia eclesiástica. Por bula del 6 de febrero de 1265, nombró solemnamente rey de la Sicilia á Carlos, conde de Anjou y de Provenza, con condicion de que este príncipe diese á la corte romana un tributo anual de ocho mil onzas de oro y de una jaca, y de recibir su reino en feudo, *sin ley sálica:* « Las elecciones de las iglesias serán » enteramente libres, sin que por este respecto exija el nuevo » rey ninguna especie de derecho. Todas las leyes de Fede» rico II, de Conrado ó de Manfredo, contrarias á la libertad

» eclesiástica, serán revocadas; y no habrá regalía para las » iglesias vacantes. » Carlos aceptó todas estas condiciones, fué á Roma, en donde cuatro cardenales delegados por el romano pontífice, que habitaba en Perusa, le consagraron con solemnidad.

33. El nuevo rey de Sicilia era digno de ser elegido por la Iglesia romana. Tan prudente como valeroso, de una mirada segura y pronta, vigilante en el buen éxito, constante en la adversidad, observador fiel de su palabra, y trabajador hasta rehusarse muchas veces el sueño, Carlos de Anjou hubiese dejado á la historia un nombre sin tacha si el asesinato jurídico de Conradino no hubiese manchado su memoria, y si hubiera sabido unir la moderacion que conserva los Estados al valor que los funda. Despues de su coronamiento, avanzó con sus tropas hácia Nápoles al encuentro de Manfredo, contra el cual habia predicado el papa una cruzada. El choque de ambos ejércitos, en 1266, se verificó en Benevento. Se dice que Carlos debió su victoria á la órden que dió á los suyos de *apalear á los caballos*. Era obrar contra las reglas de caballería, entonces usadas; y los escritores contemporáneos tratan esta accion de *fechuría*. Mas sea lo que quiera, Manfredo, desesperado, vino á buscar la muerte en los escuadrones franceses, y cayó herido de mil lanzazos. Nápoles, Mesina, Manfredonia, la Italia meridional y toda la Sicilia se sometieron al poder del vencedor. Carlos de Anjou reinó pues de hecho y de derecho: y fué una corona mas dada por la Santa Sede. A los ojos de los enemigos del pontificado, fué este acto otra usurpacion fragante de los papas contra los derechos de los señores temporales: á nuestro modo de ver, tales intrusiones ó usurpaciones nos parecerian completamente imposibles, si la legislacion y el derecho público de aquella época no hubiesen revestido á los soberanos pontífices de una jurisdiccion suprema é incontestable. La derrota de Manfredo y su muerte no habian quitado aun las esperanzas al jóven Conradino, nieto de Federico II y último heredero de su rama. Poco satisfecho del título nominal de rey de Jerusalen que le habia otorgado Cle-

mente III, este príncipe, apenas de quince años de edad, quiso ser rey efectivo de Sicilia. Por otra parte, la violenta administracion de Carlos de Anjou no tardó en disgustar á sus nuevos vasallos. « Lanzó por todos sus Estados, dice un autor con» temporáneo, una nube de gentes codiciosas, que se echaban » como langostas comiendo el fruto, el árbol y hasta la tierra » misma. » El soberano pontífice dió severas reprimendas al nuevo conquistador. Las quejas resonaban en toda Italia y hasta mas allá de los Alpes. Todo el partido gibelino de Nápoles, Toscana, y sobre todo Pisa, imploraban el socorro del jóven Conradino. La madre de este niño le retuvo largo tiempo, inquieta de verlo volver á entrar en Italia, donde habia hallado su muerte toda su familia. Pero Conradino sentia hervir en sus venas la ardiente temeridad de Federico II, su abuelo, y pudo deslizarse del lado de su sensata madre. Su jóven amigo, Federico de Austria, quiso acompañarle en su suerte, y ambos pasaron los Alpes al frente de una tropa brillante y numerosa de caballeros. Además de los Gibelinos italianos, vinieron á alistarse bajo sus banderas nobles españoles, refugiados en Roma. El ejército de Carlos de Anjou les aguardaba en la orilla opuesta del Tagliacorzo. Las tropas alemanas pasaron atrevidamente el rio y dispersaron cuanto se les opuso por delante; por manera que Conradino creyó definitivo su triunfo. Pero todo era un ardid de guerra con que engañó Carlos de Anjou á un niño inexperimentado. El cuerpo del ejército siciliano se habia formado en batalla á alguna distancia del rio, y cayó impetuosamente sobre las tropas alemanas, que derrotó. Solo los Españoles se formaron en escuadron cerrado, pero fueron deshechos por un número muy superior. Fueron pues hechos prisioneros Conradino y Federico de Austria. Carlos de Anjou se cegó por el deseo de venganza, y entregó ambos cautivos á un tribunal de guerra. Solo un juez pronunció condenacion; los demás ó callaron, ó protestaron contra las formas del proceso. El desgraciado Conradino fué decapitado con su inseparable amigo Federico de Austria. « ¡ O madre mia ! exclamaba » aquel desde lo alto del cadalso, cuán mala noticia van á darte

» de mi! » Luego echó su guante á la turba que asistia, y entregó su cuello al verdugo, en 1268. Este guante, recogido por un fiel servidor, fué llevado á la hermana de Conradino y á su cuñado, el rey de Aragon, cuya venganza veremos mas tarde. Con Conradino se extinguió la familia de los Hohenstaufen, *vipereum semen Federici secundi*, como habla un historiador de aquel tiempo (1).

34. El papa Clemente IV y los cardenales condenaron enérgicamente la conducta de Carlos de Anjou en esta circunstancia. El príncipe francés se habia olvidado de que la clemencia, gran virtud de los reyes, es de ordinario la necesidad de un hábil político: crueles acontecimientos le hicieron arrepentirse mas tarde. Clemente no los vió, porque murió un mes despues de la decapitacion de Conradino, el 29 de noviembre de 1268. En 1266 habia publicado un decreto, por el cual decidia que la disposicion de todos los beneficios pertenece al papa, por manera que no solo tiene derecho de conferirlos todos, cuando están vacantes, sino de asegurárselos á quien le pareciere, aun antes de vacar. Esto era lo que se llamó mas tarde *reservas espectativas*. Los historiadores y canonistas franceses aplican ordinariamente á esta bula de Clemente IV el famoso edicto de san Luis, conocido bajo el nombre de *pragmática sancion*, en 1268. Esta ordenanza contiene los cinco artículos siguientes: « 1°. Las iglesias, los prelados, los coladores y co-
» lectores ordinarios de beneficios gozarán plenamente de sus
» derechos, y conservarán cada uno su jurisdiccion. 2°. Las
» iglesias catedrales y otras tendrán libertad entera de proce-
» der á las elecciones segun las formas canónicas. 3°. Queremos

(1) Es muy notable la diferencia entre el relato del abate Darras y la de nuestro Illescas y Pedro Mejía. Segun estos, la condicion impuesta al nuevo rey de Nápoles, no tenia relacion á la ley sálica, sino á que no pudiese ser *emperador de Alemania.* Los Infantes de Castilla don Enrique y don Fadrique (este muy revoltoso), ambos fuera de España y el primero senador en Roma, tomaron parte por Conradino sin mas motivo que por estar malquistos con Carlos de Anjou. De este no dicen nuestros historiadores que fuese mal rey; al contrario, le encarecen mucho, y dicen que fundó una iglesia en el mismo sitio de la batalla, intitulada de *Nuestra Señora de la Victoria.* (El Traductor.)

» que la simonía sea extirpada enteramente en nuestro reino, » como crímen perniciosísimo á la Iglesia. 4°. Las promociones, » colaciones, provisiones y disposiciones de las prelaturas, » dignidades y otros beneficios eclesiásticos, cualesquiera que » sean, se harán segun las reglas del derecho comun, de los » santos Padres y de los concilios. 5°. Renovamos y aprobamos » las libertades, fanquicias, prerogativas y privilegios, otorga» dos por los reyes, nuestros antecesores, y por Nos, á las igle» sias, monasterios, y otros establecimientos de piedad, como » tambien á las personas eclesiásticas. » Tal es el texto de la *pragmática sancion* conservado en los monumentos antiguos. Pero á estos cinco artículos, algunos ejemplares mas recientes añaden otro : « 6°. No queremos que de modo alguno se saquen » ó recojan los impuestos y cargas que la curia romana ha im» puesto ó pudiera imponer á las iglesias de nuestros reinos, » si no es por causa urgente y de nuestro pleno y libre con» sentimiento. » La autenticidad de este sexto artículo ha promovido las mas sérias discusiones entre los críticos. Todos los autores galicanos se han pronunciado por la afirmativa; pero nos parecen sobrado interesados en la causa para no ser un tanto sospechosos. El P. Tomasino, Roncaglia y otros críticos italianos han demostrado, con razones que creemos perentorias, que el sexto artículo, falsamente atribuido á san Luis, ha sido adicion reciente, hecha por mano extraña. Cualquiera que sea la opinion que se siga en este particular, la controversia no presenta interés alguno en nuestros dias. Aun admitiendo la autenticidad dudosa del sexto artículo, preguntamos qué provecho se les sigue á los enemigos del pontificado y á los adversarios de la infalibilidad dogmática del papa. La exaccion de un impuesto ó tributo es un derecho de alto dominio ó de soberanía : los pontífices romanos no han pretendido ser nunca soberanos del reino de Francia. ¿Qué cosa mas natural que san Luis, en calidad de jefe y cabeza temporal, declare que no pueda exigirse ningun tributo ni gabela en su reino sin consentimiento suyo? ¿Habia en eso materia para tanto parlar? — El nombre de san Luis ha sido introducido

mas directamente en lo que se ha convenido en llamar *libertades de la Iglesia galicana;* pero todo eso se apoya en un sofisma. En 1229, despues de la sumison de Ramon VII, conde de Tolosa, san Luis mandó publicar en todos los Estados del Languedoc el edicto siguiente : « Desde los primeros años de » nuestro reinado, hemos buscado siempre la gloria de Dios y » la exaltacion de nuestra santa madre la Iglesia. Esta ha pa» sado largo tiempo por duras tribulaciones en vuestras pro» vincias, ha sido desacatada por continuas rebeldías del » pueblo y de los grandes. En consecuencia, ordenamos que » en lo venidero las igiesias y los eclesiásticos del Languedoc » gozen plena y libremente *de las inmunidades, franquicias y* » *libertades de que goza todo el resto de la Iglesia galicana.* » Lo que queria san Luis era librar á las iglesias del Mediodía de la odiosa esclavitud á que la habian reducido los Albigenses. Tal es el sentido claro y neto del decreto. Los legistas franceses, queriendo interpretar en otro sentido la expresion de *libertades de la Iglesia galicana,* que se hallan aquí por la primera vez, no han sido sino sofistas é infieles traductores.

§ VIII. VACANTE DE LA SANTA SEDE. (29 de noviembre de 1268-1°. de setiembre de 1271).

35. Los cardenales, reunidos en Viterbo, no pudieron entenderse en la eleccion de nuevo pontífice, despues de la muerte de Clemente IV. La Santa Sede vacó cerca de tres años. Este intervalo fué sin embargo señalado por la octava y última cruzada. El sultan de Egipto, Bibars-el-Bondockar, vencedor de Massoura, habia vencido á los cristianos de la Siria en varias circunstancias, y se habia apoderado de Damasco, de Tiro, de Cesarea, de Antioquía y de Jaffa. Sin embargo san Luis, desde 1254, no habia dejado de llevar la cruz sobre sus vestiduras, como para mostrar que aun no habia acabado su peregrinacion. Resolvió intentar nueva cruzada, que debia de ser mas desastrosa y estéril que las anteriores. Carlos de Anjou, su hermano, rey de Sicilia, y el príncipe Eduardo de Inglaterra se cruzaron con él. Luis IX, despues

de haber provisto al gobierno del reino con un consejo de regencia hábil y prudente, salió de Aguas Muertas el 1°. de julio de 1270. La flota tomó direccion para Caller, punto de reunion de todo el ejército expedicionario. Aun no se sabia por qué punto del imperio musulman se principiaria el ataque, cuando hé aquí que se presentan embajadores de Mohammed-Mostanser, rey de Túnez, en el campo de los cruzados. Declararon á san Luis que su amo queria hacerse cristiano y que contaba con la proteccion de los cruzados para protegerle contra Bibars, á quien habia de enfurecer esta conversion. El santo rey de Francia, no escuchando sino su piedad y no sospechando la perfidia del príncipe musulman, hizo velas para el África. El ejército francés desembarcó en las ruinas de la antigua Cartago; mas no habiéndose verificado la conversion de Mostanser, fué necesario sitiar á Túnez. El Infiel se defendió con valor. Muy pronto los calores excesivos, la mala agua y peores víveres infestaron el cuerpo expedicionario de fiebres malignas, que se llevaron mas de la mitad del ejército. El primer baron cristiano, Mateo III de Montmorency, sucumbió el 1°. de agosto. Los hijos del rey, Felipe, Tristan, Pedro de Francia, y el mismo rey fueron atacados. El 7, contrajo la peste Roaldo de Grosparmy, uno de los legados. Habia mejorado Felipe, hijo del rey, pero san Luis se empeoraba mas y mas. Sostuvo este último combate con toda la grandeza de alma de un héroe cristiano. Sin perder su igualdad de ánimo, y superior á los tan desgraciados acontecimientos, no interrumpió ningun cargo de su real autoridad : mas ocupado en aliviar á sus soldados que á sí propio, no cesaba de prodigar toda suerte de cuidados á los suyos. Se estaba esperando la llegada de Carlos de Anjou, rey de Sicilia. « El 25 de agosto, » escribe Villeneuve-Trans, á penas si hacia reflectar al mar el » sol, cuando se divisaron en el horizonte marítimo los estan» dartes de la flota Siciliana ; pero Carlos de Anjou no habia de ver » ya vivo á su santo hermano. Se acercaban apresuradamente » los últimos momentos de san Luis. A esta noticia, todo el » campo se conmueve. Alféreces reales, guerreros, heridos,

» enfermos, todos, todos acuden azorosos : se levanta uno de
»los lados de la tienda real, y Luis, sostenido por sus fieles
» servidores, aparece revestido de un largo cilicio, con una
» cruz en sus manos lívidas, los ojos fijos en un lecho de ceni-
» zas esparcidas de priesa en la tierra seca. En aquella cama
» deseaba espirar el piadoso rey. Isabel de Aragon, Amicia de
» Artois, la reina de Navarra, la condesa de Poitiers disimulan
» con grandísima pena sus sollozos : sus nobles esposos, hijos
» del monarca espirante, Pedro de Alenzon, los señores, los
» capellanes, los embajadores imperiales de Miguel Peleólogo
» forman un cerco en torno del moribundo, cuya majestad
» no brilló nunca mas pura que en aquel trono de dolor, lle-
» vando por cetro un crucifijo, por diadema la auréola de los
» mártires, por dosel el cielo raso de Cartago, por Consejo pleno
» un ejército lloroso, y por reino la eternidad. Atacado de los
» mas agudos dolores, no se escapa de sus labios, ni una queja,
» ni un murmullo, ni un pesar. Solo se le oye repetir con voz
» apagada : ¡Oh Dios mio! compadeceos de este pueblo que
» ha venido en mi seguimiento hasta estas playas! Volvedlo á
» su patria, Señor, para que no se vea forzado á renegar de
» vuestro santo nombre. » Dió entonces al príncipe Felipe, su hijo y sucesor, admirables preceptos de virtud y de gobierno. La muerte se apresuraba. Se le oyó decir muchas veces : « Je-
» rusalen! Jerusalen! » Y en fin espiró pronunciando aquellas palabras del Salmista : « *Domine, introibo in domum tuam,*
» *adorabo te apud sanctum templum tuum.* » ¡El rey es muerto! Viva el rey! esta exclamacion antigua de la monarquía no tuvo lugar porque lo impidió el dolor : los heraldos y los grandes oficiales de la corona callaron, y sólo anunciaban una pérdida tan inmensa los sollozos, lágrimas y suspiros. La corona de Francia pasó, en tierra extraña, á las sienes de Felipe III, el Animoso. Roberto, conde de Clermont, el hijo menor de san Luis, acababa de casarse con Beatriz de Borgoña. De este descienden las familias reales de los Borbones de Francia, España y Nápoles, cuya historia, grandezas é infortunios van envueltos en los destinos del universo.

36. Se continuó empero el sitio de Túnez, y los Sarracenos, vencidos, pidieron paz. Felipe el Animoso, hijo de san Luis, y Carlos de Anjou, rey de Sicilia, concluyeron con Mostanser una tregua de diez años con favorables condiciones para la religion; y terminado esto trajeron él ejercito á Europa. El príncipe Eduardo de Inglaterra aun no habia renunciado al proyecto de socorrer á los cristianos de Jerusalen, y vino á desembarcar en la Palestina con sus tropas. Se le unieron los caballeros del Temple y del Hospital, y juntos lograron no pocas ventajas sobre los infieles; pero la muerte de Enrique III, en 1272, hizo necesaria en Inglaterra la presencia de Eduardo. Así acabó la octava y última cruzada. Cuantos esfuerzos hicieron despues los papas para reanimar á la Europa por la guerra santa fueron estériles; y los cristianos de la Palestina, abandonados á su propia flaqueza, sucumbieron por último bajo el poder de los Mamelucos. Perdieron sucesivamente las ciudades y fortalezas que poseian en la costa del mar. Tortosa, Laodicea, Trípoli, caida en manos de infieles, fueron saqueadas é incendiadas. Por fin, en 1291, el sultan Khalil-Archraf sitió á san Juan de Acre al frente de doscientos mil Sarracenos. Este último asilo de los cristianos sucumbió, y con él todo el imperio de los Francos, en el Asía. El resto de las tres órdenes militares de caballeros se retiró á la isla de Chipre, que formaba entonces un reino latino independiente.

37. Al juzgar las cruzadas por su triste resultado, no se veria en ellas sino una serie de expediciones desgraciadas, desastres y guerras sin fruto. Así las han juzgado y juzgan aun hombres superficiales, ó muy ajenos de entrar en los designios superiores de la Providencia, que solo puede revelarnos la doctrina católica. Para estimarlas en su justo valor, seria menester demostrar la influencia que estas expediciones lejamas y religiosas ejercieron sobre los pueblos, domando su energía todavía bárbara; sobre los grandes, obligándolos á la paz interior; sobre toda la Europa, dándole unidad política por la fusion de las poblaciones y por la comunidad de miras é intereses; y en fin sobre el comercio y la industria, estableciendo comunicaciones

frecuentes y regulares entre el Oriente y Occidente. « Cuando » en la edad media, dice el conde de Maestre, fuimos al Asia, » con espada en mano, para tratar de romper en su propio ter- » reno aquella temible cimitarra que amenazaba á todas las liber- » tades de la Europa, los Franceses se pusieron al frente de » aquella memorable empresa. Un simple particular que no ha » transmitido á la posteridad sino su nombre de bautismo, y su » modesto sobrenombre de *Ermitaño,* ayudado solamente de la » fe y de su voluntad invencible, levantó la Europa entera, » atemorizó al Asia, destruyó la feudalidad, ennobleció á los » siervos, transportó la antorcha de las ciencias, y cambió la » Europa. » Tal es el verdadero punto de vista bajo del cual ha de mirarse la historia de las cruzadas para conocer, sin entrar precisamente en las ideas puramente cristianas, las inmensas ventajas que de ellas han reportado la humanidad y la civilizacion.

§ IX. PONTIFICADO DE GREGORIO X (1° de setiembre de 1271-10 de enero de 1276).

38. Felipe III el Atrevido (mas bien el Animoso) atravesó la Italia al regresar á Francia. Traia á San Dionisio [Panteon de los antiguos reyes de Francia] cinco féretros, conteniendo los huesos del rey, su padre; del conde de Nevers, su hermano; del rey de Navarra, su cuñado; de Juana de Aragon, su esposa; y del niño á quien, moribunda, habia dado á luz. Jamás se habia visto necrópolis real con tanto luto. Al pasar por Viterbo, Felipe el Animoso habia suplicado á los cardenales concluyesen en fin la eleccion pontifical y diesen pastor supremo á la Iglesia. El 1°. de setiembre de 1271, los votos, por tan largo tiempo divididos, recayeron en fin por influencia de san Buenaventura en el arcediano Teobaldo Visconti, que entonces se hallaba en calidad de legado apostólico, en compañía de Eduardo, en la Palestina. El nuevo papa recibió el acta de su eleccion en San Juan de Acre, el 27 de Octubre, y tomó el nombre de Gregorio X. Esta promocion dió halagüeñas esperanzas á los cristianos de la Tierra Santa. En un discurso que dirigió al

pueblo de Ptolemáida antes de embarcarse, el nuevo papa exclamó con el Salmista: « Si te olvidare yo jamás ¡ó Jerusalen! » sea olvidada mi diestra! Péguese mi lengua al paladar si no » te guardare eternamente en mi memoria, y no tuviere á Jeru- » salen en el principio de todas mis alegrías. » Durante todo su pontificado, Gregorio X prosiguió en efecto el proyecto de nueva cruzada; pero se inutilizaron sus esfuerzos ante la universal indiferencia. Absorbió tambien gran parte de sus cuidados la reunion de la Iglesia griega, que se juzgó muy posible y cercana. El emperador griego, Miguel Paléologo, que habia recuperado á Constantinopla, temia extraordinariamente á Carlos de Anjou, rey de Sicilia, cuyas armas habian batido á los Griegos mas de una vez en las provincias ilirianas. Sea motivo político para empeñar al papa en una amistosa intervencion, sea deseo usurero de hacer volver á entrar á sus súbditos en la grande unidad católica, trabajó con la mayor perseverancia, y á pesar de las inveteradas preocupaciones de los Griegos en atraer á los obispos de sus Estados á pensamientos de conciliacion. El piadoso y sabio Veco, bibliotecario imperial, que luego fué elevado á la silla de Constantinopla, favoreció con toda su influencia á Miguel Paleólogo en su difícil empresa. Fueron pues enviados embajadores á Gregorio X para informarle de tan buenas predisposiciones.

39. A fin de dar á la reconciliacion un caráter mas sagrado, y predicar la cruzada en mas augusto teatro, convocó el papa el décimocuarto concilio general, para la ciudad de Lyon. « Hubiéramos podido, dice en su circular á los obispos y » príncipes de la cristiandad, fijar el lugar de la reunion en » nuestra ciudad de Roma; pero los príncipes de Occidente » hubieran tenido dificultad de llegar hasta aquí, y la Tierra » Santa no hubiera hallado tantos defensores. Este ha sido el » motivo de escoger del otro lado de los Alpes una ciudad cono- » cida por su fidelidad y celo por la Santa Sede, y célebre ya por » la celebracion del décimotercero concilio general. » Quinientos obispos de todas las partes del mundo católico, dos patriarcas latinos, Pantaleon de Constantinopla y Opizon de Antioquía,

Felipe el Atravido, rey de Francia, Jaime II, rey de Aragon, los embajadores de Alemania, Inglaterra, Sicilia y reinos del norte de Europa, mas de mil abades prelados, se reunieron en el concilio de Lyon, que se abrió el 2 de mayo 1274. Gregorio X, en presencia de esta asamblea, la mas imponente y augusta del universo, ofició pontificalmente, y en un discurso, cuyo texto tomó de las palabras del Evangelio : *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum*, expuso las razones que le movieron á la convocacion del concilio : 1°. La cruzada; 2°. la reunion de los Griegos; 3°. la reforma de costumbres. Conforme al deseo del soberano pontífice, se decretó que se enviarian socorros considerables á Tierra Santa. « Las hemos visto, » Nos mismo, dice Gregorio, las desgracias de los peregrinos : » hemos contado Nos mismo todos sus padecimientos. Su » ánimo es superior á sus trabajos, y su piedad inalterable en » sus reveses. Como los guerreros de Godofredo de Bouillon, » son dignos hijos de la cruz. Vayamos pues tambien nosotros á » libertar la Palestina. No se trata aquí de fundar nuevos reinos » en el Asia, ni de atacar á los soberanos infieles del África. » Nosotros marcharemos á la conquista del santo Sepulcro! » Se correspondió al ardor del heróico pontífice mandando prestaciones de dinero y diezmos en provecho de la cruzada en los diversos Estados de la cristiandad. Pero lo que pedia el soberano pontífice, no era oro, sino soldados. Pero faltaron soldados, porque era ya pasado el tiempo de las cruzadas. El 1°. de julio ofició el papa pontificalmente en presencia de los Griegos y de todo el concilio. La Epístola y el Evangelio fueron cantados en griego y en latin. Igualmente fué cantado en latin y griego el Símbolo de la fe, y se repitió hasta tres veces la famosa adicion : *Qui a Patre Filioque procedit*. San Buenaventura predicó un discurso acerca de la unidad de la Iglesia católica. Despues de la misa se leyeron las cartas de Miguel Paleólogo y de los obispos griegos, conteniendo una profesion de fe enteramente ortodoxa. El papa era titulado en ella : *primero y soberano pontífice, papa ecuménico, padre comun de todos los cristianos*. Jorge Acropolita, embajador imperial, en repre-

sentacion de Miguel Paleólogo, pronunció el juramento siguiente : « Yo abjuro el cisma, por mi amo y por mí mismo. » Yo creo de todo corazon y profeso de palabra la fe católica, » ortodoxa, romana; prometo seguirla sin separarme de ella » jamás. Reconozco el primado de la Iglesia de Roma y la obe- » diencia que le es debida. Lo confirmo todo con mi juramento » en el alma del emperador y en la mia. » Despues de esta declaracion solemne, que daba fin al cisma de Focio y de Miguel Cerulario, despues de dos siglos de luchas y cumbates, Gregorio X se levantó y entonó el *Te Deum*, derramando un torrente de lágrimas de júbilo. Esta fué la última sesion á que asistió san Buenaventura. Murió este santo el 15 de julio de 1274; el papa quiso oficiar en los funerales para honrar con esta gloriosa excepcion de los usos pontificios el genio y la virtud que en tan alto grado habia reunido el ilustre defunto. Solo quedaban por arreglar cuestiones de disciplina general de la Iglesia y reforma de costumbres. Entre los decretos dados con este objeto sobre la colacion de pluralidad de beneficios, los derechos de *regalía*, la libertad en las elecciones eclesiásticas y la regularidad de los clérigos, hemos notado tres principales. El primero instituye los *conclaves* en la forma que subsisten aun. Motivaron esta disposicion la larga vacante de la Santa Sede, y consiguientes desórdenes en la administracion. Gregorio X ordenó que despues de los funerales de un pontífice, los cardenales se reuniesen en un recinto conveniente, donde estuviesen encerrados hasta la eleccion del sucesor. Los Padres del concilio aplaudieron esta medida, que fué aprobada. Como todas las reformas, esta tuvo que vencer mil obstáculos, pero al fin triunfó, y es en el dia regla fundamental del gobierno de la Iglesia. En otro decreto se condenó la secta de los *Flagelantes*, fanáticos religiosos, á quienes habia sumido en la herejía un rigorismo exagerado. Espantados por tantos pecados como por todas partes se cometian escandalosamente, y vivamente penetrados de los juicios de Dios, los *Flagelantes* se armababan de azotes y disciplinas, y desnudos hasta la cintura, se azotaban dando gemidos y suspirando con sollozos. Esta secta, nacida

en Perusa, se esparció muy pronto por Italia, Francia y Alemania, donde se formaban procesiones de millares de penitentes que ensangrentaban las calles por donde pasaban. Enseñaban que era inútil el *bautismo de agua,* y que era necesario para la salvacion *bautismo de sangre.* El concilio de Lyon reprimió sus excesos y errores. Por otro decreto los Padres decretaron reglas muy rígidas para oponerse á la multiplicacion inconsiderada de órdenes religiosas. Los Padres decian: « No » entendemos comprender en esta medida á los Religiosos pre- » dicadores ni los menores, que tan eminentes servicios hacen » á la Iglesia. Autorizamos igualmente á los Carmelitas, Celes- » tinos y Servitas, cuya antorizacion es anterior á nuestro » decreto. »

40. En 1205, san Alberto, patriarca de Jerusalen, habia dado regla á los ermitaños del monte Carmelo, conocidos despues bajo el nombre de Carmelitas. Dos caballeros ingleses, que regresaron de la Tierra Santa, trajeron consigo algunos de aquellos religiosos y les fabricaron en la selva del Holme, condado de Northumberland, y en el bosque de Aylesford, condado de Kent, dos monasterios célebres, que han subsistido hasta el protestantismo. San Simon Stock, elegido general de la órden en 1245, decidió que la mayor parte de los religiosos dejasen el Asia y pasasen á Europa para sustraerse á la opresion de los Sarracenos. Los papas Honorio III y Gregorio IX aprobaron las constituciones del nuevo instituto, que muy pronto se propagó por todo el mundo católico. San Simon Stock instituyó en honor de la santísima Vírgen la cofradía del Escapulario, piadosa asociacion donde millares de fieles no han cesado ni cesarán de alistarse bajo el estandarte de María. — El órden de los Servitas habia sido fundado en 1233 en Florencia, por siete nobles patricios de esta ciudad. Seguian la regla de san Agustin, y tenian por objeto especial honrar á la santísima Madre de Dios. Su órden, ya aprobado por los papas sus antecesores, Gregorio IX lo confirmó en el concilio de Lyon, á donde asistió personalmente san Felipe Benicio. — Los Celestinos, fundados en Salmona, año 1250, por san Pedro de

Moron, que fué algunos meses papa bajo el nombre de Celestino V, abrazaron la regla de san Benito, pero añadiendo algunas observancias de grande austeridad. Pedro de Moron vivia encerrado en una celda estrecha, y no tenia otra abertura que una ventanita, por la que le pasaban cada dia un pedazo de pan tan duro que era necesario romperlo á martillazos. Llevaba un cilicio de cerda y una cadena de hierro por la cintura. Dormia en tierra, ó sobre una tabla con una piedra por almohada. Habiendo sabido que el concilio general iba á suprimir las nuevas órdenes regulares, Pedro de Moron dejó el monte donde residia y se presentó á Gregorio X, el cual, lleno de admiracion por sus virtudes, confirmó la autorizacion otorgada á su instituto por Urbano IV, en 1263.

41. Acabados los trabajos del décimocuarto concilio general, Gregorio X, antes de salir de Francia, pidió y obtuvo de Felipe el Animoso la cesion definitiva del condado Venesino, en la Provenza. Esta provincia formaba parte del marquesado de Provenza, que Ramon VII habia abandonado y cedido en 1229 á Gregorio IX. Este papa habia devuelto despues este marquesado á Ramon para que lo tuviese como feudo de la Santa Sede. Pero á la muerte del conde, todos sus dominios habian sido incorporados á la corona. Gregorio X reivindicó el condado Venesino, en cambio de sus derechos de soberanía ó alto dominio sobre los demás Estados que habian pertenecido á los condes de Tolosa. La cesion de Felipe el Animoso tuvo consecuencias muy trascendentales, entre otras la de morar los papas en Aviñon por espacio de cerca de un siglo.

42. Entretanto, el trono de Alemania, tanto tiempo disputado entre Ricardo de Inglaterra y Alfonso X de Castilla, se dió en fin á un príncipe que logró fijarlo en su familia y fundar una dinastía soberana, cuyos descendientes reinan todavía. En 1273, el papa, despues de haber reflexionado con madurez, anuló la eleccion de Alfonso; y Ricardo de Inglaterra habiendo muerto algunos meses antes, no habia porqué inquietarse por sus derechos [puramente electivos]. El motivo de haber declarado no haber lugar la eleccion de Alfonso, fué

la impopularidad del partido del rey de Castilla en todas las provincias germánicas. En su consecuencia, Gregorio X previno á los electores imperiales procediesen á una eleccion definitiva; y en la dieta de Francfort del 1°. de setiembre de 1273, decernieron unánimemente la corona á Rodulfo, conde de Habsburgo, landgrave de la alta Alsacia. Su casa descendia, por línea materna, de Carlomagno. El nuevo rey habia dado pruebas de gran virtud. Se cita de él un rasgo de piedad. Encontró un dia en medio de las montañas de la Suiza á un sacerdote que llevaba el santo viático á un enfermo. Rodulfo se apeó inmediatamente y suplicó al sacerdote subiera á caballo, y acompañó al santo viático hasta la morada del enfermo. El sacerdote, acabada la administracion, devolvió al conde su cabalgadura. « ¡ No quiera Dios, dijo Rodulfo, que monte mas » en un caballo que ha servido al Rey de los reyes! » y se lo regaló al sacerdote. Gregorio X aprobó la eleccion de Rodulfo de Habsburgo y tuvo con él una entrevista en Lausana en 1275. El nuevo rey prometió con juramento conservar todos los derechos y bienes de la Iglesia romana, y restablecerla en los que hubiera perdido. Se comprometió además en reconocer á Carlos de Anjou como rey de Sicilia, y dejarle pacíficamente en su posesion.

43. La paz que daba á la Italia y á la Alemania el advenimiento de Rodulfo, le pareció á Gregorio X ocasion oportuna de realizar su gran proyecto de cruzada. Se esmeraba en restablecer en todos los Estados de la cristiandad la concordia y armonía, para asegurar mas el éxito de la guerra santa que meditaba. En Italia, Güelfos y Gibelinos olvidaron sus antiguas animosidades y oyeron la voz del pontífice, enlazándose con santa y noble amistad. En España, despertaba el celo de los príncipes cristianos con sus cartas y por sus legados. Reprendia con energía la molicie y sensualidad de algunos soberanos ó señores feudatarios, esperando hacerlos auxiliares para la nueva cruzada; pero le faltó tiempo para realizar la enérgica y santa voluntad del pontífice. Gregorio X murió el 10 de enero de 1276 en Arezo. « Su pontificado, dice un escritor

» protestante, Sismonde de Sismondi, fué glorioso y hubiera » dejado sin duda alguna recuerdos muy profundos en la me- » moria de los hombres si hubiese vivido mas tiempo. La Italia » fué casi enteramente pacificada por su ánimo imparcial, en » circunstancias en que parecia inevitable la destruccion de » esta comarca en guerras civiles. El interregno del imperio » se concluyó con la eleccion de un príncipe que se cubrió de » gloria y que fundó una de las dinastías mas poderosas de » Europa. Fueron reconciliadas las Iglesias griega y latina. » Y en fin, un concilio ecuménico, presidido por este papa, » dió leyes útiles á la cristiandad y dignas á todas luces de tan » augusta asamblea. » El historiador de la Iglesia nada puede añadir á un elogio tal, salido de la pluma de un protestante.

§ X. PONTIFICADO DE INOCENCIO V (21 de enero-18 de junio de 1276).

44. Conforme al decreto del décimocuarto concilio general, se juntó el conclave, y diez dias despues de la muerte de Gregorio X fué elegido papa el cardenal Pedro de Tarantesa, que tomó el nombre de Inocencio V. Se disponia á venir á Roma Rodulfo de Habsburgo para recibir la corona imperial; pero el nuevo papa le envió legados, suplicándole suspendiese su viaje hasta la conclusion de un tratado definitivo entre él y Carlos de Anjou. Inocencio V temia que la presencia del nuevo emperador no reavivase la guerra entre Güelfos y Gibelinos, cuya paz no estaba aun consolidada, y que Rodulfo, despues de su coronamiento, no hiciese revivir las pretensiones de Federico II al trono de Sicilia. Restableció el pontífice la paz entre los Luquenses y Pisanos, y trataba de extirpar en su raíz los gérmenes de division que ensangrentaban ya la naciente ciudad de Florencia. Pero cuando la Iglesia se mecia en las mas halagüeñas y fundadas esperanzas, murió Inocencio V, el 18 de junio, cinco meses despues de su eleccion.

§ XI. PONTIFICADO DE ADRIANO V (4 de julio-18 de agosto de 1276).

45. El cardenal Ottoboni Fieschi, elegido papa bajo el nom-

bre de Adriano V, aun gobernó menos tiempo la Iglesia. Ya estaba muy gravemente enfermo cuando sus compañeros le eligieron. Su familia fué á darle la enhorabuena, pero el buen pontífice le dijo : « Mas quisiera hubiérais venido á ver á un » cardenal sano que á un papa moribundo. » Solo tuvo tiempo para revocar, con funesta precipitacion, la constitucion de Gregorio X, relativa á la celebracion del conclave, y murió el 18 de agosto de 1276.

§ XII. PONTIFICADO DE JUAN XXI (13 de setiembre de 1276-16 de mayo de 1277).

46. La corte pontifical, durante estas rápidas sucesiones de papas, continuaba en Viterbo. Roma, hecha presa mas que nunca de las furibundas facciones de Güelfos y Gibelinos, que se disputaban el poder, continuaba olvidando á sus soberanos legítimos y á agotar sus fuerzas en discordias perennes. Dos familias, la de Colonna y la de Orsini, ambas pretendiendo descender del imperio romano, luchaban para reconquistar su respectiva preponderancia. A la muerte de Adriano V, los cardenales, fundándose en la bula de revocacion que acababa de publicar este papa, rehusaron celebrar conclave. Mas el pueblo de Viterbo, temiendo una larga vacante peligrosa, les forzó á sujetarse á las disposiciones del décimocuarto concilio general; y el 13 de setiembre de 1276 fué elegido papa el cardenal portugués, Pedro Julian, que tomó el nombre de Juan XXI. De vastísima erudicion, y santidad no menor que su ciencia, el nuevo pontífice prometia á la Iglesia una administracion ilustrada y enérgica. Envió á Miguel Paleólogo legados encargados de ayudar á este príncipe en los esfuerzos que hacia para atraer en el Oriente los ánimos á la unidad católica, promulgada en el concilio de Lyon. Mandó tambien copiosos socorros en dinero á los cristianos de la Tierra Santa para ponerlos en estado de resistir al sultan de Egipto. Condenó las doctrinas erróneas de algunos miembros de la Universidad de París, que introducian en el estudio de la teología principios de un falso racionalismo. Pero un funesto accidente

le quitó la vida. Visitando el palacio pontifical que hacia construir en Viterbo, se desplomó un andamio que hirió gravemente á Juan XXI, el cual sucumbió seis dias despues, el 16 de mayo de 1277. La sola nota que pueda la historia echar en cara á este pontífice, es el haber sancionado la revocacion del decreto de los conclaves, hecha por Adriano IV.

§ XIII. PONTIFICADO DE NICOLAO III (25 de noviembre de 1277-22 de agosto de 1280).

47. Los cardenales, apoyándose en esta nueva sanccion, no quisieron someterse á la entrada en conclave, y la Santa Sede quedó vacante mas de seis meses. Por fin, el 25 de noviembre de 1277, los votos recayeron en el cardenal Cayetano de los Ursinos, que tomó el nombre de Nicolao III. Llamó desde luego la atencion del nuevo papa la situacion del Oriente. Carlos de Anjou, rey de Sicilia, habia dado en matrimonio la mano de su hija á Felipe de Courtenay, hijo de Balduino II, último emperador latino de Constantinopla. No ocultaba su intencion de echar abajo á Miguel Paleólogo, y volver á restaurar en favor de Balduino un trono, del cual seria heredera su hija. La reunion de las dos Iglesias, procurada por Miguel Paleólogo, en el concilio de Lyon, si no fuera obra de una fe síncera, cuando menos fué un golpe maestro de hábil político. Tal reunion le granjeaba al emperador griego las simpatías de la Santa Sede y le procuraba un defensor contra las tentativas del rey de Sicilia. Por desgracia el cisma griego habia entrado ya en las costumbres de las poblaciones degeneradas del Oriente. A su regreso del décimocuarto concilio general, los embajadores imperiales fueron acogidos con imprecaciones por el clero y pueblo, que les trataban de herejes y apóstatas. Los firmantes griegos del tratado de reunion y sumision á la Santa Sede no eran hombres para padecer martirio por la fe jurada; así es que hollaron cuanto habian hecho en Lyon. El patriarca de Constantinopla Vecco, que de su propia mano habia redactado el juramento de obediencia á Roma, no vaciló despues en publicar un decreto que ponia *en la categoría de los compañeros*

de Judas los que abjurasen el cisma, y reconociesen la supremacía de la iglesia latina. Carlos de Anjou se aprovechó de esta ocasion y reaccion para continuar sus armamentos contra Paleólogo. Nicolás III, de quien era vasallo feudatario, como rey de Sicilia, le contuvo en su belicosa empresa. Carlos, haciendo callar á su desesperacion, se inclinó bajo las órdenes formales del papa, « y mordia de rabia, segun cuenta un his» toriador contemporáneo, el cetro de marfil que llevaba siem» pre en la mano. » Sin embargo, el soberano pontífice envió á Constantinopla legados encargados de apresurar la ejecucion del tratado de union. Miguel Paleólogo respondió á estas instancias con magníficas promesas, que tal vez no estaba en su mano cumplir, aun cuando lo hubiese querido efectivamente. Al mismo tiempo estaba preparando contra Carlos de Anjou una baja y cruel venganza.

48. La actividad de Nicolás III se multiplicaba para hacer frente á la vez á todas las necesidades de la Iglesia. Se esforzaba en restablecer la paz entre los reyes de Francia y de Castilla. Felipe el Atrevido (ó Animoso) habia abrazado la causa de los Infantes de la Cerda, despojados por su tio Don Sancho IV del trono de Castilla. (1). Los esfuerzos del papa fueron coronados de buen éxito. Nicolás III, por medio de una bula muy lisonjera á los Franciscanos, los defendió contra sus calumniadores. Mantenia al mismo tiempo con Rodulfo de Habsburgo una correspondencia seguida sobre un designio, cuya realizacion hubiera tenido resultados inmensos para el porvenir de la Italia y de la Europa entera. El papa habia concebido la idea (acogida por Rodulfo) de partir el imperio en cuatro grandes soberanías : la de Alemania, para la posteridad de Rodulfo de Habsburgo, y la de Viena en el Delfinado, que se hubiera dado en dote á Clemencia, hija de Rodolfo y mujer de Carlos Martel, nieto del

(1) Los Infantes de la Cerda eran hijos de don Fernando, primogénito de Alonso X, muerto antes que su padre. Don Sancho, su hijo segundo, pretendió que el derecho le iba á él á la muerte de su padre, pues que su hermano habia muerto antes de heredar el reino. De aquí los disturbios. Mas don Alonso X habia declarado, al tiempo de morir, sucesor suyo á su hijo don Sancho. (El Traductor.)

rey de Sicilia. La Italia debia partirse en dos reinos : uno en Sicilia, otro en la Lombardía. Pero hizo abortar este vasto designio la muerte prematura de Nicolás III, en 22 de agosto de 1280.

§ XIV. PONTIFICADO DE MARTINO IV (24 de febrero de 1281-28 de marzo de 1285).

49. Despues de vacar la Santa Sede seis meses, por causa de mala inteligencia de los cardenales y de las intrigas de los partidos Güelfo y Gibelino, fué elegido papa el cardenal Simon de Briena, que tomó el nombre de Martin, en recuerdo de la Iglesia de san Martin de Tours, de que habia sido canónigo tesorero. Se le llamó comunmente Martino IV, á pesar de no ser realmente sino II; pero se han contado como Martinos los dos papas Marino I y Marino II. El gobierno de Martino IV se inauguró con un tratado con los Romanos muy extraordinario. Cansada de la anarquía republicana, que fermentaba en su seno hacia medio siglo, esta ciudad sentia la imperiosa necesidad de volver en fin al gobierno pontifical, que, solo, podia darle calma y prosperidad. Pero no herir las preocupaciones populares con el inmediato restablecimiento de una autoridad monárquica, se recurrio á un compromiso. Martino IV fué elegido senador del pueblo romano, y en esta calidad encargado de administrar la ciudad. « Considerando, dice el » acta de eleccion del 10 de marzo de 1281, las virtudes de nuestro » santo Padre el papa Martino IV y su amor por esta ciudad » y pueblo de Roma; esperando que con su sabiduría podrá » restablecer el buen órden y la tranquilidad, le hemos entre» gado, no en razon de su dignidad pontifical, sino por mira» miento á su mérito y al lustre de su cuna, el gobierno del » senado de Roma y su territorio para ejercerlo durante toda su » vida. » El papa no creyó que este tratado le asegurase bastante preponderancia en Roma para determinarlo á fijar en ella su residencia. Continuo su morada en Viterbo, donde muy pronto le llegó una noticia, cuyas resultas debieran sentirse en toda Europa.

50. El guante echado desde el cadalso por el desgraciado Conradino, habia sido recogido por un caballero de Salerno, Juan de Procida, que juró vengar la muerte del jóven príncipe. Juan se habia retirado á la corte de Pedro III, rey de Aragon, esposo de Constanza, hija de Manfredo y última heredera de la casa de Hohenstaufen, porque Federico II, en su testamento, á defecto de sus hijos legítimos, habia declarado á Manfredo, su hijo natural, heredero de todos sus derechos de soberanía. Dotado de un carácter firme y de una voluntad incontrastable, Juan de Procida no pasó un solo dia de su vida sin buscar medios cómo cumplir con su juramento. Habia ido dos veces á Constantinopla para empeñar á Miguel Paleólogo á entrar en una conspiracion que organizaba en vasta escala, y cuyos riesgos ó ventajas habia consentido en tomar Pedro III. El emperador griego, para vengarse de Carlos de Anjou, habia suministrado una suma de trienta mil onzas de oro, que habia de contribuir á una invasion en la Sicilia. Por su lado, el rey de Aragon preparaba un armamento considerable, cuyo verdadero motivo ocultaba. El papa Martino IV le preguntó en vano hácia qué punto pensaba dirigir su empresa : el rey de Aragon se rehusó á dárselo á conocer. « Si una mano mia pudiera decírselo á la » otra, yo me la cortaria, » añadió Pedro III. El papa se contentó con decirle, que le prohibia expresamente atacar á ningun príncipe cristiano. Desconfiados andaban Martino IV y Carlos de Anjou; pero estaban muy lejos de prever et terrible resultado de la conjuracion. Juan de Procida y los principales señores sicilianos se habian reunido en Palermo para celebrar la Pascua. El lunes 29 de marzo de 1282, en el momento en que las campanas tocaban á vísperas, todos los Franceses fueron muertos, sin distinction de edad, sexo ó condicion. Se les reconocia haciéndoles pronunciar la voz italiana *ciceri;* y ni uno solo se escapó de la rabia del pueblo. Esta horrible jornada ha tomado el nombre famoso de *Vísperas sicilianas*. Los conjurados se repartieron luego por toda la isla, renovando iguales escenas de matanza. Costó esta catástrofe la vida á mas de veinte mil Franceses. La corte de Roma supo con horror

esta noticia, y Martino IV prometió á Carlos de Anjou todos los recursos espirituales y temporales de que podia disponer. Publicó sentencia de excomunion contra los antores de esta mortandad, y contra Pedro de Aragon y Miguel Paleólogo, sus cómplices. La ciudad de Palermo dirigió al papa una apología que concluia con una grosera insolencia. « Despues de la » matanza de Franceses, decian los Sicilianos, levantamos el pendon de san Pedro y nos pusimos bajo la proteccion de la » Iglesia romana; pero porque no os dignásteis vos escuchar » nuestras quejas y plegarias, Dios ha enviado á nuestro » socorro otro Pedro que no aguardábamos. » Este era Pedro de Aragon, el cual, á la noticia de las Vísperas sicilianas, fué á desembarcar con su flota á Palermo, donde fué coronado rey de Sicilia. El papa respondió á esta audacia inaudita, declarando á Pedro III privado del trono, y absolviendo á los Aragoneses del juramento de fidelidad. Al mismo tiempo ofreció la corona de Aragon á Carlos de Valois, hijo segundo de Felipe el Atrevido. Las Vísperas sicilianas perturbaron á la vez á la España, Francia é Italia. Felipe III creyó que era de su honor vengar la mortandad de Franceses en Sicilia. Por otra parte, Jaime de Aragon, rey de Mallorca, cuya familia habia sido destronada por la de Pedro III, tomó tambien las armas; y Carlos de Anjou organizó la mas formidable resistencia contra sus adversarios. Pero fué batido y destruido bajo los muros de Mesina y en las cercanías de Trápani. Todos los esfuerzos de las armas francesas se redujeron á la toma de Gerona. El almirante aragonés, Roger de Laura, batió tres veces en las costas de la Cataluña á las flotas combinadas de Nápoles y Francia. Fueron suspendidas en fin las hostilidades en 1285 por la muerte simultánea del papa y de los reyes de Francia, Nápoles, Aragon y Castilla. Martino IV murió en Perusa, el 21 de marzo de dicho año (1).

(1) Es gran desgracia no poderse averiguar con certeza la causa verdadera de los acontecimientos políticos en que se hallan heridos los sentimientos nacionales de los partidos opuestos. Segun los historiadores de Aragon, Sicilia, Castilla y aun de la Alemania, las *Vísperas sicilianas* no fueron precisamente una *conjuracion urdida* muy de antemano, sino un *pronunciamiento* popular originado del insulto desho-

51. Dos años antes, Miguel Paleólogo habia muerto excomulgado por la parte que habia tomado en las Vísperas sicilianas [segun unos, mas segun otros, por haberse averiguado que faltó á su juramento y habia apostatado en varias ocasiones]. Le sucedió su hijo Andrónico II, príncipe sin talento, sin valor ni virtudes, que llegó hasta negar la sepultura á su propio padre [*porque habia apostatado en el concilio de Lyon*. Por manera que murió mal con los Griegos y con los Latinos]. El nuevo emperador siguió una conducta diametralmente opuesta á la de su padre. Hizo quemar públicamente las actas del concilio general de Leon; rompió abiertamente con Roma, y persiguió á los Griegos nuevamente convertidos á la fé católica. Se vieron entonces, como en tiempo de Coprónimo, Leon Isauro y Constancio, delatores infames, víctimas y suplicios. El cisma de Oriente, interrumpido por algun tiempo, revivió con mayor fuego y violencia que antes.

§ XV. PONTIFICADO DE HONORIO IV (2 de abril de 1285-3 de abril de 1287).

52. El 2 de abril de 1285 fué elegido papa en Perusa [por cuanto ardia Roma en guerras y discordias] el cardenal Jacobo Savelio, que fué consagrado en la ciudad eterna, el 6 de mayo del mismo año, y tomó el nombre de Honorio IV. Aun no se habia observado en esta eleccion la constitucion de Gregorio X sobre el conclave : porque era tan odiosa á los cardenales, que en la circular dirigida á los obispos de la cristiandad para anunciar su eleccion, el nuevo papa se expresaba así : « Despues

nesto hecho por un gentil-hombre francés á una dama siciliana. Como ya estaban los ánimos de los Sicilianos muy enconados contra el gobierno despótico y violento de Carlos de Anjou; como este príncipe no castigaba los atentados contra la moral cometidos por los Franceses de la Isla contra las doncellas y aun casadas sicilianas; como, en fin, estaban los ánimos desesperados, tuvo lugar la explosion general del descontento en el dia de infausta memoria de las *Vísperas sicilianas*. El rey don Pedro fué llamado mucho despues al socorro de Sicilia contra Carlos de Anjou por los mismos Sicilianos, como el mas próximo allegado del infeliz cuanto bueno Conradino, cuya bárbara muerte habia abierto una llaga profunda en los Sicilianos. Los papas, creyendo mas á los Franceses que á los demás, obraron en consecuencia. (El Traductor.)

» de los funerales del papa Martino IV, de feliz memoria, nos » hemos reunido libremente el 1°. de abril sin habernos encer» rado en conclave, segun el damnable abuso que se ha intro» ducido en la Iglesia romana. » Al advenimiento de Honorio IV, Alfonso IV subia al trono de Alfonso, Sancho el Bravo inauguraba su reinado en Castilla, y Felipe el Hermoso en Francia. La sucesion de Carlos de Anjou pertenecia á Carlos II, dicho el Cojo; pero estaba prisionero en Aragon; habiendo sido vencido por Roger de Laura. Honorio IV esperaba calmar el conflicto causado por las Vísperas sicilianas por via de clemencia, y entabló con este objeto negociaciones con Alfonso III, rey de Aragon, para dar libertad á Carlos II; pero habiendo hallado insuficientes las condiciones que le propuso este príncipe, se frustró su mediacion. Iba á entablar nuevas negociaciones sobre otras bases, pero la muerte le sobrecogió, en 1287, á los dos años de pontificado.

§ XVI. PONTIFICADO DE NICOLÁS IV (15 de febrero de 1288-4 de abril de 1292).

53. Sobrevino una peste en el momento en que los cardenales estaban reunidos para la eleccion, y se alargó cerca de un año la vacante de la Santa Sede. Por fin fué elegido el cardenal Tinei, á pesar de su resistencia, el 22 de febrero de 1288, y tomó el nombre de Nicolás IV. Mas feliz que su antecesor, logró del rey de Aragon la libertad de Carlos II, á quien consagró por sí mismo en el Vaticano con las mismas condiciones impuestas á su padre, Carlos I, por Clemente IV. El tratado de Tarascon, que terminó este negocio en 1291, contenia renuncia de Alfonso III al trono de Sicilia; de Carlos de Valois á sus pretensiones al reino de Aragon, segun la bula de Martino IV; Carlos II, el Cojo, renunció al ducado de Anjou, que fué conferido al conde de Valois. En tanto que la influencia del papa daba paz á la Europa, las facciones continuaban asolando la ciudad de Roma. Jacobo Colonna se hizo proclamar, en 1290, señor del nuevo imperio romano. El partido de los Gibelinos, que le habia elegido, llevó en triunfo á este príncipe por las

calles de la ciudad, con aclamaciones del populacho, que le llamaba César. Los Orsinis, cabezas de los Güelfos, comenzaron una lucha encarnizada y sangrienta. Roma fué teatro de motines, asesinatos é incendios. En 1292, despues de un combate terrible, ambos partidos se decideron á transigir, y fueron elegidos *senadores conjuntos*, Estéban Colonna y Orso Orsini. Muy poco duró esta paz. Un mes despues, murió Estéban Colonna, y Orsini hizo dimision de su cargo; y al momento comenzaron nuevas sediciones. La muerte de Nicolás IV, ocurrida en el 4 de abril de 1292, impidió que el papa interpusiese su influencia para calmar y unir los ánimos. En los dos últimos años, habian absorbido la atencion de este papa los graves cuidados que exigia el deplorable estado de la Palestina. La toma de Ptolemáida, último baluarte de los cristianos, acababa de sumir en duelo á la Europa. Nicolás IV habia escrito en vano cartas muy apremiantes y sentimentales á todos los reyes de Occidente, empeñándolos á una nueva cruzada; mas no fué escuchada su voz. Egipto, Palestina, Siria, todo, todo cayó definitivamente en poder de los Musulmanes, y nadie en lo sucesivo ha venido á levantar aquellas tan florecientes Iglesias de la primitiva cristiandad. Solo se han conservado por la Iglesia los títulos puramente nominales de aquellas tan famosas, tan florecientes sillas; y es lo que llamamos hoy obispados *in partibus*.

§ XVII. PONTIFICADO DE SAN CELESTINO V (7 de julio de 1294-13 de diciembre de 1294).

54. En mas de dos años no pudieron entenderse los cardenales sobre la eleccion de un papa. Estas largas y frecuentes vacantes bastarán para justificar la sabia medida de la constitucion de Gregorio X acerca de los conclaves, tan repugnante á los cardenales. Despues de interminables debates, recayeron por fin los votos en san Pedro de Moron, instituidor de la órden de los Celestinos, de quien ya hemos hablado. La noticia de su eleccion sorprendió al santo anciano en su austero retiro, y le hizo derramar torrentes de lágrimas. Fué necesario lle-

varlo á la fuerza y consagrarlo á su pesar, en Aquiléya, el 29 de agosto de 1294. Arrancado de un golpe á sus extáticas contemplaciones, extraño al mundo, á sus pasiones, á sus movimientos, le faltaba en un todo la experiencia de los hombres. En tanto que el santo abad estaba, hecho pontífice, en continua oracion y meditacion en una celdita que se hizo construir en lo interior de palacio, todo era desórden en el gobierno de la Iglesia. Unas mismas gracias eran otorgadas á muchas personas distintas á la vez, y se hacian tráficos escandalosos de pergaminos revestidos del sello pontificio. Carlos el Cojo alcanzó un decreto que le absolvia del juramento exigido de él por los cardenales de no retener la curia romana en los Estados napolitanos. Sin saberlo, entregaba Celestino V el poder pontificio en mano del sagaz monarca. Los hombres sensatos deploraban este estado, y sus quejas llegaron á oidos del papa. Como no habia aceptado el pontificado sino contra su propio sentimiento, por no mostrarse rebelde á la voluntad de Dios, creyó conocer en estas voces acusadoras la expresion de la misma voluntad divina de que dejara un peso superior á sus fuerzas. El 13 de diciembre convocó el santo papa á los cardenales á consistorio solemne. Compareció ante ellos revestido de todos sus ornamentos pontificales y leyó en alta voz el acta de renuncia á la Santa Sede. Despojándose en seguida de las insignias del pontificado, volvió á tomar el hábito del ermitaño Moron, y se despidió de la asamblea, que le acompañó tierna, respetuosa y llorosa, encomendando á sus santas oraciones la viudedad de la Iglesia. Su abdicacion termina la quinta época de la historia eclesiástica.

CAPITULO X.

SUMARIO.

RESÚMEN HISTÓRICO DE LA ÉPOCA QUINTA DE LA IGLESIA.

1. Lucha de los emperadores de Alemania contra la Iglesia. — 2. Santidad de la mision de los papas de esta época. — 3. Cardenales. — 4. Relaciones del obispado con la Santa Sede. — 5. Costumbres del clero en esta época. — 6. Accion de la Iglesia sobre la sociedad de la edad media. — 7. Cruzadas. — 8. Expedicion contra los Albigenses. — 9. Propagacion del Evangelio. — 10. Espíritu de fe. Culto. Devocion á la santísima Vírgen. — 11. Órdenes religiosas. — 12. Universidades. — 13. Arquitectura gótica. — 14. Simbolismo religioso del arte gótico. Catedrales de esta época.

1. Nunca manifestó la Iglesia mas libremente su fuerza de accion que en la quinta época de su historia, que constituye el período mas brillante de la edad media. El pontificado, realzado de sus abajamientos del siglo x por Silvestre II, fué bajo los pontificados de san Gregorio VII é Inocencio III, soberano del mundo. Ya hemos visto á qué precio lo compró. Las mas ardientes pasiones de naciones jóvenes é indisciplinadas; la extension del derecho feudal que de cada señor hacia un soberano; las pretensiones de los príncipes sobre las elecciones eclesiásticas, fueron otros tantos obstáculos al desarrollo del poder tutelar de los soberanos pontífices. Pero cuanto mayores eran las dificultades, mas atestiguaban la necesidad absoluta, en el seno de las sociedades cristianas, de una potencia enérgica que reprimiese las violencias, previniese los abusos, castigase los crímenes y moralizase al mundo. Interviniendo por todas partes como mediadores, entre los príncipes y los vasallos, entre los pueblos y los Estados; juzgando en nombre de Dios á los reyes y á las naciones; oponiéndose á la injusticia bajo todas sus formas, los papas satisfacian una necesidad social y usaban de un derecho que les reconocia unánimemente la opinion pública. Este hecho no parece incontestable si se

sigue con atencion el relato de los acontecimientos de esta época. Enrique IV en Alemania; mas tarde Federico Barbaroja y Federico II quisieron hechar en vano, contra la supremacía del poder espiritual, á la que obedecia toda Europa. El martirio de santo Tomás de Cantorbery en Inglaterra fué una ocasion no menos solemne para el pontificado de manifestar su poder y sus derechos. Son muy notables acerca de este las expresiones de Bossuet: « Enrique II, rey de Inglaterra, dice, » se declara enemigo de la Iglesia: ataca, en lo espiritual y » temporal, lo que tiene ella de Dios y de los hombres; » usurpa abiertamente su poder; pone manos en su tesoro que » encierra la subsistencia del pobre; marchita el honor de sus » ministros con la abrogacion de sus privilegios, y oprime su » libertad con leyes que la esclavizan. ¡ Príncipe temerario y » mal aconsejado! ¿ Porqué no le es dado descubrir de lejos » los extraños trastornos que harán un dia en su Estado el me» nosprecio de la autoridad eclesiástica y los inauditos excesos » á que se entregarán sus pueblos cuando hayan sacudido este » yugo necesario? »

2. En nuestros tiempos se ha repetido, fiándose de los escritores del siglo anterior, que los papas habian debilitado y desconsiderado al poder real sometiéndole á sus censuras. Es una calumnia que se desvanece ante la realidad de los hechos. En la edad media los papas eran mediadores naturales entre los reyes y los pueblos. La opinion les habia revestido de la mision de jueces y árbitros, y es necesario confesar que la llenaron cumplidamente con generosidad, longanimidad, desintéres absoluto y conducta constantemente honrada y virtuosa. Si los papas hubiesen querido buscar en el ejercicio de su alta mision el aumento de sus propios intereses, de su influencia ó poder temporal, es evidente que en las contiendas tan multiplicadas que tuvieron que sostener hubiesen abrazado de preferencia el partido de las potencias de la tierra. Ahora, los soberanos pontífices han seguido lo contrario. Encargados de sostener contra los reyes y grandes los principios inmutables de la moral y de la fe, no han faltado jamás

á tan noble mision. Sin otras armas que la verdad y el derecho, sin otra fuerza que la conciencia, declaraban que tal ó tal soberano habia oprimido á sus vasallos, habia violado las leyes del cristianismo. Le declaraban separado de la comunion de los fieles y privado del derecho del trono, del derecho de reinar. Desde el dia en que era lanzado semejante decreto, el príncipe culpable se veia abandonado de todo lo que le rodeaba. Si trataba de resistir con las armas, estas se volvian contra él. Los que ven en esto una usurpacion de los papas, deberian apercibirse que forman proceso á toda la sociedad de la edad media. Esta sociedad habia creido que le era muy ventajoso tener, sobre las influencias de las nacionalidades y de los partidos, un tribunal supremo á donde fuesen llevados como en última instancia todos los intereses trascendentales, todas las causas reales. Este tribunal era el del vicario de Cristo. Y era tan respetada esta base del derecho público, que los príncipes castigados con las censuras de la Iglesia no hallaban otro medio de atenuar el efecto de semejante condena que haciéndose rehabilitar por un antipapa. Esto era proclamar altamente el derecho del pontificado supremo (1).

3. Centro de todo el movimiento religioso del universo cristiano, el pontificado, para dar abasto á su inmensa radiacion,

(1) El autor no defiende con harta destreza ni con tino una causa buena, la causa de Dios y de su santa Iglesia, cuyo representante en la tierra es el romano pontífice. No es cierto que todos los reyes excomulgados y depuestos por los papas hayan nombrado antipapas, ni hayan sido abandonados de los suyos : el relato mismo del autor le desmiente, y eso prueba que no es ni diestro ni sensato en los medios de defender la mas santa causa de la cristiandad. Los emperadores de Alemania estaban en el error de que los papas, como soberanos temporales, eran feudatarios del imperio, y por consiguiente sometidos á los emperadores como los demás príncipes feudatarios. De aquí esa pertinacia de aquellos contra los pontífices, sin que por ello abjurasen la religion católica. Por otra parte, los papas no eran infalibles en la aplicacion de las excomuniones y deposiciones, y pudieron no aplicarlas bien, sin que esto obstase á su santidad personal ni á su derecho innato. En nuestro modo de entender, el santo papa Martino IV se dejó llevar de un celo excesivo al excomulgar al rey de Aragon, y declararle privado del trono, nombrando en su lugar á un príncipe de la casa de Valois. Y en efecto, calmados los ánimos, el rey de Aragon quedó rey de Aragon y de la Sicilia. Lo que prueba que no se llevó á efecto la censura. (El Traductor.)

tuvo que nombrar cerca de los soberanos principales embajadores ó legados permanentes. La Santa Sede, por el carácter sagrado que distingue su autoridad de todos los demás poderes, daba á los ojos de los pueblos la mas alta sancion á las potencias para con las cuales acreditaba sus enviados. Los cardenales, recibiendo la mision exclusiva de elegir al papa en nombre del clero y de la Iglesia, ganaron en influencia y consideracion. Debian de representar en la eleccion del pontífice á los tres órdenes del clero, y por esta razon fueron divididos en cardenales obispos, cardenales presbíteros y cardenales diáconos, jerarquía que aun continúa. Si se observa por otra parte que los cardenales son escogidos entre los eclesiásticos seculares y regulares mas eminentes en ciencia, virtud y servicios, es fácil concebir que este consejo permanente del pontificado es el mas venerable que pueda haber en el mundo. La cancillería romana tuvo que aumentar su personal para dar abasto á una correspondencia que se extiende por todo el universo. A medida que se vaya presentando la ocasion, tendremos que ir notando la creacion de diversos tribunales instituidos para auxiliar á la Santa Sede.

4. El obispado, unido á la cátedra de san Pedro con estrechos lazos, no formaba en todo el universo sino un cuerpo compacto que prolongaba hasta los confines del mundo la accion de los soberanos pontífices. La contienda de las investiduras bastaria por sí sola á demostrar que la institucion canónica de los obispos y su eleccion pertenecia á los papas. La usurpacion intentada por los emperadores de Alemania fué rechazada por los papas, sostenidos en esta lucha por la opinion pública. Así es que desde el siglo XI hallamos ya empleada la fórmula, aun usada en nuestros dias, de: «Obispos por la gracia de Dios y la autoridad de la Santa Silla apóstolica romana.» Este principio sagrado de la jerarquía eclesiástica católica, que hace derivar el poder de los obispos del poder supremo del papa, es el fundamento y garantía de la unidad en la Iglesia. El palio, insignia de la dignidad arquiepiscopal, no es conferido sino por los soberanos pontífices. Roma es quien erige los

nuevos obispados en todos los países del mundo, quien fija sus límites, quien, solo, delega la administracion (1). Hemos notado en su lugar que los papas convocan los concilios generales y que los presiden por sí mismos ó por sus legados. Por fin, los papas se reservan exclusivamente la canonizacion de los santos, medida tan prudente como útil á los intereses generales de la Iglesia, la cual, elevando á lo mas alto el tribunal donde se juzgan estas cuestiones importantes, hace mas augusta é inatacable la decision. — Al lado de los obispos descuella con nuevo poder la jurisdiccion de los capítulos. Se formaron como una especie de congregacion independiente, sometida á reglamentos particulares que se dieron á sí mismos, teniendo administracion de sus bienes y proveyendo á la de la diócesis despues de la muerte del obispo. De este modo formaban en torno de la silla episcopal un concilio permanente análogo al de los cardenales cerca del soberano pontífice (2). Así se iba desarrollando con admirable sencillez el poder eclesiástico. El duodécimo concilio general de Letran habia mandado que cada obispo nombrase un *penitenciario*, encargado de ayudarle en la administracion de la penitencia pública y privada. Tenian además un *provisor* que presidia al tribunal eclesiástico en su nombre. Independientemente de estos auxiliares del poder episcopal, los obispos *in partibus infidelium* comenzaron en esta época á servir de coadjutores á los obispos titulares. Cuando la caida de los imperios latinos de Constantino-

(1) Esta última expresion, entendida en sentido riguroso, nos parece quitar á los obispos, que están puestos é instituidos por el Espíritu Santo, todo derecho nato de jurisdiccion y administracion : lo que hace á los obispos *meros vicarios* del *papa* en el ejercicio de sus funciones episcopales. Este es un error muy deplorable y trascendental. Los obispos necesitan *mision*, esta no puede venir sino del centro de unidad del papa; al modo que un confesor necesita de poderes ó licencias del ordinario. Pero al confesar, el confesor hace las veces de Cristo, no del obispo; y así dice : *Ego te absolvo in nomine Patris*, etc. No dice *in nomini Episcopi*, etc. Una vez recibida la mision, el obispo ejerce por el Espíritu Santo la jurisdiccion para que tiene mision. Lo demás fuera hacer del obispado una institucion papal, humana. Lo que no es así. (El Traductor.)

(2) Todo esto no era nuevo en la época presente, sino continuacion y desarrollo del derecho canónico antiguo. Véanse Devoti y todos los autores canonistas. (El Traductor.)

pla y Jerusalen privó de sus sillas gran número de los obispos de Oriente, regresaron á Europa, y muchos obispos se los unieron en la administracion. Desde entonces la Iglesia ha conservado la costumbre de conferir el título de estas grandes iglesias, en el dia en poder de infieles, como para perpetuar y consagrar de siglo en siglo los recuerdos que representan y los nombres gloriosos que los han ilustrado.

5. A impulsos de los papas, no tardaron las costumbres clericales á volver á tomar la regularidad que habian perdido en el siglo x. La mano enérgica de san Gregorio VII volvió su vigor primitivo á la legislacion canónica. El celibato eclesiástico, mantenido á pesar de todas las tentativas de relajacion, realzó la dignidad del clero de Occidente, y le impidió envilecerse en la corrupcion y olvido de sus deberes. En el siglo xiii, el clero secular y regular era ejemplar en virtudes y ciencia. Ambas cosas resplandecieron en el sacerdocio, y el mundo todo, bajo la poderosa influencia del pontificado, avanzaba en las sendas de la perfeccion evangélica; y á los ojos de los verdaderos cristianos esta época es la mas fecunda y maravillosa en obras de fe, caridad y celo.

6. Constituida tan poderosamente la jerarquía eclesiástica, influyó sobremanera en la sociedad de la edad media. Esta accion se dió á conocer, á lo exterior, por las cruzadas contra el islamismo y los Albigenses; y por la propagacion del Evangelio en comarcas aun paganas: á lo interior, por un desarrollo prodigioso del espíritu de fe y de santidad; por las instituciones de órdenes religiosos: por un movimiento intellectual que regeneró los estudios, constituyó un nuevo arte cristiano y llenó al mundo de universidades.

7. Ya hemos indicado lo bastante, bajo el punto de vista religioso, los admirables resultados de las cruzadas: nos ha parecido importante reunir aquí las principales ventajas que acarrearon á la sociedad europea en general. Su influencia inmediata salvó al mundo cristiano de la invasion de los Turcos, y enseñó á los hijos del Profeta lo que tenian que temer de los soldados de Cristo. Acrecentaron la potencia temporal y

espiritual de los papas, haciendo volver á entrar bajo su supremacía los patriarcados de Antioquía y Jerusalen; reanudando los lazos casi rotos por el cisma de Oriente. Estas expediciones lejanas volvieron á otra parte las empresas de los emperadores y príncipes cristianos contra el poder temporal de la Santa Sede. Supremos directores de la guerra ultramarina, los soberanos pontífices se hallaron naturalmente colocados á la cabeza de la confederacion cristiana; las cruzadas dieron además nacimiento á principados nuevos, de que los papas fueron soberanos. La influencia política de las cruzadas se manifestó: 1°. en los príncipes, que hallaron medio de engrandecer sus dominios y fortalecer su autoridad. 2°. Sobre la nobleza. Las órdenes de caballería establecidas en Oriente reflectaron su brillo en Europa y fueron imitadas en todos los Estados cristianos. Los *torneos* encantaron al Occidente por la representacion de la guerra santa; y los caballeros de ultramar vinieron á hacer alarde en las *cortes plenas* de las magnificencias del Oriente; las *armas* y *blasones* se hicieron necesarios, y tomaron nacimiento los nombres de familia. Las cruzadas favorecieron, mas que ninguna otra cosa, los franqueos de esclavitud, el establecimiento de villas con propia municipalidad, y por consiguiente la formacion del *estado llano*, ó *medio*. 4°. En el comercio é industria. El arte náutica hizo progresos importantes, debidos á la frecuencia de los viajes, á los benificios que reportaban y á las maniobras aprendidas de los marinos de Levante. Abriendo mas vasta carrera á las especulaciones y facilitando los cambios, la navegacion hizo participar al comercio de las ventajas que sacaba ella de las expediciones ultramarinas. Productos del arte y de la naturaleza, hasta entonces desconocidos, aportaron á Europa nuevas comodidades y á veces nuevas industrias. Las ciudades marítimas europeas que se apoderaron del comercio del Oriente, atrajeron á ellas la mayor parte del numerario de Europa, y algunas llegaron á ser repúblicas poderosas. De aquí la prosperidad de Venecia, Génova, Pisa, Marsella y Barcelona. De aquí, por una accion menos inmediata, la riqueza y actividad de las ciu-

dades flamencas, que fueron á la vez mercantiles y manufactureras y sirvieron de almacen entre el Norte y el Mediodía, entre los puertos del Mediterráneo y las ciudades de la Hansa-Teutónica, ó ciudades Anseáticas. La agricultura se enriqueció con nuevos cultivos. Las moreras, el trigo de la Turquía, la caña dulce, etc., etc., fueron importados á Europa para servir un dia al alimento del pobre ó á las necesidades del rico. Las cruzadas adelantaron la civilizacion general por las nuevas relaciones de los pueblos entre sí y por el mutuo trueque de conocimientos usuales. Las ideas de honor y de cortesía pasaron desde la caballería á los pueblos, y ennoblecieron en cierto modo la clase de los *horros* ó libertos, que en gran parte debian á las cruzadas su libertad y riquezas. Nuevas y sublimes inspiraciones se ofrecieron espontáneamente al genio poético, que sacó de ellas grandes provechos. El talento se vió honrado, y los grandes, no contentos con proteger y animar al arte de la versificacion, que encomiaba las grandes hazañas, le cultivaron ellos mismos. Se imprimió nuevo carácter á la poesía, y resultaron los romances de la caballería y el canto de los trovadores. Por la cultura de que fueron especial objeto las lenguas, comenzaron las vulgares á salir de su nativa aspereza y barbarie. Las frecuentes expediciones á la Siria, las relaciones diplomáticas que hubo que entablar con los Mongoles, y los caminos desconocidos que descubrieron para el tránsito y el comercio nos dieron conocimientos mas exactos sobre el Oriente, y aun sobre el interior del Asia. La historia oriental recibió mucha luz con la geografía; y la medicina tomó de los Árabes la cura de muchas enfermedades y el conocimiento de los simples. Las matemáticas y la mecánica se enriquecieron con los trabajos y métodos orientales. Por lo cual las cruzadas ejercieron, bajo muchos aspectos, una feliz influencia en la sociedad europea.

8. Las expediciones militares dirigidas contra los Albigenses tuvieron igualmente un fin loable y resultados no menos ventajosos. El carácter de su herejía era la negacion del principio sobre que reposaba entonces la sociedad. La insubordina-

cion, el menosprecio de todo poder y autoridad, la destruccion de la jerarquía eclesiástica, eran consecuencia natural de sus dogmas impíos, que trastornaban las relaciones sociales y abrian carrera á la mas vergonzosa inmoralidad. Los gobiernos se unieron á la cabeza de la Iglesia para reprimir sus excesos, y puede calcularse la gravedad del mal por lo prolongado y obstinado de la lucha. Los principios de los Albigenses no solo tendian al trastorno de la fe, sino que hacian precario todo poder y minaban todos los tronos. Semejantes á los modernos socialistas, aplicaban su tea incendiaria á todo cuanto los pueblos estaban acostumbrados á respetar y amar. Al ver tantos monasterios destruidos, arruinadas tantas iglesias, asoladas é incendiadas tantas poblaciones, todos, todos se indignaron contra aquellos monstruos; ¿y se pretende hoy que la sociedad cristiana de entonces fuese mera y simple espectadora? No solamente reclaman contra tales excesos los papas y obispos, sino que hasta los soberanos, príncipes y señores piden á una vez la extincion del mal. Cuando Federico II, tan hóstil al pontificado, redactó una legislacion para la Sicilia, ponia penas espantosas contra estos sectarios. Hasta el mismo conde de Tolosa, su protector en un principio, cuando al fin hubo abierto los ojos á la verdad, se quejó llorando de que los Albigenses asolaban sus provincias y arruinaban á sus vasallos. Abrumado de pesares y de años, compareció ante el capítulo general cisterniense para exponer sus sobrado tardías quejas. «Mis » canas, decia, están ultrajadas, y se lleva á los pueblos el tor» rente de la corrupcion. Se rien de mis vanas ordenanzas, y se » hollan las leyes de la Iglesia. Ya no nos queda otro recurso » que las armas. Yo apelaré contra todos los herejes al rey de » Francia, y por esta causa derramaré hasta mi última gota de » sangre. ¡Venturoso yo si consigo extirpar esta secta tan » horrenda.» La Iglesia, al organizar una cruzada contra tan peligrosos enemigos, garantizaba la unidad europea, sofocaba al socialismo de aquella época, y aseguraba la general quietud y porvenir de las sociedades modernas.

9. En todas las épocas de la historia eclesiástica, los papas

se han ocupado en extremo en propagar la fe en las comarcas aun idólatras. Bajo la influencia de su perseverante celo, la palabra evangélica habia agrandado sucesivamente el círculo de su imperio. Las nuevas naciones que habian reemplazado al mundo romano habian inclinado su cuello bajo el suave yugo de la fe : sin embargo quedaban aun en las extremidades setentrionales de la Europa conquistas que hacer, almas que ganar, sacándolas de las sombras del paganismo. Los soberanos pontífices reunian en Roma hombres apostólicos, que bajo, su direccion se formaban para misiones lejanas. Las de Othon, obispo de Bamberga, y legado apostólico del papa Calixto II, en la Pomercania, año 1124, fueron coronadas del mas feliz éxito. Los pueblos esclavones renunciaron por sus exhortaciones al infanticidio, á la exposicion de niños, á la quema de los muertos y á otras costumbres paganas. Al dejar aquellas comarcas, que habia alumbrado con la luz del Evangelio, el apóstol dejó doce iglesias florecientes, sometidas á la jurisdiccion del metropolitano de Julin. En otro viaje de 1128 hizo desaparecer completamente los últimos restos de la idolatría. La isla de Rugen, centro de las supersticiones esclavonas, estuvo mas pertinaz en negarse á recibir el cristianismo. Y solo en 1168, despues de la conquista de Wlademaro, rey de Dinamarca, recibieron los Rugienos el bautismo de manos del obispo Absalon de Roskild, que echó por tierra todos los templos de los falsos dioses. Desde 1158, habia recibido en su seno la Livonia ministros del Evangelio, que penetraron al favor de los comerciantes de Brema y de Lubeck. La fe, simiente espiritual, vuela por todas las playas, llevada por todas las velas marítimas, como la grana de la encina, paseada por el espacio en las alas de los vientos. En 1186, Meinhardo, canónigo regular del monasterio de Sigeberto, en el Holstein, organizó en la Livonia una mision mas real y eficaz. Edificó una iglesia en Iskull, en las riberas del Duna, partió para Roma á fin de que el santo padre le diese el título episcopal de Iskull. A su regreso los indígenas estaban en plena rebelion y hacian incursiones en los países cristianos limítrofes. El papa

Celestino III ordenó contra ellos una cruzada. Alberto de Apeldern, canónigo de Brema, al frente de un brillante ejército, deshizo, en el año 1200, á los infieles, echó los cimientos de la ciudad de Riga, instituyó en 1202 la órden de Porta-Espada, y le dió por primer gran maestre á Guinno de Rohrbach. Desde entonces la fe tomó definitivamente posesion de aquel país. La Esthonia, conquistada en 1223, tuvo una silla episcopal en Dorpat. La comarca de Semigale formó una diócesis, cuya silla estaba en Selon. Los obispados de Werland y de Revel, creados en 1230, ayudaron mucho á la conversion de los Curlandeses. — El pontificado de Inocencio III, tan glorioso para la Iglesia, fué la época en que el cristianismo penetró en la Prusia. Un monje cisterciense, Cristiano, del monasterio de Oliva, fué su primer apóstol y obispo. Instituyó el órden de los *Caballeros de Prusia*, que se refundieron mas tarde en el órden teutónico, que desde 1209 á 1220 sometió á toda la Prusia y estableció allí un gobierno estable. Las conquistas del Evangelio en el siglo XIII no se limitaron á las naciones europeas. La terrible invasion de Gengis-Kan habia mostrado al mundo cristiano la existencia de una casta aun mas formidable que la de los Turcos y Sarracenos. Los Mongoles ya habian llamado la atencion de san Luis, quien de acuerdo con el papa Inocencio IV, les habia enviado misioneros. En 1288, un santo religioso de la órden de san Francisco, Juan de Mont-Corvin, ensayó en ellos una nueva tentativa, y logró coronar de buen éxito su celo : Clemente V le nombró obispo de los países que habia evangelizado, año de 1307. Su silla metropolitana estaba en la ciudad de Kambulick, hoy Pequin. Esta pequeña cristiandad china subsistió hasta 1369, época en que la dominacion mongola fué aniquilada por una revolucion política : algunos Nestorianos sobrevivieron á este desastre, y la entrada de la China quedó entredicha á todo nuevo misionero, hasta que en los siglos XVII y XVIII abrieron inteligentes y heróicos esfuerzos, al celo de los apóstoles, este campo, tantas veces fecundizado con sangre mártir.

10. Al propio tiempo que se iba desarollando la Iglesia á lo

exterior, multiplicaba en lo interior medios de santificacion y progreso espiritual. La sociedad se habia constituido en sus leyes, hábitos y costumbres, tendiendo únicamente á la perfeccion cristiana; y esta tendencia se traslucia por prodigios de virtud y santidad, en todas las condiciones, en toda la escala social. Se multiplicaron las fiestas cristianas para satisfacer los piadosos deseos de las mansedumbres. No entraba en los cálculos de esta época ajustar cuentas con el cielo, ni creer perdidos los dias que se sustraian á los trabajos materiales para consagrarlos en servicio de Dios. *Todos* los júbilos, todas las fiestas populares eran sancionadas por la religion, y jamás se realizó tanto como en esta época la palabra sagrada: *Beatus populus qui sat jubilationem*. El año era un ciclo religioso en que cada fase estaba marcada con una solemnidad religiosa. La fiesta del Corpus, ó del Santísimo Sacramento, tan popular en Francia, bajo el título de *Fête-Dieu* (*fiesta de Dios*), en España y las Américas, bajo el nombre del *Dia del Señor,* fué instituida desde luego por Hugon, obispo de Lieja, en 1220, y hecha obligatoria para toda la Iglesia por Urbano IV. Todas las pompas exteriores y magnificencias del culto se desplegaban para hacer esta fiesta digna del Sacramento de amor. Aun en nuestros dias, á pesar de todo cuanto se ha estado haciendo desde dos siglos há para apagar la fe en el corazon de las generaciones, y para desarraigar todos los recuerdos, todas las tradiciones católicas, el *Dia del Señor* es aun la fiesta por excelencia. Todos los años, lo mismo en las aldeas pequeñas que en las ciudades opulentas, se erigen en cielo raso arcos de triunfo y altares para recibir al Rey pacífico, que va pasando por las calles y moradas de sus hijos en medio de las riquezas que la naturaleza y el arte le prodigan á su paso. ¡Pero júzguese del entusiasmo que la institucion de esta fiesta hubo de excitar en medio de las poblaciones tan profundamente católicas y fervorosas del siglo XIII! El admirable oficio, compnesto por santo Tomás de Aquino, verdadera obra maestra de piedad, ciencia y fe, era cantado por todas las bocas, sentido por todos los corazones. El sacramento del altar, centro augusto de

la vida espiritual del mundo, fué rodeado de nuevos homenajes. Las custodias donde reposa la majestad de Dios para bendecir á sus hijos fueron esmaltadas de oro y pedrerías. La liturgia de la misa fué comentada por los mas sabios. Inocencio III le consagró su piadosa obra *Misterium Misæ.* — Con paralelo movimiento se desarrollaba el culto de María, que tomó entonces fecundidad activa y maravillosa. Desde el año 1140, los canónigos de Lyon instituyeron la fiesta de la *Inmaculada Concepcion*, á cuya institucion hizo san Bernardo aquella prudente oposicion de que hemos hablado. En 1389, Urbano VI hizo general la fiesta de la *Visitacion*, instituida por san Buenaventura. El culto de María fué como el alma de la edad media; así es que todos los hombres grandes de este tiempo aparecen como fieles siervos de la Madre de Dios. San Francisco de Asis la intitula *Código de sus indulgencias*. Santo Domingo le teje una corona de rosas, á la que todas las manos le añaden una flor. Santo Tomás de Aquino le debe la pureza, hermana del ingenio. San Buenaventura la encomia como su madre, no de otro modo que el desterrado suspira por su patria. Alejandro de Alés renuncia por ella á la gloria de un nombre famoso, á los aplausos de la escuela, á los gozos de la ciencia; Alberto el Magno, le pregunta los secretos de la naturaleza. San Bernardo, en fin, maestro de reyes, consejero de papas, tutor de imperios, hace reinar la Vírgen en el mundo, haciéndola reina de su corazon. A los ojos de los escritores de esta época, María era como un espejo divino, en el cual iban á reflectar todas las ideas teológicas ó especulativas, todos los hechos de la historia, de la religion, de la naturaleza. Las *Sumas*, que contenian la vida de la Madre de Dios, llevaban los nombres de : *Espejo de la Vírgen*, *Rosal de Nuestra Señora*, *Corona de estrellas*, *Flora de María*, *Verjel de María*. El hábito de escribir sus alabanzas las hacia titular simplemente *Mariales*. La imágen de María aparecia en ellas, como en los pórticos de las catedrales, rodeada de todos los coros angélicos, de todos los reyes de Israel, de todos los patriarcas de la antigua ley, de todos los santos de la nueva. El culto de

María se acrecentó aun mas por un acontecimiento milagroso que acreditaron entonces las mas respetables tradiciones de aquella época. Se decia que el 10 de mayo de 1291, un mes despues de la toma de Trípoli y Ptolemáida, últimas ciudades que quedaban en poder de los Latinos de Palestina, la *Santa Casa,* habitacion de la santísima Vírgen en Nazareth, habia sido transportada por los ángeles á Italia, y se habia fijado en Loreto, donde en breve fué objeto de célebre peregrinacion. Otros oratorios consagrados á María se levantaron en todos los puntos de la Europa, á donde acudian presurosos todos los fieles. ¡Edad venturosa en que nos aparece el mundo arrodillado ante la que llamaron nuestros caballeros antepasados *Nuestra Señora!* La imágen de la Vírgen se hacia hermana casta de los pensamientos del jóven, le purificaba sus afectos y elevaba sus esperanzas : el anciano la saludaba como los pasajeros al puerto. La santísima Vírgen coronaba todas las obras, dominaba todas las glorias; triunfante y victoriosa, reposaba en claras ráfagas de luz en las vidrieras de nuestras catedrales, en el fondo de todos los santuarios : á esta santa y tierna imágen llevaban, el caballero en su pesada coraza, el religioso en su sayal de paño. A esta esculpia el Dante en sus immortales versos.

11. El movimiento de santidad que se llevaba tras sí á la edad media fué poderosamente favorecido por la extension de las órdenes religiosas. El claustro abria sus puertas á las almas descarriadas, á los pecadores arrepentidos, al mismo tiempo que ofrecia á las ciencias y á las letras un refugio y un abrigo. En derredor de los monasterios se desarrolla la vida social : fundábanse aldeas y villas; la industria, la agricultura, las artes con que tanto se engalana nuestro siglo nacieron á la sombra de las órdenes religiosas. El siglo XIII vió aumentarse su número á medida que los sentimientos de fe y de piedad llamaban mayor número á la práctica de los consejos evangélicos. En vano ponia cortapisas la legislacion prudente de la Iglesia á la fundacion de nuevas órdenes religiosas : el Espíritu Santo, que suscitaba en la Iglesia vocaciones diversas, debia

allanar para estas las dificultades y les preparaba camino. — La congregacion de Cluny se presenta la primera en el órden cronológico. Ya hemos referido el brillo que debió á la alta virtud de Pedro el Venerable y la gloria que le fué reservada de engendrar á la vida monástica tan gran número de grandes almas. La supremacía de Cluny se ejercia sobre todos los monasterios de la órden de san Benito : y esto era causa permanente de influencia que llevó al mas alto grado el poder y riquezas de esta congregacion. Subsiguióse el relajamiento, como acontece por ley del género humano. Mas la reaccion salió del seno mismo de la comunidad de Cluny, y tuvo por autor á san Roberto de Morimundo, que escogió para establecer su reforma, en 1098, el monasterio del Cister, cerca de Dijon, destinado á tanta ilustracion y gloria [1]. Veinte años mas tarde, Pascual II dió la institucion definitiva á esta reforma con la famosa bula titulada : *Charta charitatis*. El Cister fué muy pronto iluminado por la gloria del gran san Bernardo, que le dió un lustre universal. — El órden de Grammont, fundado por Estéban de Thiers, en 1073, habia comenzado con fervor, piedad y regularidad edificantes. San Gregorio VII dijo al aprobar este instituto : « Creced y multiplicad vuestras casas como » las estrellas del cielo, mas pedid antes gracias espirituales que » favores de la tierra. » Estéban, como todos los fundadores de órdenes religiosos, habia tomado por base de su regla la de san Benito, sin querer sin embargo afiliar á su órden su congregacion. « Si se os preguntase, decia á sus religiosos, á qué » órden perteneceis, responded que al del Evangelio, que ha » dado orígen á todas las reglas. » Para alejar á sus monjes de todo comercio con el mundo, quiso que hermanos legos estuviesen solamente encargados de la administracion temporal de su órden. — La fundacion de los Cartujos, en 1084, por san Bruno, fué tambien una protestacion del espíritu de penitencia contra la relajacion que se habia introducido en algunas

(1) Desde la revolucion, este tan santo y admirable monasterio es una *casa de presidarios* ó de *correccion*. ¡*O tempora!* (El Traductor.)

comunidades religiosas. Nunca se habia rodeado la vida monástica de tantos rigores y austerezas. San Bruno puso la cuna de su órden en el desierto llamado *Carthusium*, Cartuja, á algunas leguas de Grenoble. Los religiosos tenian que guardar toda su vida silencio absoluto y no habiendo renunciado al mundo sino para conversar de continuo con el cielo. Como los solitarios de la Tebáida, no habian de comer nunca de carne, y su hábito solo debia de ser un cilicio: trabajos manuales, interrumpidos por la oracion en comun, y el estudio solitario; una tabla por cama con el ataud á los piés, una celda estrecha, con un jardinito que habia de cultivar el monje con sus propias manos, hé aquí su sistema de rigor. Desde hace ochocientos años esta órden subsiste, dando al mundo ejemplo de la mas austera y síncera virtud. Poco mas tarde se fundaron monasterios para religiosas, con igual rigor y reglamentos.— Hemos hablado á su tiempo de las órdenes de los Carmelitas, de los Premonstratenses, de Fuentelbrando, de San Francisco y de Santo Domingo. Los establecimientos religiosos se multiplícaron para socorrer todas las miserias y consolar todos los padecimientos. Seria un cuadro muy sentimental formar la historia de la caridad, naciendo en el Calvario, y pasando al través de los siglos con Jesucristo, su rey modelo, *haciendo bienes*. La edad media es la época de las grandes epidemias que despoblaban ciudades enteras, y que bajo el nombre genérico de peste se reproducian á intervalos, sembrando por do quiera el espanto y la muerte. Fueron erigidas diversas cofradías para alivio de los apestados, y aun subsiste la de los penitentes en el mediodía de Francia y en Italia. — La lepra, muy comun entonces en nuestras comarcas, pero que se habia visto antes de las cruzadas, se propagó con mayor intensidad en aquellas expediciones lejanas: se erigieron entonces las *leproserías*, en las cuales ciertos religiosos se consagraban al servicio y curacion de los leprosos. Hemos hallado en un ritual de esta época la fórmula de la consagracion de estos religiosos para este tan caritativo objeto. No pueden leerse sin emocion las palabras de un juramento sublime por su sencillez y fe, y en virtud del

cual vírgenes tímidas y jóvenes animosos, orgullo y esperanza de sus progenitores, se separan del seno maternal, para constituirse hermanos y hermanas, segun la gracia de los abandonados de sus propios hermanos y hermanas, segun la naturaleza, haciendo voto de morir por Cristo y sus miembros pacientes. — Los Hospitalarios se habian fundado en 1096 para combatir une terrible enfermedad llamada *fuego de san Anton, ó fuego sacro,* que se llevaba víctimas á millares. — Los Trinitarios, que mudaron mas tarde su nombre en el de *Padres de la Merced,* por haberse puesto bajo la proteccion de Nuestra Señora de la Merced (1). Se habian consagrado desde el principio del siglo XIII á la redencion de cautivos en poder de infieles. — Al lado de estas milicias pacíficas del claustro, de los hospitales, de las leproserías, de las obras de caridad de todo género, hemos visto formarse las órdenes militares que defendian con la espada la fe que sus hermanos hacian brillar en la sombra de las soledades. La vida cristiana se iba desarrollando de este modo por todas las comarcas, bajo toda bandera, y por do quiera hallaba la caridad una lágrima que enjugar, una herida que curar, un dolor que consolar. Para dar á nuestro siglo frívolo y volátil una idea de la vida interior y hábitos santos de un monasterio del siglo XIII, que trasladamos de un contemporáneo. « He pasado ocho meses en Marmoutiers, dice el cronista » Guiberto de Gemblours, y he sido acogido no como huésped » sino como hermano. Son desconocidas en aquella apacible » mansion los odios, envidias, animosidades : la ley del silen- » cio, observada con prudente severidad y exactitud, las des- » tierra para siempre. Una mirada del abad basta para recor- » dar la regla y su observancia. Los cargos son ejercidos por

(1) Son dos órdenes muy distintas la de los Padres Trinitarios, fundada por san Juan de Mata y san Felipe de Valois, en *Ciervo frigido,* diócesis de Meaux, en Francia, y la de los Padres Mercenarios, ó de Nuestra Señora de la Merced, fundada en Barcelona por san Pedro Nolasco. Tenian hábito diferente y constituciones diferentes. Ambas religiones han tenido numerosos conventos en España hasta la desgraciada época de la revolucion. Nos admiramos de la ligereza con que el autor afirma hechos y cosas contrarias á la verdad, y á lo que él mismo refiere en el cuerpo de su historia. (El Traductor.)

» religiosos de acrisolada virtud. ¡ Dónde se hallará mas reco-
» gimiento en los Oficios, mas piedad en la celebracion de los
» sagrados misterios, mas benevolencia y caridad con los ex-
» traños ! La modestia, humildad y calma de buena conciencia
» reinan en todos los rostros; se respira en aquel lugar la
» verdadera paz de Cristo. La mucha deferencia y miramientos
» mantienen una armonía celestial; el fuerte sobrelleva al flaco,
» el superior se sacrifica en servicio de sus inferiores que le
» devuelven en reconocimiento y síncero respeto lo que les da
» de solicitud y cuidados. En esto se palpa como no hacen sino
» un solo cuerpo la cabeza y los miembros. Los recuerdos del
» mundo se quedaron en la puerta del monasterio. Nadie se
» vanagloria ni de su nacimiento, ni de sus empleos, ni de sus
» dignidades en el siglo : la sola nobleza y milicia, son ser sier-
» vos y soldados de Cristo. Los trabajos, ayunos y vigilias
» doman el cuerpo con sus pasiones y codicias, reduciéndolo
» á esclavitud. Toda la conducta exterior está sometida á una
» regla sabia que todo lo tiene previsto y ordenado. En el
» campo, en la iglesia, en el taller, nada se hace sin medida,
» y todo á su tiempo. La presencia de Dios domina á toda la
» vida y anima á todas las acciones. Se otorga á la naturaleza
» el descanso necesario, y todo lo demás está consagrado al
» Señor. Parece que en esta milicia celestial los soldados hacen
» resonar sus armas espirituales desde el alba del dia hasta la
» hora de sexta. Solo Dios sabe el secreto de sus abundantes
» limosnas. Cada dia se hacen en la puerta del monasterio dis-
» tribuciones de víveres á los necesitados, y además el abad
» hace comer á su lado á tres pobres como representantes de
» Cristo. Durante la comida, sirve de alimento espiritual á los
» religiosos una lectura piadosa. — Muchos de ellos están ocu-
» pados en la copia de manuscritos preciosos. Son verdaderos
» tesoros donde viene á enriquecerse diariamente la ciencia y
» la virtud. A mas de las pláticas cotidianas, predicadores elo-
» cuentes parten el pan de la palabra á los religiosos en las
» grandes fiestas. Yo oia cómo estos santos solitarios se exhor-
» taban recíprocamente á la virtud, y se consolaban entre sí,

» y se animaban para correr veloces el camino del cielo. ¡ San-
» tas paredes! piadosos habitantes! ¡ Con qué dolor me separé
» de vosotros ! Pero vosotros habeis guardado la mejor parte
» de mí mismo ; pues que en tanto que mi cuerpo se ausen-
» taba quedaba allí mí corazon ! »

12. El desarrollo de los monasterios coincidia con el movimiento intelectual que ya hemos indicado, y que se manifestaba por la creacion de las universidades y el vuelo del nuevo arte cristiano que pobló al suelo de maravillas. Es muy digno de notar el orígen exclusivamente eclesiástico de todas nuestras universidades, que se titularon así, porque abrazaban la enseñanza de todos los conocimientos humanos adquiridos hasta entonces. Ya hemos referido que la elocuencia de Lanfranco, de Abelardo y de san Anselmo les acarreaba inmensa concurrencia de oyentes. La historia pues nos presenta en ciertas épocas privilegiadas, como un *despertador* del espíritu humano, ansioso de ciencia y propenso naturalmente á lanzarse en pos de los brillantes astros de la ciencia que lucen con mayor esplendor en el dominio de las artes y letras. Ahora bien, la señal de la restauracion intelectual se dió en el seno del claustro. Se habian conservado en los monasterios los preciosos manuscritos de la literatura antigua, con la cual estaban tan fomiliarizados los monjes, que Vicente de Beauvais cita en su grande obra mas de tres mil pasajes de autores latinos y griegos. La antorcha de las ciencias se encendió pues con las centellas de los inmortales genios de Atenas y Roma. Los papas se mostraron muy solícitos en dirigir al humano ingenio en esta nueva senda, y con este objeto crearon las universidades. Esta institucion de los soberanos pontífices, que tan ingrata se ha mostrado despues con ellos, merece ser examinada. Todas las corporaciones tenian en la edad media su autonomía, sus leyes, privilegios y dignidades. Las universidades fueron concebidas con el mismo objeto y bajo igual plan. Se nombró un *procurador* para representar á sus nacionales, ó paisanos, como en el dia los cónsules ó embajadores en la política; porque en aquella época el amor á la ciencia era *cosmopólita* mucho mas que en

la nuestra. Desde el fondo de la Alemania, Inglaterra, Italia ó España acudian los literatos y estudiantes á las universidades mas célebres de Francia; y recíprocamente, los de esta iban á Salamanca, á Oxford, á Bolonia, etc., etc. Al llegar los extranjeros á una ciudad lejana para estudiar en su universidad, hallaban en el *procurador* y sus consejeros como una nueva patria propia. Los diferentes *procuradores* elegian al *rector*, cabeza de toda la universidad, el cual ejercia toda la autoridad que conocemos aun en las últimas universidades antiguas subsistentes. Despues de los *procuradores* venian los *decanos*, que representaban las provincias ó diócesis en particular, y que ejercian cierta autoridad subalterna sobre cada fraccion del país respectivo. Los papas habian asegurado de antemano sobre los bienes eclesiásticos el coste personal de cada estudiante; y para precaver toda especie de desórden, habian decretado medidas severas y aun la excomunion para impedir en las ciudades de universidad la carestía y sobrado precio de las subsistencias. — No se ha querido insistir en nuestra época sobre el carácter esencialmente organizador de los papas, carácter que por fin logró llevar el timon del movimiento de la sociedad de la edad media. [La revolucion moderna ha querido destruir cuanto pudiera testificar el noble orígen de las universidades; sin embargo, los hombres de talento superior que se han tomado el trabajo de escudriñar el gran período de la edad media, hacen ya justicia á la sublime mision de la Iglesia y á la vigilante y perenne solicitud de los papas y obispos que la han llenado tan desinteresada é ilustradamente en medio de circunstancias críticas, y al través de obstáculos que solo ha podido vencer el celo.]

13. El siglo XIII vió nacer el arte cristiano (1), que hasta este día, para nuestras comarcas y climas, ha realizado el ideal de

(1) Es, si no un error, una exageracion. Desde la paz de la Iglesia ha existido este arte, y á no ser por las continuas devastaciones de iglesias y edificios públicos de los siglos IV al X, y despues por los Sarracenos, Albigenses y otros malévolos, se conservarian aun muchos edificios de la arquitectura griega y romana aplicada á la religion. (El Traductor.)

la arquitectura religiosa. Nuestras antiguas catedrales son dignos monumentos de un pueblo cuyo pensamiento, dominando á todos los intereses materiales y terrestres, solo tenia el cielo por horizonte, límites y esperanzas. La giralda ó flecha gótica que corona nuestras ciudades y domina á lo lejos á todas las mas elevadas cumbres, edificios, es como la perenne oracion de toda una provincia, de todo un país elevado hácia el cielo de continuo, todo un mundo vive, respira y ora en una catedral gótica. « El templo cristiano, dice el malogrado Lamen-» nais, representa el concepto de Dios y su obra : representa » la creacion en su estado presente, y en sus relaciones con el » Estado, leyes y destinos futuros del hombre. Símbolo de la » divina arquitectónica, el cuerpo del edificio, así como el » modelo cuyo tipo real reproduce, parecen dilatarse indefi-» nidamente, y bajo elevadas y anchurosas bóvedas que se » arredondan como las de los cielos, expresa con sus fuertes » sombras y la tristeza de sus medias-luces, en el desfallecimiento » del universo, oscurecido despues de su caida. Un miste-» rioso dolor os sobrecoge en el umbral de este sombrío recinto, » donde el temor, la esperanza, la vida, la muerte, exha-» ladas de todas partes, forman por su mezcla indefinible una » especie de atmósfera silenciosa que calma los sentidos, y al » través de la cual se divisa, rodeado de una luz vaga, el » mundo invisible. Una potencia secreta os atrae hácia el punto » á donde convergen las largas naves, á donde reside, velado, » el Dios Redentor del hombre y reparador de la creacion... »

14. Además de este simbolismo puramente natural, la catedral gótica ofrece un simbolismo religioso y cristiano, que le imprime un carácter particular de majestad casi divina. La catedral gótica es la representacion en piedras de la cruz en que se dignó morir Jesús. Los pilares de la nave principal son doce para figurar á los doce Apóstoles; [en fin, todo cuanto constituye el fondo é interior de la basílica, todo, todo lleva una significacion mística, y no hay construccion interior, por pequeña que sea ó por retirada que se halle, que no se refiera al conjunto de la idea principal del arquitecto.] Y no se crea que eran albañiles ordi-

narios los que lanzaban esas giraldas á lo alto del espacio, los que levantaban esos majestuosos edificios, cuya sola presencia babla ya al corazon, cuyas líneas regulares, cuyas columnas graciosas, cuya selva de pilares, cuyos miles de chapiteles, arcos y contornos forman un conjunto admirable. Sin embargo sus nombres nos son desconocidos; porque su genio artístico tenia por guia y móvil la fe. Satisfechos con acabar su obra sin dejar en parte ninguna el menor vestigio de su nombre, se contentaban ordinariamente con pedir ser enterrados en el pórtico de su catedral; y en su tumba, por cierto poco afectada, á penas si permitian que se les pusiese el simple título de *albañil*, ó de *picapedrero!!!* Y hoy!..... — Los siglos XII y XIII vieron, en todos los puntos de la Europa cristiana, cómo la fe *transportaba montañas*, y levantaba esas augustas basílicas que desafian á la impotencia moderna. A esta época suben en España las catedrales de Toledo y Burgos; en Inglaterra, Westminster, la nave de Durham, el coro de Ely, las catedrales de Salisbury y York; en Francia, las de Chartres, Reims, Troyes, Orleans, Tours, Beauvais, Estrarburgo, Amiens, Nuestra señora de París, la Santa Capilla; en Bélgica, la iglesia de Santa Gudula de Bruselas; en Alemania, los catedrales de Colonia, Tréveris, Friburgo; en Dinamarca, la catedral de San Olao, de Dronthenis, etc., etc. Así iba sembrando el arte cristiano sus maravillas en medio de una sociedad para la cual el elemento religioso era principio y fin de todas las cosas y que subordinaba todos los intereses de la tierra á los de cielo.

ÉPOCA SEXTA

DESDE BONIFACIO VIII, EN 1294, HASTA LUTERO, EN 1517.

CAPITULO PRIMERO.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE BONIFACIO VIII (24 de diciembre de 1294–11 de octubre de 1303).

1. Carácter de la sexta época. — 2. Estado del mundo al advenimiento de Bonifacio VIII. — 3. Paz entre la Santa Sede y Jaime II, rey de Sicilia, tan pronto concluida como quebrantada. — 4. Rebelion en Roma. Los Colonnas. — 5. Bula de la institucion del Jubileo. — 6. Contienda entre Alberto de Austria y Adolfo de Nassau por la corona imperial. Alberto de Austria es reconocido emperador de Austria. — 7. Felipe el Hermoso, rey de Francia; Eduardo I, rey de Inglaterra. Bula *Clericis laicos*. — 8. Bula *Ineffabilis*. — 9. Bula *Ausculta, Fili*. Estados generales de Francia reunidos en París. — 10. Concilio de Roma. Bula *Unam sanctam*. — 11. Escena sacrílega de Anagni. Muerte de Bonifacio VIII.

§ II. PONTIFICADO DE SAN BENITO XI (22 de octubre de 1303-6 de julio de 1304).

12. Dificultades del gobierno de la Iglesia al advenimiento de san Benito XI. — 13. Muerte de san Benito XI. — 14. Güelfos y Gibelinos en Florencia. — El Dante.

§ III. PONTIFICADO DE CLEMENTE V (14 de noviembre de 1305–20 de abril de 1314).

15. Críticas contra el gobierno de Clemente V. — 16. Eleccion de este papa. Calumnias de que ha sido objeto. — 17. Translacion de la Santa Sede á Aviñon. — 18. Primeros actos de Clemente V. Rehusa anular la Bula *Unam sanctam*. — 19. Los Templarios. — 20. Arresto de los Templarios. — 21. Crímenes que se les imputaban. — 22. Décimoquinto concilio general de Viena. Bula de abolicion de la órden de los Templarios. — 23. Suplicio de Jacobo Molay. — 24. Resúmen crítico del proceso de los Templarios. — 25. Condenacion de los Albigenses por el concilio general de Viena. Division en la órden de San Francisco. — 26. Enrique de Luxemburgo, emperador. Muerte de Felipe el Hermoso y de Clemente V. — 27. Santos de este período.

§ I. **PONTIFICADO DE BONIFACIO VIII** (1) (24 de diciembre de 1294-11 de octubre de 1303).

1. Con la sexta época de la Historia eclesiástica se abre una nueva fase para la Iglesia. La expansion de fe que se habia desparramado por el mundo durante los siglos XII y XIII, cesa de obrar maravillas; la fe se resfria en Europa; el pontificado, apenas triunfante de sus largas luchas con el imperio, encuentra un obstáculo aun mas formidable en los reyes de Francia. El derecho público se modifica en el seno de las naciones europeas, y la voz de los soberanos pontífices no es ya obedecida. Felipe el Hermoso da un golpe mortal á su poder temporal, fijándolos en Aviñon. El gran cisma de Occidente agrava aun con sus deplorables complicaciones la decadencia general. En vano trató sériamente la Iglesia griega de unirse con la latina; Constantinopla fué tomada por los Turcos, en tanto que en Occidente, Juan Hus y Wicleff infestaban la Alemania, mostrándose dignos precursores de Lutero. La sexta época fué pues como la reaccion de la antecedente.

2. Diez dias despues de la abdicacion de san Celestino V, los veintidos cardenales que á la sazon componian la corte romana entraron en conclave, y antes del fin del primer dia los votos recuyeron en el cardenal Gaetano, que en 1294 subió al trono pontifical y tomó el nombre de Bonifacio VIII. El nuevo papa era un hombre superior, cuyo carácter era igual á su talento, un hombre vigoroso que comprendió su mision y la ejecutó con la inflexibilidad de una conciencia movida por la voluntad divina. Aunque de avanzada edad, su alma no habia perdido nada en vigor y actividad. Bonifacio VIII, despues de su coronamiento, partió inmediatamente para Roma, donde aun no habian osado morar sus antepasados. Su ilustre nombradía le acompañaba, y fué recibido con indecible entusiasmo. Las facciones se habian retirado á sus guaridas, y no osaron mostrarse,

(1) Nuestro trabajo sobre el siglo XIV no es sino un análisis rápido de la obra sabia del abate Cristophe, intitulada : *Historia del pontificado durante el siglo atorce,* 3 vol. en 8º.

para no ponerse en ridículo con su oposicion á un pronunciamiento tan unánime en todos los órdenes del Estado. El papa se aprovechó del descanso en que le dejaron para apoderarse enérgicamente de las riendas del gobierno, harto aflojadas por la debilidad de sus antecesores. La situacion del mundo cristiano pedia entonces una cabeza hábil, y un brazo fuerte. En el Norte habia dejado vacante el imperio la muerte de Rodulfo de Habsburgo (en 1291), y dividian la Alemania las rivalidedes entre Adolfo, duque de Nassau y Alberto de Austria. Felipe el Hermoso y Eduardo, rey de Inglaterra, comenzaban una guerra, que suspendida algunos años, habia de poner mas tarde el reino de Francia á dos pasos de su ruina. En el Mediodía, la Sicilia, goteando aun sangre francesa de las Vísperas sicilianas, y refugiada bajo el patronato del rey de Aragon, desafía igualmente las armas de Nápoles y las censuras de la Iglesia; cuyo acontecimiento tambien se habia hecho sentir, en sus resultados, por toda España. En Italia, Venecia, Génova y Pisa estaban en guerra; la Toscana se agitaba por nuevas facciones, llamadas los *Blancos* y los *Negros*, salidas de Pistoya, y que habian invadido las demás ciudades con la rapidez de un torrente.

3. Bonifacio VIII se puso á la obra : su objeto desde luego era la pacificacion general. Pero los odios recíprocos estaban tan arraigados, que no cedian á las exhortaciones del padre comun de los fieles; así que los esfuerzos del papa se frustraron por todas partes, excepto en Aragon. Por mediacion de Bonifacio VIII se concluyó un tratado de paz entre Jaime II y Carlos II, rey de Nápoles, á condicion que Jaime de Aragon consentiria en pagar el tributo anual de treinta onzas de oro que su abuelo habia estipulado en favor de la Iglesia romana; que prestaria su concurso para hacer que la Sicilia volviese á entrar bajo la obediencia de su rey legítimo, y que sacaria de ella el cuerpo auxiliar de Aragoneses. En recompensa, el papa prometió á Jaime II la Cerdeña y la Córcega, dos feudos antiguos de la Santa Sede, soberanía que le confirió solemnemente á este monarca en el año siguiente de 1297. Grande fué la

general alegría á la noticia de esta paz; pero duró poco. Los Sicilianos no habian sido llamados á las negociaciones; y cuando supieron su resultado, los grandes del reino, encolerizados de que sin su consentimiento volvian á ponerse bajo de una dominacion que detestaban, exclamaron : « Los Sicilianos no » buscan la paz con pergaminos sino con hierro. » Y disputaron inmediatamente al rey de Aragon comisionados suplicándole no les abandonase, pues que tan fieles le habian sido. El monarca respondió que no podia faltar á la fe de los tratados, y los Sicilianos dieron el trono de Sicilia á Federico [Fadrique], su hermano, que algunos meses mas tarde se hizo proclamar solemnemente en Palermo. La Sicilia quedó pues hecha campo de nuevas guerras.

4. Entretanto acababa de estallar en Roma una sedicion ó conjuracion, mas temible que las precedentes. El partido Gibelino se levantó en masa al mando de los cardenales Jacopo y Pietro, cabezas de la poderosa familia de las Colonnas (1). Bonifacio VIII fulminó contra los rebeldes sentencia de excomunion, por la cual deponia á Jacopo y Pietro de toda dignidad eclesiástica, y declaró inhábiles para recibir las sagradas órdenes á todos los miembros de la familia Colonna, hasta la cuarta generacion. Añadió á este decreto citacion de los cardenales depuestos para ante la Santa Sede, en término de diez dias, so pena, espirado el término, de confiscacion de todos los bienes de su familia. Los Colonnas, lejos de someterse, hicieron poner en las puertas de las Iglesias de Roma y sobre el altar mismo de san Pedro una protesta, en la que trataban á Bonifacio VIII de antipapa, so pretexto de que era anticanónica la abdicacion de san Celestino V; y apelaron á un concilio general de los procedimientos que se intentaren contra ellos. A este exceso de audacia, el papa respondió con una medida aun mas terrible. El 23 de mayo de 1298, se confirmó por nueva bula la excomunion, y se extendió á todos los

(1) Despues de la abdicacion de san Celestino V, los Colonnas habian declarado que jamás reconocerian á su sucesor como papa legítimo.

miembros de la familia, se confiscaron sus bienes, se les hizo incapaces de testar, se prohibió darles auxilio ni proteccion, so pena de se ser partícipes en la sentencia decretada contra ellos, y lanzó entredicho á todos los lugares á donde buscasen asilo. Los Colonnas no se sometieron. Echados de Roma, despojados de sus tesoros, concentraron sus fuerzas en la ciudad de Palestina. Bonifacio VIII no podia dejar impune tan sacrílega rebelion. Las tropas pontificales forzaron á los Colonnas en su última guarida, y en 1298, los dos cardenales, autores de la sedicion, acompañados de sus parientes y amigos, descalzos, con cuerda al cuello y vestidos de luto, vinieron á Rieti, á postrarse á los piés de Bonifacio VIII, que les recibió en su trono, con la tiara puesta y en medio de las magnificencias del pontificado. Trató á los vencidos con benevolencia, mas puso restricciones al tratado de paz. Ambos cardenales quedaron privados del capelo; Palestina, que habia servido de refugio y foso á la rebelion, fué destruida y reemplazada por otra ciudad llamada *Citta papale*. Estos actos de rigor fueron tachados de traicion por los reos; los Colonnas acudieron de nuevo á las armas, poco abatidos de nuevo por la energía del soberano pontífice. En 1299, sus palacios fueron destruidos y confiscados sus bienes. Huyeron pues unos á Francia, otros á Alemania, otros á Sicilia, para librarse de los rigores pontificales.

5. El año siguiente inauguraba el siglo XIV. Una tradicion popular, cuyos títulos no se encuentran en parte alguna, pretendia que al principio de cada siglo estaban concedidas indulgencias á los peregrinos que visitaban en Roma el sepulcro de los Apóstoles. En 1°. de enero del año 1300 se presentó un concurso inaudito á la iglesia de San Pedro para ganar las indulgencias. Para poner en debida forma esta piadosa devocion para lo venidero, Bonifacio VIII publicó la célebre bula de institucion del Jubileo secular ó centenario. «Por autoridad » de los santos Apóstoles, en nombre de Dios omnipotente y » con la plenitud de nuestra suprema autoridad, otorgamos á » todos los fieles verdaderamente contritos y confesados que

» visitaren la basílica de San Pedro en el curso del año pre- » sente, y en lo venidero, á cada cien años, la remision plena y » entera de sus pecados. » Este decreto excitó universal entusiasmo en toda Europa. Sicilia, Cerdeña, Córcega, Francia, España, Inglaterra, Alemania y Hungría, enviaron á Roma muchedumbre innumerable de peregrinos; « pero la mayor » maravilla, dice el Florentino Villani, fué que durante el año » entero, los doscientos mil extranjeros que se hallaron cons- » tantemente en Roma, fueron abundantemente provistos de » víveres. » Tal es el orígen del Jubileo secular, reducido mas tarde á cincuenta años [1], y por fin á veinticinco. ¡Triste contraste entre la fe universal de aquel siglo y la irreligiosa indiferencia del nuestro!

6. Dos importantes negocios llamaban poderosamente la atencion de Bonifacio VIII. A la muerte de Rodulfo de Habsbargo, en 1291, su hijo Alberto, duque de Austria, intentando suceder sin disputa á la herencia paterna, se revistió de los ornamentos reales [2]. Pero tenia este príncipe muchos enemigos por la violencia y dureza de su carácter. Los electores prefirieron pues al conde Adolfo de Nassau, que fué proclamado rey de los Romanos y coronado en Aquisgran, en 1292. Las exacciones del nuevo electo é intempestivo rigor de su gobierno tardaron poco en enajenarle los ánimos de los Alemanes; y en 1298, tres de los electores imperiales, el arzobispo de Maguncia, el duque de Sajonia, y el margrave de Brandeburgo, declararon á Adolfo de Nassau privado del trono y defirieron solemnemente la corona á Alberto de Austria, cuya eleccion fué confirmada en el año siguiente por la dieta de Francfort. Ambos rivales apelaron al papa, mas sin esperar su decision tomaron las armas. El encuentro tuvo lugar en Ghelen, cerca de Espira; Adolfo de Nassau cayó en un ardid de guerra y

(1) Clemente VI lo redujo á cincuenta años, y Sixto IV á veinticinco para que todos los fieles pudiesen ganar dicho Jubileo. (El Traductor.)

(2) Segun legislacion del Santo Imperio, el derecho imperial no se ejercia sino despues de la consagracion por el papa ó sus delegados. Rodulfo nunca quiso hacer la ceremonia de su consagracion en Roma, y durante su vida su título oficial fué *rey de los Romanos.*

fué alevosamente muerto por su rival. Este acontecimiento modificaba gravemente el estado de la cuestion. La vergonzosa victoria de Alberto de Austria, lograda contra todas las leyes de la caballería de entonces, en un acecho habia suscitado contra él la indignacion de la Europa, y Bonifacio VIII excomulgó al matador en 1301. Espantado de tal rigor, Alberto quiso hacer paz con la Santa Sede; envió embajadores á Roma, no para implorar el juicio del papa sino para ponerse en manos de su misericordia. Prometió todos los desagravios que se exigieran de él. Las patentes dadas á sus diputados decian en sustancia: « Reconozco que el imperio romano, fundado por » la Santa Sede para defensa de los derechos de la Iglesia, solo » puede conferirse por el soberano pontífice : prometo no usar » de la autoridad imperial, si se me confiere, sino para honra de » la religion y exaltacion de la santa Iglesia. Confirmo todas » las donaciones hechas por Rodulfo, mi padre, y por los em» peradores sus antecesores. Juro defender los derechos de la » Santa Sede contra todos sus enemigos, sean quienes fueren, » y no hacer con ellos alianza ni tregua. » Bonifacio VIII se dejó vencer, y en 1303 publicó bula de confirmacion de la eleccion de Alberto de Austria. « En virtud de la plenitud de » nuestra autoridad apostólica, decia el papa, os escogemos por » rey de los Romanos é hijo de la santa Iglesia romana, orde» namos á todos los vasallos del Santo Imperio os obedezcan » como á tal, y os absolvemos por las presentes de todo cuanto » hubiere defectuoso en vuestra eleccion y gobierno. » Los historiadores del galicanismo han insistido poco en este documento notable, cuyo tenor fuera inexplicable, si no se admitiese el principio de derecho público, que en la edad media revestia á los papas de una supremacía incontestable en materia política.

7. La primera y mas violenta protestacion contra este principio tenia que venir de la Francia. Nueve años habian ya trascurrido del reinado de Felipe IV, llamado el Hermoso, cuando Bonifacio VIII subió á la Silla de san Pedro. Revestido de la suprema autoridad en una edad en que aun no se cono-

cia ni sabia sino obedecer, este jóven príncipe gobernaba sin embargo sus Estados con superioridad indisputable. Nadie tuvo en mas alto grado la arrogancia del poder; nadie se mostró tan celoso de su autoridad; ni impuso ningun otro sus voluntados con tono mas resuelto y firme. Pero su magnanimídad degeneraba en altanería, y su valor rayaba en temeridad. La fuerza de su voluntad llegaba á ser frecuentemente una obstinacion tanto mas inflexible cuanto que creia interesado su honor en hacer prevalecer hasta sus errores. Por lo demás, colérico é implacable, no olvidando jamás una injuria, y nivelando su celo por lo que creia ser un deber. Sus empresas, sobrado poco previstas, le pusieron en los mayores apuros pecuniarios, y aun le hicieron ser injusto para con sus pueblos, alterando la ley de la moneda, con gran turbacion de las haciendas. Las contiendas que mas tarde mediaron entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso no fueron explosion prevista de secreto antagonismo, sino resultado de causas extrañas y fuera de cálculo. — Felipe el Hermoso y Eduardo I, rey de Inglaterra, se hacian continua guerra. En 1293, Felipe el Hermoso habia hecho citar al rey Eduardo ante el consejo de los Pares, para responder de las quejas que habia contra él. No compareció el príncipe inglés, como era de esperar, y el consejo decretó la confiscacion de la Guiena á favor del rey de Francia. Toda la Europa tomó partido en esta contienda. Eduardo habia sabido ganar á su causa á Adolfo de Nassau, al duque de Brabante, á Amedeo, apellidado el Grande, duque de Savoya, y á Juan II, conde de Bretaña. Felipe el Hermoso tuvo por aliados á Bailleul, rey de Escocia; á Alberto de Austria, pretendiente de la corona imperial con Adolfo de Nassau; y enfin á Erico II, rey de Noruega. Alarmado entonces Bonifacio VIII de esta conflagracion general, creyó deber intervenir; pero fué desechada su mediacion y continuó la guerra con mayor encarnizamiento. No le quedaba al papa otra cosa que hacer sino proveer por medios enérgicos á la salvacion de la Iglesia y de los pueblos, cuyos mas caros derechos eran hollados por la ambicion de los soberanos. Citó á ambos reyes á compare-

cer ante su tribunal para responder de sus exacciones é injusticias, y el 18 de agosto de 1296 lanzó la bula *Clericis laicos*, prohibiendo bajo pena de censuras á todo miembro del clero el pagar subsidio alguno sin permiso expreso de la Santa Sede, amenazando con excomunion á los príncipes, duques, barones y ministros que los exigiesen, y aun ponia entredicho á las villas y comunidades que consintieran en esta exaccion.

8. Si la Providencia divina, en lugar de hacer á Felipe el Hermoso rey de Francia, le hubiera colocado en el trono pontifical, de seguro hubiera obrado como Bonifacio VIII, y expresádose en esta bula como se halla, pues que no difiere, ni en la forma ni en el fondo, de las antiguas decretales; pero cabeza de una monarquía poderosa, este príncipe no escuchaba ni entendia el lenguaje de sumision y cortesía. El decreto pontifical le exasperó, y respondió á él con un edicto real que prohibia á todo extranjero la entrada en el reino de Francia; prohibia toda apelacion á la Santa Sede, y envío de todos los subsidios ó socorros en dinero, dirigidos al soberano pontífice. Era de creer que semejante medida debia acarrearse los rayos del Vaticano sobre el imprudente monarca; mas no fué así. Antes de llegar á medidas extremas, Bonifacio VIII quiso agotar todos los medios de conciliacion. La bula *Ineffabilis*, que expidió al rey inmediatamente despues de la publicacion del edicto real, está llena de noble indulgencia y de la mas afectuosa misericordia. « Se ha escogido mal tiempo, dice, para » mover querellas al vicario de Cristo, cuando, desde nuestro » advenimiento al trono de san Pedro, nos consagramos á » velar sobre vuestros intereses y á reconciliar con paz honrosa » la Francia y la Inglaterra. No hemos mandado que los eclesiásticos no debiesen contribuir á la defensa y necesidades » del reino; lo que hemos dicho es que para ello habia necesi» dad de nuestro consentimiento, para poner término á la into» lerable opresion con que vuestros oficiales abruman al clero. » En caso urgente, Nos mismo mandaríamos á los eclesiásticos » las contribuciones necesarias; y si fuera necesario hasta » haríamos vender los vasos sagrados y las cruces de las igle-

» sias, antes que exponer al menor peligro un reino como la » Francia, en todo tiempo tan amado, y tan celoso por la Santa » Sede. » Este noble lenguaje no movió á Felipe el Hermoso; y su arrogancia no podia doblegarse á ninguna concesion. Con todo, para hacer ceder y conmover el carácter indómito del monarca, publicó el decreto de canonizacion de Luis IX, abuelo de Felipe el Hermoso, cuyo proceso duraba desde hácia veinticinco años. La generacion que habia sido testigo de las virtudes del santo rey aun no habia bajado á la tumba. A la noticia de que el objeto de una admiracion tan reciente iba á ser objeto del culto de la Iglesia, estalló en la Francia entera un júbilo inmenso. Llevado del general entusiasmo, cedió en fin Felipe el Hermoso. Fué mandada suspender la ejecucion de las reales ordenanzas: Bonifacio VIII fué declarado árbitro soberano entre Francia é Inglaterra, y pareció restablecida la buena armonía entre ambas potencias, espiritual y temporal.

9. Las guerras entre personas se pacifican, porque se llegan á extinguir los odios; pero las guerras de principio no se extinguen jamás, porque los principios no mueren. Cuando el obispo de Durham, legado de la Santa Sede, llevó á Felipe el Hermoso la decision árbitra, pronunciada por el soberano pontífice, el rey de Francia permitió á su hermano, el conde de Artois, se la arrancase de la mano, y la echase en su presencia al fuego, en tanto que el rey declaró explícitamente que no daria cumplimiento á ninguna cláusula. Bernardo de Saisset, obispo de Pamiers, nuevo legado enviado por el papa á Felipe el Hermoso, fué preso. Intimado el rey de Francia que se justificase de este acto incalificable, partió para Roma Pedro Flotte, indigno ministro de sus exacciones. Sin la menor política ni cortesía, este negociador solo dijo al papa expresiones insolentes y desdeñosas. Bonifacio VIII le demostró que tenia en su mano, como cabeza suprema de la Iglesia, la doble potencia temporal y espiritual; mas Pedro Flotte le respondió: « Muy bien, santísimo Padre; pero la de vuestra santidad es » puramente nominal, y la de mi amo es real. » A esta bravata

imprudente, el papa respondió revocando todas las gracias y privilegios concedidos al rey para la defensa de sus Estados y publicando la famosa constitucion : *Ausculta, fili,* tan atacada por el galicanismo. « No se persuada el rey que no tiene su» perior en la tierra, sino á Dios, y que no está sometido al » poder del papa. El que así pensare es un infiel. » Despues de este preámbulo, enumera el papa todas sus quejas contra el rey de Francia. Le echa en cara el proveer beneficios sin permiso de la Santa Sede; el no querer admitir, sea dentro sea fuera de su reino, á otro juez que á sí mismo contra las injusticias y violencias cometidas en su nombre; el apoderarse arbitrariamente de los bienes eclesiásticos; el aplicarse las rentas de las iglesias vacantes, abuso no menos odioso porque lo haya declarado *regalía;* el alterar el valor de las monedas; el abrumar á sus vasallos con impuestos. « Hemos amonestado » frecuentemente, mas sin fruto, á Felipe para volverlo á la » senda de su deber, prosigue el papa. Por lo cual mandamos » hoy á todos los obispos, abades y doctores de Francia, ven» gan cerca de nuestra persona en el mes de noviembre del » año próximo 1302, para poder con sus luces y concurso » proveer á las reformas del reino y restablecimiento del ór» den. » Tal es en cuanto á la sustancia esta bula, objeto de tantas recriminaciones. El tono es vigoroso, pero moderado aun en los reproches. Se la ha tachado de injuriosa á la majestad de los reyes y de contener esta máxima no oida antes de Bonifacio VIII : « De que el papa, en su cualidad de vicario » de Jesucristo en la tierra, es dueño de todos los reinos del » mundo [1]. » El papa no dice que sea el dueño y señor de los reinos, sino que está elevado sobre los que gobiernan los reinos para obligarles á seguir el camino de la justicia. A los ojos de todo observador imparcial, en la bula *Ausculta, fili*, Bonifacio VIII tomaba en su mano los intereses de los vasallos contra las exacciones y violencias de un rey, legítimo, sin duda, pero que abusaba de su autoridad. En el sistema polí-

(1) Baillet, *Histoire du Démêlé*, etc., pág. 96 y sig.

tico que entonces dominaba en Europa, no solo estaba en su derecho, sino que cumplia con un deber riguroso, y si hubiese faltado á él, hubieran faltado lenguas en la escuela filosófica para acusarle de débil y condescendiente. « ¡Cuánto no fuera » de desear, dice á este propósito un escritor protestante, Sis- » mondi, que los pueblos y soberanos reconociesen hoy sobre » ellos un poder venido del Cielo que los contuviera en el sen- » dero del crímen ! Ojalá que los papas volviesen á tomar su » antigua autoridad, y que un entredicho ó una excomunion » hiciera temblar á los reyes y á los reinos como en tiempo » de Gregorio VII ! » El 11 de febrero de 1302, Felipe el Hermoso hizo quemar la bula pontifical en presencia de toda la nobleza, que á la razon se hallaba en París. Pedro Flotte, su ministro, hizo falsificar otra y esparcirla entre el pueblo, donde se le hacia decir al papa que el reino de Francia era un feudo de la Santa Sede y que el rey era su vasallo. Bonifacio VIII y todos los cardenales reunidos en consistorio protestaron en vano contra la falsedad de esta pieza apócrifa. Felipe el Hermoso, por la necesidad de su causa, persistió en hacerla pasar por auténtica, y respondió con una parodia injuriosa, cuyos términos repugnan á la gravedad de la historia. El 10 de abril siguiente, se abrieron por su órden los Estados generales del reino en la basílica de Nuestra Señora de París. Pedro Flotte, hecho conciller mayor del reino despues de su regreso de Roma, fué el alma de esta asamblea. Principió con un largo y artificioso discurso, en que resumia las quejas del gobierno contra el soberano pontífice. « Pretende, dice, sujetar el rey de Francia al » poder de la Santa Sede ; pero nuestro monarca protesta aquí, » ante vosotros, que á ejemplo de sus ilustres antecesores no » reconoce otro superior que á Dios solo; y os suplica, como » amigos y señores, le presteis enérgica asistencia para sosten » de las antiguas libertades de la nacion. » Pedro Flotte, como se ve, se constituyó abogado de lo que mas tarde se ha llamado *Libertades de la Iglesia galicana*. Cuando se llegó á la votacion, los barones, síndicos y procuradores de las villas, despues de una corta y secreta deliberacion, respondieron unánimemente

que estaban prontos á cumplir la voluntad del rey y á sacrificar en defensa de sus derechos no solo sus haciendas sino sus personas. No sorprenderá semejante adhesion cuando se observe que la nobleza era cómplice del gobieruo en las exacciones. Los síndicos y procuradores no tenian aun harta influencia para hacer oposicion. Mas no fueron tan fáciles de lograr los votos del clero. Mas desinteresados que la nobleza y mas independientes que las villas, los obispos no dudaban que el pensamiento del gobierno no fuese el de hacerlos cómplices de tan grande injusticia. Trataron pues, por medio de palabras conciliadoras, de apaciguar el ánimo del rey y de los barones. Intimados por fin que se explicasen, como lo habian hecho los otros dos órdenes, quisieron ganar tiempo y pidieron término para concertarse. Fué desechada su demanda, y se declaró que si el clero no daba inmediatamente una respuesta satisfactoria, se le iba á proclamar traidor al rey y al Estado. Era este el momento de hacer heróica resistencia; pero los obispos no tuvieron harto valor, y en su consecuencia se pusieron del lado de la nobleza y de las villas, y en una carta colectiva dirigida al papa se excusaron con haber cedido á la necesidad. El clero habia esperado, con este acto de vil complaciencia, que el rey le permitiria cuando menos presentarse al concilio indicado para Roma por Bonifacio VIII; pero Felipe el Hermoso expidió inmediatamente una ordenanza real prohibiendo, bajo penas severas, á todos los prelados salir de Francia sin expreso permiso. Tal fué el resultado de esta célebre asamblea. Si, como se ha escrito, se han defendido por la primera vez en el seno de aquella las *Libertades de la Iglesia galicana*, hay que confesar que sus miembros se hicieron muy extraña idea de la voz *libertad*. ¿Se ha consagrado nunca con mayor solemnidad la esclavitud?

10. El papa hizo ver con energía la cobarde condescendencia de la Iglesia galicana, á la cual llama *hija insensata: verba delirantis filiæ*. Amenazó á los obispos franceses con censuras canónicas, si aun rehusaban obedecer á las órdenes emanadas de la Santa Sede y no acudian al concilio de Roma. Bonifacio

abrió este concilio en persona el 1°. de noviembre de 1302. A pesar de las prohibiciones reiteradas del gobierno y de sus precauciones rigurosas, se hallaron en él cuatro arzobispo y treinta y cinco obispo franceses, que quisieron mas caer en desgracia del rey que faltar á su deber. Las conclusiones adoptadas para esta asamblea fueron promulgadas en la célebre bula *Unam sanctam*, que apareció inmediatamente despues. Hé aquí la sustancia: « La Iglesia es una; no forma sino un » cuerpo: no puede tener muchas cabezas, sino una sola, que » es Jesucristo y su vicario apostólico. El Evangelio nos en» seña que hay dos espadas al servicio de la Iglesia, la espada » espiritual y la temporal. La primera ha de emplearse *por* la » Iglesia, la segunda *para* la Iglesia: la primera está en manos » del sacerdote; la segunda en manos de los reyes. Es necesa» rio que una de esas espadas esté sometida á la otra, y que la » potencia temporal obedezca á la potencia espiritual: en con» secuencia, declaramos, pronunciamos y definimos que toda » criatura humana está sometida al pontífice romano, y eso » por necesidad de salvacion. » Esta constitucion no sancionaba nada nuevo, pues que esta doctrina tenia su raíz en el derecho público. Felipe el Hermoso, que con tanta fuerza la rechazó, hubiera debido acordarse que Inocencio III, en su contienda con Felipe Augusto, la habia invocado como un privilegio del sucesor de san Pedro. Porque, ¿no es artículo fundamental de la fe católica que todo cristiano está sometido al vicario de Cristo? Y si los particulares penden de su jurisdiccion, ¿porqué no los príncipes? Si doctrina tan lógica estuviese reconocida, hubiera sido salvaguardia de las naciones, mucho mejor que las efímeras constituciones, engendradas por los pueblos con tantos dolores, y rotas en un dia por las revoluciones. La publicacion de la bula *Unam sanctam* produjo en Francia indecible sensacion, y llegó al mismo tiempo que la noticia desastrosa de la derrota de Courtrai, donde acababa de perecer la flor de la nobleza francesa al filo de la espada flamenca. El papa creyó que este revés hacia menos arrogante á Felipe el Hermoso; mas no fué así. El rey mandó arrestar en Trayes al

arcediano Nicolás Benefrato, portador de los rescriptos pontificios, y otra asamblea de los Estados generales reunida en el Louvre, año 1303, declaró á Bonifacio VIII hereje, intruso, simoníaco; y le depuso, como tal, de todas funciones eclesiásticas. Despues de la lectura de esta sentencia inaudita, Felipe el Hermoso se levantó y suplicó vehemente á los prelados se uniesen á él para convocacion de un concilio general, á cuya autoridad apelaba de todos los actos del papa privado de su dignidad. Los comisarios regios, enviados á las diversas provincias, trajeron en pocos meses mas de setecientas actas de adhesion á lo decretado por los Estados generales. Esta aprobacion de la Francia á tan monstruosa iniquidad seria problema de historia, si testimonios contemporáneos no subsistiesen para revelar tan odioso misterio. El encarcelamiento de los monjes italianos que entonces se hallaban en el reino, el de los abades del Cister, Cluny y Premonstrato nos enseñan á lo que se exponian los que osaban resistir á las órdenes del rey. La violencia consumó lo que habia comenzado la calumnia.

11. La audacia de Felipe el Hermoso tenia que llegar mas lejos aun. El soberano pontífice se hallaba entonces en Anagni, su ciudad nativa. El 7 de setiembre de 1303, Guillermo de Nogaret y Sciarra Colonna, al frente de una tropa de soldados franceses y gibelinos, penetraron en la ciudad gritando: «¡Muera el papa! viva el rey de Francia!» Fueron forzadas las puertas de palacio, y se precipitan dentro de él pelotones de soldados con espada y mechas encendidas en mano. «Abrid, abrid las puertas de mis aposentos, exclamó » el papa; yo sabré morir por la Iglesia de Dios.» Y habiéndose hecho revestir inmediatamente de los ornamentos pontificales, con la tiara de Constantino en la cabeza, las llaves de san Pedro en una mano, y una cruz en la otra, se sentó en el solio papal y esperó á sus matadores. Sciarra y Nogaret se acercaron al papa. El primero, entregándose á la brutalidad de su carácter, vomitó un torrente de injurias contra el venerando pontífice, y aun dicen algunos que llegó á poner manos sacrílegas en la sagrada personas del vicario de Cristo. Lo

que hay de cierto es que Nogaret, tomando á su vez la palabra, amenazó al papa llevárselo á Lyon, encadenado como un reo, para oir el juicio del pretendido concilio general. « Hé aquí » mi cabeza, respondió el papa; muy venturoso fuera si derramase mi sangre por la fe de Jesucristo y de su Iglesia. » Tres dias quedó Bonifacio VIII en poder de sus enemigos, que le echaron á un calabozo, abrumándole de injurias. Fué saqueado el tesoro pontifical, arrasado el palacio, profanadas y dispersas las reliquias de los santos. Pero, en fin, llegó el término de tanta humillacion. Los habitantes de Anagni se resolvieron á vengar tanto ultraje. Se sublevan, y sorprenden las bandas de Sciarra y Nogaret embriagadas por su vergonzosa victoria, y las arrojan de la ciudad con sus cabezas ó jefes. Bonifacio VIII es llevado en triunfo al trono que tanto habia honrado con su noble carácter. Se le preguntó qué trato habia de darse á los prisioneros. « Yo les per» dono, » dijo con sublime mansedumbre. Inmediatamente partió para Roma, donde fué acogido con entusiasmo. El clero y pueblo romano quedaron prendados del heroismo del pontífice; pero tantas borrascas habian quebrantado las fuerzas físicas del augusto anciano. Vió acercarse su última hora con la animosa intrepidez que habia desplegado ante sus enemigos. En presencia de un numeroso auditorio declaró que moria en la fe católica, y dió su grande alma á Dios el 11 de octubre de 1303. — Tales fueron la vida y muerte de este papa, tan calumniado por los escritores del pontificado romano. Grandeza de alma, voluntad enérgica, vastos conocimientos, habilidad en los negocios; hé aquí las cualidades que entre otras muchas reunió Bonifacio, y le legaron á la posteridad como hombre grande. La religion le debe la institucion del Jubileo; la jurisprudencia eclesiástica, el sexto libro de las Decretales; la ciencia en general, la fundacion de la universidad de Roma, conocida bajo el nombre de la *Sapienza*.

§ II. PONTIFICADO DE SAN BENITO XI (22 de octubre de 1303-6 de julio 1304).

12. Diez dias despues de la muerte de Bonifacio VIII, entraron los cardenales en conclave, é inmediatamente recayeron todos los votos en el cardenal Nicolás Boccassini, que tomó el nombre de Benito XI. Era sin disputa el prelado mas sabio y virtuoso del sacro colegio; nadie se admiró de su eleccion sino él solo. Formado en la escuela de Bonifacio VIII, su sucesor heredó sus ideas. Estaba profundamente convencido de que el poder pontifical era como el centro de las sociedades europeas, y estaba decidido á no separarse una línea de la marcha de su antecesor, ni á ceder en lo mas mínimo. Sin embargo, todo era anarquía en torno de él: los Gibelinos triunfaban, y el impío atentado de Nogaret habia sido señal de terrible reaccion contra la autoridad pontifical. Fugados y menospreciando las sentencias suspendidas aun sobre sus cabezas, habian reaparecido en Roma los Colonnas, y con ellos todas las pasiones compañeras de la discordia. La política de Felipe el Hermoso habia llegado á penetrar en el sacro colegio, y formarse un poderoso partido. Benedicto XI, para sustraerse á tantos peligros, dejó á Roma á pesar de la oposicion de los cardenales, y se fijó en Perusa; muchedumbre inmensa le acompañó hasta las puertas de la ciudad, y se diria que los Romanos preveian una larga ausencia. Y en efecto, de esta salida de Benedicto XI de Roma data la traslacion de la Santa Sede.

13. Sosegado en su retiro de Perusa, Benedicto XI pudo verificar las medidas de justicia que tenia pensadas. Para darles carácter mas solemne, quiso usar antes de indulgencia y misericordia. A súplicas de Felipe el Hermoso, otorgó revocacion de las censuras en que habian incurrido este príncipe y los obispos franceses que no habian asistido al concilio de Roma, convocado por Bonifacio VIII. Restableció los privilegios concedidos á los reyes de Francia para nombramiento á las catedrales vacantes. Pero estas medidas no eran sino como una

mitigacion preliminar del grande acto que tenia proyectado. El 7 de junio de 1304 iba á mostrar al mundo la bula *Flagitiosum scelus,* que no se ponen manos impunemente contra el ungido del Señor. « Si por justas causas, dice el papa, hemos » diferido hasta hoy el castigo del horrible sacrilegio cometido » en Anagni en la sagrada persona de nuestro antecesor, » tiempo es ya de que Dios mismo se levante para disipar á » sus enemigos. » Despues de este breve preámbulo, el papa cuenta en términos fuertes y doloridos los principales detalles del atentado y ultrajes hechos contra el pontífice, el robo del tesoro de la Iglesia y los crímenes cometidos en lo interior de palacio, de lo cual habia sido testigo de vista. Luego exclama: « ¿Quién será el endurecido que no derrame lágrimas? » ¿Dónde está el enemigo que no sintiera la menor compa- » sion? ¡O crímen! ó atentado inaudito! Desventurada ciudad » de Anagni, que lo has visto sin impedirlo. ¡No caiga sobre » tí el rocío del cielo! » Benedicto XI declara en seguida excomulgados á los autores y cómplices de este crímen, á los que habian concurrido á él con su aprobacion ó consejo. Si no aparece en esta bula el nombre de Felipe el Hermoso, solo fué por miramiento, pero nadie dudaba que se le hacia alusion; pues que todos sabian que el instigador del atentado de Anagni habia sido el rey de Francia. Volvia á comenzar la lucha con nuevo ardor, cuando el digno sucesor de Bonifacio VIII fué arrebatado casi repentinamente á las esperanzas de la Iglesia y á sus grandes proyectos. Benedicto XI sucumbió á una enfermedad imprevista, que presentaba todos los síntomas de envenenamiento, un mes despues de la publicacion de la bula *Flagitiosum scelus*. Algunos historiadores han culpado á Felipe el Hermoso, pero no se ha probado jamás el hecho. La santidad de Benedicto XI se manifestó despues de su muerte con numerosos milagros, y la Iglesia le ha canonizado.

14. Su pontificado fué la época en que estallaron con mas furor en Florencia las luchas entre Güelfos y Gibelinos. Benedicto XI trató en vano de interponer su mediacion; su voz

quedó desatendida por las tempestades populares. En este tiempo vió sus bienes confiscados y su cabeza puesta á precio en Florencia el Dante, tan ilustre poeta como fogoso Gibelino, Obligado á abandonar su patria, se llevó consigo al destierro todo el ardor de su odio inmortalizado en la *Divina comedia*. Esta magnífica epopeya es la obra maestra de la edad media. Como la Iliada de Homero, el poema del Dante es á la vez una obra poética, teólogica y filosófica. Los dogmas del cristianismo y los descubrimientos de las ciencias sobre el sistema del mundo aparecen en ella con una magnificencia de poesía igual á la del cantor de Esmirna. En la época en que pareció, la *Divina comedia* fué acogida con universal entusiasmo. Florencia, que en 1303 habia proscrito á su autor, fundó en 1373 una cátedra especial para comentar su poema. Sin embargo, fuera del mérito literario de esta obra inmortal, no pueden aprobarse las sátiras y odiosas calumnias que contiene contra los papas y príncipes de la Iglesia. No hay que juzgar de los personajes célebres de esta época por las caprichosas y malignas ficciones del poeta gibelino. Al lado del talento inmenso del poeta, excitan la indignacion de todo hombre honrado las injusticias que se permite como hombre de partido.

§ III. PONTIFICADO DE CLEMENTE V (14 de noviembre de 1305-20 de abril de 1314).

15. Los historiadores de esta época están poco mas ó menos tocados del espíritu de partido, lo que hace sospechoso su relato. Explican este estado dos razones : 1°. La lucha de los Güelfos y Gibelinos, que, cambiando de objeto y representando, no ya el partido del sacerdocio ó el del imperio, sino el de Felipe el Hermoso ó de Bonifacio VIII, nada habia perdido de su animosidad. Los Gibelinos se mostraron siempre adversarios apasionados del poder pontifical; su testimonio es poco desinteresado para ser admitido sin contraprueba. 2°. La traslacion de la Santa Sede á Aviñon, hecha definitivamente por Clemente V, descontentó hasta á los mismos Güelfos y les volvió hostiles á los papas franceses. Esta doble antipatía

explica la tendencia de los autores contemporáneos. La historia tiene que tomar en cuenta las pasiones y odios de una época ; busca la verdad, y esta es independiente de partidos. Ningun pontificado ha sido mas calumniado por los Gibelinos y Güelfos reunidos que el de Clemente V. Se acusa su eleccion como resultado de un compromiso escandaloso entre él y Felipe el Hermoso. Se le acusa en persona de no haberse fijado en Aviñon sino por servil complacencia por el monarca; de haber revocado, á peticion de este, todas las bulas dogmáticas de Bonifacio VIII y condenado la memoria de este hombre grande. En fin, y sobre todo, se ha incriminado su conducta en el asunto de los Templarios : se ha querido representársele como cómplice en la avaricia y exacciones reales. Responder sucesivamente á estos cargos, es dar la historia de Clemente V.

16. A la muerte de Benedicto XI se dividieron en dos bandos los cardenales reunidos en Perusa. El uno queria un papa italiano, favorable á la memoria de Bonifacio VIII : y segun la costumbre de la época se le llamó la *faccion güelfa*. El otro bando queria, al contrario, elevar al pontificado un francés afecto á Felipe el Hermoso. Por un concurso de circunstancias cuyo enlace fuera difícil abrazar, Bertran de Goth, ó Agout, arzobispo de Burdeos, prelado que no formaba parte del sacro colegio, reunió los votos de ambos partidos : gustó á los Gibelinos porque era francés; y fué votado por los Güelfos porque se habia mostrado siempre fiel á la causa de Bonifacio VIII, y porque su oposicion en las dos asambleas de los Estados generales le habia merecido ser desterrado por Felipe el Hermoso. Despues regresó á Francia y volvió á congraciarse con el rey. Todos los historiadores modernos han referido, como un hecho incontestable, que Clemente V, antes de su eleccion, habia tenido una entrevista secreta con Felipe el Hermoso en una capilla, situada en medio de la selva de San Juan de Ángely. Que allí se firmó por el arzobispo una promesa solemne, por la cual se comprometia, despues de su promocion al pontificado : 1°. á absolver al rey de todas las censu-

ras con que le castigó Bonifacio VIII; 2°. á reconciliarlo sin restriccion con la Iglesia; 3°. á otorgarle por cinco años los diezmos de todos los bienes eclesiásticos; 4°. á tachar la memoria de Bonifacio VIII y borrar su nombre del catálogo de los papas; 5°. á elevar al cardenalato todos cuantos candidatos le presentare, y á restablecer á los Colonnas. Quedaba secreta la sexta condicion, que se reservaba el rey dar á conocer á su tiempo. Ahora bien, todo esto es falso y calumnioso: el solo testimonio primitivo contemporáneo es Villani. Ninguno de los numerosos cronistas de aquel tiempo hace mencion, ni aun indirecta, de semejante compromiso, que hubiera hecho de Clemente V un papa intruso y simoníaco. Cuando se trata de tan grave acusacion contra un papa, reconocido universalmente por legítimo, son necesarias pruebas irrefragables: y no existen ni aun dudosas. En primer lugar, Villani se ha mostrado constantemente enemigo de los papas que residieron en Francia. Italiano de nacimiento, no les perdonaba haber dejado á Roma por fijarse en Aviñon. 2°. Su narracion, que no se apoya en documento ni testimonio alguno, está formalmente desmentida por el decreto de eleccion, donde se dice que el arzobispo de Burdeos fué nombrado por via de *escrutinio*. 3°. En fin, su narracion implica supuestos increibles. Es increible en efecto que Villani, solo, haya sido instruido de un hecho que sus contemporáneos, iniciados en los negocios eclesiásticos y políticos de la Europa, han ignorado completamente; es increible que los cardenales de la faccion güelfa, cuyo engaño debió de ser irritante, sobre todo cuando el nuevo pontífice les hubo hecho venir al otro lado de los Alpes, no hayan hecho la menor protesta ni queja sobre hecho semejante que no podian ignorar; es increible que Felipe el Hermoso no haya invocado jamás á su favor un argumento tan poderoso, y que lo tendria en su mano, para apresurar la ejecucion de artículos así jurados; que no haya echado en cara misma á Clemente V su juramento, sobre todo cuando este papa, en lugar de condenar la memoria de Bonifacio VIII, proclama, al contrario, que fué legítimo pontí-

fice, y que su doctrina habia sido siempre irreprochable. En vista de tantas imposibilidades materiales y morales, es una pura ficcion de espíritu de partido el pretendido parte entre Clemente V y Felipe el Hermoso.

17. Los enviados del conclave estaban encargados de entregar á Clemente V, á mas del decreto de eleccion, una carta del conclave en que le solicitaban los cardenales con la mayor instancia viniera á Perusa. « Os suplicamos, santísimo Padre, » le decian, vengais al lugar de vuestra silla; porque la barca » de Pedro se halla agitada por las olas, se rompe la red del » pescador, y ha desaparecido la serenidad de la paz con los » nubarrones de la tormenta. Los dominios de la Iglesia » romana y provincias adyacentes arden en guerras. Santí» simo Padre, venid á socorrerlas y apaciguarlas con vuestra » presencia. » Clemente V no accedió á sus instancias. Habia sido testigo ocular de las discordias políticas que asolaban la Italia; sabia que el sacro colegio se hallaba dividido en dos facciones rivales, que traian su orígen y raíz de las querellas de la península. En lugar de anunciar su partida para Italia, intimó á los cardenales, que se hallaban en Perusa, la órden de presentarse lo antes posible en Lyon, ciudad que habia escogido para su coronamiento. Mas tarde, en 1309, fijó definitivamente la corte romana en Aviñon, capital del Condado Venesino, provincia que entonces dependia de los dominios pontificios. Clemente V, al tomar este partido, no obedeció á un sentimiento de baja condescendencia hácia Felipe el Hermoso; porque, ni aun segun Villani, no hacia parte de sus mentidas condiciones la traslacion de la Santa Sede. Por otra parte, la ciudad de Aviñon no pertenecia al rey de Francia; y fijando allí el papa su residencia, no dejaba los Estados romanos, y se sustraia á las fastidiosas y bulliciosas querellas, desuniones y sediciones populares, que sin cesar renacian en Italia. Desde hacia siglo y medio, Roma habia sacudido el yugo honroso de la Santa Sede, y se habia constituido en foco de todas las revoluciones, en centro de la anarquía. No habia comprendido el destino providencial que ocupaba en la histo-

ria del catolicismo; y habia querido tener su república como Pisa y Florencia. En lugar de ser señora y maestra de las naciones, habia llegado á ser el hazmereir del mundo. Sin el papa, Roma no es sino una inmensa ruina; sus sillares recuerdan glorias pasadas, mas no ofrecen porvenir. Era necesario que el momentáneo alejamiento de los papas le diese esta gran leccion de experiencia. El resto de la Italia habia sido cómplice, mas ó menos, de esta ingratitud de los Romanos. Muy frecuentemente el vicario de Cristo habia sido ó vendido ó abandonado por la amistad de los Césares. El atentado indigno cometido contra Bonifacio VIII estaba aun presente á todos los ánimos y se sabia que italianos, en número, se habian coligado con el rey de Francia para ultrajar la majestad pontifical. Era ya llegado el tiempo en que se encontrase un papa que dijese: « Roma no está ya en Roma; Roma está » donde yo estoy. » Este papa fué Clemente V. La traslacion de la Santa Sede, decidida por él, fué para los Romanos un castigo, y una leccion. Resultaron empero consecuencias deplorables; mas no se puede culpar directamente de ellas á la memoria de Clemente V.

18. Apenas tomó posesion el papa del gobierno de la Iglesia, Felipe el Hermoso insistió con él para hacerle revocar todas las bulas de Bonifacio VIII, la solemne condenacion de este papa y cancelacion de su nombre del catálogo de los soberanos pontífices. Clemente V no tenia la emprendedora energía de Bonifacio VIII, y no pensaba como este en domar las resistencias á fuerza descubierta; pero tenia la tenacidad perseverante que amortigua las pasiones con el tiempo y la longanimidad. San Benedicto XI ya habia alzado las censuras eclesiásticas, lanzadas personalmente contra Felipe el Hermoso: Clemente V renovó esta absolucion. Alzó las prohibiciones particulares contenidas en la bula *Clericis laicos*. Todas estas cuestiones en nada tocaban á la cuestion dogmática; por otra parte no eran ya las actuales circunstancias las mismas que hicieron obrar á Bonifacio VIII. En su consecuencia, la conducta del papa era y debia de ser necesariamente diversa. Mas no satisficieron á

Felipe el Hermoso estos primeros actos de condescendencia, é insistia particularmente en la anulacion de la bula *Unam sanctam*. Esta constitucion de Bonifacio VIII era en efecto fundamental; y definia perentoriamente que la potencia temporal estaba sometida á la del pontífice romano, y que los príncipes eran responsables y estaban sujetos á su tribunal por lo que toca á la conciencia. Felipe el Hermoso exigió la supresion definitiva de esta bula; mas Clemente V se negó redondamente. Antes bien declaró que esta decision doctrinal estaba fundada en hecho y en derecho. Para disimular esta negativa y precaver los excesos que podria cometer el impetuoso carácter del rey, consintió el papa en hacer una declaracion que garantizaba á la vez los derechos de la verdad y las pretensiones del monarca. « Si dejamos subsistir la bula *Unam sanctam*, dice, es en la » inteligencia de que no cause el menor perjuicio al reino de » Francia. Nuestra voluntad es que las cosas queden en el ser » y estado en que se hallaban antes de su publicacion. » Como hemos visto, la bula *Unam sanctam* nada habia innovado. Bonifacio VIII no habia querido, al promulgarla, crear nuevos derechos á favor de la Santa Sede; solo habia pretentido mantener los antiguos. Clemente V estaba pues de acuerdo con Bonifacio VIII : la conducta diferia en la forma, mas era la misma en el fondo : así es que el resultado fué idéntico. Cuando Felipe el Hermoso, prosiguiendo con nuevo furor sus proyectos de venganza insistió porque fuese condenada la memoria de Bonifacio VIII y borrado su nombre de los sacros dípticos, Clemente V respondió á esta increible pretension con el mismo sistema de blanda y prudente firmeza que tan bien le habia salido hasta entonces. Permitió á todos los acusadores de Bonifacio VIII produjesen sus quejas y agravios. De todos los puntos de Europa llegaron con brevedad á Aviñon innumerables memorias y alegatos de los teólogos reales, de los partidarios de la familia de los Colonnas y hasta del mismo Nogaret. Los soberanos de la catolicidad, alarmados de tan extraordinario movimiento, y no adivinando las intenciones de Clemente V, le suplicaron suspendiese tan odiosos debates. Y cabalmente

el papa quiso prevaleciese la política opuesta en esta grave cuestion. Porque si se hubiese negado á oir á sus acusadores, estos no habrian dejado de desechar su sentencia como tachada de parcialidad. Por esta razon los citó á todos el papa ante su tribunal para el 23 de setiembre de 1309. El proceso se abrió con la mayor solemnidad. El pontífice presidió en persona á estos debates. Despues que se hubieron desfogado todos los acusadores, y que nada les quedaba por vomitar, se dió la palabra á los defensores. Estos se habian preparado con el mayor cuidado [y se habian provisto de gran número de pruebas de descargo] por órdenes privadas del soberano pontífice : y respondieron á todos los cargos con limpieza, precision, claridad y verdad [por manera que quedaron triunfantes]. Felipe el Hermoso y sus abogados no esperaban semejante incidente. Atolandrado por su descalabro moral y previendo mala salida para él, se decidió bruscamente á abandonar todo procedimiento ulterior (año 1311). Declaró deferir pura y simplemente á la decision de Clemente V, ora la pronunciase por sí mismo, ora por el órgano de un concilio general, que debia celebrarse muy pronto en Viena de Francia. Esto era cabalmente lo que deseaba Clemente V. Satisfecho de haber llenado su objeto, difirió la sentencia definitiva á fin de darle la sancion solemne de un concilio ecuménico. Entonces, con la plenitud de su autoridad apostólica, con el asentimiento de los Padres, á la faz del mundo católico, Clemente V declaró en una bula que era inatacable la memoria de Bonifacio VIII, que este gran papa habia merecido bien de la Iglesia y de la humanidad.

19. Otro motivo mas grave, si es posible, habia determinado á Clemente V á convocar el concilio general de Viena. Estaba entonces el mundo católico exclusivamente preocupado de la supresion de un órden militar y religioso, nacido de las cruzadas, y á quien debieron estas gran parte de su gloria. Este acontecimiento, que ha hecho célebre para siempre al concilio de Viena, excita las mas vivas simpatías en unos, la mayor animosidad en otros. Hasta cierto punto ha sido uno de los problemas de la historia : pues faltándonos las pruebas impor-

tantes del proceso, pruebas que probablemente no se conocerán nunca, nos es imposible decidirnos con perfecto conocimiento de causa. Pero si el fondo de la cuestion ha quedado oscuro; si la dificultad intrínseca de averiguar la verdad es real, la conducta del pontífice en esta ocasion es perfectamente clara é inequívoca, como resulta de los testimonios contemporáneos. Tratemos de darla á conocer. Ya habia florecido durante dos siglos en la cristiandad el órden de los Templarios; y su orígen venia del primer fervor de las guerras santas. En su principio no habia tenido otro objeto que el de proteger á los peregrinos contra los ataques y barbarie de los Musulmanes, así como de vigilar por la seguridad de los caminos que iban á Jerusalen. Poco á poco, sea necesidad de batirse de continuo contra los infieles que asaltaban los caminos, sea gusto natural por la guerra, esta órden llegó á ser puramente militar. En tanto que los Templarios estuvieron pobres, fueron ornamento de la religion por sus virtudes, como ya lo habian sido por su valor: así es que san Bernardo, en medio del siglo XII, celebró su celo, su amor á la Iglesia, su piedad, su valor, y tales elogios eran muy merecidos. Pero cuando fueron enriquecidos por la munificencia de los príncipes, se introdujeron los vicios en su seno; perdieron el espíritu de su vocacion y principió su decadencia (1). Se vió á estos mismos caballeros, cuyo objeto primitivo era imitar la sencillez del Salvador, mostrar una magnificencia escandalosa, habitar en palacios suntuosos y tratar como de igual á igual con los reyes. Se vió á estos caballeros, á quienes solo debia animar la caridad, hacerse vanos y violentos, sustraer los diezmos y primicias destinadas á la Iglesia y aun apoderarse de sus bienes (2). Ya en 1218 se quejaba Ino-

(1) «Postquam vero divitias regales impetrassent Templarii, humano more, quo arridentis fortunæ blanditias insolenter plerumque accipimus, cristam erexere. — Ob superbiam et tyrannidem fere ab omnibus historicis reprehensi sunt.» (Gurtler, *Hist. Templ.*, p. 248.)

(2) «Neglecta humilitate, domino patriarchæ Hierosolimitano se subtraxerunt, obedientiam ei denegantes; sed et ecclesiis Dei decimas et primitias subtrahentes, et eorum indebite turbando possessiones facti sunt valde molesti.» (Guill. de Tyr., lib. XXII.)

cencio III de que : « Los Templarios hollaban el respeto debido » á la Santa Sede y que ya habian merecido por su indisciplina » perder los privilegios que se les habian otorgado (1). » Sin embargo, mientras duró en la Palestina la guerra entre los cristianos y Musulmanes, las hazañas que hacian en pro de la religion hicieron olvidar las acusaciones contra su vida privada. Pero conquistada Ptolemáida, y cerrado el teatro de sus gloriosas hazañas, comenzaron á tomar cuerpo los rumores de su conducta privada, pero sin que nadie osase profundizarlos, ni declararlos abiertamente. Pero [sea codicia segun unos, sea envidia segun otros, sea en fin enemistad personal] Felipe el Hermoso se declaró su terrible adversario, y se valió de los rumores esparcidos para llevar á cabo el golpe que meditaba.

20. El 13 de octubre de 1307, debia abrirse en toda la Francia á la misma hora un edicto real para que todos los Templarios, sin exceptuar el gran maestre, fuesen presos, incomunicados y confiscados todos sus bienes. Se verificó este golpe de Estado con notable secreto y puntualidad. Clemente V se hallaba entonces en Poitiers, y muy desprevenido de este negocio. Mas al saberlo, escribió al rey una carta enérgica reclamando contra el atentado cometido contra la jurisdiccion eclesiástica, pues que los Templarios eran una órden religiosa que dependia directamente de la Santa Sede apostólica. « Habeis traspasado, dijo al rey, los límites de vuestro » poder, constituyéndoos juez de súbditos inmediatos de la » Iglesia y apoderándoos de sus posesiones. » Y para mostrar que no se atenia á una bula, suspendió los poderes de los arzobispos, prelados, obispos é inquisidores de Francia, y avocó el negocio á su tribunal; envió inmediatamente á París legados con expresa mision de reclamar las personas y bienes de los Templarios, y restablecer en todo el órden legal. Desde este momento la conducta del papa se muestra independiente de la del rey de Francia. El arresto repentino, la iniciativa del pro-

(1) Et licet per hæc et alia nefanda quæ idcirco plenius exaggerare subsistimus, ne cogamur gravius vindicare, apostolicis privilegiis, quibus tam enormiter abutuntur, essent merito spoliandi. » (Bula de Inoc. III, Dupuis, pág. 141.)

ceso, los interrogatorios acompañados de tormentos y las penas definitivas, con hechos personales de Felipe el Hermoso. La sumaria jurídica, los interrogatorios judiciales, el exámen canónico durante cuatro años, y en fin la sentencia de supresion pronunciada sin penalidad corporal, promulgada en el seno mismo del concilio general de Viena y con su concurso, son obra de Clemente V. Este es el punto capital del asunto. Cualquiera opinion que se forme acerca de la culpabilidad [ó inocencia] de los Templarios, la conducta del soberano pontífice está fuera de la cuestion. Como papa, suprimió un órden religioso cuya existencia en realidad no tenia ya objeto, una vez perdida la Palestina, y cuya conservacion no era conveniente para la Iglesia, pero á nadie castigó corporalmente, á nadie quemó.

21. El acto de autoridad por el cual el papa avocaba á su tribunal la causa, desbarató los pensamientos de Felipe el Hermoso; pero se vió obligado á someterse. Envió á Poitiers el rey todas las sumarias é interrogatorios principiados por su órden, é hizo conducir ante Clemente V setenta y dos caballeros ya examinados en París, los cuales, sin tormento ni amenazas, confesaron ante el papa los crímenes de que eran acusados. Confesaban como costumbre general consagrada en la órden y no como un hecho aislado « la horrible impiedad de » renegar á Cristo, de escupir en la cruz, de pisotearla, de » tributar culto á ídolos obscenos, de entregarse á desórdenes » vergonzosos, y de exigir de los candidatos hiciesen estas » infamias como condicion de admision en la órden. » Semejantes revelaciones espantan, sobre todo en una órden instituida para defender la fe y que hasta entonces la habia sostenido con heróica intrepidez. Sin embargo las piezas auténticas que nos quedan de este proceso, los innumerables testigos que fueron citados por todo el mundo, las primeras dignidades de la órden, hasta el gran maestre en París desde luego, y en Chinon despues, mas de seiscientos caballeros en Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y España (1) repitieron y confir-

(1) El concilio de Salamanca, despues de examinada la causa con maduro exá-

maron estos dichos. Luego, la circunstancia, omitida por los escritores, de que la *francmasonería* se gloría de descender de ellos, como heredera directa de las misteriosas doctrinas del órden de los Templarios, hace aun mas presumible la verdad de aquellos hechos. Clemente V habia dudado hasta entonces de los enormes crímenes que se les imputaba. Pero cuando en pleno consistorio oyó él mismo las deposiciones espontáneas y libres de los setenta y dos caballeros, quedó horrorizado. Inmediatamente expidió á todas las provincias de la cristiandad cartas apremiantes para que se formase proceso segun las formas canónicas á todos los Templarios que se hallaban en sus diócesis. Entonces comenzó aquella famosa sumaria que duró cuatro años consecutivos, y que hizo de la Europa un vasto tribunal de instruccion criminal.

22. Para concluir este inmenso proceso y resolver una cuestion que tenia suspensa á toda la cristiandad, convocó el papa un concilio general para Viena del Delfinado, que fué el décimoquinto ecuménico. Se abrió el 16 de octubre de 1311: asistieron mas de trescientos obispos y los cardenales. Se sometieron á los Padres todas las sumarias, y se dividieron en dos partidos. Uno queria que se volviese á comenzar el interrogatorio en presencia del concilio y que se castigase á los individuos sin pronunciar nada contra la órden en general: pero esto era impracticable, porque hubieran sido necesarios muchos años para examinar tantas sumarias individuales. El otro partido dijo que lo mas expedito era abolir prontamente una órden cuya corrupcion estaba probada por dos mil testigos; y que la evidencia de las pruebas legitimaba la medida. El piadoso Guillermo Duranti, obispo de Mende, propuso un término medio, y fué adoptado. Consistia en rogar al papa que en virtud de la plenitud de su poder apostólico pronunciase la sentencia. En

men y la mayor circunspeccion, declaró inocentes á los Templarios. Igual sentencia pronunciaron otros concilios y tribunales. Nótese que el cardenal Baronio, hablando de este asunto, dice de Felipe el Hermoso sin rodeos que era un *impío*: *A rege importuno pariter atque impio.* (Véase al erudito Feijoo, en su disertacion *sobre los Templarios.*) (El Traductor.)

su consecuencia, despues de un consistorio al que asistieron los prelados mas distinguidos, en presencia del rey Felipe, de sus tres hijos, del príncipe Carlos de Valois, su hermano, y de una inmensa muchedumbre de asistentes, Clemente V publicó la bula de abolicion el 3 de abril de 1312. Pero solícito por las formas canónicas, Clemente V declaró que habiéndose entablado el proceso, no contra la órden, sino contra los individuos, no habia habido lugar á la supresion sino por *via de provision* (1), esto es, por via de reglamento apostólico, y no por via de condenacion ni sentencia definitiva: sin embargo, añadia que esta supresion era irrefragable, y que en lo venidero nadie pudiese abrazar esta órden, ni llevar este hábito ni calificarse con el nombre de Templario. Los bienes de los caballeros fueron asignados á la órden de los Hospitalarios de Jerusalen (hoy san Juan de Malta), que acababan de conquistar la isla de Rhodas y de tomar este nombre. En cuanto á las personas, las disposiciones del concilio estuvieron mezcladas de suavidad y rigor. El papa se reservó la decision respecto de las altas dignidades; la suerte de los demás fué subordinada al juicio de los concilios provinciales. Se recomendó la clemencia en favor de los caballeros arrepentidos, y se les asignó una renta vitalicia sobre los bienes de la órden extinguida. Pero se decretó se usase del rigor de los cánones con los obstinados impenitentes.

23. Pero Felipe el Hermoso ya habia dado principio á los castigos sin conocimiento del papa ni del concilio. Se deben fijar en los años 1310 y 1311 las ruidosas ejecuciones, en especial la muerte de los cincuenta y nueve caballeros quemados en París, cerca de la puerta de San Antonio, ejecuciones que llenaron al pueblo de admiracion y sentimiento. Despues del concilio de Viena, habiendo quedado encargados

(1) « Ejus ordinis statum, habitum et nomen, non sine cordis amaritudine et dolore, sacro approbante concilio, non per modum definitivæ sententiæ, cum eam super secundum inquisitiones et processus super his habitos, non possumus ferre de jure, sed per viam provisionis, seu ordinationis apostolicæ, irrefragabili et perpetuo valitura sustulimus sanctione. » (Bula *Ad Providam Christi*. Dupuis, pág. 422.)

solamente de la sumaria jurídica los tribunales eclesiásticos, cesaron los suplicios. El del gran maestre, Jacobo Molay, y de Guido, delfin de Auvernia, fueron una violacion flagrante del derecho eclesiástico; mas Clemente V no tuvo en ello parte alguna, pues que se habia reservado, como acabamos de decir, la decision acerca de estos ilustres presos. Cardenales delegados por él, revestidos de plenos poderes de la Santa Sede, asistidos del arzobispo de Sens [entonces metropolitano de París], y de algunos otros prelados, se personaron en esta ciudad. Los cuatro grandes personajes, dignidades de la órden, comparecieron desde luego ante los representantes del papa, y reconocieron de nuevo como verdadero cuanto habian declarado en los primeros interrogatorios (1). Pero cuando se trató de notificarles la sentencia que les condenaba á cárcel perpetua, Jacobo Molay, levantando la voz, exclamó: «Tiempo » es ya que descubra yo toda la iniquidad de la mentira y que » haga triunfar la verdad. Yo declaro á la faz del cielo y de » la tierra que yo he cometido el mas grave crímen al con- » fesar los que se imputan á un órden enteramente inocente. » El temor de la muerte no es capaz de hacerme confirmar la » primera mentira con otra segunda: á vista pues de condi- » cion tan infame, renuncio de todo corazon á la vida. » Guido de Auvernia hizo igual retractacion. Sin embargo sus dos coacusados, Hugo Peyraud, visitador de Francia, y Jofredo de Gonneville, visitador de Aquitania, persistieron en sus primeras declaraciones. Inmediatamente, y sin pasar mas adelante, los comisarios pontificios remitieron los presos en manos del preboste de París, y difirieron para el siguiente dia la decision de este extraño incidente. Pero en tanto que deliberaban los jueces, Felipe el Hermoso, que acababa de saber lo que habia pasado, sin cuidarse del papa, ni de sus repre-

(1) Nada hay mas enigmático que este proceso de los Templarios, y hay hartos fundamentos para creer que se presentó al público falsificado con el objeto de excusar al rey de Francia por la tropelía tan atroz que cometia contra todo derecho divino y humano, natural, eclesiástico y civil. Y en efecto, ¿cómo creer que se reconocieron reos en los interrogatorios, é inocentes al tiempo de morir y entre los horrorosos tormentos del fuego? (El Traductor.)

sentantes, ordenó el inmediato suplicio de los dos Templarios refractarios (1). En virtud de un auto de la curia, Jacobo Molay y Guido de Auvernia fueron quemados vivos en una islita del Sena en el terraplen del Puente Nuevo, el 11 de marzo de 1314. Los asistentes, que eran numerosísimos, les oyeron muy claramente protestar su inocencia, y la de la órden entera, hasta los últimos instantes de su horrible suplicio (2).

24. Los Templarios habian durado ciento noventa y cuatro años : su caida resonó y resonará aun largo tiempo en la historia, de la cual es uno de los mas oscuros enigmas. Bossuet ha dicho: « Los Templarios confesaron en los tormentos, y » negaron en los suplicios. » La ilustracion de los Templarios, su gloria, sus padecimientos, su catástrofe, todavía nos conmueven á pesar de haber cesado de existir hace mas de cinco siglos. Tal es la fuerza de la desgracia que atrae nuestras simpatías aun cuando fuere merecida aquella. La línea de demarcacion entre la conducta de Clemente V y Felipe el Hermoso en este tan largo como triste proceso está tan claramente separada, que no es posible acriminar la conducta del pontífice. Los templarios ¿eran inocentes? hé aquí el problema de la historia (3). Pero era un hecho indisputable que su órden dejaba de ser necesaria, y que era perjudicial á la Iglesia. Clemente V suprimió la órden; Felipe el Hermoso

(1) Como se ve, esta ejecucion capital de los solos dos que se habian declarado inocentes, hace mas y mas sospechosa la legalidad y veracidad del monstruoso proceso de los Templarios. (El Traductor.)

(2) Es falso lo que se ha dicho, segun Mezeray, que Jacobo Molay en medio de las llamas y no teniendo uso libre sino de su lengua, haya citado al papa y al monarca á comparecer ante Dios, el uno dentro de cuarenta dias, el otro dentro de un año. La muerte de Clemente V y de Felipe el Hermoso, que finaron muy poco despues de Jacobo Molay, el uno el 20 de abril y el otro el 29 de noviembre de 1314, ha dado márgen á esta version popular, y á una fábula de que no habla ningun autor contemporáneo.

(3) El abad Tritemio, Juan Villani, san Antonino de Florencia, Papirio Masson, francés, y otro anónimo tambien francés, no vacilan en declarar inocentes á los Templarios como *órden* : el abate Fleury y Estéban Balucio, en su *Vida de los pontífices que estuvieron en Aviñon*, presentan, especialmente Balucio, datos muy preciosos para juzgar con imparcialidad este hecho histórico. (El Traductor.)

quemó á los Templarios. A cada cual se le ha de atribuir su parte.

25. El concilio general de Viena tuvo que ocuparse en otros asuntos que interesaban mas directamente el sosten de la fe. Las sectas maniqueas de los Albigenses, combatidas con tanto vigor y vencidas en fin en el mediodía de la Francia, donde habian concentrado todas sus fuerzas, se habian transformado en un falso misticismo, tan peligroso como culpable. Bajo los nombres *Fratricelos*, ó hermanitos, de *Begardos, Beguinas, Bizoques, Dulcinistas*, etc., habian por fin recaido en el mas impuro quietismo, y decian que podia llegar el hombre á tal grado de gracia y perfeccion que lograse la impecabilidad. Llegado á este estado ya no tenia que ejercitarse en ninguna práctica de virtud; le eran inútiles el ayuno y la oracion; ya no quedaba sometido á ninguna ley humana, á ninguna autoridad en virtud de la libertad que en todo encuentra el espíritu de Dios; y en fin, que podia dar á sus sentidos y naturaleza todos los goces imaginables, sin recibir por ello el alma mancha ninguna. El concilio de Viena anatematizó todos estos nuevos doctrinarios. — Se ocupó tambien en una grave escision que acababa de manifestarse en la órden de San Francisco. Los mas rígidos observadores de la regla habian alcanzado en Italia del papa san Celestino V permiso de reunirse y seguir la estrecha observancia bajo el nombre de *Pobres Ermitaños*. La exageracion del rigorismo arrojó á algunos de ellos á la apostasía. Se pretextó de que la pobreza no solo es consejo evangélico sino precepto riguroso y universal, declamaron contra las riquezas y propiedades temporales, en las que veian una suerte de idolatría. Por otro lado los *Mitigados* caian en el abuso contrario, y querian introducir una relajacion escandalosa en la regla de pobreza impuesta por san Francisco. Ambos partidos tenian sus faltas y sus peligros. El concilio trató de cortar las costumbres abusivas de los monasterios con una constitucion moderada, y obligar á entrar en ellos á los que se habian separado. Pero se frustraron estas medidas y continuó la division. Hasta las comuni-

dades legas de Beguinas tomaron cierta tinta de los falsos Místicos : los Padres del concilio condenaron su modo de vivir y no autorizaron sino las que consintiesen en volver á la regla primitiva. En este mismo concilio se decretó el establecimiento en Occidente del estudio de las lenguas orientales. Se mandó que el hebreo, árabe y caldeo fuesen enseñados en lo venidero públicamente do quiera se hallase instalada la curia romana; así como en las universidades de París, Oxford, Salamanca y Bolonia : que en Francia el rey costearia el mantenimiento en París de dos profesores de cada una de estas lenguas, y en las demás el papa y los prelados.

26. Acontecimientos importantes se habian realizado durante todo este intervalo en Italia y Alemania. Alberto I de Austria habia perecido en 1308 en manos de su sobrino Juan de Suabia. La historia ha colocado á este emperador entre los opresores de los pueblos. Bajo su reinado, la Suiza, no pudiendo aguantar mas la tiranía de Gessler, su lugarteniente, se libertó é hizo independiente por el heroismo de Guillermo Tell. Enrique de Luxemburgo fué promovido en 1308 á la dignidad imperial; Clemente V aprobó su eleccion, y en el año siguiente le mandó coronar en San Pedro de Roma por cinco cardenales, provistos de poderes especiales. Rodulfo de Habsburgo y sus sucesores casi no habian tenido relaciones con la Península. Se habian pasado ya cuarenta años desde la malograda expedicion de Conradino sin que volviese á aparecer en el mediodía de los Alpes el águila imperial, cuando en 1310 se supo que Enrique de Luxemburgo, elegido rey de los Romanos, se encaminaba hácia Roma para recibir en ella la corona imperial de los Othones y Federicos. Habia decidido á Clemente V á prestar su concurso á Enrique de Luxemburgo un pensamiento de alta política. Queria oponerse á las tentativas de Felipe el Hermoso, que pretendia hacer elegir emperador á su hermano Felipe de Valois; pero muy pronto se le mostró ingrato Enrique VII. Así es que entrando en Italia y acogido con entusiasmo por los Gibelinos, creyó oportuno el momento de hacer resucitar las antiguas pretensiones

de los Hohenstaufenes, y de presentarse como restaurador de los derechos del imperio : Clemente V, temiendo estas tendencias, recurrió á Roberto de Anjou, rey de Nápoles, que en 1309 habia sucedido á su padre Carlos el Cojo. Roberto correspondió á la confianza que en él puso el pontífice y se puso al frente del partido güelfo de Toscana y Lombardía. Enrique VII se preparó entonces á invadir los Estados napolitanos, Clemente V le excomulgó, y como si hubiera querido el Senor ratificar esta sentencia con un castigo, Enrique VII murió de una breve y aguda enfermedad en 1313, en la flor de su juventud. Este acontecimiento cambió la faz de los negocios. Las tropas alemanas, privadas de su cabeza, volvieron á pasar los Alpes, regresaron á Alemania, tomaron ventajas los Güelfos, y la Italia quedó libre de la dominacion germánica. Clemente V solo sobrevivió un año al emperador de Alemania : los trabajos del concilio de Viena habian agotado sus fuerzas, y murió en Roquemaura el 20 de abril de 1314. Felipe el Hermoso murió en Fontainebleau el 29 de noviembre del mismo año, y le sucedió Luis X, dicho el *Hutino,* su hijo primogénito. La escuala filosófica ha querido confundir en una misma línea la memoria del papa y la del rey: ya hemos hecho ver lo contrario. Clemente V, de carácter conciliador y benévolo, tomó el partido de la suavidad, y logró así mantener los derechos de la Iglesia y los de la verdad en circunstancias difíciles y borrascosas.

27. Si en la historia de la Iglesia no se considerasen sino las series, casi sin interrupcion, de guerras, de divisiones, de herejías, de cismas, sin tomar en cuenta la vida interior y las maravillas de la gracia que perpetuamente se renuevan en su seno, el juicio que se formara no seria sino superficial, y solo se habria mirado un lado del cuadro. Los santos son en cierta manera el alma y el corazon de la Iglesia : perpetúan la vida cristiana en lo que hay de mas grande y elevado. Con frecuencia les falta á sus nombres el ruido, la fama, el brillo del mundo; mas no por eso dejan de ser sal de la tierra, luz escondida un momento bajo el celemin, para que mas tarde

brille é ilumine al mundo con sus rayos. En el desierto, á la sombra de claustros, en la oscuridad de una humilde condicion, ó bien en los estrados del mundo ó en las gradas del trono, los santos son siempre la gloria de la tierra, el milagro del mundo, la esperanza del porvenir, el modelo de la posteridad. El reinado de Clemente V contó en gran número estos nobles ejemplos de piedad y virtud. Sentimos no poder en este lugar hacer mas que citar nombres, sin acompañarlos de detalles edificantes, que alimentan la fe, inflaman el celo, encienden el corazon y elevan el alma. En Italia, los bienaventurados Joaquin Pelacani, Antonio Patrizzi, Andrés Dotti, Buenaventura Bonacorsi eran gloria de los Servitas de María. Santa Inés de Monte Pulciano, las beatas Benvenuta Bejano, Emilia Bicchieri, y Margarita de Metela ilustraban la tercera órden de Santo Domingo, en tanto que santa Clara de Monte-Falco ilustraba con sus heróicas virtudes la órden de San Agustin. Los Franciscanos tuvieron entonces los beatos Conrado de Ofida, Francisco Venimbeni, Oderico de Frioul, Enrique de Trevisa y las santas Ángela de Foligno y Clara de Rímini. La Francia admiraba la maravillosa virginidad conyugal de san Elzearo, conde de Sabran y su jóven esposa santa Delfina. Santa Rosalinta, su parienta, en Villenueve, se entregaba á los rigores de la penitencia en el órden de la Cartuja, y san Roque, gloria de Monpeller, se entregaba al cuidado de los apestados, retirándose en seguida á un bosque solitario, feliz en padecer, lejos de todo consuelo humano, las crueles enfermedades que le habian hecho contraer sus desvelos por los apestados. Y por fin, en hábito de mendigo extranjero, volvió á Montpeller, su patria, para morir en un calabozo, donde le encerró el gobernador de la ciudad, su tio, creyendo era un espía. En España, san Pedro Pascual, y san Pedro Armengol, de la órden de la Merced, derramaron su sangre por la fe, víctimas de caridad, bajo el alfange de los Mahometanos. La Alemania escuchaba con religiosa admiracion las revelaciones de santa Gertrudis, abadesa del monasterio de Heldelfs, en Sajonia; santa Matilde, su hermana, marchaba

como ella por las sendas de la mas alta perfeccion. En las dos extremidades de la Europa, santa Cunegundis, princesa de Polonia, y santa Isabel, reina de Portugal, de los reyes de Aragon, hacian brillar en el trono todas las virtudes del claustro. La Iglesia de Dios se parece al Océano, cuyas tempestades purifican las ondas.

CAPITULO II.

SUMARIO.

§ I. Pontificado de Juan XXII (7 de agosto de 1316-4 de diciembre de 1334).

1. Estado del mundo al advenimiento de Juan XXII. — 2. Canonizacion de san Luis, obispo de Tolosa, y de santo Tomás de Aquino. Universidades. Division en la órden de San Francisco. — 3. Herejía de los Fratricelos. Miguel de Cesena. Guillermo Occam. — 4. Lucha entre Luis de Baviera y la Santa Sede. — 5. Excomunion de Luis de Baviera por Juan XXII. Luis de Baviera depone al papa. Eleccion del antipapa Nicolás V. — 6. Rebelion popular contra Luis de Baviera y el antipapa. — 7. Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia. Sumision del antipapa. Muerte de Juan XXII. — 8. Controversia sobre la vision beatífica.

§ II. Pontificado de Benedicto XII (20 de diciembre de 1334-25 de abril de 1342).

9. Eleccion y carácter de Benedicto XII. — 10. Construccion del palacio de los papas en Aviñon. — 11. Bula *Benedictus Deus,* que termina la controversia de la *Vision beatífica.* — 12. Dieta de Reuss. Casamiento ilegítimo del hijo de Luis de Baviera. — 13. Tregua entre Carlos el Hermoso y Eduardo II, rey de Inglaterra, concluida por mediacion del papa. — 14. Victoria de Tarifa contra los Moros de España. — 15. Muerte de Benedicto XII.

§ III. Pontificado de Clemente VI (7 de mayo de 1342-6 de diciembre de 1352).

16. Nobleza y generosidad de Clemente VI. — 17. Embajada de los Romanos á Clemente VI. — 18. Estado del mundo al advenimiento de este papa. Tratado de Malestroit entre Francia é Inglaterra. — 19. Fingida sumision de Luis de Baviera á la Santa Sede. — 20. Clemente VI depone á Luis de Baviera y da la corona imperial á Carlos de Luxemburgo. — 21. Tregua de Calais entre Francia é Inglaterra. — 22. Expedicion de Luis, rey de Hungría, contra Juana I[a]., reina de Nápoles. — 23. Nicolás de Rienzi. — 24. La *Peste negra.* — 25. Jubileo de 1350.

§ IV. Pontificado de Inocencio VI (18 de diciembre de 1352-12 de setiembre de 1362).

26. Compromiso hecho por el conclave. Eleccion de Inocencio VI. Sus primeros actos. — 27. Estado de la Europa al advenimiento de Inocencio VI. — 28. El cardenal Gil de Albornoz. — 29. Pedro el Cruel. — 30. Batalla de Poitiers. Paz de Bretigny. — 31. El beato Pedro Tomás organiza una cruzada. Muerte de Inocencio VI.

§ V. Pontificado de Urbano V (27 de setiembre de 1362-19 de diciembre de 1370.

32. Eleccion de Urbano V. — 33. Éxito feliz del beato Pedro Tomás en Egipto. — 34. Excomunion y muerte de Pedro el Cruel. — 35. Prudente administracion de

§ I. **PONTIFICADO DE JUAN XXII** (7 de agosto de 1316-4 de diciembre de 1334).

1. La muerte de Clemente V, acontecida lejos de la silla natural del pontificado, y en medio de circunstancias que habian modificado prodigiosamente el colegio de cardenales, hacia presagiar un conclave borrascoso. Y en efecto lo fué el que se celebró en Carpentras: no tuvo resultado alguno, y la Santa Sede quedó vacante casi dos años. Por fin los cardenales, reunidos en Lyon, proclamaron á Jaime de Euse el 7 de agosto de 1316, y tomó el nombre de Juan XXII. El nuevo papa habia nacido en Cahors de humilde condicion; pero habia estudiado en Italia, se habia agregado á la corte de Carlos el Cojo, y fué maestro y gobernador de sus dos hijos. Si por nacimiento era Francés Juan XXII, fué Italiano por educacion y costumbres. Los historiadores que le han acusado de ciega parcialidad por la Francia no han meditado sus antecedentes. Cardenal, habia presenciado la veleidad del pueblo romano y los desórdenes que la anarquía fomentaba de continuo en la Ciudad eterna. Papa, conoció la necesidad de sustraer la Silla apostólica á las rivales influencias de Güelfos y Gibelinos; vino pues á fijarse en el palacio episcopal, que desde entonces tomó el nombre de palacio de los papas, y desde allí gobernó la Iglesia y el mundo durante veinte años. En el intervalo de su eleccion, Luis el Hutin habia dejado el trono de Francia á su hermano Felipe V, llamado *el Largo;* y en Alemania habia ocurrido doble eleccion de emperador, pues que habian sido elegidos simultáneamente Luis, duque de Baviera, y Federico de Austria, hijo del emperador Alberto I, los cuales se dispu-

taban con las armas en la mano el poder (año 1314). La Inglaterra veia una guerra sangrienta bajo el reinado del débil Eduardo II entre los señores y los favoritos del monarca, á mas de otra contra Roberto Bruce, rey de Escocia. Por otra parte la Italia, entregada á las funestas disensiones de Güelfos y Gibelinos, presentaba tantos campos de batalla como ciudades. Roberto de Anjou, rey de Nápoles y discípulo del papa, peleaba tambien contra Fadrique, rey de Sicilia: por do quiera pues se vertia sangre cristiana.

2. Juan XXII inauguró su pontificado con la canonizacion de santo Tomás de Aquino, y de san Luis de Anjou, obispo de Tolosa, hermano de Roberto, rey de Nápoles, y tambien discípulo del papa. Es fácil concebir el consuelo de Juan XXII al poner sobre los altares á aquel príncipe, hoy obispo, cuya juventud habia dirigido. Aun vivia la madre del nuevo santo, viuda de Carlos II. «¡Qué triunfo para vos, le escribió el papa, » qué gozo haber dado á luz un hijo cuya proteccion os sos- » tiene cerca de Dios y cuya gloria os corona en la tierra! En » consideracion de sus méritos y numerosos milagros obrados » por su intercesion, de comun acuerdo con todos los prela- » dos de nuestra corte, acabamos de inscribir solemnemente » su nombre en el catálogo de los santos. Una madre y reina que ve á su hijo objeto de culto público, que puede ofrecerle su incienso y sus votos, recoger sus reliquias sagradas, honrarlas con cuantos homenajes pueda sugerir el amor maternal y la veneracion cristiana, es tal vez la situacion mas sentimental que se pueda figurar el humano espíritu. Al propio tiempo que por autoridad apostólica consagraba de este modo Juan XXII una memoria que por tantos títulos debia de serle tan cara, se estaba ocupando activamente en arreglar cuanto concernia al progreso de los estudios y á la disciplina interior de las universidades. Erigió la famosa escuela de Cambridge y otorgó todos los privilegios de las de Orleans y Tolosa; completó la coleccion de *Decretales*, en 1317, añadiéndole las bulas de su antecesor, que tomaron el nombre de *Clementinas*. Pero cuidados mayores y mas graves se llevaron muy pronto la aten-

cion de Juan XXII. Las divisiones que se habian manifestado en el seno de la órden de San Francisco, relativas á la pobreza absoluta, contenidas algun tiempo por la decision del concilio de Viena, se renovaron con mas animosidad durante la vacante de la Santa Sede. El aura popular estaba por pretensos *Espirituales*, ó *Fratricelos*, que se apoyaban en la autoridad de Pedro Juan de Oliva, franciscano exaltado, y sostenian que los Frailes menores no podian ni aun tener la propiedad de sus propios alimentos. Se acusó á los *conventuales* de faltar al voto de pobreza, conservando las provisiones necesarias á la vida en sus monasterios. El populacho se arrojó sobre sus monasterios é iglesias, que saqueó. Desde el primer año de su pontificado, Juan XXII publicó su decretal *Quorumdam exigit*, en la cual, explanando concisa y claramente los puntos controvertidos, mandó atenerse al juicio de los superiores, y recomendó á los disidentes la sumision con esta notable expresion: « Grande cosa es la pobreza, aun es mas la castidad; pero » la obediencia es superior á ambas virtudes. » No fué escuchado este lenguaje paternal y hubo que recurrir á medidas de rigor. En 1318, la Inquisicion de Marsella entregó al brazo secular cuatro de aquellos fanáticos, que fueron castigados con el último suplicio. Hombres graves como Nicole, y apasionados como Sismundi, se han mofado de esta secta; y solo han visto una risible locura en la obstinacion de aquellos frailes en querer realizar una pobreza imposible : han acusado pues á la Iglesia y á Juan XXII de barbarie y de crueldad. [Hace poco se miraba como *locos ridículos* á San Simon y á Fourier; pero cuando se han visto á la obra á los socialistas de Europa y América, que niegan todo derecho de propiedad, y que bajo el nombre de comunismo y socialismo no hacen sino reproducir, aunque en otro sentido, las locuras de los *Fratricelos*, ¿es que no ha quedado aterrorizada la sociedad entera? ¿Y acaso no se temen aun desórdenes inmensos de las doctrinas del socialismo, comunismo, sansimonismo y fourierismo? No habia pues entonces solo una locura, sino el gérmen de un sistema anárquico y antisocial.] Despues de siglos de movimiento para llegar

al progreso, la humanidad queda espantada de haber vuelto hácia atrás.

3. Volviendo á su calma ordinaria la órden de San Francisco, muy pronto se vió turbada por nueva discordia, pero tanto mas fatal, cuanto que no solo atacaba á la unidad de la órden seráfica, sino que puso en peligro á la misma Iglesia. Los Espirituales, arrojados de sus conventos, se refugiaron á las escuelas de teología y sostuvieron la proposicion de que « Jesucristo y » los Apostoles, modelos de perfeccion evangélica, no habian » poseido nunca nada, ni en particular ni en comun. » Apenas dada á luz, la nueva opinion se esparció con la rapidez de la chispa eléctrica. Dos hombres, el uno muy notable por su eminente posicion, Miguel de Cesena, general de los Franciscanos, y el otro por sus talentos superiores que le merecieron el título de *Doctor invencible,* Guillermo Occam, inglés, fraile menor, abrazaron abiertamente el error y lo sostuvieron, el primero con su autoridad, el segundo con su ingenio. Occam era la cabeza de la escuela de los *Nominales,* que, decaidos en la última mitad del siglo XIII, habian vuelto á levantar cabeza con mayor pujanza que antes. Como Occam era como astro de su órden y de la ciencia, la opinion que acababa de abrazar dió inmenso peso á la controversia; y aun hizo triunfar su doctrina en el capítulo general de Frailes menores en Perusa, año 1322. Los Franciscanos se comprometieron á defenderla como verdad de fe contra los ataques que se le hicieren. Juan XXII, vió, y no sin razon, una empresa facciosa en la decision doctrinal de Perusa. Publicó pues inmediatamente su decretal *Ad conditorem canonum,* en la que declaró que, respecto de las cosas que se consumen por el uso, es inconcebible la separacion entre la propiedad y el uso; que el uso presupone esencialmente un derecho sin el cual seria ilícito. Este decreto pontifical aun no era decesivo, y hacia presentir la sentencia que el papa se proponia decretar. Antes de pronunciar la decision suprema, el papa quiso aguardar todo un año para recibir los pareceres y memorias que se mandaron formar por las mas célebres universidades; queriendo proceder con la majestuosa lentitud que

ha sido en todos tiempos el carácter de la Iglesia romana. Por fin, el 12 de noviembre de 1323 publicó la decretal *Cum inter nonnullos*, en la cual el soberano pontífice tachaba de herética la proposicion de que « Jesucristo y sus Apóstoles no » habian poseido nada, ni en comun ni en particular, y que no » habian tenido derecho de enajenar las cosas que poseian. » Miguel de Cesena y Occam fueron excomulgados. Ambos se retiraron á la corte de Luis de Baviera, que estaba entonces en lucha contra el papa. Al presentarse al emperador, Occam le dijo : « Príncipe, yo traigo el socorro de mi pluma; prestadme » el de vuestra espada. » Uno y otro cumplieron su palabra.

4. Luis de Baviera habia triunfado de su competidor, Federico de Austria, en la batalla de Muhldorf, año 1322. Federico, vencido y prisionero, renunció á la corona. Hubiera podido dar la paz á la Alemania este acontecimiento si Luis de Baviera hubiese comprendido la mision de un emperador cristiano: pero, cegado por una ambicion exaltada por la suerte de sus armas, pretendió sustraer su imperio á la confirmacion de la Santa Sede y declaró querer recibir su corona del derecho de su espada, mas no de manos del papa. Juan XXII se encontró respecto de Luis de Baviera como san Gregorio VII con Enrique IV. Sostuvo la lucha con energía y citó al rey de los Romanos á comparecer ante su tribunal. Luis de Baviera respondió á esta intimacion invadiendo la Lombardía y la Toscana, haciendo alianza con los Viscontis de Milan y sublevando por todas partes los ánimos contra la autoridad pontifical. Para humillar mas al soberano pontífice, entró en Roma con su ejército y se hizo coronar solemnemente emperador por un obispo depuesto. Entretanto, escritores pagados por él inundaban Alemania é Italia de libelos insultantes, donde se llamaba á Juan XXII *el Antecristo, heresiarca, el Dragon de siete cabezas del Apocalipsis*. Dos famosos doctores de entonces, Marsilio de Padua y Juan Jeaudun, sobresalieron en sus dicterios. En un libro sobre la jurisdiccion imperial y pontifical, intitulado : *Defensor fidei,* Marsilio de Padua sostenia « que Jesucristo no » habia establecido jefe visible en su Iglesia; que la preemi-

» nencia de san Pedro era fábula inventada por la ambicion de » los papas; que solo el emperador podia elevar un obispo sobre » otro, y aun esta preeminencia era revocable. Que al emperador » tocaba convocar los concilios generales, elegir, instituir, » juzgar y deponer á los obispos. » Como se ve, no data de hoy la herejía constitucional que entrega la religion, atada de piés y manos, en poder de los príncipes y magistrados. La doctrina de Marsilio de Padua prueba, por lo demás, una poderosa reaccion que se estaba obrando entonces en los ánimos contra el derecho público de la edad media y contra la autoridad política de que revestia á los papas. Llegaba ya el tiempo en que iba á ser modificado profundamente ese derecho público. Los soberanos pontifices lucharon animosamente contra la tendencia de la época. Mas los príncipes triunfaron mas tarde, y creyeron haber ganado gran victoria cuando, bajo el respecto político, se eximieron de la supremacía pontifical. Muy pronto se apercibieron de que despojando ellos mismos su poder de esta sancion sagrada, lo habian entregado, totalmente desarmado, al furor de las revoluciones y á los caprichos populares.

5. En vista de lo pasado, Juan XXII fulminó sentencia de excomunion contra Luis de Baviera y sus adherentes, declaró libres del juramento de fidelidad á todos sus vasallos y le privó de toda pretension al imperio. Luis de Baviera se creyó bastante fuerte para menospreciar la sentencia pontifical; y el 14 de abril de 1328 se presentó con todo el aparato imperial en la gran plaza de San Pedro de Roma, á donde habia sido convocado el pueblo. Subió á un trono que se le habia levantado entre el gentío, y su canciller, en medio de un silencio general, dijo en alta voz, inteligible del concurso: « ¿Hay aquí quien quiera » tomar la defensa del sacerdote Juan de Cahors, que se hace » llamar Juan XXII? » Se repitió tres veces la pregunta, á la que nadie respondió. Entonces se leyó el siguiente decreto imperial: « Para devolver al pueblo romano su antiguo esplen- » dor, hemos dejado nuestra patria y nuestra familia; hemos ve- » nido á esta capital del mundo, centro de la catolicidad. » Y en seguida pronunció sentencia de deposicion contra Juan XXII.

« Juan de Cahors, decia el decreto, hombre sanguinario é hipó-
» crita, al que puede llamarse con razon el Antecristo, ó al
» menos su precursor, ha sido convicto de herejía por sus es-
» critos contra la santa pobreza de Jesucristo, y de lesa majes-
» tad por injustos procederes, en nuestra persona, contra los
» derechos del imperio. En su consecuencia, de parecer y con-
» sentimiento unánime, y á peticion del clero y pueblo romano,
» de los señores, obispos y fieles de Alemania é Italia, le de-
» ponemos del obispado de Roma, de todo órden y dignidad
» eclesiástica : mandamos que sea puesto en manos de nues-
» tros ministros imperiales para ser castigado como hereje. »
Para consumar el sacrilegio, solo restaba á Luis de Baviera el crear un antipapa. Cuatro dias despues convocó al pueblo romano para el mismo sitio : se prepararon dos tronos en las gradas de la iglesia de San Pedro. El príncipe vino á ocupar uno de ellos. En este instante, un fraile menor de la secta de los Fratricelos se presenta al concurso, que le hace lugar con el mayor respeto : llamábase Rainallucci de Corbiere. Al verlo, se levantó Luis y le invitó á sentarse á su lado. El obispo depuesto de Castello, que hacia veces de heraldo imperial, se dirigió á la muchedumbre y le preguntó en alta voz : « ¿ Quereis » por papa á Rainallucci de Corbiere? » Repitió esta pregunta tres veces. A cada pregunta respondia cierto número de pueblo : « Lo queremos. » Entonces Luis se levantó, impuso al antipapa el nombre de Nicolao V, ambos entraron triunfalmente en la basílica, y se coronaron recíprocamente.

6. En tanto que Luis de Baviera perdia tiempo tan precioso en ceremonias sacrílegas, Juan XXII se agitaba. Desde la madrugada del dia siguiente, á pesar de la vigilancia de los soldados alemanes, una mano atrevida fijaba en las puertas del Vaticano la sentencia de excomunion pronunciada contra Luis de Baviera, y que hasta entonces nadie habia osado publicar en Roma. Era un miembro de la familia de los Colonnas, tanto tiempo enemiga de los papas, que reparaba así con santa audacia las rebeliones pasadas. Juan XXII recompensó este valor elevando á Jacobo Colonna á la dignidad episcopal. A instan-

cias del papa, Roberto de Anjou, rey de Nápoles, vino á acamparse bajo los muros de Ostia. La fortuna parecia haber abandonado á Luis de Baviera desde el punto que consumó el cisma. Sin embargo redobló sus violencias y crueldades. Dos Romanos, convencidos de haber llamado papa legítimo á Juan XXII, fueron quemados vivos en la plaza de San Pedro. El antipapa publicó dos pretensos decretos, en los cuales confirmaba la deposicion de Juan XXII, privaba de sus beneficios á todos los eclesiásticos adherentes suyos, y amenazaba con pena de fuego á todos los seculares que no abandonasen su partido. Luis de Baviera se encargó de ejecutar sus decretos por medio de sus soldados. Entretanto Fadrique de Sicilia y los Gibelinos de la Lombardía manifestaban su profunda indignacion contra la cismática intrusion del antipapa ; y rehusaron enviar á Luis los socorros prometidos hacia mucho tiempo. Este príncipe escaseaba de dinero y quiso imponer una contribucion extraordinaria á la ciudad de Roma. Mas el pueblo se amotinó, y Luis de Baviera tuvo que dejar la ciudad, llevándose consigo su fantasma de papa con su corte. Al atravesar por Viterbo y otras ciudades de los dominios pontificales, el acompañamiento imperial era recibido con insultos de parte del populacho, que le lanzaba piedras gritando : « ¡Muera el » antipapa ! Viva la Santa Sede ! » Como si todo apoyo hubiera de faltar al príncipe excomulgado, Marsilio de Padua, que pudo convencerse en este tránsito de la impopularidad de sus doctrinas imperiales, murió de consuncion, hambre y cansancio. Milan y Pisa, sobre las que quiso Luis ensayar su préstamo forzoso, no se mostraron mas dóciles que las otras ciudades ; y el monarca, abandonando á su antipapa, se apresuró á irse de Italia y regresar á Alemania.

7. Por el mismo tiempo se manifestó en la Lombardía un vindicador de los ultrajados derechos de la Santa Sede : y fué Juan de Luxemburgo, hijo del emperador Enrique VII, coronado por su padre en 1310 rey de Bohemia. Mas no residia en su reino. Poco simpático de sus vasallos, tanto por la sangre como por las costumbres, prefiria á ellos el vivir entre los

fieles moradores de su ducado. Por lo demás, su residencia era toda la Europa; porque la recorria sin cesar de un extremo al otro al frente de un ejército, tomando por do quiera partido por la causa de los oprimidos, á quienes defendia contra sus opresores. Juan de Luxemburgo poseia todas las cualidades de un héroe. Tan noble de corazon como de fisonomía, activo, infatigable, sobreponiéndose á los peligros y obstáculos, era tipo de la caballería en su mas noble acepcion: le hacian falta torneos y campos de batalla: allí reinaba verdaderamente, y se habia granjeado tanta consideracion, que era el príncipe mas influyente de Europa. Su presencia en Italia fué señal de una reaccion güelfa, que acabó de destruir el partido de Luis de Baviera. Brescia, Bérgamo, Cremona, Pavía, Novara, Parma, Módena, Mantua, Regio, Verona, se dieron á Juan de Luxemburgo. Por todas partes eran llamados los desterrados, y extinguidas las facciones y discordias con su presencia. Los Romanos, ebrios de júbilo, esperaron que por fin estos acontecimientos volverian á traer á su capital al soberano pontífice. El antipapa Rainalucci de Corbiere se presentó en Aviñon antes de estos acontecimientos, y se habia arrojado á los piés de Juan XXII con hábitos de penitente y una cuerda al cuello. Conmovido de su arrepentimiento, el papa le levantó bondadosamente, le abrazó y ofreció asilo en su palacio, y todos lós dias le enviaba platos de su mesa. Feliz de ver acabarse así un cisma deplorable, y sabiendo la sumision de la Italia, Juan XXII pensó en volver á llevar la Santa Sede á Roma. Pero su muerte, acaecida en 4 de diciembre de 1334, le sorprendió antes de realizar su proyecto. Murió de edad de noventa años; pero la vejez en nada habia debilitado la actividad y energía de su carácter. Su pontificado fué un modelo de administracion sabia, vigorosa y prudente. Durante los diez y ocho años de su reinado, Juan XXII gobernó al mundo sin salir de su palacio, y sin dar un solo paseo por las cercanías tan atractivas de su residencia. Arregló la administracion interior de la corte y curia pontifical: á él se le debe la cancillería romana y el tribunal de la Rota. Se

aplicó especialmente á poner órden en las rentas y su administracion. Para sostener las cargas del gobierno eclesiástico, el pontificado tenia entonces cuatro ramos de rentas y réditos: 1°. las ofrendas de los fieles; 2°. los tributos de los reinos puestos bajo la proteccion especial de san Pedro : eran siete; Suecia, Noruega, Dinamarca, Polonia, Portugal, Aragon é Inglaterra; 3°. los derechos feudales sobre los dos reinos de Nápoles y Sicilia, y de las islas de Cerdeña y Córcega, como feudos dependientes de la Santa Sede; 4°. los dominios directos, y bienes propios. Pero agotaban frecuentemente estos recursos la dificultad de la percepcion, la avaricia de los colectores y la mala voluntad de los príncipes. Para suplir á esta falta y necesidad, Clemente V y Juan XXII extendieron los derechos de *anatas, expectativas* y *diezmos*. La *anata* es la renta del primer año en un beneficio á favor de la curia romana. La *expectativa* era una seguridad que daba el papa á un clérigo de tener un beneficio en una catedral cuando vacase. Esta promesa estaba sujeta á una tasa que debia pagarse al tesoro pontifical. Los *diezmos* eran un impuesto de la décima parte sobre bienes de toda clase [1]. Juan XXII es el primer papa que ha mandado esta contribucion para las necesidades temporales del pontificado. Como las sumas recogidas por este respeto estaban destinadas á las cosas santas, al socorro de los pobres, viudas, huérfanos, necesitados, al sosten del órden general, al mantenimiento de legados, nuncios y otros ministros de la corte romana, no puede haber motivo razonable de escándalo. Además, que como temporal el ponticado tenia las mismas necesidades que los demás gobiernos [y aun mucho mas multiplicadas y extensas]. Las rentas pues, en frutos ó en dinero, son un *medio,* no un *fin*. Juan XXII simplificó las ruedas de la administracion tan complicada de

(1) Los diezmos se pagaban desde la primitiva Iglesia al culto y clero por los fieles, aunque al principio, voluntariamente; mas luego los concilios y los papas los hicieron mas ó menos obligatorios. Su orígen es en su fondo divino, como lo prueban todos los autores teólogos y canonistas : aunque de ley eclesiástica en cuanto á la forma. Los *diezmos* que mandaba dar á la curia romana Juan XXII eran una tasa particular para ciertos países é iglesias. (El Traductor.)

la Hacienda, y á su muerte quedó floreciente el tesoro pontifical.

8. En el último período de su vida, Juan XXII, hablando de la *vision intuitiva,* habia parecido inclinarse al sentimiento de que los bienaventurados no gozarian de la vision de Dios sino despues del juicio universal. Era una opinion meramente especulativa que solo pretendia sostener el papa con argumentos teológicos, sin definir nada dogmáticamente. Los Fratricelos, que le acusaban ya de herejía sobre el artículo de la pobreza de Cristo, se aprovecharon nuevamente de este incidente para vociferar contra el pontífice que los habia condenado; pero Juan XXII se disculpó por sí mismo diciendo que no habia emitido sino una opinion controvertible, como tantas otras discutidas entonces en las escuelas: y, para acabar de destruir las calumnias esparcidas contra él acerca del particular, hizo públicamente, en su lecho de muerte, una profesion de fe muy ortodoxa tocante la vision beatífica.

§ II. PONTIFICADO DE BENEDICTO XII (20 de diciembre de 1334-25 de abril de 1342).

9. El colegio de cardenales se reunió en conclave en Aviñon. Los votos se dirigieron desde luego por influencia del cardenal Talleyrand de Perigord al cardenal de Comminges. Pero antes se quiso hacerle suscribir la promesa, si quedaba electo, de mantener la Santa Sede en Francia. El cardenal de Comminges respondió: « Lejos de comprar una dignidad á » costa de esto, renunciaria aun á la que tengo; porque estoy » convencido de que el pontificado, trasplantado así de su » sitio, corre el mayor peligro. » Habiéndose excluido á sí mismo con esta noble respuesta, fué abandonado de sus partidarios, los cuales dieron sus votos á la ventura y como para perderlos al cardenal *Blanco* (1), Jacobo Fournier, en quien nadie pensaba. Pero con admiracion del conclave, se halló que habia reunido dos tercios de los votos, y fué proclamado

(1) Llamado así porque aun siendo cardenal llevaba siempre los hábitos blancos de su órden.

pontífice, tomando el nombre de Benedicto XII. Hijo de un panadero de Saverdun, primero monje del Cister, profundo teólogo, su solo mérito le habia elevado al capelo, y la Providencia le llamaba por vias misteriosas á la cima de las grandezas eclesiásticas. Se mostró digno de su elevacion por la austeridad de sus costumbres, rigidez de sus principios y firmeza de carácter. La carne y la sangre no le habian comunicado su flaqueza. « Un papa, decia, ha de semejarse á Melqui- » sedec, que estaba sin padre, sin madre, sin genealogía. » Puso el mayor cuidado en no conferir beneficios sino á eclesiásticos de mérito y despues de serio exámen. « Mas vale » que queden vacantes las dignidades, que darlas á manos » ineptas. » Habia en Benedicto XII un sentimiento extraordinario del deber, y este sentimiento en ciertas ocasiones prestaba á su carácter personal una energía de que hay pocos ejemplares. « Si yo tuviera dos almas, decia un dia al rey de » Francia, podria sacrificaros una; pero solo tengo un alma, » y me es necesario conversarla. »

10. Entre los últimos proyectos de Juan XXII, habia sido uno de los mas importantes el de trasladar la corte romana á Italia. Benedicto XII tuvo el mismo designio, y en esa ocasion fué cuando el ilustre Petrarca le dirigió una carta en versos latinos, la cual llegó á ser famosa; en ella hacia hablar á la misma Roma, bajo el emblema de una viuda desconsolada que llamaba á su esposo. Dos legados estuvieron encargados de anunciar á Italia esta buena noticia ; pero la hallaron presa de las facciones hasta tal punto, que aconsejaron al papa que renunciara á sus proyectos de regreso. Por otra parte, los cardenales, Franceses casi todos, suplicaron á Benedicto XII que no expusiera la Santa Sede á las borrascas que la esperaban en Italia, y que se quedara en Aviñon. Obligado á permanecer en Francia, el soberano pontífice pensó en levantar al pontificado un edificio independiente que le sirviese á la vez de palacio y de fortaleza. Hizo pues construir sobre el peñasco de Nuestra Señora *del Doms* el edificio actual, cuya parte setentrional concluyó por entero.

11. Juan XXII, al morir, habia dejado á su suesor pendientes dos graves negocios: la cuestion de la vision beatífica, y la contienda con Luis de Baviera. La controversia de la vision beatífica habia tomado mucho cuerpo, y el interés que se tomaban por ella los príncipes, doctores, y teólogos de la época era sobrado grande para dejarla sin decision. Comenzaron pues las discusiones acerca de la vision beatífica en Aviñon desde el segundo mes de su pontificado, y duraron un año. Por último, el 4 de febrero de 1336, en pleno consistorio, Benedicto XII publicó la decretal *Benedictus Deus*, definiendo, en virtud de su autoridad apostólica, « que las almas de los » justos á quienes nada resta por expiar, gozan inmediatamente » despues de la muerte de la *vision intuitiva*, esto es, de la » dicha de contemplar á Dios cara á cara y en su esencia. »

12. La contienda con Luis de Baviera no tenia tan fácil solucion. Benedicto XII trató de concluirla con medios suaves, porque la mansedumbre de su carácter los preferia á medidas rigurosas. Escribió á Luis proponiéndole las condiciones de una reconciliacion, y envió á Alemania nuncios especiales encargados de entenderse con el monarca bajo el pié de dichas condiciones. Luis de Baviera fingió responder á esta iniciativa generosa con plena y entera sumision. Prometió anular los procedimientos dirigidos contra Juan XXII, revocar las donaciones de tierras eclesiásticas hechas en nombre del imperio, cumplir con las penitencias que le impusiese el papa, y satisfacer á la curia romana por otros puntos no menos importantes. Todo esto solo era un ardid político de Luis de Baviera. Por consejo de Miguel de Cesena y Guillermo Occam, cuya pérfida direccion habia seguido siempre, al propio tiempo que enviaba al papa estas palabras de paz, convocó para 1338 y ciudad de Reuss una dieta de los electores y príncipes del imperio, en la cual mandó redactar un decreto, sosteniendo que « la dignidad » imperial venia inmediatamente de Dios; que el acta sola de » la eleccion constituia al emperador, que la confirmacion del » papa no servia sino de rebajar la majestad del imperio; y » que el que de otro modo pensare, seria considerado como reo

» de lesa majestad. » Al saber esta declaracion tan atrevida, Benedicto XII mostró gran descontento y se expresó en términos enérgicos contra esta doblez de Luis de Baviera. « Vuestra » Santidad, le dijeron los embajadores bávaros, pensaba antes » mucho mejor de nuestro amo. — Habrá querido, repuso el » papa, volver mal por bien. » El rey de Germania no tardó en colmar su escándalo. Margarita Maultasch, duquesa de Carintia y condesa del Tirol, estaba casada desde mucho tiempo habia con Juan Enrique, uno de los hijos del rey de Bohemia. Desarreglada en sus costumbres, esta princesa resolvió abandonar á su marido. Ofreció sus Estados á Luis de Baviera si consentia en unirla con su hijo, el marqués de Brandeburgo. Esta proposicion era doblemente criminal, porque á mas del escándalo de un divorcio inmoral, habia parentesco en tercer grado de consanguinidad entre Margarita y el marqués de Brandeburgo. Benedicto XII se apresuró á interponer su autoridad para impedir esta union criminal; mas una combinacion que añadia dos hermosas provincias á sus dominios hereditarios, pareció á Luis bastante legítima, á pesar de las representaciones del papa. Trayendo á la memoria las máximas ultra-imperiales de Marsilio de Padua, Luis de Baviera antorizó por sí mismo, y en virtud de su poder, el divorcio de Margarita con el príncipe Juan Enrique; dió la dispensa del impedimento de consanguinidad entre la princesa y su hijo, y celebró su casamiento en 1340 con pompa real. Era pues imposible toda reconciliacion despues de tales aberraciones.

13. Por otra parte no ofrecian la Inglaterra y la Francia dificultades menores al celo de Benedicto XII. Despues de la muerte de Felipe el Largo, en 1322, la corona de Francia habia recaido en Carlos IV el Hermoso, hijo tercero de Felipe el Hermoso [IV de este nombre]. Este príncipe murió sin posteridad masculina en 1328, extinguiéndose en él la rama primogénita de los Capetos. Subió pues al trono Felipe VI de Valois, hijo de Carlos de Valois, hermano de Felipe el Hermoso. Pero intentó disputarle esta sucesion Eduardo III, rey de Inglaterra, por parte de su madre Isabel, hermana de Felipe el Hermoso,

En virtud de la ley sálica, que excluye las mujeres de la sucesion al trono, las pretensiones de Eduardo III no tenian fundamento legal ; pero Eduardo tenia para hacerlas valer un ejército imponente y el odio hereditario contra la familia real de Francia. Las hostilidades comenzaron pues con encarnizamiento recíproco. Desplegó en esta ocasion el pontífice la mayor actividad : mandó rogativas públicas por toda la cristiandad para alcanzar del Cielo el fin de una lucha que hacia gemir á la Iglesia, y regocijar á sus enemigos. Se dirigió á los hombres cuerdos que formaban los consejos de ambos monarcas, y les exhortó á compadecerse de los pueblos, víctimas de su discordia. Resultó de esta mediacion una tregua de un año, de 1340 á 1341.

14. Su autoridad triunfaba en España de dificultades de otro género. Logró de Alfonso XI la cesacion de comercio incestuoso con Doña Leonor de Guzman : restableció la buena armonía entre este monarca y el de Portugal, apaciguó las discordias que ensangrentaban la Península ibérica, y que debilitando sus propias fuerzas estimulaban la audacia de los Moros (1). Y en efecto, aprovechándose los de África de la discordia entre los príncipes cristianos, preparaban, bajo el mando de Albohacen, rey de Marruecos, una formidable expedicion. El peligro en que se hallaba España impresionó vivamente á Benedicto XII, pues toda la cristiandad estaba muy interesada en esta guerra. El imperio griego, batido por todos lados, ofrecia ya á los Turcos frágil barrera : la Alemania, Francia é Inglaterra estaban desunidas ; la Italia no presentaba sino un vasto campo de batalla, donde Güelfos y Gibelinos se disputaban una vana preponderancia. ¿Qué fuera de la Europa si no tuviera ya un baluarte en la España? El papa conoció cuánta necesidad habia de reforzar la resistencia al otro lado de los

(1) Nuestros historiadores no hablan de la intervencion del papa, ora en la enmienda de Alonso XI, ora en la reconciliacion. Los altos prelados españoles, y en especial el cardenal Gil de Albornoz, que asistió personalmente á la gran batalla del Salado, bajo los muros de Tarifa, fueron los inmediatos consejeros de los reyes, los cuales, en vista del peligro comun y por el espíritu de fe, se reconciliaron y se corrigieron. (El Traductor.)

Pirineos, é hizo llamamiento á todos los príncipes y caballeros cristianos, exhortándoles á esta cruzada. Los caballeros de las órdenes militares de Calatrava, Santiago y demás de Castilla, Aragon y portugal; las tropas genovesas y los barones de todas las provincias de Europa fueron á reunirse á las fuerzas de Castilla, Aragon y Portugal, que subian á cuarenta mil hombres. Era la octava parte del ejército musulman, que segun calculan los historiadores, pasaba de cuatrocientos mil infantes y setenta mil caballos. Este diluvio puso sitio á Tarifa. Los cruzados acudieron al socorro de la plaza, y bajo sus muros se dió una de las mas sangrientas batallas que nos refiera la historia. Quedaron en el campo de batalla doscientos mil musulmanes; y el resto de su formidable expedicion, que habia amenazado á la España con una ruina completa, repasó precipitadamente el estrecho al favor de la noche: al amanecer del dia siguiente, los cristianos buscaron en vano á sus enemigos. El rey de Castilla envió al papa, con la noticia de esta prodigiosa victoria, veinticuatro estandartes musulmanes, que fueron suspendidos en la capilla pontifical. Benedicto XII, cuyo celo habia restablecido tan á propósito la armonía en la Península, podia reivindicar con justo título una parte del honor de esta gloriosa jornada (1341) (1).

15. Roma, tan olvidadiza de sus soberanos legítimos los papas, renovaba, en 1341, y á favor de Petrarca, las ceremo-

(1) Esto es, la célebre batalla del Salado que nuestros historiadores ponen, y la santa iglesia de Toledo celebra anualmente, el 30 de octubre de 1340, dia de la semana lunes. « Al apuntar del alba, los reyes (de Castilla, Portugal y Aragon), y » con su ejemplo los demás del ejército confesaron, y recibieron el Santísimo Sacra» mento de la Encaristía : luego se formaron los escuadrones en órden de batalla... » El pendon de la cruzada, por mandado del papa, le llevaba un caballero francés, » llamado Ingo : todos los soldados iban señalados con una cruz colorada en los » pechos como aquellos que iban á pelear contra los infieles en defensa de la reli» gion y de la cruz..... Fué grande la matanza que se hizo, murieron en la batalla y » en el alcance doscientos mil Moros; cautivaron una gran multitud de ellos: de los » cristianos no murieron mas de veinte, cosa que con dificultad se puede creer, y » que causa gran espanto... De la presa de los Moros, envió el rey á Aviñon al papa » Benedicto en reconocimiento un presente de cien caballos con sendos alfanjes..., » y veinticuatro banderas de los Moros, y el perdon real, y el caballo con que el » mismo rey Alonso entró en batalla, y otras cosas. » (Mariana, *Historia de España*, lib. XVI.) (El Traductor.)

nias paganas de un coronamiento en el Capitolio. Por otra parte Benedicto XII pensaba en Italia, y envió en cualidad de legado á Bertran de Deux, arzobispo de Embrun, que en esta mision desplegó admirables talentos. Decidió á los Colonnas y Orsinis de Roma á concluir una tregua de muchos años y volvió la paz á la ciudad. Por su celo se restableció la concordia en los Estados pontificios, ducado de Espoleto, la Romaña y la Marca de Ancona. Tales fueron los últimos actos del reinado de Benedicto XII, que murió en Aviñon el 25 de abril de 1346. Hizo útiles reformas; abolió muchas exacciones voluntarias con que los obispos cargaban á los eclesiásticos en sus visitas pastorales; y trató de que hubiese exactitud en el servicio divino de las catedrales, que es el alma de la piedad. Habian corrompido poco á poco la ambicion y el olvido de las virtudes monásticas á los canónigos reglares, monjes de san Benito y del Cister. Benedicto XII dictó saludables reglamentos para reavivar en las tres órdenes la regularidad, amor del estudio y primitivo fervor. Continuaron florecientes las administraciones durante su pontificado, sin embargo de haber destruido las *reservas* y las *expectativas;* porque como habia la mas prudente y rígida economía hasta en los menores detalles del gobierno, las rentas ordinarias bastaban para los gastos de su gobierno. En Benedicto XII tuvo orígen la tiara papal, cuyas tres coronas simbolizan, segun unos, las tres potencias : real, imperial y sacerdotal; y segun otros, la autoridad espiritual sobre los fieles, la supremacía sobre los obispos y la soberanía temporal de Roma.

§ III. PONTIFICADO DE CLEMENTE VI (7 de mayo de 1342-6 de diciembre de 1352).

16. Solo vacó la Santa Sede trece dias. El conclave reunido en Aviñon eligió espontáneamente al cardenal Pedro Roger, que tomó el nombre de Clemente VI. Era el nuevo papa de la diócesis de Limoges, en Francia. El cardenal de Mortemart, su paisano, le habia presentado á Juan XXII, y este papa le apreció tanto, que le hizo sucesivamente obispo de Arras, ar-

zobispo de Sens, arzobispo de Rouen, consejero íntimo de Felipe de Valois, y últimamente cardenal bajo Benedicto XII. El nuevo pontífice amaba el brillo y la grandeza : desplegó gran magnificencia en el trono pontifical. Su corazon magnánimo, su mansedumbre, su liberalidad y demás cualidades amables de su carácter, borraban el lujo exterior de que estaba rodeado. Repetia con frecuencia esta máxima de un célebre emperador : « Nadie ha de salir descontento de la presencia » de su príncipe; » y de esta otra : « No somos papa sino para » hacer felices á los fieles. » Cuando la necesidad le obligaba á rehusar una gracia, sabia consolar la negativa por la dulzura con que la expresaba. En el año primero de su pontificado publicó una bula, por la cual convidaba á todos los clérigos sin beneficio á presentarse para recibir uno. Acudieron inmensos á Aviñon y ninguno salió descontento. Para poder suministrar á su liberal condicion, se reservó Clemente VI los nombramientos de abadías y prelacía, declarando nulas las elecciones capitulares ó conventuales. Como se le objetase que estos nombramientos eran abusivos y que los habian prohibido sus antecesores : « ¡ Ah ! respondia, hablando de sus larguezas, mis « predecesores no sabian ser papas (1). » ¿Cómo no se habian de perdonar á un pontífice, que solo pensaba hacer felices, algunas reservas no usadas?

17. Apenas supieron los Romanos la elevacion de Clemente VI, creyeron llegado el momento favorable para solicitar de nuevo la restauracion de la Santa Sede en Roma. Petrarca, hecho ciudadano romano despues de su coronacion en el Capitolio, hizo parte de la diputacion enviada al papa con este objeto. Los Romanos aun no habian renunciado á su utopia de república independiente : suplicaban pues al papa que aceptara los títulos de senador y gobernador de la ciudad, no como soberano pontífice sino como noble Roger. Esta claúsula basta por sí sola para probar su espíritu anárquico. Se ha repetido con frecuencia que los papas, al fijarse en Aviñon,

(1) Prædecessores nostri nesciverunt esse papa. (Baluzio, V. *Vita*, pág. 311.)

habian obedecido á la influencia francesa, y que por esta habian comprometido su independencia y dignidad. Es una calumnia bajo el punto de vista histórico. Un príncipe desterrado se abajaria si recibiese una corona con las condiciones que dictaban entonces los Romanos al papa; no podian entrar en Roma sino como soberanos; hubiera sido indigno del pontificado un compromiso con una república. Hé aquí porqué no aceptó Clemente VI los ofrecimientos que se le hicieron, á pesar de la elocuencia y poesía de Petrarca. Sin embargo, para manifestar á la Ciudad eterna que aun á pesar de sus extravíos era siempre la hija privilegiada de la Iglesia, Clemente VI redujo á cincuenta años el término fijado para el Jubileo secular, y en la bula *Unigenitus Dei Filius*, expedida en 1343, lo fijó para el año 1350. « Aprovecharemos con el mayor anhelo, » dijo á los diputados, el momento favorable para restablecer el pontificado en su silla natural; pero este momento aun no » nos parece ser llegado. »

18. Era muy difícil, políticamente hablando, la situacion de Clemente VI. En España los excesos de Pedro el Cruel, rey de Castilla, la ambicion de Pedro el Ceremonioso, rey de Aragon, y las empresas de entrambos preparaban escenas desastrosas en la Península. Francia é Inglaterra, reconciliadas por algun tiempo por la prudencia del mediador, pero siempre enemigas por las rivalidades de los monarcas, principiaron á hostilizarse de nuevo. En Alemania, Luis de Baviera, obstinado en su rebeldía contra la Iglesia romana, y protector de un puñado de cismáticos, amenazaba segunda vez á la Italia. Nápoles, es verdad, estaba en paz bajo el prudente gobierno de su rey Roberto de Anjou; pero este monarca, envejecido antes de edad, estaba al borde del sepulcro, y se divisaban vislumbres de revoluciones entre los suyos. En medio de tanta complicacion se necesitaba un papa firme, activo, enérgico. Clemente VI se hallaba á la altura de su mision providencial : sola su mirada le hacia juzgar del estado de las cosas, y su política se puso en línea inmediatamente. Le era desde luego indispensable mantener entre la Francia é Inglaterra los tratados, cuya

recíproca violacion se reprochaban unos á otros. Dos cardenales fueron delegados uno á cada rey, cuyos ejércitos estaban acampados bajo los muros de Vannes. La influencia del soberano pontífice fué decisiva, de la cual resultó el tratado de Malestroit, de 19 de enero 1343. Solo indicaba una tregua de tres años, que ni aun fué observada; pero no podia esperarse mas de la animosidad de las partes beligerantes.

19. Por otra parte, dos cardenales, Aymeri de Chastellux y Curtil fueron á la Lombardía para restablecer en ella la autoridad pontifical. De esta mision pendian las medidas ulteriores que tenia proyectadas Clemente VI contra Luis de Baviera. Queria concluir con este príncipe cismático. « Es intolerable, » decia, el que desde treinta años Luis haya resistido á dos » papas y se prepare á insultar á un tercero. » Atemorizado de las hostiles disposiciones del papa, el rey de Germania se resignó á ceder, al menos en apariencia. La opinion de los pueblos, á pesar de los esfuerzos de las escuelas imperialistas, se habia pronunciado enérgicamente en favor del soberano pontífice; por otra parte, Luis se habia enajenado con sus vejaciones los ánimos, y el casamiento adúltero de su hijo con Margarita habia levantado á la Bohemia y Moravia; y se comenzaba á estar disgustados de obedecer á un emperador siempre en enemistad con la Santa Sede. Nada le costaba un acto de sumision á Luis de Baviera: hizo pues declarar al soberano pontífice que reconocia todas sus faltas, resignaba el imperio en sus manos y se obligaba á no volverlo á tomar sino por su órden. Cuando se recibieron en Aviñon estas humildes protestas, se creyó en fin estar á cabo de todo debate; pero solo habia en este paso un deseo de ganar tiempo hipócritamente. En setiembre de 1344, convocó Luis de Baviera una dieta general del imperio en Francfort. « Estamos prunto, dijo el príncipe á los caballeros » reunidos, á deponer nuestra corona imperial. Jamás se nos » eschará en cara sacrificar el interés público al nuestro per- » sonal. Sin embargo, si vuestra prudencia hallase exageradas » las condiciones del papa, no nos negamos á arrostrar por la » dignidad del imperio los peligros y padecimientos que nos

» aguardan. » Y remitió en seguida á los electores, como emanadas de la Santa Sede, las cláusulas que él mismo habia hecho someter al juicio pontificio. No hubo sino una voz en toda la asamblea para protestar contra la ambicion y violencia de Clemente VI. « Estos artículos, exclamaron los barones, fueran » la ruina del imperio : vuestro juramento no os obligaria en » tal caso, y aun fuera pecado cumplirlo. » Una embajada, compuesta de los mas eminentes personajes por su carácter y nobleza, quedó encargada de llevar á Aviñon las conclusiones de la dieta de Francfort. Clemente VI solo vió en esto un juego de la engañosa política de Luis de Baviera. Desde este dia no hubo ya mas negociaciones, y se resolvió la deposicion del monarca.

20. Solo embarazaba al soberano pontífice la eleccion de un candidato para el imperio. Clemente VI habia pensado desde luego en Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, y se lo propuso; pero anciano y ciego, este príncipe era solo un gran nombre inútil. Él mismo lo reconoció y ofreció en su lugar á su hijo Carlos de Luxemburgo, de treinta y seis años, y uno de los caballeros mas amables y literatos de la época. Felipe de Valois apoyó esta candidatura por vengarse de Luis, que se habia aliado contra la Inglaterra. En 1345 se presentaron Carlos de Luxemburgo, acompañado de su padre, en Aviñon, donde fué acogido con pompa y magnificencia dignas del puesto que le estaba reservado. El papa se aseguró de sus disposiciones y le hizo firmar la promesa, si era elegido emperador, de respetar los dominios eclesiásticos en Italia; de confirmar la Santa Sede en todos los derechos que le habian sido atorgados anteriormente; de prestar ayuda y socorro á la Iglesia romana contra las empresas de Luis de Baviera; de anular todos los actos de este príncipe y de no hacer revivir jamás las pretensiones de los Hohenstaufenes. Carlos lo juró, y, cosa rara entonces, cumplió su palabra. El 13 de abril de 1346, seguro Clemente VI de no dar golpe en vago, publicó una bula en que declaraba á Luis de Baviera privado de la dignidad imperial, absolvia á sus súbditos del juramento de fidelidad, y mandó á

los electores del imperio proceder sin demora á la eleccion de nuevo emperador, amenazándoles, en caso de rehusarse á ello, de hacer él mismo eleccion de sugeto digno. En consecuencia de ordenes tan perentorias, se juntaron en Reims los electores de Tréveris, Colonia, Sajonia y Bohemia, y eligieron, en 20 de julio de 1346, emperador á Carlos de Luxemburgo, que tomó el nombre de Carlos IV. Confirmó el papa la eleccion en consistorio público de 10 de noviembre siguiente. Carlos era nominal y legalmente emperador, mas era necesario conquistar la realidad del poder que estaba en manos de su adversario. La gravedad de la situacion despertó la actividad y energía de Luis. Seguido de un ejército, recorria las orillas del Rhin, asegurándose de la fidelidad de los pueblos. Carlos IV, no habiendo podido entrar ni en Aquisgran ni en Colonia, se vió reducido á hacerse coronar en Bonna, en presencia de un corto número de caballeros fieles á su causa. Los Alemanes, burlándose, le llamaban *Emperador de los clérigos*. Pero Dios se encargó de dar á conocer él mismo el elegido por su pontífice. El 11 de octubre de 1347, en medio de una gran cacería, Luis de Baviera cayó muerto de apoplejía fulminante. Este acontecimiento inesperado cambió la faz de las cosas : se disiparon todas las oposiciones, y Carlos VI reinó sin obstáculo en toda la Alemania, concluyéndose así la lucha entre el imperio y el sacerdocio.

21. No recibian tan pacífica solucion los negocios de Francia con Inglaterra. La funesta batalla de Crecy acababa de sumir en el dolor el reino de Francia. Clemente VI era francés y se resintió muy dolorosamente de tamaño desastre. Lo mas escogido de la nobleza francesa, Carlos de Alençon, hermano del rey Juan de Luxemburgo, heróico anciano que, á pesar de estar ciego, quiso ser llevado al campo de batalla para combatir aun con los Ingleses, y treinta mil hombres perecieron en esta infausta jornada. La Inglaterra debió la victoria al hijo de su rey, que apenas tenia diez y seis años, tan celebrado despues bajo el título de Príncipe Negro, y al uso de la artillería y de la pólvora, desconacida hasta entonces en el norte de la Europa.

El papa se apresuró á interponer su mediacion. Dos legados, los cardenales Aníbal de Ceccano y Estéban Aubert, lograron una tregua de nueve meses, desde el 28 de setiembre de 1347 al 24 de junio de 1348.

22. Nápoles, por otra parte, era teatro de acontecimientos lamentables. Roberto de Anjou habia muerto en 1342, dejando el trono á Juana, su hija primogénita, á quien habia casado con Andrés, hijo segundo del rey de Hungría. El carácter de esta princesa era una mezcla de gracias, frivolidades é intrigas. Su conducta y costumbres eran poco regulares, tanto que se murmuraba grandemente entre el público, hasta el punto de sublevarse, cuando el 20 de setiembre de 1345 se supo que el rey Audrés habia sido asesinado en el aposento mismo de la reina. Esta, en lugar de mandar encarcelar y formar causa á los matadores, les acogió bajo su proteccion. Luis de Hungría juró vengar la muerte de su hermano. Por otro lado, la precipitacion con que Juana se apresuró á dar su mano al príncipe de Tarento, su favorito, poco despues de la muerte de Andrés, habia llenado de indignacion la Europa. El rey de Hungría escribió, como precursora de una expedicion que ya estaba en marcha, una carta que dirigió á la culpable esposa, cuyo laconismo la ha hecho célebre. « Juana, le escribia, los desar» reglos de tu vida pasada, la impunidad de los reos, y tu » casamiento precipitado prueban harto que tú eres rea de la » muerte de tu primer esposo. » Pronto como el rayo, el rey de Hungría atraviesa los Alpes y toda Italia, penetra en los Estados napolitanos, antes que Juana y el príncipe de Tarento hayan tenido tiempo de juntar ejército. El 24 de enero de 1348, hizo su entrada en la capital, donde sus primeros actos fueron implacables y severos. Las ejecuciones de su venganza fraternal intimidaron á todos los habitantes. Juana y su esposo se habian hecho á la vela para Francia, y se presentaron en Aviñon para ponerse ellos y sus Estados bajo la proteccion del pontífice. Clemente VI, sin tocar el fondo de la cuestion, por de pronto aceptó su apelacion y avocó la causa á su tribunal. Partieron algunos legados para Nápoles, encargados de noti-

ficar al rey vencedor el auto pontifical; mas en el intervalo habian cambiado las cosas. Le fué mas fácil á Luis de Hungría conquistar que conservar. Los Napolitanos se cansaron pronto de una tétrica y despótica dominacion : la peste vino en su ayuda, y despues de cuatro meses de mando, se fué Luis de Nápoles. Casi al mismo tiempo entraban en el reino Juana y su esposo; pero su temible enemigo no queria paz con ellos todavía. En 1350 apareció de nuevo en Italia, y con su armada desembarcó en Manfredonia. No le costó mas la segunda conquista que la primera, y Juana se refugió á Gaeta. Felizmente para ella, el rey de Hungría veia que estas expediciones lejanas le arruinaban su tesoro sin compensacion ni resultado : oyó las proposiciones de acomodamiento que le mandó presentar Clemente VI por el cardenal Guido de Bolonia, y consintió en restituir á Juana sus Estados, con condicion de que se justificase jurídicamente del asesinato de su hermano Andrés, y que le pagase una indemnizacion de trescientos mil florines para cubrir sus gastos de guerra. La primera cláusula fué muy fácil de cumplir. Cuando el papa abrió el proceso, nadie se presentó á su tribunal para acusar á Juana, y como no habia ninguna pieza auténtica contra ella, se la declaró inocente. Pero el artículo de los trescientos mil florines era inejecutable para una reina cuyos tesoros estaban agotados. Se creyó iban á comenzar de nuevo las hostilidades, cuando los plenipotenciarios húngaros declararon que su amo no habia hecho la guerra para amontonar dinero, sino para vengar la muerte de su hermano, y que perdonaba á Juana la suma exigida primitivamente. Fué acogida esta magnánima declaracion con espontáneas aclamaciones por el consistorio, y la paz definitiva, firmada por los embajadores, fué ratificada por el papa el 14 de enero de 1352.

23. Roma habia visto entretanto salir de los tumultos populares uno de esos famosos aventureros que llenan al mundo de espanto, sacan de tino á la historia, brillan por un momento como héroes, y despues de una caida tan rápida como su elevacion, vuelven á sumirse en la oscuridad de que salieron.

Nicolás de Rienzi, nacido de muy baja esfera, era uno de esos caractéres atrevidos para quienes toda revolucion es un pedestal. Habia angustiado su ánimo el espectáculo de anarquía de que habia sido testigo en sus primeros años, y hubiera querido volver á su patria el esplendor de sus gloriosas épocas pasadas. Con este objeto hizo modo de ser delegado por sus conciudadanos para una segunda embajada á Clemente VI. No dejó piedra por mover para decidir á la corte pontifical á que regresase á Italia. Pero aun no era llegado el tiempo. El soberano pontífice, protector ilustrado de todo mérito, admiró la elocuencia, elevacion de miras y superioridad de ingenio del jóven negociador. Despidio á Rienzi, cargado de ricos presentes, y le nombró notario de la cámara apostólica en Roma, dignidad muy lucrativa. Pero este beneficio fué en manos del tribuno una arma contra su bienhechor. El 20 de marzo de 1347, Rienzi subió al Capitolio, se hizo dar el título de *Libertador de Roma y de la Italia*, proclamó una constitucion que ponia en sus manos la dictadura, y anunció el proyecto de reconstituir bajo el plan de Augusto un nuevo imperio romano. Varios correos iban al mismo tiempo á Aviñon para solicitar del papa la confirmacion de este inaudito poder. Corria entretanto la fama de Rienzi por toda Europa : se le miraba como un hombre extraordinario; su nombre era conocido de todos, y los poetas, Petrarca al frente, compusieron en su honor estrofas que muy pronto fueron populares. Clemente VI era sobrado hábil para resistir abiertamente á un entusiasmo sobrado violento para ser duradero; dió una respuesta evasiva, reconoció la constitucion en cuanto no se separase en la práctica de los derechos de la justicia; le censuraba empero el modo irregular y revolucionario con que se habia dado á luz, y se reservaba el derecho de pronunciar, si lo juzgaba á propósito, una sentencia definitiva. Pero el tiempo se encargó de darla antes que el papa. El carácter de Rienzi no estaba á la altura de su fortuna, y se trastornó su cabeza así que se vió en la cima del poder. Su orgullo, que degeneraba en locura, su dominacion, que degeneraba en crueldad, enemistaron muy pronto contra él hasta sus mas

celosos partidarios. Un motin le elevó y otro motin le echó abajo. Se vió precisado á huir y se refugió á la Alemania, disfrazado de lego franciscano : el legado de la Santa Sede pronunció contra él y sus adictos sentencia de excomunion : y la autoridad fué puesta en manos del vicario pontifical y de los senadores, año 1348. Pocos dias bastaron para borrar las huellas de la administracion tribunicia.

24. En tanto que el soberano pontífice hacia los mas generosos esfuerzos para apagar el fuego belicoso que asolaba á Francia, Inglaterra, España, Italia y Alemania, el Oriente vomitó sobre Europa el azote mas terrible. Un contagio, llamado la *peste negra*, salido de las provincias setentrionales de la China, llamada entonces Cathay, fué importado en bajeles italianos de Pisa y Génova. Se extendió con espantosa rapidez por Italia, Francia, Alemania é Inglaterra, y casi los dos tercios de la poblacion de entonces sucumbieron en Europa á sus ataques. Como la peste tenia alguna analogía con el veneno, se atribuyó tan espantosa mortadad á la corrupcion del aire y del agua, y se acusó á los Judíos de ser causa de ella por sus maleficios y emponzoñamientos. Algunos Judíos, vencidos del dolor en los tormentos, por librarse de ellos confesaron este crímen; y habiéndose hallado realmente veneno en un pozo, estas sospechas tomaron muy pronto carácter de hecho notorio. Comenzó pues desde entonces una matanza general de todos los Israelitas en la Suiza, Alemania, Alsacia y orillas del Rhin. Clemente VI era sobrado ilustrado para dar crédito á estas acusaciones, y padecia infinito su corazon paternal de ver las consecuencias de tal extravío, é interpuso en su favor su autoridad pontifical. Por bula del 4 de julio de 1348, prohibió acusar á los Judíos de crímenes imaginarios, amenazar su vida ni tocar sus bienes antes de sentencia judicial. Mas no habiendo producido efecto esta medida, público otra bula, el 26 de setiembre, en que despues de probar la inocencia de los Judíos, en este lance, mandó á todos los obispos publicasen pena de excomunion contra los que los atacasen. — Se mostró Clemente VI celosísimo durante la peste. A pesar de

los estragos del contagio en Aviñon, lejos de abandonar la ciudad, organizó un servicio de médicos, medicinas, curanderos y socorros para los pestiferados, así como para el decente entierro de los difuntos; al propio tiempo que dictaba leyes y precauciones de policía para que no se extendiese la epidemia. Revistió á todos los metropolitanos de amplias facultades para conceder indulgencias á los fieles que muriesen de peste, así como á todos los sacerdotes y fieles de ambos sexos que socorriesen á los enfermos. Consolados los enfermos, morian con mayor resignacion unos, y otros cobraban ánimo para vencer los ataques contagiosos. El sentimiento de la justicia divina, que visiblemente aparecia en este azote, despertó en las poblaciones una devocion fanática de que ya habia dado ejemplos el siglo anterior. Reaparecieron en Flandes, la Lorena, Hungría y toda la Alemania les *Flagelantes;* y muy pronto dieron qué hacer á los gobiernos por su pillaje, crueldades y borracheras, y á la Iglesia por muchos errores contra la fe. Felipe de Valois les prohibió la entrada en Francia, y Clemente VI los condenó de nuevo en su bula del 20 de octubre de 1349, mandando á los obispos y príncipes detuviesen los progresos de tal supersticion, impidiesen sus asambleas y aun que encarcelasen á los jefes (años 1348 á 1350).

25. El Jubileo secular se abrió en el momento en que la peste iba cediendo. Este favor spiritual fué como el arco iris despues del diluvio, señal de reconciliacion entre el cielo y la tierra, y manantial de consuelos para los que habian escapado de esta terrible prueba. Los fieles esperaban con santa ansia la llegada del año santo, y el número de peregrinos que fué á Roma se contó como gran fenómeno por los historiadores. Desde Navidad, época de la abertura del Jubileo, hasta el 28 de marzo, dia de Pascua en este año, hubo muchas veces á un tiempo hasta un million y doscientos mil peregrinos, y nunca menos de un million. Como la peste habia sido tan terrible y general, no hubo acontecimientos públicos de otro género, y todo parecia muerto. La Italia fué la primera en dar señales de nueva actividad y vida política. Pero desgraciadamente este desperta-

miento fué señalado por una reaccion mas formidable que nunca contra la autoridad pontifical. En Bolonia, los Pépolis; en Faenza, los Manfredis; los Polentas en Ravena; los Oderlaffis en Forli; los Malatestas en Rímini, y la familia de Este en Ferrara, crearon en su provecho otros tantcs Estados. En Milan, el duque arzobispo Juan Visconti se apoderó de una parte de la Romaña en perjuicio de la Santa Sede. El papa le citó en 1351 á su tribunal. El arzobispo nada respondió por de pronto, pero convidó al legado á que se hallase al dia siguiente por la mañana en la catedral. Allí, en presencia de todo el pueblo se hizo repetir las intimaciones pontificales: luego, tomando con una mano el báculo, con otra la espada, y volviéndose hácia el nuncio, dijo: «Id á decir al papa, Monseñor, » que con la una sabré defender la otra.» Clemente VI respondió á este insulto poniendo entredicho á Milan. Visconti recurrió al papa con negociaciones: se le perdonó mediante una multa de cien mil florines á la cámara apostólica. Fué el último acto de Clemente VI, que murió el 6 de diciembre de 1352, dos años despues de Felipe de Valois, muerto en 1350, y cuyo hijo, Juan II, llamado el Bueno, inauguró un reinado que habia de ser tan fatal á la Francia.

§ IV. PONTIFICADO DE INOCENCIO VI (18 de diciembre de 1352-12 de setiembre de 1362).

26. Un hecho, hasta entonces sin ejemplar, se verificó en el conclave. Redactaron los cardenales reunidos un cuasi-compromiso que firmaron y juraron ejecutar. Segun esta acta, el papa futuro no habia de poder nombrar nuevos cardenales sin consentimiento del sacro colegio; como igualmente era necesario aquel para nombramientos y destituciones de los altos funcionarios, y en fin para dar el gobierno de las provincias ó ciudades de los Estados pontificios. Si hubiera subsistido tal compromiso, hubiera sido una fantasma el papa; y habria reinado de hecho el sacro colegio. El cardenal de Ostia, Estéban Aubert, nacido en la aldea de Beyssac, en el Limosin, fué elegido el 18 de diciembre de 1352, y tomó el nombre de Inocen-

cio VI. Su primer cuidado fué abrogar el compromiso hecho por los cardenales (1), y revocar la constitucion de su antecesor tocante las reservas y expectativas. Declamó contra la pluralidad de beneficios, é intimó á cada titular, so pena de excomunion, guardar su residencia; lo cual purgó la corte romana de una turba de inútiles cortesanos, verdaderos trujamanes. La magnificencia de Clemente VI fué reemplazada por un gobierno economicó y rígido, y por un celo ilustrado por las reformas. Mandó no se confiriesen las sagradas órdenes ni los beneficios sino á los beneméritos. « Las dignidades eclesiásticas, decia » Inocencio VI, han de ser premio de la virtud, no del naci» miento. » Y así se ven sucederse en el trono pontifical hombres que, perteneciendo á géneros diversos, reunen en grado eminente cualidades distintas. La Providencia, que vela por la Iglesia, escoge para cada época los caractéres mas oportunos; la unidad en la doctrina, y el depósito de la fe se van perpetuando con la misma integridad á pesar de la divergencia de administraciones.

27. Se hallaba á la sazon Europa en una de las mas complicadas situaciones, y el nuevo papa estaba llamado á resolver multitud de cuestiones importantes y difíciles. En el Norte, la Francia é Inglaterra habian roto su tregua, y á pesar de los esfuerzos del cardenal Guido de Bolonia, se preparaban á una lucha mas desastrosa que las dos anteriores. En el mediodía, la Italia presentaba tantos campos de batalla como ciudades, y la Santa Sede solo tenia una autoridad nominal. La Castilla era siempre teatro de las violencias de Pedro el Cruel. Solo la Alemania gozaba de paz bajo el cetro de su emperador Carlos IV: triunfaba la política de Clemente VI.

28. Carlos IV habia cumplido fielmente sus promesas anulando los actos y decretos de Luis de Baviera, contrarios á los derechos de los papas. En 1355, vino este príncipe para recibir la corona imperial: su viaje fué un triunfo. Cardenales

(1) Inocencio VI antes de su eleccion habia firmado esta acta con la restriccion siguiente: « En cuanto esté conforme á derecho. »

delegados por el papa hicieron la ceremonia de la consagracion imperial, concluida la cual se salió inmediatamente Carlos IV de la Ciudad eterna. Inocencio VI habia concebido el proyecto de restablecer en Italia el poder pontifical: pero era negocio de nada menos que una conquista, y el papa se decidió á ello con firme resolucion. Con este objeto habia hecho las mayores economías en todos los ramos, y logró tener en reserva sumas destinadas á tan loable objeto. Mas para salir bien en tal empresa, era necesario ponerla en manos de un hombre que reuniese en su persona genio político y valor militar. Por dicha este hombre se hallaba entre las filas del sacro colegio. El cardenal Gil de Albornoz (1) habia sido consejero de Estado, y alférez mayor de Alonso el Onceno, rey de Castilla. Habia contribuido en gran manera á la famosa victoria [del Salado] junto á Tarifa, y el monarca castellano le armó de caballero, despues de aquella, por sus propias manos. Elevado despues [á la dignidad del sacerdocio y luego] al arzobispado de Toledo, continuó sirviendo á su patria hasta el advenimiento de Don Pedro el Cruel. Las generosas amonestaciones que hizo cristiana y valerosamente al tirano, le atrajeron sus venganzas: para sustraerse, se refugió á Aviñon; y como su fama era universal, Clemente VI le creó cardenal. Entonces renunció á su arzobispado de Toledo, y se agregó exclusivamente á la corte pontifical. Tal era el jefe á quien confió Inocencio VI el ejército que habia de pasar á Italia. Con nuestras actuales costumbres no nos es posible concebir un cardenal guerrero. La separacion de los poderes, por un sistema de reaccion extrema contra la edad media, es tal en nuestros dias, que un clérigo, aunque fuese un grande hombre, no podria servir útilmente á su país con su ingenio ni aun con sus consejos. Cada siglo ve de distinta manera. No se pensaba en el catorceno como en el décimonono: hé aquí porqué hubo un Cisneros en España, y un Amboise, y un Richelieu en Francia: y por cierto que sus

(1) Natural de Cuenca, en Castilla la Nueva, cuya familia subsiste hoy dia; y es de las mas ilustres y constantes en los sacros principios de religion y política. Tenemos la honra de contarlo entre nuestros paisanos. (El Traductor.)

nombres no han desdorado á la historia. Albornoz era de la alcurnia de esos grandes hombres. Durante quince años desplegó, en el suelo de Italia, la profundidad de sus designios con la rapidez de ejecucion; las estratagemas mas desconocidas en el arte militar, con las combinaciones mas sabias de política; cuanto pueda discurir el ingenio en situaciones difíciles; cuantos medios inventa la habilidad para aprovecharse de las ocasiones que ofrece el azar venturoso, y en fin la intrepidez del héroe unida á la invicta constancia del cuerdo : hé aquí lo que se vió en el ilustre. cardenal. Cuando hubo acabado esta inmortal mision, el pontificado volvió á recobrar en Italia sus Estados perdidos despues de medio siglo, y al cardenal Gil de Albornoz debe la humanidad el gran beneficio del restablecimiento de los papas en Roma. Esta ciudad soñaba siempre quimeras de su gloria pagana; y el nombre de Rienzi era muy popular. Albornoz pensó que era mejor dejar consumirse por sí mismas á las preocupaciones, cediéndoles algo que las satisfazga, que no resistirles abiertamente : volvió á llamar al tribuno desde el fondo de la Alemania, le hizo levantar la excomunion y le devolvió á los Romanos. La noticia de su llegada despertó el entusiasmo popular pasado. La turba, loca de gozo, se agolpaba á su paso; se diria un Escipion Africano que subia al Capitolio. Si Rienzi hubiera tenido moderacion en el poder, hubiera gobernado largo tiempo; pero la grandeza era para él como una bebida licorosa que embriagaba su razon. Sus prodigalidades, su orgullo, sus bacanales, que solo interrumpia para cometer actos de bárbara crueldad, tardaron poco en levantar contra él el furor popular. Apenas habia trascurrido un año de su restauracion cuando resonaron por todas partes los gritos desaforados de : *¡ Muera el tirano, viva el pueblo !* El palacio del Capitolio fué embestido por una turba de furiosos. El tribuno aparece al balcon y hace señal de silencio; pero redoblan los gritos y desafueros; se pone fuego al palacio; Rienzi es degollado, y el populacho, siempre dispuesto á ultrajar lo que adoró en la víspera, insulta á su cadáver, arrastrándolo, mutilándolo, y arrojándolo el resto á las llamas, en 1354. No

juzgó empero Albornoz oportuno todavía el tomar posesion de Roma. Es muy raro que á los delirantes excesos de la anarquía se sigan, sin interrupcion y como de repente, el órden, la paz durable. Dejó pues que los Romanos se creasen una nueva dictadura, aun mas vergonzosa que las anteriores, á favor del zapatero Lelio Calzolayo. Los Romanos no sabian cómo envilecerse mas y mas. Entretanto el cardenal iba destruyendo sucesivamente á todos los tiranzuelos de la Marcha de Ancona y de la Romaña; arrojó de Bolonia á los Viscontis, y despues de numerosas victorias hizo tratados de sumision y de paz con los Malatestas, Ordelaffis, Manfredis, Polentas; y en 1361 concluyó la sumision entera de los Estados de la Iglesia por el glorioso hecho de armas de san Ruffello.

29. Si el poder temporal del pontificado triunfaba en Italia, su influencia moral no lograba igual éxito en las demás partes. En España y Francia era menospreciada la autoridad de Inocencio VI. Pedro el Cruel, despues de haber abandonado á su legítima esposa Blanca de Borbon, princesa acabada en virtudes y gracias, se unió ilícitamente con María Padilla, y luego con Juana de Castro. Blanca de Borbon fué custodiada en el alcázar de Sigüenza, y su obispo fué encarcelado por haberla defendido. A esta noticia, Inocencio VI notificó sentencia de excomunion á Pedro el Cruel, á Juana de Castro y á María Padilla, así como á los obispos de Ávila y Salamanca, que habian bendecido su union adúltera con el rey. Al mismo tiempo se puso entredicho en los reinos de Castilla, y el lenguaje del soberano pontífice en esta ocasion fué digno del vindicador de la religion y de la moral ultrajadas. « El » universo entero, decia al rey, conoce vuestros desórde- » nes, y no es secreto el escándalo de vuestra conducta. » ¡ Dios os habia establecido para corregir los extravíos de » los pueblos, y vos sois quien los descarria! ¡ O crímen! ó » infamia! ¡ La espada que el Omnipotente ha puesto en vues- » tras manos para castigar á los malos y defender á los bue- » nos, la desenvainais para herir á una mujer inocente! » Pedro el Cruel respondió al soberano pontífice con hacer

morir á la desgraciada Blanca de Borbon en un calabozo [1].

30. La Francia habia caido por otra parte á tal estado, que pudo temerse su ruina. Volvióse á encender la guerra con gran furia entre Juan el Bueno y Eduardo III. Al frente de ochenta mil hombres, habia logrado el monarca francés cercar en un monte cerca de Poitiers diez y seis mil Ingleses, mandados por Eduardo en persona y por su hijo, el príncipe de Gales. El cardenal de Talleyrand, legado del papa, se presentó en medio de las potencias beligerantes, y logró que se tratase de paz. Los Ingleses, que se creian perdidos sin remedio, ofrecieron devolver todas sus conquistas. Talleyrand suplicó á Juan II economizase sangre cristiana y aceptase ofrecimientos tan ventajosos. Juan II se mostró inflexible. Jamás se emprendió batalla con tanta presuncion, ni se perdió con mas ignominia. Los Ingleses, como no esperaban sino la muerte, se batieron como leones, y una victoria inesperada coronó sus desesperados esfuerzos. Quedaron tendidos en el campo de batalla diez mil caballeros, lo mas florido de la nobleza francesa. El rey, su hijo, y gran número de señores, quedaron prisioneros en esta fatal jornada del año 1356. Toda Francia quedó dolorida y en luto. Inocencio VI, que no habia podido impedir desastre tan inmenso, se apresuró en repararlo, y se estipuló una tregua por dos años, en Metz, año 1357, entre el príncipe de Gales y el delfin Carlos, que habia tomado las riendas del gobierno despues del cautiverio de su padre. Espirada la tregua, Eduardo III volvió á comenzar la guerra contra un reino sin armas ni ejército, asolado por las pérfidas incursiones de Carlos el Malo, rey de Navarra, y trastornado por facciones que se disputaban encarnizadamente el mando. Solo Inocencio III podia salvar á la Francia, y la salvó. Andróino de la Roca, abad de Cluny, fué

(1) Don Pedro el Cruel hizo morir en efecto á su legítima esposa doña Blanca y á doña Isabel de Lara, en Medinasidonia, el año 1361; mas no fué como para responder al papa ni insultarle, sino por su brutal instinto de hacer matar á cuantos podian servirle de estorbo. Por lo demás, como la historia de este rey ha sido escrita por Pedro Ayala, su enemigo capital y partidario de Enrique de Trastamara, que le sucedió en el reino, está visiblemente llena de exageraciones. (El Traductor.)

el encargado por el papa de negociar la paz, cuyo tratado definitivo se firmó en Bretigny, cerca de Chartres, el 18 de mayo de 1360. Esta paz reducia la Francia á algunas provincias y daba á la Inglaterra una prodigiosa preponderancia; pero ponia en libertad á Juan II. Se miró entonces la paz de Bretigny como obra maestra política. Y aun hoy dia podria creerse tal al considerar la imperiosa necesidad que se tenia de un rey y las dificultades que se presentaban para libertarlo de otro modo; así como la alegría que inspiró á ambos partidos, y el agradecimiento de ambas partes, pues que Ingleses y Franceses suplicaron á la vez al papa honrase con el capelo de cardenal al abad Andróino, como recompensa de su hábil negociacion.

31. El pontificado vigilaba por las necesidades generales del mundo católico. La Italia en armas no le suministraba subsidio alguno; Francia é Inglaterra, consumidas por la guerra, ni aun enviaban sus diezmos; solo la Alemania podia suministrar fondos para tantas atenciones. Para colmo de la desgracia Carlos IV, que hasta entonces se habia mostrado celoso por los intereses de la Santa Sede, se negó á dejar percibir en sus Estados las rentas pontificales; pero muy pronto se disipó en Aviñon la inquietud que habia causado esta noticia. Porque Carlos IV, seducido un momento por pérfidos consejeros, hizo justicia á las observaciones benévolas de Inocencio VI, dejando continuar la percepcion de dichas rentas. Otro asunto llamó entonces la atencion del soberano pontífice. El emperador Juan Paleólogo acababa de ver caer en manos de Amurat I la ciudad de Adrinópolis, llave de la Grecia, y baluarte del imperio griego. Reducido á algunas provincias separadas unas de otras, no podia defenderse mas el Oriente, y se agitaba entre las convulsiones de la agonía. Paléologo instaba mas que nunca pidiendo socorros al jefe de la cristiandad; y para lograrlo mas eficazmente, prometia la reunion de ambas Iglesias, tantas veces intentada y malograda por la mala fe de los Griegos. Se hallaba entonces en Aviñon un hombre cuya actividad é ingenio prometian para el Oriente un éxito tan glorioso como el de Albornoz en Italia. Era aquel el bienaventu-

rado Pedro Tomás, apóstol, diplomático, guerrero lleno de bravura, tan superior en una sala de consejo como en el campo de batalla. Numerosas misiones le habian familiarizado con las costumbres y necesidades de las poblaciones orientales. Inocencio VI le nombró su legado *à latere,* y le encargó la organizacion de una cruzada. Al frente de una armada compuesta de galeras venecianas, y de Rodas, visitó Tomás á Esmirna y otras ciudades marítimas del Asia, reanimó el valor de los cristianos y su esperanza, y llegó en fin á Constantinopla, donde fué recibido con el mayor júbilo. Fué depuesto el patriarca cismático, y el emperador prestó en manos del legado juramento de fidelidad á la Santa Sede. Tomás puso sitio á Lampsaco, y la asaltó escalando sus muros á vista de una armada turca que no podia defenderla. Las islas de Creta y de Chipre abjuraron el cisma, reconociendo el primado de Roma. Despues de sucesos tan brillantes, regresó á Europa Tomás para llevarse nuevos refuerzos; pero no encontró ya vivo á Inocencio VI, que murió, anciano y achacoso, el 22 de setiembre de 1362, á los diez años de su pontificado.

§ V. PONTIFICADO DE URBANO V (27 de setiembre de 1362-10 de diciembre de 1370).

32. Veintiun cardenales entraron en conclave, y por la tarde, dos terceras partes de votos recayeron en el cardenal Hugo Rogerio, hermano de Clemente VI. Por una rara humildad, este prelado, que solo pensaba en su propia santificacion y la de los demás, se negó irresistiblemente á la tiara. Los sufragios recayeron despues en el cardenal Raimundo de Canillas, pero sin mayoría suficiente. Para dar un corte á toda cabala, se convino en elegir papa fuera del sacro colegio, y el 27 de setiembre de 1362 fué elegido el abad de San Víctor de Marsella, Guillermo Grimoard. Hallábase entonces en Florencia é iba á Nápoles con mision de Inocencio VI; y desde allí dirigió su carta al conclave aceptando la tiara y tomando el nombre de Urbano V. Nacido en la quinta de Grisac, cerca de Mende, el nuevo pontífice, aunque francés, era muy simpático á

Roma. Mucho antes de su eleccion ya habia dado á conocer su opinion; y consideraba la traslacion de la Santa Sede á Aviñon como medida puramente temporal, y que interesaba sobremanera á la Iglesia verla acabar pronto. Papa, pudo realizar su proyecto, y á él le debe el pontificado esta gloriosa iniciativa.

33. Su primer cuidado fué proseguir la expedicion á Oriente, principiada por su antecesor y tan gloriosamente inaugurada por el beato Pedro Tomás. Este recorria la Europa acompañado de Pedro de Lusignan, rey de Chipre, y por do quiera excitaban entusiasmo y recibian promesas favorables. Juan II, rey de Francia, Waldemaro III, rey de Dinamarca, Bernabé Visconti, el orgulloso duque de Milan, que habia sucedido á su tio en el gobierno de esta ciudad, tomaron la cruz. Correspondió á este generoso proceder de los príncipes un armamento prodigioso. Pero antes de ir á batirse con los Musulmanes, Juan II se acordó de que tenia obligaciones que llenar para con sus vencedores los Ingleses. No habiendo podido observar todos los artículos del tratado de Bretigny, volvió á constituirse él mismo prisionero en Londres, pronunciando esta magnífica expresion que vale mil victorias: « Si fuese desterrada de la tierra la buena fe, deberia hallar asilo en el corazon de los reyes. » Era esta conducta la de un héroe, y para ponerse á la altura de semejante proceder, solo le quedaba á Eduardo III un medio: y era el de romper él mismo los grillos que venian á pedírsele. Mas no lo comprendió; y Juan II, prisionero de su palabra, murió en la torre de Londres, en 1365. Le sucedió Carlos V, el Sabio; pero la cruzada no tenia ya cabeza. El rey de Chipre y Pedro Tomás no pudieron reunir sino 500 caballos y 600 infantes para una empresa que pedia todas las fuerzas del Occidente. Con este débil socorro se unieron al ejército de los caballeros de Rodas, fuerte de diez mil hombres; y el 4 de octubre de 1365, este puñado de valientes entró triunfante en Alejandría, defendida por cincuenta mil Sarracenos al mando del mismo sultan de Egipto. Si hubieran sido socorridos los vencedores, se hubiera vuelto á ver quizás un segundo imperio latino en Jerusalen; pero la

inferioridad del número no permitia ni aun guardar las conquistas debidas á su brillante atrevimiento. Cuatro dias despues de su entrada en Egipto, se reembarcaron para Chipre. Nada estaba aun perdido mientras vivia Pedro Tamás, alma de estas empresas ; pero consumido por tantos trabajos y mas aun por el dolor de no baber podido libertar al santo sepulcro del Salvador de la tiranía de los infieles, murió el dia de la Epifanía de 1366. Su vida habia sido la de un apóstol y un héroe : su muerte, la de un bienaventurado. La eminencia de sus virtudes, los prodigios que le glorificaron despues de su muerte y el juicio de la Iglesia le han dado su merecido título.

34. Otra cruzada preocupaba á Urbano V entonces. Desde su exaltacion á la silla de san Pedro habia renovado la excomunion fulminada contra Pedro el Cruel, añadiendo la sentencia de deposicion é infeudando el reino de Castilla á su hermano natural, Enrique de Trastamara (1). Desde veinte años hacia, la Italia y la Francia se hallaban maltratadas por unas hordas de bandoleros, que saqueaban las ciudades y aldeas, bajo nombres diversos de *Compañías blancas*, de *Jaqueria*, de *Camineros*, de *Tardíos*. En vano habia intentado Urbano V disciplinar estas bandas y enviarlas al Oriente : la sola idea de combatir á los Turcos, *que les hacian morir de mala muerte*, les espantaba. Sin embargo, se consiguió el que pasasen los Pirineos, dándoles por jefe Bertran Duguesclin, y dándoles doscientas mil libras de oro, que suministró la cámara apostólica. No pudo luchar Pedro el Cruel contra esta terrible invasion, y se vió obligado á abandonar á su hermano la corona con la vida, que su hermano le quitó con su propia mano, en 1369.

35. Urbano V entretanto gobernaba con útiles y sabias reformas. El mérito que se creia mas sepultado en el olvido, se admiraba de haber sido hallado por el atento pontífice y

(1) Es muy extraño que ningun historiador español, ni aun el mismo Ayala, enemigo personal de don Pedro el Cruel, haya hecho mencion ni de deposicion ó privacion de la corona por el papa, ni de infeudacion á favor de Enrique. Este venció porque todo el reino estaba contra un rey malvado, loco y tirano, y se decidieron por su hermano, cuyas desgracias y cualidades le habian granjeado las simpatías de todos los buenos. (El Traductor.)

puesto de improviso en el candelero. Urbano V habia encargado en cada provincia á cierto número de personas prudentes y sérias que recogiesen noticias individuales de las personas para iluminarle en sus elecciones, y que de todo le pasasen fiel relato. De este modo adquirió en poco tiempo un conocimiento claro y seguro de la capacidad, costumbres, ciencia y piedad de casi todos los clérigos. Enviaba en seguida visitadores que sin acepcion de personas recompensasen el mérito, castigasen á los malos y depusiesen á los indignos. El cardenal de Talleyrand (1) con sola una expresion hizo el mayor elogio de este pontificado. Preguntándole un dia qué pensaba de Urbano V: « Pienso, decia, que tenemos un papa. El deber nos » obligaba á honrar á los otros; pero tememos y amamos á » este, porque es poderoso en obras y en palabras. » El soberano pontífice pensaba en efectuar la traslacion de la Santa Sede. En 1365, el emperador Carlos IV fué á Aviñon para conferenciar con él sobre este asunto. El alejamiento de Roma habia minorado en cierto punto al pontificabo; pero este no habia sido causa de aquel, sino que fué resultado natural de las facciones que destrozaban la Italia. No es verdad, como afirman escritores superficiales, que los papas del siglo XIV hayan hecho tratados con el trono de Francia para residir en este lado de los Alpes; y lo prueba el que jamás alegaron tratado alguno los reyes para representar al pontífice que permaneciera en Aviñon. Los papas han permanecido en Francia cuando lo han querido, y se han vuelto á Italia cuando han querido, á pesar de las instancias de los reyes. Sin embargo, su residencia en Aviñon era una situacion irregular, porque bajo el respecto temporal ningun punto puede reemplazar á Roma como silla del poder pontifical. Desde la traslacion á Aviñon, casi todo sacro el colegio estaba compuesto de franceses, y todo era francés en la corte pontifical. Era sin duda honroso para la Francia; pero ese carácter exclusivo

(1) Por la habilidad y astucia de su política desembarazada, este cardenal ejercia desde hacia medio siglo una influencia preponderante en Aviñon. Se dijo de él que habia hecho papas, y no habia querido serlo.

daba á la corte del papa un viso de nacionalidad que contrastaba con las tradiciones y deberes de universalidad del romano pontífice. Los pueblos extranjeros hallaban en esto motivos de envidia y desconfianza. « Roma, habia dicho » Juan XXII, será siempre la capital del mundo, de buena ó » mala gana. » Urbano V sintió vivamente esta necesidad, y en 1366 notificó al sacro colegio y á todos los príncipes cristianos su intencion de volver á Roma en el año siguiente. El cardenal Albornoz, cuya política hizo triunfar esta resolucion, pues que su realizacion era debida á sus victorias, recibió órden de preparar el palacio de Viterbo y el del Vaticano para recibir al papa. Carlos V, rey de Francia, se apresuró á enviar al pontífice, en calidad de embajador, á Nicolás Oresme, personaje que gozaba en París de una alta reputacion de ciencia y elocuencia, para que retrajese á Urbano V de su traslacion, representándole la anarquía en que estaba sumida toda Italia, y especialmente Roma, y las ventajas de su permanencia en Francia, su patria. A pesar de toda su elocuencia, el papa Urbano le respondió : « No solamente no me disuades de la » traslacion, sino que todos tus argumentos me la hacen ace- » lerar. » Petrarca fué mejor oido cuando decia al papa : « Estais dando obispos á las demás iglesias; ¿porque no resti- » tituís el suyo á Roma? » Como hubiese fuerte oposicion de parte de los cardenales, que estaban contra la traslacion á Roma, Urbano V les amenazó con deponerlos de su dignidad, y poner en su lugar italianos. Fué pues necesario obedecer.

36. El 30 de abril de 1367, la corte pontificia salió de Aviñon y se embarcó en Marsella en una flota de veintitres bajeles que le aguardaban. Llegó al puerto de Cormeto el 3 de junio, y al desembarcar Urbano V fué recibido por el cardenal Albornoz é innumerable concurso de señores y prelados de los Estados de la Iglesía. Una diputacion de Roma vino á depositar en sus manos la soberanía de Roma, entregándole las llaves del castillo San Ángelo. Inmediatamente partió para Viterbo , donde recibió los embajadores de las diversas potencias cristianas. El emperador, la reina de Nápoles, el rey de Hungría

y la repúblíca de Toscana quisieron rivalizarse en celo y magnificencia. Por lo demás, estos homenajes eran sínceros. El patriarca de Constantinopla, acompañado de bastante número de caballeros y grandes señores orientales, vino á aumentar este concurso ; y participó la síncera conversion del emperador griego á la unidad católica, así como de su próxima llegada á la corte pontifical. El júbilo universal solo fué interrumpido por la muerte del gran cardenal Albornoz, en 24 de agosto de 1367. Tres meses despues hizo Urbano V su entrada triunfal en Roma, donde desde hacia sesenta años ningun papa habia puesto los piés. Todo era júbilo y alegría ; el acompañamiento pontifical atravesó lentamente por la ciudad en medio de un inmenso gentío, y Urbano V fué desde luego á la iglesia de San Pedro, donde oró en el sepulcro de los Apóstoles, y despues tomó posesion del Vaticano.

37. En el año siguiente Roma vió un espectáculo no menos solemne. Carlos IV quiso recibir de manos del papa la corona imperial en la iglesia de San Pedro. Juan Paleólogo vino á renovar en presencia del soberano pontífice su juramento de fidelidad á la Iglesia romana. Urbano V le recibió en las gradas de San Pedro ; el emperador griego hizo tres genuflexiones delante del papa y se postró para besarle los piés. El pontífice le levantó, le abrazó con ternura, le tomó por la mano, y así le introdujo en la basílica al canto del *Te Deum*. Paleólogo esperaba alcanzar del Occidente socorros contra los Turcos : Urbano V hizo los mayores esfuerzos para organizar una nueva cruzada en Europa ; pero ya pasó el tiempo de semejantes expediciones. Carlos V, en Francia, solo pensaba en reponer su reino, tan mal parado desde el humillante tratado de Bretigny. Eduardo III necesitaba todas sus fuerzas para conservar sus conquistas. Carlos IV, en Alemania, era ya sobrado anciano para exponerse á los azares de una lejana guerra. Por otra parte, este príncipe no habia nacido para la guerra ; y le preocupaba exclusivamente la administracion civil y religiosa de sus Estados. Hasta el mismo Urbano V no gozó largo tiempo de la calma que se prometia en Roma.

38. El carácter faccioso y turbulento de los Italianos no tardó en despertarse. Comenzaron á sucederse de nuevo en las ciudades de los Estados pontificios las sediciones y motines, tanto que le pesó muy pronto al papa haber dejado la pacífica morada de Aviñon. Los cardenales se aprovecharon de este descontento de Urbano V para suplicarle regresase á Francia. El papa, despues de mucho vacilar, se decidió en fin á ello. Esta noticia afligió en extremo á los buenos católicos. Habia entonces en Roma una ilustre Sueca, cuyas virtudes ha coronado la Iglesia bajo el nombre de santa Brígida. Educada en el austero clima de la Escandinavia, tenia hasta en su misma piedad algo áspero como el cielo de su patria. La mencion sola de sus penitencias haria espantar, y se creerian imposibles si no se supiera que el amor divino eleva la naturaleza sobre sí misma. Por lo demás, santa Brígida, tan austera consigo, solo manifestaba, en sus relaciones con el mundo, suavidad, modestia y caridad. Desde la cuna se desarrolló en ella la piedad: á los siete años ya comenzaba el Señor á honrarla con sus comunicaciones; y sus favores divinos fueron en aumento con la edad. En una de sus visiones recibió órden de Dios de ir como peregrina á Roma: su objeto era lograr la aprobacion pontificia para una congregacion religiosa que habia formado. Cuando supo la salida próxima del papa para Francia, santa Brígida tuvo nueva vision, en la que le reveló Dios el porvenir, y le mandó lo comunicase á Urbano V. La santa cumplió su mision: predijo al papa que le esperaba muerte próxima si se volvia á Francia. Sea que Urbano V no creyese auténtica esta profecía, sea que pensase alejar su amenaza proponiéndose regresar muy pronto á Italia, su resolucion no cambió; y el 16 de setiembre de 1370, las galeras del rey de Francia le desembarcaron en Marsella, y el 24 entró en Aviñon, cuya poblacion le recibió con gran júbilo. Mas no tardó en cumplirse la terrible amenaza de santa Brígida. En el lleno de sus fuerzas vigorosas, en la plenitud de su actividad que prometia un reinado largo, Urbano V se vió atacado de improviso por una enfermedad desconocida, que muy pronto hizo presentir su

muerte próxima. Se dice que experimentó entonces el papa un vivo dolor de haber vuelto á Francia, y que prometió regresar inmediatamente á Italia si recobraba su salud. Pero ni Roma ni Italia habian de verle mas; pues murió el 19 de diciembre de 1370, á los ocho años de su pontificado.

§ VI. PONTIFICADO DE GREGORIO XI (30 de diciembre de 1370-27 de marzo de 1378).

39. La Providencia quiso que el hombre grande que acababa de perder la Iglesia fuese reemplazado por el cardenal Pedro Roger de Beaufort, sobrino de Clemente VI. Tomó el nombre de Gregorio XI y fué el último papa francés. La exclusion que desde esta época pesa sobre el reino de Francia no fué decretada jamás ni por constitucion apostólica ni por ley alguna : ha resultado naturalmente del estado de cosas y del temor de que un papa francés renueve la traslacion de la Santa Sede á su patria. Gregorio XI ha sido loado por todos los autores contemporáneos por su humildad, modestia, prudencia, liberalidad, mansedumbre y constante afabilidad. Conoció tambien la necesidad de restablecer la silla pontificia á su ciudad natural, y mas feliz en esto que su antecesor, logró llevar á cabo su designio. Es gloria no pequeña para la Francia el que la iniciativa y la última ejecucion de la restitucion de la Santa Sede á su silla primitiva ha sido debida á papas franceses, y que lo efectuaron á pesar de innumerables obstáculos y dificultades de todo género. El primer tropiezo que halló el nuevo papa en la ejecucion de su proyecto le vino de Italia, donde se habia vuelto á encender el fuego de la discordia con gran violencia. Los Milaneses y Florentinos volvieron á formarse en liga formidable contra el poder pontifical. Una compañía de aventureros, capitaneada por el inglés Juan Haukood, se puso al servicio de Bernabé Visconti y de los señores de Milan. Esta banda de vagabundos asoló todas las ciudades de la Romaña y Marcha de Ancona. Las poblaciones, desesperanzadas de ser socorridas por el papa, se mezclaron con los aventureros, recorriéndolo y asolándolo todo, y desplegando

una bandera en que estaba escrito en letras de oro el lema de *Libertad*. La rebelion se propagó como contagio. Viterbo, Perusa, Asis, Espoleto, Civita-Vecchia, Ravena, Ascoli, sacudieron el yugo de la Iglesia romana. Este movimiento insurreccional habia comenzado en noviembre de 1375, y al fin de diciembre ya no le quedaba al papa un solo puerto donde desembarcar. La república de Florencia habia sido la primera en dar la señal de sedicion, y contra ella debia dirigir Gregorio XI el condigno castigo.

40. Las armas espirituales solas no hubieran bastado para someter tanto revoltoso. Tomó pues el papa á su sueldo una compañía de Bretones, mandada por dos valientes caballeros, Juan de Malestroit y Silvestre de Buda. Esta compañía independiente, que contenia seis mil caballos y cuatro mil infantes, rescataba las provincias meridionales de la Francia : soldados valientes, aunque semi-salvajes é indisciplinados, tan afamados por su jactancia como por bravura. Se les preguntó si entrarian en Florencia : « Pues que el sol entra, ¿porqué no » hemos de entrar nosotros ? » respondieron estos intrépidos aventureros. Tales eran los defensores que la hábil política de Gregorio XI se granjeó para la Santa Sede. Los Bretones pasaron los Alpes acompañados del cardenal Roberto de Ginebra, el cual lanzó entredicho contra Florencia, excomulgó á los cabezas de la república y les citó á comparecer en persona ante la Santa Sede. El ejército pontifical se esparramó por todas las ciudades del territorio de la república. Las guarniciones florentinas, no osando medirse en rasa campaña contra tan fogosos enemigos, se replegaron á la capital. El papa, por otra parte, habia mandado salirse de Aviñon á los negociantes florentinos; les persiguió en todas las plazas de Europa, permitió se confiscasen sus mercaderías, encarcelar á sus personas y aun venderlas como esclavos. Estas medidas trastornaron todo el comercio de Florencia y le causaron una pérdida de tres millones de florines. Los cabezas de la república, aturullados con tanto rigor, se concertaron en pedir la paz. Habia entonces en el convento de Hermanas de la Penitencia de Santo

Domingo, en Sena, una piadosa vírgen, llamada Catalina, cuya vida se parecia á la de los ángeles. Era una de las naturalezas escogidas que le place al Señor formar para la perfeccion desde la edad mas tierna, para mostrar al mundo las maravillas de su gracia. Solo tenia veintinueve años, y por toda Italia resonaba la fama de sus altísimas perfecciones. En esta humilde vírgen puso los ojos el señorío de Florencia para defender sus intereses en la corte de Aviñon; juzgándola como la sola embajada capaz de apaciguar la ira justa del soberano pontífice. Fué pues llamada la sierva de Dios á Florencia, y se la honró en extremo. Los principales de la ciudad salieron á su encuentro, suplicándole tomase en manos la reconciliacion de la república con la Santa Sede. Catalina aceptó para honra de Dios esta delicada mision, y la jóven monja, que hasta aquel momento habia pasado su vida en el silencio del claustro y en el arrobamiento de la oracion, se halló de improviso hecha embajadora de una poderosa república. Gregorio XI recibió á santa Catalina de Sena cual correspondia á su celo y virtudes, y para probarle su confianza, y deseo de llegar á una reconciliacion, puso en sus manos dictar las condiciones de paz, limitándose á encomendarle el honor de la Iglesia. Pero las negociaciones no lograron resultado alguno. Porque en tanto que la angélica embajadora de Florencia se esmeraba en allanar la senda de la paz, la república creaba el famoso tribunal de los *Ocho de guerra.* Al saberse esto en Aviñon, dijo el papa á santa Catalina : « Créeme, hija mia, Catalina; te engañan como » á mí. » La guerra continuaba con el mayor encarnizamiento. Los Florentinos habian opuesto á los terribles Bretones la compañía de ingleses de Haukood; lo que hacia que toda Italia era teatro de incendios, saqueos y matanza.

41. A pesar de la anarquía que asolaba la Península, Gregorio XI se disponia á venir á Roma. Santa Catalina se lo suplicaba ardientemente. « Me pregunta Vuestra Santidad mi pare» cer sobre vuestra vuelta, le escribia en 1376. De parte de » Jesucristo crucificado os respondo que es necesario volvais lo » antes posible. » La querella entre Francia é Inglaterra, tan

fatal bajo el reinado de Juan el Bueno, se habia equilibrado en cierto modo por la prudencia y habilidad de Carlos V. Como los intereses de la Francia no retenian ya al soberano pontífice, el 13 de setiembre de 1376 dejó Gregorio XI el palacio de Aviñon para no volver á verlo ya. Atravesó toda la Provenza, acudiendo poblaciones enteras para manifestarle su pesar : le aguardaban en Marsella veintidos galeras bajo el mando de don Fernando de Heredia, gran maestre de los caballeros de Rodas. El definitivo regreso del papa á Italia produjo tal entusiasmo, que hasta la república de Florencia, á pesar de la guerra que sostenia entonces contra la Iglesia, habia enviado á Gregorio XI un hermoso navío ricamente pertrechado á su costa. El convoy pontifical se puso á la vela el 2 de octubre, y el 18 de enero de 1377 el papa, á caballo, hacia su entrada en Roma entre las entusiastas aclamaciones de un pueblo loco de contento, que no cesaba de exclamar *¡Viva Gregorio XI!* Flores, iluminaciones, cantos, todo, todo acompañó á esta fiesta, y solo le faltaron los himnos que hubiera cantado el Petrarca, si hubiera sido testigo de una restauracion que tanto deseaba; mas el poeta habia ya muerto tres años antes, en 1374. Al restablecer la Santa Sede en Roma, Gregorio XI halló organizada una magistratura popular, llamada de los *Baneretis* : se apresuraron á depositar á los piés del pontífice sus varitas, emblema de su poder. El papa por sentimiento de generosidad no quiso señalar los primeros actos de su administracion con ninguna reforma de gobierno. Gregorio XI dejó subsistir el antiguo órden de cosas, y no tardó en arrepentirse de ello. En la historia de la Iglesia nada iguala á la mobilidad de los Romanos sino la paciencia de los papas. Gregorio se vió muy pronto acosado por las eternas facciones que acosaban la ciudad; para sustraerse, tuvo que retirarse á Anagni.

42. A estas graves complicaciones políticas vino á juntarse la noticia alarmante de una grande herejía que entonces se formaba en Inglaterra. El autor de esta secta fué un teólogo de Oxford, llamado Juan Wicleff, carácter inquieto y orgulloso, y muy versado en las sutilezas de la encolástica. Nombrado

para el cargo de guardian [ó rector] de Oxford, se le habia quitado poco despues para dársela á un religioso. Wicleff apeló á la Santa Sede, que confirmó el último nombramiento. Desde este momento volvió Wiclef toda su cólera contra el papa. En los primeros tiempos se contentó con renovar los errores de Marsilio de Padua sobre la autoridad y potestad eclesiástica; pero muy pronto formuló un sistema completo de herejía. Hay en la doctrina de Wiclef dos lados ó puntos importantes : el lado filosófico, y el lado teológico. Bajo el primer aspecto, la doctrina del reformador es una mezcla grosera de maniqueismo, panteismo y fatalismo. Segun él, Dios abandona el gobierno del mundo á las potestades del mal, ó, en otros términos, el buen principio obedece al malo; toda criatura participa de la naturaleza divina. Una necesidad ciega es la razon única de cuanto acontece, de donde se sigue que no hay en Dios ni providencia, ni libertad, ni poder. Bajo el aspecto teológico, la doctrina de Wiclef es la teoría pura del presbiterianismo; el papa no es cabeza de la Iglesia militante; no hay necesidad ni de cardenales, ni de patriarcas, obispos ó concilios; los presbíteros y diáconos bastan para el ejercicio de todas las funciones sagradas. Como se ve, Wicleff era precursor de Lutero. Gregorio XI se apresuró, en una congregacion de cardenales, á condenar las proposiciones del novador. Escribió á Ricardo II, que acababa de suceder á su padre, Eduardo III, en el trono de Inglaterra, y le rogó usase de rigurosas medidas para sofocar el mal en su nacimiento. Un concilio, en Lambeth, presidido por el arzobispo de Cantorbery, condenó los nuevos errores; pero Wicleff continuó dogmatizando con mayor audacia. Gregorio XI no vió el fin de esta temible herejía; murió en Anagni el 27 de marzo de 1378. Antes de exhalar el último suspiro, formó una constitucion, en la cual ordenaba, para precaver los males de un interregno, que le bastaria al papa futuro reunir la mayoría absoluta de votos para ser legítimamente electo. Las antiguas reglas prescribian los dos tercios de sufragios para la validez de la eleccion.

CAPITULO III.

CISMA DE OCCIDENTE (20 de setiembre de 1378-11 de noviembre de 1417).

PAPAS LEGITIMOS CON RESIDENCIA EN ROMA.	ANTIPAPAS RESIDENTES EN AVIÑON.
URBANO VI (9 de abril de 1378-15 de octubre de 1389).	ROBERTO DE GINEBRA, llamado CLEMENTE VII (20 de setiembre de 1378-16 de setiembre de 1394.)
BONIFACIO IX (3 de noviembre de 1389-1º. de octubre de 1404).	
INOCENCIO VII (17 de octubre de 1404-6 de noviembre de 1406).	
GREGORIO XII (30 de diciembre de 1406 abdica por la paz de la Iglesia, en el concilio de Pisa, 5 de junio de 1409).	
ALEJANDRO V (26 de junio de 1409-3 de mayo de 1410).	PEDRO DE LUNA, llamado BENEDICTO XIII (28 de setiembre de 1394. Su obediencia concluye, en el concilio de Constanza, el 26 de julio de 1417).
JUAN XXIII (17 de mayo de 1410 abdica, por la paz de la Iglesia, en el concilio de Constanza, 29 de mayo de 1415).	

MARTIN V (11 de noviembre de 1417) restablece la paz en la Iglesia y termina el cisma de Occidente que duraba 39 años.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE URBANO VI (9 de abril de 1378-15 de octubre de 1389).

1. Consideraciones históricas sobre el gran cisma de Occidente. — 2. Consideraciones teológicas sobre este cisma. — 3. Pauta de conducta adoptada relativamente á la clasificacion de los papas legítimos y de los antipapas. — 4. Eleccion de Urbano VI. Perturbaciones de que fué señal. — 5 Carácter del nuevo papa. Escision entre Urbano VI y los cardenales. Carta de santa Catalina de Sena á los cardenales. — 6. Eleccion del antipapa Clemente VII. — 7. La Universidad de Oxford toma partido contra la de París en favor del papa legítimo. — 8 San Pedro de Luxemburgo, cardenal, obispo de Metz. — 9. Negocios de Nápoles. Carlos de la Paz. — 10. Carlos de Anjou. Guerra de Carlos de la Paz contra Urbano VI. Muerte de Urbano VI.

§ II. PONTIFICADO DE BONIFACIO IX (3 de noviembre de 1389-1º. de octubre de 1404).

11. Eleccion de Bonifacio IX. — 12. Ladislao, rey de Nápoles, se hacia aliado de la Santa Sede. — 13. Bajazeto I, sultan de los Turcos. Batalla de Nicópolis. Batalla de Ancira. Bajazeto I muere prisionero de Tamerlan. — 14. San Vicente Ferrer. — 15. San Juan Nepomuceno. — 16. Muerte del antipapa Clemente VII. Los cardenales de Aviñon le dan por sucesor Benedicto XIII. — 17. Doctores de la Universidad de París. Pedro de Ailly. El cancilier Gerson. — 18. Benedicto XIII es arrojado de Aviñon. Muerte de Bonifacio IX.

§ III. PONTIFICADO DE INOCENCIO VII (17 de octubre de 1404-6 de noviembre de 1406).

§ IV. PONTIFICADO DE GREGORIO XII (30 de diciembre de 1406. Es depuesto en el concilio de Pisa el 5 de junio de 1409).

§ V. PONTIFICADO DE ALEJANDRO V (26 de junio de 1409-3 de mayo de 1410).

§ VI. PONTIFICADO DE JUAN XXIII (17 de mayo de 1410. Abdica en el concilio de Constanza; retira su renuncia y es definitivamente depuesto el 29 de mayo de 1415).

§ I. PONTIFICADO DE URBANO VI (9 de abril de 1378-15 de octubre de 1389).

1. Con el reinado de Urbano VI comienza para la Iglesia una época lamentable, durante la cual el pontificado apareció como vulnerado, como destrozado. La traslacion de la Santa Sede á Francia no tuvo consecuencias deplorables sino despues de su regreso á Roma. La gran mayoría de los cardenales era de franceses [1], y habia dejado bien á su pesar su palacio de las orillas del Ródano y Durancio. Las sediciones populares que asaltaron al conclave durante la eleccion de Urbano VI, contribuyeron á aumentar su pesar y ansiaban por volver á su patria. Esta fué la única causa del veintidoseno cisma, cuya duracion y funestos resultados le han hecho llamar el gran cisma de Occidente. Consumado por la anticanónica eleccion de Roberto de Ginebra (Clemente VII), se fué continuando bajo

(1) En el conclave que eligió á Urbano VI habia diez y seis cardenales, de los cuales once franceses, cuatro italianos y uno español.

la influencia de la política francesa, que tenia interés en hacer volver los papas á Aviñon, y que, por otra parte, en su lucha contra la Inglaterra, que habia reconocido á Urbano VI, creia necesario apoyarse en un concurrente de este papa, cual lo fué Clemente VII. Las decisiones de la Universidad de París sobre esta grave cuestion han sido invocadas como formidable argumento por los adversarios de los papas legítimos. La historia, imparcial como la verdad, debe decir que estas decisiones no podian menos de estar dictadas por influencias extrañas y antipatías nacionales, á pesar de la rectitud y buena opinion de sus autores. Iguales causas motivaron el apoyo que el prudente y piadoso monarca Carlos V no cesó de prestar á los antipapas. Así es que este gran rey creyó, en su lecho de muerte, deber protestar, para tranquilidad de su conciencia, que se sometia á la decision de la Iglesia respecto del cisma. Luego no estaba enteramente satisfecho con la obediencia al papa de Aviñon.

2. Bajo el punto de vista teológico, el gran cisma de Occidente, por mas funesto que haya sido, no presentó en la práctica obstáculo ninguno al desarollo de las virtudes y de la santidad que constituye como la vida íntima de la Iglesia. Grandes santos han sido ejemplares de la mas alta perfection en ambas obediencias. Si se preguntare dónde estuviera el centro de unidad, y de autoridad siempre visible, cuando la cristiandad dividida presentase la imágen de dos campos enemigos, responderemos que por especial providencia estará en el primado, en el pontificado mismo. Por mas perturbadas que estuviesen las inteligencias por la doble personificacion del poder espiritual, una idea general y neta dominaba á todas las sombras: que el pontificado supremo debia de ser uno, como el hombre Dios á quien representa. Y así, divididos en el hecho, los fieles no lo estaban en el derecho: habia pues en el cisma una cuestion de personas, no de principios. No se trataba de saber si la silla de san Pedro habia de estar en Roma ó en Aviñon; sino si era Urbano VI ó Clemente VII quien la ocupaba. Teólogos de grande autoridad llegan hasta sostener que esta funesta division no debe de ser llamaba propiamente *un cisma;* desde

luego, porque la multiplicidad de obediencias no destruia el principio de unidad, en atencion á que todas las iglesias reconocian igualmente como artículo de fe, que solo hay una Iglesia romana, y un solo soberano pontífice, sucesor de san Pedro, que era, á la verdad, para cada una de ellas, el pontífice de su obediencia; mas no muchas iglesias romanas, ni muchos pontífices romanos. La multiplicidad de obediencias no dividia pues la sociedad cristiana sino por una cuestion de forma, no por un punto fundamental de dogma ó de derecho. Cuando hayan calmado las pasiones con el tiempo, cuando los pueblos, cansados de luchas, hubieren conocido la necesidad de unirse en un mismo pensamiento, irán á abjurar sus odios y hallar los dulces abrazos de la caridad cristiana á los piés del supremo pontificado, que á pesar del desórden de las revoluciones permanecerá soberano é inmutable. En apariencia, jamás corrió la Iglesia mayores peligros, y sin embargo jamás fué mas realmente grande, venciendo con la fuerza misma de su institucion los desórdenes que engendraba la escision de su autoridad, reclamando contra los abusos, llamando las reformas, haciendo brillar por todas partes, como contrapeso á los escándalos, las mas sublimes virtudes, defendiendo la verdad contra los ataques de la herejía; fulminando sus anatemas contra Wicleff, Juan Hus, Jerónimo de Praga, y sus adherentes, continuando en guiar al mundo por los caminos de la justicia y de la verdad. Jamás se mostró mas admirable la Iglesia que durante la formidable tempestad, llamada el Gran Cisma; ni mostró nunca de un modo mas patente la divinidad del brazo que la dirige y sostiene. Si no hubiera sido sino institucion humana, hubiera sucumbido irremisiblemente en coyunturas en que eran impotentes los recursos del imperio, las fuerzas de la inteligencia, el concurso de todos los doctores, la autoridad de los príncipes y hasta los esfuerzos de los santos.

3. Los historiadores que han tenido que referir esta época borrascosa, se han dividido sobre el modo de fijar la sucesion legítima de los soberanos pontífices en medio de tantas y tan ardientes controversias. Hay quienes rehusan dar calificacion

de *antipapas* á los pontífices que residieron en Aviñon [1]. Creemos no poder engañarnos siguiendo, en este lugar como en otros, el uso de la Iglesia romana; la cual ha inscrito en el catálogo de los soberanos pontífices los nombres de los que han tenido su silla en Roma durante el gran cisma, y que relega entre los antipapas á los dos que han residido en Aviñon. No sabemos ser católicos á medias. En el momento de la eleccion de Clemente VII, en Fondi, por los cardenales disidentes, ¿habia ó no papa elegido? Con la historia en la mano, lo habia. Y en efecto, despues de tres meses, Urbano VI era reconocido como papa legítimo por todas las iglesias del mundo católico. Los cardenales que procedieron á nueva eleccion, habian dado pruebas inequívocas de su sumision á este papa durante estos tres meses. Habian aceptado de su mano gracias, favores y dignidades; habian procedido ellos mismos á la ceremonia de su coronamiento, y habian notificado ellos mismos su eleccion á todos los príncipes de la cristiandad. Ninguno protestó durante este tiempo. Luego habia realmente un papa cuando eligieron á Clemente VII, y ese papa era Urbano VI. Se ha dicho que la eleccion no fué libre, pero la violencia solo duró un dia. Durante tres meses los cardenales eran y estaban libres, y sin embargo no protestaron; antes bien juraron fidelidad á Urbano VI. Lo repetimos, cuando el conclave de Fondi, ya habia papa. Luego Clemente VII, proclamado en Fondi, solo pudo ser antipapa. Estos hechos nos parecen claros y precisos : lo parecieron menos entonces, cuando las preocupaciones y pasiones contemporáneas enturbiaban la razon, y hé aquí porqué fué tan terrible este cisma. Eran necesarios estos preliminares para entrar en el relato de los hechos.

4. A la muerte de Gregorio XI, los diez y seis cardenales

(1) El abate Cristophe, cuyo trabajo nos ha servido de guia desde el pontificado de Clemente V, es de este número. Nuestra opinion difiere en esto de la suya, y cuando se vayan presentando por su órden los hechos, daremos los motivos de nuestra determinacion. Esta divergencia no nos impide tributar justo homenaje al talento del autor y al mérito indisputable de su libro, del cual tomamos considerables pasajes.

presentes en Roma se reunieron en conclave en el palacio del Vaticano. La plaza de San Pedro se inùndó de muchedumbre de gente armada, que exclamaba : « ¡Queremos un papa ro» mano! » Era muy natural la zozobra de la poblacion, conocidas las disposiciones de la mayor parte de los cardenales que deseaban elegir un papa francés para lograr mas tarde nueva traslacion de la Santa Sede á Aviñon. Pero no eran fáciles de llenar los deseos del pueblo, porque solo habia dos cardenales romanos : el uno sobrado jóven, el otro sobrado viejo, el cual, abrumado de achaques, murió al salir del conclave. Toda la noche estacionó la turba armada en derredor del Vaticano, redoblando sus gritos. A efectos de esta presion, los cardenales franceses tuvieron que renunciar á elegir de su seno el nuevo papa, y se propuso vestir á un franciscano de los hábitos pontificales y presentarlo al pueblo, como si fuera el papa electo, para calmar su agitacion (1). Pero el cardenal de Limoges, canciller del rey de Francia, levantándose, habló en estos términos : « No podemos escoger sino un papa italiano; ahora » bien, vos, cardenal de Florencia (Pedro Corsini), no podeis » pretender la tiara, porque vuestra república es enemiga de la » Iglesia romana. Vos, cardenal de Milan (Simon de Brossano), » no lo podeis tampoco, porque sois vasallo de los Viscontis, » que siempre han combatido contra los derechos de la Igle» sia. Vos, cardenal Orsini, sois demasiado jóven para ser » papa. Vos, cardenal Thebaldeschi, sois sobrado anciano. En » consecuencia, yo escojo fuera del sacro colegio y doy mi » voto á Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari. » Estas frases fueron como una ráfaga de luz, y todos los votos, menos dos, recayeron sobre el arzobispo. Bajo Gregorio XI este prelado habia dirigido la cancillería romana con el mayor lustre y se había granjeado un aprecio universal. En conferencias particulares que precedieron al conclave, ya habian pensado los car-

(1) Segun autores muy respetables y fidedignos, ni hubo gente armada, ni hubo coaccion ni presion de ningun género, ni tal fraile franciscano vestido de papa. El pueblo deseaba un papa *que no fuera francés*. Esto es lo mas cierto. Todo lo demás son añadiduras é inexactitudes. (El Traductor.)

denales en él para elevarlo á la tiara; y esta circunstancia explica la unanimidad con que fué acogida la proposicion del cardenal de Limoges. Pero Bartolomé de Prignano estaba ausente; y los cardenales no osaban anunciar su eleccion porque no era romano. Llegaba á su colmo la efervescencia popular: las gentes del pueblo pedian papa romano, y Prignano era napolitano; con todo fué llamado al conclave el arzobispo de Bari. Al saber este su eleccion se excusó por su incapacidad, y se negó á dar su consentimiento. Los cardenales le suplicaron aceptase esta gloriosa carga; se dejó vencer por sus instancias, aceptó y tomó el nombre de Urbano VI, con universal aplauso del pueblo, y entonándose el cántico del *Te Deum*. Todos los cardenales vinieron á tributarle homenaje, todos le acompañaron en la ceremonia del *possesso,* y asistieron á su coronamiento, que se celebró en San Pedro, dia de Pascua de Resurreccion de 1378. Notificaron inmediatamente su eleccion á los cardenales y prelados que aun estaban en Aviñon, y á los príncipes cristianos de Europa. Los cardenales formaron su corte, le prestaron juramento como se lo habian prestado á su antecesor, solicitaron sus favores y gracias; y uno de ellos, el cardenal Glandeva, fué promovido al obispado de Ostia. Así duró este estado de cosas durante tres meses sin protestacion alguna en contra.

5. El nuevo papa, una vez colocado en la silla de san Pedro, mostró una energía que se trató muy pronto de violencia, una integridad de principios que se tachó de rigorismo, y una franqueza de expresion que se acusó como airamiento ó cólera. Desde los primeros dias de su advenimiento mostró sin rebozo su intencion de obligar á los titulares á residir en sus beneficios, y de reformar el lujo de la corte romana. Publicó una ley *suntuaria,* á la que se sujetó el primero, en la que reglaba los coches, caballos, criados que se habian de tener, y cómo; ni mas ni de otro modo: y regló en fin hasta las comidas suyas y de los cardenales. Es preciso confesar que esta conducta era digna de un papa; mas tal vez no tomó en cuenta Urbano VI la fuerza de una larga costumbre, la espe-

cie de prescripcion constituida por un uso no interrumpido. « Los que conocen la humanidad y su orgullosa flaqueza, » saben que no se llegan á reformar estas imperfecciones sino » con una pendiente insensible, y que jamás se las apega mas » fuertemente al mal que cuando se las quiere precipitar en el » bien [1]. » Estas medidas le enajenaron el corazon de los cardenales. Acabó de exasperarlos otro incidente : hicieron la peticion formal á Urbano VI de trasladar la Santa Sede á Aviñon. El papa lo negó redondamente, y en verdad que le daban sobrada razon los últimos acontecimientos. Sin embargo, este fué el pretexto que tomaron los cardenales para separarse abiertamente de Urbano VI. Se reunieron en Anagni, publicando su intencion de proceder á nueva eleccion, « porque, » dijeron, la primera no habia sido libre. » Se quedaron con el papa los tres cardenales italianos : y para seducirlos, les escribieron los de Anagni individualmente, prometiendo á cada uno el pontificado. Se dejaron ganar y fueron á unirse con los disidentes. En tanto que la intriga y la ambicion dejaban tal vacío en torno de Urbano VI, santa Catalina de Sena acudió á Roma y puso al servicio del papa sus virtudes é inflamada elocuencia. « ¿Con que es verdad, escribió á los cardenales de Anagni, que en lugar de ser broqueles de la fe, » defensores de la Iglesia, pastores del rebaño, no sois sino » mercenarios é ingratos? Porque sabida teneis la verdad : » sabeis y lo habeis dicho y redicho mil veces que Urbano VI » es el papa legítimo ; que su eleccion ha sido mas bien obra » de la inspiracion divina que de vuestra industria humana. » ¿Cuál es pues la causa de vuestro cambio sino el veneno del » amor propio que emponzoña al mundo? Hé aquí porqué en » lugar de ser columnas del edificio, flotais á todos vientos » como ligera paja. En lugar de ser flores que perfumen la

(1) *Historia del Pontificado* durante el siglo XIV, tomo III, pág. 19). Las historias contemporáneas imparciales, y especialmente las cartas de santa Catalina de Sena, prueban que habia llegado á un punto escandaloso la corrupcion de la corte pontifical, aunque habia excepciones gloriosísimas. No era pues extraño que el celosísimo y santísimo papa Urbano VI quisiera cortar de raíz tanto mal.

(El Traductor.)

» Iglesia, la infectais con vuestros errores; en lugar de ser » antorcha puesta en la cumbre, vais marchando en pos del » ángel de tinieblas. » Esta admirable carta, que deseáramos poder citar entera, no obtuvo resultado. Urbano VI hizo otra tentativa: ofreció á los cardenales someter sus derechos al exámen de un concilio general. Con oprobio eterno para ellos, se negaron á esto. Entonces Urbano VI hizo una promocion de veintiseis cardenales para reemplazar á lós disidentes. ¡Cosa notable! En esta lucha, inexcusable de parte de los cardenales que solo pretextaban dureza de genio y violedcia de carácter al papa, Urbano VI, este papa tan duro de genio, tan violento de carácter, como decian, no pensó en emplear contra ellos los anatemas y censuras de la Iglesia; y sin embargo, los cardenales inundaban entonces al universo con un manifiesto, en que trataban al papa de apóstata y de intruso.

6. Esta situacion violenta se desenlazó con un resultado fácil de prever. Los cardenales disidentes se salieron de Anagni, donde se creian poco seguros; y á instancias de Juana, reina de Nápoles, que habia abrazado su partido, se trasladaron á Fondi, ciudad de los Estados napolitanos. Allí se formaron en conclave el 20 de setiembre de 1378, y desde el primer escrutinio, con gran extrañeza de los tres cardenales italianos, los cuales creian ser elegidos, cada uno por su parte, proclamaron á Roberto de Ginebra, bajo el nombre de Clemente VII. Así se consumó el cisma. Roberto de Ginebra contaba en su familia una antigua ilustracion, y alianzas con la mayor parte de las casas reales de Europa. No se le podian negar mucho valor personal y gran magnanimidad de carácter que le daban un aire majestuoso de soberano; pero era un prelado de grande ambicion, de costumbres mundanas, apasionado por el fausto, y de gustos frívolos y vanos: tal, en fin, como convenia para aceptar el papel de un antipapa. Santa Catalina protestó con toda su energía contra la eleccion cismática. La mayor parte de la cristiandad continuó reconociendo por papa legítimo á Urbano VI. La Alemania, Hungría, Polonia, Suecia, Dinamarca, Inglaterra, la Bretaña, Flandes y España,

á pesar de algunas tergiversaciones de los reyes de Castilla y Aragon, toda la Italia setentrional y en fin el emperador de Constantinopla le permanecieron fieles. Se hubiera sofocado el cisma en su orígen si la Francia no hubiese abrazado el partido de Clemente VII, que vino á fijarse en Aviñon, donde fué recibido con entusiasmo. La influencia francesa acarreó los príncipes acostumbrados á someterse á ella, como la reina de Nápoles, y los reyes de Chipre y Escocia. Hé aquí toda la obediencia del antipapa, á pesar de las adhesiones y numerosos manifiestos de la Universidad de París.

7. La cuestion de los dos pretendientes podia formularse así : ¿Fué canónica, ó no lo fué la eleccion de Urbano VI? Los doctores de Oxford, en respuesta á las aclamaciones de los canonistas franceses, la resolvieron victoriosamente. Hé aquí sus argumentos : 1°. « Se dice que la election no ha sido libre ; » ahora bien, el pueblo romano no ha impuesto á los cardenales tal ó tal persona en particular. Pedian, y con razon, » que el papa fuese romano. Los cardenales ni aun accedieron » á este deseo : escogieron á un napolitano, en quien de modo » alguno pensaba la muchedumbre. No pueden pues quejarse » de que se le haya impuesto una eleccion que no fuera suya. » 2°. El arzobispo de Bari, electo, rehusó, con la mayor instancia, la tiara que se le ofrecia. Los cardenales le suplicaron » accediese á sus votos. Si no hubiera sido libre la eleccion » *primitivamente,* lo fué de hecho ya entonces. En lugar de » revocarla, los cardenales la renuevan con reiteradas instancias. No pueden pues decir que Urbano VI ha sido elegido » á su pesar. 3°. Los cardenales le han coronado, y hasta los » mismos que se habian ausentado de Roma vuelven para esta » ceremonia. ¿Cómo habian de venir á consagrar un papa que » no habian elegido? 4°. Si hubo violencia, solo fué durante » una noche. Ahora bien, durante tres meses los cardenales » se han quedado pacíficamente con Urbano VI, recibieron de » su mano la sagrada Comunion, le prestaron juramento de » fidelidad, solicitaron y alcanzaron gracias del papa. El pueblo » no se quedó sobre las armas tres meses en derredor del pala-

» cio pontifical. Los cardenales estaban libres entonces y tra-
» taban libremente con Urbano VI. 5°. Una de dos : ó los car-
» denales supieron que Bartolomé Prignano era papa, ó
» supieron que no lo era. Si á su vista Prignano era papa,
» ¿porqué han elegido á Clemente VII? Sino lo era, ¿porqué
» han notificado á toda la cristiandad como legítima su eleccion?
» Si esta notificacion no era sino mentira, luego han engañado
» á la Iglesia de Dios : y no tienen derecho alguno á que se
» crea jamás su testimonio. » Estas razones nos parecen perentorias, ni sabemos que jamás se les haya replicado. Hé aquí porqué, á nuestro modo de ver, como á los ojos de la Iglesia romana, Urbano VI ha sido soberano pontífice, Clemente VII un antipapa.

8. Los dos pontífices rivales se anatematizaron recíprocamente, y en solo esto se semejan los dos pontificados. Clemente VII, papa de los Franceses, se contentaba con el lujo de su corte, percibia las rentas eclesiásticas del reino y rebajaba la dignidad de su tiara, usurpada bajo la influencia real. « ¡Lamentable situacion! exclama aquí el francés Clemengis.
» Nuestro pontífice Clemente se habia esclavizado tanto bajo
» sus hombres de corte, que recibia de ellos, sin osar quejarse,
» los mas indignos tratos. Conferia á los cortesanos los obis-
» pados y otras dignidades eclesiásticas. Ganaba á los príncipes
» con presentes, otorgándoles diezmos sobre el clero, y deján-
» doles tomar sobrado ascendiente sobre los eclesiásticos : por
» manera que los señores seculares eran mas papas que el
» mismo papa Clemente VII. » Con todo, como rectificacion de estas palabras de un autor contemporáneo, debemos decir que Clemente VII hizo nombramientos honorosos para la Iglesia. Él mismo fué quien nombró obispo de Metz á san Pedro de Luxemburgo, nacido en 1369, en la villa de Ligny. No tenia este jóven sino quince años cuando Clemente VII le llamó al gobierno de la iglesia de Metz y le creó cardenal. Por lo demás, nunca fué ordenado de sacerdote. Las virtudes y santidad precoces de Pedro de Luxemburgo se habian adelantado en él á los años : murió á los diez y ocho años, fué canonizado

en 2527, y proclamado patron de la ciudad de Aviñon, en cuyo recinto habia pasado los últimos años de su vida. Pero cualquiera que fuese su mérito, su promocion á un obispado y al cardenalato puede parecer prematura con justa razon, y Clemente VII, haciéndola, habia obedecido mas bien al deseo de crearse una alianza con familia ilustre y poderosa que no consultado las reglas canónicas.

9. Urbano VI obraba de muy distinto modo en Roma. Jamás se le ha echado en cara ninguna flaqueza culpable por los príncipes. Al contrario, podria decirse que llevaba sobrado alto el sentimiento de la dignidad é independencia pontifical. La sola acusacion que la historia le haya dirigido, es de haber manifestado sobrada aficion al caballero Prignano, su sobrino. Por desgracia este favorito era indigno de sus bondades, y la incapacidad del sobrino, junto con sus desórdenes, resaltaba mas contra el augusto carácter del pontífice, su tio. El primer acto de autoridad de Urbano VI fué tratar con rigor á la reina Juana de Nápoles, que acababa de dar á la Italia el escándalo del cisma, abrazando el partido del antipapa; y esta defeccion era tanto mas culpable cuanto que el reino de Nápoles era un feudo pontifical. Urbano VI depuso á la reina Juana y alzó á sus vasallos el juramento de fidelidad. Al mismo tiempo escribió á Luis I el Magno, rey de Hungría, para que le enviase á su hijo Carlos, duque de Duras, apellidado Carlos de la Paz, declarándole que estaba decidido á darle la investidura del reino de Nápoles. Juana no tenia hijos; y Othon de Brunswick, su cuarto esposo, era poco apto para defender sus derechos á mano armada. Para conjurar la tempestad, fijó sus miradas en Luis, duque de Anjou, hermano del rey de Francia, y lo adoptó por hijo suyo. Este acto de hábil política introducia nuevo elemento en la contienda, pero no se aprovechó de él Juana. La muerte de Carlos V, rey de Francia, acaecida en el intervalo, suspendió la salida de la expedicion francesa. En esto era ya llegado á Roma Carlos de la Paz. Cuando este príncipe, hasta entonces oscuro y pobre, se presentó como conquistador en el teatro de Italia, se hallaba

en lo mas florido de su edad. Sus maneras eran finas, y sus palabras dulces, lisonjeras y persuasivas ; pero bajo este seductor semblante ocultaba una profunda disimulacion, un corazon empedernido y una política inmoral que prosiguió por todas cosas. Recibió de Urbano VI la investidura del reino de Nápoles, socorros en hombres y en dinero, pronunció en manos del papa juramento de fidelidad á la Santa Sede, y marchó contra las tropas de Juana, mandadas por Othon de Brunswick. La venganza del cielo iba á caer sobre esta reina criminal. La marcha de Carlos de la Paz se parecia á un triunfo : el pueblo, ya indignado contra la reina, le abrió las puertas de la ciudad : Juana se rindió, y su vencedor quedó dueño del reino. Cautiva en la fortaleza del Huevo, la reina esperaba su suerte. El 22 de mayo de 1382, en el momento que estaba haciendo oracion en la capilla real, dos soldados húngaros entraron brúscamente y le presentaron un vaso lleno de licor envenenado. « Bebed, » le dijeron. La desventurada rechazó la fatal copa. Los soldados, poniendo mano en sus espadas, le dijeron : « Escoged ; ó » el acero, ó el veneno. » Juana prefirió este, pareciéndole muerte menos violenta, y despues de haberse confesado, se bebió toda la copa fatal. Cuando se agitaba entre las convulsiones de la agonía, los asesinos aceleraron su muerte ahogándola. Así acabó, despues de treinta y ocho años de reinado, esta reina sobrado acusada para dejar de ser culpable, sobrado calumniada para dejar de ser digna de lástima.

10. El triunfo de Carlos de la Paz debia poner término á la solicitud de Urbano VI respecto del reino de Nápoles : mas no fué así. Vencedor, este príncipe se olvidó de todas sus promesas de pretendiente. Así que se cumplió el advenimiento de Carlos VI al trono de Francia, y vencidas las dificultades inseparables de los primeros momentos de una regencia, Clemente VII se habia apresurado de llamar al consejo real la expedicion napolitana, proyectada por el último rey en favor de Luis de Anjou. El pretendiente vino á Aviñon á recibir de manos del antipapa la investidura del reino de Nápoles, y se puso en marcha al frente de un ejército brillante. En su segui-

niento iban el conde de Savoya, Amedeo VI, el conde de Ginebra, hermano de Clemente VII, el caballero de Montjoie, Enrique de Bretaña, Ramon de Beaux, y gran número de gentiles-hombres que querian probar fortuna con Luis. Atravesaron toda la Italia siguiendo el litoral del Adriático, y el 13 de julio de 1382 llegaron á las fronteras de los Abruzos. Pero Carlos de la Paz no era tan fácil de vencer como Juana de Nápoles. Concentró sus guarniciones en las plazas fuertes, quitó todas las subsistencias, y dejó al hambre y clima abrasador de Italia el cuidado de acabar con el brillante ejército de Luis de Anjou. Este sistema le salió perfectamente; pues su competidor murió de tristeza en 1384, y el resto de la expedicion se disipó. Este nuevo triunfo hizo á Carlos de la Paz mas arrogante y altanero hácia Urbano VI. El pontífice vino á Nápoles para reclamar en persona la observancia de los tratados. Carlos, hollando las leyes mas sagradas, dejó encerrar al papa y retenerlo prisionero. Logró hacer entrar á seis cardenales en una conjuracion dirigida contra la vida del pontífice. Urbano VI logró fugarse y se refugió al castillo de Nocera, que le pertenecia. Mandó formar proceso á los cardenales rebeldes; y probada su culpabilidad, se siguió ejecucion de pena capital. En esta circunstancia la justicia pudo mas que la misericordia: el papa fué inflexible. Obró en este caso como obran todos los soberanos en semejante lance. Se le ha querido acusar violentamente; pero en las circunstancias difíciles en que se hallaba, cercado de asechanzas, espías y traidores, quizás no hubiera convenido la clemencia. Mas sea de esto lo que quiera, Carlos de la Paz, prosiguiendo sus hostilidades, fué á sitiarlo en su fortaleza, respondiendo así á una sentencia de excomunion y deposicion que el papa habia fulminado contra él. El castillo resistió durante siete meses á los esfuerzos del ejército napolitano. Urbano fué libertado por una armada genovesa, cuyo socorro habia solicitado. No quedó impune largo tiempo la ingratitud de Carlos de la Paz. A la muerte de Luis I el Magno, rey de Hungría, los nobles del reino ofrecieron la corona al rey de Nápoles. La esperanza de reunir dos Estados poderosos

sedujo la ambicion de Carlos. Aceptó, partió para sus nuevos dominios, é hizo su entrada en Budda entre entusiastas aclamaciones del pueblo. Su altanería y fiereza disgustaron muy pronto en alto grado á los magnates de Hungría. Apenas habia trascurrido un año, cuando Carlos fué atacado por un asesino, en 1386. Como no moria tan pronto como deseaban sus enemigos, una pocion de tósigo activo acabó lo que habia empezado el puñal. Entonces debió de acordarse de la muerte trágica que habia mandado dar á la reina, con idénticas circunstancias. Luis de Anjou se aprovechó de esta circunstancia para renovar las pretensiones de su padre al reino de Nápoles. Clemente VII le recibió en Aviñon con pompa real, y renovó en su favor la investidura de los Estados napolitanos. El jóven príncipe, al frente de un ejército formidable, pasó á Italia, y logró hacerse reconocer rey de Nápoles, á pesar de los esfuerzos de la reina Margarita, viuda de Carlos de la Paz, y de Ladislao, su hijo. Urbano VI se preparaba á echar fuera al usurpador, cuando murió en Tívoli el 15 de octubre de 1589. Pocos pontífices han sido mas calumniados, ó tratados mas sin lástima que él. Se ha dicho de él poco bueno y mucho malo. Las borrascas de su pontificado explican estas animosidades. Habia en Urbano VI un raro amor á la justicia, una pureza angélica en sus costumbres, gran sencillez de vida, horror contra la simonía, conocimiento profundo de las ciencias eclesiásticas. Desgraciadamente tuvo, lo que es muy comun, los defectos de esas cualidades. Austero consigo mismo, lo fué demasiado con los demás. La austereza de sus costumbres espantaba á prelados acostumbrados al lujo, fausto y molicie. El gran cisma de Occidente fué la protesta de aquellos.

§ II. PONTIFICADO DE BONIFACIO IX (2 de noviembre de 1389-1°. de octubre de 1404).

11. Cuando llegó á Aviñon la noticia de la muerte de Urbano VI, hubo consejo extraordinario en palacio, se expidió inmediatamente un correo al rey de Francia, suplicándole interpusiese su autoridad con los cardenales romanos, é impidiese

nueva eleccion. Hubiera sido, en efecto, el medio mas seguro de cortar el cisma, y así lo juzgaron todos los príncipes cristianos. Pero antes que llegasen á Roma los embajadores, ya estaba nombrado, por sucesor de Urbano, Pedro Tomacelli, que tomó el nombre de Bonifacio IX. El temor de ver trasladada á Aviñon la Santa Sede fué causa de esta eleccion precipitada. Clemente VII se apresuró á excomulgar á su rival, que le respondió con iguales censuras. Bonifacio IX, al subir al trono pontifical, tuvo que luchar desde luego contra el espíritu sedicioso del pueblo que creia haber hallado en el cisma ocasion favorable para recobrar la libertad, y reconstituirse en la república imaginaria que soñaba tantos siglos habia. Pero Bonifacio IX fué socorrido de un modo inesperado por un reino que á primera vista parecia tener que darle mas bien cuidados y zozobras que apoyo. Urbano VI, al morir, habia dejado establecido en el reino de Nápoles á Luis de Anjou, y el partido del jóven rey Ladislao parecia perdido para siempre. Bonifacio lo volvió á ensalzar: este papa era napolitano; conocia mejor que nadie las costumbres, carácter y hábitos de su patria, y sabia que la dominacion francesa era muy impopular. Tenia relaciones con todas las familias adictas al partido vencido, é hizo tocar hábilmente los resortes de la política. Luis de Anjou, príncipe jóven, sin experiencia, educado en un reino donde las contiendas se terminaban con las armas en la mano, y donde se sabia menos negociar que combatir, era incapaz de resistir á las sabias combinaciones del pontífice. Ladislao, por otra parte, le era muy superior como guerrero y como político. Los tesoros de Bonifacio IX ofrecian inagotables recursos para pagar sus ejércitos; y entró triunfante en Nápoles, de donde tuvo que salirse Luis abandonado de todos sus vasallos, y volvió á tomar el camino de Francia.

12. Ladislao, por agradecimiento al soberano pontífice, le ayudó á restablecer su autoridad en Roma. Con este socorro reconstituyó Bonifacio IX definitivamente el poder temporal del pontificado en todos los Estados del dominio de san Pedro. Quitó á los ciudadanos el derecho que pretendian arrogarse á

la soberanía, y declaró que el gobierno del país pertenecia exclusivamente al papa, quien, solo, nombraria á todos los funcionarios públicos, y suprimió las masgistraturas populares.

13. El relato de las luchas intestinas que perpetuaba el gran cisma de Occidente en Europa, ha distraido nuestra atencion de todo el resto de la catolicidad. Esta acababa de librarse de un peligro aun mayor que el de que la salvó Carlos Martel en los llanos de Poitiers. Bajazeto I, sultan de los Turcos, al frente de un ejército innumerable se habia precipitado, en 1396, sobre las fronteras de Hungría. Sigismundo, que mandaba á la sazon en esta comarca, y cuyos Estados formaban el baluarte de la cristiandad, imploró el socorro de los príncipes cristianos. El sultan queria hacer menos una guerra de conquista, que una guerra de religion. « Mi caballo, decia, irá á comer cebada en » el altar de San Pedro. » Al entender esta bravata sacrílega, la Francia sintió hervir en su seno el belicoso ardor de las cruzadas. Los restos de la caballería, fugados de Crecy y de Poitiers, volaron á las orillas del Danubio. A su frente se hallaba el conde de Nevers, Juan Sin Miedo, despues duque de Borgoña. Defirió el mando en jefe de esta brillante milicia al mariscal de Boucicaut, el mayor capitan de su siglo despues de Duguesclin. Este armamento fué á reunirse á las fuerzas de Sigismundo bajo los muros de Nicópolis, nombre fatal que recuerda el mas sangriento desastre. El 25 de setiembre de 1396, el sultan destrozó al ejército cristiano, esperanza única de la Europa. Sigismundo se fugó, y esta cobardía determinó la pérdida de la batalla. Ningun Francés cejó : cada uno hizo montones de cadáveres muertos por su brazo; mas tanto heroismo nada podia contra la inmensa superioridad del número. Boucicaut, Juan de Nevers, Enguerrand de Coucy, el conde de Eu, etc., etc., fueron hechos prisioneros con todos sus compañeros. Despojados de sus vestidos, y atadas las manos á las espaldas, se les condujo ante el montaraz vencedor, que hacia matar sin piedad á los simples soldados, de que no esperaba ningun rescate; los señores, á quienes perdonó su codicia, fueron conducidos

cautivos á la Bitinia. La Europa, desarmada, recibia con pánico terror la noticia de la derrota de Nicópolis. El nombre cristiano amenazaba ser extinguido quizás, en Europa, á los duros golpes de un nuevo diluvio de Musulmanes, cuando hé aquí que por dicha providencial otro destructor de naciones, el célebre conquistador Mogol, Tamerlan, vino á atacar con sus hordas indisciplinadas á las tropas de Bajazeto. Se diria que los dos mundos se habian dado cita en los llanos de Ancira, donde se verificó el choque. Bajazeto fué vencido y hecho prisionero. Son increibles las humillaciones que le hizo padecer Tamerlan. Se servia de su cuerpo como de estribo para subir á caballo; le forzaba á estarse bajo la mesa durante sus comidas y á no alimentarse sino de los desperdicios que caian; y enfin le encerró en una jaula de hierro, en la cual el vencedor de Nicópolis se mató, estrellándose la cabeza contra las barras.

14. Lejos de estas escenas sangrientas, la Italia era entonces testigo de los milagros, celo y virtudes de san Vicente Ferrer. Nacido en Valencia, en 1357, esta gloria de España no habia tardado en llenar al mundo con el eco de su fama. Entrado en la órden de Predicadores, se propuso por modelo á santo Domingo. El cardenal Pedro de Luna habia sido enviado por Clemente VII para hacer reconocer su obediencia en España. Llevóse consigo á san Vicente Ferrer, que creia de buena fe á Clemente VII por legítimo papa. Al volver á Francia, Pedro de Luna se hizo acompañar del humilde religioso (1). Clemente VII quiso agregarlo á su corte, pero Dios llamaba á

(1) Se extrañará el que san Vicente Ferrer reconociese la obediencia del antipapa. Ya hemos hablado de san Pedro de Luxemburgo, que hizo lo mismo. Hé aquí, á este propósito, las palabras de san Antonino de Florencia, autor contemporáneo : « Durante el cisma, cada obediencia contaba en su seno doctores hábiles, » personajes ilustres por su santidad y hasta por sus milagros. Pero en el caso de » doble eleccion de pontífice, no nos parece sea necesario á la salvacion creer que » tal ó tal papa en particular sea el papa legítimo. Los pueblos no están obligados » á saber el derecho canónico; luego no pueden estar obligados á saber cuál es el » elegido canónicamente. Les basta en general estar dispuestos á obedecer al papa » legítimo, sea el que sea; bajo de este respecto pueden deferir al juicio de sus » obispos. »

Vicente Ferrer á las misiones del apostolado. Durante quince años recorrió la Provenza, el Piamonte, la Saboya, la Lombardía, la España, predicando en todas partes la doctrina del Evangelio. Dios renovó en él el milagro de Pentecostés. Aunque Vicente predicase en latin, era entendido, á la vez, por Griegos, Alemanes, Ingleses y Húngaros, que no sabian sino su lengua. Las conversiones obradas por su predicacion recordaban las maravillas del siglo apostólico. Se cuentan hasta veinticinco mil Judíos convertidos por su ministerio.

15. Por la misma época, la capital de la Bohemia era testigo de un mártir, para siempre jamás ilustre, que recibió la palma del martirio antes que quebrantar el secreto de la confesion. Venceslao, rey de Bohemia, hijo del emperador Carlos IV, habia sucedido á su padre, en 1376, en el trono de Alemania. Venceslao ha recibido el doble apodo de *beodo* y de *perozoso :* su vida no fué sino un tejido de bacanales, bajezas y crueldades. Este monstruo coronado tenia por esposa á Juana, hija de Alberto de Baviera, princesa acabada, cuyas eminentes virtudes contrastaban con los vicios del indigno emperador. Las violencias de su esposo no hicieron sino consolidarla en el camino de la perfeccion. Habia escogido por su confesor á san Juan Nepomuceno, canónigo de Praga, cuya fama publicaba maravillas. Bajo su direccion, la piadosa emperatriz hacia mas y mas progresos en la senda de la perfeccion. Pero como todo se vuelve veneno en un corazon corrompido, las virtudes de la emperatriz no hacian sino exasperar el feroz carácter de Venceslao. Hacia mucho tiempo que la habia abandonado, por entregarse mas á su sabor á los desórdenes; pero su envidia se aumentaba á pesar de sus desdenes. Las mas sencillas acciones de la princesa eran sospechosas para él, y cegado por la pasion, mandó llamar á san Juan Nepomuceno y le mandó le revelase la confesion de la emperatriz. Horrorizado el santo sacerdote, quiso representar al rey el grave pecado de esta sacrílega curiosidad. Venceslao, furioso, manda tender en un tormento á Nepomuceno, y los verdugos le aplican al cuerpo antorchas encendidas. Sobrellevó el mártir este suplicio con

heróico valor. En medio del suplicio no pronunció otras palabras que los sagrados nombres de Jesús y María. Se le levantó del potro semi-muerto para echarlo en un calabozo. Entretanto la emperatriz se echó á los piés de Venceslao, y logró con sus lágrimas y súplicas dar libertad al santo confesor. Pero no fué esta duradera. Poco despues el emperador le mandó llamar de nuevo y le dijo bruscamente: « Escoged, ó » la muerte, ó revelarme inmediatamente la confesion de la » emperatriz. » Se quedó mudo á esta interpelacion Nepomuceno; pero su silencio era sobrado elocuente. Venceslao, no guardando ya mesura, exclamó diciendo á sus guardias: « Echadme á este hombre al rio así que anochezca, para que » ignore el pueblo su castigo. » San Juan Nepomuceno empleó las pocas horas que le quedaban de vida para prepararse á su sacrificio. Durante la noche se le precipitó atado de piés y manos al Muldava, que baña los muros de Praga, en el 16 de mayo de 1383. Al dia siguiente una luz celestial reveló á los fieles el cuerpo del mártir y el crímen del emperador. Toda la poblacion de Praga acudió á las orillas para venerar aquellos preciosos restos. El furor del pueblo no pudo menos de estallar contra Venceslao. En 1394, los señores de Bohemia se apoderaron de su persona, le encerraron en un castillo, donde le guardaron como á una fiera. Logró fugarse y volvió á subir al trono, de donde, en 1397, le precipitó una nueva revolucion. Como si no pudiese cansarse la fortuna de prodigarle favores, logró todavía domar á los rebeldes y volver á tomar las riendas del gobierno. Pero su furia y accesos de cólera, mas insufribles que antes, desencadenaron contra él, por último, todas las venganzas populares. Los príncipes del imperio se dirigieron á Bonifacio IX, solicitando su autorizacion para deponerlo. La consiguieron, y juntos en una dieta de Ladenstein, declararon á Venceslao privado del trono, y eligieron rey de los Romanos á Roberto de Baviera, cuya eleccion fué ratificada por Bonifacio IX.

16. Y así, cuando el pontificado, dividido por un cisma cuyo fin no se preveia, parecia deber de perder todo su cré-

dito é influencia, aun era bastante poderoso para dar y quitar coronas. El resto del pontificado de Bonifacio IX fué empleado en asentar sobre bases sólidas la administracion y gobierno de Roma. Clemente VII murió en Aviñon el 16 de setiembre de 1394. La Universidad de París, inquieta por la obstinacion de este antipapa, desesperanzada de lograr la paz y union de la Iglesia por negociaciones, hasta entonces inútiles, vió manifestarse en su seno una reaccion desfavorable al pontífice de Aviñon. En una asamblea solemne de doctores y príncipes franceses, presidida por Carlos VI, en uno de los instantes lúcidos que le dejaba la enfermedad á este príncipe, habia adoptado á la unanimidad la proposicion de forzar á los dos pretendientes á una cesion absoluta de sus derechos, y procederse en seguida á nueva eleccion. Fueron enviados diputados á Clemente VII, que murió de pesar. « En una época de paz, » dice un sabio historiador (1), las cualidades reales de Cle- » mente habrian hecho un papa digno de elogio; pero el cisma » le hizo un pontífice menos que mediano, y se entristece el » ánimo al ver á qué punto rebaja esta funesta division los » hombres y las cosas. » Los cardenales de Aviñon se dividieron entonces; los unos querian que no se diese sucesor á Clemente VII, otros que se eligiese á Bonifacio IX. Si hubiera prevalecido este parecer, se hubiera concluido el cisma. Por desgracia, la mayoría se fijó en el peor partido : se convino en proceder á nueva eleccion bajo el ilusorio pretexto de que una vacante ofreceria menos facilidades para trabajar en la extincion del cisma. Solo que antes de entrar en conclave cada cardenal fué obligado á jurar sobre los santos Evangelios una fórmula, por la cual se comprometian, si eran elegidos, á procurar el restablecimiento de la unidad en la Iglesia por todas las vias posibles, sin exceptuar la renuncia al soberano pontificado. Eran promesas mas fáciles de hacer que de ejecutar; porque la ambicion halla siempre medios de eludirlas cuando llega el tiempo. Los votos recayeron en Pedro de Luna, que

(1) El abate Cristophe, *Historia del Pontificado*, tomo III, pág. 189.

tomó el nombre de Benedicto XIII, en 28 de setiembre de 1394. Dulce, afable, insinuante, de vida y conducta ejemplar é irreprochable, Pedro de Luna se habia mostrado el mas fogoso para prestar el juramento exigido antes de entrar en conclave. Lo renovó inmediatamente despues de su entronizacion ; pero, ó no era sincero, ó el amor del poder, pasion irresistible, cambió muy pronto sus sentimientos. Comenzó por excomulgar á Bonifacio IX, y respondió con cierta acrimonia á las observaciones del rey de Francia, que se quejaba de la precipitacion con que se habia procedido á una eleccion que perpetuaba el cisma.

17. La Universidad de París, cuyos doctores se agitaban sobre esta interminable cuestion, y despues de medio siglo buscaban como resolverla con un diluvio de discursos y memorias mas ó menos elocuentes, se creyó ofendida personalmente de que los cardenales de Aviñon hubiesen obrado sin consultarla en tan grave conjetura. Determinó pues al rey y á los príncipes que gobernaban á su nombre, á que se sustrajesen á la obediencia de Benedicto XIII, sin someterse por ello á la de Bonifacio IX. Las mas extrañas doctrinas salieron á luz en esta anarquía. Cuando se preguntó á los doctores franceses dónde estaria el centro de la autoridad eclesiástica, uno de ellos respondió : « ¿No tenemos los arzobispos de Lyon, » Sens y Bourges? » No se tuvo peor lenguaje en los mas críticos dias de la historia de la Iglesia. « Ya es tiempo que » arranquemos el reino á las tiránicas exacciones de los pa- » pas, » decian otros declamadores. De este modo hallaban fogosos defensores las libertades de la Iglesia galicana en los desórdenes de un cisma. Afectando el mayor celo por la unidad de la Iglesia, la Universidad de París no hacia en el fondo sino embrollar mas la cuestion. Se sucedian las asambleas, y la pesada facundia de los doctores y maestros de artes derramaba, como manantial inagotable, arroyos de erudicion indigesta, perdida entre un latin pedantesco con oropeles de ciceroniano. Sin embargo, dos grandes personajes sobresalieron en medio de aquella turba de medianías ó nulidades, que

creian hacerse un pedestal, con su ambicion, en el cisma que enlutecia á la Iglesia. Pedro de Ailly, llamado el *Águila de la Francia* y el *Martillo de los herejes,* era entonces canciller de la Universidad de Francia. Nacido en 1350 en Compiegne, de una condicion oscura, pronto se abrió los senderos de la ilustracion en la carrera de las letras. Se desplegaron con el mayor brillo sus raros talentos; y ora en filosofía, ora en teología, ora en derecho canónico, llegó á ser uno de los mas célebres doctores de su tiempo. Adicto á la obediencia de Clemente VII y de Benedicto XIII, el primero le hizo obispo de Cambray, y el segundo cardenal, en 1411. A pesar de los lazos que le unian al cisma, supo mostrar verdadera independencia de carácter, trabajando de buena fe al restablecimiento de la unidad. Se distinguió en los concilios de Pisa y de Constanza, donde su autoridad y elocuencia estuvieron siempre por la justicia y la verdad. — Al dejar la eminente dignidad que ocupaba en la Universidad para pasar á la silla de Cambray, Pedro de Ailly fué dignamente reemplazado por uno de los hombres de mayor nombradía en aquella época. Nombrar á Gerson, es señalar el azote de la herejía y del cisma, la luz de los concilios, y el sabio que tal vez haya realzado mas al talento por la modestia de su carácter. Nacido en la Champaña, y aldea de Gerson, en 1363, de padres oscuros pero honrados, fué enviado muy temprano á París para cultivar las felices disposiciones de su natural. Sus progresos fueron rápidos, y brillantes sus victorias. Discípulo de Pedro de Ailly, se mostró digno de tan ilustre maestro. Si el admirable libro de la *Imitacion de Cristo* ha salido de su pluma, ha probado que con un alma inspirada por la fe y la caridad se pueden muy bien no echar de menos los adornos del lenguaje, y escribir el mejor libro despues del Evangelio. Despues de dirigir treinta años la primera universidad del mundo, y de haberse granjeado nombre inmortal en el concilio de Constanza, Gerson vino á sepultar su ciencia y su gloria en Lyon, en la colegiata de San Pablo, y consagró los últimos años de su noble vida enseñando el catecismo á los niños. Durante el cisma, trabajó

en la pacificacion de la Iglesia con aquella sabia moderacion que concilia todos los intereses, pero tambien con la invencible constancia que acaba siempre por triunfar de los obstáculos.

18. La Universidad de París, descontenta con la eleccion de Benedicto XIII, habia hecho decretar la sustraccion de la obediencia. Todos los Franceses que se hallaban agregados á la corte de Aviñon, recibieron órden de dejar la ciudad inmediatamente. El mariscal Boucicaut, el héroe de Nicópolis, acababa de regresar á su patria despues de pagado su rescate al sultan de los Turcos. Se le dió el mando de un ejército encargado de guardar cautivo á Benedicto XIII en su palacio de Aviñon. Pero el antipapa logró evadirse y fué á refugiarse á Marsella, donde estaba seguro bajo la proteccion de Luis de Anjou, rey titular de Nápoles y conde de Provenza. En esto murió Bonifacio en Roma, el 1°. de octubre de 1404, donde habia restaurado el poder pontifical y merecido el elogio hecho en otro tiempo á Fabio Cunctator : *Cunctando restituit rem.*

§ III. PONTIFICADO DE INOCENCIO VII (17 de octubre de 1404-6 de noviembre de 1406).

19. En el momento de la muerte de Bonifacio IX, se hallan en Roma embajadores de la corte de Aviñon encargados por Benedicto XIII de negociar una reconciliacion. Trataban de impedir el que los cardenales procediesen á nueva eleccion. Por otra parte el pueblo romano, un momento contenido por la vigorosa mano del último papa, habia querido aprovecharse de su fallecimiento prematuro para recobrar su libertad. La sedicion triunfante recorrió las calles de la ciudad gritando : *¡ Viva el pueblo!* Espantados de este movimiento, los cardenales creyeron necesario darle un jefe. Para salvar á la vez los intereses generales de la cristiandad y las necesidades particulares de Roma, antes de entrar en conclave redactaron una acta solemne, semejante en el fondo á la del conclave de Aviñon. Cada cual se comprometió, si era electo papa, á procurar

la union de la Iglesia aunque fuese por renuncia del supremo pontificado. Así fué elegido y proclamado el cardenal Meliorato, y que tomó el nombre de Inocencio VII. Apreciado por su saber y pureza de costumbres, sencillo en su modo de vivir, enemigo de la avaricia y de la simonía, de piedad ejemplar y edificante, el nuevo papa se habia granjeado de antemano todos los corazones. Se esperaba que su modestia y sencillez personal de su trato lograrian apagar el cisma que tan cruelmente agitaba la barca de san Pedro por tantos años. Su corto reinado no le permitió realizar lo que se deseaba. Tal vez se podrá decir que el poder tiene embriagueces capaces de seducir á los mas nobles corazones, y á los que ni aun la virtud misma no sabe resistir á veces.

20. Lo primero que hizo al tomar las riendas del gobierno fué apaciguar la reaccion política, acontecida despues de la muerte de Bonifacio IX. Sin ejército, sin dinero y sin alianzas, parece que debia de sucumbir Inocencio VII á su empresa. Pero un defensor vino á ofrecerse por sí mismo en circustancias tan difíciles : este fué Ladislao de Nápoles. Al prestar su apoyo al soberano pontífice, parecia no obrar sino por reconocimiento ; pero su hábil y diestra política tenia miras menos desinteresadas y mas ambiciosas. Habia tomado por divisa aquellas palabras significativas : « O César, ó nada. » Su intervencion en las querellas de Roma le pareció un medio de abrirse camino al restablecimiento de la monarquía italiana, de la cual él hubiera sido cabeza. Con este designio compareció al frente de un ejército á las puertas de Roma, bajo el pretexto de proteger la libertad y vida de Inocencio VII. Terribles en los motines, los Romanos perdian su valor delante de soldados. La llegada de Ladislao sobró para que volviesen á entrar en órden los facciosos. En agradecimiento por este servicio, el papa concedió al rey de Nápoles el gobierno de la Campania y de la ciudad de Áscoli. Ladislao, á quien hizo esperar mas brillantes adquisiciones futuras este arreglo, se volvió á sus Estados. Se amotinaron segunda vez los Romanos, y el papa tuvo que retirarse á Viterbo; pero vuelto á llamar por aquella poblacion incons-

tante y caprichosa, regresó á su capital para morir el 6 de noviembre de 1406. — Benedicto XIII, en lucha pertinaz contra la Francia, iba errante por las playas del Mediterráneo, transportando su corte de Génova á Savona, de Savona á Mónaco, de Mónaco á Niza y á Marsella.

21. Parecia que Dios multiplicaba los prodigios de las virtudes cristianas á medida que el cisma ponia la Iglesia en situacion de mas en mas crítica. Santa Coleta ilustraba entonces la Francia y restablecia el espíritu de regularidad en la órden de Santa Clara. Nacida en Corbia, año de 1380, de pobre y oscura familia, habia manifestado Coleta desde la infancia gusto particular por el retiro y oracion : fué en extremo humilde, y no le espantaban las prácticas mas austeras de la penitencia. Tomó el hábito de monja en las de Santa Clara, y allí le dió á conocer el Señor lo que habia de trabajar para reformar la órden de San Francisco. Así que se aseguró de su vocacion, se determinó á ir á ver á Benedicto XIII para conferenciar con él y lograr los poderes necesarios. « Nacida en » Francia, dice el P. Berthier, y ocupada exclusivamente » en los ejercicios de la soledad, Coleta no ponia en duda la » autoridad de los papas de Aviñon. » Seguia en esto la doctrina de los obispos de su país : representaba ella la buena fe de los simples fieles, que sin entrometerse á juzgar sobre graves controversias, se guiaban pura y simplemente por sus legítimos superiores. Benedicto XIII puso algunas dificultades, mas al fin accedió á sus súplicas; la nombró abadesa general de las Claras, y le dió plenos poderes para establecer en esta órden todos los reglamentos que juzgara á propósito en honra de Dios y salvacion de las almas. Diez y ocho monasterios de monjas y muchos de frailes, ora en Francia, ora en Alemania, recibieron la reforma. La muerte sorprendió á santa Coleta en medio de estas santas ocupaciones, y Dios manifestó la gloria de su sierva con numerosos milagros. — Como si todos los santos hubiesen de estar repartidos entre las dos obediencias, la de Inocencio VII contaba en su seno al ilustre san Bernardino de Sena, que comenzó á fijar las miradas de la Italia por

el brillo de su vida evangélica. Nacido en Massa, año de 1380, de la poderosa familia de los Albizeschi, se distinguió muy pronto por su tierna piedad y especialísima devocion á María santísima. Enviado á Sena para estudiar, Bernardino fué admiracion de todos por su facilidad en aprender, por su elevado ingenio y progresos en las ciencias; pero aun se hacia admirar mas por sus virtudes. Todo respiraba en él santidad : su rostro, sus palabras, sus actos. Mas tarde se sintió llamado á recordar á los Franciscanos la observancia estrecha del primitivo fervor de su instituto. Su nombre ha sido puesto en el catálogo de los santos, y la Iglesia le tributa culto.

§ IV. PONTIFICADO DE GREGORIO XII (30 de diciembre de 1406, depuesto el 5 de junio de 1409 por el concilio de Pisa).

22. Nueva ocasion se presentó en la Iglesia de restituirle la unidad de su cabeza. Ambas obediencias estaban disgustadas del cisma; y se habia prometido desde mucho tiempo habia no perpetuarlo, dando sucesores á los dos pretendientes. El rey de Francia, al saber la muerte de Inocencio VII, se apresuró á escribir á los cardenales romanos, suplicándoles no procediesen á nueva eleccion hasta tomar de comun acuerdo medidas definitivas. Pero su carta llegó tarde por desgracia. Los cardenales romanos, reducidos á sus propios recursos, y en presencia de las facciones que tan fieramente habian turbado el anterior reinado, creyeron que Roma no podia estar sin papa, y esta consideracion, poniendo silencio á otras de órden mas elevado, les determinó á reunirse en conclave. Antes de proceder á ninguna operacion electoral, deseosos de que la futura eleccion no pusiese obstáculo á la paz, resolvieron colocar al electo en tal obligacion de renunciar la tiara, que pareciese menos un pontífice que un procurador encargado de deponer la dignidad pontifical (1). Con este objeto hicieron redactar, aun mas explícitamente que antes de Inocencio VII, una acta por la cual

(1) « Ut se magis procuratorem ad deponendum pontificatum, quam Pontificem factum existimare posset. » (*Spec. hist.* SOZOM. PISTOR, p. 1190.)

todos se comprometieron en junto, y cada cual en particular, que si uno de ellos fuese electo, renunciaria á la dignidad pontifical, pura, libre y simplemente, en caso que su adversario renunciase por su lado, ó muriese : despues de lo cual, ambos colegios se reunirian para nombrar canónicamente un Pastor legítimo. El futuro papa se comprometeria además á convocar, dentro de tres meses de su entronizacion, un concilio general para concluir con el cisma, y además, no hacer ninguna promocion al cardenalato : y que despues de acabada la eleccion y antes de publicarla, debia ratificar y aprobar de un modo auténtico cada artículo de este convenio; y en fin, renovar esta ratificacion y aprobacion en el primer consistorio público que celebrase despues de su coronamiento. Esta acta fué jurada por los cardenales sobre los santos Evangelios, despues de lo cual fué proclamado pontífice Ángelo Corrario, que tomó el nombre de Gregorio XII. La rectitud de sus intenciones, la generosidad de su carácter, su viva fe y las virtudes de que este anciano de setenta años habia dado constantemente ejemplo, hicieron creer á los cardenales que nadie mejor que él cumpliria la promesa consabida. Y en efecto, sus actos primeros confirmaron tales esperanzas. En el siguiente dia de su promocion escribió á Benedicto XIII, su competidor : « Ya estais viendo en qué » abismo de vergüenza y desgracias yace sumida la Iglesia por » el cisma de treinta años. A vos os toca pensar en lo que debeis » hacer y preguntar á vuestra propia conciencia. Respecto de » Nos, os declaramos abiertamente nuestro designio y nuestra » formal intencion. Cuanto mas fundados nos parecen nuestros » derechos, mas loable hemos creido sacrificarlos á la paz y » union de los cristianos. No estamos ya en tiempo de discutir » sobre el derecho, sino en tiempo de hacerlo plegar ante el » interés público y las circunstancias. Ofrecemos ceder nues» tros derechos legítimos al pontificado, si de vuestro lado con» sentís en lo mismo. »

23. Esta carta produjo en Francia la mayor sensacion; y se tributaron acciones solemnes de gracias á Dios, pues que se creia tocar al término del cisma, y á la tan deseada union.

Benedicto XIII no quiso ceder en generosidad al pontífice romano. En su respuesta declaró aceptar con el mayor júbilo las proposiciones que se le hacian, y aseguró que por su parte estaba dispuesto para salvacion de las almas y bien de la Iglesia á renunciar pura, lisa y llanamente al pontificado. Esta protesta puso á su colmo el gozo universal. Se señaló Savona como lugar de una conferencia entre ambos rivales; Benedicto XIII se presentó en dicho punto con gran pompa; y toda Francia le acompañaba con sus votos. Pero el universo católico supo con dolor que Gregorio XII, á pesar de las mas vivas instancias de los cardenales, se negó á comparecer (1). Con menosprecio del juramento solemne que prestó antes de su eleccion, promovió al cardenalato cuatro cardenales, de los cuales dos sobrinos suyos.

24. Despues de tantas pruebas infructuosas, ya no habia que contar con la cooperacion de los pontífices para la extincion del cisma. Sin embargo era necesario poner término á tal situacion. La disciplina relajada, el menos precio de las censuras eclesiásticas, el olvido de los mas sagrados deberes y reglas, la simonía habitual, el desenfreno de costumbres, el libertinaje, desórden y anarquía, funestos resultados del cisma, amena-

(1) Hé aquí cómo cuenta Illescas este suceso de la malograda conferencia...... « Pareció á unos y á otros que Savona era lugar conveniente para todos... Hecho esto, » partió de Roma el papa Gregorio así para cumplir lo puesto como porque la ciu- » dad estaba muy alterada... En llegando á Luca Gregorio, hubo quien le avisó que » no pasase adelante, porque Benedicto (que estaba ya en Génova) le tenia puestas » asechanzas en Savona y trataba de prenderlo... Lo cual, si era verdad ó no, Dios lo » sabe, ó si Gregorio lo quiso fingir por no pasar adelante. Pero como quiera que » sea, él repasó en Luca y escribió á Benedicto que por ciertas causas él tenia por » sospechosa la ciudad de Savona y no le parecia ponerse á peligro de su persona ; » por tanto, que se nombrase otro lugar seguro para todos y que allí iria luego de » buena gana. Alteróse de esto Benedicto y comenzo á porfiar que no habia de ser » sino en Savona... Benedicto, para asegurar mas á Gregorio y justificarse, pasó de » Génova hasta Porta Veneris. Pero ni aun con esto pudo sacar á Gregorio de » Luca. Estaban en Luca con Gregorio y en Porta Veneris con Benedicto embaja- » dores del emperador y de los reyes cristianos. Algunos de ellos, y principalmente » los franceses, aconsejaban á Gregorio no dejase de ir á Savona : pero el rey » Ladislao y otros amigos suyos eran de contrario parecer. Como él se estuvo en » Luca, Benedicto se volvió á Cataluña... » (Illescas, *Historia pontifical*, tomo II, folio 38.) (El Traductor.)

zaban volver la Iglesia á su mas desastrosa época. El peligro era inminente, la situacion sin antecedentes ni ejemplo; á un mal inaudito, era preciso un remedio único, aunque inaudito. El espíritu de Dios, que jamás abandona á su Iglesia, inspiró entonces la sola medida de salvacion posible. Esta gloriosa iniciativa partió de la Francia. El consejo de regencia de Carlos VI decidió que se observase la mas estricta neutralidad con ambos pontífices rivales. La mayor parte de los príncipes cristianos siguieron este ejemplo, é inmediatamente se entablaron negociaciones con los cardenales de ambas obediencias. Se logró separarlos de su papa respectivo. Los dos colegios se pusieron de acuerdo, y convocaron un concilio en Pisa para el 25 de marzo de 1409, donde todos tomasen parte. Gregorio XIII se retiró á Gaeta bajo la proteccion de Ladislao, rey de Nápoles; y Benedicto XIII se fué á Zaragoza.

25. Los embajadores de todos los príncipes cristianos, veintidos cardenales, los patriarcas titulares de Alejandría, Antioquía, Jerusalen y Aquileya, ciento ochenta arzobispos y obispos, trescientos abades y otros tantos doctores teológos y canonistas se reunieron en Pisa el dia citado. Se ha discutido, bajo el punto de vista teológico, el derecho de esta asamblea. En nuestro entender, es indisputable. Es verdad que en tiempos ordinarios no pueden celebrarse concilios sin autorizacion del pontífice romano; pero en la coyuntura actual ninguno de los dos pretendientes podia convocar concilio general, pues ninguno de los dos estaba reconocido universalmente. En la duda sobre la legitimidad del soberano pontífice, los cardenales pudieron y debieron obrar como si la Santa Sede estuviese vacante. Ningun concilio general puede celebrarse sin autoridad del papa. Pero lo que precisamente se iba á tratar aquí era establecer de un modo definitivo la autoridad del papa, y desprenderla de la nube que la ocultaba ó escondia. Ambos rivales habian prestado juramento, en su eleccion, de concurrir á la paz y union de la Iglesia: ambos habian quebrantado su promesa. Gregorio XII abiertamente, Benedicto XIII con disimulo, y aparentando buena fe á lo exterior: pero ni uno ni

otro engañaban á nadie ya. Tocaba pues á los cardenales que los habian elegido, que les habian obligado á jurar condiciones explícitas, que los habian instituido como sus representantes para terminar el cisma, « como procuradores para de» poner en tiempo oportuno la dignidad pontifical; » tocaba, decimos, á los cardenales procurar el restablecimiento de la unidad. Así lo entendieron, y el concilio de Pisa fué obra de su celo por la Iglesia, y será su mayor título de gloria. Los teólogos que entonces escribieron para sostener la legitimidad del concilio lo hicieron con calor, y aun con cierta vivacidad que les hizo salir de los límites de lo justo. Gerson, á quien prestaba casi autoridad soberana su fama, públicó dos tratados. El ilustre canciller probó en el primero la legitimidad del concilio, y refutó con el mayor juicio y moderacion las objeciones contra ella. Pero en el segundo, intitulado *De auferibilitate papæ*, pasó de una cuestion particular á una conclusion general, diciendo que en todo caso, un concilio ecuménico puede deponer á un papa. Toda la tradicion protestó contra esta doctrina, que han querido renovar los Galicanos. La deposicion de Gregorio XII y de Benedicto XIII, y la de Juan XXIII en el concilio de Constanza, de que hablaremos mas tarde, no pueden invocarse como argumentos en favor de esta opinion. Estos dos concilios tenian que juzgar, no á un papa legítimo y universalmente reconocido, sino, al contrario, que constituir un papa para dar fin á la division del pontificado. El medio natural era renunciar recíprocamente á las obediencias rivales, para reunir todos los sufragios é intereses en una misma cabeza. Este plan, que solo se logró á medias en Pisa, salió por completo en Constanza, gracias al concurso de los príncipes cristianos.

26. Despues de haber citado á Gregorio XII y á Benedicto XIII para comparecer ante la asamblea, los Padres del concilio de Pisa entablaron serio exámen del grave negocio que los reunia. Se debatieron largo tiempo los diversos expedientes de pacificacion; y el resultado de la discusion fué que era necesario obligar ambos pretendientes al soberano pontificado,

quitarles toda obediencia y proclamar un papa elegido por los cardenales de ambos partidos, el cual reinaria sin contestacion. Lejos ya nosotros de los hechos que apasionaban entonces á todos los ánimos, hallamos el sistema de cesion adoptado por la asamblea muy propio para terminar la contienda. Este fin se hubiera logrado completamente sin las pretensiones de ambos rivales y sin la pertinaz adhesion de algunos príncipes á sus respectivas obediencias. Ni Gregorio XII ni Benedicto XIII comparecieron ante el concilio. El 5 de junio de 1409, las puertas de la basílica donde se celebraban las sesiones fueron abiertas á la muchedumbre, que se precipitó á oir la lectura de la sentencia definitiva. En medio del mas profundo silencio, el patriarca de Alejandría declaró en alta voz: « A Pedro de Luna y » á Ángelo Corrario, llamados en sus obediencias, aquel Bene- » dicto XIII, y este Gregorio XII, depuestos del pontificado; » á los fieles alzados de toda obediencia á ellos, y á la Santa » Sede vacante. » Esta sentencia, hasta entonces sin ejemplar, como la situacion que la habia motivado, fué acogida con aclamaciones de júbilo, y seguida del canto del *Te Deum*.

§ V. PONTIFICADO DE ALEJANDRO V (26 de junio de 1409-9 de mayo de 1410).

27. A pesar de la obstinacion de los dos papas depuestos, quienes no se sometieron ni uno ni otro á la sentencia pronunciada contra ellos, la Santa Sede estaba vacante; y no se pensó un otra cosa en Pisa sino en darles uno que los reemplazase indisputablemente. Hubo divergencia de opiniones en las congregaciones preparatorias. Unos querian que el mismo concilio eligiese; otros que solos los cardenales, á pesar de sus dudosos orígenes, hiciesen la eleccion para no derogar el uso establecido. Este último parecer prevaleció, y los cardenales, despues de haber jurado no dejarse mover en esta santa obra por miras mezquinas de interés personal, entraron en conclave. Jamás se hicieron súplicas mas ardientes al cielo para tener un pontífice: el concilio, los embajadores y todos los fieles oraban, y no se dudó que el cisma acababa. El 26 de junio de 1409, todos los

votos recayeron unánimemente en el cardenal Pedro Filargi, de Candía, que tomó el nombre de Alejandro V. Nunca se hizo eleccion mas pura y ajena de toda influencia política. El nuevo papa no tenia familia ni alianzas poderosas. Recogido, siendo niño, en la isla de Candía, jamás conoció padre, madre ni parientes; pero su elevado mérito é inteligencia le sirvieron de apoyo. Entrado en la órden de San Francisco, estudió en Bolonia, Oxford y París: publicó sobre el *Libro de las Sentencias* de Pedro Lombardo un comentario elegante y sabio, que le granjeó la admiracion de todos los teólogos. Elevado á la silla de Milan desde luego, mas tarde fué promovido al cardenalato por Inocencio VII; y era de sententa años de edad cuando subió al trono pontifical. La eleccion de Alejandro V produjo inmenso entusiasmo. La bondad del pontífice y su caridad eran ilimitadas. Como habia experimentado las desgracias, ansiaba hacer felices á otros. Muy pronto agotaron el tesoro pontifical, y gustaba repetir con graciosa ingenuidad y chiste: « Fuí obispo rico, he sido cardenal pobre, y ahora soy papa » mendigo. »

28. Sin embargo, este advenimiento tan placentero y bien recibido no hizo sino complicar el cisma. Hubo entonces tres obediencias. Gregorio XII, retirado en Gaeta, continuaba en ser reconocido por los Estados napolitanos, la Hungría, la Baviera, Polonia y reinos del Norte. Castilla, Aragon, Navarra, Escocia, Córcega y Cerdeña continuaron fieles á Benedicto XIII. Francia, Inglaterra, Portugal y la alta Italia se sometieron á Alejandro V. Roma imitó muy pronto su ejemplo, y hasta Aviñon, tanto tiempo hacia silla de los antipapas, volvió á entrar en la obediencia del pontífice legítimo. Los diputados del pueblo romano vinieron á Bolonia, donde se hallaba Alejanero V, despues del concilio de Pisa, y le entregaron las llaves de la Ciudad eterna, suplicándole la honrase pronto con su presencia. El papa los acogió con bondad y les prometió acceder á sus deseos. Se propuso al mismo tiempo proporcionar á la Iglesia el definitivo restablecimiento de la unidad, y con este objeto convocó para el año 1412 un concilio general. Se pro-

puso además reformar abusos en la administracion, reprimir la simonía, reunir las Iglesias latina y griega, medida tanto mas urgente en vista de los espantosos progresos de los Turcos; y por fin exterminar la herejía de Juan Wicleff que, salida de Inglaterra, infestaba ya la Alemania. Pero la muerte le previno, y espiró en Bolonia el 3 de mayo de 1410, diciendo á los cardenales, renundos en torno de su lecho: « Os dejo mi paz, os » doy mi paz. »

§ VI. **PONTIFICADO DE JUAN XXIII** (17 de mayo de 1410-abdica en el concilio de Constanza; se retracta de su rennncia, y es depuesto definitivamente el 29 de mayo de 1415).

29. Menester era conquistar la paz que, al morir, habia querido legar Alejandro V á la Iglesia. Se hallaban reunidos en Bolonia diez y siete cardenales de los veintidos que componian el sacro colegio. Entraron en conclave el 15 de mayo, y tres dias despues fué elegido el cardenal de San Eustaquio, Baltasar Cossa, quien tomó el nombre de Juan XXIII. El nuevo papa aun no era presbítero. Nacido en Nápoles del conde Juan de Troya, señor de Procida, habia contraido en su juventud los hábitos de una vida suntuosa. Destinado á la carrera eclesiástica, habia estudiado el derecho canónico en la Universidad de Bolonia. Bonifacio IX habia entrevisto en él rara aptitud para los negocios, tacto en sus miradas, valentía en sus pensamientos y rapidez de ejecucion; lo cual hacian de él un hombre precioso. Le promovió al cardenalato y le empleó en negocios de la mayor importancia. Encargado de la legacion de Bolonia, Baltasar sirvió muy hábilmente los intereses de la Santa Sede. Sin embargo, es necesario convenir que no usó siempre de su ascendiente con desinterés, y que dejó traslucir sobrado frecuentemente un móvil de ambicion personal. Por otro lado, su vida profana era sobrado semejante á la de los príncipes de su tiempo, y en el mundo tenia mas bien fama de militar y hábil político que de prelado edificante. Pero cualesquiera que hayan sido sus flaquezas, las expió terriblemente. El golpe ruidoso que terminó su pontificado, arrancó de cuajo todas sus humanas esperanzas; y jamás se mostró mas grande

que cuando, abatido por la desgracia, se hizo superior á su infortunio por una sumision admirable.

30. El reinado de Juan XXIII fué inaugurado por una serie de triunfos, á los que siguieron de cerca iguales reveses. Una tentativa de Ladislao, rey de Nápoles, para sorprender á Roma fracasó por la lealtad y valor de las tropas de la Iglesia. Una diputacion de Romanos fué á suplicar al nuevo pontífice transportase su silla á la Ciudad eterna. Accedió á sus instancias, y su entrada en la ciudad de los apóstoles se hizo con pompa inusitada. Juan XXIII llamó á Luis de Anjou para escudarse con él contra Ladislao; y nombró al príncipe francés gonfalonero de la Iglesia romana, y le remitió el estandarte pontifical. Al frente de un ejército entró Luis en el reino de Nápoles, y obtuvo contra él, en 19 de mayo de 1411, la célebre victoria de Roccasecca. Ladislao estaba perdido si Luis hubiera sabido aprovecharse de la victoria; pero los Franceses son mas guerreros que organizadores. Ladislao empleó todos los momentos que tan vanamente perdia su adversario. Logró reunir los restos de su ejército, puso sus fortalezas en estado de defensa y ocupó los diversos puntos de paso por donde el enemigo podia penetrar en el corazon de su reino. Luis de Anjou escaseó muy pronto de víveres y dinero; no pudo sostener la campaña y tuvo que regresar á Roma con su ejército, de donde se volvió á la Provenza. Un año mas tarde, en 1412, Ladislao volvió á hallarse bajo los muros de Roma con fuerzas imponentes. Los soldados pontificales abandonaron sus puestos al acercarse los Napolitanos: la ciudad fué saqueada, y el papa tuvo que fugarse casi solo á Viterbo, en tanto que Ladislao sometia toda la Campania de Roma.

31. Por entonces vino á vacar el trono imperial por muerte de Roberto de Baviera, en 1410. El imperio era como presa que se disputaban los príncipes alemanes. Entre los candidatos de mérito, solo dos se presentaron, rivales en influencia. Sigismundo, rey de Hungría; Josse, marqués de Moravia y elector de Brandeburgo. Así que entraron en lid estos dos poderosos competidores, todos los demás se retiraron de la

escena. Para dar mas peso á su pretension, Sigismundo se apresuró á solicitar el apoyo de Gregorio XII, cuyo partido seguia, prometiéndole hacer todo lo posible porque el cisma acabase en su favor. Pero Juan XXIII, como hábil político, comprendió las ventajas que podia sacar de su alianza con el rey de Hungría. No perdonó diligencia para atraérselo á su obediencia, y le ofreció su proteccion, que aceptó el príncipe. Juan XXIII escribió á todos los electores designando á sus sufragios al rey de Hungría como el príncipe mas capaz de ceñir dignamente la corona imperial. Su proclamacion fué todopoderosa, y Sigismundo fué proclamado emperador de Alemania, en la dieta de Francfort, de dicho año 1410. Juan XXIII creyó haberse captado un aliado fiel en la persona de Sigismundo. Refugiado en Viterbo, le escribió pidiéndole socorro contra Ladislao. Pero el nuevo emperador tenia miras mucho mas elevadas. Creyó que seria mas digno de él trabajar en la extincion del cisma que intervenir en una contienda particular. En consecuencia, sin responder categóricamente á lo que era principal asunto de las cartas del papa, le envió embajadores á efecto de lograr la indicacion de un concilio para el año siguiente. Juan XXIII habia esperado extinguir el cisma por vias amistosas, y le sobrecogió la proposicion del emperador. Sin embargo, le era preciso resignarse á ello, y envió legados á Sigismundo para concertar con él el lugar mas oportuno para la celebracion del concilio. Sigismundo señaló la ciudad de Constanza, ciudad de sus Estados, y se fijó la abertura al 1°. de noviembre de 1414. Precedió á esta célebre data la muerte repentina de Ladislao, en Nápoles, año 1414, último acontecimiento feliz para Juan XXIII: dejó el trono á Juana II, su hermana. La muerte de Ladislao libertaba á la Italia, cuya conquista meditaba, y no hubiera podido resistir segun toda probabilidad á su formidable ejército y ambiciosa política.

32. Todo el mundo católico tenia fijas sus miradas en Constanza: se reunieron en esta ciudad todos los personajes ilustres de la cristiandad. Diez y ocho mil eclesiásticos de todo rango y dignidad llenaron la ciudad y sus alrededores: toda Europa

se puso en movimiento. El emperador Sigismundo vino en persona á tomar parte en las deliberaciones de esta inmensa asamblea. Los nuncios de Gregorio XII y de Benedicto XIII se presentaron con plenos poderes de sus amos. Juan XXIII vaciló en un principio sobre el partido que habia de tomar, pero en fin los cardenales le decidieron á presidir el concilio en persona. Lo abrió el 5 de noviembre con la pompa seductora y majestuosa que gustaba desplegar en las grandes representaciones; pero esta ceremonia tan encantadora en que afectaba hacer resplandecer las glorias del pontificado, este triunfo fué para él muy efímero. Para poner debido órden en las deliberaciones de asamblea tan numerosa, se convino en dividirla por naciones, á cada una de las cuales no les fué otorgada sino una voz, ó voto. Estas fueron cuatro : Italia, Francia, Alemania é Inglaterra. Luego se añadió España, cuando se hubo terminado el proceso de Pedro de Luna. Cada nacion conferenciaba aparte sobre las diferentes materias que se sometian á su deliberacion. La mayoría de votos constituia el único sufragio de cada una de ellas. El resultado de sus conferencias era comunicado en seguida á congregaciones generales y leido en las sesiones del concilio. Esta organizacion hizo desaparecer para Juan XXIII la ventaja que pudieran darle el número preponderante de prelados italianos. La primera cuestion sometida al concilio fué la del modo que se debia adoptar para procurar la union. Dos medios se presentaban : el reconocimiento absoluto de Juan XXIII, y la deposicion de los otros dos pontífices ; ó bien, cesacion simultánea de los tres pretendientes, y eleccion definitiva de un papa universal. El primer medio fué sostenido naturalmente por Juan XXIII, y quizás hubiera prevalecido sin la publicacion de una Memoria, en la cual se inculpaba gravemente la persona del pontífice y su vida privada. Por la impresion profunda que causó este manifiesto acusador, Juan XXIII perdió á la vez su consideracion y la energía que le hubiera sido necesaria para dominar mas largo tiempo los espíritus. Un decreto leido en la quinta sesion le quitó toda esperanza. Se adoptó unánimemente la

cesacion lisa y llana, se presentó á Juan XXIII una fórmula de renuncia concebida en estos términos : « Para quietud de todo » el pueblo cristiano declaro, prometo, contraigo el empeño, » y hago voto á Dios, á la Iglesia y á este santo concilio de dar » espontánea y libremente la paz á la Iglesia por medio de mi » cesion simple del pontificado, tan pronto como lo juzgue » oportuno este santo concilio, y cuando esta medida pueda » acarrear el restablecimiento de la unidad. » Leyó el papa esta fórmula en silencio, y cuando hubo acabado, dijo : « Mi » intencion ha sido siempre de dar la paz á la Iglesia, y por » eso he venido al concilio de Constanza. Acepto la fórmula. » A esta declaracion, el emperador, los cardenales, todos los miembros presentes del concilio exclamaron dando gracias á Dios : hubo repique general de campanas en señal de regocijo, y se cantó solemnemente el *Te Deum*, derramando todos lágrimas de júbilo. En el siguiente dia el papa ofició pontificalmente. Despues de la misa, sentado en su trono ante el altar, vuelto el rostro á la asamblea, leyó en alta voz la fórmula aceptada en la víspera. Cuando llegó á aquellas palabras : « Yo pro» meto, me empeño, juro, » dejó su trono, y arrodillándose al pié del altar, puesta la mano derecha en su seno, añadió con voz penetrante : « Así lo prometo. » Toda la asamblea prorumpió entusiasmada con acciones de gracias. El emperador se levantó, dió gracias al papa en nombre del concilio y en el suyo propio por lo que acababa de hacer ; y luego, hincando la rodilla en tierra y deponiendo su corona, le besó los piés. Llegó á su colmo la ternura y alegría del clero y pueblo.

33. Si Juan XXIII hubiese perseverado en esta línea de conducta, hubiera podido perder el pontificado, pero se habria granjeado una gloria pura é inmortal (1). Por desgracia se dejó

(1) Respecto de las dificultades que promovia, de parte de los pontífices, la renuncia al pontificado, creemos deber citar las siguientes palabras, notables por su moderacion y sensatez : « No creemos, dice Artaud de Montor, que para hallar la » causa de tan larga resistencia, sea menester penetrar en los pliegues de una obsti» nacion ordinaria y comun que aficiona á los hombres al amor de las cosas de la » tierra. Tal vez, no es necesario atribuir á los defectos de la humanidad esta tena» cidad, como fuera de naturaleza, que tiende á no devolver lo que ha sido recono-

llevar de otras inspiraciones, y en la noche del 21 de marzo salió furtivamente de Constanza y fué á refugiarse á Schaffouse. Poco despues publicó un largo manifiesto en que justificaba su evasion con las mas amargas quejas de la opresion que habia padecido en Constanza, con las mas violentas recriminaciones contra el emperador y el concilio. La asamblea se indignó mas que no se extrañó en vista de estas amenazas. Entonces se manifestaron las opiniones mas radicales contra la autoridad de los soberanos pontífices, y fueron desarrolladas con la mayor libertad. El canciller de la Universidad de París, Gerson, pronunció un discurso donde trató de probar la *superioridad del concilio sobre el papa*. Tales exageraciones fueron rechazadas por los Padres mas prudentes y moderados. El 30 de marzo de 1415 se publicó un decreto con las tres cláusulas siguientes : « 1ª. Toda persona de cualquiera » dignidad que sea, aun de la papal, está obligada á obedecer » al concilio de Constanza en lo concerniente á la fe, á la ex- » tincion del cisma y á la reforma de la Iglesia en su cabeza y » en sus miembros. 2ª. El que rehusare pertinazmente obede- » cer á los decretos, estatutos y reglamentos del concilio, será » castigado con arreglo á los cánones. 3ª. El papa Juan XXIII, » los prelados y todos los otros miembros del concilio han » sido y estado siempre libres. La fuga del soberano pontífice » ha sido una violacion manifiesta de sus compromisos. » El papa, por otra parte, publicaba que su juramento le habia sido arrancado por violencia y que no se creia obligado á cumplirlo : y se retiró á Brisach para estar mas seguro. Se entablaron entonces negociaciones entre el concilio y el papa fugitivo, mas sin resultado. Aun era tiempo para el papa de evitar la descarga que le amenazaba. Si se hubiese mostrado de improviso en medio de la asamblea y hubiera renunciado

» cido por cardenales, por pueblos enteros, por príncipes; y á mirarla cosa como una » propiedad que ningun poder humano pueda tener derecho de arrancarla. Abstengámonos pues de juicios severos, y de anatemas inútiles é insensatos. Dios no ha » hecho á los hombres bastante fuertes para que puedan renovar tales combates. » (*Historia de los soberanos pontífices*, tomo III, pág. 262.)

generosamente en manos de los representantes de la Iglesia una dignidad que no podia conservar, se hubiera evitado la mayor humillacion; pero permaneció inflexible, y el 29 de mayo se juntó el concilio en su duodécima sesion, que habia de tachar para siempre jamás á Juan XXIII. Se citó, solo por la forma, por última vez al papa. El promotor declaró en seguida que habiéndose llenado todas las formalidades canónicas y agotado los procedimientos, era llegado el momento de la justicia. Entonces el obispo de Arras se levantó y leyó la sentencia que terminaba así: « El santo concilio declara á » Juan XXIII depuesto y privado del soberano pontificado, » absuelve á todos los fieles del juramento de fidelidad á su » persona, les prohibe reconocerlo en adelante por papa ni » darle tal nombre. » La lectura de esta acta, sin precedente en la historia, fué leida con religioso silencio: toda la asamblea unánimemente la confirmó con la voz acostumbrada, *placet*, y se rompió el sello pontifical. Cuatro cardenales fueron encargados de la penosa mision de notificar la sentencia al pontífice depuesto. Pero el infortunio habia cambiado en poco tiempo el ánimo de Juan XXIII, y elevado su carácter. Recibió los comisarios del concilio con calma, dignidad y resignacion, y les respondió : « Juro no hacer ni en público ni en » secreto la menor reclamacion contra esta sentencia : yo » mismo renuncio desde este momento á todos los derechos » que pudiere tener al pontificado. Y no solamente no quiero » ser ya papa, sino que quisiera no haberlo sido jamás; por- » que desde que llevo este título augusto no he tenido un solo » dia de bueno. » Tan noble resignacion repara faltas y hace olvidar flaquezas. ¿Porqué nos hemos de ver precisados á decir que tan heróico acto no bastó á desarmar á los enemigos de Juan XXIII? — Sigismundo, creyendo sin duda no se arrepintiese de nuevo de su abdicacion, le hizo encerrar en la fortaleza de Manheim, custodiado por Luis, palatino del Rhin. La reclusion del pontífice depuesto era una medida que debió haberle excusado su franca sumision.

34. El concilio prosiguió sus operaciones. Aun quedaban

dos rivales que someter. Gregorio XII, conociendo sin duda la realidad de su posicion por la caida de Juan XXIII, envió á Constanza al conde Carlos de Malatesta, con dos bulas pontificias. En la primera reconocia el derecho del concilio, en la segunda renunciaba explícita y formalmente el pontificado. La lectura de estas dos actas se hizo en sesion general con aplauso y aclamacion de todos los Padres. Por su lado, Gregorio XII juntó en Rímini, donde habia buscado asilo bajo la proteccion de Malatesta, á los que formaban su consejo. Abdicó de nuevo en su presencia, y protestó no pensar mas en el pontificado supremo. Vuelto cardenal con título de legado perpetuo en la Marca de Ancona, murió dos años despues en Recanati, grande á los ojos de la historia por su franqueza, y constancia en su renuncia.

35. Benedicto XIII no imitó su ejemplo. Reinaba aun, defendido por la Escocia, Aragon, Castilla, Cerdeña, Córcega, y sobre todo por su indómito carácter. Aislado en Peñíscola, reino de Valencia, estaba resuelto á vivir y morir papa. Sigismundo le habia hecho pedir una entrevista, que se verificó en Perpiñan. El emperador le propuso de parte del concilio renunciase á todas sus pretensiones, y que para bien de la Iglesia, abdicase una dignidad que se le iba á arrancar por fuerza si resistia. El obstinado anciano no respondió sino con escapatorias y subterfugios. Sigismundo queria una resolucion definitiva, é insistió por conseguirla. Benedicto XIII reunió entonces un consistorio solemne, y pronunció un largo discurso que concluyó con estas palabras: « *Bonum certamen certavi, » cursum consummavi, fidem servavi; in reliquo reposita est » mihi corona justitiæ.* Solo yo soy pontífice ahora. En el » estado en que se hallan las cosas, no soy yo quien mantiene » el cisma, sino la asamblea de Constanza. Que se me reco» nozca por papa, y ya no habrá cisma, pues que no hay con» currentes. Pero que no se espere de mí jamás que abandone » la barca de san Pedro, cuyo timon me ha dado á guiar » Dios. » Estas expresiones, que dejaban traslucirse miras de ambicion personal, separáron á Fernando, rey de Aragon, de

la causa del antipapa. De regreso á Peñíscola, Benedicto XIII supo que este príncipe acababa de sustraerse de su obediencia. En vano apuró san Vicente Ferrer todos los recursos de su ascendiente, elocuencia y santidad de vida, para doblegar la pertinacia del anciano. « Santo Padre, le decia, vale mas » vivir en pobreza que sostener discordias entre cristianos por » un apego culpable á las dignidades de la tierra. » Fueron inútiles estos sabios consejos. Benedicto XIII, armándose de sus rayos como si aun pudieran ser temibles, lanzó excomunion contra el rey de Aragon y le declaró privado de sus Estados. Pero esta bulla produjo un efecto contrario al que esperaba el antipapa. Los reyes de Castilla, Navarra y Escocia abandonaron su causa. En presencia de estos hechos que facilitaban en adelante su tarea, los Padres de Constanza en su trigésimaséptima sesion pronunciaron la decadencia irrevocable de Benedicto XIII. Leida la sentencia que derrocaba el mas firme baluarte del cisma, se cantó solemnemente el *Te Deum*, acabándose así la primera parte de la mision del concilio.

36. El intervalo de las negociaciones entabladas con Benedicto XIII habia sido empleado en el juicio solemne decretado contra Juan Hus, Jerónimo de Praga y sus adherentes. Estos dos discípulos de Wicleff habian ido á Constanza para defender sus errores, que se reducian á cuatro puntos principales : « 1°. La Iglesia es un cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo, y » cuyos solos miembros son los justos y predestinados, con » exclusion de los pecadores y réprobos. Al modo que ningun » predestinado puede perecer, ningun miembro de la Iglesia » puede ser separado de ella : por lo cual la excomunion no » nos excluye de la salvacion eterna. Además, el papa y los » obispos, no pudiendo hacer discernimiento de elegidos y » reprobados, la Iglesia no dejaria de subsistir aun cuando no » hubiera obispos ni papa. 2°. Todo cuanto obra el virtuoso » es bueno ; todo cuanto obra el vicioso es malo ; luego las » potestades eclesiástica y civil pierden su autoridad respectiva por el pecado mortal : en este caso, la rebelion es un

» derecho. 3°. Solo Jesucristo tiene el poder de atar y desatar; » la delegacion hecha á sus Apóstoles y sucesores no tiene » otro efecto que declarar que el perdon está otorgado ó dife- » rido : luego los pecados son perdonados por la contricion, » mas no por la absolucion del sacerdote. 4°. La sagrada Es- » critura es nuestra única regla de fe y de conducta; toda » ordenanza eclesiástica opuesta á la Escritura no merece res- » peto ni obediencia. Y así, es contrario á la Escritura restrin- » gir á una circunscripcion territorial el poder radicalmente » otorgado á todo sacerdote de predicar el Evangelio. » Estos cuatro artículos contienen en gérmen todo el protestantismo. Juan Hus y Jerónimo de Praga los sostuvieron con invencible obstinacion. Conferencias públicas y privadas, exhortaciones, súplicas, todo fué puesto en obra para lograr una retractacion. Juan Hus pareció ceder por un tiempo, mas al punto de firmar la fórmula que se le dictaba en lengua bohemiana, arrojó la pluma diciendo : « Jamás cometeré este sacrilegio. » En su consecuencia, fué pronunciada contra él sentencia definitiva, el 6 de julio de 1414; el heresiarca, depuesto y degradado del sacerdocio, fué entregado á Sigismundo, que le condenó á la pena de fuego. Estando ya sobre el leñero, el duque de Baviera le exhortó y dijo : « Retractaos, pues. » Mas el heresiarca obstinado respondió : « Mas vale obedecer á Dios que á » los hombres : » y murió pronunciando estas palabras : « Je- » sús, Hijo de Dios vivo, tened misericordia de mí. » Jerónimo de Praga tuvo igual paradero. Las llamas de estas dos hogueras encendieron en guerra civil á la Bohemia, Moravia y parte de la Polonia : todos los esfuerzos del emperador Sigismundo, durante el resto de su reinado, no pudieron apagar este vasto incendio. Se ha reprochado al concilio de Constanza de haber quebrantado para con los reformados bohemios los salvoconductos imperiales, y de haber desplegado injustamente contra ellos un rigor sanguinario. Estas dos acusaciones se fundan, la primera en no conocer bien los hechos, la segunda en la ignorancia, verdadera ó fingida, de las leyes de la edad media. [El salvoconducto otorgado á los dos herejes

por Sigismundo tenia por objeto proteger su viaje y darles libertad de exponer libremente sus opiniones, para que haciéndose ellos mismos cargo de su falsedad pudiesen arrepentirse y ceder; mas de modo alguno les eximia de las penas á que les condenaban las legislaciones de la edad media á los herejes pertinaces y obstinados, como lo fueron Juan Hus y Jerónimo de Praga, ambos súbditos de Sigismundo. Por otra parte el orgullo les cegó, y como declaró Jerónimo de Praga, querian *hacerse un nombre inmortal,* prefiriendo la muerte á la retractacion.] Las penas de la edad media eran mas severas que las de nuestra época contra los herejes que entonces se reputaban como reos de *lesa sociedad,* de lesa Majestad, divina y humana. No hay razon para que juzgamos, segun nuestras ideas y costumbres, un hecho histórico anterior. Hemos visto con sobrada frecuencia en nuestro siglo á los criminales de la víspera salir proclamados héroes al dia siguiente, para que no tomemos en cuenta, en nuestros juicios, ideas y hábitos contemporáneos. No se inventó pues para los novadores bohemios nueva penalidad : se les aplicó la legislacion en vigor, constante y universalmente, en toda la edad media, en que la pena de fuego era el suplicio usado contra los herejes obstinados. Por otra parte, ni Juan Hus, ni Jerónimo de Praga eran discursistas ó teólogos pacíficos, ni cuyo error fuera indiferente [al bien y conservacion de la sociedad] : su doctrina ya habia puesto las armas en mil brazos y hecho derramar torrentes de sangre. Las filantrópicas lamentaciones del luteranismo y volterianismo, sobre su merecido suplicio, pudieran aplicarse con mas justo título á las desgraciadas víctimas de las doctrinas husitas, y á tanta sangre inocente como han hecho dearrmar. La decision del concilio de Constanza hizo retrogradar el protestantismo un siglo mas, y salvó así á la Iglesia.

CAPITULO IV.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE MARTINO V (11 de noviembre de 1417-20 de febrero de 1431).

1. Eleccion de Martino V. Juan XXIII se somete al nuevo papa. Fin del cisma de Benedicto XIII, y del antipapa Clemente VIII, su sucesor. — 2. Ultimas sesiones del concilio de Constanza. — 3. Entrada de Martino V en Roma. — 4. Estragos de los Husitas en Alemania. — 5. Embajada de Juan Paleólogo á Roma. — 6. Juana de Arc. Libramiento de Orleans. — 7. Consagracion de Carlos VII en Reims. Suplicio de Juana de Arc en Rouen. Muerte de Martino V.

§ II. PONTIFICADO DE EUGENIO IV (4 de marzo de 1431-23 de febrero de 1447).

8. Oposicion sistemática al pontificado. — 9. Eleccion de Eugenio IV. Husitas en Alemania. — 10. Concilio de Basilea. Sus ataques contra la autoridad de Eugenio IV. — 11. Moderacion del papa en esta ocasion. — 12. *Época buena* del concilio de Basilea. — 13. Husitas en el concilio de Basilea. — 14. Eugenio IV disuelve el concilio. — 15. El concilio de Basilea se constituye en abierta rebeldía contra Eugenio IV. Eleccion del antipapa Félix. *Pragmática sancion* de Carlos VII, rey de Francia. — 16. Concilio de Florencia, décimosexto general. Reunion de la Iglesia griega. — 17. Esta reunion no es aceptada en Constantinopla. — 18. Retractacion de Eneas Silvio, secretario del concilio de Basilea, en manos de Eugenio IV.

§ III. PONTIFICADO DE NICOLÁS V (6 de marzo de 1447-24 de marzo de 1455).

19. Concordato de Nicolás V con la Alemania. Sumision del antipapa Félix V. — 20. Juan Hunyada. Batalla de Varna. — 21. Mahometo II sitia á Constantinopla. — 22. Heróica resistencia de Constantino Dragases. Toma de Constantinopla. — 23. El papa da asilo á los literatos griegos, salvados de la ruina de su patria. Invencion de la imprenta. — 24. Muerte de Nicolás V.

§ IV. PONTIFICADO DE CALIXTO III (8 de abril de 1455-6 de agosto de 1458).

25. Cruzada predicada en toda Europa contra los Turcos. Sitio de Belgrado por Mahometo II. Institucion del *Angelus*. Muerte de Calixto III.

§ V. PONTIFICADO DE PIO II (27 de agosto de 1458-14 de agosto de 1464).

26. Esfuerzos de Pio II para armar á los príncipes cristianos contra los Turcos. —27. Pio II concede á Fernando I la investidura del reino de Nápoles. — 28. Pio II condena la doctrina y actas del concilio de Basilea. Bula *Execrabilis*. — 29. El parlamento de París rechaza esta bula. — 30. Advenimiento de Luis XI al trono de Francia. Revocacion de la *pragmática sancion* de Carlos VII. — 31. Cartas de Pio II á los príncipes cristianos y á Mahometo II. Muerte de Pio II.

§ I. PONTIFICADO DE MARTINO V (11 de noviembre de 1417-20 de febrero de 1431).

1. Todos los tronos estaban ó vacantes ó vacilantes; y era menester volver á levantar el de Pedro y colocar en él un pontífice, en torno del cual viniese á juntarse el rebaño universal del soberano Pastor. Pero los Padres, que se acordaban de los males que habia acarreado la sabrado precipitada eleccion de Pisa, no quisieron proceder en esta ocasion sino con prudente lentitud, y remitieron á tiempo indefinido la cuestion del conclave. Aunque la adhesion de los reinos españoles fuese consumada, aun no les parecia completamente segura: temian que Pedro de Luna no hallara aun simpatías en pueblos que por tan largo tiempo le habian defendido. Sin embargo, hácia el principio de 1417, los testimonios repetidos de sumision dados por el mundo católico, habiendo asegurado plenamente los ánimos, el concilio pensó en eleccion de nuevo papa. Sin embargo, antes de proceder á ella, se publicó un decreto que fijó los puntos principales de reforma general (1), sobre los que el papa futuro habia de tomar ulteriormente medidas definitivas. Se estableció en seguida que por esta vez solamente, y sin consecuencia para lo venidero, á mas de los cardenales, que eran veintitres, la eleccion pontifical fuese hecha tambien por treinta diputados, de las naciones, cinco por cada una de ellas (2); que no pudieran darle votos á ninguno de los tres pontífices depuestos, y que el candidato habia de reunir los dos tercios de los votos emitidos en el doble colegio de cardenales y de diputados del concilio. Arreglados así estos preliminares, entraron en conclave los cincuenta y cuatro elec-

(1) Eran diez y ocho artículos, casi todos sobre *colacion de beneficios*, *anatas*, *rentas pontificias*, *encomiendas*, *diezmos*, etc. Sin embargo es necesario notar, con monseñor Palma, que en el seno del concilio se hizo esta observacion: « *Quod papa* » *electus non potest ligari.* »

(2) Los diputados del concilio, por parte de España, fueron: don Diego, obispo de Cuenca; don Juan, obispo de Badajoz; don Nicolás, obispo de Guadix; Felipe Medalla, arcediano de Barcelona; Gonzalo García, arcediano de Briviesca, y el doctor Pedro Velazquez, jurisconsulto. (El Traductor.)

tores; y despues de cuatro dias de deliberacion proclamaron unánimemente al cardenal Othon Colonna, en 11 de noviembre de 1417, el cual tomó el nombre de Martino V [nombre que prefirió por haber sido elegido el dia de san Martin de Tours]. Fué acogida la eleccion con universal entusiasmo, y se saludó al nuevo papa con los tiernos nombres de *Ángel de paz,* de *Felicidad pública.* Acabóse pues el gran cisma de Occidente. Dos años despues, Baltasar Cossa, salido de su cautiverio, vino á echarse á los piés del vicario de Cristo. Martino V, en vista de este espectáculo que hacia ver de un modo tan vivo la nada de las grandezas humanas, no pudo contener sus lágrimas. Abrazó con ternura al que habia sido Juan XXIII, le nombró decano del sacro colegio, y quiso que en adelante se sentara en un trono mas elevado que el de los demás cardenales, y al lado del suyo. Baltasar Cossa no gozó mucho tiempo de una dignidad que para él no lo era ya, y murió al cabo de seis meses mas grande en su silla de cardenal que en el trono de san Pedro. El antipapa Benedicto XIII se obstinó en su separacion. Murió en 1424 en la ciudad de Peñíscola, rodeado de cuatro pretensos cardenales, que eran toda su obediencia [por decirlo así (1)]. Le dieron un sucesor, Gil Muñoz, que tomó el nombre de Clemente VIII. Pero cediendo en fin á la razon, depuso su tiara, se encerró en conclave con sus cardenales, y eligió en union con ellos á Martino V, en 20 de agosto de 1429, cuando ya llevaba Martino doce años de pontificado. Así se acabó esta fatal escision, mas funesta para la Iglesia que las persecuciones y herejías de los siglos anteriores. Porque de aquí salió la pretendida reforma luterana. El pontificado perdió parte considerable de su prestigio, y aun peligró hundirse. Sin embargo, este desastre inmenso nos ha dejado una lec-

(1) Por desgracia no era así. Este antipapa tenia secretamente mucho partido en todo el reino de Aragon, Cataluña, Valencia é islas Baleares. No le faltaban adictos en otros reinos; y por eso le nombraron sucesor los cardenales y el cabildo de Peñíscola á Clemente VIII, antes canónigo de Barcelona, sostenido por Alonso de Aragon y Nápoles; pero que muy pronto se sometió al verdadero papa Martino V, desde que este hizo las paces con Alonso respecto del reino de Nápoles.
(El Traductor.

cion preciosísima, la mas propia á iluminar los entendimientos menos perspicaces; y es que el pontificado supremo es realmente el centro de esta maravillosa unidad que hace inexpugnable á la Iglesia cristiana. Fundamento del edificio, no puede ser conmovida sin que su estremecimiento deje de sentirse hasta en las extremidades del mundo.

2. El concilio tuvo aun dos sesiones bajo la presidencia de Martino V, las cuales se dirigieron particularmente á las reformas anunciadas en el párrafo anterior. El soberano pontífice concluyó con las naciones alemana, inglesa y francesa, respectivamente á la colacion de beneficios y de las rentas eclesiásticas, tres tratados especiales, llamados despues los *Concordatos* de Martino V. Aprobó en seguida la condenacion de Juan Hus, Jerónimo de Praga y sus adherentes. Renovó además el anatema fulminado contra Jacobel de Praga, otro sectario que sostenia la necesidad, para los simples fieles, de la comunion bajo las dos especies. Fué convenido por último en reunir próximamente concilio general en Pavía, y el cardenal Brancaccio pronunció la fórmula de conclusion definitiva del concilio : « DOMINI, ITE IN PACE; *et responsum est per adstantes :* » AMEN » (en 22 de abril de 1418). Al mismo tiempo, una bula de Martino V obligaba á todos los fieles á « reconocer el con- » cilio de Constanza, como representando la Iglesia universal. » — « Queremos, decia, que se observe inviolablemente cuanto » ha sido decretado, concluido y determinado *conciliarmente* » *en materia de fe en esta asamblea;* porque nos aprobamos y » ratificamos cuanto así se ha hecho *conciliarmente en materia* » *de fe, mas no lo que se hubiere hecho diferentemente ó de* » *otro modo.* » La distincion tan clara y precisa que hace Martino V en estas palabras, recae evidentemente sobre los decretos de la cuarta y quinta sesion, en que despues de la fuga de Juan XXIII el concilio tomó medidas enérgicas para la extincion del cisma, cuando añadia que sometia á estos reglamentos á toda persona de cualquier dignidad que fuera, aun de la papal. Los Galicanos han querido sostener la ecumenicidad de este decreto, y sacan de él la conclusion absoluta de la supe-

rioridad del concilio general sobre el papa. Los ultramontanos pretenden, al contrario, que este decreto no ha sido jamás ecuménico, pues que Martino V, ha tomado la precaucion formal de excluirlo de su aprobacion. Por lo que toca á nosotros, decimos: 1°. Que la ecumenicidad de las sesiones cuarta y quinta del concilio de Constanza es á lo menos dudosa; nadie lo disputa, pues que ha sido y es aun asunto de tantas controversias: ahora bien, segun el axioma canónico, *lex dubia, lex nulla*. 2°. O la ecumenicidad de las sobredichas sesiones pende de la sancion de Martino V, ó es independiente de esta. Si depende, luego hay contradiccion con el decreto que eleva al concilio sobre el papa. Si es independiente, la cuestion de principio queda, despues del concilio, en el mismo estado que antes; porque no puede darse fuerza absoluta á los decretos no confirmados por el papa, sin suponer la misma cuestion; es decir, sin suponer que antes del concilio de Constanza la superioridad del concilio general sobre el papa era ya verdad reconocida en la Iglesia. Ahora bien, esto no es así; porque no hay un concilio general, ni aun un solo decreto que haya subsistido en la Iglesia sin aprobacion del papa. Es verdad que muchos teólogos, sobre todo los de la Universidad de París, en memorias y discursos públicos dirigidos al concilio, ya sostuvieron de una manera absoluta y pretendieron erigir en dogma su opinion de la superioridad del concilio. Pero no formaban en la asamblea sino una minoría extrema, cuyas exageraciones no tuvieron fuerza de ley (1). 3°. Si la ecumenicidad de las sesiones cuarta y quinta era un hecho, la superioridad del concilio general sobre el papa seria un dogma de fe; ahora bien, despues de cuatrocientos cuarenta años los papas y la inmensa mayoría de doctores y teólogos extranjeros á la

(1) Esta razon queda desmentida por el hecho mismo de haber salido el dicho decreto en las sesiones quinta y sexta de la *mayoría* del concilio; pues que la minoría de votos no podia hacer un decreto contra la mayoría. Que el papa es superior al concilio, y que este no puede serlo al papa, es, á nuestro entender, una verdad teológica, canónica é histórica; mas no por las solas razones alegadas por el autor. (Véanse las discusiones de este concilio y los autores teólogos que han tratado esta cuestion lata y extensamente.) (El Traductor.)

Francia han negado redondamente esta superioridad. Era pues menester decir que desde cuatro siglos há, todos los papas y la inmensa mayoría de teólogos y doctores no han cesado de ser herejes. Ahora bien, no creemos que nadie sostenga este absurdo enorme. Lo mas que puede deducirse es que la Universidad de París y los herederos de sus tradiciones se han colocado en una línea exclusivamente nacional, que por serlo sobrado no es la mejor (1).

3. Nada le obligaba ya al papa á permanecer en Constanza. El 22 de setiembre de 1421, « dia memorable, dicen los historiadores, y escrito en letras de oro en los fastos de Roma, » Martino V hizo su entrada en la Ciudad eterna. La muchedumbre le saludaba como *único padre de la patria.* El corazon del pontífice estaba tanto mas conmovido, cuanto Roma era patria suya y que su familia habia sido siempre poderosa é influyente. Pero le contristaba por otra parte la situacion desgraciada de la ciudad. Las revoluciones la habian llenado de ruinas. « No se encontraban, dice un autor contemporáneo, sino casas destruidas, templos desplomados, calles desiertas, caminos impracticables, una ciudad devorada por el hambre. » ¡ Leccion terrible, que á cada página da al pueblo romano la historia! Cuantas veces ha echado fuera Roma á los papas, se ha abierto un abismo : sin los soberanos pontífices, en vano buscara el viajero la capital de los Césares. La presencia de Martino V volvió muy pronto á la ciudad la vida y el alma ; circuló abundantemente el dinero ; la agricultura prodigó sus riquezas ; los extranjeros acudieron en gran número, y el reconocimiento de los habitantes confirmó, en los monumentos públicos, el nombre de *Padre de la patria,* que el entusiasmo habia desde luego dado á Martino V.

4. Entretanto los Husitas, bajo el mando de Juan Zisca,

(1) La corte romana no ha reconocido como ecuménico el concilio de Constanza, á pesar de haberse aprobado algunos actos suyos por Martino V. Seguimos aquí, como en todo lo demás, el sentimiento de la Iglesia madre y maestra de las demás. (Véase la obra sabia de monseñor Palma : *Prælectiones Historiæ ecclesiasticæ*, Romæ, 1848, *Typis S. Congregationis de propagando fide.*)

asolaban la Alemania. Praga cayó en su poder en 1419. Los conventos con sus religiosos, las iglesias con sus sacerdotes, las poblaciones enteras con sus habitantes, todo, todo se sumia en sangre y fuego. Dos cruzadas fueron predicadas contra ellos por el soberano pontífice con las mismas indulgencias que para las guerras santas. Desde lo alto de la fortaleza del Thabor, que habia construido sobre un monte cercano á Praga, Juan Zisca mostraba á sus soldados los formidables ejércitos que Sigismundo llevaba contra ellos : y estos ejércitos desaparecian sucesivamente bajo su bárbaro valor. Era dueño de toda la Bohemia, cuando en 1424 fué arrebatado por la peste. Despues de su muerte, su partido se fraccionó en tres. Los unos no querian cabeza, y se llamaban *Huérfanos;* los otros nombraron jefes, y se llamaban *Orebitas;* el tercero y mas considerable cuerpo dió por sucesor á Zisca á Procopio Raze, su discípulo, llamado el Grande. Esta division no atrasó sus progresos : se unian para combatir á los católicos y continuaron asolando la Bohemia y Moravia durante todo el pontificado de Martino V.

5. Los emperadores bizantinos fijaban sin cesar sus miradas en el Occidente, para buscar defensores y apoyo. En 1420, Manuel hizo salir para Roma á Juan Paleólogo II, su hijo y heredero presuntivo, á fin de implorar el socorro del papa contra los formidables ataques del sultan Amurato I. En cambio, habia de prometer lo que tantas veces, la union de las dos iglesias. Martino V acogió favorablemente al ilustre huésped; é hizo salir para Constantinopla legados con órden de arreglar en fin este negocio tan peliagudo. Por su lado, Ladislao I, rey de Hungría, en continuas relaciones con la corte de Bizancio, se encargó de apoyar la mision de los legados. Manuel propuso, como camino mas seguro para la reunion, celebrar un concilio ecuménico en Constantinopla. Los legados volvieron á Roma por instrucciones del papa; mas durante estas negociaciones, Manuel sucumbió á un ataque de apoplejía. Las últimas instrucciones que el lecho de muerte dejó á su hijo Juan Paleólogo II, dan una idea de su sinceridad : « Hijo

» mio, le dice, nuestro miserable siglo no ofrece campo ninguno » al heróismo ni á la grandeza ; y nuestra situacion exige me- » nos un emperador guerrero que uno económico y circuns- » pecto administrador de los restos de nuestra antigua grandeza. » Por todo recurso contra los Turcos no nos resta sino su » temor á nuestra reunion con los Latinos , y el terror que les » inspiran las intrépidas naciones del Occidente. Así que os » veais apretado por los infieles , hacedles ver este peligro. » Proponed un concilio , entablad negociaciones con Roma ; » pero dad largas, eludid la convocacion de dicha asamblea, y » haced de suerte que contenteis á los Latinos con buenas ra- » zones. » Toda la política griega, respecto del Occidente, se halla revelada en estas tortuosas instrucciones de un padre á su hijo. La toma de Constantinopla fué el resultado de tan indignas maniobras.

6. Cuando Manuel Paleólogo desesperaba de la virtud y del honor , el mundo entero publicaba á voces el nombre de una heroína cristiana, gloria de Francia y admiracion de los siglos. Los desastres del reinado de Carlos VI, su estado de demencia, la furia de Isabel de Baviera, el asesinato de Juan Sin Miedo, duque de Borgoña, los excesos de los Armañacs y de los Borgoñones habian dado por resultado el indecoroso tratado de Troyes, de 1420, por el cual una madre destronaba á su hijo, una reina de Francia entregaba el reino á los Ingleses. El infortunado Carlos VI, triste juguete de las mas extrañas revoluciones, murió dos años despues, y Enrique IV de Inglaterra fué proclamado rey de Francia, en tanto que el heredero legítimo, Carlos VII, estaba reducido al irrisorio título de rey de Bourges. Solo un milagro podia salvar á la monarquía francesa, y Dios hizo este milagro. Sitiaban los Ingleses á Orleans, vanamente defendido por Lahire y Xaintralles, cuyo valor lo podia todo, menos suplir á un ejército. Carlos VII, retirado al otro lado del Loire, *perdia alegremente su reino*. El 24 de febrero de 1429 se le presentó á una pobre pastorcita de Domremy. « El Rey de los cielos, le dijo, os hace saber por mi boca que » seréis consagrado y coronado en Reims, y que reinaréis en

» Francia. » Era Juana de Arc. Voces misteriosas, decia esta, la habian obligado á dejar su aldea para ir, con armamento de guerrero, á salvar á su rey y á librar á su patria. Se quiso probar la vocacion de la jóven heroína de diez y ocho años. Fué llevada á Poitiers para hacerle un interrogatorio el obispo y doctores. « Si Dios quiere librar á la Francia, le dijeron, no » tiene necesidad de guerreros. — Los hombres pelearán, dijo » ella, y Dios dará la victoria. — ¿Y en qué lengua hablan las » voces que oyes? le preguntó un doctor limosino. — Mejor » que la vuestra, repuso ella con alguna vivacidad. — Si no » das otras pruebas para que te creamos, añadió él, el rey no » te fiará soldados, porque los pondrias en peligro. — No soy » enviada á Poitiers para dar señales; llevadme á Orleans y » veréis la autenticidad de mis palabras. La señal que os doy » es hacer levantar el sitio de la ciudad. » Por fin la creyeron; y la jóven inspirada se armó de una espada, hallada en la capilla de Santa Catalina de Fierbois, y cuya existencia le habian revelado las voces misteriosas. Llevaba en la mano una bandera blanca, sembrada de lises de oro, inscritos en ella, como prenda de victoria, los nombres de Jesús y María. El 1°. de abril de 1429, al frente de un convoy destinado á abastecer á Orleans, atravesó en el lleno del dia los campamentos ingleses y entró en la villa sitiada; y el 18. de mayo siguiente, el ejército enemigo, vencido por la tierna jóven, huyó abandonando su campamento con todo el materíal de guerra. En esta gloriosa jornada Juana de Arc recibió el dictado de la *Doncella de Orleans*.

7. Con esto se creyó á su palabra. « La voluntad de Dios, » es, dijo á Carlos VII, que vayais á consagraros á Reims. » Segun las reglas ordinarias era empresa absurda y quimérica. Se hallaba el rey á mas de ochenta leguas de Reims, y tanto la ciudad como las provincias intermedias se hallaban en poder del enemigo; pero lo que es imposible á los hombres no lo es á Dios. Carlos VII se puso al frente de solo doce mil hombres, sin víveres ni artillería, y tomó el camino de Reims. Auxerre, Troyes y Chalons abrieron sucesivamente sus puertas. Reims

se desembarazó de su guarnicion inglesa y acogió á Carlos VII el 17 de julio de 1429. Se celebró su coronamiento, durante el cual derramaba Juana de Arc lágrimas de júbilo : estaba de pié al lado del rey con su banderita blanca enarbolada. « Pues » que mi bandera ha tomado parte en el combate, decia Juana, » ha de tomarla en la recompensa. » Despues del coronamiento, la heroína se arrodilló ante Carlos VII, y le besó los piés llorando : « Buen rey, le dijo, ya está cumplido el gusto de Dios, » que queria hacer levantar el sitio de Orleans y consagraros » en Reims. Se concluyó mi mision, y yo quisiera volverme á » casa de mis padres y seguir mi estado de pastora. » Estas palabras, de sublime sencillez, hicieron llorar á todos; pero Juana era ya como un ejército, esperanza y gloria de la Francia. Carlos no pudo consentir á su retiro; y continuó la heroína sus hazañas. Sin embargo, tenia ya dicho entonces : « No du» raré sino un año, ó muy poco mas; es menester emplearlo » bien. » Esta triste prediccion se realizó con desventurada exactitud. El 24 de mayo de 1430, bajo los muros de Compiegne, Juana de Arc fué hecha prisionera por los Ingleses, cuyo regocijo fué inmenso. Fué conducida á Rouen, donde fué juzgada como bruja ó hechicera, y la hoguera que en 30 de mayo de 1431 abrasó á la jóven heroína cristiana, será oprobio eterno para los Ingleses. Veinticinco años despues de la muerte de Juana de Arc, el papa Calixto III mandó revisar el proceso; la inocencia de la santa heroína fué reconocida, y su memoria gloriosamente rehabilitada. Calixto III declaró, con juicio solemne, que Juana de Arc habia padecido el martirio por la defensa de su religion, de su rey y de su país. — En esto murió Martino V en Roma, año 1431 (el 21 de febrero), despues de un gobierno pacífico de catorce años. Su último acto fué convocar el concilio de Basilea para concluir el negocio de los Husitas y definitiva reunion de la Iglesia griega.

§ II. **PONTIFICADO DE EUGENIO IV** (4 de marzo de 1431-23 de febrero de 1447).

8. El anterior pontificado pasado tan pacíficamente precedia

nuevas borrascas. El concilio de Constanza habia sembrado en los espíritus los gérmenes de una oposicion, sin antecedentes hasta entonces. Habia doctores que sostenian que el poder legislativo habia de reemplazar en la Iglesia á la potestad pontificia; y que los concilios generales, sucediéndose de tres en tres años, habian de ser como consejo permanente y centro de la administracion eclesiástica. Las asambleas deliberantes acarrean por lo comun discusiones acaloradas y una fermentacion peligrosa para las cuestiones que en ellas se han de ventilar [las animosidades y el amor propio sacan de tino aun á los mas cautos]. En este nuevo movimiento que señaló á la mitad primera del siglo xv, cuyo símbolo y bandera fué la asamblea de Basilea, la Francia se olvidó sobrado de que era la hija primogénita de la Iglesia. Su adhesion á doctrinas hostiles al pontificado se manifestó por decretos, en los cuales se erigian en dogmas de fe las ideas galicanas. El concilio de Constanza habia depuesto á tres papas; esta medida extrema se hallaba mandada por las circunstancias y justificada por la necesidad de restablecer la paz en la Iglesia. El concilio de Basilea, sin necesidad alguna, en plena paz, se arrogó el derecho de deponer á un papa universalmente reconocido [como legítimo y canónicamente elegido]; pretendió dirigir solo el gobierno y administracion, proclamó su superioridad sobre el papa y creó un simulacro de pontífice por medio del cual queria reinar. Trasportando esta doctrina y estos hechos á una asamblea puramente política, se halla, en el fondo y en la forma, completa identidad con los Estados generales de 1789. Si hubieran prevalecido las pretensiones del concilio de Basilea, la Iglesia hubiera dejado de ser una monarquía para constituirse en una república federativa; la silla de san Pedro hubiera sido reemplazada por la tribuna, y los discursos hubieran reemplazado á los decretos. Teníamos pues razon de decir que el pontificado de Eugenio IV fué una larga borrasca, y que sus esfuerzos para resistir á las nuevas doctrinas han salvado realmente á la Iglesia.

9. El cardenal Gabriel Gondolmerio, sobrino de Grego-

rio XII, fué elegido papa el 3 de marzo de 1431, y tomó el nombre de Eugenio IV. Dos objetos llamaron desde luego su atencion: el castigo de los Husitas y su represion, y la continuacion del concilio de Constanza. Estaban ardiendo en guerras la Bobemia, Moravia y Polonia, aun despues de la muerte de Zisca. Una contienda puramente teológica en sus principios, pues que se trataba de reivindicar la comunion bajo las dos especies, tomó muy luego formidables proporciones. Hay en la historia momentos decisivos en que los ánimos, para inflamarse, parece no esperan sino una chispa. El siglo XV fué una de estas épocas. En breve estalló una revolucion social en toda la Alemania setentrional. Las ideas de reforma, sembradas en el mundo durante el gran cisma de Occidente, se manifestaron al público con actos de venganza. So pretexto de restablecer la disciplina religiosa, se quemaban monasterios; so pretexto de reformar abusos del poder temporal, se robaban todos los bienes eclesiásticos y civiles, y se decretaba el comunismo. Al leer el relato que Eneas Silvio, legado del papa en Pagra, nos ha transmitido sobre su mision, se creeria presenciar las escenas del moderno socialismo. « Era curioso, dice, y » muy nuevo para nosotros ver á este pueblo mal vestido y » miserable darse mutuamente el nombre de *hermanos*, cre» yendo traer á la memoria, por esta sórdida comunidad de » bienes, las costumbres de la primitiva Iglesia. Ellos preten» den que la sociedad ha de suministrar lo necesario á cada » uno de sus miembros; que los tronos y superioridades, de » cualquier género que sean, son abusos; pues que un rey á » sus ojos es un miembro inútil, destinado á aprovecharse solo » del trabajo de los demás hermanos. » Si los Husitas se hubieran limitado á exponer sus doctrinas en el fondo de algun monasterio, se les hubiera considerado como utopistas, mas bien ridículos que peligrosos. Pero disponian de ejércitos formidables. Tres veces fué derrotado por ellos el emperador Sigismundo, habiendo agotado sus tesoros y sus Estados. Eugenio IV hizo predicar contra ellos tercera cruzada. Envió al mismo tiempo, en calidad de misionero, á san Juan de Capis-

trano, cuyas predicaciones y esfuerzos se unieron á los de Eneas Silvio para atraer los sectarios á la unidad (1).

10. Pero se habian fundado esperanzas mas sérias de éxito en la convocacion del concilio general que Martino V habia indicado para Basilea. Ya hemos dejado entrever que esta asamblea no correspondió á lo que de ella se prometia el mundo católico. En lugar de ser un concilio ecuménico, no fué sino un lamentable conciliábulo de doce años, durante los cuales se vieron algunos prelados rebeldes lisonjear las pasiones de una turba de clérigos de segundo órden; darles, menospreciando las reglas canónicas, voz deliberativa en las decisiones; emprender con ellos la reforma de la Iglesia y proclamar que les pertenecia el gobierno de la Iglesia; citar ante su tribunal al legítimo sucesor de san Pedro, deponerlo con sacrílega sentencia y consumar el cisma creando un antipapa. El 3 de marzo, dia fijado por Martino V, no se halló en Basilea sino el abad de Vezelai; presentóse solemnemente en la catedral, y en presencia de los canónigos declaró abierto el concilio. El cardenal Juliano, legado del papa Eugenio IV, se presentó en Basilea en el mes de setiembre siguiente. Habia solamente tres obispos y siete abades: á pesar de las moniciones repetidas de estos diez prelados, los príncipes de Europa ni enviaron sus embajadores, ni obispos de sus reinos al concilio. En vista de este resultado negativo, el papa creyó necesario disolver una asamblea á la que

(1) Concluido el concilio de Constanza, el papa Martino V convocó otro concilio general para el año 1423, en Pavía. Llegado este dia, no habiendo acudido Padres Transalpinos, y habiendo ocurrido la peste en aquella ciudad, se señaló por el papa la ciudad de Sena, en donde se celebró, y se trataron principalmente tres cosas: 1°. Confirmacion de la condenacion de los Wicleffistas y Huistas. 2°. Confirmacion de la sentencia de *exautorizacion* de Pedro de Luna, con penas á sus adherentes. 3°. La union de los Griegos con la Iglesia latina. Martino V disolvió el concilio el 19 de febrero de 1424, y difirió tratarse de la reforma de la disciplina y de la reconciliacion de los príncipes cristianos para el concilio general, que indicó para el año 1431, en Basilea. El concilio Senense es tenido por muchos como general, pues que tal título le da el papa Eugenio IV en la sesion del concilio de Basilea. Este último concilio fué fijado al 3 de marzo, y como Martino V acababa de morir el 21 de febrero, se hallaron muy pocos Padres en Basilea, entre los cuales Alejandro, abad Vizeliasense. Esto resulta de las actas de concilios, é historias antiguas de cada uno de ellos, así como de los compendios y sumarios mas acreditados.

(El Traductor.)

tan pocos acudian. Por otra parte Juan Paleólogo, emperador de Constantinopla, siguiendo los consejos de su Padre, pero con mayor sinceridad y de buena fe, habia suplicado al papa escogiese para celebracion de un concilio general una ciudad de Italia á donde pudiese ir con el patriarca y principales miembros del clero griego. La situacion de Basilea hubiera aumentado las dificultades de semejante viaje y entrabado una negociacion cuyos resultados eran tan importantes para la Iglesia. Eugenio IV se dejó pues determinar por estos poderosos motivos, y el 12 de noviembre de 1431 publicó una bula disolviendo la asamblea de Basilea y convocando un concilio general en Bolonia. Esta conducta era prudente; mas no la juzgaron así los miembros del conciliábulo de Basilea. Habia aumentado su número, y eran ya catorce. Respondieron pues al concilio pontifical con una insolente declaracion: « El muy santo » concilio de Basilea, dijeron, declara, define y manda: 1°. que » está canónica y legítimamente constituido y que representa á » la Iglesia universal; 2°. que tiene su potestad inmediatamente » de Jesucristo, y que toda persona, de cualquier dignidad » que sea, aun de la papal, que rehusare obediencia al santo » concilio, será castigada con arreglo al derecho. En su conse» cuencia, se prohibe á todos los miembros del concilio de » Basilea separarse de él para seguir la órden del papa ó por » cualquier otro motivo que fuere. » Hé aquí catorce prelados que, á pesar de la cabeza de la universal Iglesia, se arrogan el título de concilio ecuménico, con autoridad, no ya sobre un pontífice dudoso como en Constanza, sino sobre un papa cierto, legítimo, reconocido por toda la cristiandad. Era en verdad llevar sobrado lejos el olvido de todo comedimiento y conveniencia. Pero los espíritus extraviados no pueden guardar moderacion, y se exaltan por sus mismos excesos. Los Padres de Basilea, persistiendo en su rebelion, intimaron al soberano pontífice se presentase en persona, ó por sus legados, en la asemblea para jusficar su conducta dentro de tres meses. Habiéndose negado á ello, acumularon en las sesiones siguientes decreto sobre decreto para precaverse de todos los actos

de autoridad que podian temer del papa, y por consiguiente para restringir sus derechos, todo en virtud del pretenso decreto de Constanza, renovado por ellos, que sometia al concilio ecuménico á la Santa Sede. Eugenio IV anuló por una bula todos estos actos y citaciones. Los Padres de Basilea respondieron amenazándole de interdecirle toda administracion eclesiástica, y mandando, en 1433, que todas las causas traidas á la curia romana fuesen sometidas á su decision (1).

11. Si los rayos del Vaticano hubiesen caido entonces sobre esta asamblea facciosa, la historia los habria creido muy justos. Sin embargo, obrando con rara prudencia, Eugenio IV se acordó que era padre antes de ser juez; y la misericordia detuvo el brazo de la justicia. El emperador Sigismundo habia ido á Basilea y ofreció su mediacion entre el soberano pontífice y los audaces prelados. Fué aceptada: y Eugenio revocó su bula de disolucion y permitió á los Padres de Basilea continuar las operaciones del concilio, con tal que se aplicasen, con espíritu de paz y mansedumbre, á la extirpacion de la herejía y al bien de la cristiandad. Al dirigir esta bula á la asembla de parte del soberano pontífice, Sigismundo exhortaba á los Padres á conducirse en lo venidero de modo que no expusiesen la Iglesia á un nuevo cisma. Esta amonestacion imperial no plugó sobrado á los Padres, y respondieron al emperador, que el Espíritu Santo, en cuyo nombre estaban reunidos, no era espíritu de discordia y de cisma. Pero desagradó sobre todo á los Padres de Basilea una cláusula de la bula. Eugenio IV declaraba « que iba á enviar cuatro legados para presidir en su » nombre las deliberaciones de la asamblea. » — « Esta cláu- » sula, decian los Padres, implica necesariamente reprobacion » de cuanto se ha hecho hasta aquí sin participacion de los » legados. Destruye por consiguiente la autoridad de esta asam- » blea y de todos los concilios generales, en especial la del de » Constanza, que ha decidido que el concilio general recibe

(1) La historia de este concilio de Basilea ha estado sujeta á tantas versiones, que no nos es posible extendernos en una corta nota para hacer las muchas observaciones á que da lugar el relato del autor. (El Traductor.)

» inmediatamente de Dios su autoridad. » La discusion, animando sobrado los espíritus, amenazó perder toda esperanza de paz. Sigismundo intervino de nuevo y obtuvo nueva declaracion de Eugenio IV mas explícita que la primera : « Adherimos al concilio de Basilea lisa y llanamente, y tenemos intencion de favorecerlo con todo nuestro poder, con condicion que sean admitidos nuestros legados á presidirle, y que se revoque cuanto se haya hecho contra nuestra persona, nuestra autoridad y nuestros derechos (1°. de agosto de 1433). Los términos de esta declaracion, redactada en presencia del emperador, le parecieron tan conciliantes, que exclamó : « Santísimo Padre, » haceis sobrado. Si el concilio no acepta esta bula sin restric» cion, yo me encargo de poner órden. »

12. La conducta de los Padres del concilio de Basilea principiaba á indignar al mundo católico. El emperador estaba dispuesto á obrar severamente si continuaban las violencias. Porque las doctrinas anárquicas, sostenidas en esta asamblea, no amenazaban solamente á la Iglesia. Y en efecto, si veinte ó treinta prelados pueden mandar á un papa, deponerlo y degradarlo, con mas razon veinte ó treinta diputados, con solo llamarse Estados generales, parlamento, ó cortes, pueden mandar, deponer, y aun matar á reyes y á emperadores : era pues inminente el peligro para los gobiernos civiles. Así es que Carlos VII escribió á los Padres en 20 de agosto de 1433 : « Los atentados que habeis cometido contra el soberano pon» tífice me horrorizan, y os ruego procedais en lo venidero con » mas reserva y moderacion. » Los prelados entendieron bien que perdian las simpatías de Europa; así es que su conducta en adelante fué mas circunspecta; esto es, desde la décimaquinta sesion hasta la vigésimaquinta. Sin embargo, no se apagó el espíritu hostil de esta asammblea; y así es que se drecretó que los legados del papa no tendrian jurisdiccion coactiva; y se renovaron por la quinta ó sexta vez los decretos del concilio de Constanza sobre la superioridad del concilio al papa. Hé aquí cómo argumentaban : « Se nos objeta que nuestro Señor Jesu» cristo ha conferido á san Pedro un poder universal, dicien-

» dole : *Apacienta mis ovejas*. Ahora bien, hay que distinguir
» y decir : El Señor ha encargado á Pedro cada oveja en par-
» ticular, mas no todas las ovejas juntas. Vanamente nos res-
» ponderán nuestros adversarios que, segun los términos
» mismos del derecho canónico, el papa es llamado pastor de
» la Iglesia universal. Para que el papa presidiese á la Iglesia
» universal, seria necesario presidiese á las cabezas y á los
» miembros de todas las iglesias establecidas en todo el uni-
» verso. Ahora bien, el papa no puede presidir á la cabeza de
» la Iglesia romana, pues que seria presidirse á sí mismo.
» Luego no preside á todas las Iglesias que por su reunion
» forman la Iglesia universal. » Esto fuera decir que un general no puede presidir á su ejército, ni un padre á su familia, pues que no pueden presidirse á sí propios. ¡ A qué absurdos conduce una lógica apasionada !

13. Ocupaciones mas dignas absorbieron entonces á los Padres de Basilea. Los Husitas, con salvoconducto de Sigismundo, se presentaron en número de cuatrocientos ante la asamblea. Causó indecible admiracion su presencia en la ciudad. Procopio, en nombre de su partido, llamado de los *Calixtinos*, pidió : 1°. la comunion bajo ambas especies para los simples fieles; 2°. para todos los sacerdotes libertad de predicar do quiera la palabra de Dios; 3°. una ley canónica que prohibiese á los eclesiásticos la posesion de bienes temporales; 4°. la declaracion de que todo fiel estuviese autorizado á castigar por sí mismo y como lo juzgare á propósito á los pecadores públicos. Estas pretensiones, en el sentido absoluto con que estaban formuladas, fueron desechadas por el concilio. Pero se propusieron sobre los cuatro artículos las siguientes modificaciones :
« La costumbre de comulgar el pueblo bajo la sola especie de
» pan ha sido introducida razonablemente en la Iglesia para
» evitar el peligro de irreverencia y de profanacion que acar-
» rearia el uso del cáliz : nadie puede cambiar esta costumbre
» sin autoridad de la Iglesia. Sin embargo, esta Iglesia tiene
» potestad de permitir al pueblo en condiciones determinadas
» la comunion bajo las dos especies. Y aun podria otorgársela

» á los Bohemos por cierto tiempo, si por otra parte consin» tiesen en entrar sínceramente en la ciudad católica. — En » cuanto á la libre predicacion del Evangelio para todo sacer» dote, tiene que estar invariablemente sometida á la aprobacion » del obispo diocesano. — La posesion por los eclesiáticos de » bienes temporales se habia autorizado por ejemplos de ambos » Testamentos. Sin embargo se puede, y tal es la intencion de » la Iglesia, precaver ó reformar sus abusos con sabios regla» mentos. — En fin, el castigo de los pecados públicos procede » directamente, en lo espiritual, de los tribunales eclesiásticos; » y en lo temporal, de los magistrados temporales. Decretar » lo contrario fuera legitimar todas las venganzas, eternizar » los odios, y autorizar asesinatos sin fin. » Se redactó sobre estas bases un concordato que solo satisfizo á los Calixtinos y Husitas moderados; pero se opusieron abiertamente á la reunion y volvieron á tomar las armas los Taboritas, Huérfanos y Orebitas. Batidos desde luego en Praga, año 1434, perdieron veinte mil hombres; y en el mismo año perdieron otra batalla y en ella á Procopio Raze. Privados de sus cabezas, los sectarios admitieron en fin las proposiciones del concilio de Basilea, que les concedió la comunion bajo de ambas especies hasta que por ley general se procediese á la definitiva pacificacion. Los restos de los Husitas se fundieron en nuevas sectas, y formaron un núcleo de oposicion, que mas tarde debia de aumentar naturalmente las filas del luteranismo.

14. La conducta de los Padres de Basilea en este importante negocio fué irreprensible; pero la peticion de Juan Paleólogo de una ciudad mas cercana y accesible que Basilea para el concilio general donde habia de realizarse la reunion de los Griegos, fué señal de nueva rebeldía de parte de los Padres. No querian dejar una ciudad donde reinaban como soberanos. En vano les instaban los embajadores griegos no se detuviesen en cosas de interés secundario, cuando se trataba de uno tan capital: « ¡Cómo! les decian, nuestro emperador, » el patriarca de Constantinopla, nuestros prelados van á atra» vesar los mares y á exponerse á los peligros de una larga

» navegacion, y Vuestras Paternidades se han de negar á un » viaje de siste á ocho dias para procurar una paz tan deseada! » Los Padres se mostraron inflexibles, y en su vigésimaquinta sesion de 7 de mayo de 1437, sin tomar en cuenta la protesta de los legados apostólicos, decretaron que el concilio, para la reunion de la Iglesia griega, habia de continuar ó en Basilea ó en Aviñon. Por su parte, Eugenio IV publicó una bula en que indicaba á Ferrara por lugar del concilio, y declaró disuelto el de Basilea.

15. Regularmente la asamblea debió creer terminadas sus operaciones; los legados del papa y los obispos moderados lo entendieron así y se retiraron. Solo quedaron en Basilea, con muy corto número de prelados, muchos eclesiásticos de segundo órden, tanto mas obstinados cuanto que ningun derecho tenian á tomar parte activa en deliberaciones regulares. Todo aquel partido, que muy bien pudiera llamarse faccion popular, tenia por cabeza á un francés, el cardenal L'Allemand, arzobispo de Arles. Este prelado reunia á grandes y buenas cualidades dos defectos que le empeñaron en la mala senda, por sobrado tiempo: carecia de tacto, de sensatez, en muchas circunstancias; y era de un teson invencible. Para hacerse mas popular, hizo decretar, despues de la retirada de los legados y demás cardenales, que los simples presbíteros tendrian en adelante voz deliberativa. Se le objetó la célebre sentencia de los Padres de Calcedonia: « El concilio es una asamblea » de obispos, no de clérigos. » A pesar de esta juiciosa observacion, la mayoría votó la mocion del arzobispo de Arles. El concilio de Basilea dejó pues de ser legítimo desde esta sesion. En la vigésimaquinta se principió á proceder contra Eugenio IV, á quien citaron, juzgaron, condenaron por contumaz, y le depusieron. El conclave improvisado de Basilea eligió por papa á Amedeo VIII, duque de Saboya, en 1429, que se hallaba retirado en Ripaglia, soledad encantadora, á las orillas del lago de Ginebra. Este príncipe habia gobernado sus Estados con tanta justicia y prudencia, que el código de sus leyes, publicado en 1430 con el título de *Estatutos de Saboya,* excitó

la admiracion de toda Europa y le granjeó el dictado de *Salomon de su siglo*. En 1434, disgustado del mundo, habia abdicado su trono en favor de Luis I, su hijo, y se retiró al eremitorio de Ripaglia, donde con siete señores de su corte instituyó la órden de San Mauricio. Cuando se le notificó la eleccion de los prelados cismáticos, Amedeo VIII, que estaba muy distante de pensar jamás ser papa, ignoraba el valor real de aquella asamblea. Hacia seis años que el mundo católico estaba acostumbrado á mirarla como concilio ecuménico, y solo un corto número de teólogos ilustrados habian seguido con atencion los acontecimientos y habian fijado su opinion. La masa de los católicos se engañaba de buena fe reconociéndolo legítimo. Amedeo VIII era de este número: y esto se hará menos extraño cuando se considere que hombres eminentes participaban del mismo error, y que hasta el mismo Eneas Silvio, mas tarde papa con nombre de Pio II, era entonces secretario del concilio de Basilea, y habia asistido al conclave como maestro de ceremonias. Amedeo VIII, no pudiéndose decidir á dejar su dulce retiro, rehusó aceptar; pero en fin se dejó vencer de las súplicas y lágrimas y tomó el nombre de Félix V. Entró con pompa en Basilea el 24 de junio de 1440 [se le confirieron los órdenes sagrados hasta el obispado inclusivamente por el arzobispo de Arles], y fué coronado como soberano pontífice. Pocos Estados le reconocieron por tal. El emperador Sigismundo habia muerto en 1437; y solo reinó dos años su sucesor, Alberto II de Austria. En 1439 la corona imperial pasó á Fedorico III. Este príncipe, de acuerdo con Carlos VII, rey de Francia, resolvió guardar la mas estrecha neutralidad entre Amedeo y Eugenio. La Francia mostró sin embargo mas tendencia al concilio cismático, donde predominaban los Franceses. Carlos VII, en una asamblea de príncipes de casa real y de altas dignidades de la Iglesia, hizo bajo el título de *pragmática sancion*, una acta que debió de lisonjear á los Padres de Basilea. Declaró en ella « que el concilio » general es superior al papa; suprimió las anatas, reservas y » expectativas de que hasta entonces habia estado Roma en

» posesion; y en fin restableció las elecciones en su forma pri-
» mitiva, quitando al papa el derecho de nombrar obispos y
» beneficiados. » Se ha querido dar á esta *Pragmática sancion,* valor de concordato, y este juicio supone no conocer los elementos de la jurisprudencia. No hubo tal concordato, por la sencilla razon de que no intervino ni Eugenio, ni otro papa en tal acta. Despues de la consumacion del cisma, el concilio de Basilea continuó hasta el 16 de mayo de 1443, en que celebró su última sesion.

16. El verdadero concilio general se habia abierto en Ferrara, el 10 de enero de 1438, bajo la presidencia del legado apostólico, san Nicolás Albergati. Eugenio IV entró con mucha pompa y majestad en esta ciudad el 27 del mismo mes; anuló todos los decretos y actas del falso concilio de Basilea, y lanzó excomunion contra el antipapa y sus adherentes. Pero habiéndose declarado la peste, la asamblea se trasladó á Ferrara, el 16 de enero de 1439, y por ello tomó la denominacion de concilio general de Florencia, décimosexto ecuménico [1]. Desde el 4 de marzo de 1438, el emperador Juan Paleólogo, acompañado del patriarca de Constantinopla y de los principales obispos de Oriente, despues de haber desembarcado en Venecia, se presentó en la asamblea. Al acercarse al papa, el emperador quiso poner rodilla en tierra, pero Eugenio IV le contuvo y le abrazó tiernamente. Se habian trasportado de Roma las cabezas de san Pedro y san Pablo, que se colocaron con el libro de los Evangelios en un trono magnífico. Desde el siguiente dia se hallaron en la misma asamblea las dos Iglesias, griega y latina, y comenzó la discusion. Los Latinos, y en especial el cardenal Julian, sobresalieron por su ciencia, lógica, elocuencia, tanto que dejaron atónitos á los Griegos, que no tenian idea de que tales lumbreras tuviese la Iglesia latina. De parte de los Orientales sobresalieron, entre otros, Besarion, arzobispo de Nicea, cuyo ingenio superior se realzaba mas y mas por su rectitud, buena fe y grandeza de alma,

(1) Seguimos á monseñor Palma en la nomenclatura de los concilios ecuménicos.

y Marcos, arzobispo de Éfeso, de inmenso talento, pero que se degradó por una lamentable é indómita terquedad. Se entabló la discusion sobre el purgatorio, cuya existencia, al menos segun la nocion católica, negaban los Griegos; sobre el *pan ázimo*, como materia de la Eucaristía; acerca de la vision beatífica, que segun los Griegos no ha de comenzar sino despues del juicio universal; sobre la procesion del Espíritu Santo, con la adicion de la partícula *Filioque* en el Símbolo; y en fin sobre la primacía del papa. Fué cosa fácil entenderse sobre los primeros artículos; pero fueron muy vivos los debates acerca de los dos últimos. Los Griegos no cedieron acerca de la procecion del Espíritu Santo y de la adicion del *Filioque* sino despues de habérseles declarado por los Latinos que solo admitian *un solo principio* del Espíritu Santo, es decir que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo *tanquam ab uno principio*. La dificultad acerca de la primacía no vino de parte de los obispos ni teólogos orientales, sino del mismo emperador. Reconocia este, en efecto, la supremacía del papa en general; mas no queria que se pudiese apelar á su tribunal del de los patriarcas, ni que se le reconociese el derecho de convocar, por sí solo, los concilios ecuménicos; é insistió tanto sobre este punto el emperador, que estuvo á punto de romperse toda negociacion, porque entreveia Paleólogo que le iba á privar de la especie de supremacía que sus antecesores habian ejercido de hecho sobre la Iglesia. Pero los obispos griegos comprendieron muy bien que su propia libertad é independencia consistia en la independencia y libertad del papa. En esto sucumbió el patriarca de Constantinopla á una larga enfermedad, en Florencia. Se le halló muerto cerca de un bufete, donde con mano trémula habia escrito estas sus últimas palabras: « José, por la misericordia de Dios, arzo- » bispo de Constantinopla, la nueva Roma, y patriarca ecumé- » nico. A punto de dar mi último aliento, he querido suscribir » mi último sentimiento, para darlo á conocer á mis amantísi- » mos hijos. Yo reconozco cuanto cree y enseña la santa Igle- » sia católica y apostólica de la antigua Roma. Confieso que

» el papa es el Pastor de los Pastores, el supremo pontífice y » el vicario de Jesucristo en la tierra, establecido para confir- » mar á los cristianos en la fe. » La declaracion del moribundo patriarca produjo el mas poderoso efecto en los obispos griegos. Excepto Marcos de Éfeso, todos reconocieron unánimemente el primado del papa, y su concierto se trajo tambien la adhesion del emperador. Estaba pues terminada la discusion, y verificada la reunion de ambas Iglesias. El 6 de julio de 1439, Eugenio IV ofició de pontifical en presencia de los Griegos y Latinos. Fué en seguida á sentarse en un trono al lado derecho del altar: Juan Poleólogo se habia colocado en otro trono, á izquierda del altar: todos los prelados, revestidos de sus ornamentos pontificales, ocupaban sus sillas respectivas. Fué leido el célebre decreto de union *Lætentur cœli,* en latin, desde luego por el cardenal Julian, y luego en griego por Besarion, arzobispo de Nicea. El emperador y todos los miembros del concilio se llegaron entonces al papa segun la costumbre y le besaron la mano. El 26 de agosto siguiente, partió de Florencia Juan Paleólogo, llevando á Bizancio la fe de Constantino. Eugenio IV acabó de sellar esta union, elevando al cardenalato al arzobispo de Nicea, al célebre Besarion, cuyo genio y virtudes admiró todo el concilio. Tambien revistió de la púrpura romana á Isidoro, arzobispo de Kiow, metropolitano de todas las Rusias. Y como si todas las iglesias de Oriente hubiesen sentido simultáneamente la necesidad de la unidad, las diputaciones de Armenia, del patriarca de los Jacobitas de Etiopia, conocido bajo el título del *Preste Juan,* de la iglesia de Jerusalen, de la de Mesopotamia y de Ignacio, patriarca sirio, llegaron sucesivamente á Florencia, y reconocieron el primado de la Iglesia romana, haciendo acto de sumision en manos del soberano pontífice. Parecia que el Oriente habia querido consolar, con su sumision, á la Iglesia por el cisma de Occidente. Estos trabajos acabaron gloriosamente el décimoséptimo concilio general de Florencia, el 6 de abril de 1442. Basta confrontar estos actos con los del conciliábulo de Basilea, para calificar su valor respectivo.

17. Sin embargo, paz tan trabajosamente concluida, que unia las dos Iglesias de Oriente y Occidente, firmada por el emperador y los obispos y jurada por tantos prelados, no fué ratificada por la poblacion griega. A su regreso al Oriente, Marcos de Éfeso era para los Orientales un héroe, y hasta mártir, porque, solo, habia protestado á lo último contra la reunion. Metrofano, sucesor de José en la silla de Constantinopla, y que se sometió igualmente á la Iglesia, hecho blanco de insultos y ataques, murió de dolor en 1443. Juan Paleólogo era sobrado débil para contrarestar á la opinion, y quedó tres años vacante la silla de Constantinopla; por fin aceptó este cargo tan espinoso Gregorio Meliseno: combatió tambien por la union; pero el emperador murió en 1445, y Juan Paleólogo, que le sucedió, estuvo menos destinado á reinar que á asistir á los funerales del imperio. Pero los Turcos irán muy pronto á hacer expiar á los Griegos su insubordinacion y continuas rebeldías contra la autoridad de la Santa Sede. « ¿Cómo » fué, dice el Ilmo. Sr. Parisis, que la paz de Florencia se » turbó desde los primeros meses? y cómo fué que cuatro » años despues de la celebracion del concilio volvió á levantar » cabeza el cisma sobre todos los puntos que habian sido » objeto de la union? Fué obra del espíritu público, del espí- » ritu de las masas, espíritu de division fomentado por accion » de los príncipes, por el silencio é inaccion de los obispos. » En vano quiso el emperador ejercer su poder supremo, ante » el cual todo se inclinaba por lo regular; se le acusó de haber » hecho traicion á la religion y deshonrado el trono. En vano » apelaron los obispos á la confianza de sus ovejas; se les » trató de *azimitas*, de apóstatas. Monjes ignorantes fanatiza- » ron las muchedumbres contra los partidarios de Roma, á » tal punto que en 1444, viendo el emperador á la mayor » parte de los obispos que habian firmado la union arras- » trados al cisma por el torrente, se halló impotente para » hacer ejecutar el tratado que habia firmado á la faz del uni- » verso. »

18. Los dos concilios de Basilea y de Florencia habian lle-

nado todo el pontificado de Eugenio IV. Murió el 23 de febrero de 1447, en el momento en que la Alemania iba á salir de la neutralidad que habia pretendido observar entre las dos obediencias y declararse por el papa legítimo. Eneas Silvio, que habia sido secretario del concilio de Basilea, fué encargado por Federico III de negociar esta reconciliacion, como embajador de Alemania. « Santo Padre, dijo al papa al presentarse, antes de exponer las órdenes del emperador, permitidme decir algo de mí mismo. He dicho, hecho y escrito en Basilea muchas cosas contrarias á vuestra autoridad. Estaba en el error, y yo participaba de la misma suerte con hombres célebres, con doctores justamente afamados. Sin embargo, no era mi intencion dañar á Vuestra Santidad, sino hacerme útil á la Iglesia. Mas tarde quedé convencido de la ilegitimidad del concilio de Basilea, y me separé de él. Con todo, no vine aun á refugiarme en los brazos de vuestra misericordia, como lo han hecho la mayor parte. Temia caer en un escollo por evitar otro. Durante tres años me he quedado en la corte del emperador, guardando esta neutralidad. Las conferencias que he tenido yo despues con vuestros legados me han ilustrado en fin y hecho ver la justicia de vuestra causa. Yo sé ahora, y creo en el fondo de mi corazon, que vos teneis á vuestro favor la justicia y la verdad : y hé aquí porqué me envia el emperador cerca de Vuestra Santidad. He pecado por ignorancia, y os suplico absolvais á un pecador arrepentido. » No sabemos si la historia ofrece retractacion mas franca y síncera, mas honrosa y magnánima. El corazon capaz de sentimientos tan generosos debia mas tarde abrazar en su seno amoroso y caritativo á todas las iglesias. No solamente Eugenio IV perdonó á Eneas Silvio, sino que se lo agregó á su persona en calidad de secretario.

§ III. PONTIFICADO DE NICOLAO V (6 de marzo de 1447-24 de marzo de 1455).

19. La muerte de Eugenio IV no interrumpió las negociaciones : su sucesor, Tomás Sargana, cardenal de Bolonia, que

tomó el nombre de Nicolao V, firmó el concordato entre la Santa Sede y la Germania, redactado por el cardenal legado Carvajal, en 1448 (1). Se hizo justicia en este concordato á todas las quejas contra las exacciones de los colectores y contra los abusos de los administradores eclesiásticos. Fueron restablecidas las elecciones episcopales segun el modo primitivo. Cada iglesia nombraba á su pastor, que debia de recibir despues la confirmacion de su autoridad por el soberano pontífice. Este concordato ha servido de base á la jurisprudencia eclesiástica de Alemania hasta 1803. Su ratificacion fué un golpe mortal para el cisma. Carlos VII, rey de Francia, habia enviado tambien su adhesion á Nicolao V. En vista de esto, el antipapa Félix, que no habia recibido sino con gran pesadumbre su dignidad, conoció que era llegado el tiempo de someterse. Hizo pues acoger su sumision por mediacion de Carlos VII, el cual arregló las condiciones en union con el papa. Este acogió con misericordiosa indulgencia las proposiciones que iban á concluir con el cisma. Amedeo, en 9 de abril de 1449, declaró renunciar al supremo pontificado; el papa le nombró cardenal de Santa Sabina, decano del sacro colegio y legado perpetuo de la corte de Roma en la Saboya. Le otorgó además el permiso de llevar las insignias pontificales, excepto el anillo del pescador, la cruz sobre las mulas y otros privilegios inherentes á la persona misma del papa. Por lo demás, Amedeo apenas si usó de ninguno de estos honores: regresó á su amada soledad de Ripaglia, donde murió muy santamente en 1451.

20. Era en extremo deplorable la situacion del imperio griego. Desde 1442 se habia predicado una cruzada por Eugenio IV con Amurato II, sultan de los Turcos. Ladislao Jagellon, príncipe valiente, justo, piadoso, adorado de sus vasallos, reu-

(1) Es honra particular de España que en el lamentable conflicto del concilio de Basilea contra el papa Eugenio, y en todo cuanto hizo de exagerado y abusivo, nuestros prelados se mostraron constantemente adictos á la causa de la Santa Sede. Ya el cardenal Torquemada, en una asamblea de Bourges, decidió á la Francia á separarse del concilio de Basilea y del antipapa. Ahora vemos otro cardenal español negociar un concordato importantísimo, cuyas consecuencias fueron inmensas.

(El Traductor.)

nió en este tiempo sobre sus sienes las coronas de Polonia y de Hungría. Fué proclamado cabeza de la guerra santa. A sus lados brillaba el famoso Juan Hunyada, su general, conocido por sus hazañas. El papa otorgó á Ladislao el denario de san Pedro para gastos de la cruzada. Una flota de cincuenta galeras, pertrechadas por Eugenio IV, y mandada por el cardenal Juliano, el mismo que presidió en su principio al concilio de Basilea, y legado apostólico, surcó hácia el Bósforo. Las falanges católicas atravesaron el Danubio y avanzaron triunfalmente hasta Santa Sofía, capital de la Bulgaria, y ganaron, en julio de 1444, dos memorables batallas contra Amurato II. Les quedaban pues descubiertos los caminos para Constantinopla. Los cruzados se adormecieron bajo los laureles de su triunfo; pero muy pronto les hizo expiar cruelmente esta inaccion el sultan. El 10 de noviembre atacó al ejército cristiano en los llanos de Varna. Hunyada carga con su impetuosidad acostumbrada el ala izquierda de los Musulmanes y los derrota. En este momento, Ladislao se precipita con su caballería sobre el centro del ejército otomano y penetra hasta la tienda misma del sultan. Se iba á trabar una lucha cuerpo é cuerpo entre los dos monarcas, cuando el rey de Hungría, cercado por numerosos Turcos, cae atravesado de mil estocadas. Esta muerte consternó á los cruzados, y los desalentó de tal modo que se desbandaron y huyeron. El cardenal Juliano vendió cara su vida, batiéndose como el mas valiente soldado. Diez mil cristianos quedaron tendidos en el campo de batalla. La victoria de Varna aseguraba á los Turcos su dominacion en las provincias de Europa que habian conquistado; les permitió atacar otras nuevas, en tanto que la pérdida de los cristianos era irreparable. Juan Paleólogo, por quien habian perecido tantos católicos, murió sin gloria, en 1449. Su hermano Constantino Dragases, cuya muerte heróica habia de honrar, al menos, la caida del Bajo Imperio, le sucedió en el trono. Parecia estar escrito que el nombre de Constantino habia de presidir á la fundacion y á la ruina del imperio de Bizancio.

21. Amurato tuvo por sucesor á Mahometo II, á quien los Tur-

cos apellidan el Magno, « sin duda, dice Fleury, porque jamás » hubo nada tan excesivo en crueldad, orgullo, avaricia, la- » trocinios, perfidia, disolucion, y sobre todo en impiedad. » Apenas subió al trono, lo primero que hizo fué mandar añadir á la oracion pública de las mezquitas : « El mejor príncipe será » el que hiciere la conquista de Constantinopla ; el mejor ejér- » cito será el suyo. » Estas palabras eran significativas, y muy pronto fueron la contraseña de todo el ejército musulman. En 1452, seis mil operarios, dirigidos por el mismo sultan en persona, construyeron en el territorio del imperio, sobre la orilla derecha del Bósforo, una fortaleza destinada á interceptar el comercio de los Griegos en el mar Negro, y á cerrar el paso á los navíos que hubieran podido venir en socorro á la capital. Constantino Paleólogo dirigió primeramente reclamaciones moderadas al sultan acerca de la violacion de territorio. « Id á » decir á vuestro amo, respondió el Musulman á los embaja- » dores, que el sultan que reina hoy en nada se parece á sus » antecesores, y que sus deseos no iban tan lejos como hoy va » mi poderío. » La respuesta de Paleólogo fué la de un cris- tiano y guerrero. « Pues que ni los juramentos ni los trata- » dos pueden asegurar la paz, yo cumpliré con mi deber ; de- » fenderé á mi pueblo y sabré vencer ó morir con él. » Tres- cientos mil Turcos sitiaron á Constantinopla, que solo contaba diez mil soldados de defensa. Paleólogo escribió al papa Nico- lao V, pidiéndole proteccion en tan inminente peligro y supli- cándole le enviase un legado que trabajase por la reunion de los cismáticos. El soberano pontífice escribió inmediatamente cartas llamando con la mayor viveza la atencion de los prínci- pes cristianos, para que reanimasen el celo de las poblaciones por las guerras santas ; mas solo respondieron á este llama- miento los Venecianos y Genoveses, como que conocian mas que todos los demás la intensidad del mal y la inminencia del peligro. Sus relaciones comerciales les habian puesto en con- tacto con todos los países ocupados por los Turcos ; y tenian noticias geográficas de ellos mucho mas exactas que ningun otro país europeo. Sus tropas iban pues á aumentar las fuerzas

del emperador griego y llevarle, no esperanzas de victoria, sino medios de prolongar una resistencia desesperada. Este socorro de los Latinos fué muy mal acogido por el populacho de Bizancio, porque jamás se habian acalorado tanto y encarnizado con mas animosidad las querellas religiosas y el odio de los cismáticos contra los Occidentales. Constantino Paleólogo, este héroe digno de los mas floridos siglos de la historia, este modelo del mas puro patriotismo, se vió hecho blanco de los sarcasmos de sus degenerados vasallos. « ¡ No, exclamaban » locamente los Griegos; no queremos socorros de los Lati- » nos ! ¡ Afuera, afuera el culto de los azimitas ! » Esta ceguera se habia propagado aun á las clases mas altas, tanto que el gran duque Notaras decia : « Yo quisiera mejor ver en Cons- » tantinopla el turbante de Mahoma que la tiara del papa. » El cardenal Isidoro, á quien habia enviado Nicolao V como legado á peticion formal de Constantino, fué cargado de injurias, sarcasmos y burlas por los cismáticos. « Cuando nos libre- » mos del brutal sultan, se verá si estamos reconciliados con » los azimitas. » Un energúmeno, llamado Escolario, recorria los barrios mas populosos encendiendo el fuego de la discordia. « ¿ Porqué abandonais vuestra fe? decia á sus compatricios. » Perdiendo vuestra fe, perdeis vuestra ciudad. No conteis » con los Italianos. Si os someteis á ellos, aceptais una escla- » vitud extranjera. »

22. Entretanto los Genoveses y Venecianos se batian como leones y eran dignos de tener por jefe á Constantino Paleólogo, que se multiplicaba para resistir á los esfuerzos de los innumerables Turcos. Catorce baterías de formidable artillería, á las órdenes del mismo Mahometo II, disparaban sus numerosos tiros contra los baluartes de Constantinopla : los sitiados respondian haciendo llover sobre los Turcos dardos, saetazos y torrentes de fuego griego que abrasaba á sus batallones. El intrépido y vigilante Paleólogo animaba á sus soldados con su palabra y ejemplo ; y se hallaba do quiera habia peligro. No descansaba un momento el emperador, se multiplicaba prodigiosamente, pasaba los dias en combatir y las noches en revis-

tar las reparaciones de murallas quebrantadas ó derruidas por los sitiadores. Esta heróica resistencia duró nueve meses. Mahometo II desesperaba ya del triunfo, cuando hé aquí que concibe y ejecuta uno de esos atrevidos proyectos que mudan de faz á los combates y son admiracion de la historia. Su flota estaba en las aguas del Bósforo, y los ochenta navíos que la componian no podian servirle de mucho, porque defendian por este lado á la ciudad enormes fortificaciones. Le vino pues la idea de transportar por tierra sus bajeles al Cuerno de Oro, puerto de Constantinopla que solo estaba cerrado por cadenas que podian romperse. A fuerza de brazos, la flota otomana se fué deslizando por un plano inclinado sobre tablas bañadas ó enlucidas con sebo y manteca, y se halló en la madrugada en el puerto de Bizancio. « Constantinopla será dentro de poco ó » mi trono ó mi tumba, » habia dicho antes Mahometo II. Se fijó el asalto general para el 29 de mayo de 1453. Paleólogo, comparable á los grandes héroes de la antigüedad, pasó la noche en cumplir con sus deberes de religion; luego, ausentándose del palacio de sus antepasados, que ya no habia de volver á ver, tomó sus armas, montó á caballo, reunió en el Hipódromo el puñado de valientes soldados que le restaban, y les dijo : « ¡Compañeros! este será nuestro último triunfo, ó » nuestra última hora! ¡La gloria del cielo nos espera, la patria » nos llama! Nos están contemplando los manes de nuestros » héroes! Partiré con vosotros los peligros del combate como » los frutos de la victoria. Pero si Constantinopla ha de pere- » cer, yo me sepultaré en sus ruinas! » Tal fué el testamento del último emperador griego. Los Turcos invaden la ciudad, pasan á chuchillo sus defensores. Al ver á sus soldados muertos en torno de su persona, y desesperando ya de salvar su patria, Constantino se arroja denodado contra un enjambre de enemigos, y halla la muerte batiéndose como un héroe. El heróismo de su último príncipe no habia podido salvar al Bajo Imperio del castigo merecido por la cobardía, perfidia y crueldad de tantos indignos antecesores suyos, y cayó despues de haber subsistido mil ciento veintitres años, desde el gran Constantino.

23. En menos de dos horas, fueron reducidos á la esclavitud cincuenta mil Constantinopolitanos, que fueron conducidos por toda la superficie del imperio asiático de Mahometo II. Otros Griegos mas felices pudieron precipitarse en las galeras venecianas, fondeadas en el Cuerno de Oro, que hicieron vela para Italia, trayendo con los dolores de una patria perdida preciosos manuscritos de la Grecia antigua y de los Padres de la Iglesia, nobles monumentos del humano ingenio sustraidos á las llamas.

El papa les acogió con el doble respeto debido al infortunio y al talento. Teodoro Gaza, de Tesalónica; Calkóndilo; Jorge de Trebizonda; Juan Argirópulo, de Constantinopla; Gemisto Plethon, de la misma capital, trajeron al Occidente los tesoros literarios que hubiera malversado el agreste Mahometo. Nicolao V se mostró liberal con estos proscritos de la ciencia, que pagaron tan noble hospitalidad enriqueciendo la biblioteca del Vaticano con preciosos manuscritos. Esta época de la ruina de Constantinopla fué la del renacimiento de las letras en Italia. Por una rara coincidencia, este renacimiento se manifestó en el momento mismo en que Guttemberg acababa de descubrir en Maguncia el arte maravilloso de la imprenta, que habia de perpetuar y propagar el pensamiento del hombre y abrir á la civilizacion moderna sendas hasta entonces desconocidas. Invencion brillante que iba á hacer de la palabra una palanca y un martillo. Espada de dos filos, igualmente poderosa para el bien como para el mal, que merece todo elogio por los servicios que ha prestado, y toda maldicion por los desastres que ha causado y causará aun en el mundo.

24. Mahometo II tuvo harta política para ser moderado y asegurar así el fruto de sus conquistas. Pretendió presentarse como sucesor, hasta cierto punto, de los emperadores griegos y ejercer sus derechos. Habiendo sabido que estaba vacante la silla de Constantinopla, mandó se procediese á la eleccion y dió al electo patriarca la investidura con el ceremonial y fórmula de uso. Y así, aquellos altaneros metropolitanos, pretendidos *ecuménicos,* que se habian sustraido á la autoridad tutelar

del sucesor de san Pedro, del vicario de Jesucristo, se vieron rebajados hasta el punto de recibir el báculo pastoral de manos de un príncipe infiel y bárbaro, para ser en lo sucesivo viles juguetes suyos. La toma de Constantinopla tuvo otro resultado aun mas grave; y fué el de acabar de fundar el imperio turco y constituirlo en su formidable unidad. La guerra entre el Evangelio y el Alcoran trasladó su campo de batalla en las fronteras de los Estados cristianos y de la Turquía europea. Desde ahora la historia nos hablará constantemente de los esfuerzos de los Turcos para invadir la Europa, y los de los papas para rechazarlos ó abatirlos. Esta política durará hasta nuestros dias. El papa Nicolao V fué el primero que abrió la guerra santa, y que durante los años 1454 y 1455 trabajó en formar entre los príncipes cristianos una grande liga contra Mahometo II. En el momento en que iba á recoger el fruto de sus trabajos, murió, en 24 de marzo de 1455, despues de un reinado glorioso.

§ IV. PONTIFICADO DE CALIXTO III (8 de abril de 1455-6 de agosto de 1458).

25. El cardenal Alfonso de Borja tenia á la sazon setenta y ocho años; era natural de Valencia, en España, cuyo obispo fué. San Viente Ferrer le habia predicho el pontificado; y en efecto los votos del conclave recayeron en él, y tomó el nombre de Calixto III. Llegado á una edad en la cual todos los hombres pierden en energía, él habia conservado toda la suya. « En » nombre de la santísima é indivisible Trinidad, dijo el dia de » su exaltacion, yo juro perseguir con el mayor vigor á los » Turcos, crueles enemigos del nombre cristiano, con todos » los medios que estén á mi alcance : » y en efecto cumplió su palabra. Eneas Silvio fué enviado á todas las cortes de Europa para organizar la cruzada; y el ilustre franciscano, san Juan de Capistrano, quedó encargado de predicarla en Alemania. El emperador, los reyes de Francia, Inglaterra, Aragon, Castilla y Portugal prometieron su concurso. El duque de Borgoña, Felipe el Bueno, habia tomado la cruz y hecho

juramento de caballero de librar á Constantinopla del yugo otomano. El general entusiasmo por la santa expedicion pudo hacer concebir las mas fundadas esperanzas. Mahometo II acababa de hacer por su parte armamentos formidables. Uno de sus visires, viéndole tan afanado en tantos preparatios de guerra, le preguntó respetuosamente cuáles nuevos designios traia en manos: « Si un pelo de mi barba, respondió el sultan, » pudiera saberlo, me lo arrancaria y le echaria al fuego. » El 3 de junio de 1456, un ejército otomano, fuerte de ciento y cincuenta mil hombres, puso sitio á Belgrado. El jóven rey Ladislao VI se fugó de Viena, y la Europa quedó abierta. Juan Hunyada le sirvió de baluarte. El gran capitan fué maravillosamente secundado por san Juan de Capistrano. Este célebre franciscano ya se habia ilustrado en sus predicaciones contra los Husitas de Bohemia: estaba reverenciado de los pueblos como un profeta, y Calixto III no halló mejor jefe que él para los cruzados que pasaron á Hungría. Los príncipes no habian cumplido su promesa. El fuego por la guerra santa habia sido pasajero, y tan pronto disipado como concebido; por manera que fueron inútiles todos los esfuerzos del pontífice para hacerlo revivir. Desesperanzado de levantar al Occidente, el papa quiso al menos implorar la proteccion del cielo en favor de los Húngaros. Mandó pues que todos los dias, al medio dia, se tocasen las campanas en todas las parroquias de Europa, á fin de amonestar á les fieles rogasen por los defensores de la cristiandad que combatian contra los Turcos. Se concedieron indulgencias á todos los que al toque predicho de las campanas rezasen con esta intencion el *Pater noster* y el *Ave Maria*. Tal fué el orígen del *Angelus* (1), que toda la Iglesia católica ha consagrado en su uso y conservado hasta hoy. Reducido á sus propias fuerzas, Hunyada hizo prodigios de valor. San Juan Capistrano, con la cruz en la mano, se hallaba siempre en la brecha, y comunicaba á los soldados cristianos un valor sobre-

(1) Y en efecto, en España se dice toque de *Oraciones*, toque de *Ave Marías*, sin duda por las oraciones mandadas por Calixto III. (El Traductor.)

natural. Todo cedió ante estos héroes, y el altanero Mahometo II, herido gravemente, se retiró bramando de cólera con los restos de su ejército, el 6 de agosto de 1456. Si en este momento hubiera secundado la Europa las elevadas y generosas miras del soberano pontífice, de seguro hubieran perdido los Otomanos á Constantinopla. Pero los intereses y rivalidades de naciones preocupaban entonces á todos los príncipes : y para colmo de desgracia, murieron en el mismo año de su triunfo los dos libertadores de Belgrado, y los Turcos continuaron amenazando al mundo católico con su poder, que iba creciendo constantemente.

El pontificado de Calixto III se abrevió por el dolor que le causaba la invencible indiferencia de los reyes cristianos. Profundo jurisconsulto, hizo revisar el proceso de Juana de Arc, y rehabilitó, como hemos referido, la memoria de esta heroína. Firme en sus designios, supo hacer respetar la potestad pontificia. Juan II de Aragon, en cuyo reino habia nacido, intentaba gobernarle aun en el trono pontifical. Preguntándole sus embajadores cómo pensaba vivir con él, respondió : « Gobierne él sus Estados, y yo la Iglesia. » La historia solo ha hallado en Calixto un defecto, el de una sobrada ternura por su familia; y haber elevado á las dignidades eclesiásticas á su sobrino, Rodrigo Lenzuoli (cardenal de Borja, despues Alejandro VI), cuyas costumbres y carácter no eran las de un ministro del altar. Calixto III murió á los ochenta años, en 1458.

§ V. PONTIFICADO DE PIO II (27 de agosto de 1458-14 de agosto de 1464).

26. La silla de Roma puede mudar de titular, mas no de línea de conducta en lo tocante á los grandes intereses del mundo. A la muerte de Calixto III, el conclave eligió papa al cardenal Eneas Silvio, [hombre sabio, docto, prudente, conocedor del mundo, hábil en los negocios, y sobre todo grande por su franca retractacion de su conducta en Basilea]. Fué poeta, historiador y orador, todo en superior grado. A su adveni-

miento, tomó el nombre de Pio II, y anunció su designio de continuar los proyectos de su antecesor en el Oriente, y para ello concibió formar una asamblea general en Mantua, donde se tratase de los medios de llevarlos á cabo, y fijó para ello el 1°. de junio de 1459. Fueron rogados para asistir á aquella todos los reyes y príncipes de Europa. Pero no fué escuchado dicho llamamiento. Solo enviaron sus representantes Chipre, Rodas, Lesbos, Albania, Epiro, Bosnia y el Ilirio; esto es, las provincias amenazadas: mas no hallaron buena voluntad en las potencias occidentales [1]. Pio II peroró y habló muchas veces, tierna y elocuentemente, sobre el peligro que amenazaba á la Europa, y ofreció todos los recursos de que podia disponer la Santa Sede, ya en su patrimonio, ya en las rentas y derechos que percibia en los diversos reinos cristianos. Pero la Francia rehusó pagar los subsidios, y el parlamento apeló del papa al futuro concilio general. La Alemania, que mas que ninguna otra potencia estaba interesada en detener los progresos del mahometismo, estaba enteramente absorbida en sus luchas intestinas. La Inglaterra, ensangrentada por sus guerras de las Dos Rosas. Aragon, ocupado en hacer guerra á la Cataluña. La Italia meridional, teatro de continuos combates. El reino de Nápoles, hecho campo de batalla entre Renato de Anjou y Fernando I de Aragon, hijo bastardo de Alonso el Magnánimo. Fernando habia sido adoptado por heredero por Juana II: lo que fué motivo de tan largo conflicto.

27. En medio de estas complicaciones que consumian las fuerzas del mundo católico, Pio II comprendió que su principal deber era trabajar por lograr la pacificacion general. Principió por Italia, y en cualidad de soberano del reino de Nápoles se pronunció entre ambos pretendientes. Fernando reinaba desde hacia un año (1458), y le amaba la poblacion; porque el carácter disimulado y cruel de este príncipe aun no se habia manifestado. Pio II no vaciló pues en darle la investidura de

(1) Hay que advertir que en esta época estaban muy comprometidas en guerras y disensiones políticas todas ó casi todas las provincias cristianas de Europa. Y esta es la principal razon de su inaccion respecto de la cruzada. (El Traductor.)

los Estados napolitanos, resolucion tanto mas magnánima cuanto que los papas se habian inclinado siempre á la casa de Anjou. Por desgracia Carlos VII no comprendió esta generosa política, y envió embajadores á Mantua para quejarse contra el papa y reclamar en favor del príncipe francés. En una larga y enérgica respuesta, justificó Pio II plenamente su conducta, en un discurso elocuente que no duró menos de tres horas. « Nos sorprende, decia el papa, el que la Francia haya podido » esperar la investidura del reino de Nápoles en favor de uno » de sus hijos, mientras que por otra parte se mantiene en ella » la ejecucion de un contrato subrepticio, hostil á la Santa Sede, » la *pragmática sancion*. Se hace de esta una ley fundamental » del Estado, y se quiere hacer pasar por ordenanza de la Igle- » sia el acto mas injurioso á la autoridad pontificia que haya » habido jamás. » El lector se acordará que Carlos VII habia » redactado la *pragmática sancion* en los Estados generales de Bourges durante la celebracion del concilio de Basilea, conforme en todo con las ideas que dominaban en él.

28. Las últimas palabras contra este acto eran una formal retractacion contra el concilio de Basilea, cuyo secretario habia sido Eneas Silvio; y para mas distinguir la diferencia entre el canciller de Basilea y el soberano pontífice, Pio II quiso por medio de una bula condenar á la faz del universo cuanto se habia hecho en Basilea contra la legítima autoridad de Eugenio IV. Cumplió con este deber con tal abnegacion personal y franqueza de lenguaje, que le granjearon la admiracion universal. « Somos hombre, decia; y como tal sujeto á las fla- » quezas é ignorancias de la humanidad. Entre las cosas que » hemos dicho y escrito antes de nuestra exaltacion, hay » muchas condenables : hemos pecado por seduccion; hemos » perseguido la Iglesia de Dios por ignorancia. Como Agustino, » no vacilamos en retractar los errores que pueden hallarse en » nuestros discursos ó escritos. En otro tiempo hablé y obré » como jóven; creedme ahora, anciano; haced mas caso de un » soberano pontífice que de un particular; recusad á Eneas Silvio, » y oid á Pio II. » Despues de tan explícita declaracion, el

papa quedaba libre en la senda en que habia entrado. El 18 de enero de 1459 publicó la famosa bula *Execrabilis*, en la cual condena las apelaciones del juzgado pontifical al futuro concilio. « Nuestro siglo, dice, ha visto manifestarse á las claras un abuso execrable y desconocido en la antigüedad. Impelidos » por espíritu de insubordinacion, hombres rebeldes se creen » con derecho de invalidar las sentencias del romano pontífice, » del vicario de Cristo, apelando al juicio de un futuro concilio. » ¿Qué cosa mas irrisoria que este desacato por el cual se recusa » un tribunal cierto para deferir la sentencia á un tribunal que » aun no existe? Bastan las mas ligeras nociones de derecho » canónico para estimar en su valor lo perjudicial que fuera » semejante sistema á la Iglesia de Dios. Queriendo pues alejar » del rebaño de Cristo veneno tan pestilencial, con parecer de » nuestros venerables hermanos, los cardenales de la santa » Iglesia romana, de todos los prelados y jurisconsultos de » nuestra curia, condenamos dichas apelaciones, las repro- » bamos como erróneas, y prohibimos bajo pena de exco- » munion *ipso facto incurrenda* interponer en lo sucesivo » semejantes apelaciones. » El espíritu que dictó este decreto era el mismo que habia animado á san Gregorio VII y á Inocencio III.

29. La publicacion de la bula *Execrabilis* en Francia fué señal de una verdadera borrasca. La Universidad de París, baluarte del galicanismo, habia patrocinado las doctrinas de Basilea : la eleccion de Eneas Silvio al pontificado le habia parecido del mejor agüero, y no dudaba de la fidelidad del papa á sus antecedentes. Viéndose estrellar así sus esperanzas, dejó estallar su descontento. El rey Carlos VII cometió al parlamente el exámen de la bula. ¡Extraña proteccion de un hijo primogénito de la Iglesia, que revestia á una asamblea de magistrados del poder de reformar á su capricho las ordenanzas apostólicas! Solo la ceguera y la pasion han podido hacer que se hayan trascurrido tantos siglos de adhesion á tan exorbitante inconsecuencia. El fiscal general, Dauvet, apeló de la bula al futuro concilio, é hizo registrar esta protesta en el par-

lamentó. Carlos VII veia con placer esta explosion de la magistratura contra la autoridad pontificia; y no pensaba que un dia se revolveria contra la autoridad real la oposicion que se hacia entonces al papa. Los excesos y abusos del poder encuentran siempre en sí mismos su propio castigo; y bajo el punto de vista histórico, es sobrado cierto que los hijos llevan la pena que merecieron las faltas de sus padres.

30. La muerte de Carlos VII, acontecida en 1461, puso término á estos tristes debates : el trono de Francia pertenecia á Luis XI. Naturalmente duro, desconfiado, disimulado, atrevido en la prosperidad, excesivamente tímido en los reveses, ávaro por genio, y liberal por política, beato hasta degenerar en supersticioso, y no haciendo caso de los mas sagrados juramentos cuando iban contra su interés; popular á causa de una falsa familiaridad, y sembrando trapas en su parque de Plessis-lès-Tours; cruel por cálculo, y jugando con sus víctimas antes de inmolarlas, el nuevo rey subia al trono con plan muy concertado, con ideas mucho tiempo há fijas y maduras. Habia resuelto fundar el poder real sobre los restos de la aristocracia: prosiguió su objeto por las mas torcidas sendas, abatiendo á su paso cuanto podia hacerle obstáculo. La Borgoña, el Anjou, el Maine, la Provenza, la Cerdaña y el Rosellon, reunidos á la Francia, fueron frutos de su política; aunque costando la vida á Carlos el Temerario, al conde de Armañac, á Carlos de Albret, al duque de Nemours, al condestable de Saint-Pol, etc., etc. « Pero, decia con mucha sorna Luis XI, esos son frutos del » árbol de la guerra. » Luis XI inauguró su reinado destituyendo á todos los magistrados ó empleados superiores que hasta entonces habian entendido en la direccion de los negocios, y reemplazándolos con los desgraciados con su padre. Quiso hacer prevalecer en adelante una política opuesta á la anterior. La *pragmática sancion* que Carlos VII declaraba ley fundamental, fué comprendida en el sistema general de condenacion del anterior sistema. « Hemos reconocido, escribió Luis XI al papa, » que este acto es contrario á vuestra autoridad y á los dere» chos de la Santa Sede. Hecho en tiempo de cisma y sedicion,

» solo puede causar el trastorno de las leyes y del buen órden,
» pues que impide la potestad legislativa inherente á vuestra
» dignidad. Destruye la subordinacion en la Iglesia, y á favor
» suyo los prelados de nuestro reino levantan un edificio de
» licencia; se hallan pues rotas la unidad y uniformidad que
» deben reinar en los Estados cristianos. Por lo cual abolimos
» y anulamos la *pragmática sancion* en todos los países de
» nuestra obediencia; y restablecemos las cosas en el pié y
» estado que estaban antes. Estad seguro de que en lo veni-
» dero los prelados de la Iglesia galicana se someterán á vues-
» tros decretos y mantendrán con Vuestra Santidad una armo-
» nía perfecta. » Se cometió la negociacion de este asunto á Juan Geoffroy, obispo de Arras, á quien le valió el capelo esta mision. Por lo demás, esta abolicion fué muy mal acogida en Francia. La Universidad de París y el parlamento elevaron duras quejas al rey acerca de ella; pero Luis XI se reservaba á sí mismo el derecho de quebrantar las promesas que acababa de hacer el papa. Sus respestuosas demostraciones solo habian sido una ficcion para dar á su nuevo reinado, á los ojos de la Europa, el apoyo y concurso de la Santa Sede. De hecho, la *pragmática sancion* continuó, al menos en lo principal, teniendo fuerza de ley hasta 1515, época del concordato definitivo entre Francisco I y Leon X.

31. En esto, ya habia conquistado Mahometo II las islas de Lemnos, Lesbos y Negroponto. La resistencia heróica de Scanderberg, heredero de la gloria de Juan Hunyada, detenia sus progresos en el Epiro. Los diputados de la Grecia volvieron á solicitar apoyo del soberano pontífice. Pio II volvió á escribir á todos los príncipes de la cristiandad para marchar contra el enemigo comun; mas fueron estériles sus instancias. Entonces tomó el partido de dirigirse al mismo Mahometo, esperando que, como son incomprensibles los juicios de Dios, la Providencia detendría por este medio el azote que amenazaba á la Europa. « Hasta
» ahora, le decia el papa, habeis vencido á los Griegos, porque
» los Griegos no son verdaderamente cristianos. No os sospe-
» chais lo que son las fuerzas de los Occidentales, con quienes

» aun no os habeis batido. Si consintiéseis en examinar los dog-
» mas de la religion de Jesucristo, no tardariais en reconocer su
» superioridad sobre el culto de Mahoma. Convirtiéndoos á la
» fe y recibiendo el bautismo, consolidariais vuestro imperio y
» os llenariais de gloria inmortal. Clodoveo entre los Francos,
» Recaredo entre los Godos, y Constantino entre los Romanos,
» lo han hecho antes que vos. Entonces seriais posesor legítimo
» de cuanto habeis usurpado por la violencia y de que gozais
» con injusticia. » Como era probable, esta exhortacion no produjo efecto alguno en el corazon del sultan, y continuó con nuevo furor sus incursiones. El papa no se desanimó. « No
» hallamos sino un solo medio de determinar á los príncipes
» cristianos á la guerra santa, dijo á los cardenales; y es jun-
» tar nos mismo el ejemplo con las exhortaciones y súplicas.
» Tal vez, cuando vean al pontífice romano, su padre, al vica-
» rio de Cristo, marchar en persona contra los Turcos, se abo-
» chornarán de su indiferencia é inaccion. » El sacro colegio aplaudió este heroismo del papa; y una bula del mes de octubre de 1463, dirigida á toda la cristiandad, notificó al universo la magnánima resolucion del vicario de Jesucristo. Declaró pues el papa que se dirigia al puerto de Ancona, donde le esperaba una armada veneciana, y que se embarcaria, para ir á combatir, en persona, á los infieles. Y en efecto Pio II llegó á Ancona, en donde se le unió el dogo de Venecia y el ejército de la república. Iba á embarcarse, cuando le previno la muerte en 4 de agosto de 1464, é hizo disiparse los proyectos que habia formado para gloria de la cristiandad.

CAPITULO V.

SUMARIO.

§ I. Pontificado de Paulo II (31 de agosto de 1464-26 de julio de 1471).

1. Eleccion de Paulo II. Scanderberg. — 2. Paulo II depone á Podiebrado, rey de Bohemia, que es reemplazado por Vladislao. — 3. Nuevo asunto sobre la *pragmática sancion*. — 4. El cardenal de la Balva. — 5. Sabia administracion de Paulo II. Muerte de este papa.

§ II. Pontificado de Sixto IV (9 de agosto de 1471-13 de agosto de 1484).

6. Esfuerzos de Sixto IV para organizar una cruzada contra los Turcos. — 7. Pedro de Aubuson. Sitio de Rodas. Muerte de Mahometo II. — 8. Revolucion en Florencia. Suplicio de Francisco Salviati, arzobispo de Pisa. El papa fulmina entredicho contra Florencia. Liga de los principados italianos y de la Francia contra Sixto IV. — 9. Política de los soberanos pontífices en Italia. Muerte de Sixto IV. — 10. Muerte de Luis XI. San Francisco de Paula.

§ III. Pontificado de Inocencio VIII (29 de agosto de 1484-24 de julio de 1492).

11. Lucha en Oriente por la sucesion de Mahometo II. Bayazeto I. El príncipe Zizim. — 12. Vana tentativa de Bayazeto contra Italia. — 13. Disturbios en Nápoles. — 14. Fernando é Isabel la Católica. Inquisicion en España. Torquemada. — 15. Muerte de Inocencio VIII. Pico de la Mirándola.

§ IV. Pontificado de Alejandro VI (11 de agosto de 1492-18 de agosto de 1502).

16. Eleccion de Alejandro VI. Su carácter. — 17. Alejandro VI parte las tierras del Nuevo Mundo entre los reyes de España y Portugal. — 18. Orden y seguridad personal restablecidos en Roma por Alejandro VI. Ludovico Sforcia, *el Moro*, duque de Milan, llama á los Franceses á Italia. — 19. Los nobles romanos se someten á Carlos VIII. Entrada de Carlos VIII en Roma. Expedicion de Nápoles. — 20. Castigo de los nobles romanos. — 21. Savonarola. — 22. Rebelion de Savonarola contra la autoridad de la Santa Sede. Su suplicio. — 23. Advenimiento de Luis XII al trono de Francia. Nueva expedicion contra Italia. Muerte de Alejandro VI.

§ V. Pontificado de Pio III (23 de setiembre de 1502-18 de octubre de 1503).

24. Eleccion y Muerte de Pio III.

§ VI. Pontificado de Julio II (1º. de noviembre de 1503-21 de febrero de 1513).

25. Carácter de Julio II. — 26. Liga de los príncipes europeos contra este papa. Conciliábulo de Pisa, donde es depuesto Julio II. — 27. Décimoséptimo concilio general en Letran. Muerte de Julio II. — 28. Movimiento intelectual de la Italia en esta época. Renacimiento.

§ I. PONTIFICADO DE PAULO II (31 de agosto de 1464-26 de julio de 1471).

1. Se hallaban reunidos los cardenales en Ancona; mas Pio II les habia hecho prometer no proceder á nueva eleccion sino á su regreso á Roma. Respetaron la voluntad del moribundo pontífice, regresaron á Roma y recayeron sus votos en el veneciano Nicolás Barbo, cardenal de San Marcos, que tomó el nombre de Paulo II. En el conclave, habian renovado los cardenales una tentativa que aun no les habia salido bien. A pesar del axioma canónica : *Papa electus ligari non potest*, habian redactado una fórmula de juramento por la cual se habia de comprometer el papa futuro : 1°. á no hacer promociones al cardenalato sin consentimiento del sacro colegio; 2°. á restablecer la antigua disciplina de la curia romana; 3°. á convocar dentro de tres meses un concilio general; 4°. á continuar la guerra contra los Turcos. El primer acto del nuevo pontífice fué anular este compromiso, y declarar que de los cuatro artículos solo se creia obligado al último. Sin embargo, por consolar á los cardenales, les concedió el privilegio de llevar hábitos de púrpura y el sombrero de color encarnado, cosa que solo los pontífices habian usado hasta entonces. La expedicion al Oriente fué la primera preocupacion de Paulo II. Para dar él mismo ejemplo, se obligó á suministrar todos los años cien mil escudos de oro á los Húngaros y otros tantos á Scanderberg, para sufragar á los gastos de la guerra contra los Turcos. Veinte galeras armadas por el tesoro pontificio se reunieron á la armada veneciana. El cardenal Francisco Piccolomini fué encargado de asistir en calidad de legado apostólico á una dieta del imperio y predicar la cruzada á los príncipes reunidos. Se hicieron sendas promesas al nuncio. Cien mil Alemanes iban á encontrarse armados en el año siguiente para volar al socorro de la Hungría. « Pero, dicen los historiadores » de esta época, solo eran palabras. Porque ni las alarmantes » victorias de los Turcos, ni el triste estado de la cristiandad, » ni el movimiento que se dió Paulo II durante todo su ponti-

» ficado por una causa tan justa y gloriosa, no fueron capaces » de sacar de su frialdad y apatía al jefe y á los miembros del » imperio. » Les hubiera sido necesario un destello del alma de Scanderberg, que se le decia ya *el nuevo Alejandro, el Gedeon cristiano*. Este grande hombre acababa de saber que Mahometo II hacia levas considerables de gente : y que ya avanzaban cincuenta mil hombres para poner sitio á Croya, capital de la Albania. Scanderberg acudió volando á la defensa de la ciudad, y despues de una heróica resistencia de dos meses obligó á los Turcos á levantar el cerco y retirarse. Un nuevo ejército enviado por el sultan no fué mas feliz. La Albania, provincia pobre, asolada, impracticable por sus desfiladeros, defendida por un héroe y soldados invencibles, abatió diariamente el orgullo de Mahometo. El sultan quiso desembarazarse á todo precio de Scanderberg; y convencido de que no podia batirle, intentó hacerle asesinar. Mas fué conocida esta perfidia, y los reos pagaron con el patíbulo. El héroe sobrevivió poco á esta tentativa : murió en Lissa el 17 de enero de 1467, despues de haber sido durante veintitres años el terror de los Turcos, á quienes habia vencido en veinte batallas campales, en una época en que toda Europa temblaba á su solo nombre y en que habian llegado al apogeo de su poder.

2. Mientras tanto, Paulo II velaba cuidadosamente por el sosten de la fe y disciplina eclesiástica. Jorge Podiebrado, rey de Bohemia, se habia declarado abiertamente á favor de los Husitas, y á su ejemplo, declamaba sin cesar contra la autoridad del soberano pontífice, contra las propiedades temporales de la Iglesia, y contra el gobierno de los obispos. Los católicos de la Bohemia lo acusaron jurídicamente ante el tribunal de la Santa Sede, y pidieron se le formara causa. El emperador de Alemania, Federico III, quiso en vano intervenir en favor suyo. Mas las informaciones judiciales, comenzadas contra Podiebrado, fueron proseguidas con la mayor actividad, y el rey de Bohemia quedó convencido del crímen de herejía, perjurio y sacrilegio : solo restaba fulminar contra él el anatema. Paulo II vacilaba, temiendo no encontrar simpa-

tías en Alemania. Pero el cardenal de Oporto, Juan Carvajal, cuya palabra era de inmenso ascendiente en las deliberaciones, cortó los escrúpulos del papa. « Si nos faltan socorros » humanos, decia, Dios mismo se armará para trastornar los » designios de los impíos. Cumplamos con nuestro deber, y la » Providencia hará lo demás. » En su consecuencia, Paulo III pronunció su juicio definitivo, el dia de Navidad de 1466, en la iglesia de San Pedro. Podiebrado fué depuesto y condenado como hereje, y la sentencia le declaró « privado del reino de » Bohemia que habia adquirido mal, y que habia administrado » peor. » No se frustró la esperanza de Carvajal. Apenas se supo la sentencia definitiva de la Santa Sede en Bohemia, los grandes del reino se reunieron y ofrecieron la corona á Matías Corvino, hijo del gran Hunyada. El nuevo rey fué coronado en Olmutz. Sin embargo, una fraccion de los electores habia dado su voto á Vladislao, hijo de Casimiro IV, rey de Polonia; y Podiebrado conservaba por su lado numerosos partidarios. Se prolongó pues la guerra hasta la muerte de este último en 1470, con cuyo motivo todos los Estados del reino reconocieron unánimes á Vladislao. Y así, á pesar de haberse debilitado mucho la autoridad pontificia por causa del gran cisma de Occidente, aun tenia la Santa Sede harto ascendiente para ejercer un poder soberano [respetuosa y voluntariamente admitido, entre príncipes y reyes].

3. Pensaba entonces el papa en volver á tratar con Francia respecto de la *pragmática sancion,* negocio entablado bajo el anterior pontificado. Geoffroy, cardenal de Arras, y Juan de la Balva, entonces obispo de Evreux y confidente de Luis XI, quedaron encargados de esta negociacion. La resistencia del parlamento fué mas viva que nunca. El fiscal general del reino, Juan de San Roman, rehusó obstinadamente aprobar ni dar curso á la cédula real de revocacion. Juan de la Balva hizo los mayores, pero inútiles esfuerzos para conseguirlo, y esto le valió mas tarde el capelo. Mas hé aquí todo el fruto que se obtuvo. El fiscal general le declaró positivamente que nunca consentiria en la abolicion de una ley que era la salvaguardia

del reino. « Abolir la pragmática sancion, decia, fuera trastornar el órden antiguo de las elecciones y echar á la Iglesia en una espantosa confusion. Los mas dignos personajes y vasallos irian á Roma en solicitacion de gracias y favores; las Universidades se hallarian, por ello, desprovistas de hombres de mérito y de catedráticos capaces. Y en fin si se decretase la abrogacion, todo el dinero del reino saldria para Roma. » Tales exageraciones no merecen exámen serio: pues que lo que precisamente queria restablecer Paulo II era el antiguo órden de elecciones. Si los sugetos de mérito hubiesen ido á Roma, el solo inconveniente que de ello pudiera resultar hubiera sido que el papa hubiese conocido personalmente su mérito. Hubieran regresado á su patria y sido destinados, con conocimiento de causa, á los diferentes puestos de que se hubieran juzgado dignos. Por otra parte se podia muy bien fiar á Luis XI el cuidado de que no saliese dinero de Francia para Roma. Por consiguiente las razones del fiscal general solo eran en realidad la protesta del galicanismo ciego y sin buenas razones que alegar. Pero la Universidad de París fomentaba por otra parte esta oposicion del parlamento. El rector se presentó en persona al legado, y le declaró que apelaba al futuro concilio general. Espantado de un movimiento tan enérgico, los representantes de Roma no osaron ir mas lejos; y el negocio quedó así durante el reinado de Luis XI.

4. El cardenal de la Balva, que tanto celo mostró en este negocio, no tardó en caer en desgracia de su disimulado monarca, y aun cuando no es bien conocida la causa, basta para explicarla el carácter del rey Luis XI. Este príncipe mandó encerrar en una jaula de hierro á su antiguo ministro, y allí le tuvo once años, desde 1469 á 1480. Como cardenal, Balva no podia ser condenado sino por sentencia pontificia. Paulo II reclamó enérgicamente contra esta tiránica usurpacion, y envió á Francia cinco comisarios encargados de avocar la causa á su tribunal. Pero Luis XI no era hombre para soltar tan de grado la presa; rehusó explicarse y mantuvo el odioso arresto de su ministro. No cesó Paulo II de protestar contra acto tan

arbitrario; y solo Sixto IV, su sucesor, alcanzó en fin la libertad de Balva, que se retiró á Roma, donde los honores de que fué colmado le hicieron olvidar las desgracias de su cautiverio.

5. Entretanto Paulo II no habia cesado de negociar para con los príncipes cristianos para decidirlos á una cruzada. Creia tocar al término de sus votos y esperanzas, cuando murió de repente, el 26 de julio de 1471. Su administracion fué vigorosa y vigilante. Firmó una constitucion que prohibia á los legados, gobernadores y jueces de las provincias recibir ningun presente. Este decreto habia tenido por objeto extinguir la venalidad de que hasta entonces estaba tachado el gobierno. Para aliviar á los pueblos y hacerles mas llevadera la dominacion, Paulo II dispuso que la guardia de las fortalezas y el gobierno de las ciudades, pertenecientes á la Santa Sede, fuesen dados exclusivamente á las eclesiásticos. En la colacion de los beneficios jamás le movieron motivos humanos. « No conviene, decia, distribuir las dignidades eclesiásticas ni con precipitacion, ni por miramiento ó recomendacion de personas influyentes, sino despues de un maduro exámen y profunda deliberacion en la que se examinen los méritos personales. » Paulo II fué el primero que introdujo en Roma el arte de la imprenta, descubierto veinticinco años antes por Guttemberg. « Su mas relevante título de gloria, dice Quirini, es haber dotado á la capital del mundo de la *divina* tipografía. »

§ II. **PONTIFICADO DE SIXTO IV** (9 de agosto de 1471-13 de agosto de 1484).

6. Los sufragios de los cardenales reunidos en conclave recayeron desde luego en el cardenal Bessarion, uno de los mas ilustres personajes de su tiempo por su ciencia, virtudes y grandeza de alma. Pero se excusó á sí mismo diciendo tener ya mas de ochenta años, y determinó al conclave eligiese á su amigo Francisco de la Rovere, cardenal de San Pedro *ad Vincula*, que tomó el nombre de Sixto IV. La defensa de la

Europa contra la invasion otomana habia sido la perenne solicitud del pontificado. La historia contará, á honra de los papas, que solos, entre tantos príncipes cristianos, no perdieron jamás de vista esta sagrada mision y que se mostraron siempre los verdaderos representantes del patriotismo y de la civilizacion. Animado del mismo espíritu el nuevo papa se dedicó inmediatamente á formar una liga contra los Turcos. Para lograr su intento, pensó desde luego convocar un concilio en Roma, mas los príncipes cristianos rehusaron enviarle sus embajadores; se resolvió entonces á negociar la liga por medio de legados. Escogió al cardenal de Aquileya para Alemania, Hungría y Polonia; al cardenal Bessarion para Francia; al cardenal Borja para España. Nombró al cardenal Caraffa comandante en jefe del ejército de mar, compuesto de las armadas pontifical, veneciana y napolitana. El cardenal de Aquileya no pudo lograr poner en paz á los príncipes de Alemania en guerra entre sí, y su mision fracasó completamente. La de Bessarion no tuvo mejor éxito en Francia, donde Luis XI se ocupaba de expediciones menos lejanas que la de Turquía. Borgia, magníficamente acogido en España, su patria, solo obtuvo recoger por su cuenta grandes sumas de dinero que perdió en un naufragio del que salvó casi milagrosamente la vida (1). Solo el cardenal Caraffa tuvo feliz éxito en la expedicion naval que hizo en union con las flotas veneciana y napolitana.

7. Un nombre para siempre ilustre se cubria de gloria defendiendo la isla de Rodas contra todas las fuerzas de Mahometo II. Émulo de Hunyada y de Scanderberg, Pedro de

(1) Hay que notar que en este tiempo estuvo la España dando el golpe mortal á la morisma con la toma de Granada y expulsion para siempre de la invasion musulmana de un país donde estaba, hacia ya ocho siglos. No tenian pues necesidad, ni aun era prudente, ir á hacer la guerra santa á la Hungría, cuando tenian otra no menos santa en su propia casa. Es muy de extrañar que el autor no encuentre jamás excusas legítimas para los príncipes temporales, y que tal vez les acuse con sobrada acrimonia. Una expedicion tan lejana y compuesta de elementos tan heterogéneos ofrecia mas de un inconveniente, como lo prueban las cruzadas mismas. Sin querer excusar en un todo á todos los príncipes, habia quienes podian alegar justas razones. (El Traductor.)

Aubusson, gran maestre de los caballeros de San Juan de Jerusalen, descendia por su padre de los antiguos condes de la Marca, y por su madre estaba emparentado con los reyes de Inglaterra. La sangre de héroes que circulaba por sus venas le llamaba naturalmente á grandes cosas : se mostró digno de su nacimiento, y sobrepujó en gloria á sus abuelos. A la noticia de los armamentos de Mahometo, Pedro de Aubusson llamó para ir á Rodas á todos los caballeros de todas las comarcas de la cristiandad. « El enemigo está á las puertas, » les escribió; el sultan no pone ya medios á sus ambiciosos » proyectos, y su potencia es mas y mas formidable cada dia : » tiene muchedumbre innumerable de soldados, excelentes » capitanes é inagotables tesoros. No tenemos otro recurso » que nuestro valor, y somos perdidos si no nos salvamos á » nosotros mismos. Acudid pues con tanto celo como valor al » socorro de la religion. Vuestra propia madre os llama ; una » madre tierna que os ha alimentado á sus pechos y educado » en su seno. ¿Habrá un solo caballero harto ingrato para » abandonarla al furor de los Bárbaros? » Todos respondieron á tan generoso llamamiento del gran maestre, protestando que estaban prontos á derramar hasta la última gota de sangre de sus venas por la defensa de la fe. Para que el servicio no sufriese retraso por la diversidad de mandos, ó lentitud de consejos, todo el capítulo suplicó á Pedro de Aubusson reasumiese en su persona autoridad absoluta para las operaciones militares y administracion de todo. Era una especie de dictadura exigida por la premura de las circunstancias. En mayo de 1480, pareció delante de Rodas la grande armada otomana, compuesta de ciento sesenta buques de alto bordo con cien mil hombres de desembarco, al mando del gran visir Paleólogo, renegado de la familia de los últimos emperadores griegos, que se habia vendido al jefe del imperio anticristiano. Duró el sitio dos meses, y se pusieron en resorte todos los medios imaginables para reducir la plaza : ataques incesantes de dia y de noche, cañoneos espantosos, sorpresas silenciosas, tránsfugas encargados de envenenar al gran maestre y de enseñar

á los enemigos los costados débiles. Algunos caballeros se desalentaban y hablaban de rendirse. Pedro de Aubusson los llamó y dijo : « Si alguno de entre vosotros no se cree seguro » en la plaza, el puerto no está tan estrechamente bloqueado » que no haya medios de salirse. Mas si quereis permanecer » aquí, que jamás se me hable de rendicion ni composicion, ó » yo os hago pasar por las armas. » Avergonzados de su flaqueza, los caballeros prometieron expiarla con su sangre ó con la de los infieles, y cumplieron su palabra. Habian fijado los Turcos el 27 de julio para el asalto general. Durante la noche se avanzan en buen órden y con el mayor silencio, escalan los muros sin la menor resistencia, y enarbolan en ellos su estandarte. Perdida estaba Rodas sin la energía é indómito valor de Pedro de Aubusson. Conocido el peligro corre á las armas, hace desplegar la gran bandera de la órden : « Vamos, hermanos, dijo á los caballeros que le rodeaban, » vamos á combatir para salvar á Rodas ó sepultarnos en sus » ruinas. » Dos mil quinientos Turcos ocupaban la brecha y el muro : hace subir al asalto contra ellos, y el primero sube por la escala : dos veces es herido, dos veces se levanta, y logra en fin subir al muro con sus caballeros. El combate es ya mas igual y los infieles comienzan á replegarse. Pero doce genízaros enviados por el renegado Paleólogo se esfuerzan exclusivamente en matar al intrépido gran maestre. Pedro de Aubusson recibe cinco heridas hondas, por las que sale sangre ó borbotones ; los caballeros le conjuran se retire : « Muramos aquí, les respondió, antes que volver atrás. ¿Cuándo » tendremos mejor ocasion ni mas gloriosa de morir por la fe » y por la religion? » Estas palabras, y su ejemplo aun mas elocuente, elevan á los cristianos sobre sí mismos, y cada soldado es un héroe. Los Turcos espantados huyen y se matan unos á otros por abrirse camino y salvarse. Paleólogo, con la vergüenza y el despecho en el corazon, se ve obligado á reembarcarse con los restos de un ejército hecho trizas. Rodas se salvó. Una inmensa aclamacion de júbilo acoge en Europa tan heróica victoria, y en el año siguiente, Pedro de Aubus-

son fué nombrado cardenal. Jamás se ha encarnado tan gloriosamente la púrpura romana como con esta sangre tan pura. Furibundo por este descalabro, Mahometo II se vengo con la toma de Otranto, donde todo lo llevó á sangre y fuego. Se contaron hasta doce mil cristianos degollados ó hechos prisioneros (11 de agosto de 1480). Un ejército de trescientos mil Otomanos se preparaba, bajo el mando del mismo sultan, á conquistar la Italia. Segun todas las previsiones, nada podia salvar á la cristiandad, cuando hé aquí que se supo la muerte de Mahometo II, que sucumbió á una enfermedad aguda en 3 de mayo de 1481, á la flor de su edad, pues solo contaba cincuenta y tres años.

8. Entretanto las revoluciones políticas ensangrentaban á la Italia. La fortuna de los Médicis principiaba á llenar á Florencia con su esplendor; pero como lo que se ensalza atrae necesariamente la envidia y el odio, los nuevos duques, Lorenzo y Julian, contaban entre sus compatricios numerosos enemigos. La antigua familia de los Pazzis trataba de reconquistar la soberanía; y así se disputaban en Florencia el poder dos facciones temibles, y todos los Estados de Italia tomaron parte en esta contienda. Sixto IV envió á su sobrino el cardenal de San Jorge, con mision de restablecer la paz. Los Pazzis habian organizado una conspiracion que solo aguardaba un momento favorable para estallar. Durante la misa mayor del 22 de abril de 1478, celebrada por el cardenal, los conjurados se echaron sobre los dos Médicis. La conspiracion no salió bien sino á medias. Julian murió á puñaladas; Lorenzo, ligeramente herido en el cuello, logró escaparse; pero el furor popular se vengó de este crímen. Jacobo Pazzi, que habia dirigido toda esta trama, fué muerto, con quince cómplices suyos, entre los cuales se hallaba Francisco Salviati, arzobispo de Pisa. Era cosa muy grave el suplicio de un obispo hecho sin proceso ni sumaria jurídica, ni recurso á la Santa Sede. El papa no podia dejar impune semejante atentado sin envilecer á los ojos de la Europa la influencia de la silla apostólica. No tuvo necesidad de miras políticas para dirigirse en

este negocio, y le han acusado con gran sinrazon y calumnia de haber entrado en la conspiracion contra los duques Lorenzo y Julian. Sixto IV lo ignoraba totalmente. A un mismo tiempo supo en Roma el crímen, el castigo arbitrario que se le habia impuesto, el arresto del cardenal de San Jorge, su sobrino, á quien el pueblo habia puesto preso como cómplice de los Pazzis. En vista de tales excesos lanzó entredicho contra Florencia, y excomulgó á Lorenzo de Médicis. Entonces se concluyó una alianza entre la Francia, los Florentinos, Venecia y Milan. Los obispos de la Toscana se juntaron en concilio bajo la influencia de esta liga, y apelaron del papa al futuro concilio general. Luis XI se imaginó crear otros obstáculos al soberano pontífice. Juntó en Orleans al clero y grandes del reino para restablecer con ellos la *pragmática sancion*, que tantas veces habia querido abolir. Al mismo tiempo envió embajadores al papa suplicándole alzase el entredicho contra Florencia y castigase á los asesinos de Julian de Médicis. La situacion era crítica. Sixto IV habia sostenido noblemente los intereses de la Santa Sede, y se veia amenazado á la vez por Luis XI y por las mas poderosas repúblicas de la Italia setentrional. El vizconde de Lautrec, embajador del rey de Francia, tenia órden, si el papa rehusaba adherir á lo propuesto, de protestar, y de apelar de su juicio al del futuro concilio general. La respuesta de Sixto IV fué digna del vicario de Cristo: « El rey de Francia, dijo á Lautrec, no puede, sin hacer » traicion á su conciencia y á las leyes del honor, pensar en » restablecer la *pragmática sancion,* cuya injusticia ha reco- » nocido él mismo. Si esta ordenanza es legítima, ¿cómo la ha » revocado por sus anteriores edictos? Si es contraria á las » leyes canónicas, ninguna ley puede restablecerla. Respecto » de los asuntos de Florencia, el juzgado de los eclesiásticos y » de la administracion de las cosas espirituales no pertenecen » al rey de Francia; y tocan exclusivamente á la cabeza de la » Iglesia. » Lautrec hizo entonces su protesta solemne, con apelacion al futuro concilio, dejando al papa en una situacion erizada de peligros. Sin embargo se desarrolló pacíficamente.

El emperador de Alemania, Federico III, interpuso su mediacion; logró del rey de Francia y de los príncipes de Italia que enviasen sus embajadores á Florencia para hallar medios de acomodo y conciliacion. Lorenzo de Médicis negoció la paz, que fué concluida en 1480, y Sixto IV, para hacer servir, siquiera contra los infieles, una lucha que peligró renovar en la Iglesia los horrores del cisma, impuso á la república de Florencia la condicion de equipar quince navíos de guerra contra los Turcos.

9. La muerte de Mahometo II habia librado á la Italia del mayor peligro en que se vió jamás. Las diversas repúblicas estaban pacificadas, y Sixto IV construyó en Roma la iglesia de la Paz, para perpetuar el recuerdo de estos ancontecimientos. Mas por desgracia no tardaron en renacer las facciones. El espíritu de discordia esparcia por todos los Estados de la Península su gérmen destructor, desde que en provecho de algunas familias poderosas se habian creado en las diferentes ciudades muchedumbre de soberanías particulares. Esta situacion puso á la Santa Sede en la necesidad de reconstituir la unidad del poder sofocando las tiranías de los señores. Tal será en adelante la política de los soberanos pontífices. Sixto IV la inauguró con una firmeza digna de su carácter, y murió el 13 de agosto de 1484, despues de un trabajoso reinado.

10. Luis XI le habia precedido, pues murió el 30 de agosto de 1482. La cercanía de la muerte habia despertado en el alma del monarca grandes terrores, y en efecto tenia por qué temer el juicio de Dios mas que ningun otro. Las imágenes de plomo de la santísima Vírgen y de santos que llevaba en su sombrero, las numerosas ofrendas que hacia á los santuarios, y otras muchas precauciones no le tranquilizaban bastante. En esta época vivia en Italia san Francisco de Paula, ilustre solitario de la Calabria, fundador de la nueva órden de los Mínimos. Los milagros que Dios se habia dignado obrar por su intercesion le habian hecho célebre. Hácia 1425 se habia retirado á una soledad muy áspera en los montes de su patria.

Muchos discípulos se agruparon bajo de su direccion y abrazaron la vida eremítica con todo su rigor. El pueblo les llamaba los *Ermitaños de san Francisco;* pero el humilde fundador quiso llevasen el nombre de *Mínimos,* para que se considerasen como tales. La regla era muy austera, con cuaresma rigorosa y perpetua. La perfeccionó con el tiempo y compuso otra para las monjas de su instituto, y en fin una para la *tercera órden*. De tan grande hombre quiso ser asistido Luis XI en su lecho de muerte. Le envió embajadores rogándole viniese, y como pusiese obstáculos, el rey de Nápoles se lo suplicó tambien; y en fin el papa Sixto IV se lo mandó, con lo que partió inmediatamente para Plessis-lès-Tours, donde se hallaba el enfermo monarca. Su travesía por Italia y Francia era como un viaje triunfante: Luis XI envió al delfin para que le recibiese en Amboise; y el mismo rey, cuando estuvo ya en su presencia, se echó á sus piés, lloroso y conmovido. Francisco de Paula le exhortó á pensar mas en purificar su alma que en curar su cuerpo, ya extenuado y cadavérico. Luis XI siguió sus consejos, y poco despues murió implorando hasta el último suspiro la proteccion de María santísima, repitiendo muchas veces: « Santa María de Embrun, mi augusta Señora, ayudadme y socorredme. » San Francisco de Paula solicitó vanamente de sus sucesores Carlos VIII y Luis XII el permiso de regresar á la Calabria. Estos dos príncipes no consintieron jamás en privarse de las luces y socorros del santo, que murió el 2 de abril de 1508, en el monasterio de Plessis-lès-Tours, que habia fundado.

§ III. PONTIFICADO DE INOCENCIO VIII (29 de agosto de 1484-25 de julio de 1492).

11. El cardenal de Melfi, Juan Bautista Cibo, noble genovés, fué elegido para suceder á Sixto IV, y tomó el nombre de Inocencio VIII. Antes de ser ordenado habia sido casado, y aun tenia dos hijos vivos al tiempo de su exaltacion. Francisco Cibo, el mayor, casó con la hija de Lorenzo de Médicis y fué el tronco de los príncipes de Massa. El Oriente atrajo desde

luego las miradas de Inocencio VIII. La sucesion de Mahometo habia sumido el imperio otomano en luchas intestinas. De sus tres hijos, Mahometo habia mandado ahorcar á Mustafá, primogénito, envidioso de su gran nombradía y pericia militar. Los dos restantes hermanos, Bayaceto y Zizim, se disputaron con las armas y el mayor encarnizamiento la herencia paterna, por cuanto Mahometo nada habia declarado. Bayaceto fundaba su pretension en el derecho de primogenitura, el mas generalmente reconocido en Oriente. Zizim alegaba una antigua costumbre de los emperadores griegos que daba el trono al *Porfirogeneta*, con exclusion de los demás hermanos; y en efecto Zizim habia nacido despues de la conquista de Constantinopla. Pero venció en la guerra Bayaceto, y Zizim vencido se refugió á Rodas bajo la proteccion del gran maestre, Pedro de Aubusson. La persona de un pretendiente turco era posesion que en tiempo dado podia servir mucho para los intereses del mundo católico; así es que todos los príncipes cristianos se disputaban á porfía el honor de dar un asilo á Zizim, especialmente Matías Corvino, rey de Hungría, y los reyes de Nápoles y Sicilia. Pero prevalecieron los consejos de Carlos VIII, que opinaba se encargase de ello Inocencio VIII, por el crédito y confianza de que disfrutaba para con todos la Santa Sede. En su consecuencia Zizim partió para Roma, y cuando se presentó ante el soberano pontífice apoyó sus labios en el hombro derecho del papa. Bayaceto no veia sin zozobra la acogida tan significativa de su hermano por los príncipes cristianos. Por lo demás Zizim, en el honroso cautiverio que se le habia hecho, se portó con mucha nobleza é hidalguía, haciéndose muy digno de los miramientos que se tenian con él.

12. Se presentó entonces una ocasion favorable para los príncipes europeos. Si entonces se hubiesen unido con el mismo objeto, si revolviendo contra el enemigo comun las armas que empleaban en destruirse, hubiesen anunciado al mundo la resolucion de restablecer á Zizim en su trono, era casi inevitable la caida del imperio otomano. Y así lo entendió Inocencio VIII, y con este objeto mandó equipar una flota de

sesenta galeras y guarnecer con tropas las ciudades de la Marca de Ancona. Escribió al rey de Nápoles y á las otras potencias de Italia para ponerse en estado de rechazar las tentativas de Bayaceto. Este príncipe trató de invadir la Sicilia en el año siguiente; pero las fuerzas combinadas de las tropas españolas y napolitanas le rechazaron haciéndole perder mucha gente. Este fué el solo resultado del pensamiento de Inocencio VIII, quien hubiera querido tomar la ofensiva. Andrés Paleólogo, sobrino del último emperador de Constantinopla, fugitivo como Zizim en Europa, habia vendido al rey de Francia, Carlos VIII, sus derechos al imperio griego. El papa esperó que esta circunstancia facilitaria la expedicion de Oriente. Pero muy pronto absorbieron otros proyectos toda la atencion del monarca francés.

13. Fernando I, rey de Nápoles, á quien habia concedido Sixto IV la investidura de sus Estados, no tardó en mostrarse tan ingrato á la Santa Sede como cruel con sus vasallos. Hollando todas las leyes, habia hecho morir por simples sospechas en medio de un banquete suntuoso al conde de Sarno y á todos los señores que creia hostiles á su dominacion. El pueblo napolitano se sublevó y rogó al papa, en calidad de soberano, castigase en su vasallo crímenes tan horribles. Inocencio VIII no podia desoir las quejas de la inocencia oprimida; y levantó un ejército al mando de Roberto de San Severino. Espantado de estos preparativos, Fernando apaciguó á los señores del reino y ofreció someterse á Inocencio VIII á discrecion. Se concertó la paz, y el rey de Nápoles se obligó á pagar fielmente al papa el tributo de ocho mil onzas de oro y el de la *hacanea*. Mas estas promesas, arrancadas por el temor, fueron pronto quebrantadas por Fernando. Continuó su sistema de opresion contra los señores napolitanos, se negó á pagar al papa el tributo anual, y respondió con insolencia á los legados apostólicos que quisieron recordarle la observancia de los tratados. Inocencio se armó entonces de todos los rayos de la Iglesia; pronunció contra Fernando sentencia de excomunion, le declaró privado de su reino y dió su investidura á Car-

los VIII, rey de Francia, que pretendia tener derecho legítimo, como heredero de la casa de Anjou.

14. La cruzada, continuada durante ochocientos años contra los Moros de España [y de toda el África], acababa de concluirse con la toma de Granada, que puso fin á la dominacion de los Musulmanes en 1492. Fernando V el Católico, por su casamiento con Isabel la Católica, habia reunido bajo su cetro los reinos de Castilla, Aragon [Navarra y Cantabria]; pero sin confundirlos, porque los dos esposos gobernaban [en un principio] cada uno su reino : por lo cual se les llamaba los *reyes católicos*. Por rara ventura, ó por decir mejor, gracias al talento particular de los grandes príncipes, que saben discernir el mérito y recompensarlo, vieron en su corte y contaron como sus vasallos á Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitan; al inmortal Cristóbal Colon, cuyo genio descubrió al Nuevo Mundo; á Hernan Cortés, el conquistador de Méjico; á Ignacio de Loyola, fundador de la compañía de Jesús, y al cardenal Ximenez de Cisneros, de quien ha dicho Leibnitz : que « si los grandes hombres pudieran comprarse, la España no » hubiera pagado cara, con el sacrificio de uno de sus reinos, » la dicha de tener un ministro semejante. » Despues de un sitio de ocho meses, Boabdil, último heredero de la familia de los Abencerrajes, entregó la ciudad de Granada en manos de Gonzalo de Córdoba. Fernando V é Isabel entraron en ella el dia de la Epifanía de 1492, y desde entonces tomaron el título de reyes de España. Estaban vencidos los Moros como potencia, mas no como religion; y el culto de Mahoma seguia secretamente en las comarcas donde por ocho siglos consecutivos habia reinado la Media Luna. Los Judíos, aliados naturales de todos los enemigos del nombre cristiano, animaban secretamente la resistencia musulmana, y mantenian en el seno mismo de la nacion española un foco permanente de rebeldía y anarquía. Fernando V é Isabel conocieron la necesidad de asentar su autoridad sobre cimientos incontrastables; porque cuanto mas enérgico es un poder, tanto mejor gobierna y da la tranquilidad tan necesaria á los Estados. Concibieron entonces el

proyecto de establecer en España un tribunal real de inquisicion, con el objeto de asegurar la fe, la union, tranquilidad y felicidad pública de sus dominios. Hasta entonces la inquisicion habia sido un tribunal puramente eclesiástico que solo conocia de las culpas espirituales, y entregaba los reos al brazo secular. La institucion de la inquisicion española perdió este carácter [y en el pensamiento de los Reyes Católicos fué de carácter mixto]. Esto es tan cierto que Sixto IV, espantado de ver establecerse un tribunal tan temible, en 1479, rehusó desde luego su aprobacion; porque temia no recayese en odio de la Iglesia lo que tenia de odioso. Fernando V declaró formalmente que su intencion era establecer un tribunal de justicia real, totalmente extraño á la jurisdiccion espiritual; que así lo exigian las imperiosas necesidades de la España [donde los Judíos y Moriscos conversos profesaban en secreto y propagaban por medio de asociaciones clandestinas la herejía, la infidelidad, la rebelion y la anarquía]; que aun cuando dirigido por eclesiásticos, este tribunal era verdadera institucion real necesaria para la seguridad de la corona. Con estas condiciones accedieron Sixto IV é Inocencio VIII en confirmar el nombramiento de Torquemada á la dignidad de inquisidor general. [No hay calumnia con que el protestantismo y el filosofismo no hayan tratado de denigrar la conducta de este hombre eminente, cuyo gran crímen era desear la unidad de la fe y religion en el reino, la conversion de los Judíos y Mahometanos, y la pureza de doctrina y costumbres, todo muy deteriorado con la larga serie de combates, guerras y desórdenes consiguientes desde hacia ocho siglos. El modo de proceder garantizaba á la inocencia, y de seguro acertaba con el verdadero reo: la penalidad no era nueva, sino la usada desde hacia muchos siglos]. Por lo demás, la historia de la inquisicion de España en nada se enlaza con la de la Iglesia; fué una magistratura dependiente de los reyes; y aun, políticamente hablando, muy justificable. Bástenos citar una frase del conde de Maistre: « Si en tiempo de Lutero hubiera habido una inqui-» sicion en Alemania, y este fraile apóstata hubiera muerto en

» las llamas de un *Auto de fe*, ¡cuántos millones y millones » de víctimas inocentes no se hubieran salvado! »

15. En tanto que la victoria coronaba en España á las armas de los Reyes Católicos, Cristóbal Colon descubria las Américas, y Lutero nacia en una pobre aldea de Alemania. El protestantismo, esta inmensa herejía del mundo moderno, iba á ensangrentar muy pronto á toda Europa: estos dos nombres, estos dos hechos van á mudar los destinos del universo. Entretanto Inocencio VIII murió en Roma, el 25 de julio de 1492. En los últimos años de su pontificado brilló un prodigio de ciencia en la persona del famoso Pico de la Mirándola, el cual á la edad de veintitres años sostuvo en presencia de los doctores romanos la famoso tesis: *De omni re scibili et quibusdam aliis*. Esta tesis contenia novecientas proposiciones sacadas de los autores griegos, latinos, hebreos y caldeos. La escolástica de aquel tiempo ofrecia infinidad de *Lugares comunes teológicos, filosóficos, matemáticos y morales* que hacian posible esta *gimnástica* intelectual á un talento superior y á una memoria inaudita hasta entonces que hacia de este jóven la admiracion del mundo.

§ IV. PONTIFICADO DE ALEJANDRO VI (11 de agosto de 1492-18 de agosto de 1503.)

16. En la oracion fúnebre de Inocencio VIII, pronunciada por el obispo Leonelli ante los cardenales, les decia: « Apre» suraos á escogeros un sucesor al último pontífice, porque » Roma á cada hora del dia y de la noche es teatro horrible » de asesinatos y robos. » — « Y en efecto, dice un autor con» temporáneo, la ciudad pululaba por do quiera en malhecho» res, bandidos, matones y hombres de mala cara y peores » hechos. » Los cardenales siguieron el consejo del orador, y al dia siguiente de los funerales entraron en conclave. Los votos se dividieron entre los cardenales Ascanio Sforza y Rodrigo Borgia. El primero tenia en su favor el nombre y autoridad de su familia; el segundo [aunque no inferior en nobleza y autoridad de alcurnia] parecia, por su energía y vigor mas

propio para conjurar los peligros que amenazaban á la Iglesia. Fué pues elegido Borgia y tomó el nombre de Alejandro VI. Si la Silla apostólica hubiera sido un trono ordinario que solo exige habilidad, fineza de espíritu, liberalidad de carácter, grandes concepciones de plan y su debida ejecucion, energía y actividad en los negocios, Alejandro VI era muy digno de tan eminente puesto. Tenia en efecto lo que place en los príncipes : afabilidad, magnificencia, prestigio y gran brillo. Así es que su exaltacion fué acogida con el mayor entusiasmo por toda la poblacion de Roma. « Todos, dice Guichardin, » apreciaban la prudencia de Borgia, su rara perspicacia, su » penetracion; una elocuencia sublime, una increible perseve» rancia; teson, actividad, suma destreza en cuanto habia em» prendido y tenia que emprender. » Pero estas cualidades de un hombre de Estado no bastan para un papa. La juventud de Alejandro VI [con razon ó sin ella, corria por haber sido borrascosa] y no correspondia á las dignidades con que se hallaba revestido : [como papa, su conducta fué la de un digno sucesor de la larga cadena de pontífices romanos], y guardó en toda su integridad el depósito de la fe y de la disciplina eclesiástica. [La historia se hace superior á los bajos dicterios de los novelistas, y de los escritores apasionados que se complacen en denigrar á cuantos se hallan en el poder.]

17. Toda Europa se hallaba á la sazon entusiasmada con la gran noticia del descubrimiento de un Nuevo Mundo por Cristóbal Colon. Este ilustre genovés habia logrado de los Reyes Católicos tres navíos, con los que en su primer viaje de 1492 descubrió las islas Lucayas. Este buen éxito le mereció las mayores honras de la corte de España, que le dió una poderosa flota, cuyo mando tomó con título de almirante. Los Portugueses, cuya marina hasta entonces no habia tenido rival, se lanzaron con ardor por los caminos nuevamente descubiertos por el ingenio de Colon. Aportaron en el Brasil. Desde este momento se excitó gran rivalidad entre ambas potencias sobre quién descubriria nuevas tierras. Fernando V habia ya alcanzado del papa Alejandro VI la investidura de todas las

comarcas del nuevo continente. Juan II reclamó contra esta decision, y para cortar en su orígen una guerra perjudicial á todos, el papa trazó en un mapamundi una línea de demarcacion que cortaba en dos mitades al Nuevo Mundo, al cual el florentino Américo Vespucio, usurpando la gloria de Cristóbal Colon, acababa de dar su nombre. La parte oriental se señaló á los Portugueses, y la occidental á los Españoles. La intervencion del papa, reclamada á la vez por dos naciones rivales, y su decision acogida por ambas como sentencia definitiva, son hechos significativos que prueban la benéfica influencia que los soberanos pontífices ejercian, ora como padres, ora como árbitros, ora como jueces, y que, aceptada por príncipes religiosos, evitaba guerras y conciliaba todos los intereses.

18. Despues de haberse esforzado en terminar diferentes contiendas entre príncipes extranjeros, Alejandro VI tomó á pechos la situacion de Italia y Roma sobre todo. Muy pronto logró restablecer la seguridad y el órden público en la capital del mundo. Apenas habian trascurrido algunas semanas, cuando, por testimonios contemporáneos, los crímenes eran castigados con severa y justa represion. Por otra parte la península itálica era presa de las mas violentas conmociones, resultado de las intrigas de tantos pequeños soberanos como la dominaban. Ludovico Sforza, llamado *el Moro*, gobernaba el estado de Milan, como tutor de Juan Galeas, su sobrino. Seducido por el placer del mando, vió con disgusto el momento de tener que deponer el mando en manos de este, y tomó cuantas medidas pudo para mantenerse en su puesto; y como todos los medios le parecian buenos, en 1494 hizo morir á su sobrino. Pero tenia necesidad, para consolidar su usurpacion, del concurso de los príncipes italianos. Alejandro VI consultado, no pudo menos de manifestar horror é indignacion. Fernando, rey de Nápoles, excomulgado por Inocencio VIII, habia hecho paces con Alejandro VI; y se opusó abiertamente, como este, á los proyectos de Ludovico Sforza. Este último no halló otro recurso sino acudir á Carlos VIII é instarle hiciese una invasion en Italia, para sostener, como heredero de la casa de Anjou, sus

derechos á la soberanía de Nápoles. Y así la ambicion de un codicioso príncipe iba á inundar de sangre la Italia.

La corte de Francia vaciló al principio en aceptar tales proposiciones : porque los mas cuerdos consejeros temian el resultado de una guerra lejana. Pero muy pronto fascinó á las cabezas la sed de conquistas, y ni aun se dió tiempo á la reflexion. Sin embargo, Carlos VIII habia enviado á Roma una embajada, dirigida por el general de Aubigny, para indagar la voluntad del papa. El objeto principal ostensible de esta entrevista era lograr del papa, ó por promesas ó por amenazas, la investidura de los Estados napolitanos. « Tres veces, respondió » Alejandro VI, ha sido concedida la corona de Nápoles á la » casa de Aragon. Estas concesiones no pueden anularse, á » menos que Carlos VIII no tenga títulos mas valederos. El » reino napolitano es un feudo de la Santa Sede; y al papa toca » conferir su investidura. Si el rey de Francia quiere hacer » valer sus derechos sobre Nápoles, debe dirigirse al tribunal » del soberano pontífice, y buscar por vias legales y pacíficas » la solucion de este gran proceso. » La política de Alejandro VI era la sola que podia poner en salvo la independencia de la Italia. El duque de Saboya, la república de Venecia y la mayor parte de los demás gobiernos italianos accedieron á ella. Pero Carlos VIII no se dejó detener por sus representaciones, y en el mes de setiembre de 1494, una invasion formidable, mandada por el rey en persona, atravesó el monte de Ginebra. Se diria una coalicion de todas las naciones de Europa. Franceses, Vascongados, Bretones, Suizos, Alemanes, Escoceses, parecian haberse dado cita bajo los estandartes de Carlos VIII, como en tiempo de la invasion de los Bárbaros. Este formidable ejército llevaba consigo cañones de bronce que los Franceses habian sabido hacer tan movibles como sus tropas.

18. La fuerza ha tenido en todo tiempo el privilegio de reunir al número en su derredor. La nobleza romana, atemorizada, tembló por sus posesiones. Abandonó la política de Alejandro VI é hizo sumision al rey de Francia. Los Colonnas, Orsi-

nis y Savellis, es decir, los mas influyentes representantes de las familias romanas, se obligaron á suministrar á Carlos VIII cierto número de soldados de infantería y caballería. Su defeccion fué un golpe terrible para Alejandro VI, que quedaba desarmado á la faz de un enemigo temible. Para colmo de desgracia, Fernando II, rey de Nápoles, habia muerto el 21 de enero de 1494 en medio de sus preparativos de defensa. Le sucedió su hijo Alfonso, y Alejandro VI le dió la investidura de un reino mas fácil de recibir que de conservar.

19. Carlos VIII avanzaba triunfante al través de las principales ciudades de Italia. A su cercanía, todos los viejos gobiernos se iban desmoronando por sí mismos. Pisa sacudió el yugo de los Florentinos; Florencia echó fuera á los Médicis; Savonarola, el dominico, tribuno cuyo nombre volverá muy en breve á nuestra pluma, recibió á Carlos VIII en Florencia como *Azote de Dios enviado para castigar los pecados de Italia*. Fernando estaba en Roma con Alejandro VI: se apresuró á volverse á sus Estados, y el rey de Francia entró en la capital del mundo. El papa se habia refugiado al castillo de San Ángelo; y este encierro pudo serle muy funesto, porque sus enemigos se aprovecharon de su retirada para perderlo en el ánimo del príncipe. Las palabras de *deposicion*, de *concilio general,* se repetian sordamente en torno de Carlos VIII; pero el monarca francés tenia necesidad del apoyo de Alejandro VI, y tentativas cismáticas contra su autoridad hubieran agravado aun mas las dificultades, lejos de disolverlas. Despues de largas deliberaciones se concertó un tratado de alianza. El papa tuvo que consentir en dejar al rey á Civita-Vecchia y demás fortalezas del Estado eclesiástico, hasta que hubiese acabado la expedicion de Nápoles, que no era ya posible detener. Por su lado el rey de Francia se obligaba á sostener al papa, á hacerle en persona homenaje de obediencia y á tratarlo con todas las consideraciones debidas á su rango y dignidad. Fué convenido en que el cardenal de Valencia, César Borgia, acompañaría á Carlos VIII en calidad de rehenes durante la campaña, y que Zizim, hermano de Bayaceto, quedaria al cuidado del rey, que

lo haria guardar en Terracina (1). Concluido este tratado, el papa y el rey tuvieron una entrevista juntos en los jardines del palacio pontifical. Cuando el papa se acercó, el príncipe hincó dos veces la rodilla; pero Alejandro no quiso que se le tributasen los honores de costumbre, y avanzándose hácia Carlos le detuvo y abrazó. Sin embargo, cuando la recepcion oficial, el monarca francés quiso acomodarse al ceremonial acostumbrado. A pesar de todas estas demostraciones, el papa se rehusó á dar á Carlos VIII la investidura del reino de Nápoles. Los historiadores que, fiados en la autoridad de Guichardin [enemigo personal del papa], afirman lo contrario, han cometido un error grosero. Se le habrán podido reprochar faltas á Alejandro VI [en su juventud]; pero como papa no es posible hallarle tacha alguna de flaqueza y defeccion en su línea política. Su valor crecia con los reveses; y sus antiguos extravíos [si los hubo], en nada mancharon su conducta como soberano pontífice, y esa es una gran leccion que nos ofrece la historia de su pontificado. En esto, Alfonso habia abdicado cobardemente para refugiarse en un convento de la Sicilia, dejando el reino á un príncipe de diez y ocho años. El jóven Fernando II, abandonado en San-Germano, se retiró á la isla de Ischia, y vió saqueado su palacio por el populacho de Nápoles. Los Franceses acabaron su conquista sin combate en 1495, y entraban triunfalmente en todas las ciudades que les abrian espontáneamente las puertas. Pero esta victoria se habia ganado sobrado fácilmente para que diese frutos duraderos. La organizacion de un sistema feudal, modelado sobre el de Francia, sublevó muy pronto la animosidad de los Napolitanos: y toda Italia, atemorizada del yugo extranjero, comprendió que no habia salvacion para ella sino en seguir la política proclamada al principio por Alejandro VI: hasta el mismo Ludovico Sforza se mostró espantado de las consecuencias de los triunfos de un monarca á quien él mismo habia llamado. Se formó pues una liga contra Carlos VIII. Las ciudades de la

(1) Zizim murió poco tiempo despues en el campamento francés de disentería.

Península, que á su llegada le habian recibido como á su libertador, se iban preparando para cerrarle los caminos de la vuelta, y á tratarle en adelante como á enemigo comun. Las alianzas seguian á la fortuna; tal es el curso de las cosas humanas en todo siglo y país. Solo, Alejandro VI, fiel al tratado concluido con el rey de Francia, se sustrajo á esta corriente y guardó neutralidad. Los confederados, habiendo reunido un cuerpo de cuarenta mil hombres, esperaban á Carlos VIII en la bajada de los Apeninos, cerca de Fornova. Era necesario vencer ó perecer. Los Franceses en menos de una hora rompieron este muro vivo de enemigos, y se retiraron al menos con gloria, en 1495, de un país en donde habia sido tan fácil penetrar, y tan difícil salir. Hé aquí todo el fruto de la expedicion. El famoso Gonzalo de Córdoba, el vencedor de los Moros y de Granada, enviado al socorro de Fernando II, acabó de arrojar de Italia las guarniciones francesas del reino napolitano, que aun conservaban, y todo en Italia volvió á su antiguo estado.

20. Alejandro VI no habia echado en olvido la defeccion de los nobles romanos en el momento del peligro. César Borgia fué encargado de castigarlos, y su justicia fué terrible. Las medidas á medias, no entraban en su carácter. Los Colonnas, que fueron los primeros en ser traidores á la Santa Sede, fueron tambien los primeros en ser castigados. En vano, por sustrarse á la tormenta, habian puesto sus feudos bajo la proteccion del sacro colegio. Vencidos por César, se vieron obligados, como suplicantes, á presentar las llaves de sus fortalezas al soberano pontífice [que les perdonó]. Los Savellis lograron igual gracia, despojándose de sus riquezas en favor de la Santa Sede. Los Orsinis, mas obstinados, fueron cruelmente castigados. Sorprendidos en una emboscada preparada por el duque de Valentinois, fueron supliciados en Sinigaglia como traidores á la patria; pero con circunstancias odiosas, que la historia reprochará siempre á César Borgia.

21. En esta misma época pasaban en Florencia acontecimientos de los cuales no ofrecen dos ejemplares los fastos de

la humanidad. Fué héroe de ellos Jerónimo Savonarola. Era este un fraile dominico, prior del convento de San Marcos de Florencia. Su vida parecia destinada á apagarse silenciosamente en la soledad del claustro, en el cual edificaba á todos sus hermanos y religiosos por su fervor y austeridades. Pero Fra Hierónymo, como se le llamaba, habia recibido del cielo el don fatal del ingenio, y su virtud no se hallaba á la altura de su gran talento. Savonarola no era nada; mas predicó, y su elocuencia le granjeó muy en breve un poder que luchó contra los Médicis y los venció. En el momento en que Carlos VIII llegó á Florencia, exigió de los ciudadanos ciento veinte mil escudos de oro, de que tenia necesidad para su marcha; y habia dado solas venticuatro horas para realizar esta suma. No fué posible completarla, y el monarca montado en cólera amenazó poner la ciudad á sangre y fuego. Van pues á tocar á la celda del fraile. « Yo iré á ver al rey, » dijo Fray Jerónimo, el cual, desde hacia un año, no cesaba de amonestar al pueblo en sus sermones que en castigo de sus pecados, Dios iba á entregarlo en poder de los Franceses. Savonarola se presentó en efecto á la puerta de palacio : los oficiales le niegan la entrada; pero insta tanto, que al fin penetra hastà el monarca. Entreabriendo sus hábitos, Savonarola descubrió un crucifijo que traia escondido, y poniéndole ante los ojos de Carlos, le dice : « Príncipe, ¿conoceis esta imágen? Es la imágen de » Cristo, muerto por Vuesta Majestad, muerto por mí, muerto » por todos en la cruz, y que al morir perdonó á sus verdugos. » Si no me escuchais, señor, escucharéis al menos al que habla » por mi boca, al Rey de los reyes, al que da la victoria á los » príncipes fieles, al que derroca á los impíos. Si no renunciais, » señor, á vuestros proyectos homicidas, si persistís en reducir » á cenizas esta desventurada ciudad, las lágrimas de tantas » víctimas inocentes subirán hasta el cielo, y serán mas poderosas que vuestro ejército y vuestros cañones. ¿Qué importa » al Señor el número, la fuerza? Moisés y Josué, para triunfar » de sus enemigos, solo recurrieron á la oracion : nosotros » oraremos si no perdonais. Príncipe, ¿quereis perdonar? » Y

diciendo estas palabras, el religioso movia y removia ante Carlos VIII la imágen de Cristo. El príncipe vencido hizo señal de que sí. Es necesario convenir que esta elocuencia llena de accion era, en manos del religioso, una arma poderosa. Savonarola tuvo otra ocasion de servirse de ella. Arrojó de Florencia á los Médicis una revolucion popular. Se trataba de inaugurar una nueva forma de gobierno; y queda encargado de ella el prior dominico. Renuncia por algunos dias al púlpito; pone manos á la obra, é improvisa una constitucion calcada sobre la de Venecia. Es leida en la catedral por él mismo, ante el pueblo y magistrados. Desde este momento, el fraile es á la vez sacerdote, magistrado, juez y legislador. No empleó su inmenso talento sino para mayor honra y gloria de Dios. Los resultados que logró parecerian increibles en nuestros dias. Hace levantar en la plaza mayor ocho pirámides, donde amontona confusamente libros malos, vestidos y adornos indecentes, é instrumentos de juegos livianos, y prende fuego. Toda la ciudad asiste á este holocausto del mundo sensual, ofrecido al Dios de la penitencia y mortificacion.

22. Hasta aquí Savonarola se habia mostrado digno de su alta reputacion; pero el espíritu del Señor, que le habia animado en el primer período de su vida pública, pareció retirarse de él en el segundo. Bastó un momento para disipar, cual ligero vapor, todo el prestigio de que se hallaba rodeado su nombre. La constitucion que habia dado á los Florentinos decretaba, entre otros artículos, que todo ciudadano condenado por delito político tendria derecho de apelar al gran consejo de la nacion. Se capturan cinco conspiradores y son condenados á pena capital: apelan al gran consejo de la nacion, segun la ley. Savonarola se opone á esta apelacion, y son llevados al suplicio. Inmediatamente hierve en todos los pechos la mayor indignacion. El religioso no responde al levantamiento popular sino con invectivas predicadas desde el púlpito, no solo contra los vicios sino contra las personas. No perdona en su fogosa predicacion, ni á la corte de Roma, ni á los cardenales, ni á la curia, ni aun al papa. El clero secular

se separa abiertamente de él; el pueblo se subleva y mil brazos membrudos se arman contra el ídolo caido. Por todas partes se pide pronta y justa satisfaccion. Se defiere en fin la decision de esta grande causa al papa Alejandro VI. El soberano pontífice intima al fraile que guarde silencio, esperando se haya fallado sobre su persona: y al mismo tiempo le invita acuda á Roma para explicar su conducta y justificarse. Savonarola se niega á todo y continúa sus furibundas declamaciones. Segunda y tercera monicion del pontífice no tuvieron mejor éxito. Alejandro VI fulminó entonces contra el rebelde sentencia de excomunion, que es leida y publicada en todas las iglesias de Florencia. El altanero y soberbio dominico, que habia rechazado propuestas de misericordia, se rie de los rayos de la justicia, prosigue sus sacrílegas predicaciones, y se ostenta atrevido adversario del jefe supremo de la cristiandad. El arzobispo de Florencia forma sumaria contra el cismático [á quien se le procesó con arreglo á derecho]. Savonarola [convicto y confeso] fué condenado á la pena de fuego, que expió cristianamente, despues de haberse confesado, recibido el sacramento de la Comunion, y la indulgencia plenaria *in articulo mortis* que el papa le ofreció y el aceptó humildemente, dando su alma á Dios en 1498. Así acabó uno de los mayores genios del siglo xv, víctima de un orgullo desordenado.

23. En Francia á Carlos VIII sucedió Luis XII, el padre del pueblo, en el trono de Francia, inaugurando la rama de los Valois de Orleans. Obligado en su juventud á casarse con la hija de Luis XI, la princesa Juana, se aprovechó de su advenimiento al poder para tratar de anular un casamiento violento que el terror solo le habia impuesto. Con este objeto se dirigió á Alejandro VI, el cual, examinado detenida y maduramente el negocio, creyó deber acceder á las súplicas del rey (1). César Borgia fué enviado á Francia para llevar la bula

(1) Los autos á que dieron lugar las reclamaciones de Luis XII para anulacion de su casamiento con Juana de Francia, prueban con la mayor evidencia que Luis XI no solo se valió de una presion ó fuerza moral, sino hasta de violencias muy cara-

de disolucion, al que con este motivo hizo el rey duque de Valentinois. — Carlos VIII no habia pretendido, como heredero de la casa de Anjou, sino la sucesion del trono de Nápoles. Mas Luis XII, por su abuela Valentina Visconti, reivindicó el Milanés y anunció oficialmente su intencion de apropiarse estos dos magníficos dominios, el de Milan como heredero personal, y el de Nápoles como derecho adquirido, por devolucion, á la corona. Las circunstancias le eran favorables. Ludovicó Sforza, el Moro, habia irritado á los Milaneses con su tiranía. Fadrique III, rey de Nápoles, que acababa de suceder á Fernando II, estaba en guerra con la Santa Sede. Todos los príncipes italianos, con el papa al frente, entraron en los proyectos de Luis XII, que atravesó los Alpes al frente de un brillante ejército, mandado por el mariscal Trivulce y el general de Aubigny. La invasion fué rápida; y los reveses la siguieron de muy cerca. La victoria de Cerizoles fué el paralelo de la de Fornova; pero, como esta, no dió otro resultado que añadir una página de gloria á la historia de Francia, sin un solo palmo de terreno. Durante ese movimiento de soldados, y el bullicio de la guerra, Alejandro VI terminó su pontificado. « Murió, dice un historiador de su vida, de una recia terciana. » Viendo que se acercaba su fin, recibió los últimos sacramentos » con piedad edificante, y exhaló su último suspiro rodeado de » los cardenales. » Así caen de su peso las calumnias con que hasta en su género de muerte han querido envilecer la memoria de Alejandro VI. Murió en 1503. Habia consagrado los últimos dias de su vida á la prosecucion de un hermoso y grande pensamiento. Habia hecho serios esfuerzos para hacer que los príncipes se decidiesen á una gran cruzada contra los Turcos, mas solo consiguió dar un buen socorro á los Venecianos, que entonces sostenian solos todo el peso de la guerra. — Cualquier juicio que se haya pretendido formar de Ale-

terizadas para forzar á Luis XII á enlazarse con su hija. Hasta le habia hecho tener preso tres meses. El defecto de consentimiento libre constituia un impedimento dirimente: y Alejandro VI pudo y debió anular este enlace; siendo calumnioso cuanto se ha dicho contra este papa con este motivo.

jandro VI como persona privada, todos se ven forzados á convenir en que en todo su gobierno se mostró hábil político, y que prestó inmensos servicios á la Iglesia en coyunturas muy ásperas y difíciles, así como á toda Italia. « Y en efecto, » dice un autor nada sospechoso de parcialidad, desde el pon» tificado de Alejandro VI los papás han comenzado á figurar » como potencia seglar, y la Italia ha ido restableciendo su » unidad sobre las ruinas de una turba de pequeños soberanos » que se habian partido su territorio. »

§ V. **PONTIFICADO DE PIO III** (23 de setiembre-18 de octubre de 1503).

24. A la muerte de Alejandro VI, el conclave eligió papa al cardenal de Sena, Francisco Piccolomini, que tomó el nombre de Pio III, y era sobrino de Eneas Silvio. Se pensaba que resucitaria la gloria de su tio; pero Dios se lo llevó despues de algunas semanas de pontificado: la tiara que apenas se ciñó en sus sienes, no habia de servir sino para adornar su catafalco.

§ VI. **PONTIFICADO DE JULIO II** (31 de octubre de 1503-21 de febrero de 1513).

25. « Julio II, elegido á la unanimidad en 31 de octubre » de 1503, para suceder á Pio III, debia ser el Moisés de la Ita» lia. No conocemos en la historia un hombre presdestinado á » llevar la corona, que reuna, como Julio II, todas las cuali» dades que forman los grandes reyes. Impenetrable á la vista » ni al oido, y sin embargo nada disimulado; atrevido en la » concepcion y ejecucion de un proyecto, sin ser jamás impru» dente: determinacion pronta pero siempre calculada: pa» ciente en el infortunio, valeroso en los peligros, misericor» dioso en la victoria (1). » Casi toda la Italia se hallaba en poder del extranjero. Al notificarle su eleccion, exclamó Julio II: « Señor, libradnos de los Bárbaros. » Entendia con esto á los príncipes extraños y á los señeruelos que tiranizaban los

(1) Audin, *Historia de Leon X*, tomo I, pág. 257.

pueblos y ciudades. Esta palabra del papa indicaba harto la política que habia de seguir: la restauracion de la unidad italiana. Esta obra patriótica, á la que consagró su pontificado, le lanzó necesariamente en empresas militares que se le han echado en cara. Pero no han querido pensar sus detractores que era depositario de una corona temporal al propio tiempo que de un poder espiritual. A los ojos de un historiador imparcial, la gloria de Julio II es haber conservado uno y otro en su integridad en medio de interminables borrascas.

26. Los Venecianos, al favor de las últimas conmociones, se habian apoderado de las provincias de la Romania. La famosa liga de Cambray fué concertada y firmada entre el papa y el emperador Maximiliano, que habia sucedido á su padre Federico III, en 1493, y los reyes de España y Francia, en 1508. Batidos por los Franceses, los Venecianos ablandaron á Julio II á fuerza de sumisiones, y quedó rota la liga. Pero Luis XII no habia contraido esta alianza sino por mantenerse en Italia. Se negó á cesar las hostilidades, y para vengarse del papa sostuvo en su rebelion al duque de Ferrara, vasallo rebelde de la Santa Sede. Julio II, herido en sus derechos de soberano, excomulgó á Luis XII y formó liga contra él. Esto fué señal de un nuevo cisma. El rey de Francia, descontento, trató cómo sustraerse á la autoridad del papa. Juntó á sus obispos en Orleans, luego en Tours, y sometió á su exámen algunas cuestiones, cuyas respuestas, basadas en los concilios de Constanza y Basilea, indujeron á los prelados á concluir: Que fuese amonestado el papa Julio II á reunir un concilio general, y que si se rehusaba, se proveeria. Esto fué en 1510. En el año siguiente, el rey de Francia prohibió á su clero toda relacion con la curia romana, y se concertó con el emperador Maximiliano para la celebracion de un pretendido concilio general. Tres cardenales, Brissonnet, Carvajal y Borgia, le convocaron para Pisa, donde en efecto se hizo la apertura del conciliábulo en 1511, compuesto de cuatro ó cinco cardenales, de algunos obispos y arzobispos y de gran número de doctores y jurisconsultos franceses. El clero aleman no

quiso ser representado en él. En ninguna parte, ni aun en Francia mismo, se hizo gran caso de esta parodia ó simulacro sacrílego. Despues de las tres primeras sesiones, los obispos cismáticos, no creyéndose seguros en medio de los Pisanos, se refugiaron á Milan, donde no fueron mejor acogidos. Celebraron allí cinco sesiones, luego se retiraron á Asti, y de allí á Lyon, donde el *concilio ecuménico* de Luis XII expiró con universal menosprecio. Todos sus actos se redujeron á anatemas y sentencias de deposicion repetidas mil veces, contra el soberano pontífice legítimo.

27. Entretanto Julio II habia convocado para Roma un verdadero concilio ecuménico, que fué el décimoséptimo general, y cuarto de Letran. Se abrió el 3 de mayo de 1512. Hubo en él mas de cien obispos, arzobispos y patriarcas, con gran número de doctores, superiores de órdenes y abades. El emperador Maximiliano, Enrique VIII de Inglaterra, el rey de Aragon (1), la república de Venecia estaban representados por embajadores. El general de los Agustinianos, encargado de pronunciar el discurso de apertura, describió patéticamente los males de la Iglesia. « ¿Pueden verse sin espanto y sin derramar torrentes de lágrimas los desórdenes continuos y la » corrupcion de este siglo pervertido, el monstruoso desenfreno de costumbres, la ignorancia, ambicion, libertinaje é » impiedad hasta en el santuario mismo, de donde al menos » habian de desterrarse los vicios? ¿Quién de nosotros puede » mirar con ojos enjutos los campos de Italia, tintos de sangre » humana? La inocencia oprimida, las ciudades nadando en » sangre de sus habitantes degollados fieramente ; las plazas » sembradas de cadáveres. Toda la república cristiana recurre » á vosotros é implora vuestra proteccion : solo un concilio » puede remediar el diluvio de males que la inunda y anega. » En vista de tan vasto campo, principiaron inmediatamente sus trabajos los Padres del concilio. En las cinco primeras

(1) Debe decir de España, porque ya hacia muchos años que los Reyes Católicos se llamaban solamente *reyes de España*. (El Traductor.)

sesiones se condenaron todos los cardenales rebeldes y el conciliábulo de Pisa. Fué anatematizada la *pragmática sancion*, esa arma con que los reyes de Francia atacaban la autoridad pontifical. Se declaró nula toda eleccion de antipapa; y este decreto, publicado en la quinta sesion, fué el último de Julio II, que murió en 21 de febrero de 1513. En este momento estaba ya triunfante la política del papa. Los Franceses habian sido arrojados de Italia, y desterrados todos los tiranuelos que por tan largo tiempo oprimian á sus pueblos. Quedaba pues preparado el camino para el gran siglo de Leon X.

28. La solicitud de Julio II no se habia circunscrito á la guerra y á la política: las artes y las letras hallaron en él un celoso é ilustrado protector. Concibió el gigantesco proyecto de reedificar la basílica de San Pedro, que amenazaba ruina. Se dirigió al célebre Bramante, á quien encargó la formacion del plan de esta obra colosal. Concedió indulgencias á cuantos contribuyeran á la fábrica. El 18 de abril de 1506, habia colocado solemnemente Julio II la primera piedra, en presencia de los cardenales y de inmensa muchedumbre. — En medio de las sangrientas luchas de los principados y señoríos italianos, las letras y las artes principiaron desde este momento ese movimiento y vuelo de su restauracion que tan magnífico desarrollo tomó bajo Leon X. Ya era pasada la edad media; y sus inspiraciones fueron reemplazadas por el estudio é imitacion de la antigüedad pagana. La perfeccion de la forma ocupaba exclusivamente á los poetas, escultores y pintores: poco á poco iban rompiendo con las cristianas tradiciones de la edad media, y no se inspiraban sino de las obras maestras de la antigüedad. La destruccion de la basílica de San Pedro fué expresion de esta tendencia. Miguel Ángelo y Bramante, dos príncipes del arte en esta época, dejaron sus disensiones personales para contribuir juntos á secundar y aun á animar á Julio II para llevar á cabo su inmortal proyecto. Poner manos en la antigua metrópoli de la cristiandad hubiera sido, á los ojos de la edad media, una temeridad sacrílega. Pero el impulso estaba ya dado: las letras paganas, resucitadas por la

caida de Constantinopla, habian preparado la restauracion del arte pagano. Julio II siguió el espíritu de su siglo. Venció la antigüedad; y el culto de la forma iba á inspirar las obras maestras de los siglos XVI y XVII. El desarrollo completo de estas tendencias pertenece á la historia de la época siguiente.

CAPITULO VI.

SUMARIO.

Resúmen histórico de la época sexta de la Iglesia.

1. Efectos del gran cisma de Occidente. — 2. Oposicion al poder pontifical. — 3. Esfuerzos del pontificado contra sus tendencias. — 4. Episcopado. — 5. Costumbres del clero. — 6. Órdenes regulares. Olivetanos. Jesuatos. Jerónimos. Monjas de Santa Brígida. Mínimos. Clérigos libres. — 7. Órdenes mendicantes. — 8. Predicadores. Juan de Vicencia. Bertoldo. Juan Taulero. San Vicente Ferrer. Savonarola. — 9. Santos personajes de esta época. Santa Verónica de Milan. Santa Catalina de Génova. Nicolás de Flua. — 10. Decadencia general de costumbres, talentos y espíritu de fe en las poblaciones. — 11. Disciplina penitenciaria. *Flagelantes*. Secta de los *Danzantes*. — 12. Místicos. El Taulero, Enrique Suson. Ruysbrock. Gerson. Tomás Kempis. — 13 Renacimiento de las letras. Dante. Petrarca. Bocacio. Arte cristiano. [Poema del Cid. El conde Lucanor. Corte sabia de Juan II de Castilla. Políglota de Alcalá.]

1. La existencia de la Iglesia al través de los siglos ha sido una continua lucha entre el espíritu de Dios y el espíritu del mundo. Bajo diversas formas, estos dos principios, cuyo antagonismo es inmortal en el seno de la humanidad, se encuentran en todas las épocas de la historia. Pero jamás se vió en mas peligro la Iglesia, ni jamás sus peligros fueron mas evidentes y reales que durante el gran cisma de Occidente. Hasta entonces habia tenido siempre una autoridad única é incontestable, centro visible de accion, fuente del poder y cumbre de la jerarquía, contra la cual se estrellaban todas las sectas impías. El cisma comprometió hasta la autoridad misma: los fieles pudieron vacilar sobre eleccion de obediencia á pontífice legítimo, quedar neutrales, y estar así desprovistos de consejo y guia. Se relajaron los lazos de la disciplina eclesiástica: las penas espirituales, sobrado á menudo empleadas por los pontífices rivales, perdieron su efecto en los pueblos. Se fueron estos acostumbrando á menospreciar las decisiones de la curia romana, y cuando venga Lutero predicando la rebelion contra

la Santa Sede, ya habrá encontrado preparados los caminos.

2. Cuando la eleccion de Martino V hubo dado la paz á la Iglesia, el pontificado se halló en presencia de tendencias hostiles que era necesario combatir. Todo un sistema de oposicion fué formulado en los concilios de Basilea y Constanza por teólogos famosos, por otra parte irreprochables, pero que se dejaron dominar por las preocupaciones nacionales y otras de los últimos acontecimientos. Tales se mostraron en el curso de los debates Gerson, Aliaco (de Ailly), Nicolás de Clemengis, Nicolás de Cusa. Las circunstancias favorecian la inauguracion de un conjunto de doctrinas totalmente desconocido hasta entonces, y que tendia nada menos que á hacer de la Iglesia una república deliberante, quitando la autoridad á su cabeza para transferirla á los concilios generales. Los nuevos doctores pretendian : 1°. que el poder temporal era totalmente independiente del poder espiritual; 2°. que los papas, aun en el ejercicio de su jurisdiccion espiritual, dependen de los concilios generales, á los cuales solos toca tomar decisiones, formular leyes, imponer reglamentos y dar decretos obligatorios á los papas; 3°. que siempre es permitido apelar del juicio del papa al de los concilios generales, y suspender así arbitrariamente el efecto de las sentencias pontificias. En el transcurso de nuestra obra ya hemos tenido ocasion de decir nuestro modo de pensar acerca de esta pretendida independencia del poder temporal respecto del espiritual. La segunda cuestion, la superioridad del concilio general sobre el papa, resuelta afirmativamente y para todos los casos posibles por los doctores de Constanza y Basilea, nos parece absolutamente inconciliable con las palabras de Jesucristo al príncipe de los Apóstoles : *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas*. En fin, la apelacion del juicio del papa al del concilio general habia sido hasta entonces la defensa grande de todos los heresiarcas, y solo esta reflexion basta para estimar en su justo valor la buena fe de los novadores de Constanza y de Basilea. Otra proposicion, y era la cuarta, aun mas errónea y peligrosa, era de que no atribuyendo

al soberano pontífice sino una jurisdiccion puramente episcopal, le daba tan solo el título de *primero de los obispos*, sin autoridad real sobre los demás. Se ve que en estas doctrinas se contenia el gérmen de lo que mas tarde, en la asamblea de 1682, se llamó la famosa *Defensa del clero de Francia*, y los *Cuatro artículos de la Iglesia galicana*. Es fácil concebir que discusiones tan agrias debian promover de todas partes las mas odiosas incriminaciones contra el pontificado de Roma. Por desgracia se encuentran en esta larga contienda nombres ilustres, que por otra parte hicieron tan inmensos servicios á la Iglesia, á la religion. Pero tal es la condicion de la humana naturaleza!

3. Los papas, apoyados en una posesion inmemorial, en una tradicion constante, y en un derecho tantas veces reconocido, no podian admitir un sistema que trastornaba todos los principios, condenaba á toda la historia y abria á la sociedad europea caminos desconocidos sembrados de escollos. Sus defensores, tales como [los sabios y santos españoles] el cardenal Torquemada y Tomás Solorzano, apoyándose en monumentos incontestables, sostenian que el soberano pontífice era la fuente de la autoridad episcopal, que era superior á los concilios é infalible en materias dogmáticas. Los padres de Constanza y Basilea, impelidos, en sus proyectos de oposicion, por los acontecimientos y por el espíritu público, no respondieron á los argumentos de los teólogos de la Santa Sede. Entonces era posible atreverse á todo impunemente contra una autoridad *divisa, dudosa,* y que ya no tenia el prestigio de la unidad y del poder. Aun mas. Ya podia entreverse el movimiento, precursor del protestantismo, que impelia á los soberanos á libertarse de la supremacía espiritual de Roma, y á concentrar en sus manos todos los poderes eclesiásticos. En presencia de tan inauditas dificultades, de tendencias tan hostiles, en medio de una sociedad tan impregnada de elementos de discordia, quedaba sin embargo en pié una tradicion respetada por los pueblos y mas fuerte que todos los argumentos de los teólogos de Constanza y Basilea. Esta tradicion firme é inmutable era la

idea misma de la Iglesia, la base de su autoridad, la salvaguardia de su fe. El pontificado aun no habia cesado de ser considerado como centro de unidad, y la historia de los pasados siglos consagraba esta creencia por la indisputable autoridad de los hechos.

4. Los doctores enemigos de la Santa Sede habian combatido sobre todo en favor de los obispos para hacer su eleccion independiente del poder papal y asegurarles parte de una autoridad exorbitante. Con todo, los obispos renunciaron por sí mismos á los extraordinarios privilegios con que quisieron gratificarles los concilios de Constanza y Basilea; y comprendieron muy bien que el abajamiento del papa acarrearia su propio envilecimiento, y sujetaria sus dominios á los príncipes temporales. Continuaron pues prestando juramento de fidelidad á los soberanos pontífices y reconociendo su jurisdiccion; pero no respetaron ya las leyes canónicas, cuya ejecucion solo hubiera podido asegurarse por la autoridad de los papas, si esta no se hubiera minorado por las divisiones del cisma de Occidente. Los reglamentos sobre la pluralidad de beneficios fueron, sobre todo, abiertamente quebrantados; y cuando la acumulacion tomaba sobradas proporciones, se vieron muchos prelados cuidar de reunir muchas fundaciones en una sola para sustraerse á las censuras eclesiásticas. Los capítulos, dominados frecuentemente por miras interesadas en la eleccion de los sugetos, ó deseosos tal vez de conservar y engrandecer su influencia no reclutándose sino en las altas clases de la sociedad, tenian pretension de no admitir en su seno sino hijos de nobles. Se concibe á qué peligros exponia la Iglesia este estado de cosas: el ministerio episcopal, conferido por lo regular á miembros salidos de los cabildos, arriesgaba caer en manos de indignos ó ignorantes. El espíritu de la Iglesia ha sido siempre el mismo. El ministerio eclesiástico no es privilegio exclusivo de ninguna casta privilegiada. Dios llama á él segun su soberana voluntad á grandes y pequeños, á nombres oscuros al lado de nombres ilustres. San Pablo el ciudadano romano entraba en el colegio apostólico al lado de los humildes pescado-

res de la Judea. El Espíritu Santo sopla donde y como le place, y si á veces escoge los mas flacos elementos para triunfar de las potencias de la tierra, inclina tambien á los grandes de este mundo bajo el yugo del Evangelio, y les reviste de aquella divina flaqueza mas poderosa que todas las grandezas terrenas. Son, pues, muy dignas de aplauso las decisiones de los concilios de esta época contra las exageradas pretensiones de algunos cabildos, reservando la cuarta parte de las vacantes en favor de los doctores teólogos, admitidos á concurso en todas las clases de la sociedad. — Un abuso aun mas considerable tendia á erigirse en derecho comun por su larga prescripcion. La mayor parte de los obispos, bajo mil pretextos, se creian exentos de la residencia en sus propias diócesis. Cuesta comprender porqué pretendian apoyarse en el ejemplo de los papas que residian en Aviñon; porque era hecho notorio que solo por la violencia de las sediciones habian salido momentáneamente los papas de Roma, silla de la catolicidad. La turbulencia hereditaria de los Romanos y sus veleidades republicanas, repetidas de continuo, pusieron á los papas en la necesidad de transferir la silla de Pedro á sitio mas seguro y pacífico. Era pues una especie de ultraje el pretextar el ejemplo de los papas, cuando solo la necesidad les obligaba á una medida tan ajena de su voluntad; y es gratúita insolencia la de un prelado, que reprendido por Gregorio XI por su escandalosa ausencia de su diócesis, le respondió al papa : *Pues entonces, volveos vos mismo á Roma*. Se tomaron pues medidas severas para cortar de raíz este abuso, y no permitir continuase la viudedad de tantas iglesias, abandonadas por sus primeros pastores.

5. Tantas causas permanentes de desórden habian influido tristemente en las costumbres del clero de esta época. La intriga, simonía, corrupcion, venalidad, tantas veces castigadas con censuras canónicas, reaparecieron en el seno de la Iglesia. Los predicadores reprendian fuertemente desde el púlpito estos escándalos; y las colecciones de sus sermones nos atestiguan la gravedad del desórden. Los fieles gemian de ver tan ma-

los ejemplos en los que habian de corregirlos en su rebaño. Como en tiempo de san Gregorio VII, la conducta privada de los clérigos era dolorosa : espíritu mundano, sensualidad, sed del oro, todo reinaba en sus corazones. Fué menester que los sínodos y los concilios procediesen severamente contra los clérigos escandalosos. El relajamiento habia llegado á tal punto, que ciertos doctores no se avergonzaban de sostener, como en el siglo XI, la tesis del *casamiento de los clérigos*. Pensaban que el mejor medio de combatir el escándalo era legitimarlo. Pero la moral ultrajada halló defensores tan elocuentes como celosos, en cuyo nombre hay que contar á Gerson, el piadoso canciller de la Universidad de París. El celibato eclesiástico fué mantenido, se decretaron penas severas contra los sacerdotes concubinarios, y volvió á recobrar sus olvidados derechos la antigua disciplina. Al considerar la perversidad y flaqueza humana, sus constantes luchas contra la Iglesia de Cristo, para destruir por todos medios, si le fuera posible, la obra de Dios, es necesario confesar que el Omnipotente la protege, sostiene y saca siempre mas victoriosa, realizándose la divina profecía : *Et portæ inferi non prævalebunt adversus eam*.

6. Hasta las órdenes regulares experimentaron tambien el general relajamiento. Así que fueron ricos los conventos, los monjes se descuidaron del trabajo manual : degenero el ayuno, y se introdujeron mitigaciones á las reglas primitivas sobre la cantidad y calidad de los alimentos. Los concilios particulares estaban obligados á promulgar penas contra los que salian de sus claustros para conversar con el mundo y asistir á los convites seculares. La palabra *reforma* se pronunció pues tambien para las órdenes religiosas, como ya lo habia sido para el clero secular. Aquí creemos ser lugar oportuno de decir nuestra opinion sobre esta palabra que mas tarde fué, en boca de Lutero, señal del trastorno de la Iglesia, de la ruina de la fe católica en gran número de países europeos, y de la herejía triunfante. Por cierto que si Gerson, Ailly, san Vicente Ferrer [santa Catalina de Sena], y otros doctores que repetian en-

tonces esta palabra *reforma*, hubieran adivinado el enorme abuso que de ella hizo el protestantismo, hubieran protestado contra tal sentido con todas sus fuerzas. Y es porque admitiendo la necesidad de poner pronto remedio al relajamiento y desórdenes que se habian introducido; predicando la conversion á tantas gentes codiciosas, á tantos hombres corrompidos, no pensaban de modo alguno en reformar los dogmas, la creencia, la fe de la Iglesia, inmutables é invariables por su naturaleza. Cuando amonestaban á las conciencias descarriadas que meditasen las verdades eternas de la religion, no intentaban *reformar* estas mismas verdades; cuando proponian á los pecadores ejemplos de los santos para imitar sus virtudes y alentarlos con su ejemplo, y que implorasen su intercesion, no pretendian *reformar* el culto de los santos : cuando convidaban á los fieles á que frecuentasen los sacramentos, canales divinos de la gracia, no intentaban *reformar* la doctrina de la Iglesia sobre los sacramentos y mucho menos *reformar* los sacramentos. En una palabra, predicaban la reforma de las costumbres, no de la fe; reforma pacífica, reforma en armonía con el verdadero espíritu de la Iglesia, reforma que el concilio Tridentino verificó con eterno aplauso y reconocimiento del mundo católico, y que nada tenia de comun con la sacrílega revolucion de Lutero y Calvino. Si algunos de los antiguos órdenes religiosos habian decaido de su primitiva austeridad, otras congregaciones nacian á su lado que consolaban á la Iglesia por el espectáculo de su fervor y virtudes. [De esto nos dió testimonio esta misma época, y así] los *Olivetanos* se establecieron en una soledad cubierta de olivos cerca de Sena, reunidos bajo la direccion de Juan Tolomes, su fundador, y en 1319 recibieron la aprobacion de Juan XXII. En la misma época, los *Jesuatos*, tambien en Sena, bajo la direccion de Juan Colombino, renovaban las austeridades de la Tebáida. En España, Pedro Francisco Pescara, canciller de Pedro el Cruel, renunciando á las grandezas y dignidades del mundo, fundó la congregacion de los Jerónimos, ó *Hieronimitas*, ermitaños de san Jerónimo, que se pro-

pagaron muy pronto en Italia bajo la direccion de *Pedro de Pisa*. [En España tuvieron muchos monasterios, de donde han salido hombres grandes, entre otros en nuestros dias el Padre Ceballos, autor de la inmortal obra : *La falsa filosofía crímen de Estado,* en que profetizó todo el desventurado porvenir de España.] San Francisco de Paula instituyó la órden de los Mínimos en 1470, que se propagó rápidamente por toda la Iglesia. Las provincias setentrionales de la Europa tomaban igual [si no mayor] parte en este movimiento religioso. Santa Brígida, princesa real [nieta, hija, madre y abuela de reyes], asombró al mundo con su santidad. Fundó una nueva órden de frailes y de monjas, cuyo principal monasterio fué el de Wadstena, obispado de Linkeping. Fijó el número de sus monasterios á ochenta y cuatro en memoria de los setenta y dos discípulos y doce Apóstoles del Salvador. Esta órden fué aprobada, en 1474, por Sixto IV. El libro de sus revelaciones, escrito, por su dictado, por un santo religioso Pedro, prior de Olvastro, fué impreso en Roma en 1455 [esto es, al principio mismo de la invencion de la imprenta, siendo así una de las primeras obras que se imprimieron]. — En Holanda se fundó una *asociacion* de clérigos libres, dedicados á la enseñanza, y uniendo á la predicacion el trabajo manual : cada individuo del nuevo instituto seguia individualmente las prácticas de una regla comun. Era una nueva forma de *canónigos* reglares de que hemos hablado.

7. Al lado de estas nuevas órdenes, las mendicantes, verdadera milicia de Cristo, combatian con valor al vicio y al error, y en medio de la general decadencia de costumbres, por su vida de sacrificio y estudio propagaban las ciencias teológicas y daban al mundo el ejemplo de una pobreza evangélica en medio de una sociedad trastornada y sensual. Los Dominicos se aplicaron mas especialmente á defender la integridad de la fe y la pureza de costumbres con la predicacion del Evangelio. Los Franciscanos de la *regular observancia* se hicieron mas particularmente los *siervos* de los pobres para enseñarles á sobrellevar con resignacion las tribulaciones y necesidades

de la vida. Toda Europa les vió [en tiempo de pestes y de enfermedades contagiosas, encerrarse con los enfermos en los hospitales, lazaretos, hospicios, y hacer veces de padre, de madre, de hijo, para con aquellos á quienes la muerte habia privado de los suyos. En tiempo de las cosechas, los humildes religiosos ayudaban en la siega, en la vendimia, en la recoleccion de frutos, para suplir con sus brazos los que la guerra ó la peste, ó las calamidades habian arrebatado á las familias poco acomodadas. Esto explica el inmenso prestigio popular de que han gozado los Mendicantes, y especialmente los Franciscanos, en toda la edad media, desde su fundacion]. Y no se diga que estos cuidados de la caridad externa les alejaban del estudio; la historia de sus certámenes literarios y teológicos con los principales doctores de la Sorbona y de la Universidad de París, en tiempo del Renacimiento, prueban [que estas órdenes tenian brazos para el pueblo, y talentos para la ciencia. Cuando el torrente del siglo llevaba á todos al culto del Olimpo pagano, estos santos y sabios celadores de la religion y de la ciencia hacian ver los peligros á que exponian la una y la otra las exageraciones del Renacimiento. Si no lograron convencer, ni detener el torrente, culpa fué, no suya, sino de la flaqueza humana, que parece llevarse irresistiblemente á todo lo exagerado con tal que sea nuevo. Los que los tachan de ignorantes, tómense el trabajo de leer sus profundos y sabios escritos, y se convencerán de que no les faltó ni ciencia, ni laboriosidad, ni tacto en discernir].

8. La predicacion evangélica tenia entonces numerosos é ilustres atletas. Juan de Vicencia, orador de la paz, cuya palabra parecia destinada á extinguir todas las divisiones y odios en Italia, se granjeó nombre inmortal. Las maravillas de conversion que de él se refieren, recuerdan los mejores tiempos del cristianismo, y quizá jamás, despues de san Bernardo, no se habia visto tal prodigio. — La Alemania tenia en el monje Bertoldo un orador no menos popular, y cuyos felices resultados fueron muy ajenos de toda política, de cuya controversia se dejó llevar mas de una vez Juan de Vicencia. —

Juan Taulero, en las orillas del Rhin, excedió en un género de elocuencia tal vez menos fácil y brillante en apariencia, pero que sin embargo logró elevarlo á la mas sublime altura. Este religioso dominico habia estudiado en París; regresó despues á Strasburgo, su patria, en donde su alma ardiente y tierna se explayaba en inspiraciones de la mas piadosa y tierna mística. Sus obras son clásicas en este género: pero lo que, por testimonio de sus mismos contemporáneos, es imposible reproducir, fué el encanto invencible, el atractivo poderoso, la uncion y gracia de sus discursos. Se cuenta que espantado de tanto éxito, y creyendo ser víctima del orgullo, renunció al púlpito. Pasó dos años en el retiro y meditacion de la vida de Jesucristo, no deseando parecer mas en público, en medio del inmenso gentío que acudia para oirle. Pero le fué preciso obedecer á sus superiores; y cuando se vió de nuevo en el púlpito, en presencia de un auditorio inmenso y escogido, sin poder resistirlo, prorumpió en sollozos, y sus ojos derramaban torrentes de lágrimas; y ese fué todo su sermon, no pudiendo articular palabra. Esta elocuencia muda convirtió mas almas que los mas asombrosos discursos. — San Vicente Ferrer logró iguales resultados en Italia, Francia y España. Las ciudades le salian al encuentro con entusiasmo: se le hacian, á su llegada, arcos de triunfo; se llevaban á su paso ramas verdes y exclamaban los pueblos, como cuando el Salvador entró en Jerusalen: *Benedictus qui venit in nomine Domini.* — El religioso franciscano san Juan Capistrano recorrió las principales ciudades de Alemania, Polonia, Hungría y Bohemia, combatiendo por do quiera los Husitas, á cuya herejía quitó mas de cuatro mil sectarios principales, que se convirtieron sinceramente á la religion católica. — El dominico Savonarola hubiera quedado, para la posteridad, como uno de los mas sublimes oradores, si no le hubiera legado una política enteramente humana de que abusaba tanto en la cátedra del Espíritu Santo.

9. Si la predicacion del Evangelio es medio poderoso de santificacion para los pueblos, no lo es menos el ejemplo de

las virtudes. En todo tiempo ha tenido la Iglesia abundante cosecha de grandes santos, que prueban su divina fecundidad. Santa Verónica de Milan y santa Catalina de Génova ofrecian á la Italia el espectáculo de la mas elevada perfeccion. Verónica, humilde lugareña, no habia recibido ninguna instruccion; ni aun sabia leer. Pero la gracia se erigió en doctora suya, y le reveló secretos del reino de Dios que se ocultan á los *sabios y á los hábiles del mundo,* y que el Señor manifiesta á los pequeños y humildes. Las luces interiores que recibia en la oracion la pusieron en estado de meditar, casi sin cesar, los misterios y principales verdades de la religion. Habiendo entrado de poca edad en el convento de las Agustinas de Santa Marta de Milan, conoció la necesidad de aprender á leer para estudiar la sagrada Escritura. Pero sus continuas ocupaciones manuales no le dejaban tiempo durante el dia; pasaba las noches en este ejercicio : y al fin salió con su deseo, sin maestro alguno, despues de haber vencido innumerables dificultades. Quejándose un dia de la lentitud de sus adelantos á la santísima Vírgen, la Reina del cielo le respondió : « Echa afuera » tu inquietud ; te basta que conozcas y sepas bien tres letras : » la primera es la pureza de corazon, que consiste en amar á » Dios sobre todas las cosas, y no amar á las criaturas sino en » Él y por Él; la segunda es no murmurar jamás, y llevar con » paciencia las flaquezas del prójimo; la tercera es tener dia- » riamente un tiempo señalado para meditar en la Pasion de » Cristo. » Fiel á esta leccion de su celestial patrona, santa Verónica adelantaba mas y mas en el camino de la perfeccion. Su corazon estaba en continua union con Dios por la oracion, y llegó á tanto su compuncion que sus lágrimas no se secaban jamás. Sus discursos tenian tanta uncion, que aun los mas endurecidos pecadores no se resistian á su piadoso atractivo. Murió en 1494, á la hora que habia predicho; y los numerosos milagros que confirmaron su santidad, hicieron autorizar su culto por Leon X. — Santa Catalina de Génova, hija de Jaime de Fiesque, virey de Sicilia, ilustró su noble nacimiento. Casada desde luego con un rico señor italiano, Julian Adorno,

le fué necesario sujetarse á la tiranía del mundo, con todas sus frivolidades, negocios, caprichos y fiestas que enflaquecen al alma por un estéril cansancio y continuas distracciones. Pero Dios la llamaba á vocacion mas elevada. Su esposo, convertido por sus oraciones y ejemplos, entró en la tercera órden de San Francisco, donde murió muy piadosamente. Catalina, desembarazada de todo lazo terrenal, tomó la resolucion de ser criada de enfermos y de pobres en el hospital de Génova. La gracia, que la sostenia, le dió valor para vencer la repugnancia de la naturaleza. La dama de mundo supo, en los cuidados que prodigaba á los miembros pacientes de Cristo, poner en práctica la misma finura y cariño que ponia en sus relaciones con el mundo. Su caridad brilló, sobre todo, durante la peste que tantos estragos hizo en Génova desde 1497 á 1501. Espantan sus austeridades. Estaba tan acostumbrada al ayuno, que pasó veintitres cuaresmas y otros tantos advientos sin alimento alguno. Solo recibia la santa comunion todos los dias, y bebia un vaso de agua, donde mezclaba un poco de vinagre y sal. Recibia la santa Comunion bajo de ambas especies (1). Vida tan santa le atrajo del cielo favores muy señalados. Se arrobaba muchas veces en la oracion, siendo continuos sus éxtasis. Santa Catalina de Génova ha escrito la historia de esta maravillosa transformacion que la hacia, ya en la tierra, habitante del cielo. Sus libros intitulados *Diálogo* y *Purgatorio* son obra de la mas pura y elevada mística. La honró el Señor con visiones maravillosas, donde le reveló una parte de su gloria, y le hizo probar como un sabor anticipado de los celestiales gozos á que estaba predestinaba. Santa Catalina murió el 15 de setiembre de 1510. Curaciones milagrosas determinaron su culto á la devocion pública, y Clemente XII la canonizó en 1737. — Un nombre aun mas ilustre que el de

(1) Esta recepcion eucarística bajo las dos especies estuvo en uso durante mucho tiempo; pero habiendo pretendido muchos herejes que era de derecho divino, y que era necesaria para la salvacion, la Iglesia católica confirmó desde luego con su práctica y despues por decreto la costumbre general de solo comulgar bajo la especie de pan.

santa Catalina nacia en esta misma época, santa Teresa de Jesús, de la cual hablaremos mas tarde. — Este tiempo era el de las virtudes heróicas y de los grandes renombres sociales. Parecia que á medida que los pueblos abandonaban las sendas de la piedad y el fervor, Dios queria mostrar con nuevos prodigios que la santidad no solo es útil á las personas mismas de los santos, sino que tiene gracias generales para el reposo y dicha de las naciones. En tanto que toda Italia se postraba con entusiasmo ante una santa Catalina de Sena, Juana de Arc probaba á la Francia que la piedad vale mas que ejércitos, y que la fe sabe ganar victorias. — El Beato Nicolás Flua daba en esta misma época á la Suiza ejemplo de la mas acendrada virtud. Se le vió sustraerse de repente á los cargos y dignidades de este mundo para ir á esconder su vida entre los pastores de los Alpes, y como si su renuncia y desprendimiento de todo no bastase aun, se decia frecuentemente á sí mismo: « Señor, Señor, libradme de mí. » Durante veinte años floreció en la soledad; y las poblaciones se agolpaban en torno del hombre de Dios para oir palabras de gracia y de bendicion. En la famosa asamblea de 1481 en Stanz, su intervencion obró la pacificacion de los confederados suizos, que renovaron, bajo sus auspicios, la convencion de Sempack, concluida en 1393.

10. A pesar de la viva protesta de tantas almas santas contra el espíritu general de relajamiento y desórden, es necesario confesar que el mal hacia progresos espantosos. « A las cosas » sagradas, Señor, decia el dominico Gil de Viterbo en el con» cilio de Letran en 1517, á las cosas sagradas toca mudar á » los hombres, no á los hombres mudar las cosas santas. — » Toda vuestra atencion, Beatísimo Padre, añadia dirigiéndose » á Julio II, ha de fijarse en la mejora de costumbres, en el res» tablecimiento de la vida espiritual, en poner freno á los » vicios, al deleite sensual, al error. » Y en efecto los pueblos, llevados por la sensualidad ya no comprendian la santa mortificacion del Evangelio; pero en cambio la supersticion llegaba á su colmo, sobre todo en las clases ínfimas, entre quienes

hacia mas prosélitos el charlatanismo. Eran como reverenciadas las artes mágicas, los hechizos, la alquimia. El pontificado se ocupó en cortar de raíz estas oberraciones del espíritu humano, y ya en 1484 Inocencio VIII expidió decretos severos contra todas aquellas supercherías.

11. La disciplina penitencial participó de la relajacion general. La impunidad del pecado imitaba al desórden, y los escándalos de los clérigos daban muy frecuentemente pretexto á los vicios é inmoralidad de los pueblos. En vano trataban los doctores católicos de recordar en sus escritos la necesidad de la penitencia pública, de aquellos saludables rigores á que se sometian con tan edificante docilidad los cristianos en los primeros siglos de la Iglesia: su voz no era atendida. Ya no se tomaban en tanta consideracion como antes los entredichos y excomuniones que los obispos lanzaban contra los públicos pecadores endurecidos. Era general el abuso, y parecia que la reaccion contra el espíritu de la Iglesia fuese tanto mas enérgica cuanto mas completo habia sido su triunfo en el anterior período. Sin embargo, acontecia que terribles catástrofes, cual azotes venidos de la mano de Dios, despertaban de tiempo en tiempo las conciencias adormecidas. La peste, azote de todas las épocas, que bajo diversos nombres y formas hace su aparicion siniestra en medio de las naciones europeas á ciertos intervalos marcados por la Providencia, sobre todo la peste negra, multiplicando las víctimas, multiplicaba tambien las conversiones en masa. Pero como si hasta lo bueno hubiera de revestirse en este triste tiempo de un carácter de decadencia, la reaccion se manifestó con nuevos excesos. Los *Flagelantes* ó *Disciplinantes* recorrian á bandadas las ciudades y aldeas, dando espectáculo de las mas locas maceraciones. La secta de los *Danzantes*, en sentido diametralmente opuesto, pretendia conjurar los peligros de la peste entregándose á las extravagancias de un júbilo desordenado. Fué necesario castigarlos severamente á unos y otros.

12. La ciencia católica, para corresponder á necesidades tan diversas, no estaba entonces, como se pretende decir

hoy, tan exclusivamente encerrada en el sistema de la escolástica. Ya hemos hablado de Juan Taulero, cuyas obras místicas eran de un mérito indisputable. Otro religioso dominico, el Beato Enrique Suson, escribió una otra mística intitulada : *Las nueve rocas*, produccion profunda, tierna y de clevadísimos pensamientos. — Juan Ruysbrock, de Bruselas, en escritos llenos por otra parte de bellezas sublimes, dejaba entrever el gérmen de los errores místicos que mas tarde desarrolló Madama Guyon, y que hasta sedujeron el sublime ingenio de Fenelon. — Gerson combatió vigorosamente estas tendencias, cuando decia : « La esencia del misticismo consiste en conocer » á Dios por la experiencia del corazon. Por medio del amor, » que eleva el alma hasta á Dios, se llega á la union inmediata » con la Divinidad. En tanto que el objeto de la teología espe- » culativa es la verdad, el de la teología mística es el bien, la » santidad misma. La escolástica y la mística corresponden á » las facultades por medio de las cuales el alma conoce y desea, » comprende y ama, y que unas y otras pueden guiarnos á » Dios. La escolástica ha de reglar y mantener á la mística en » las reglas de la verdad. Pero no basta concebir á Dios en » idea, es menester que la idea de Dios penetre y anime toda » la vida del hombre, y que, de este modo, la mística realice » lo que la escolástica percibe y comprende. » Hermosos y nobles pensamientos, dignos del autor á quien se atribuye el divino libro de la *Imitacion*. Tomás Kempis, que le disputa la gloria de haber compuesto este hermoso libro, vivia entonces en el monasterio de Kempen, ciudad de la provincia Renana (Estados prusianos) : si realmente no es el autor de este sublime tratado, basta para su elogio que se haya podido creer capaz de hacerlo. [Por lo demás, ha escrito no pocas obras muy doctas y profundas; y no puede negársele el titulo de *místico sublime*.]

13. Poco tiempo iba á quedarse el ingenio humano en aquella esfera totalmente cristiana en que sus facultades se ejercitaban en los misterios mas profundos de nuestra religion divina. El Renacimiento de las letras, movimiento intelectual de inmensa

trascendencia, iba á abrirle nuevos horizontes hasta entonces desconocidos. El estudio de los autores paganos habia ejercido una influencia tan solo secundaria en los escritores y poetas anteriores : dicho estudio estaba subordinado á los pensamientos de fe que dominaban en toda esa época. El Dante en su *Divina comedia* habia hecho sensible la subordinacion de la literatura pagana al sentimiento cristiano, haciendo recorrer los círculos del infierno y del purgatorio bajo la guia de Virgilio. — Petrarca en sus *Canciones* y poesías italianas, así como en sus tratados latinos, habia tomado sus inspiraciones en las fuentes de la mas pura antigüedad, cuyas formas é imágenes le eran familiares. Pero el culto cristiano, el amor á María, madre del Verbo, dominan en su alma ; y si la literatura de Homero y Virgilio resplandece en sus obras, es para *traducir* mejor su admiracion por el Dios del Evangelio. Todo se preparaba pues, en la literatura, para el siglo de Leon X, y para la hermosa latinidad de Erasmo [de Luis Vives], de Budeo, de Bembo y de Sadolet : así como en el dominio del arte las famosas pinturas de Cimabue, Giotto, Dominico Ghirlandajo, Fra Angélico de Fiésole, de Massaccio, de Leonardo de Vinci y del Perugino, eran magníficos precursores del genio sin rival de Rafael.

[Igual fenómeno se mostraba en España. Ya en 1140, dos siglos antes que el Dante, y tres antes que el Petrarca, apareció el famoso *Poema del Cid,* de autor desconocido, mas atribuido á un monje de las montañas de Burgos. En el siguiente siglo ya vemos á los poetas Gonzalo Berceo, Juan Lorenzo Segura y Fernan Gonzalez dar muestras de una cultura muy superior á su siglo. Alfonso el Sabio en sus inmensas obras, aunque adoleciendo de varias imperfecciones, fué un gran progreso hácia la restauracion de las artes y letras. En el siglo xiv, época del Dante, contábamos en España al Infante Juan Manuel, á Juan Ruis, al sabio judío Rabbi don Santo Carrion, al archipreste de Hita, en Castilla ; y en Aragon á los dos Jordis, á Muntaner, al célebre Ausia Marc, al prodigioso ingenio de Raimundo Lulio, verdadero Salomon de su época,

á don Pedro III y don Pedro el *Ceremonioso*, reyes de Aragon, de quien, bajo el aspecto político, ha hablado el autor. El siglo xv fué verdaderamente un brillante preludio del gran siglo de España. Entre los mas célebres autores, prosistas y poetas, se cuenta á Alfonso el Tostado, obispo de Ávila, al marqués de Santillana, al marqués de Villena, matemático y político, á Juan de Mena, Jorge Manrique, poeta muy puro, Hernando del Pulgar. La corte de Juan II era una verdadera academia de literatos; y eran admitidos en ella con la mayor cordialidad todos los sabios, aun de cultos diferentes, tales como los Judíos y Árabes. Los poetas se dividian en dos bandos: unos *Dantistas*, otros *Petrarquistas*; y esta emulacion produjo los mejores resultados, y el mayor fué la preparacion al siglo de oro de España, que lo fué el siguiente, como se verá en su lugar.]

FIN DEL TOMO TERCERO.

TABLA DEL TOMO TERCERO.

ÉPOCA QUINTA DE LA HISTORIA ECLESIÁSTICA.

ÉPOCA SEXTA DE LA HISTORIA ECLESIÁSTICA.

FIN DE LA TABLA DEL TOMO TERCERO.

BESANZON. — IMPRENTA DE J. ROBLOT.


Biblioteca Episcopal de Barcelona
13030000027673